



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



JOSE ANTONIO SACO



HISTORIA
DE LA
ESCLAVITUD
(Volumen I)



CASA DE ALTOS ESTUDIOS DON FERNANDO ORTIZ
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
Juan Vela Valdés

DIRECTOR
Eduardo Torres-Cuevas

SUBDIRECTOR
Luis M. de las Traviesas Moreno

EDITORA PRINCIPAL
Gladys Alonso González

DIRECTOR ARTÍSTICO
Luis Alfredo Gutierrez Eiró

ADMINISTRADORA EDITORIAL
Esther Lobaina Oliva





BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



JOSE ANTONIO SACO



HISTORIA
DE LA
ESCLAVITUD
(Volumen I)



Ensayo introductorio
compilación y notas

Eduardo Torres-Cuevas



IMAGEN CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2006

Responsable de la edición:

Gladys Alonso González

Diseño gráfico:

Deguis Fernández Tejeda

Realización y emplane:

Viviana Fernández Rubinos

Composición de textos:

Equipo de Ediciones IC

Todos los derechos reservados.

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2006;

Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, No. 28

ISBN 959-7078-51-1 obra completa

ISBN 959-7078-52-X volumen I

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, CP 10400, Vedado,

Ciudad de La Habana, Cuba

Ensayo introductorio

LA ESCLAVITUD Y SU HISTORIA



EDUARDO TORRES-CUEVAS

La *Historia de la esclavitud* de José Antonio Saco y López —obra a la cual su autor dedicó más de 38 años de su vida y lo mejor y más maduro de su intelecto— es la más monumental y una de las más trascendentes creaciones que historiador cubano haya aportado a la cultura universal. Citada y a la vez poco conocida, constituye una lectura obligada para cualquiera que desee estudiar la esclavitud de los hombres desde sus orígenes bíblicos hasta los tiempos en que vivió su autor. La avalan no sólo la capacidad y cultura excepcionales de Saco, sino también la diversidad y abundancia de las fuentes utilizadas. Aunque existe una amplia bibliografía sobre la figura y producción intelectual de este autor, no resulta difícil constatar que en muchas de las valoraciones que se han hecho de su pensamiento no se ha tenido en cuenta esta, su obra mayor.

No sin cierto patetismo reconocía don Fernando Ortiz, en 1932, que la *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países américo-hispanos* se conocía poco.¹ A pesar del alerta de Ortiz, 28 años más tarde, Manuel Moreno Fraginals llegaba a conclusiones semejantes. De hecho verdaderamente imperdonable calificaba el autor de *El ingenio*, que la *Historia de la esclavitud* no se hubiera leído íntegramente ni siquiera por quienes, por entonces, se llamaban estudiosos de la figura de José Antonio Saco.²

1 José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países américo-hispanos*. Prólogo de Fernando Ortiz, Cultural S. A., La Habana, 1933, p. LXII.

2 Manuel Moreno Fraginals: *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, Dirección de Publicaciones Universidad Central de Las Villas, 1960, p. 7.

¿Cómo era posible valorar la historia del pensamiento cubano sobre la esclavitud, generado durante la existencia de tal sistema de explotación en Cuba, sin considerar la obra cumbre de ese pensamiento? ¿Cómo podía estudiarse la esclavitud en Cuba, sin la valoración y los contenidos de esta obra? ¿Quién podía, incluso, decir que conocía la historia de la esclavitud en el mundo, sin haber estudiado una de las obras mayores que se ha escrito acerca del tema y que, además, tenía una asombrosa óptica americana y no europea? Pero, ¿cómo interpretar la obra completa de Saco, su pensamiento en conjunto, sin el análisis de su *Historia de la esclavitud*? Y, por último, ¿cómo valorar, con objetividad, al propio José Antonio Saco con la omisión de su obra principal?

Un silencio culpable ha rodeado, histórica y trágicamente, su *Historia de la esclavitud*. ¿Complejo de culpa de una burguesía que en sus inicios, cual Prometeo caribeño, había robado el fuego y había quedado encadenada, en la mayor de las islas antillanas, con las cadenas de sus esclavos? ¿Quizás, ello es producto de la dejadez o el acomodamiento? O, simplemente, ¿resulta cierta la afirmación de Eric Williams de que *sugar defeated Saco*?

La respuesta a la problemática planteada no puede estar en el estudio aislado de su figura o de una parte de su obra escrita. Está en el examen de la interrelación entre el conjunto de fuerzas sociales que se debaten en su época, la posición intelectual y política del bayamés, y los aportes y limitaciones que contiene la cultura de la época. De paradojas y contradicciones; de expectativas e intenciones, emana la *Historia de la esclavitud* de José Antonio Saco. Es la obra en que su autor pretende explicar los orígenes y las bases históricas del sistema productivo preponderante en la Cuba de su época, de sus sostenes jurídicos, de sus consecuencias sociales y de sus expresiones culturales a partir del análisis histórico, punto de partida para estudiar soluciones a las interrogantes que eludió en otros trabajos suyos.

Quienes han visto a José Antonio Saco como político, no pocas veces olvidan al historiador; quienes lo han analizado como historiador, lo han desdoblado del político. Para él, la historia constituye una formidable arma política. Su visión y su acción fueron los catalizadores de su obra como historiador. Y, cuando polemiza con Vicente Vázquez Queipo, pospone parte de su argumentación, porque su *Historia de la esclavitud* será la respuesta histórica a una discusión política.

Su obra histórica resultó, también, la culminación de su pensamiento político. Si su *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*³ —inde-

3 Los tres tomos de la *Colección de papeles...* de José Antonio Saco se corresponden con los volúmenes 12, 13 y 14 de esta Biblioteca de Clásicos Cubanos. La *Colección póstuma...*, con el volumen 15, y el *Epistolario* de Saco, con el volumen 16.

pendientemente de la estructura que se vio obligado a darle por las condiciones políticas coloniales— es la más profunda, compleja, multifacética y rica historia de Cuba sobre los años que corren de 1820 a 1858, fecha, esta última, en que se publicaron; su *Historia de la esclavitud* es su complemento necesario, por constituir el estudio de los orígenes y evolución del sistema social y económico que dominaba el panorama nacional en esos años. Ningún historiador cubano del siglo XIX legó una obra de mayor riqueza histórica que la *Colección de papeles...* Porque él tenía, al escribir sobre su época, el sentido de que aquellos trabajos eran también parte de la historia viva, presente entonces, pero que él dejaría como testimonio de una época a otras generaciones, jueces implacables de la acción de sus antecesores. Por ello, la historia de la *Historia de la esclavitud* está, en parte, entre líneas, en la *Colección de papeles...*, a su vez, el resumen de la vida política, social y económica cubana hasta su fecha de publicación. Ello convierte a José Antonio Saco en nuestro primer historiador moderno; porque escribe desde y para su tiempo, con un claro sentido del valor social, gnoseológico y político de la historia.

Aunque Cuba cuenta con una rica tradición de estudios históricos, que se remonta al siglo XVIII, no dispone —paralelamente a tales empeños— de una vocación semejante en lo referente a investigación, sistematización y análisis de esa producción histórica. Prueba de ello es la ausencia de análisis heurísticos y críticos acerca de los tres tomos de la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, así como sobre los dos tomos de la *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países americano-hispanos* y el concerniente a la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*, componentes los tres títulos de un todo único y armonioso que se le denomina comúnmente con el nombre genérico de *Historia de la esclavitud*. Iniciados por Vidal Morales los estudios de los manuscritos que testara Saco, aún quedan en ellos componentes de otros tomos inconclusos, que guardan agradables sorpresas.

Si nos atenemos a la valoración que de la *Historia de la esclavitud* hicieron los contemporáneos del autor, tal parecería que la obra pasó inadvertida, por lo menos en lo referente a su reconocimiento público. Dos amigos personales de Saco, Vidal Morales y Morales y José Silverio Jorrín, fueron los únicos que se atrevieron a romper el tácito mutismo que existía en torno a la evaluación y divulgación de la obra. Morales y Morales se empeñó en una compleja y difícil labor editorial que no sólo incluyó la *Colección póstuma...*, en la cual compila los escritos de Saco posteriores a 1858, fecha en que éste publicó su *Colección de papeles...*, sino también se empleó en la tarea, harto difícil, de dar forma editorial al segundo tomo de la *Historia de la esclavitud de la raza africana* y

darle unidad a la *Historia de la esclavitud de los indios*. Jorrín, por su parte, hizo una valoración múltiple de la obra de la cual queda constancia en algunas de sus cartas personales y, en forma más sistemática, en el prólogo que escribió al segundo tomo de la *Historia de la esclavitud de la raza africana*, preparado por Vidal Morales.

No fue precisamente parco en elogios José Silverio Jorrín en lo referente a la obra histórica de Saco. En el prólogo ya citado, estima que la *Historia de la esclavitud* “coloca a Don José Antonio Saco a la cabeza de cuantos historiadores han escrito en lengua de Cervantes, y a la par de los más renombrados en las naciones extranjeras”.⁴ En carta inédita añade sobre el particular: “Cuba se enorgullece con razón de haber producido un poeta verdaderamente grande en el cantor del Niágara. De hoy más podrá también gloriarse, de poseer en otra región literaria más ingrata, difícil y severa, una que salvando los estrechos límites de localidad y épocas determinadas, resume los progresos de la civilización en el elemento de ella que más íntimo enlace tiene con la conciencia y la justicia”.⁵

Habrá que esperar hasta principios del siglo xx para encontrar nuevas apreciaciones acerca de la producción histórica de Saco. Llama la atención que éstas provienen de historiadores extranjeros. No por tratarse de autores contemporáneos, un francés y un norteamericano, los juicios iban a coincidir. Aun cuando Georges Scelles reconoce, en 1906, que la *Historia de la esclavitud* es una de las pocas obras especializadas que sobre la esclavitud de la raza africana existía, no deja de minimizar sus logros y considera que esta obra posee “escaso valor científico”,⁶ así como una “compilación de detalles jurídicos, políticos y económicos, sin nexo preciso”.⁷ A conclusiones muy distintas llega, en 1907, el profesor norteamericano Hubert H. S. Aimes, quien después de citarlo profusamente a lo largo de su *A History of Slavery in Cuba*, lo tiene por un eminente hombre de letras, cuya labor histórica quedó lamentablemente inconclusa. Sobre el trabajo erudito de Saco destaca que su

4 José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países américo-hispano*. Prólogo de D. José Silverio Jorrín, Imprenta de A. Álvarez y Cía., La Habana, 1893, t. II, p. XXV.

5 Carta citada por Francisco J. Ponte Domínguez en *La personalidad política de José Antonio Saco*, Imprenta Molina y Co., La Habana, p. 193. Según este autor, la carta la consultó en la *Colección de documentos* que sobre José Silverio Jorrín se atesoran en el archivo de Vidal Morales perteneciente a la Sociedad Económica de Amigos del País, actual Instituto de Literatura y Lingüística.

6 José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países américo-hispanos*. Prólogo de Fernando Ortiz, ed. cit. (La cita de Scelles se reproduce en la p. LXV de ese prólogo.)

7 *Ibíd.*, p. LXV.

obra dispone de una gran masa de materiales de archivo, hecho que la convierte en fuente imprescindible para cualquier estudio en torno al tema de la esclavitud.⁸

El primer acercamiento crítico a la *Historia de la esclavitud* lo realiza en Cuba don Fernando Ortiz. Este eminente sociólogo e historiador cubano fue el primero en establecer las bases para un análisis científico de la obra de Saco. Luego de advertir que la *Historia de la esclavitud de la raza africana* constituye una obra única en su tiempo, intenta dar respuesta a las causas por las cuales ésta permanece en tan injusto desconocimiento. Estas causas las encuentra Ortiz en: “el lenguaje español en que está escrita, el no haberse traducido a otro idioma y la circunstancia de haber muerto su autor cuando la obra comenzó a circular, lo cual —añade— menguó en mucho su difusión en los centros científicos del mundo”.⁹

A pesar de su escasa difusión y mayor desconocimiento, Ortiz considera que, por su pasmosa erudición, esta “obra histórica no desmerece de otros libros acerca del tema de la esclavitud que fueron escritos en la época; por ejemplo de la *Histoire de l'Esclavage dans l'Antiquité*, de Henri Alexandre Wallon”.¹⁰

Don Fernando no es ajeno a señalamientos críticos sobre las particularidades de la obra. Estima, por ejemplo, que la de Rafael María de Labra resulta de una erudición superior a la de Saco, aun cuando este autor, en *La abolición de la esclavitud en el orden económico*, reconoce que su libro no es un “estudio serio y detenido del principio de la libertad del trabajo en su fundamento científico y su desenvolvimiento histórico”, para agregar que, quien tal cosa espere de la obra lo mejor que debe hacer es apartarla de sus ojos.¹¹ En realidad, la crítica que los historiadores cubanos de entonces efectuaron de la obra de Labra, estaba dirigida más a su concepción que a sus contenidos. Desde este punto de vista, mientras Saco era intransigentemente cubano, Labra, nacido también en Cuba, se había educado en España, donde vivía, y analizaba todo desde el punto de vista peninsular y no desde el de su tierra de origen.

Tampoco don Fernando avizoró la importancia de los tres tomos dedicados por Saco a la esclavitud durante la Edad Antigua y Media. Sobre la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos...*

8 Hubert H. S. Aimes: *A History of Slavery in Cuba (1511 to 1868)*, G. P. Putnam's Sons, New York, 1907, p. 282.

9 Loc. cit., 6, p. LXIV.

10 Ibídem, p. LXIV.

11 Esteban Roldán Oliarte: *Cuba en la Mano*, Enciclopedia Popular Ilustrada, Imprenta Úcar, García y Cía., La Habana, 1940, p. 916.

dice: “la menos atinante al interés especial de Cuba y la más ultrapasada por la bibliografía histórica y socióloga de estos últimos cincuenta años que tanto y tan nuevo han producido con relación al origen y desarrollo de las instituciones económicas y sociales del mundo”.¹²

A conclusiones contrarias llega Manuel Moreno Fraginals, al plantear: “quien sepa leer verá que a través de su narración del Mundo Antiguo, Saco da sus respuestas a la problemática cubana del siglo XIX. De las tres partes en que se divide su *Historia de la esclavitud*, ésta es la que aparece como más plena de emoción actualista. Es el lugar de los grandes consejos a los cubanos, donde expone lo que en todos los aspectos puede significar para la Isla el régimen esclavista”.¹³

En 1960, Manuel Moreno Fraginals publicó *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, una de sus primeras obras historiográficas. Esto ha motivado que su autor no reconozca como válidos algunos de los criterios allí expuestos; ello no inhabilita algunas tesis interesantes que se dejan traslucir de su lectura. Al igual que Ortiz, Moreno apunta que Saco no es un representante, un portavoz, de la “burguesía cubana”, o sacarocracia, como él prefiere denominarla; años después afirmará lo contrario.

No comparto, no obstante, sus afirmaciones en el sentido de que la obra de Saco se publicara a destiempo, ni que resultase anacrónica por “su contenido político respecto a Cuba y en su planteamiento historiográfico con respecto a Europa”.¹⁴ De haber sido así, su obra hubiera tenido una difusión mayor de la que tuvo, porque hubiera sido una pieza arqueológica sin trascendencia política. La causa por la cual la *Historia de la esclavitud* no originó ninguna reacción inmediata, debe indagarse por senderos distintos a los iniciados por Ortiz y Moreno. Considero que la obra de Saco se adelanta a la línea histórico-historiográfica predominante, por entonces, en América. El historiador Rolando Mellafe advierte que, mientras en el resto de América se hurgaba en las historias nacionales y de individualidades, Saco se impone el análisis de una institución para desentrañar un sistema: el de la esclavitud.¹⁵ El hecho no resulta fortuito. Se debe al íntimo convencimiento de José Antonio Saco de que la historia de Cuba no podría escribirse hasta tanto no se tuviera conocimiento profundo de la institución más representativa para

12 Loc. cit., 1, Prólogo, pp. LV y LVI.

13 Manuel Moreno Fraginals: *José Antonio Saco. Estudio y bibliografía*, ed. cit., pp. 23 y 24.

14 Ibídem, p. 18.

15 Rolando Mellafe: *Breve historia de la esclavitud negra en América Latina*, Secretaría de Educación Pública, México D. F., 1974, p. 11.

conocer nuestra realidad pasada, pero actual para él, y que entraña una de las raíces más importantes de la evolución histórica cubana.

Desde esta órbita creo que Saco es el primero de nuestros historiadores modernos: el pionero en tratar de dar una visión inteligente de nuestro pasado en la que prime, más que la historia por la historia misma, el conocer para entender. Pero, además, su obra no era ajena a las condiciones particulares por las que atravesaba, por entonces, Cuba. Para la década del 70, todos coincidían en la Isla en la necesidad de eliminar la esclavitud, pero la dificultad consistía en cómo hacerlo. Por ello, en Cuba y en Brasil se dieron escuelas historiográficas destinadas a la solución del problema de la esclavitud. Mientras en el país suramericano esta escuela se ha estudiado,¹⁶ en Cuba sus promotores apenas se conocen o estudian aisladamente.

Un acercamiento crítico a la *Historia de la esclavitud* de José Antonio Saco, sobre las premisas expuestas hasta aquí, hace necesario, en primer lugar, aclarar sus concepciones del problema de la esclavitud. Cumplido este primer objetivo, habrá que particularizar las diferencias entre él y sus principales contradictores, para entender las respuestas que da a los distintos núcleos argumentales en la *Historia de la esclavitud*. De ellos se desprende el concepto de historia sobre el que trabaja, base del análisis de la temática y del tratamiento que de esta última contiene en su obra.

La decisión de José Antonio Saco de cultivar el género histórico data de 1837. El momento fue muy especial para él y para Cuba. España les negó a los cubanos la representación en las Cortes y el régimen constitucional. Saco era uno de los diputados que no pudo tomar asiento en la constituyente española. Arbitrariedad semejante se consideró por el bayamés como una definición del gobierno y las Cortes españolas del *status* colonial de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Ello implicaba el desconocimiento de las aspiraciones de igualdad política de las, hasta entonces, llamadas “provincias de Ultramar”. La definición conllevaba, además, el acta de defunción del movimiento político liberal reformista

16 Sobre la importancia de la escuela historiográfica brasileña ya había llamado la atención Fernando Ortiz, desde el año 1933, en el citado prólogo a la *Historia de la esclavitud de la raza africana*. Escribía por entonces Ortiz que esa escuela tenía su primer cultivador en Nina Rodrigues, a quien calificó de iniciador de una tradición científica y afrológica brasileña. Sobre Rodrigues añade Rolando Mellafe que comenzó a publicar sus trabajos científicos hacia 1896 en la *Revista Brasileira*. Según sus consideraciones, ese autor “iniciaba una serie de estudios sobre las culturas africanas en su continente de origen y en el Nuevo Mundo, dentro de la idea del aporte, intercambio y préstamo cultural”. (Mellafe: loc. cit., 117, p. 10). Diecisiete años antes que el iniciador de la escuela brasileña, Saco ya planteaba e iniciaba el estudio de la interrelación África-Europa-América.

de Cuba, que él mismo había liderado. Imposibilitado de propender a mejoras efectivas, el reformismo quedaba desarticulado. La política se reducía, ahora, a conversaciones de despacho entre las grandes figuras de la burguesía esclavista y los funcionarios del gobierno central de Madrid o sus representantes en Cuba. No habría reformas para la Isla que no fuesen las resultantes de esta alianza de poder.

Así lo entendió el propio Saco, quien, a partir de entonces, desecha la opción política de la representación a Cortes para abogar por los consejos coloniales que, en su definición, resultaba una forma más libre aun que la propia autonomía. Los consejos coloniales debían estar formados por cubanos electos por los propios habitantes de la Isla y sus funciones serían las de administrar y dirigir todo lo concerniente a la economía y la sociedad cubanas.

Consciente de la imposibilidad de la actividad política reformista, y nunca partidario de acciones violentas, se decidió por el ostracismo —sólo abandonado voluntariamente ante el peligro anexionista—, y por librar la batalla intelectual que desde el campo de la historia podía demostrar la validez de un cambio radical en el sistema económico-social cubano. En realidad, esta actitud suya constituye el paso de la *actividad política* a la *fundamentación histórica* de sus posiciones. Así queda reconocido en el primer párrafo de su *Historia de la esclavitud*.

En agosto de 1837 —apenas cinco meses después de la expulsión de los diputados cubanos a Cortes—, Saco le escribe a José Luis Alfonso que, si estuviera fuera de toda penuria económica, “sentaría sus reales” en París, y se pondría a escribir la *Historia de América* en espera de los acontecimientos de Cuba.¹⁷ Si relacionamos la coyuntura política con la actitud asumida por él no es de dudar que su primera intención, a la hora de iniciar una actividad sistemática como historiador, estaba marcada por exponer, a través de la historia de América, las consecuencias que tenía para Cuba la actitud desasimiladora y abiertamente colonialista adoptada por los legisladores peninsulares. Porque la historia de la América española no era otra que la historia de los intereses disímiles de la metrópoli y las colonias; y esa historia le hubiera servido a Saco para demostrar los posibles efectos de la política errática de España con respecto a Cuba.

Sin embargo, cuatro años más tarde, Saco había cambiado su materia de estudio. En 1841 escribía que se ocupaba en el tema del *comercio de negros*. ¿Qué le ha hecho tomar un nuevo rumbo en su trabajo? En sus argumentos existe un elemento esencial. El alejamiento de los fac-

17 Domingo Figarola-Caneda: *José Antonio Saco. Documentos para su vida*, Imprenta El Siglo XX, Habana, 1921. (Carta a José de la Luz y Caballero de 24 de abril de 1835), p. 22.

tores coyunturales de la política, para adentrarse, cada vez más a fondo, en la complejidad histórica y teórica del problema que estaba trazando los caminos de la política: la esclavitud. Pero aún su estrategia investigativa está marcada por el impacto de la inmediatez. El comercio de negros le da vida a la esclavitud; por tanto, al problema principal del sistema quiere dirigir su estudio.

Desde 1832, Saco venía combatiendo, sin muchos subterfugios y de forma bastante directa, la trata negrera. Ésta era la causa de su expulsión de La Habana. Resultaba lógico que, una vez distanciado del impacto político de 1937, retomase con fuerza lo que consideraba el mal mayor de la sociedad cubana. Lo novedoso ahora es el cambio de estrategia. En lugar de combatir el comercio de negros en su sincronía, piensa hacerlo en su diacronía. Sobre este particular insiste en 1842 y 1843. En su epistolario explica que tiene noticias muy preciosas acerca de este tema, por lo cual, aunque hace tiempo que se habla del tráfico de esclavos, espera que su trabajo resulte nuevo.¹⁸ Por si fuera poco, insiste que, pasados algunos meses, “tengo el proyecto de narrar la *Historia del comercio de esclavos*”.¹⁹ No obstante, en 1875, al publicar el tan demorado primer tomo de su obra, ésta aparece bajo el título de *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. ¿Qué ha motivado cambios tan constantes?

No hay duda que en la medida que Saco profundizaba en la historia del comercio de esclavos, ampliaba el horizonte de su investigación hasta tal punto, que ya no le quedó dudas de que su cruzada, la que le daría sentido definitivo a su vida, era el estudio completo de la institución esclavista, buscando sus orígenes en los textos bíblicos y la historia antigua, para poder transitar el largo trayecto, casi paralelo al de la humanidad, que tiene la institución de la esclavitud. Su obra ya no sería sólo para los cubanos, sino el legado que dejaría a toda la humanidad.

Durante 30 años trabajó incesantemente en darle forma a este proyecto. José Silverio Jorrín, amigo personal del bayamés, relata como la magnitud de la obra lo atrapa hasta tal punto, que cambia su carácter. El joven y fogoso polemista se transforma en el meditativo, solitario y silencioso investigador, que lo pospone todo o muestra indiferencia ante el llamado de los amigos para que encabece de nuevo acciones políticas, porque toda su mente está puesta en una obra majestuosa, monumental y trascendente. Mas, el período de tiempo que lleva el proyecto, los viajes constantes a los archivos españoles, franceses, ingleses e italianos, van consumiendo sus fuerzas físicas. Al final, los temblores en la mano

18 *Ibíd.*, p. 52.

19 José Antonio Saco: *Contra la anexión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 64.

y la pérdida de la vista, lo obligan a valerse de amanuenses para continuar el proyecto; incluso, quien estudie sus obras podrá comprobar que su famosa y admirada lógica demoledora y argumental, ha cedido terreno en su estructuración expositiva; sigue siendo elegante, pero es más descriptiva que analítica.

Mientras tanto, el mundo evoluciona. Ocurren relevantes cambios tanto en las propuestas de pensamiento como en las sociales y económicas. Saco, siempre actualizado, las tiene en cuenta. Interrumpe su trabajo cuando los anxionistas adquieren una fuerza tal, que pueden poner en peligro los destinos de Cuba; los combate implacablemente y, luego, se sumerge otra vez en el silencio de los archivos y bibliotecas. Lo mismo sucede cuando los reformistas de nuevo cuño intentan desvirtuar la esencia del movimiento que él encabezó 30 años antes. El declive inexorable del comercio de africanos en América, hace que el peso original que tuvo esta temática pase a un segundo plano en los momentos finales de su vida y de su obra. En las décadas de 1840 y 1850 existían sobradas razones para escribir una *Historia de la trata* que abogara por el fin de tan abominable comercio; hacia 1860 no tenía sentido propender a la consecución de algo que ya casi nadie se atrevía a defender directamente, por lo cual el objetivo estratégico inmediato se desplazaba hacia la propia institución esclavista que aún persistía en el mundo y cuya transición hacia la mano de obra libre —y sus consecuencias en todos los terrenos— constituía un problema de primerísima actualidad. Ciertamente es que también la esclavitud se hallaba sumida, como sistema, en una profunda crisis, pero, a diferencia de la trata, aquella dejará una herencia que, de un modo u otro, marcará la vida social, política e intelectual de Cuba y de todos los países americanos donde tuvo una fuerte presencia, incluido Estados Unidos. Ahora, al redactar los tomos de su *Historia de la esclavitud*, ya no estará presente la censura social que una vez lo condenó a la expatriación, aunque, sin dudas, se mantendría la censura política.

Esta evolución por la que transita el proyecto de la obra histórica de Saco, ha pasado, sin embargo, sin ser advertido por estudiosos e investigadores tan avezados como Vidal Morales, José Silverio Jorrín, Domingo Figarola-Caneda, Fernando Ortiz y Manuel Moreno Friginals. Éstos identifican los comienzos de los estudios históricos de Saco en los años finales de la década del 30, con el proyecto de la *Historia de la esclavitud*. El error llega a que se aventuren, enmendándole la plana al propio Saco, a sustituir —en notas al pie— *Historia del comercio de negros*, por *Historia de la esclavitud*, cada vez que el título primero aparece en los textos anteriores a 1858.

Paralelo al desarrollo de su *Historia de la esclavitud*, mantuvo el interés en escribir una historia de Cuba. Así lo expresa claramente en

su testamento, en el cual hace referencia a la posesión de los papeles que había reunido sobre la historia de Cuba. En el testamento dice que los acopió para redactar nuestra historia, “que aún está por escribir, sobre todo los dos primeros siglos de la conquista”.²⁰

No cabe duda que José Antonio Saco tenía una clara visión de su quehacer historiográfico. La *Historia del comercio de negros* resultó la piedra angular de la *Historia de la esclavitud*; esta última estaba encaminada a dar respuesta a la principal problemática de la historia cubana; y, una vez resuelto el proceso esclavista, podría escribir la *Historia de Cuba* como historia lógica y analítica y no como una simple cronología sin sentido político.

Precisemos algunos elementos de la posición historiográfica de José Antonio Saco. Contrariamente a lo que se ha pensado, la *Historia de la esclavitud* no es una muestra aislada dentro de nuestra producción histórica, sino parte de una línea que con mayor o menor brillantez cultivaron, entre otros, Francisco de Armas y Céspedes (*De la esclavitud en Cuba*) y Pedro José Guiteras (*Historia de la isla de Cuba*).

La caracterización historiográfica se complica, si tenemos en cuenta la amplia cantidad de personalidades que, en nuestro medio, se dedicaron a cultivar la historia vinculada a nuestra realidad nacional. Entre los cubanos se distinguen José Martín Félix de Arrate, Nicolás Joseph de la Ribera, Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Ignacio José de Urrutia y Montoya, Antonio José Valdés y Antonio Bachiller y Morales, además de los citados Guiteras y De Armas. Los autores españoles más significativos, para estos años, aunque desde perspectivas opuestas, lo fueron Ramón de la Sagra, Mariano Torrente y Jacobo de la Pezuela.

Entre los historiadores cubanos cabe señalar diferencias notables. La línea divisoria la establece Francisco de Arango y Parreño, quien, a pesar de no ser historiador, inició, en 1792, con su *Discurso de la agricultura en la Habana y los medios para fomentarla* una posición historiográfica que posteriormente se mantendría: la de los defensores y/o justificadores de la esclavitud. Para éstos, la historia de Cuba se inicia en 1762 con la toma de La Habana por los ingleses, por ser en este año, y con este acontecimiento, de cuando data, según Arango, la “verdadera época de la resurrección de la Habana”.²¹

Para Arango, iniciar la historia en 1762 significaba, primero, desconocer de golpe y porrazo, y por conveniencias propias, toda la evolución histórica anterior, y, segundo, realzar, en el mejor de los ámbitos posibles, la fidelidad de los criollos a su metrópoli, puesta a prueba y demos-

20 Ibidem, p. 416.

21 Francisco de Arango y Parreño: *Obras de D. Francisco de Arango y Parreño*, Dirección de Cultura, La Habana, p. 117.

trada con la valentía de los defensores de La Habana. Con ello se esperaba —además de alentar la entrada masiva de esclavos que propiciaron los ingleses, durante sus 11 meses de dominio de la ciudad— relegar al olvido las anteriores muestras locales de rebeldía, evidentes en la sublevación de los bayameses en 1603, y en las insurrecciones de los vegueros de 1717, 1720 y 1723; sin descontar la pertinaz reticencia de “los hijos de la tierra” en aceptar las medidas centralizadoras de los monarcas españoles, las cuales iban en detrimento del beneficioso comercio de contrabando.

La otra posición historiográfica la definió el padre Félix Varela, cuando ponderaba toda la historia anterior a la toma de La Habana por los ingleses y veía en esta última “el origen de todos nuestros males”. Esta posición era la de quienes, a pesar de admirar el mundo del criollo, se oponían a la esclavitud. Así, pues, sobre una de estas dos concepciones —la de los plantadores esclavistas y la de los partidarios de la pequeña propiedad— podía hacerse la historia de Cuba durante el siglo XIX. La historia devenía un aval sistémico para un proyecto productivo.

Seguidores de la línea de Arango, la mayoría de los historiadores cubanos del siglo XIX abandonaron los intentos totalizadores de nuestro pasado —con la excepción de Antonio J. Valdés y Pedro J. Guiteras—, para dedicarse a escribir valiosas monografías al estilo de las publicadas por Antonio Bachiller y Morales o historias locales despojadas de toda conexión con una visión del conjunto nacional. Particular interés cobró el tema de la toma de La Habana por los ingleses en torno al cual se sintieron obligados a escribir cubanos y españoles, defendiendo los intereses contrapuestos de esclavistas y tratistas o, por el contrario, exaltando a aquellos fieles milicianos, pobres y patriotas, quienes, al defender el pedregal de Castilla, defendían su tierra y su cultura.

Significativamente, Saco no cayó en la trampa. Seguidor de la escuela de su maestro Varela, retoma a los viejos historiadores cubanos como Arrate, Urrutia y Valdés, y es el autor de la idea, llevada a cabo por Cowley, de publicar a nuestros primeros historiadores. El bayamés quiere contraponer el mundo anterior a la toma de La Habana por los ingleses, al de la esclavitud del siglo XIX. Léanse en la *Colección de papeles...* sus criterios sobre los primeros historiadores criollos y se verá como no emite una sola crítica acerca de ellos. Mas, es implacable, a veces con razón, a veces sin ella, con los historiadores españoles, porque éstos casi siempre están a favor no sólo de la dominación colonial, sino, sobre todo, de la desigualdad política y social.

A partir de la década del 40, la crisis de la esclavitud provoca cierto reforzamiento de las posiciones críticas con respecto a esa institución. En ese contexto se produce la obra de Pedro J. Guiteras. Ésta es un fiel reflejo de una posición criticista, hija de una etapa más desarrollada del

conocimiento histórico. Guiteras arremete contra los historiadores del siglo XVIII, a quienes acusa de contentarse exclusivamente con “una relación descarnada de los hechos, no siempre [realizada] con el orden y la claridad (...) necesaria”.²² Mucho más radical se mostraba, además, al abordar acontecimientos que implicaban un enfrentamiento con la “madre patria”. Lo que en períodos anteriores se trataba de minimizar, deviene el objetivo principal de su propósito como historiador. Su fin es dar a conocer, en el extranjero, “el funesto efecto de las leyes económicas, que tanto influyó en el atraso de nuestra colonización”,²³ y, nacionalmente, educar a los jóvenes cubanos, con una visión racional de nuestro pasado. Sin embargo, sus afanes criticistas se limitan a las instituciones defensoras del monopolio colonial español, la Casa de Contratación, las contratas exclusivistas, etc., de las cuales no resultaron ajenos, por cierto, los mismos franceses e ingleses, cuyos modelos coloniales se pretende resaltar, en contraposición al hispano.

El interés de Saco en que se escribiera una historia de Cuba no consuetudinaria a los años posteriores a 1762, quedó manifiesto en su declarado propósito de que sus *Papeles...*, recopilados por él en 1856 y referentes a las más variadas materias en el orden cronológico, sirvieran a “alguna pluma imparcial, europea o americana [que] quisiera escribir la historia de aquella Antilla”.²⁴ Con ello quedan identificados los propósitos historiográficos del bayamés con los de Pedro José Guiteras. No obstante, esta coincidencia fundamental no impide que ambos mantengan, en materias particulares, apreciaciones contrapuestas. Éstas ya están presentes en la forma de abordar la historia. Mientras Saco da preferencia al tipo de poblamiento predominante en América como resultado de la política colonial española; Guiteras se conforma con una relación histórica en la cual priman las distintas manifestaciones del exclusivismo comercial hispano en Cuba.

Diferencias analíticas entre Saco y Guiteras pueden hurgarse, también, en la importancia atribuida por ambos a los historiadores criollos. Contrariamente a la crítica que hace a ellos Guiteras, Saco entiende que, con independencia de que sus obras estén mejor o peor escritas, su valor estriba en el interés de éstos por dotar a su patria de una historia de la cual carecía. Esta finalidad es factor suficiente para que el autor de la *Historia de la esclavitud* proponga realizar una colecta pública,

22 Pedro J. Guiteras: *Historia de la isla de Cuba*, Cultural S. A., La Habana, 1927-1928, vol. 1, p. 1.

23 *Ibidem*, p. 2.

24 José Antonio Saco: *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*, Dirección General de Cultura, La Habana, 1960, t. I, p. 2.

para reimprimir, en una sola edición, las historias de Arrate, Urrutia y Valdés, “para salvarlas del naufragio que las amenaza”.²⁵

En las valoraciones historiográficas de José Antonio Saco prima una clara concepción nacionalista, en la cual se entiende como propia la obra precedente de los historiadores criollos. La defensa tiene su justificación en que los historiadores anteriores a 1790 no están todavía comprometidos con el desarrollo del sistema plantacionista y del tipo de esclavitud a ella asociada; los principios ideológicos de estos iniciadores son mucho más moldeables a los intereses de un proyecto que, trascendiendo la esclavitud, deja abierto el camino hacia la sociedad moderna.

Con el mismo fervor con que Saco apoya a Arrate, Urrutia y Valdés; rechaza, como ajena, toda la producción debida a intenciones que supone colonialistas, de rebajamiento del criollo y de falto de entendimiento hacia el modo de sentir y pensar de los cubanos. Esto resulta muy notable con ciertos autores peninsulares. Un ejemplo de ello fue la polémica que, antes de 1830, sostuvo con Ramón de la Sagra. La valoración de la poesía de Heredia constituyó el pretexto empleado por ambos autores para entrar de lleno en una mucho más picante controversia política. Saco no dejaba escapar la ocasión para criticar la producción de los historiadores hispanos, quienes, indefectiblemente, al tratar materias relacionadas con Cuba, dejaban traslucir sus principios de mantener el dominio colonial. Así lo hizo al publicar una serie de objeciones acerca de los errores en que cayó Jacobo de la Pezuela al editar, en 1842, su *Ensayo histórico de la isla de Cuba*.

La *Historia de la esclavitud* no sólo es una investigación relacionada con las líneas historiográficas existentes entonces en la Isla, sino, además, estaba comprometida con una particular forma de pensar contraria a la visión de los grandes propietarios.

Lo extraordinario de la hazaña realizada por José Antonio Saco, al escribir una *Historia de la esclavitud* que abordara, a la vez, las manifestaciones de esta institución en lo antiguo y lo moderno, ha sido advertida por la crítica cubana. José Silverio Jorrín, dando fe de tan ingente esfuerzo, aludía a que, si Gibbon había invertido dos décadas para recoger y ordenar los materiales exigidos para sus propósitos de narrar la *Decadencia y ruina del imperio romano*, no menos de 30 necesitó nuestro autor para conseguir lo necesario para su monumental *Historia de la esclavitud*. Ésta estaba conformada, por lo menos en lo que se sabe, por tres partes publicadas: la de los tiempos más remotos hasta nuestros días, la de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos, y la de los indios en el Nuevo Mundo; a ello se añadían otras dos que quedaron inconclusas: *Historia de la esclavi-*

25 Ibídem, t. I, p. 433.

tud en las colonias francesas e Historia de la esclavitud en las colonias inglesas.

No puede menos que preguntarse el lector cuántos años pensaba vivir este hijo de Bayamo. Nacido en 1797, contaba 40 años cuando se adentra, en 1837, en sus afanes historicistas; frisaba los 80 cuando publica, en 1875, el primero de los tomos de su *Historia...* No contento con esto, se dedicó además a un estudio de la esclavitud en las Trece Colonias Inglesas de Norteamérica. Apartándonos de tales consideraciones, resulta más valedero profundizar en los motivos que abrigaba nuestro autor para concebir una obra de tamañas proporciones, cuando sabemos que, en su vida, nunca se aventuró a empresas inútiles.

En su caso, la propia complejidad de la realidad cubana significaba su principal acicate. Ya en 1832, y cuando aún no se dedicaba a la historia, había advertido las dificultades que se avecinaban a la plantación esclavista, por lo que aconsejaba iniciar los primeros experimentos sociales para conocer la forma más idónea para sustituir la mano de obra esclava por la libre y asalariada. La hostilidad con que se recogieron sus presagios, más la negativa de España para propiciar e, incluso, considerar cualquier tipo de reforma por las que abogaba el sector crítico de la intelectualidad criolla, hizo que Saco optara por otros medios para el planteamiento de sus ideas. La nueva forma de exposición debía servir para demostrar a sus incrédulos compatriotas la certeza de sus argumentos y las vías adecuadas para superar el sistema esclavista.

Esto ocurría en los años en que los cubanos medían sus fuerzas contra fenómenos entonces desconocidos para ellos y, además, poco estudiados en el resto del mundo. Tales eran las expectativas creadas en torno a las mal conocidas crisis cíclicas del capitalismo, cuyos efectos sufrió la Isla, con diferentes intensidades en 1847, 1857 y 1867. No menos calamitosos resultaban los vaivenes de los precios del azúcar dentro del mercado mundial, y las desventajas que suponía una competencia desleal de la producción protegida y asalariada de azúcar de remolacha en los países europeos. Detrás de este cúmulo de dificultades se planteaba, como el problema fundamental, lo relacionado con la mano de obra forzada, a cuyo análisis se iba a dedicar preferentemente nuestro autor.

Seleccionar la historia como la vía más adecuada para adentrarse en el estudio del núcleo de dificultades por las que atravesaba la Isla, suponía una definición digna de mayores consideraciones de las que hasta este momento se le ha atribuido. Llama la atención que, desde sus primeros escritos, Saco tiene la tendencia más al estudio social y científico particularizado que a los discursos y formulaciones teóricos generalizadores. Ello, a pesar de su condición de profesor de filosofía.

Al concluir que la historia es la ciencia que le llevará de la mano en sus búsquedas y trabajos, lo hace en la concepción de que ella constituye la

síntesis de toda la formación que posee y de todos los caminos transitados. Todas las ciencias específicas en las cuales ha incursionado le sirven, ahora, para elaborar una historia de nuevo tipo. Ya no es la elegante y florida descripción de hechos y personajes ni “los teatros históricos o críticos”. Éstos devienen, simplemente, la materia prima. Se trata de una realidad-problema que, para entenderla, hace falta el auxilio de otras disciplinas. Su dominio de los estudios estadísticos, demográficos, jurídicos y geográficos, le sirven para integrar estos conocimientos a sus investigaciones históricas. En particular, dos disciplinas le dan la orientación a los conjuntos temáticos: los estudios sociales —en sus manos, precursores de una sociología aún sin forma— y los económicos de los cuales era uno de sus cultores más destacados en Cuba. El modo en que integra todo ello en sus búsquedas históricas le da a su obra ese indudable sentido que sólo el científico creador puede darle: no sólo descubre y aporta nuevo conocimiento, sino que crea su propio método para descubrir; hace una nueva historia en la cual lo económico y social constituyen su eje, y las tablas estadísticas y demográficas tienen un peso demostrativo. No es el culto mitificado del documento inédito recién descubierto lo que le da solidez científica, sino el procesamiento de esa información apoyada en una cuantificación histórica. Si algo jugaba en su favor era, precisamente, ese sentido enciclopedista de la formación de los hombres de su generación, muy contrario a la mentalidad de la especialización dentro de la “especialidad especializada”. Era no sólo que para estudiar una materia se precisaba del método comparativo, sino que para poder descubrir lo definitorio se necesitaba de las más diversas disciplinas y de una cultura, ante la cual, las “palabras hablan”. Por otra parte, la historia era la disciplina en la cual quedaban explícitas y demostradas sus consideraciones teóricas y generalizadoras, pero no en la generalización misma sino en la demostración de muchos particulares. Esto le aseguraba, además, que su obra pudiera circular libremente en la Isla al no proyectarse directamente sobre su realidad actual, sino, más bien, de sus críticas deducirse una inferencia de analogías.

De no menor trascendencia resultaba que, al particularizar en las especificidades de nuestra evolución, Saco se adentraba en el núcleo fundamental de las objeciones que él le hacía a sus contradictores. Éstos pecaban, o bien de una visión unilateral de las posibilidades exclusivas de la plantación esclavista en contra de la pequeña propiedad, o de una identificación artificial y forzada de nuestra realidad con la europea. Al analizar las diferencias entre la esclavitud moderna y la antigua, sin desestimar lo que de aprovechable hubiera en sus experiencias; al profundizar en las opiniones del trabajo libre en relación con el esclavo, desde el siglo xvi; nuestro historiador podía refutar, en el mejor de los campos posibles, sus discrepancias con los autores nacionales y extranjeros partidarios de la esclavitud.

Debido a su enfoque particular de nuestra historia, Saco logra uno de sus grandes aciertos —y esto vale la pena destacarlo— al escoger el tráfico negrero y, a través de éste, la misma institución esclavista como el centro de su quehacer histórico. La definición suponía una distinción teórica que, aunque no explotada, estaba presente. En el estudio de la colonización española en América, Saco no se dedicaba a la problemática de la distribución de tierras buenas y abundantes, considerado antaño el tema central que debía abordarse; para él, lo esencial estribaba en la ausencia de mano de obra. De ello se derivaba la importación masiva de seres humanos. La riqueza descansaba en el número de trabajadores, ya libres, ya esclavos; el problema, entonces, residía en si la esclavitud resolvía el poblamiento y aseguraba una comunidad estable.

Asombra, todavía hoy, el proyecto de investigación que para cada una de sus historias modeló José Antonio Saco. En su análisis de la esclavitud en la Edad Antigua y Media, nuestro autor buscaba, ante todo, indagar la forma como Roma resolvió la sustitución de la ya por entonces improductiva mano de obra esclava, por otra más eficiente. No conforme con generalizaciones abstractas, el bayamés se esfuerza en hallar los más íntimos detalles sobre las dificultades que significaba en esa época liberar a los hombres encargados de producir en sus campos, con el peligro de que sus labranzas quedaran desoladas. Las soluciones para vincular al antiguo esclavo a las heredades de sus señores, resultaban sugerencias directas a los productores cubanos y, en general, a los esclavistas modernos.

Hay que reconocer que José Antonio Saco fue un fino artífice de la utilización del moderno método de la historia comparada. A esto fue impulsado, más que por afanes “modernistas”, por la necesidad de hallar soluciones concretas para el análisis de la realidad que le tocó vivir. Todavía hoy, y debido a la pobre información disponible, en América no abundan los estudios de historia comparada. Imaginémoslos, pues, las dificultades que tuvo que vencer para practicarla, no sólo en relación con la muy difícil confrontación de la esclavitud en Cuba con la de la Roma antigua, sino también en el análisis de los diferentes efectos que la trata y la esclavitud provocaron en las distintas posesiones españolas; tema que desarrolló en la *Historia de la esclavitud africana*.

La visión del problema esclavista ganó una amplitud insospechada en Saco. No se conformó solamente con averiguar la condición del esclavo ante la ley y la familia, su número probable, el tipo de ocupaciones a las que se dedicaban, los precios a que se vendieron, las formas de manumitirlos, las diferencias que impuso la sociedad para distinguir al esclavo del manumitido, y de estos dos con los hombres libres. Para él resultó de vital importancia conocer, también, la manera en que la esclavitud influyó en el pensamiento de sus principales filósofos y en qué

medida éstos la consideraban una institución justa o injusta. Y como si todo esto fuera poco, se adentró en las diferentes causas que motivaron la institución, resaltando, entre ellas, el comercio, la piratería, la legislación y las guerras. Nuestro autor no podía olvidar las consecuencias que trajeron para estas sociedades las sublevaciones de esclavos de cuyas consecuencias en Cuba se mostró tan temeroso.

La magnitud de su proyecto de trabajo no lo llevó a esquematismos innecesarios, ni a análisis simplistas de los fenómenos en estudio. Muestra palpable de ello fue su consideración acerca de las posibilidades productivas del trabajo esclavo, advirtiendo que la esclavitud no ha sido ni en lo antiguo, ni en lo moderno tan funesta a la producción agrícola como se pretende, por lo que la falta de producción de granos en los tiempos del imperio romano no sólo debe buscarse en la institución, sino también en otras causas.

En sus análisis y en su forma de enfocar los problemas, Saco inicia una nueva modalidad en la interpretación de la realidad americana que, todavía hoy, se cumple tanto por literatos como por historiadores: el afán, aún no envejecido, de universalizar nuestra cultura y nuestra historia. Para ello siguió un camino que, si bien en los tiempos presentes no resulta novedoso, en el siglo XIX adquiría la condición de pionero. Consistía en analizar la esclavitud desde la perspectiva del mundo colonial, apertrechado, en primer lugar, con el instrumental teórico y la base cultural que la Europa colonizadora había producido, y, en segundo lugar, con la experiencia concreta de un hombre nacido en un país donde esa institución era un organismo vivo.

El fenómeno esclavista llegó a preocupar en el siglo XIX tanto a americanos como a europeos. En Francia, por ejemplo, las dificultades de la esclavitud en las colonias llevaron a alguna de sus instituciones más representativas a establecer premios para el análisis de esta realidad. Una de las obras premiadas fue la del francés Henri Alexandre Wallon, autor de la conocida *Historie de l'Esclavage dans l'Antiquité*. Aunque Saco reconoce la significación de sus conclusiones, no por eso deja de criticarlo. Lo mismo ocurre con los resultados de la expedición científica que en 1842 realizó Ricardo Lepsius, a Egipto, financiada por el rey de Prusia, Federico Guillermo IV.

Comparada la *Historia de la esclavitud* de Saco con las obras de Wallon, Lepsius y otros autores, como el propio Charveloix, Bancroft y Labat, lo que distingue la producción del primero es, precisamente, su visión eminentemente americanista del problema. Para el bayamés, ésa constituía su ventaja, porque trataba de un asunto que conoce “no sólo por los libros que he leído, sino por mi propia experiencia”.²⁶ Mientras

26 José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Tipografía Lahure, París, 1875, t. I, p. 1.

los otros autores se identificaban con los intereses de sus respectivas metrópolis, él asumía el punto de vista del país colonizado.

No conforme con la mayoría de las deducciones que acerca de la esclavitud moderna en América habían arribado políticos e historiadores, Saco emprendió la tarea de desmitificar mucho de lo que en Europa se escribía sobre este tema. Destaca lo que significó que los primeros que trajeron esclavos a América no lo hicieron desde África, sino de la propia España, donde abundaban desde la época del Medioevo. Con ello se echaba por tierra la tesis de que los cubanos no podían tener delegados en las Cortes de la Península, entre otras razones, por mantener la esclavitud en su territorio. La esclavitud, como ahora probaba Saco, no se propiciaba por los habitantes de la Isla, sino por los propios peninsulares.

En la *Historia de la esclavitud de la raza africana*, repite su ancestral preocupación acerca de las particularidades y consecuencias de las sublevaciones de esclavos en los distintos países y épocas. Entiende, no obstante, que en América las conspiraciones, alzamientos y asesinatos cometidos por los esclavos, eran el resultado de brotes de rebeldía ya espontáneos, ya provocados por el llamamiento de los blancos. En este segundo aspecto insiste al analizar los alzamientos de esclavos que se sucedieron en Cuba después de 1790. La visión de este tema resulta enteramente nueva en él. Iniciaba así una línea de estudios sobre la que aún hoy día no se ha hecho hincapié lo suficiente ya para probar una u otra tesis.

Entre las principales objeciones que se han hecho a su obra, se distingue la que insiste en el incumplimiento de algunos de los objetivos que el historiador se había propuesto conseguir. Esta insuficiencia se hace mucho más evidente en su estudio acerca de la esclavitud de la raza africana. Al referirse al tema, Fernando Ortiz entendió que si bien Saco en esta parte de su obra aportaba una asombrosa multitud de datos, no pudo acompañarla del análisis que él se proponía acerca de la influencia que ejerció la esclavitud en la agricultura, las artes y la cultura de los pueblos. Tamaño empeño, advierte Ortiz, no podía cumplirse, entre otras cosas, porque las ciencias que podían brindar el instrumental necesario para tan valedero esfuerzo, aún carecían del alcance de los presentes tiempos. A ello me gustaría añadir que tengo la impresión, al leer y releer el texto, que, cuando comenzó a darle forma escrita a su obra, ya sus capacidades estaban disminuidas. A veces, parece que se apresuraba a salvar la información, aunque perdiera parte del análisis, porque temía, como al fin sucedió, que no podría terminar su empeño. Un lector inteligente sacaría sus propias conclusiones, porque la selección y ordenamiento de la información lo llevarían a ellas. No obstante, es un hecho que quiso ceñirse a la concatenación de los acontecimientos.

Saco concibe la historia de Cuba como un contrapunteo entre la inmigración blanca, registrada en las posesiones españolas desde los inicios de la colonización, y la no mucho más tardía inmigración forzada de esclavos negros. Distingue el historiador entre el español conquistador, ajeno a todo intento de labor directa de la tierra, y el inmigrante labrador que llegó a América después de los primeros años de fundación de La Española. Las diferentes proporciones de entradas de ambos grupos, presuponían para nuestro autor un análisis, en sus propias raíces, de las dos alternativas existentes para Cuba hacia finales del siglo XVIII: la de convertirse en una colonia autosuficiente de pequeños productores, al estilo de las que a la postre dominaron en el norte de Estados Unidos; o en una colonia de plantación que, inaugurada en las pequeñas Antillas, se fue extendiendo hasta las grandes, involucrando a Cuba.

Este contrapunteo se enriquece con la consideración de las influencias que en ambos tipos de poblamiento tuvieron las diversas producciones que se desarrollaron en la Isla desde el siglo XVI. Desde entonces, Saco advertía que “entre la producción del azúcar y el comercio de esclavos negros hubo desde el principio tan estrecho enlace, que todo lo que influía en aumentar o disminuir aquélla, daba en éste resultado equivalente”.²⁷ Y añade que no podía ser de otra manera, porque los negros constituyeron el brazo poderoso, la palanca principal de los ingenios. Sin las restricciones que entonces imperaban en el monopolio hispano, la población negra en Cuba, hacia 1520, ya hubiera sido 30 o 40 veces más de lo que fue. Y esto, si bien provocó que se produjera menos azúcar, “es consolarlo [sic] pensar —dice— que también hubo menos africanos esclavizados”.²⁸

Aun cuando el desarrollo del contrapunteo entre la población libre y esclava no aparece consignado entre los objetivos a desarrollar en la *Historia de la esclavitud*, bien podemos señalar que éste es el tema que prima en el transcurso de toda la *Historia de la esclavitud africana*.

El lector avezado nota que, mientras en la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días* abundan los juicios analíticos y razonados, éstos se hacen escasos, sin desaparecer del todo, en la *Historia de la esclavitud de la raza africana* y en la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*.

La deficiencia pudiera atribuirse a que Saco había solucionado algunos de los problemas teóricos y prácticos en su *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos*, en la cual se hallan sus principales

27 José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países américo-hispanos*, Imprenta de Jaime Jepús, Barcelona, 1879, t. I, pp. 5 y 6.

28 Ibídem, p. 126.

consejos a los productores cubanos y, en general, sus concepciones de los distintos acontecimientos. Aquí, donde podía herirse susceptibilidades, prefiere ceñirse a los *hechos*. Por otra parte, la circunstancia de que su historia haya quedado inconclusa, no permite asegurar con qué elementos iba a abordar candentes temáticas del siglo XIX. ¿Se hubiera arriesgado a analizar temas que sabía eran objeto de controversia en la sociedad cubana de entonces? No nos parece que así hubiera actuado. El resto de la obra ya contenía esas respuestas. Por último, en su *Historia de la esclavitud de la raza africana* advierte que ésta no puede escribirse con “vagas generalizaciones” ni “con razonamientos filosóficos ni con sentimentales declamaciones”. Ella —dice— sólo puede escribirse sobre los hechos, seguidos paso a paso, enlazados entre sí en un riguroso “orden cronológico”. Para agregar: “Así y solamente así, es como puede formarse exacta y completa idea de la propagación e incremento de la esclavitud de la raza africana en las diversas regiones de América”.²⁹

Al escribir sobre la esclavitud en América, Saco se hallaba ante la dificultad de hacerlo sobre una materia en la cual no existían iguales niveles en el desarrollo de su conocimiento. El caudal de datos de que puede disponer un autor para estudiar la esclavitud antigua, está acompañado de siglos de análisis histórico-historiográficos; situación que no existe al abordar la esclavitud africana en el Nuevo Mundo. Para esta última, Saco se encontraba en la difícil situación del hombre que debía compilar y, a la vez, sacar, sobre la base de datos dispersos y en ocasiones insuficientes, conclusiones valederas. La misma utilización de las fuentes, por parte suya, acusa una parcialidad necesaria. Si de buscar la verdad se trataba, ésta no podía estar en los autores que desconocían el mundo natural y humano americano y defendían al del colonizador o confundían ambos universos. Por ello, con plena conciencia del contenido de las fuentes, Saco prefiere, a la hora de escribir la historia de la esclavitud africana o la historia de la esclavitud de los indios, tener como fuente al padre Bartolomé de las Casas y no, por ejemplo, a un Oviedo, que tan enemigo de los indios se manifiesta.

Según hemos visto, la condición de historiador moderno de José Antonio Saco está dada, en primer lugar, por su concepción de la historia como “historia problema”; en segundo lugar, por la relación que establece entre el pensamiento y la historia universales y los procesos nacionales; en tercer lugar, por el eje sociológico-económico, con la profusión del uso de las ciencias auxiliares de la historia —sobre todo, de las estadísticas y la demografía—; en cuarto lugar, por el amplio empleo de la “historia comparada” como medio idóneo de estudiar los proble-

29 *Ibíd.*, p. 145.

mas, y, en quinto lugar, por la óptica americana desde la cual observa y analiza hechos, procesos y fenómenos históricos. Todo ello debe entenderse a partir de su visión de la historia como arma política; de la historia como compromiso cultural.

La *Historia de la esclavitud*, esa obra culminante del pensamiento cubano del siglo XIX, tan poco conocida y estudiada, ha despertado, sin embargo, el más profundo sentimiento de admiración en aquellos que la han leído. José Silverio Jorrín, al admirarla, no tiene a menos manifestar una devoción religiosa por ella, comparándola con la impresión que, a primera vista, produce la basílica de San Pedro. Hoy día, la comparación y la actitud devota de Jorrín parecen exageradas. Pero si de comparaciones se trata, la *Historia de la esclavitud* es como una inacabada catedral gótica erigida sobre los restos del mundo americano precolombino, con el gusto científico de un pensador del siglo XIX cubano. En sus innumerables detalles descubre el lector cómo va tomando forma el conjunto; cada párrafo es una mínima parte que, unida a los miles de datos que el resto contiene, da la armonía lógica del conjunto. Y como la monumentalidad de la empresa trascendía la propia vida y posibilidades del autor, la gran catedral quedó inconclusa. Pero la estructura científica estaba hecha sobre la base de la compleja y barroca realidad americana: las líneas temáticas corren por cauces distintos, formando un verdadero laberinto histórico que, a pesar de ello, tiene un claro sentido, una clara proyección que no es otra que la compleja realidad de nuestra América. La *Historia de la esclavitud* deviene nuestra más monumental obra de creación y pensamiento históricos, producida durante el predominio esclavista en Cuba; una verdadera aventura intelectual cuya magnitud asombra en los grandes y en los pequeños detalles. Una obra que no debe dejar de estudiarse si se quiere conocer no sólo a Cuba y a América, sino la esencia de una de las instituciones más permanentes y, a la vez negada, del decurso humano; esa que coloca entre signos de interrogación la controvertida condición humana.

En 1875, José Antonio Saco inicia la publicación de su monumental *Historia de la esclavitud*. Esta obra, según el plan inicial de su autor, se compondría de tres partes constitutivas de “un gran todo”, “pero este todo lo he arreglado de manera, que bien puede romperse su trabazón, formando tres historias separadas y completas en su género cada una, o volverlas a juntar en un solo cuerpo, dándoles su primer enlace”.³⁰ Llevarían el nombre genérico de *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, título que, además, servía para designar la primera parte. Las otras dos se denominarían *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en*

30 *Historia de la esclavitud de la raza africana...*, Editorial Alfa, Habana, 1937, p. 6.

los países americano-hispanos e Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo.

El primer conjunto se dividía en tres tomos. El primero vio la luz en el año citado en París, Francia, editado por la Tipografía Lahure. Significativamente, Saco sólo imprimió con este tipógrafo ese volumen. Caracteriza a esa edición notables y numerosos defectos tipográficos, lo cual puede explicar la decisión del autor de no continuar publicando con esta casa editorial. En ese mismo año aparece el tomo segundo, también titulado *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, pero en este caso editado e impreso por la también parisina Imprenta de Kugelman. Aunque se nota una mejoría en cuanto a los defectos del tomo anterior, aún se mantienen notables y numerosos defectos de edición. Dos años después se publica el tercer tomo con el mismo título, pero ahora en Barcelona, España, por la Imprenta de Jaime Jepús. De estos tres tomos dedicados a la evolución de la esclavitud a través de la historia universal, este último cuenta con un mejor trabajo editorial. Ello, y el hecho de residir ya en la capital catalana, lo que le permitía revisar de primera mano el trabajo de impresión, lo llevaron a seguir con este establecimiento.

Cada uno de los tomos publicados de este primer conjunto o primera parte de la obra, se dividía en libros y cuenta con varios apéndices, verdaderas joyas documentales. Los libros del tomo primero llevan su examen desde la esclavitud en Egipto, Etiopía, Fenicia, entre otros pueblos de la Antigüedad, para detenerse en los hebreos que, pese a llevar el nombre de “pueblo escogido de Dios”, no dejaron por ello de desarrollar la esclavitud. También se estudia la esclavitud en Asia; en particular, en la India y China. Los libros IV, V y VI de este tomo analizan la esclavitud en Grecia, incluidas su legislación y la visión de sus filósofos. Concluye el tomo con los inicios de la esclavitud en Roma.

El segundo tomo de esta primera parte, en sus nueve libros, está dedicado al estudio de la esclavitud en Roma durante la república y el imperio hasta su disolución. El tercero se desarrolla en las formas que tomó la esclavitud durante la Edad Media y la Moderna, incluso en el contexto de la lucha religiosa entre el cristianismo y el Islam.

En 1879 aparece el cuarto tomo de la *Historia de la esclavitud*, pero con un nuevo título: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países americano-hispanos*, también editado en Barcelona por la Imprenta de Jaime Jepús. En sus primeras páginas, Saco aclara que este tomo puede considerarse como el cuarto de la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días* o como el primero de una obra independiente con el nuevo título. En cualquier caso, se trata de un conjunto temático general y otro, subordinado e independiente a la vez. Este último, no obstante, no

sólo era el más novedoso, sino, además, el más trascendente en el ámbito de una segunda mitad del siglo XIX, cuando la abolición de la esclavitud del negro en América ocupaba el debate teórico y político, pero que, a su vez, en plena era victoriana y de expansión liberal colonialista sobre África y Asia, acomodaba nuevas formas de esclavitud. Lamentablemente, en ese año ocurría la muerte de José Antonio Saco.

Este tomo lo conformaban tres libros, más sus apéndices. En el primero estudia el África antigua hasta las consecuencias del establecimiento de portugueses en las costas de ese continente. El segundo libro, uno de los más trascendentes de toda la obra, relaciona las consecuencias del descubrimiento de América; mientras que el tercero se examina de manera detallada el establecimiento de la esclavitud africana en América, vista desde los más diversos ángulos y regiones.

De acuerdo con el acta testamentaria, Saco depositó sus papeles en manos de su amigo Valdés Fauli. Éste, junto con José Silverio Jorrín, se los hicieron llegar a uno de los fundadores de nuestra historiografía contemporánea, Vidal Morales y Morales. Gran parte de ellos quedaron depositados en los fondos de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana. Morales y Morales publicó, en 1881, por primera vez en Cuba, un nuevo conjunto armónico de las obras de Saco. Trátase de la llamada *Colección póstuma de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos por D. José Antonio Saco*. En ella compila los trabajos de éste publicados con posterioridad a la recopilación hecha por el propio autor de sus papeles en 1858. Visto así, la *Colección póstuma*... venía a constituir un cuarto tomo de su *Colección de papeles*... Dos años después, el propio Vidal Morales edita, en un solo tomo, lo que vendría a constituir la tercera parte de la obra inconclusa de Saco con el título de *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo* y que había estado apareciendo, por parte, en la *Revista Cubana*. En ese mismo año, y como texto independiente, da a conocer en la mencionada revista otro inédito de Saco con el nombre de *Historia de los repartimientos y encomiendas de indios*.

Diez años más tarde, en 1893, ve la luz, también por el destacado historiador, el que constituía el quinto tomo de la obra en su conjunto o el segundo de la *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo, y en especial en los países americano-hispanos*. En él, Vidal Morales también publica un voluminoso apéndice de los documentos más importantes que Saco había reunido para su obra.

No hay dudas que este segundo tomo de la *Historia de la esclavitud de la raza africana*... requirió, por parte de Vidal Morales, un trabajo de ordenamiento en el cual su criterio debió resultar definitorio en más de un aspecto. Lo componen cinco libros. Se inician con el IV sobre esta temática y cubre los siglos XVI al XIX. Las más diversas temáticas se

tratan en él. El libro VIII se corresponde con el complejo proceso de la abolición de la esclavitud en el siglo XIX y, aunque es muy revelador de aspectos que por entonces se desconocían, como el proyecto de extinción de la esclavitud que tenía preparado Félix Varela para presentar a las Cortes españolas de 1823, da la impresión que su texto definitivo aún estaba por depurar y, quizás, ampliar por el propio Saco.

No obstante el esfuerzo de Vidal Morales, Valdés Fauli y José Silverio Jorrín, en los fondos de la Sociedad Económica de Amigos del País y de la Biblioteca Nacional José Martí, quedaron numerosos documentos, anotaciones, fragmentos de obras, que hacen pensar en que aún había gran parte de la obra por terminar. Así parece que lo entendió don Fernando Ortiz, cuando en la década del 30 del siglo pasado inició su publicación en la serie editorial Colección de Libros Cubanos. Don Fernando decide agregar un nuevo tomo en el cual recopila 28 documentos y juicios de las más notables figuras que se expresaron acerca de la trata y la esclavitud en Cuba; entre ellas, Francisco de Arango y Parreño, Félix Varela y Domingo del Monte. Otros criterios se agregaron por el propio Ortiz, como los de Enrique José Varona y José Silverio Jorrín.

Fue también una decisión de Ortiz unir en un solo título la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo* y la *Historia de los repartimientos y encomiendas de indios*.

Pese a toda esta labor de rescate realizada por Vidal Morales y Fernando Ortiz, siguen quedando algunas incógnitas sobre partes completas de la obra no contenidas en lo que hasta ese momento se había publicado. ¿Dónde están los elementos a los que Saco hace referencia en torno a una posible parte o libro o libros sobre la historia de la esclavitud en las posesiones inglesas y, en particular, en las Trece Colonias de Norteamérica, cuestión que deja explícita en las primeras partes de su obra? Recientemente, el investigador del Instituto de Historia de Cuba, Orestes Gárciga, encontró y preparó para su publicación las notas de lo que constituye un tomo completo de la *Historia de la esclavitud en las colonias francesas*. Es de pensar que gran parte de esta información hubiese constituido los dos o tres tomos que Saco no pudo terminar sobre la *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, si bien no resulta posible determinar si hubiese sido una cuarta parte o tomos constitutivos de la que ya venía publicando. Lo mismo sucede con los elementos que reúne Vidal Morales en la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*. La Biblioteca de Clásicos Cubanos, después de un detallado estudio de las versiones anteriores y de un cotejo, lo más actual posible, cree contribuir al desarrollo de esta monumental obra, y al de la cultura cubana, con esta nueva edición corregida, cotejada y aumentada de este clásico inigualable de nuestra historiografía y de nuestras ciencias.



Pintura del antiguo Egipto
(Autor anónimo)

Para componer esta obra, he subido a las tradiciones más remotas de algunos pueblos; he consultado las esculturas e inscripciones que aún se conservan en los muros de los monumentos más antiguos de la tierra; y recorrido los anales de más de 50 siglos, pero en todos ellos siempre he visto, así en el viejo como en el nuevo continente, al hombre esclavo del hombre. Naciones bárbaras o civilizadas, grandes o pequeñas, poderosas o débiles, pacíficas o guerreras, bajo las más diversas formas de gobierno, profesando las religiones más contrarias, y sin distinción de climas y edades, todas han llevado en su seno el veneno de la esclavitud.

José Antonio Saco

Libro Primero

INTRODUCCIÓN - EGIPTO - ETIOPÍA - HEBREOS - FENICIOS



Apartado* enteramente de la política, propóngome escribir la historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Nacido y educado en Cuba, es decir, que nací y me eduqué entre esclavos. Aunque en corto número, tuviéronlos mis padres, y de ellos los heredé: trato, pues, de un asunto que conozco no sólo por los libros que he leído, sino por mi propia experiencia.

Para componer esta obra, he subido a las tradiciones más remotas de algunos pueblos; he consultado las esculturas e inscripciones que aún se conservan en los muros de los monumentos más antiguos de la tierra; y recorrido los anales de más de 50 siglos, pero en todos ellos siempre he visto, así en el viejo como en el nuevo continente, al hombre esclavo del hombre. Naciones bárbaras o civilizadas, grandes o pequeñas, poderosas o débiles, pacíficas o guerreras, bajo las más diversas formas de gobierno, profesando las religiones más contrarias, y sin distinción de climas y edades, todas han llevado en su seno el veneno de la esclavitud. ¿Existió jamás algún pueblo donde ésta no penetrase bajo alguna de las formas que reviste? ¿Hay por ventura en los fastos de la humanidad algún período, por corto que sea, en que haya desaparecido de la tierra?

África, como si estuviera condenada por un fatal destino a eterna esclavitud, es hoy lo que fue desde los tiempos más lejanos; y yo probaré que la alta civilización que alcanzaron el antiguo Egipto, la Etiopía y Cartago, en vez de menguar el número de sus esclavos, los aumentó con sus guerras, conquistas y comercio.

Asia, cuna del género humano, según nos enseña el Génesis, cubierta estuvo de esclavos en su inmensa superficie, desde el septentrión hasta el mediodía y desde su extremidad occidental hasta sus aledaños

* Esta obra se tomó de Imprenta Alfa, Habana, 1936. (*N del E.*)

orientales. Invasiones, guerras, conquistas y frecuentes revoluciones derrocaron y levantaron imperios en aquella región. Verase que, en medio de tantos trastornos, la esclavitud profundamente arraigada en las instituciones y costumbres de aquellos pueblos, trasmitióse de siglo en siglo hasta nuestros días; verase que el pueblo hebreo, no por llevar el nombre de pueblo escogido de Dios, dejó de tener esclavos; y el alto puesto que ocupó en la historia del mundo, me obliga a buscar los orígenes de su esclavitud, a marcar sus diferentes especies, describir su verdadera índole, y exponer sus vicisitudes hasta la ruina y dispersión de aquel pueblo por las armas del romano imperio. Verase, que los fenicios, escitas, lidios, asirios, medos, persas, babilonios y otros pueblos asiáticos todos impusieron la esclavitud, pero todos también arrastraron sus cadenas, y muchos de sus hijos aun bajo la forma más degradante, pues que perdieron hasta el distintivo de hombres.

De todas las naciones que en Asia se alzaron y hundieron en el polvo más de 2 000 años ha, sólo la India y la China han sobrevivido a tantas ruinas, conservando su civilización primitiva. Contra el sentir de antiguos historiadores probaré que la India conoció la esclavitud desde tiempo inmemorial. Señalaré las copiosas fuentes de donde emanaba, y su varia naturaleza según el sexo de los esclavos, sus ocupaciones y localidades; referiré las ceremonias que se empleaban en su manumisión: pintaré con sus verdaderos colores la mísera condición a que el código sagrado de Manú condenó al sudra y a otras clases serviles; mostraré las causas que conservaron la esclavitud, trasmitiéndola de generación en generación hasta la presente edad; y diré también como el abolicionismo inglés se estrelló en la India, mientras triunfó en otras partes.

Siglos y siglos corrieron sin que hubiese en China existido la esclavitud. Contaré cuándo y cómo empezó; cómo se fue propagando, menos por las guerras extranjeras que por las civiles; cómo de éstas nació una muchedumbre de siervos, cuyo estado regularizó la ley, y aun se empeñó en destruir por la preponderancia que adquirieron algunos señores; cómo la fuente perenne y más abundante de esclavitud fue, y es todavía, la venta del hombre libre, ocasionada por la miseria que siempre han llevado en pos de sí las calamidades físicas, políticas y morales; cómo su dureza en ciertas épocas templese en otras hasta tomar un carácter general de blandura; cómo poseyeron esclavos en gran número, no sólo el Estado y los altos funcionarios, sino también los particulares y monasterios de ambos sexos, pertenecientes al budismo; cómo los chinos y aun los tártaros sus dominadores, prefieren los sirvientes asalariados a los esclavos, y cómo los eunucos llegaron a ejercer por muchos siglos una influencia tan perniciosa en el gobierno de China, que a veces conmovieron sus fundamentos.

Dos grandes naciones nos presenta Europa en la Antigüedad. Grecia por su sabiduría, Roma por su poder. De aquélla trazará a pincela-

das la esclavitud en sus tiempos heroicos, y bajando a los históricos, profundizaré los ricos manantiales de donde brotaba; demostraré que de su yugo no se libraban ni el extranjero ni el griego, el desvalido ni el poderoso, el ignorante ni el sabio, pues Diógenes y Platón sufrieron sus dolores, aquél por toda la vida y éste por corto tiempo; expondré la condición del esclavo ante la ley y la familia; indicaré el número probable de ellos, las ocupaciones útiles o vergonzosas en que se emplearon, el precio en que se vendieron, los diversos modos de manumitirlos, y los efectos que producía la manumisión en el liberto; notaré distintamente los rasgos de semejanza y desemejanza que hubo entre el esclavo y el siervo, entre la esclavitud y la servidumbre. Suave aquélla en Atenas, ésta fue cruel en Esparta, ocasionando las formidables insurrecciones de sus ilotas; examinaré las diversas opiniones de los principales filósofos de la Grecia acerca de la justicia o injusticia de la esclavitud, y apreciaré en su justo valor los males que ésta causó, ora corrompiendo las costumbres, ora comprometiendo el reposo del Estado.

Roma fue la nación de la tierra que más esclavos poseyó y que más traficó en ellos. Buscaré las diversas fuentes de donde salieron, siendo la guerra la más abundante de todas. Nación conquistadora, Roma tuvo a sus pies el mundo encadenado, pues a doquiera que volaban sus águilas, llevaban en pos de sí la victoria y la esclavitud. Recorreré los mercados de carne humana que como trofeo de sus triunfos ofrecía Roma al universo; indicaré los diferentes precios a que se vendían los esclavos; la inmensa variedad de servicios a que éstos se destinaban, y su asombrosa muchedumbre en el campo y en la ciudad; pero ese pueblo tan ávido de esclavos fue también el más pródigo de todos en libertarlos, y para contener el torrente de manumisiones que ya empezaban a comprometer la seguridad de Roma, fue necesario reprimirlas por la ley, bien que ésta no alcanzó el fin que se proponía.

Amargo fruto de la crueldad de la república con sus esclavos fueron el odio de éstos a sus amos, las infames delaciones contra ellos en los días de turbulencias, su funesta participación en las guerras civiles, sus frecuentes conspiraciones, las rebeliones sangrientas de Sicilia, y el formidable alzamiento en Italia del gladiador Spartaco. Al lado de tantos horrores no pasaré en silencio los hechos heroicos de algunos esclavos fieles, que aun en medio de la tortura inmolaron su vida para salvar la de sus amos. Impotente la esclavitud para triunfar de éstos por las armas, vengose cruelmente de Roma, desterrando los brazos libres de los campos y de las artes, llevando la corrupción al seno de las familias, alterando la pureza de las políticas instituciones, e introduciendo sus depravados libertos en las tribus, decurias, cohortes de la ciudad, gobierno de las provincias, y hasta en el ya envilecido Senado. Narraré cómo el rigor de la esclavitud durante la república fue mitigado por la

legislación del imperio y por el cristianismo; cómo estas dos causas unidas a otras disminuyeron considerablemente los esclavos; cómo esta disminución fue trasformando gradualmente el trabajo esclavo en trabajo libre, y dando origen a los gremios formados en las ciudades, y al duro colonato en los campos. Detendreme largamente en las irrupciones de los bárbaros del Norte que acabaron por destruir el Imperio de Occidente: observaré si esas irrupciones aumentaron o disminuyeron el número de los esclavos entonces existentes: manifestaré el influjo que las leyes y costumbres de aquellos bárbaros ejercieron en la índole de la esclavitud romana, y de la que continuó en los países que conquistaron; trataré también de los siervos de la gleba y de otras clases más o menos serviles que se formaron en la edad bárbara y media, ocupando un lugar entre la libertad y la esclavitud. Ni omitiré impugnar el común error aun de célebres historiadores, asegurando que la esclavitud cesó en Europa desde la Edad Media, y que su renacimiento en ella provino del descubrimiento del Nuevo Mundo. Investigaré, en fin, todas las causas físicas y religiosas, políticas y morales, ya continuas, ya transitorias, ora generales, ora parciales que fueron apareciendo sucesivamente antes y después de la caída del Imperio de Occidente, bien para combatir, bien para mantener la esclavitud en la Europa cristiana hasta su total abolición en el siglo decimoctavo.

Aquí termina la primera parte de mi trabajo, que puede formar por sí sola una obra completa; pero queriendo darle más extensión y unidad, lo enlazaré con la historia de la doble esclavitud que nos presenta el Nuevo Mundo: esclavitud de la raza africana en él introducida, y esclavitud de la raza indígena que allí encontraron sus descubridores.

Poco menos de cuatro centurias abarca la historia de la primera, y al contemplar período tan interesante, se verá que España, gloriosa descubridora de un Nuevo Mundo, fue también la primera nación que a él llevó esclavos negros, no sacados de África, según la vulgar creencia, sino de los muchos que ella misma tenía en su propio territorio desde tiempos muy lejanos. Explicaré cuándo y por qué comenzó el comercio directo de negros entre África y América; cómo antes del promedio del siglo decimosexto, la esclavitud de la raza africana estaba ya difundida en las posesiones américo-hispanas desde las Antillas y las aguas del golfo mejicano hasta las costas de Chile y las regiones del Río de la Plata; cómo aquel tráfico pasó casi todo a manos extranjeras, siendo los españoles quienes en él menos parte tuvieron, por más de 200 años, y cómo dio ocasión a conflictos y guerras entre Inglaterra y España.

Referiré las fugas, conspiraciones, alzamientos, incendios, asesinatos cometidos por los esclavos, y su intervención, ya espontánea, ya por llamamiento de los blancos, en las guerras civiles que destrozaron el Perú y otros países de la América española. Recordaré los hombres piadosos que

en ésta y en España elevaron su voz desde el siglo decimosexto, no sólo contra el comercio de negros, sino aun contra la misma esclavitud.

Seguiré paso a paso sobre la abolición de aquél y de ésta todos los acontecimientos ocurridos hasta nuestros días, así en aquella metrópoli, como en sus hijas ya erigidas en repúblicas independientes. Apreciaré la influencia que ejerció la esclavitud en la agricultura, en las artes, población y costumbres de los pueblos américo-hispanos. Y también demostraré con los códigos en la mano, que la legislación española fue más humana con los esclavos, y les dio más protección y facilidad para libertarse que la de ninguna otra metrópoli europea, y que aun la de todos los Estados de la Confederación Norteamericana.

Tal es el cuadro que ofreceré de la esclavitud de los negros en los países que hablan la hermosa lengua de Castilla. Pero esclavos de aquella raza también tuvieron en sus colonias americanas Portugal, Inglaterra, Francia y otras naciones europeas; y como a mi propósito cumple dejar correr la pluma, escribiré igualmente la historia de la esclavitud africana en cada una de las posesiones ultramarinas que a ellas pertenecen, deteniéndome especialmente en las de Francia e Inglaterra, ya por la importancia de estas dos grandes naciones, y la extensión que el tráfico tomó bajo sus banderas, ya por los interesantes debates que para suprimirlo, ocuparon durante 20 años la atención del Parlamento; ora por las sangrientas insurrecciones de los negros en Jamaica, y la espantosa catástrofe de Santo Domingo, ora por la completa emancipación que alcanzaron los esclavos en las colonias de ambas potencias.

Ni perderé de vista la República de Norteamérica, rama desgajada del frondoso tronco británico. Proclamada su independencia desde 1776, la historia de sus negros ya no pudo seguir confundida con la de su antigua metrópoli. Un siglo abraza el período que correré después de su separación, y en él se verá a uno de los pueblos más libres de la tierra, oprimiendo con dura mano más de 4 millones de hombres, todos o casi todos cristianos como él, y luchando por llevar la esclavitud a regiones no contaminadas con ella: veranse a hijos de aquel suelo manchándose con el contrabando más infame, para vender míseros africanos en propios y extraños mercados; veranse fomentadas la inmoralidad y la corrupción en el fango de los criaderos por el vil interés de aumentar los esclavos; pero veranse también nobles ejemplos de abnegación, y hombres consagrados a la defensa de la humanidad; veranse desde los primeros años de la independencia legislaturas de algunos Estados, aliviando unas el peso de las cadenas del esclavo, y rompiéndolas otras enteramente; verase prohibido y aun declarado piratería en toda la Unión el comercio de carne humana que con África se hacía; y verase terminar la esclavitud en medio de la sangre y los horrores de una guerra civil, la más formidable quizá que han presenciado los siglos.

Apartando los ojos de los negros y volviéndolos a seres más desventurados, aparecerá que la esclavitud de los indios no comenzó con el descubrimiento del Nuevo Mundo, pues antes que a él aportasen los europeos, ya aquéllos la sufrían. Mencionaré las tribus y naciones indígenas que desde el septentrión hasta el mediodía tuvieron esclavos indios; los diversos orígenes de donde éstos emanaron; sus ventas en privado o en públicos mercados; el rigor o suavidad con que sus amos los trataron; su bárbaro sacrificio en los templos de dioses sanguinarios, y más sanguinarios en Anahuac que en otra región alguna de América.

A esta esclavitud, que era parcial, sustituyose la general que sobre los indios echaron los conquistadores. Escribir la historia de ella bajo las diversas formas que fue tomando con el transcurso del tiempo, delicada materia es para un hijo de la América española; sobre todo, si nació en Cuba. Pisando un terreno resbaladizo, hállome entre dos corrientes opuestas: una que sale de España, y otra que viene del Nuevo Mundo. Muchedumbre de escritores son impelidos por la primera, y muchedumbre por la segunda; mas, yo no me dejaré arrastrar ciegamente por ninguna de las dos. Justo e imparcial con todos, ni halagaré pasiones ni partidos, ni torceré la verdad, y desde ahora debo decir, que si en la conducta de los conquistadores y pobladores con los indios hay mucho que reprobar, en la del gobierno con éstos hay también mucho que aplaudir. Describiré, pues, con diestra firme todas las vicisitudes por que pasó la raza indígena desde su primera esclavitud bajo la dominación española hasta que obtuvo su completa libertad. Contaré las miserias y tribulaciones de los indios, las iniquidades que por mar y tierra se perpetraban para esclavizarlos; pero al mismo tiempo no negaré el constante empeño de los monarcas españoles en reprimirlas, y en proteger la libertad de aquellos infelices, si bien esta protección no alcanzó al feroz caribe, cuyo carácter pintaré, ni a ciertas tribus que como él devoraban carne humana.

Idénticos de hecho, la esclavitud y las encomiendas o repartimientos, marcaré sus diferencias fundamentales ante la ley. Explicaré el origen de ellos; su gradual propagación desde las Antillas hasta Chile y Buenos Aires; los ardientes y largos debates entre los encomenderos que defendían los repartimientos como justos y necesarios, y los frailes dominicos y de otras religiones, que los condenaban como inicuos y funestos; la perplejidad del gobierno con los informes contrarios que recibía; las Juntas de teólogos, juriconsultos y de otras personas respetables, congregadas por su orden en Castilla para dirimir esta lamentable controversia. Ni echaré en olvido las numerosas disposiciones de los reyes, encaminadas a favorecer los indios, pero casi siempre frustradas por la codicia y por la inmensa distancia; las rectas intenciones de algunos

gobernantes, obispos y magistrados; los esfuerzos, heroicos del gran protector de los indios, el inmortal sevillano Bartolomé de las Casas; las Nuevas Leyes que por su influjo promulgó Carlos V contra los repartimientos para mejorar la condición de los indios; las profundas conmociones que ellas causaron en Nueva España, el Perú, y en otras partes del continente; su temporal suspensión, y las graves discusiones que se suscitaron sobre la perpetuidad de las encomiendas. Hablaré de la supresión de los servicios personales, y la nueva guerra civil que ella encendió en el Perú; de la abolición de las encomiendas, la incorporación de los indios en la Corona real, el tributo que a favor de ésta se les impuso, y de las extorsiones de los corregidores para cobrarlo. Referiré los levantamientos y guerras de los indios contra sus dominadores en diversos tiempos y países; las causas que los exterminaron no sólo en las Antillas españolas, sino también en las extranjeras, y su conservación en el continente américo-hispano. Trataré de la mita o servicio forzado de los indios en las minas de Nueva España y del Perú, y de su total extinción, primero en aquel virreinato, y después en el segundo. Consideraré las importantes misiones o reducciones del Paraguay bajo la dirección de los jesuitas, su organización interior, sus progresos y resultados. Compararé, por último, el estado en que se hallaban los indios bajo la dominación española, con el que han tenido y tienen hoy los que habitan en tierras pertenecientes a gobiernos que se precian de civilizados y humanos.

Compónese, pues, esta obra, según el plan que he trazado, de tres partes principales, constitutivas de un gran todo; pero este todo lo he arreglado de manera, que bien puede romperse su trabazón, formando tres historias separadas y completas en su género cada una, o volverlas a juntar en un solo cuerpo, dándoles su primer enlace.

Egipto por donde comienza esta historia, es uno de los países más interesantes de la tierra. Su inmensa antigüedad; sus 31 dinastías desde la fundación del trono por Menes casi 4 000 años antes de Jesucristo hasta la muerte de la famosa Cleopatra; sus portentosos monumentos; sus grandiosas ruinas; sus soberbias pirámides desafiando los siglos; la salida del pueblo hebreo bajo la dirección del gran Moisés; su clima extraordinario, no tanto por su elevada temperatura, cuanto por su extrema sequedad tan favorable a la conservación de esos mismos monumentos; su río singular derramando vida y abundancia en los terrenos que riega periódicamente con sus aguas; sus conocimientos en varias ciencias que como depósito sagrado conservaba la clase sacerdotal; y los viajes que para adquirirlas hicieron los legisladores Licurgo y Solón, Tales, Anaxágoras, Pitágoras, Demócrito, Platón, Eudoxo, y otros hombres eminentes de la Grecia, todo esto ha llamado siempre la atención del mundo civilizado.

Pero esa nación que en todos tiempos ha inspirado tanto interés, nunca tuvo un vasto territorio. Los antiguos no dieron el nombre de Egipto sino a la región habitada que cubren las aguas del Nilo desde el Mediterráneo hasta Syene, ciudad limítrofe de la Etiopía. “Después, y aun en nuestros días, dice Strabón, se ha reunido bajo este nombre: 1º del lado del Oriente, casi todo el espacio comprendido entre el golfo Árábigo y el Nilo (en cuanto a la Etiopía, ella no se extiende absolutamente hasta el mar Eritreo); 2º del lado del Occidente, el país que se extiende hasta los oasis y la costa desde la boca Canopica hasta el Catabathmus¹ y la provincia de Syrene”.²

En esta nación, por tantos títulos interesante, piérdese el origen de la esclavitud en la noche de los tiempos; y la primera noticia histórica de ella consignada está en el Génesis, uno de los libros más antiguos del mundo. Cuando el patriarca Abraham estuvo en Egipto, recibió del faraón que entonces allí reinaba un presente de ganados y de esclavos de ambos sexos.³

Matar a Joseph, muchacho de 17 años, fue el primer pensamiento de sus envidiosos hermanos hijos de Jacob; mas, a la vista de unos medianitas que hacían el comercio de caravana entre Galaad y Egipto, mudaron de parecer y le vendieron en la tierra de Canaán. Esos medianitas oriundos de Midian, uno de los hijos que hubo Abraham en Cetura, su segunda mujer; habitaron probablemente en las inmediaciones del mar Rojo, y ya desde el tiempo de Jacob, comerciaban con Egipto en drogas, bálsamos y mirra.⁴ Llegado que hubieron a ese país, vendieron el esclavo Joseph a Putifar, capitán de guardias en el palacio del faraón.⁵

Larga escasez de granos sufrió una parte del Asia occidental en los días de Jacob. A comprarlos en Egipto envió este patriarca sus hijos, y acusados allí del supuesto hurto de una copa de plata perteneciente al faraón, todos, en prueba de su inocencia, se ofrecieron a ser esclavos de aquél, aun en el caso que uno solo de ellos apareciese culpable. “Aquel de tus servidores, así dijeron, en quien se encontrare la copa, muera; y nosotros seremos esclavos”.⁶

Estas últimas palabras y otras que mediaron entre el intendente de Joseph, que ya era primer ministro, y sus hermanos, manifiestan cuan familiarizado estaba el pueblo egipcio con la esclavitud. Pero muchos siglos antes de estos sucesos, ya ella existía en Egipto. Si se reflexiona que de la entrada de Joseph en este país a la fundación de la monarquía egipcia por Menes, su primer rey, habían corrido ya largas centurias; que a esa monarquía precedió un gobierno teocrático que duró muchos siglos; que otros muchos habían pasado antes de llegar a la teocracia; que la esclavitud era una institución universal, y que en África, donde siempre ha estado muy difundida, se halla situado el Egipto, muy pronto se conocerá que ella sube allí a una época inmemorial.

A primera vista parece que la organización social del Egipto debió oponerse a la esclavitud, pues establecido que fue el gobierno monárquico, toda la población libre dividióse en castas. Siete eran éstas, según Herodoto: los presbíteros, los militares, boyeros, porqueros, mercaderes, intérpretes y pilotos;⁷ pero las cinco últimas no fueron propiamente castas distintas, sino fracciones diversas de una sola. Así fue que Diodoro de Sicilia y Strabón solamente contaron tres: la de los presbíteros, la de los militares, y la que comprendía a los pastores, labradores, y toda especie de artesanos o menestrales.⁸ Dedicada exclusivamente la última casta a los trabajos materiales, bien pudiera creerse que todas las necesidades del país quedaron satisfechas sin acudir a la esclavitud. Pero ésta precedió en Egipto a la división de las castas; y aunque no hubiese precedido, la casta destinada a los trabajos materiales, tan vinculada estaba en ellos, que no podía emplearse en el servicio doméstico; sobre todo cuando los obreros no eran bastantes en ciertas ocasiones para los monumentos y otras obras públicas que emprendían los egipcios.

Morir a manos del vencedor, o ser esclavos, tal fue la suerte común que cupo en la Antigüedad a los prisioneros de guerra. Ésta, el comercio y la legislación, fueron las fuentes principales de esclavitud entre los egipcios. Belicosos en varias épocas de su larga existencia sustentaron algunas lides con los pueblos vecinos y aun con otros más distantes. Créese que la Etiopía fue conquistada por Sesórtesen I, llamado también Osirtasen, segundo rey de la duodécima dinastía, que subió al trono aproximadamente, según Lepsius, en el siglo vigesimosegundo,⁹ y según Bunsen en el vigesimoséptimo antes de la era cristiana.¹⁰ Esta conquista hubo de dar esclavos negros al Egipto, sin que sea posible señalar su número.

La historia más verídica y más instructiva de aquella nación, grabada está en los restos de sus palacios, templos, pirámides e hipogeos;¹¹ y muchos de los relieves que cubren los muros de esos monumentos representan la esclavitud de los guerreros vencidos. Así aparecen asiáticos y africanos, ora del todo negros, ora de color más claro, en el palacio Luqsor¹² en el de Menephtha I en Karnak,¹³ en el de Ramses III en Medinet Habu,¹⁴ en uno de los hipogeos de Kurnah¹⁵ y en otros monumentos.¹⁶

Entre los monarcas guerreros del antiguo Egipto, distinguéronse por sus proezas Sethos I y su hijo Rameses o Ramses II, a quien los historiadores griegos dieron equivocadamente el nombre de Sesoosis o Sesostris que tuvo también su padre. Estos dos monarcas reinaron en el siglo decimoquinto antes de la era cristiana, y pertenecieron a la dinastía decimanona, según la lista de Manethon y Eratosthene.¹⁷

Las guerras y victorias de Ramses II, además de estar representadas en los monumentos egipcios,¹⁸ mencionanlas expresamente Herodoto,¹⁹

Diodoro de Sicilia,²⁰ Strabón,²¹ Plinio, el Naturalista,²² y Tácito.²³ Éste refiere el viaje que Germánico hizo al Egipto, y su visita a las grandes ruinas de la antigua Tebas. Uno de los más ancianos sacerdotes explicole las inscripciones egipcias que aún se conservan en algunos monumentos, y una de ellas dice, que Ramses subyugó la Libia y la Etiopía. Bajo la palabra Libia, nombre que en la Antigüedad también se dio al África, debe entenderse solamente una parte de la que está al occidente del Egipto; pues imaginarse que aquel monarca hubiese conquistado toda la Libia, sería un absurdo espantoso. Después que Ramses dominó ese país y la Etiopía, preparó una escuadra de 400 naves²⁴ en el mar Eritreo, que así se llamó antiguamente, no sólo al que hoy denominamos Rojo, sino a todo el que baña las costas meridionales de Arabia hasta el golfo Pérsico.²⁵ Continuando sus conquistas, entró en Asia y sometió la Media, la Persia, la Bactriana, la Escitia, todo el país habitado por los sirios, armenios y capadocios desde el mar de Bythinia hasta el de Lycia.²⁶ Pasó después a Europa, recorrió triunfante la Tracia, y volvió a Egipto con prodigiosa muchedumbre de prisioneros esclavizados.²⁷

Confirman esos triunfos algunos papiros egipcios, pues el célebre Champollion reconoció en el año de 1828, uno en que se habla de la guerra de aquel monarca contra el pueblo de Cheta.²⁸ Aquel papiro fue comprado a un francés en 1839 por el Museo Británico de Londres. El doctor Lepsius, examinando en Liorna una colección de antigüedades egipcias perteneciente a D'Anastasy, encontró una serie de papiros en que se hace mención de otras proezas militares de aquel período.

Tan sólo con los prisioneros esclavizados por Ramses, y sin ayuda de ningún brazo egipcio, él hizo calzadas, abrió canales para dar curso a las aguas estancadas del Nilo, y facilitar las comunicaciones; formó tesoros artificiales donde asentar pueblos y ponerlos al abrigo de las inundaciones; construyó fortalezas, levantó en casi todas las ciudades principales un templo al dios que en más veneración tenían sus habitantes,²⁹ y puso en esas obras la siguiente inscripción: "Aquí no se ha fatigado ningún indígena".³⁰ Aunque esos esclavos pertenecieron al Estado, muchos pasarían al dominio privado de los egipcios, porque habiendo Ramses recompensado a los guerreros que le acompañaron en sus largas expediciones, es muy probable que entre las liberalidades que les hizo, también les hubiese repartido esclavos.

Hubo otro Ramses, que fue el tercero, perteneciente a la vigésima dinastía, que aproximadamente comenzó en el siglo decimotercero antes de Jesucristo. Este monarca hizo también una grande expedición al Asia, y su reputación como guerrero fue casi igual a la de Sethos I y a la de su hijo, Ramses II: siendo de advertir, que no en pequeño error incurren algunos, atribuyendo los triunfos marítimos y terrestres de Ramses III a Ramses IV, que nada notable emprendió.

El gran número de prisioneros introducidos en Egipto como esclavos por Ramses II, hubo de aliviar, a lo menos por algún tiempo, la dura condición en que vivía la casta inferior; pues sobre ella cargaba el recio trabajo de construir los portentosos monumentos que todavía asombran a los mortales. A la vista del lago artificial de Moeris, de esa inmensa obra, dice Diodoro de Sicilia: “¿quién podrá calcular los millones de hombres y el número de años empleados en concluirlo?”³¹ Incalculable también sería el de los brazos libres o esclavos que trabajaron en el admirable laberinto situado a poca distancia del referido lago.³² Herodoto y Diodoro de Sicilia aseguran,³³ que el pueblo detestaba la memoria de los reyes que levantaron cerca de Menfis las tres más altas pirámides del Egipto; y ellos también dicen, que para concluir la más grande, se emplearon continuamente, por más de 20 años, 360 000 obreros, de los cuales muchos perecieron.³⁴ ¿Y no habría entre ellos muchedumbre de esclavos que sucumbiera bajo el peso de tan duros trabajos?

De los prisioneros esclavizados que Ramses II llevó de Babilonia a Egipto, cuenta Diodoro de Sicilia,³⁵ que no pudiendo resistir la dureza de los trabajos que se les imponía, subleváronse, apoderáronse de una fortaleza, hostilizaron a los egipcios, asolaron los lugares vecinos, y que al fin capitularon, alcanzando permanecer en aquel punto, donde fundaron una ciudad que llamaron Babilonia en memoria de su patria. Lo mismo dice Strabón;³⁶ pero Ctesias de Knide, según refiere el mismo Diodoro, cree que dicha ciudad no fue fundada por prisioneros esclavizados, sino por guerreros babilonios que marcharon a Egipto con Semíramis, y quisieron conservar allí un recuerdo de su tierra natal. No concuerda Josefo con esto, el cual piensa que aquella ciudad data de la invasión de los persas, a quienes acompañaron algunos babilonios, pues unos y otros dependían entonces de un mismo gobierno.³⁷ Cuál de estas opiniones sea la verdadera, imposible es averiguarlo hoy.

No tan estupendo como las pirámides y las otras obras que acabo de mencionar, fue el canal que el faraón Necos empezó a abrir para establecer comunicación entre el mar Rojo y el Nilo;³⁸ mas, a pesar de esto y que los trabajos fueron interrumpidos por orden suya, murieron en ellos más de 20 000 hombres.³⁹ Este número, y el muchísimo mayor que fue devorado por la construcción de las tres grandes pirámides, demuestra la necesidad que del trabajo de esclavos tenía el Egipto.

Con largas interrupciones siguió dándose la guerra, pues los faraones la hicieron al África, y con más frecuencia a la Siria. Sheshonk I o Sesonchis, fundador de la vigesimasegunda dinastía que comenzó a fines del siglo décimo antes de la era cristiana, tomó a Jerusalén por los años de 970 y a otras muchas ciudades de Siria. Apoderose de las riquezas del magnífico templo que Salomón había construido y de los tesoros del palacio del rey;⁴⁰ pero la Sagrada Escritura no menciona que hubiese tornado a Egipto con prisioneros esclavizados.

Psammítico reinó en Egipto 54 años; hizo la guerra a Siria, sitió la ciudad de Azotus, pero no la tomó sino al cabo de 29 años: asedio, según Herodoto, el más largo que hasta entonces se había conocido.⁴¹ Necos, sucesor de aquel rey, invadió también la Siria, y después de la batalla de Magdole, apoderose de la importante ciudad de Caditis.⁴² Psammis, que sólo reinó seis años, murió poco después de su expedición a Etiopía;⁴³ mas, su hijo Apries invadió con ejército numeroso y escuadra considerable la isla de Chipre y la Fenicia; tomó de asalto a Sidon, llevó el terror a otras ciudades de aquella nación, y volvió a Egipto con gran botín.⁴⁴ ¿Cuántos, pues, no serían los infelices que en esta guerra, y en las otras, que acabo de apuntar, arrastraron las cadenas de la esclavitud?

Cuando Cambises, rey de Persia, subyugó el Egipto, marchó contra los etiopes-macrovianos; y habiéndolos vencido, impúsoles un tributo en oro fino, colmillos de elefante, ébano y cinco muchachas esclavas. Este tributo se pagaba cada tres años, y en tiempo de Herodoto duraba todavía.⁴⁵

Aun después de extinguidas las antiguas dinastías egipcias, y colocadas otras nuevas en el trono de los faraones, la guerra siguió dando esclavos al Egipto. Con las turbulencias acaecidas por la muerte de Alejandro Magno, uno de sus generales, de nombre Tolomeo Lagus Soter, hízose rey de aquel país, y acometiendo en años posteriores la Palestina, esclavizó en ella muchos de sus habitantes, que vendió en Egipto. Su hijo y sucesor Tolomeo Filadelfo, ya por complacer a su amigo, Aristeo, ya por estrechar sus relaciones políticas con el pueblo hebreo, ya por ambos motivos, libertó no sólo a los judíos que su padre había esclavizado, sino también a todos los demás esclavos de aquella raza que vivían en Egipto. Su número ascendió a 120 000, y a 470 talentos la suma empleada por aquel monarca para rescatarlos.⁴⁶ El edicto en que se proclamó su libertad, es un documento que honrará eternamente la memoria de Tolomeo.

“Queremos, dice, que todos los judíos cogidos en Siria, Fenicia y Judea por los soldados del difunto rey nuestro padre, y que fueron traídos y vendidos en Egipto, como también aquellos que antes o después han sido vendidos del mismo modo en nuestro reino, queden exentos de esclavitud: que nuestros soldados, además de su sueldo, reciban de nuestro Tesoro 120 dracmas por cada uno de esos esclavos que tuvieren en su poder; y que nuestros tesoreros paguen igual rescate a los diferentes amos que poseyeran otros, porque teniendo motivos para creer que el haber traído los soldados a Egipto tan gran número de cautivos, ha sido contra la voluntad del rey nuestro padre, contra toda especie de equidad, y sólo por el deseo de aprovecharse de ellos; el amor a la justicia y la compasión que se debe tener a los desgraciados, nos obliga a poner en libertad a todos estos cautivos, después que se haya pagado a sus amos

el precio que hemos ordenado. Y como estamos ciertos de que nuestra bondad es provechosa en esta ocasión, creemos que nuestro actual edicto será ejecutado de buena fe; que tres días después de su publicación, los poseedores de dichos esclavos presenten una lista de ellos; y si algunos dejan de obedecernos, se les pueda denunciar, confiscándoseles todos sus bienes en nuestro provecho”.⁴⁷

Este edicto fue ejecutado en siete días; y las 120 dracmas se pagaron, no sólo por cada esclavo adulto, sino también por cada niño.

Si la guerra dio al Egipto esclavos extranjeros, veces hubo en que ella esclavizó a los mismos egipcios. Casi 2 100 años antes de Cristo, los hyksos o pastores, procedentes de la Siria, invadieron el Egipto por la frontera oriental, y como la hallaron indefensa, dominaron pronto el país. De los males que ocasionaron trazó Manethon un cuadro muy doloroso.

“Bajo el reinado, dice, de Thimaus, uno de nuestros reyes, Dios irrito contra nosotros permitió, que cuando al parecer no debía temerse nada, un gran ejército de un pueblo que no tenía reputación alguna, vino del Oriente, se apoderó sin dificultad de nuestro país, mató una parte de nuestros príncipes, encadenó a otros, quemó nuestras ciudades, arruinó nuestros templos, y trató tan cruelmente a los habitantes, que haciendo morir a muchos, redujo las mujeres y los niños a esclavitud, y puso por rey a uno de su nación llamado Salatis”.⁴⁸

Este pasaje es digno de toda confianza, porque Manethon es uno de los guías más seguros para conocer la historia del antiguo Egipto. Fue gran sacerdote del templo de Isis en Sebennytus, en el Bajo Egipto, reinando Tolomeo Soter; túvose por hombre de mucha sabiduría y escribió varias obras, cuya veracidad la confirman los antiguos monumentos egipcios. Su historia se perdió, y, según piensan algunos, fue en el incendio de la Biblioteca de Alejandría. Sin embargo, Josefo, en su defensa de los judíos contra Apion, insertó algunos fragmentos; sirvióse de ellos en su *Chronicon* el obispo Julio Africano, autor al principio del tercer siglo de la era cristiana; pero esta obra también se perdió; mas, hállanse reproducidos algunos trozos en la *Crónica* de Eusebio, obispo de Cesárea, en Palestina, autor del siglo cuarto de la era cristiana; y también en la del monje bizantino Jorge Sincello, escrita a principios del siglo noveno.

La dominación de los hyksos, en Egipto, duró muchas centurias; mas, al fin fueron arrojados de aquel país por Tuhmosis III, cuarto rey de la decimaoctava dinastía.

El comercio terrestre y marítimo dio también muchos esclavos al Egipto.

Antiquísimas fueron sus relaciones con la Etiopía, y a veces tan estrechas, que cuando Herodoto visitó el Egipto, los sacerdotes le dije-

ron, que de los 331 soberanos que de Menes a Moeris habían reinado en él, 18 fueron etíopes.⁴⁹ ¿Y en tal estado, no pasarían al Egipto muchos esclavos negros de la Etiopía su vecina?

En un recodo occidental del Nilo, hacia la entrada del desierto hallábase en tiempo de los faraones una ciudad, cuyo nombre egipcio nos es desconocido; pero que los griegos llamaron Abydos.⁵⁰ Sólo a Tebas cedía en importancia, y el alto puesto que ocupó, indícalo la grandeza de sus ruinas. Situada ventajosamente para el comercio, Abydos fue un depósito de mercancías; y como entre ellas hubo esclavos, muchos de éstos debieron de entrar en Egipto por aquel punto.⁵¹

Desde la remota antigüedad, como ya se ha dicho, dominaron los egipcios cierto espacio de la Libia, en cuya parte occidental, y no lejos del Egipto, están los tres oasis, bien conocidos de Strabón y de otros autores. Diose el nombre de oasis a unos pedazos de terreno, regados en el desierto de la Libia por fuentes, que brotando en él, favorecen la vegetación de algunas plantas. Aquellos de que hablo, son tres, y llamáronse desde la antigüedad, Grande, Pequeño, y de Ammon, por un templo de este nombre situado en él.⁵² Con el interior de África traficaron los habitantes del Grande Oasis,⁵³ y como entre éste y el Egipto el camino más fácil y más corto era el que conducía a Abydos, pues que sólo distaba tres jornadas,⁵⁴ lleváronse esclavos a ella de diferentes partes de África.

Debieron también de llevarse por la gran ruta, que arrancando en Tebas, pasaba por la ciudad de Oasis,⁵⁵ por Ammonium y Augila; llegaba a las fronteras de los garamantes;⁵⁶ continuaba desde allí hacia el país de los atarantes, y prolongábase hasta los atlantes, que habitaban el monte Atlas.⁵⁷ Pero estos pueblos traficaron en esclavos desde la más remota antigüedad; y de los garamantes, dícenos Herodoto, que se ejercitaban en la caza de los trogloditas-etíopes, sirviéndose para ello de cuadrigas, por ser aquella tribu muy veloz en la carrera.⁵⁸

De las montañas de Abisinia sacáronse también desde tiempo inmemorial niños y jóvenes para venderlos a los asiáticos, y todavía en nuestro siglo los han llevado anualmente las caravanas de allí a Egipto.

Para el comercio terrestre fuera del África presentose al Egipto la antiquísima ruta del istmo de Suez, que le ponía en comunicación con los países orientales. Por ella sacó Abraham los esclavos que le regaló el monarca egipcio,⁵⁹ y por ella también introdujeron al hebreo Joseph los comerciantes midianitas que lo vendieron a Putifar.⁶⁰

Dos mares bañan las costas del Egipto: el Mediterráneo hacia el norte, y el golfo Arábigo hacia el Oriente. Durante muchos siglos no pudieron entrar esclavos por el primero. Ora fuese por motivos supersticiosos, ora huyendo de la piratería que en aquel mar abundaba, ora porque los egipcios creyesen que nada de fuera necesitaban,⁶¹ las bocas del Nilo estuvieron cerradas para todo comercio por muchos siglos, y

los extranjeros que a ellas llegaban, eran condenados a muerte o a esclavitud.⁶² Cuéntase, sin embargo, que habiendo Paris, raptor de Elena, hecho rumbo de Grecia hacia Troya, fue arrojado por los vientos sobre la boca Canópica, una de las siete principales del Nilo, y que los esclavos que llevaba para su servicio, le abandonaron y acogieron a un templo de Hércules, cerca de aquel paraje.⁶³ Cuéntase también, que Menelao, marido de Elena, al volver de la guerra de Troya para Grecia con muchos cautivos, fue echado por los vientos sobre aquella misma boca; y que por haber fallecido allí Canopus, piloto de la nave que los conducía, fundose una ciudad llamada Canope.⁶⁴ Cuéntase igualmente, que habiéndose sublevado los cautivos de Menelao y obtenido su libertad, construyeron una ciudad, que apellidaron Troya, en memoria de su patria.⁶⁵ Si tal relato es verdadero, coincidencia rara es por cierto, que singlando hacia Troya el raptor de Elena, fuese arrojado por los vientos sobre la boca Canópica del Nilo, y que igual accidente, y por la misma causa, hubiese también ocurrido en el mismo paraje al marido de la robada, cuando de Troya volvía a la Grecia.

Psammítico con menos preocupaciones que sus antecesores fue el primero que de las siete bocas del Nilo, franqueó al comercio extranjero la mencionada Canópica, ordenando que las naves que a ella arribasen, se dirigieran a la ciudad de Naucratis asentada a orillas de aquella boca.⁶⁶ El rey Amasís, amigo de los griegos, dio nuevos pasos en esta política liberal, y bajo de su reinado subió Egipto a grande prosperidad.⁶⁷ Desde entonces pudo hacerse el tráfico de esclavos por el Mediterráneo, y entre los que importaron los griegos en Egipto, mencionaré la famosa cortesana llamada Doricha según unos, o Rhodopis según otros,⁶⁸ la cual fue vendida en la licenciosa Naucratis,⁶⁹ por Charaxo hermano de Safo la célebre poetisa.⁷⁰ Strabón oyó decir que habiendo Rhodopis pasado a Menfis, encendió a tal extremo la pasión del monarca reinante, que él, para darle sepultura después de su muerte, levantó a su memoria la más pequeña de las tres grandes pirámides que todavía se conservan cerca de las ruinas de aquella capital. Del relato de Strabón disiente Herodoto,⁷¹ quien dice además, que el vendedor de Rhodopis fue Xampto, natural de Samos, y su libertador, Charaxo de Mytilene.

Pero lo que más fomentó en Egipto el tráfico de esclavos por el Mediterráneo, fue la dominación macedonio-greca. Queriendo dar Alejandro Magno a sus conquistas un centro común de comercio, fijó los ojos en la miserable aldea de Rhacotes,⁷² y comprendiendo toda su importancia, construyó en aquel sitio la ciudad que derivó su nombre de su inmortal fundador. Asentada ventajosamente para las relaciones mercantiles con Asia, África y Europa, convirtióse Alejandría en el más rico emporio del mundo;⁷³ y de los esclavos que en ella se introducían, exportáronse muchos para diferentes países.

Antes de haberse establecido relaciones mercantiles entre el Egipto y la India, la Arabia Feliz era el depósito de las mercancías egipcias e indias, así como Alejandría lo fue después para las del Egipto y otros países.⁷⁴

El golfo Arábigo fue la vía marítima que conocieron los egipcios desde tiempos muy remotos; y allí se equiparon, como ya hemos dicho, las naves con que Ramses II y Ramses III recorrieron el mar Eritreo hasta la India. Sin seguir paso a paso la historia de las antiguas relaciones del Egipto con aquella región, recordaremos que el faraón Necos hizo construir en el golfo Arábigo muchas trirremes para sus expediciones;⁷⁵ que reinando los primeros Tolomeos, el comercio por aquel golfo adquirió grande importancia, y que abatido bajo los últimos reyes de aquella dinastía, no tardó en cobrar nuevo aliento. Los productos de la India y de Arabia desembarcábanse en Myos-hormos (hoy viejo Koseir), puerto célebre del Egipto en las costas del mar Rojo: expedíanse de allí en camellos para Coptos (Keft) ciudad de depósito en la Tebaida, que por un canal comunicaba con el inmediato Nilo, y por éste bajaban hasta Alejandría.⁷⁶ De aquí salían en retorno por aquel río flotas numerosas para Coptos, de donde transportadas por tierra las mercancías hasta Myos-hormos, allí se reembarcaban para Arabia y la India en convoyes ordinariamente compuestos de unas 100 naves.⁷⁷

¿Pero hubo esclavos entre los efectos que alimentaron ese comercio? Sin poderlo asegurar, es muy probable que los hubiese, porque en Arabia era muy conocida la esclavitud: las tribus bárbaras canraitas que habitaban en las costas del mar Rojo esclavizaban a los náufragos; y éranlo a su vez muchos individuos de ellas por los jefes de otras tribus más fuertes que frecuentemente las acometían.⁷⁸ De Omán, cerca de la entrada del golfo Pérsico, exportáronse esclavos para Arabia.⁷⁹ Cana, situada en estas costas, traficó en ellos, llevándolos hasta Barygaza,⁸⁰ punto mercantil de la India, que también los recibía de varias partes de esta región; y como de Barygaza salía anualmente una flota para Egipto,⁸¹ ¿no es muy probable, vuelvo a decir, que cuando tantas relaciones hubo entre él y aquellos países, se hubiesen trocado algunos esclavos por otras mercancías?

Pero si en esto cabe alguna duda, ninguna hay en que de otros países los recibieron por el mismo golfo Arábigo, pues flotas considerables navegaron hasta las extremidades de la Etiopía, desembarcando a su retorno en Myos-hormos todas las mercancías que importaban.⁸² Adulis, ciudad de la Abisinia, fundada según Plinio por unos esclavos prófugos del Egipto, y con un puerto a los 15 grados y casi 45 minutos de latitud,⁸³ fue un mercado donde los etíopes y trogloditas, en cambio de vasos de tierra y de vidrio, y de otros productos, daban pieles de hipopótamo, cueros de rinoceronte, marfil, conchas de tortuga, monos y esclavos.

vos.⁸⁴ Éstos, aunque pocos, sacáronse también de Malao, y en mayor número de Opone, puertos de la costa oriental de África, situados el primero a poca distancia de la entrada del mar Rojo, y el segundo entre los 10 y 11 grados de latitud cerca del cabo de Orfui. Los esclavos que se compraban en Opone, eran excelentes, y exportábanse casi todos para Egipto.⁸⁵

Entre los que la guerra y el comercio dieron a este país, húbolos de varias razas, y negros debieron de abundar, porque siendo Egipto parte de África, tuvo grandes facilidades para recibirlos. De creer es también que se importaran esclavos eunucos, porque entre los trogloditas de la Nubia practicose la mutilación humana bajo de ciertas ceremonias religiosas.⁸⁶

Fuente de esclavitud fue igualmente la legislación, aunque no tan abundante como la guerra y el comercio.

Los egipcios que no pagaban sus deudas, podían ser esclavizados por sus acreedores. Parece que esta costumbre rigió hasta los tiempos de Bocchoris que reinó hacia el promedio del octavo siglo antes de la era cristiana. Él mandó que sólo se procediese contra los bienes del deudor, por ser propiedad suya; mas, no contra la persona, porque ésta pertenece al Estado, el cual tiene derecho a llamarlo a su servicio, ora en tiempo de guerra, ora de paz.⁸⁷ Pero si el deudor quedó libre desde entonces, no por eso recobró el derecho de sepultura de que se le privaba.

Raras fueron sobre este punto las costumbres de los egipcios. Las familias que carecían de lugares propios para enterrar sus muertos, conservábanlos embalsamados en sus casas; y lo mismo hacían con el cadáver de los delincuentes, a quienes la ley egipcia negaba los honores de sepultura. Fue tan infamante esta privación, que cuando alguno de los descendientes del deudor difunto mejoraba de fortuna, se apresuraba a pagar las deudas, para poderle enterrar; y mientras esto no se hacía, la familia conservaba embalsamado en su casa el cadáver del deudor.⁸⁸ De aquí nació la singular y sacrílega costumbre de que los egipcios diesen como prenda de sus deudas el cadáver de sus padres; bien que si no lo rescataban, incurrían en la mayor infamia, y eran privados también de sepultura.⁸⁹

Ningún pueblo de la tierra se ha empeñado tanto en conservar sus cadáveres como los antiguos egipcios. Creían ellos en otra vida después de la muerte, y que el alma estaba en continua comunicación con el cuerpo. Para preservarlo, pues, embalsamábanlo,⁹⁰ cubríanlo con bandas de lino, encerrábanlo en doble y triple sarcófago de las maderas más sólidas o de las piedras más duras, enterrábanlos en profundas sepulturas, o depositábanlos en salas labradas cuidadosamente en la roca viva. Hasta las inmensas pirámides que nos asombran todavía, no fueron sino sepulcros gigantescos de algunos faraones, pues a la idea de conservar el

cadáver para que el alma se correspondiese con él, juntaron los antiguos egipcios el deseo de imprimir en sus obras y monumentos el sello de la eternidad.

Si la prohibición de esclavizar por deudas cegó una de las fuentes de esclavitud, abrióse otra con la ley de Sabacon, rey oriundo de la Etiopía, que aboliendo la pena de muerte en Egipto, condenó a trabajar como esclavos en las obras públicas a muchos criminales que hubieran perecido en un patíbulo.⁹¹ De ellos fue gran número condenado al laboreo de las minas de oro en los confines del Egipto, cerca de la Etiopía y no lejos del mar Rojo. Hallábanse en una montaña llamada Ollaki por Edrisi, Alaki por Abulfeda, y Salaka por el portugués Juan de Castro y el geógrafo D'Auville. Distaban poco más de 80 leguas de la ciudad de Tebas, y poco menos de 125 del Nilo, o casi 15 jornadas de caravana. Beneficiáronse desde tiempos muy remotos; pero sus trabajos fueron a veces interrumpidos por las invasiones de los etíopes y de los persas. Eran tan extensas, que sus tortuosas galerías llegaban hasta las orillas del mar Rojo. Agatarchides las visitó bajo el reinado de Tolomeo IV, y encontró en ellas asombrosa cantidad de huesos humanos, restos de los infelices esclavos que allí habían perecido.⁹² Con el testimonio de Agatarchides concuerda el de Diodoro de Sicilia,⁹³ que viajó también por Egipto, reinando Tolomeo Auletes.

Tan mísera fue la condición de esos esclavos, que según el mismo Diodoro, “los que dirigen los trabajos de estas minas emplean un número muy grande de obreros, que todos son, o criminales condenados, o prisioneros de guerra, y también hombres perseguidos por falsas acusaciones o encarcelados por malevolencia. Los reyes de Egipto, por el gran provecho que sacan, compelen a trabajar en las minas de oro a todos estos desgraciados, y a veces aun a todos sus parientes, como si fueran criminales condenados. Estos infelices, cargados de cadenas, trabajan día y noche sin cesar, privados de toda esperanza de fuga, bajo la vigilancia de soldados extranjeros que no hablan la lengua del país, para que no se les pueda ablandar ni con promesas ni con súplicas... Todo el mundo se llena de lástima a la vista de estos desgraciados que ejecutan trabajos tan penosos, sin tener el menor lienzo que cubra sus carnes. No se perdona ni al valetudinario, ni al lisiado, ni al débil anciano, ni a la mujer enferma. A todos se les compele al trabajo a golpes redoblados, hasta que, ya sin fuerzas, mueren de fatiga. Así es que estos infelices, sucumbiendo a los males del presente y sin esperanza del porvenir, aguardan con gozo la muerte, que prefieren a la vida”.⁹⁴

Acerca del número de esclavos que hubo en Egipto nada se sabe, y sería importante saberlo, no sólo para conocer su cantidad absoluta, sino también la proporción que guardaban con la población total del país. Ésta, según Diodoro de Sicilia, ascendió antiguamente, conforme

a un censo que se hizo, a casi 7 millones, y en sus días no bajaba de 3.⁹⁵ Pero en todas estas cifras, guárdase el más profundo silencio sobre el número de esclavos.

Quizá se echará de menos que entre los del Egipto no haya yo mencionado a los hebreos allí establecidos desde los tiempos de Joseph y de su padre Jacob, pues parece que lo fueron según el Deuteronomio. “Acordaos, son sus palabras, acordaos que fuisteis esclavos en Egipto, y que el Señor vuestro Dios os puso en libertad”.⁹⁶ Este texto no debe entenderse literalmente, ya porque la palabra esclavos, en el lenguaje bíblico, a veces se toma por sirvientes libres, ya porque aquellos hebreos bien pudieron llamarse esclavos, no con relación a los hombres, sino sólo a Dios, como lo comprueba el siguiente pasaje del Levítico:⁹⁷ “Los hijos de Israel son mis esclavos, a quienes yo el Eterno, vuestro Dios, he hecho salir de Egipto”. Esclavos pudieron también decirse en un sentido político, porque viviendo bajo el despotismo de los faraones, fueron oprimidos y cargados de trabajos. Pero suerte igual, y acaso peor, sufrió en ciertas épocas la casta inferior del Egipto, sin que por eso se tuviesen por esclavos los individuos que a ella pertenecían.

Ignórase igualmente el precio en que se estimaron, y de él sólo hallamos un caso bajo la dominación griega. Éste fue cuando Tolomeo Filadelfo rescató por 120 dracmas cada uno de los judíos que en su imperio yacían esclavizados.⁹⁸

Varias fueron las ocupaciones de los esclavos. Los públicos empleáronse en la construcción de los monumentos y de otras obras del Estado. Los particulares destináronse, en cierto número, a los diversos ministerios del servicio doméstico; y así aparecen en los relieves con que algunos egipcios adornaban sus sepulcros.⁹⁹ Si damos crédito a Diodoro de Sicilia, el rey no pudo servirse de esclavos, sino tan sólo de los hijos de los primeros presbíteros educados con gran esmero y de más de 20 años de edad. “De esta manera, dice aquel autor; teniendo el rey día y noche en derredor suyo, para servir su persona, verdaderos modelos de virtud, jamás cometerá ninguna acción vituperable”.¹⁰⁰ No obstante este pasaje, es de creer que para los servicios inferiores hubo esclavos en el palacio de los faraones; y así lo corrobora el regalo que de ellos hizo al patriarca Abraham el monarca entonces reinante, según hemos indicado en otra parte.

Natural es que otros esclavos se hubiesen también empleado en los campos y en varios oficios de la ciudad. Un texto de la *Biblia* menciona que entre los sirvientes del ministro Joseph hubo algunos médicos.¹⁰¹ ¿Pero estos sirvientes eran libres o esclavos? El punto es dudoso, porque bien pudieron ser lo uno o lo otro.

En la condición de los esclavos hubo grande diferencia, y ya hemos visto que los públicos fueron cruelmente tratados. Respecto de los par-

ticulares, su tratamiento debió variar según la naturaleza de los trabajos en que se empleaban, su aptitud para desempeñarlos, y la índole buena o mala de sus amos. El hebreo Joseph llegó a tanta privanza con el suyo, que manejó enteramente la casa de Putifar.¹⁰²

Al decir de Diodoro de Sicilia, los esclavos egipcios recibieron blando trato de sus amos;¹⁰³ mas, esto debe entenderse de los particulares, porque el mismo historiador trazó una triste pintura de los trabajos y tormentos que sufrieron los pertenecientes al Estado.

En favor de los esclavos privados existieron algunas leyes; y una impuso al padre libre la obligación de alimentar y reconocer como legítimos a cuantos hijos tuviera, aunque las madres fueran esclavas. Aquella ley supuso equivocadamente, que el padre es el único autor del hijo, y que la madre no hace más que alojarle y nutrirle en su seno.¹⁰⁴ Esta doctrina, harto exclusiva, es la que los fisiólogos llaman *épigénese*. Si de la obligación que tenía el padre de alimentar el hijo habido en una esclava, no se infiere rigurosamente que él nacía libre, érale a lo menos muy provechoso tener por amo o por padre un hombre a quien la ley compelia a llenar con él los deberes de la paternidad.

Otra ley egipcia condenó a muerte al que voluntariamente mataba un hombre libre o esclavo; mas, el objeto de la ley al sancionar esta pena, no fue realzar el esclavo al nivel del hombre libre, sino castigar la intención del culpable, sin atender a la calidad del muerto. Pero aun en este mismo caso la ley no es muy explícita, porque hablando en términos generales, no dice si castigo igual debía imponerse al matador, ya fuese amo del esclavo, ya un extraño. La Antigüedad nos ha trasmitido pocas noticias acerca de las leyes que protegían los esclavos egipcios; y las dos que acabo de mencionar, aunque favorables a ellos, no son bastantes para concluir que hubiesen recibido un trato suave de sus amos. Aun suponiendo que se hubiesen dictado muchas, ¿dirase sólo por eso que fueron fielmente observadas, pues que únicamente de esta manera hubieran podido servir al esclavo de alguna garantía? ¿No hemos visto sancionados en códigos modernos preceptos muy humanos, sin que por eso hubiese cambiado notablemente la suerte del esclavo? Ésta, más que de la ley, pende de los buenos sentimientos del amo, porque la autoridad pública jamás puede ejercer una vigilancia capaz de impedir las continuas demasías que contra el esclavo se pueden cometer en el seno de las familias.

En una historia de la esclavitud en la Antigüedad, obra de mucho mérito en la parte de Grecia y Roma, pero a la que no puedo tributar el mismo elogio en las demás que la componen, leo el siguiente pasaje:

“Prescindiendo de estos rigores de la servidumbre pública, la esclavitud entre los egipcios parece que tuvo muchas garantías. Esto ya se puede adivinar por el espíritu de equidad y de dulzura que hacía que la mujer;

tan frecuentemente asemejada al esclavo por las costumbres de los pueblos, estuviere asociada al hombre y elevada a la misma condición, así en los honores del trono, como en los usos de la vida doméstica".¹⁰⁵

El autor del trozo que acabo de citar, añade también que la mujer negra de Amenofis I recibió los mismos homenajes que su marido. Admitiendo que esto fuese así, ¿podrá asegurarse que lo mismo aconteció con las otras reinas de Egipto? Y caso de ser así, ¿está probado que los respetos y homenajes que se tributaron a las reinas, se extendieron también a las mujeres particulares? Diodoro de Sicilia afirma que en los contratos dotalos hechos entre personas privadas, siempre se estipulaba que la mujer fuese superior al hombre.¹⁰⁶ Pero ni los monumentos, ni las antiguas historias sobre el Egipto confirman la exagerada aseveración de Diodoro. Él nos dice en otra parte, que los presbíteros no podían casarse sino con una sola mujer, mientras que los otros ciudadanos podían escoger cuantas quisiesen.¹⁰⁷ Vese, pues, aquí establecida expresamente la poligamia. ¿Y ésta por ventura es compatible con la igualdad y consideraciones que se supone gozaba la mujer en el matrimonio? La historia de todas las edades demuestra, que en las naciones donde existe la poligamia, la mujer en vez de hallarse realzada, está abatida y humillada. Mas, admitiendo que ella ocupase en Egipto el puesto que el autor francés le señala, ¿infiérese de aquí que sólo por esa razón, los esclavos particulares fueron bien tratados en aquel país?

Juzgar en historia por comparación, es cosa muy aventurada, y que puede dar origen a graves errores; porque los hechos de que prescinde el historiador, destruyen muchas veces sus ideas y fantásticos raciocinios. Inferir del buen trato de las mujeres el de los esclavos, es consecuencia muy falible.

Las instituciones de Moisés dieron muy alta importancia a la mujer; los esclavos, sin embargo, y principalmente los de origen extranjero, fueron duramente tratados por los hebreos. Suave fue y es todavía la esclavitud en China; empero, la mujer vivió y vive allí oprimida y degradada.

El mahometismo también envilece la mujer; mas, el esclavo generalmente goza entre sus sectarios de una posición más ventajosa que entre los hebreos y aun entre los mismos cristianos. El cristianismo elevó la mujer hasta igualarla con el hombre. A esta noble transformación juntáronse para realzarla, ya los sentimientos caballerosos que de sus bosques trajeron los germanos a la Europa occidental, como pretenden algunos;¹⁰⁸ ya las costumbres domésticas que, según otros, se formaron y desarrollaron en el castillo feudal. Pero esos siglos en que tanto imperio ejerció la mujer, ¿no dictaron al mismo tiempo leyes rígidas contra los esclavos? Y cuando el genio y osadía de Colón ofrecieron un nuevo mundo a esos mismos europeos, ¿no fueron ellos entonces,

y sus descendientes después, duros y a veces crueles con sus esclavos? Compañera del hombre y reina de la sociedad es también en América la mujer; pero la deplorable suerte del esclavo nunca guardó allí la más remota semejanza con ella. No se infiera, pues, de la condición de la mujer en el antiguo Egipto el buen tratamiento de sus esclavos.

La antigua religión egipcia ofreció un asilo a los esclavos que se acogían al templo de Hércules, sito en la ciudad de Héracleum, cerca de la referida boca Canópica del Nilo.¹⁰⁹ Si los que a él se refugiaban se ponían los signos sagrados, para consagrarse a Hércules, nadie podía extraerlos de aquel templo. A él se acogieron, como arriba hemos apuntado, los esclavos de Paris cuando tocó en aquel punto.¹¹⁰ Pero hallándose aquel templo en los confines septentrionales del Egipto, los esclavos prófugos del centro y mediodía hubieron de encontrar obstáculos casi insuperables antes de llegar al asilo, ya por la distancia que habían de correr atravesando las numerosas poblaciones que entonces había en Egipto,¹¹¹ ya por la falta de medios para emprender un largo viaje, ya en fin por el empeño que se pondría en capturarlos, pues un interés común ligaba a todos los amos. Eficaz hubiera sido el asilo si se hubiera ampliado a otros templos o lugares, y especialmente a aquellos donde más esclavos había; pero establecer uno solo, y confinarlo además a una boca del Nilo, que era entonces cabalmente la parte menos frecuentada del Egipto, fue más bien una sombra de protección que un escudo contra la opresión de los amos.

Parece que los esclavos usaron de un traje particular, pues cuando se apoderó Cambises de Tebas, hizo vestir de esclavas, por ultraje, a la hija de Psammenite, rey de Egipto, y a otras muchas jóvenes de las principales familias, mandándolas buscar agua con un cántaro en la mano.¹¹² ¿Mas, el traje con que las vistió, fue el que usaron las esclavas egipcias, o sólo un remedo del que llevaban las persas? A esta duda la historia no responde.

Rapada tenían los esclavos la cabeza en algunos pueblos de la Antigüedad; mas, ¿dirase por eso que así también la tuvieron los del Egipto? Con ella rapada se ven dos figuras en los relieves de un sepulcro de Kurna,¹¹³ pero en ese mismo monumento aparecen bailarinas, músicas y otras personas de inferior calidad, ya con pelo, ya sin él. En una de las tumbas de Elethya también está representado con cabellos un sirviente o esclavo,¹¹⁴ ¿cómo, pues, podrá decirse que la cabeza rapada fue uno de los distintivos de la clase servil en Egipto? ¿Ni cómo lo sería, cuando a veces, hasta los príncipes la tuvieron? En el gran Speos de Djebel-Selseleh, hay un relieve en que el rey Menephtha II, en actitud de hacer una ofrenda a dos divinidades egipcias, está acompañado de la reina y de dos príncipes, uno de los cuales tiene rapada la cabeza.¹¹⁵ Los sacerdotes mismos que formaron la casta más respetada y en otro tiempo la

más poderosa de Egipto, rapábanse cada tres días de pies a cabeza, para mantenerse limpios y puros;¹¹⁶ y de este modo se ven todavía en los relieves del palacio y del gran templo de Kurna y de otros monumentos.¹¹⁷ Entre los animales sagrados que tenían los egipcios¹¹⁸ contáronse los gatos y los perros. Cuando uno de aquéllos perecía de muerte natural en alguna casa, rapábanse las cejas todos sus habitantes; y cuando un perro moría, la cabeza y todo el cuerpo.¹¹⁹

Lícita fue la manumisión de los esclavos; mas, cuanto se diga acerca de la condición legal y social de los libertos, es mera conjetura. La historia sagrada, sin embargo, menciona el caso de un liberto que subió a los más altos honores. Esclavo fue el hebreo Joseph, y alcanzado que hubo su libertad, casose con la hija de un gran sacerdote, y como arriba he apuntado, elevose después al distinguido puesto de ministro. Este encumbramiento de un liberto extranjero no debe tomarse como regla general del estado en que vivían tales hombres en Egipto; porque Joseph fue una excepción, debida sin duda a su capacidad y a otras cualidades que le adornaron.

Al cabo de tantos años de existencia y de tantas vicisitudes, Egipto cayó bajo la dominación romana, y convertido por Augusto en provincia del imperio 30 años antes de Cristo, fue borrado del catálogo de las naciones soberanas; pero en su nueva condición dio esclavos a Roma, sin que desde entonces hasta el presente siglo hubiese dejado de recibirlos, ni tampoco de exportarlos a tierras extranjeras.

Pero esta aseveración hoy no es exacta, si es verdad que rigurosamente se ha ejecutado un decreto expedido por el virrey de Egipto en el Cairo el 10 de enero de 1855; por el cual se prohibió el comercio de esclavos en todos los Estados del virrey, y se circularon órdenes severas para que no entrasen por los puertos del mar Rojo, ni por ninguno de los puntos de la frontera del sur, por donde se acostumbraba introducir esclavos negros y abisinios. En cuanto a la esclavitud existente no se hizo alteración, por temerse que cualquiera novedad pudiera ocasionar trastornos en la sociedad mahometana.¹²⁰

Al sur del Egipto existe un país de negros, que desde la más remota antigüedad llamose Etiopía. Sin límites fijos por el levante, occidente y mediodía, creyose que se dilataba hasta lo postrero del África; error nacido de ignorancia geográfica, pues en aquellos tiempos se supuso que esta región terminaba antes de llegar al Ecuador. De la historia y antigua civilización de Etiopía, pocas noticias nos quedan; pero ellas bastan para saber que allí hubo esclavos. Así lo atestiguan los monumentos de la Nubia, que fue y es parte de ella; y en los grandes templos de Djebel-Selseleh,¹²¹ de Bet el Ualli¹²² y de Ipsambul,¹²³ que todavía se conservan, aparecen representados los esclavos en sus relieves e ins-

cripciones. Dióselos a aquella nación la guerra y el comercio; pero no es seguro afirmar que la legislación también se los hubiese proporcionado como al Egipto, porque del todo ignoramos cuáles fueron sus leyes. Afirmaríanlo quizá los autores que pretenden que el Egipto fue una colonia de Etiopía, y que de ella recibió sus usos, costumbres y civilización; pero yo pienso con otros, que ésta siguió un curso contrario, pasando del Egipto a derramarse en la Etiopía.

Cumple a mi intento mencionar aquí las observaciones del doctor Ricardo Lepsius, jefe de una expedición científica, que a expensas de Federico Guillermo IV, rey de Prusia, fue enviada en 1842 para investigar los restos de la antigua civilización egipcia y etiópica, que todavía se conservan en el valle del Nilo y países adyacentes. Interesantísimos son los resultados de aquella expedición, y el referido Lepsius observa el hecho singular, que la mayor porción de los restos de los monumentos egipcios son tanto más modernos, cuanto más se sube el valle del Nilo, debiendo ser lo contrario si la civilización del Egipto se hubiera extendido del sur al norte. Después de haber examinado aquel ilustre viajero las ruinas, templos y otros monumentos de la Etiopía en la célebre isla de Meroe, en Ben Naga, Naga, Napata, al pie del monte Barkal, y otros lugares principales de la antigua civilización etiópica, se convenció de que la época más antigua del arte en Etiopía fue puramente egipcio: que las representaciones e inscripciones de los monumentos no dejan la menor duda acerca de esto: que en adelante será inútil tarea tratar de sostener la suposición favorita de una antigua, brillante y afamada Meroe, cuyos habitantes fueron en otro tiempo los predecesores e instructores de los egipcios; y que nada puede descubrirse de una primitiva civilización etiópica; esto es, de una antigua civilización propiamente nacional, que tanto se defiende por la erudición moderna.¹²⁴

En todas las épocas de su larga existencia, ora en el estado de civilización, ora en el de barbarie, la Etiopía siempre tuvo esclavos negros. En marzo de 1844, viajando por aquella tierra el mencionado Lepsius, estalló en Wed Medineh una insurrección militar, en la que entraron todos los soldados negros. Al mismo tiempo, los esclavos de Ahmed Bajá, pertenecientes a una fábrica de añil en Tamaniât, se huyeron a Sudán, en número de 500 a 600, con sus mujeres e hijos;¹²⁵ y esta fuga es la prueba más completa de la existencia de la esclavitud en la moderna Etiopía.

Tan antigua fue la esclavitud entre los hebreos, que su origen sube al tiempo de los patriarcas. Al tratar del Egipto mencioné el viaje que a él hizo Abraham, y el regalo de esclavos de ambos sexos que recibió del faraón allí reinante, con los cuales tornó al país de Canaán. Ni fueron éstos los únicos que tuvo aquel patriarca. Cuando Kedorlaomer, rey de Elâm, reprimió la insurrección de Sodoma, Gomorra y otras ciudades tributarias suyas, llevose entre los cautivos a Lot, sobrino de Abraham.

Sabídolo que hubo este patriarca, armó 318 de sus esclavos nacidos en su casa, persiguió con ellos al enemigo, batiolo,¹²⁶ y quitándole el botín que había hecho, rescató todos los cautivos. Extraño parecerá que un pastor como Abraham hubiese tenido tantos esclavos; pero tal extrañeza cesará si se trae a la memoria que los patriarcas eran pastores ricos.¹²⁷ Más extraño debe ser, que 318 esclavos hubiesen triunfado del ejército de aquel rey y de otros que le acompañaban como aliados. Pero el historiador Josefo piensa que cada uno de aquellos esclavos era jefe de banda que llevaba tropas a sus órdenes.¹²⁸

Ni a los nacidos en casa limitáronse los que tuvo Abraham, pues también los adquirió por título de compra.¹²⁹

En gran número poseyolos igualmente su hijo Isaac;¹³⁰ y al casarse Rebeca con él, recibió de su padre Bathuel algunas esclavas.¹³¹ Esclavas regaló también Laban a sus hijas Lea y Raquel al desposarlas con Jacob,¹³² quien al cabo de 20 años de servicio en casa de su suegro, retirase de la Mesopotamia con sus ganados y esclavos a la tierra de Canaán.¹³³

Matar a Joseph, como en otra parte he dicho, fue el primer pensamiento que asaltó a sus envidiosos hermanos: mudaron luego de parecer; y sus palabras “vendámosle a los midianitas”,¹³⁴ demuestran que no era desconocido a los hebreos el tráfico de esclavos desde aquellos tiempos remotos.

Por llamamiento de Joseph, encumbrado ya por la fortuna, estableciéronse en Egipto su padre Jacob y sus hermanos. Desde entonces casi enmudeció la historia de los hebreos; pero después de su salida de aquella tierra bajo la dirección de Moisés adquirió importancia tan inmensa que nunca se borrará de la memoria de los hombres.

Aunque el legislador Moisés sancionó la esclavitud en sus libros inmortales, no por eso se la debe considerar como de origen divino. Extendida por todas partes y arraigada profundamente en las costumbres e intereses de las naciones, fuele forzoso admitirla y respetarla. La misión de Moisés no fue general sobre la tierra, sino limitada a sólo el pueblo hebreo; y si bien los principios morales que proclamó son aplicables a todos los hombres, y todos deben observarlos, no sucede lo mismo con aquellas instituciones que estableció o aceptó como propias de su tiempo y adaptables a la nación para la cual legislaba.

Fundan algunos el origen divino de la esclavitud en la maldición de Noé a Canaán, hijo de Cam;¹³⁵ pero el ilustre San Agustín no vio en ella una sentencia de verdadera esclavitud, sino tan sólo una inferioridad de posición respecto de las dos razas de Sem y de Jafet, una dependencia política y una profecía en que se anunciaba a la posteridad de Canaán, que ella sería destruida o arrojada de la tierra en que habitaba por los hebreos como descendientes de Sem.¹³⁶

Entrando en el espíritu de la legislación de Moisés, se trasluce que él miró con repugnancia la esclavitud que pesaba sobre algunos hebreos; y para que el número de éstos menguase, permitió a su pueblo que adquiriese esclavos de las naciones vecinas, o que comprase a los hijos de los extranjeros residentes en Palestina.¹³⁷ Para que el hombre libre no perdiese su libertad a la sombra de este tráfico, fulminose pena de muerte contra quien vendiera un hebreo libre, o le retuviera esclavizado:¹³⁸ pudiendo sospecharse por la severidad de este castigo, que el delito de robar hombres libres no fue raro en aquel pueblo.

Poco a poco fue creciendo el comercio de los esclavos, pues pastores los hebreos en sus orígenes, dados a esta ocupación y a la agricultura después de la conquista de Canaán, dedicados algunos a empresas mercantiles en los siglos posteriores, dilatados los límites de su imperio bajo el reinado de David, e introducido el lujo y esplendor por algunos de sus reyes, comerciaron con varios países. Del puerto de Asiongaber, en el mar Rojo, arrancado a los idumeos por los hebreos, salieron para Ofir las flotas de Salomón tripuladas por fenicios.¹³⁹

No hay en la geografía bíblica punto más controvertido que la situación de Ofir. Buscáronla algunos en el África oriental, fijándola en Sofala o en sus inmediaciones; otros en la India, o en las regiones más allá del Ganges como en la península de Malaca, donde existe una montaña nombrada Ofir; y otros en la isla de Java o en las de Sumatra, pues que en la principal de ellas hay también otra montaña denominada Ofir: quienes lo pusieron ya en Armenia, ya en España; quienes, en la Arabia meridional, y hasta en una isla del mar Rojo, sin que tampoco hayan faltado autores que lo coloquen en el Nuevo Mundo, siendo cabalmente su inmortal descubridor el primero que dio origen a esta idea, pues a tal error le arrastró el oro con que se adornaban los indígenas de aquella vasta región. Los productos que de Ofir se exportaban, han servido de argumento para sostener tan contrarios pareceres; mas, las investigaciones que se han hecho en este siglo, inducen a creer que Ofir fue el nombre antiguo de un país situado en la India oriental.

No obstante que el Antiguo Testamento¹⁴⁰ sólo habla de oro, plata, piedras preciosas, marfil, palo de sándalo, pavos reales, aves indígenas de la India, y monos que se importaban en Palestina,¹⁴¹ el historiador Josefo menciona también los esclavos etíopes entre las mercancías que a ella se llevaban.¹⁴² ¿Tocarían esas flotas a su retorno de Ofir en el África oriental para tomarlos allí? Mucho más probable es que hubiese sido en algún punto de la Arabia, adonde los llevaría el comercio de aquella a ésta.

Fuente de esclavitud entre los hebreos fue también su legislación. El que hurtaba, y no restituía ni pagaba la cosa hurtada era vendido como esclavo.¹⁴³ Las leyes de Moisés no impusieron esta pena al deudor

insolvente, y doliéndose de los pobres, establecieron en su favor el año Sabático,¹⁴⁴ y el del Jubileo:¹⁴⁵ pero quebrantados uno y otro, viose desde el tiempo de los reyes, y quizás antes, que los desapiadados usureros no sólo esclavizaron al deudor, sino hasta sus mujeres, hijos e hijas.¹⁴⁶ No miraron con indiferencia esta esclavitud algunos monarcas hebreos. David, rogando al Eterno por la prosperidad del reinado de Salomón, encargole a éste que rescatase al hijo del miserable;¹⁴⁷ y cuando subió al trono, prohibió que se esclavizase a los hijos de Israel.¹⁴⁸

El hebreo pobre podía venderse a un extranjero.¹⁴⁹ Concediose igual facultad al padre respecto de la hija,¹⁵⁰ y a veces para concubina del comprador.¹⁵¹ Si el amo se disgustaba de ella, entonces, en vez de venderla, debía libertarla.¹⁵² Cuando la destinaba para su hijo, había de tratarla como hija.¹⁵³ Si le daba otra mujer, aquélla debía continuar en los mismos goces que antes;¹⁵⁴ y si la privaba de tres cosas, esto es, alimento, vestido o afecto conyugal, entonces adquiriría su completa libertad.¹⁵⁵ Así lo dice terminantemente el texto bíblico; pero algunos comentadores piensan que esas tres cosas eran: no casarse el comprador con ella, no casarse con su hijo, ni tampoco libertarla.¹⁵⁶

Según costumbre que existió desde los tiempos patriarcales,¹⁵⁷ el padre recibía con frecuencia por su hija, cierto precio del hombre que con ella se casaba.¹⁵⁸ Pero este precio que variaba con las circunstancias, y que se fijó en 50 siclos¹⁵⁹ para el caso de seducción,¹⁶⁰ no constituía en mi concepto una venta verdadera, ni menos reducía la hija a la condición de esclava: él no fue más que un regalo del esposo al padre para obtener el permiso de casarse con su hija, pues siendo lícita la bigamia entre los hebreos, había más necesidad de mujeres que de hombres, y por lo mismo, los padres podían colocar fácilmente sus hijas sin darles dote alguna. Agrégase a esto, que los hebreos consideraban el matrimonio como un deber moral, porque la carencia de hijos era para ellos grande infelicidad.

La guerra dioles también esclavos; pero el número de éstos no guardó proporción con el de aquéllas, que fueron muchas. Para bien comprender este punto, preciso es que digamos algo sobre la antigua tierra de Canaán, nombre que le vino de Canaán hijo de Cam, y sobre los pueblos que la habitaron.

Difícil materia es trazar con exactitud los límites de aquel país. Él corría, según el Génesis,¹⁶¹ por las costas del Mediterráneo desde Sidón hasta Gaza: de aquí se dilataba por el sur hasta el antiguo sitio de Sodoma y Gomorra, camino del mar Muerto, extendiéndose un poco por el Oriente hasta Laza, ciudad al sudeste de dicho mar. Acerca del límite septentrional, profundo silencio guarda el Génesis. Tampoco habla del que enteramente la ceñía del lado oriental; pero es muy probable que fuese el Jordán. En la descripción de los linderos de aquella tierra, más explíci-

to que el Génesis fue otro de los libros de Moisés;¹⁶² pero no basta para disipar las dudas y oscuridad que envuelven este asunto. Bajo el nombre de Canaán entendiose antiguamente cierta región comprendida entre el Jordán y el Mediterráneo, incluyendo en ella la Fenicia y el país de los filisteos. Con el transcurso del tiempo variaron mucho sus límites, y desde la entrada de los hebreos en ella fue tomando los nombres de Palestina, Tierra de los Hebreos, Tierra de Israel, Tierra Santa y otros.

Los pueblos que la ocuparon, aunque de origen cananeo casi todos, no fueron indígenas de ella, pues que procedían de otro país.¹⁶³ Acerca de la época en que hicieron esta migración los cananeos, nada dicen las antiguas tradiciones; mas, parece que debió ser casi 2 000 años antes de Cristo, porque cuando el patriarca Abraham fue a Palestina, ya encontró a los cananeos establecidos en ella.¹⁶⁴

El Pentateuco de Moisés hizo muy clara distinción entre los pueblos que habitaban dentro de la tierra de Canaán, y los que se hallaban fuera de ella en su vecindad. Los primeros eran siete:¹⁶⁵ hethitas, amoritas o emoritas, hivritas o hevititas, guirgasitas, y yebusitas o jebusitas. Existieron además los ferezitas, que quizá, sin formar una tribu particular, eran los campesinos;¹⁶⁶ y los canaanitas que probablemente tomaron este nombre de otro Canaán descendiente de uno de los once hijos del primer Canaán. Fuera de los límites de la tierra de este nombre, y en su vecindad, hubo diversos pueblos no cananeos: tales fueron los amonitas, moabitas, idumeos o edomitas, amalecitas y midianitas.

Contra los siete pueblos o tribus mencionados que habitaban la tierra de Canaán,¹⁶⁷ fulminose sentencia de exterminio sin perdonar sexo ni edad.¹⁶⁸

Para comprender tanto rigor, es preciso entrar en las ideas de Moisés. Él quería infundir a los hebreos la creencia de un solo Dios, y por eso les dijo: “Vosotros no haréis lo que se hace en el país de Egipto donde habéis habitado, ni lo que se hace en el país de Canaán, a donde os llevo y no viviréis según sus estatutos”.¹⁶⁹ Él quería también darles una religión moral y pura, y unas costumbres fundadas en los diez mandamientos escritos en las Tablas de la Ley. Pero era de temer, y con sobrada razón, que la obra de Moisés fracasaría, si su pueblo después de la conquista de Canaán quedaba viviendo en estrecho contacto con las tribus conquistadas. Los vicios y los crímenes de los pueblos que habitaban la tierra de Canaán, eran tan espantosos, que la naturaleza humana se extremece al leer los capítulos XVIII y XX del Levítico. Y lo más horroroso era, que algunos de esos vicios y crímenes formaban parte de su culto religioso, pues a la diosa Astarte se la honraba con la más asquerosa prostitución, y al dios Moloch se le inmolaban niños inocentes. Así es muy natural, que horrorizado Moisés de tantas maldades se empeñase en preservar a los hebreos de tan funesto contagio, y que dictase las medidas más severas, contra los pueblos cananeos.

Uno de ellos, los amorritas o amorreos, fundaron dos reinos al oriente del Jordán; uno en el Basan, al norte del Yabbok, y otro al sur entre el Yabbok y el Harnon. Moisés venció a los dos reyes que entonces allí reinaban, arrojolos de sus tierras y repartiólas entre las tribus de Ruben, Gad, y la semi-tribu de Manassé.¹⁷⁰ Temiendo los moabitas la vecindad de los hebreos, buscaron la alianza de los midianitas; pero sintiéndose éstos muy débiles, convidaron los israelitas a las fiestas que se celebraban en honor del dios Baal-Pheoc, y muchos fueron arrastrados al voluptuoso y degradante culto de aquella divinidad. Irritado Moisés con los midianitas, declaroles la guerra, hízoles invadir su territorio, saquear e incendiar todos sus pueblos y campos, y matar a todos los hombres; pero su indignación se extendió también a los jefes del ejército, cuando los vio tornar con un inmenso botín y con las mujeres que cabalmente habían sido causa del pecado de los israelitas. Mandoles, pues, quitar la vida, reservando tan sólo a las jóvenes inocentes, que en número de 32 000 fueron esclavizadas y repartidas por mitad entre la Asamblea del pueblo y los guerreros.¹⁷¹

Si las leyes de Moisés se hubieran ejecutado puntualmente, la guerra contra los siete pueblos cananeos no hubiera dado un solo esclavo, porque hombres, mujeres y niños todos hubieran perecido. Muerto Moisés, continuó Josué la conquista, y sólo una vez dejó de ejecutar aquella terrible sentencia. Aconteció esto, cuando los gabaonitas, pertenecientes a la tribu de los evitas,¹⁷² que habitaban la ciudad de Gabaón, arrancaron engañosamente a Josué el juramento de no matarlos, y él, en castigo de su engaño, hízolos esclavos públicos, condenándolos a sacar agua y a cortar leña para las necesidades de la Asamblea y del santuario.¹⁷³

Andando el tiempo, templose tanto el rigor de las leyes de Moisés, que muchos de los habitantes de Canaán a quienes debía darse muerte, se quedaron en posesión hasta de algunas ciudades en la costa y en el interior,¹⁷⁴ pagando solamente un tributo a los hebreos.¹⁷⁵ Y éstos, viviendo con aquéllos en el mismo suelo, acabaron por contraer muchos matrimonios con mujeres de Canaán,¹⁷⁶ siendo los primeros en dar ese ejemplo los principales del pueblo y muchos magistrados.

En las guerras posteriores tampoco mató Salomón a los cananeos que habitaban desde el monte Líbano hasta la ciudad de Amath, y que nunca habían reconocido la autoridad de los reyes hebreos. Contentose con subyugarlos, e imponerles un tributo anual de esclavos; y aunque se ignora el número de éstos, es de inferir que fue considerable, pues para hacerlos trabajar se nombraron seis sobrestantes.¹⁷⁷

Menos duras, como he dicho, fueron las leyes de la guerra con los pueblos que habitaron fuera de Canaán. Cuando se sitiaba alguna ciudad de ellos, debía antes de ser atacada, proponérsele una capitulación:

si la aceptaba, sólo se le imponía un tributo; pero si la rehusaba, y era tomada por asalto, matábase a todos los varones en estado de pelear, reservándose solamente a las mujeres y a los niños para esclavizarlos.¹⁷⁸

Aun sin asaltos ni sitios, Samuel mató a los amalecitas en castigo de haber atacado a los hebreos después de su salida de Egipto.¹⁷⁹ Conducta semejante siguió David en ciertos casos. Cuando después de haber vencido a los filisteos, revolió sus armas victoriosas contra los moabitas, sometiólos a un tributo, pero hizo matar dos tercios de los prisioneros, sin que yo pueda decir si el otro tercio fue esclavizado, o gozó de libertad.

Para que los hebreos no abusasen de las mujeres que cogían en la guerra, Moisés dictó leyes que forman un contraste admirable con las licenciosas costumbres de los demás pueblos de la Antigüedad. “Si tú ves entre los cautivos, dice el Deuteronomio, una mujer hermosa y agradándote, la quieres tomar por mujer; la llevarás a tu casa, se rapará la cabeza, y se cortará las unas;¹⁸⁰ quitarase los vestidos de su cautiverio, y llorará a su padre y a su madre durante un mes; después, irás hacia ella, consumarás el matrimonio, y será tu mujer. Pero si ya no te agradare, la dejarás retirarse de tu casa, si quisiere; mas, no podrás venderla, porque esto sería ultrajarla”.¹⁸¹

Algunos reyes posteriores a David mitigaron tanto los derechos de la guerra, que fueron generosos con sus enemigos.¹⁸² Mas, esta clemencia no fue la política constante de los hebreos, porque ellos siguieron echando sobre los vencidos las cadenas de la esclavitud; y aunque sacrilegio ante la ley, quisieron también imponerlas, en sus discordias civiles, hasta a sus mismos hermanos: intento que reprobó el profeta Oded,¹⁸³ y que si entonces no ejecutaron, realizáronlo después.¹⁸⁴

Imposible es calcular el número de esclavos que hubo entre los hebreos. Pocos serían al principio de la conquista de Canaán, porque casi siempre se mataba a los vencidos, y a su incremento opusieron también las costumbres sencillas y laboriosas que por algún tiempo conservó aquel pueblo. A diferencia de otros legisladores orientales, Moisés elevó la mujer a la dulce condición de compañera del hombre: en vez de pasar su vida en el ocio corruptor o en las impurezas del harén, pues el que David y Salomón tuvieron, fueron contrarios a las instituciones mosaicas, ella gobernaba el hogar doméstico, hilaba, tejía, y aun preparaba los alimentos para la familia.¹⁸⁵ Pero creciendo las riquezas, y con ellas el lujo y la molicie, alteráronse sus costumbres primitivas, y desde entonces aumentó la necesidad de esclavos, habiéndolos hasta eunucos¹⁸⁶ en los palacios de los reyes de Judá y de Israel. Dom. Calmet en su *Diccionario de la Biblia*, cree que esos eunucos eran unos empleados en la corte de aquellos reyes, y que si realmente estaban castrados serían esclavos comprados en países extranjeros.

Del precio de los esclavos entre los hebreos nada cierto se sabe. Joseph, hijo de Jacob, fue vendido en 20 piezas de plata;¹⁸⁷ pero como además de ser muchacho, su venta acaeció en los tiempos patriarcales, y sus hermanos por las particulares circunstancias en que se hallaban, querían deshacerse de él a todo trance, su precio no puede servir de regla para formar cálculo alguno.

¿Tomarase como guía segura el pasaje del Éxodo en que se manda, que si un buey mata a un esclavo, el amo de aquél pague al de éste 30 siclos de plata?¹⁸⁸ Nótese que aquí no se hace diferencia entre el esclavo hebreo y el extranjero, entre el varón y la hembra, entre el niño, el joven y el anciano, ni entre los oficios o profesiones, ni aptitudes para desempeñarlos: cosas todas que debieron influir en el aumento o disminución de su valor. Los 30 siclos, pues, mencionados en el Éxodo, lo más que podrán representar, y eso de un modo imperfecto, será el precio medio, no de todos los esclavos, sino sólo el de los ordinarios en edad adulta.

Búscase también la solución de este punto en el rescate que ofrecían al santuario las personas consagradas a Dios. De un mes a cinco años pagábase 5 siclos por el niño varón, y 3 por la hembra; de 5 a 20 años, 20 siclos por el hombre, y 10 por la mujer; de 20 a 60 años, 50 por aquél, y 30 por ésta; y de 60 años arriba, 15 siclos por el hombre, y 10 diez por la mujer.¹⁸⁹ ¿Pero acaso equivalían estos rescates al precio de los esclavos? Aunque así piensan Jahn¹⁹⁰ en su *Biblioteca Arqueológica*, Cahen en una nota que pone al versículo 4, capítulo XXVII del Levítico, y otros autores, su opinión no me parece muy segura.

En primer lugar, cuando el Éxodo habla del precio del esclavo muerto por un buey, toma la palabra esclavo en su riguroso sentido; mas, el Levítico sólo se refiere al rescate que debían pagar las personas consagradas al servicio de Dios: cosas por cierto tan diferentes entre sí, que no admiten la comparación que se quiere establecer, pues jamás debe confundirse la esencia de la verdadera esclavitud con un voto religioso; voto puramente nacido de la voluntad de quien lo hacía y que sólo ligaba espiritualmente al hombre con su Creador. En segundo lugar, el Éxodo fija en 30 siclos el valor del esclavo muerto por un buey, y ora se considere como precio medio, ora como máximo o mínimo, siempre difiere mucho de las cantidades que se señalan para el rescate de las personas a Dios consagradas.

En tercer lugar, el rescate de los hebreos consagrados a Dios debió de ser constante e invariable, ya por participar de un carácter sacrosanto, ya por estar consignado en una ley que, conforme a las creencias hebraicas, lleva el sello inmutable de la divinidad. Mas, el precio de los esclavos no estando precisamente determinado en ningún caso, excepto en el especial de que habla el Éxodo; y siendo, por otra parte, un nego-

cio esencialmente profano, sujeto a todas las variaciones del tiempo, del comercio y de los caprichos del lujo, hubo de experimentar grandes alteraciones en el transcurso de tantos siglos como abrazó la existencia del pueblo hebreo. Paréceme, pues, que en vez de tomarse aquel rescate como tipo del precio verdadero de los esclavos, fue más bien una contribución establecida en favor del santuario.

A que fuese suave la esclavitud en los tiempos patriarcales, propendieron las sencillas costumbres de aquella época; y si Sara, mujer de Abraham, maltrató a su esclava egipcia Agar, fue porque ésta la menospreció echándole en cara su esterilidad.¹⁹¹ El esclavo podía heredar a su amo, y a uno de los suyos pensó dejar Abraham todos sus bienes cuando temió morir sin hijos.¹⁹² A veces la esclava soltera llenaba las funciones de esposa con el consentimiento de su ama. Esta usanza, tan contraria a la práctica general de los pueblos antiguos y modernos, provino de que los hebreos cifraban su mayor felicidad en tener prole numerosa,¹⁹³ porque la esterilidad de la mujer se consideraba entre ellos como un oprobio.¹⁹⁴ De aquí fue que cuando ella se veía reducida a tan vergonzoso estado, procuraba salir de él, renunciando temporalmente a los derechos de esposa en favor de su esclava; y aunque ésta siempre quedaba en servidumbre, sus hijos, además de nacer libres, eran adoptados y educados por el ama. Viose por esto que Abraham hubo a Ismael en su esclava Agar; que Jacob tuvo hijos con sus esclavas Bilha y Zilpa; y que Sara, Raquel y Lea, esposas de aquellos dos patriarcas, adquirieron así el título de madres.¹⁹⁵

El carácter de blandura que distinguió la esclavitud en la época de los patriarcas, desapareció en los tiempos posteriores. Cautivos los hebreos en Egipto por largo espacio, errantes después por muchos años en el desierto, y convertidos en guerreros y conquistadores, no era posible que llevasen a Canaán las ideas, usos y costumbres de sus primitivos antecesores. Bien lo sabía Moisés, y para enfrenar el poder de los amos, promulgó leyes que templasen el rigor de la esclavitud. En consecuencia, mandó que fuese libre el esclavo a quien el amo rompía un diente, o le reventaba un ojo;¹⁹⁶ y que si lo mataba al tiempo de castigarlo, se le impusiese una pena,¹⁹⁷ la cual, según el *Thalmud* y los comentaristas judíos, podía ser hasta de muerte. Si el esclavo moría un día o dos después del castigo, entonces el amo quedaba impune, porque, según el *Éxodo*, el esclavo era dinero suyo.¹⁹⁸ ¿Pero no lo era también cuando le mataba en el acto mismo del castigo? Y entonces, ¿por qué en un caso quedaba impune, y en el otro sufría una pena? ¿Sería porque en el primero tenía intención de matarle, y no en el segundo? ¿Mas, no podía suceder que sin ánimo deliberado le diese casualmente un golpe por parte noble, y en el acto le matase? ¿Y no podía también acontecer que, aun muerto el esclavo un día o dos después del castigo, el amo se lo

hubiese aplicado con intención de matarle, pero no en el acto, a fin de quedar impune? Algunos intérpretes hebreos modifican las palabras del Exodo. Ben Ouziel dice que el amo debía ser castigado, aunque el esclavo no muriese en el acto, pero sí en el mismo día. Maimonide piensa que el amo sólo se eximía de toda pena cuando castigaba al esclavo con una varita, que era el instrumento ordinario de corrección entre los hebreos, pues en caso contrario se le debía imponer pena capital, aunque el esclavo muriese mucho tiempo después.¹⁹⁹

El Eclesiástico también recomendó la mansedumbre con los esclavos, y si permitió castigar a los malos, encargó al mismo tiempo que se amase a los buenos como la vida, y se les tratase como a hermanos.²⁰⁰

No contento Moisés, como arriba hemos visto, con reprimir las violencias del amo, permitió al esclavo que se libertase con los bienes que adquiriría;²⁰¹ que se casase, y aun pudiese alcanzar la mano de la hija de su señor.²⁰² El reposo del sábado, concedido a todos los hebreos, extendióse también al esclavo.²⁰³

Los hebreos usaron de la circuncisión, y Tácito supuso equivocadamente que la inventaron para distinguirse de las otras naciones.²⁰⁴ Los primeros que la emplearon desde la más remota antigüedad fueron los egipcios y los etíopes, siendo muy probable que éstos la tomaron de aquéllos, como otros pueblos.²⁰⁵ Todo esclavo comprado por dinero, debía ser circuncidado, y entonces participaba del banquete solemne del cordero pascual,²⁰⁶ podía asistir al convite de los diezmos,²⁰⁷ recoger para sí los frutos espontáneos de la tierra en el año Sabático,²⁰⁸ y alegrarse con el pueblo en las grandes fiestas de la Pentecostés²⁰⁹ y de los Tabernáculos.²¹⁰ Últimamente, el esclavo extranjero que, huyendo de su amo, buscaba un asilo en el territorio hebreo, adquiría la libertad y podía fijarse en el punto que quisiese, sin que nadie le molestara.²¹¹

A pesar de esto, Moisés estableció diferencias esenciales entre la esclavitud del hebreo y la del extranjero. La de aquél no merecía propiamente tal nombre, pues dice el Levítico: “Cuando tu hermano empobreciere cerca de ti, y a ti se vendiere, no te servirás de él como se sirve de los esclavos; mas, estará en tu casa como estaría el mercenario y el extranjero, y te servirá hasta el año del Jubileo”.²¹²

Tampoco era perpetua, sino temporal, aquella esclavitud, porque el esclavo hebreo debía servir solamente seis años, y al séptimo salir libre sin pagar nada a su amo. Si era casado con mujer hebrea, ésta salía también junto con él.²¹³ Al retirarse el hebreo al cabo de seis años de la casa de su señor, éste debía hacerle un regalo de sus ganados y de otras cosas.²¹⁴ Aun podía abreviarse el plazo de los seis años de servicio, porque si antes llegaba el del Jubileo, entonces el esclavo hebreo alcanzaba su completa libertad.²¹⁵ Alcanzábala también con sus hijos en dicho año, aunque su amo fuese un extranjero domiciliado en Palestina.²¹⁶ De su

dominio podía igualmente salir el esclavo hebreo en cualquier tiempo, ora rescatándose a sí mismo, ora haciéndolo alguno de sus parientes; pero en estos casos no se daba al amo todo el precio que le había costado, sino que, rebajándose el tiempo que le había servido, a razón del salario que hubiera ganado un jornalero, pagábansele solamente los años o meses que aún faltaban para el año del Jubileo.²¹⁷ Perpetuábase, no obstante, la esclavitud del hebreo cuando, casado por el amo con su esclava y vencido el plazo de los seis años que debía servirle, él, por amor a su familia y a su señor, prefería quedarse esclavo. “Si el esclavo dice positivamente: ‘Yo amo a mi señor y a mis hijos, y no quiero salir libre’, entonces su amo le hará comparecer ante los jueces, y acercándole a la puerta o al poste, le taladrará la oreja con un punzón y le servirá para siempre”.²¹⁸ El taladro de la extremidad de la oreja era una marca que se hacía al esclavo para indicar que él había renunciado a la libertad que la ley le ofrecía. Las palabras del Éxodo “le servirá para siempre”, que se hallan repetidas en el Deuteronomio,²¹⁹ son contrarias a la opinión de los que piensan que esos esclavos recobraban su libertad el año del Jubileo, fundándose en el Levítico, que dice: “Santificaréis el año 50 y publicaréis la libertad en el país para todos sus habitantes”.²²⁰ Ciertamente que en aquel año se rompían las cadenas de la esclavitud para todos los hebreos; mas, parece, según el Éxodo, que este favor no alcanzaba a los que, por no separarse de sus familias, preferían vivir esclavos.

Si la esclavitud del hebreo fue temporal, la del extranjero fue perpetua. “Podéis, dice el Levítico, comprar esclavos de las naciones que os rodean, de los extranjeros residentes entre vosotros, o de los hijos que les nacieren en vuestro país. Dejaréis los esclavos a vuestra posteridad por un derecho hereditario, y seréis sus amos para siempre”.²²¹ Este derecho hereditario no era aplicable a los hijos de los esclavos hebreos, porque nacían libres. El Levítico dice: “El esclavo saldrá libre con sus hijos el año del Jubileo, volverá a su familia y a la tierra de sus padres”.²²² Ni se piense que a esto se oponen las siguientes palabras del Éxodo: “Si el amo diere mujer al esclavo [hebreo], ella y los hijos que tuviere serán de su amo; mas, el esclavo saldrá solo con su persona”.²²³ Aquí sin duda se habla de la esclava extranjera; y como entre los hebreos, a semejanza de otros pueblos, los hijos no seguían la condición del padre sino la de la madre, si ésta era esclava, éranlo también aquéllos. Que esa esclava era extranjera, aparece claramente del Éxodo, el cual mandó que cuando el hebreo adquiría su libertad al cabo de seis años de servicio, su mujer también la adquiriese.²²⁴

Si el amo pudo vender el esclavo extranjero, a quien y donde quisiese, no así al esclavo hebreo;²²⁵ y del buen tratamiento que a éste debía dársele, mostrose Moisés mucho más solícito que respecto del esclavo extranjero.

El origen de estas diferencias fundamentales debe buscarse en la índole de las instituciones mosaicas, pues privadas del carácter fraterno y expansivo del cristianismo, se resintieron de cierto espíritu exclusivo, que prestó armas a la exageración y a la ignorancia para pintar a los antiguos hebreos como implacables enemigos de todas las naciones. A difundir este error contribuyeron algunos historiadores griegos y romanos; y cuéntase Tácito entre éstos, cuya pluma injusta con los judíos representolos con los más negros colores.²²⁶ Tanto los detestaron las leyes de Roma, que impusieron relegación perpetua a una isla y confiscación de bienes al ciudadano romano que abrazara el judaísmo, o dejara circuncidar sus esclavos, y en pena capital al médico que hiciera esta operación: castigo igual o deportación impúsose también a los judíos que circuncidaran los esclavos que habían adquirido de pueblos extranjeros.²²⁷

Verdad es, que por la tendencia de su religión, pues que adoraban un solo dios, y por la de algunas de sus instituciones, ellos, como cuerpo político, se mantuvieron aislados de las demás naciones; pero ni aborrecieron individualmente a los extranjeros hasta el punto que se dice, ni tampoco les cerraron enteramente las puertas de la Palestina. Para convencerse de esta verdad, basta leer algunas páginas del Antiguo Testamento.

Éste no hizo diferencia alguna entre el hebreo y el extranjero cuando comparecían ante los tribunales:²²⁸ ambos gozaron del derecho de asilo:²²⁹ si el extranjero era pobre, participaba como el hebreo de la beneficencia pública;²³⁰ y en el año Sabático recogía también con él los frutos espontáneos de la tierra.²³¹ Al recordar Moisés la dureza con que los egipcios trataron a los hebreos, y queriendo que éstos no imitaran a sus opresores, recomendoles repetidas veces el amor a los extranjeros. “Amadlos, dice el Deuteronomio, porque vosotros lo fuisteis en la tierra del Egipto”,²³² “amadlos como a vosotros mismos”, les ordenó igualmente el Levítico;²³³ y tan acordes estuvieron los hechos con los principios, que los extranjeros acudieron en gran número a la Palestina. ¿No tripuló Salomón sus flotas con fenicios? ¿Ni cómo hubiera podido emplear en el templo magnífico que levantó, 153 600 operarios extranjeros, domiciliados en aquella tierra?²³⁴

Las diferencias, pues, que estableció Moisés entre los esclavos hebreos y los extranjeros no procedieron del odio que a éstos tuviese, sino de un sentimiento nacional, y de la predilección con que distinguió al pueblo que había salvado del cautiverio de Egipto. Pero ese pueblo, quebrantando los preceptos de su inmortal legislador, trató con igual dureza al esclavo extranjero que al hebreo, y a entrambos los retuvo en perpetua esclavitud.

Fatal escisión había estallado entre los mismos hebreos: diez de sus tribus formaron el reino que se llamó de Israel, y las dos restantes el de

Judá. El primero gemía bajo el cautiverio de los asirios, y el segundo, amenazado estaba de igual suerte. En tan tristes circunstancias el profeta Jeremías dirigió su inspirada palabra a los habitantes de Judá, y ablandados sus corazones obligáronse solemnemente a libertar todos sus esclavos judíos. Libertáronlos en efecto; pero, arrepentidos después, volvieron a esclavizarlos. Jeremías entonces habloles segunda vez y díjoles con voz airada:

“He aquí la palabra del Dios de Israel. Yo hice alianza con vuestros padres el día que los saqué de Egipto, de la casa de servidumbre, diciendo: ‘Al séptimo año, cada uno de vosotros enviará libre a su hermano que haya comprado; él les servirá seis años, y recibirá su libertad. Mas, vuestros padres no me oyeron, ni me prestaron atención. Y vosotros os habíais convertido y hecho lo que yo tenía por justo, proclamando la libertad de vuestros hermanos, y en la mansión donde se invoca mi nombre y en mi presencia, os comprometisteis a darla. Pero después habéis cambiado y profanado mi nombre. Vosotros habéis esclavizado de nuevo al esclavo y a la esclava que habíais puesto en libertad, y los habéis sometido al yugo de su estado anterior. Por esto ved aquí lo que dice el Señor. Vosotros no me escuchasteis cuando os mandé proclamar la libertad de vuestros amigos y de vuestros hermanos; y yo proclamo entre vosotros la libertad a la espada, a la peste, al hambre. Haré de vosotros un ejemplo que hará temblar a todas las naciones... entregaré a Sedecías, rey de Judá, y a los príncipes de Judá en las manos de sus enemigos, en los ejércitos de Babilonia que se habían retirado. Yo lo mando así, dijo el Señor; yo los haré volver contra esta ciudad, ellos la atacarán y tomarán, la entregarán a las llamas, y las ciudades de Judá quedarán solitarias por el destierro de sus habitantes’”²³⁵

Y esta terrible profecía se cumplió, y Nabucodonosor tomó a Jerusalén y la incendió, y se llevó cautivos los hebreos a Babilonia;²³⁶ pero tan apegados estaban a sus esclavos que de ellos se sirvieron aun en su mismo destierro. Cuando Ciro, rey de Persia, sometió también a su dominación la Media y la Babilonia, después de la muerte de su tío y suegro Ciaxara II, acaecida en 536 antes de Jesucristo, publicó un edicto en el primer año de su reinado, permitiendo a todos los hebreos desterrados en Babilonia que volviesen a Palestina.²³⁷ Los descendientes de las tribus de Judá y Benjamín fueron casi los únicos que entonces tornaron a su patria; pero salieron de Babilonia acompañados de 7 337 esclavos de ambos sexos que tenían.²³⁸ Sordos los hebreos a la voz del Señor, y sin más moral que su interés, ya no hubo freno que los contuviese, pues, según la expresión de un profeta, vendieron al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias.²³⁹

Estas palabras no deben tomarse en términos tan absolutos, que no admitan alguna excepción. Habíanse formado entre los judíos dos sectas

o escuelas opuestas; y sin subir a sus causas, ni entrar en su naturaleza, porque esto no es de mi objeto, bástame decir que una se llamó de los fariseos, y otra de los saduceos. De la primera nació después otra asociación o secta llamada de los esenios, ignorándose el origen y exacto sentido de esta palabra. Sus sectarios fueron unos filósofos prácticos que juntando a las creencias de los fariseos una moral exaltada, profesaron la vida ascética y se dieron al trabajo y a otras virtudes prácticas. Dedicáronse unos a las artes y otros a labrar la tierra con sus propias manos. La mayor parte de ellos guardó el celibato; sus bienes eran comunes, y ninguno tuvo esclavos. Al intento dice Filón. “Entre ellos no existe un solo esclavo: todos son libres y trabajan unos para otros. Rechazan la dominación, no sólo como cosa injusta que destruye la igualdad, sino también como impía y trastornadora de la ley natural que, semejante a una madre, ha dado a luz y educado todos los hombres, haciéndolos iguales como verdaderos hermanos, no de nombre sino de hecho; pero sobreponiéndose la astuta codicia a este parentesco, produce alejamiento en vez de familiaridad, y enemistad en lugar de amistad”.²⁴⁰

Este pasaje de Filón manifiesta que los esenios reprobaron la esclavitud; pero ni su ejemplo tuvo imitadores entre los judíos, ni ellos formaron pueblo aparte, porque sólo fueron una de las tres sectas religiosas en que se dividieron, y que en tiempo de Josefo solamente se componía de unos 4 000 miembros.²⁴¹

Grandes calamidades afligieron en el curso de los siglos al pueblo hebreo. Sobre su cabeza cayó la espada de diferentes conquistadores; pero vencedor o vencido siempre tuvo y siempre traficó en esclavos hasta su total dispersión en el primer siglo de la era cristiana.

Al lado de los hebreos habitaron los fenicios, pueblo el más comerciante de la Antigüedad. Los monumentos y las obras en que estaba consignada su historia, todos perecieron, y las pocas noticias que han quedado, débense a los fragmentos esparcidos en algunas obras de la Antigüedad. A ellos, pues, es preciso acudir para ilustrar en lo posible el asunto que me ocupa.

Mucho antes de los tiempos de Homero, los fenicios se presentaron, ya como negociantes, ya como piratas en las islas y costas de Grecia, hundida todavía en la barbarie. Allí robaban mujeres²⁴² y otras personas libres para venderlas en Asia, o exigir por ellas un rescate a sus familias. Ulises en sus largas peregrinaciones estuvo a punto de ser vendido por un fenicio.²⁴³ Éstos robaron también en Tebas de Egipto dos mujeres consagradas al servicio del templo de Júpiter, de las cuales una fue vendida en Grecia, y otra en la Libia.²⁴⁴ Con el establecimiento de sus colonias en el mediodía de España,²⁴⁵ y con la civilización que adquirieron, renunciaron a la piratería, pues en la necesidad de ser comerciantes, obligólos su interés a inspirar alguna confianza a los pueblos

con quienes trataban. En efecto, no hay comercio seguro y sólido sin confianza, ni confianza sin probidad; pero la probidad en el comercio pende generalmente más del interés que de un sentimiento moral.

Por lo mismo que los fenicios fueron grandes comerciantes, lanzáronse también al tráfico de esclavos. En el brillante cuadro que del comercio de Tiro trazó el profeta Ezequiel seis siglos antes de la era cristiana, dice: "Javan, Tubal y Mosoch factores tuyos fueron".²⁴⁶ He aquí tres grandes mercados a donde los fenicios fueron a buscar esclavos. Javan fue la Grecia;²⁴⁷ y en cuanto a la posición geográfica de Tubal y de Mosoch o Mesec ya se han disipado las dudas que en otro tiempo existieron, porque esos dos países, patria de los pueblos llamados moschos y tibarenos, hállanse en la Capadocia y en el Cáucaso.²⁴⁸ De ellos, del resto de la Capadocia, y de las tribus de aquellas montañas se sacaron esclavos en todos tiempos; y la Circasia y la Georgia son todavía los mercados, donde por la hermosura de las razas, a lo menos según el gusto de algunos pueblos orientales, se proveen los harenes, de la Persia y la Turquía.

Si hubo un tiempo en que los fenicios exportaron esclavos de la Grecia, hubo otro posterior en que también vendieron en ella a los hijos de Judá y de Jerusalén.²⁴⁹ En castigo de tal conducta, el profeta Joel les anunció que sus hijos e hijas serían a su vez vendidos a los judíos, y que éstos los venderían a los sabeos, quienes los transportarían a una tierra lejana.²⁵⁰

¿Pero el tráfico de esclavos que hicieron los fenicios limitóse a los países arriba mencionados? Conocedores desde muy antiguo de las costas del mar Rojo, donde habitaron²⁵¹ antes que en la tierra a que ellos dieron el nombre de Fenicia, abrieron relaciones mercantiles con Egipto. En Menfis, su capital, ocuparon un barrio entero;²⁵² desde allí participaron del tráfico que hacían de caravanas con algunos pueblos del interior de África; y como ellas tornaban con esclavos, es muy natural que los fenicios establecidos en Egipto los llevasen a los mercados que frecuentaban. Sacarlos también pudieron de otros países, y más probablemente de las colonias que fundaron en la costa septentrional de África,²⁵³ pues Cartago, Útica, Hippo, Adrumete y otros establecimientos sirviéronles de escala para su comercio, no sólo con algunos puntos del interior del continente africano, sino con España y otros pueblos occidentales.

Cuál fuese la condición de los esclavos de que se sirvieron los fenicios, ignórase absolutamente; pero sabemos que muchos fueron empleados en los campos y en las ciudades. Cuando el persa Artajerjes, Ochus de sobrenombre, embistió a Sidón, ciudad entonces la más opulenta de Fenicia, sus habitantes al verse cercados en ella, y que no tenían medio de salvarse por mar; pues que antes habían quemado todas sus naves,

encerráronse con sus mujeres e hijos en sus casas, incendiáronlas, y más de 40 000 hombres, comprendidos los esclavos, perecieron en las llamas.²⁵⁴

En otras ciudades también abundaron, y como en los poquísimos fragmentos históricos que acerca de la Fenicia nos quedan, se habla de una insurrección de esclavos, no es extraño que ella hubiese nacido del mal tratamiento que se les diera. Destruída por Nabucodonosor la antigua Tiro, alzose de sus ruinas otra nueva, que pronto subió a la altura de su madre. Millares de esclavos habitaron dentro de sus muros; pero llegó un día en que rompiendo las cadenas que arrastraban, se apoderaron del gobierno de la ciudad, mataron a sus amos, y se casaron después con sus viudas. Justino, abreviador de la obra de Trogo-Pompeyo, una de las muchas de la Antigüedad que desgraciadamente se han perdido, cuenta aquella insurrección del modo siguiente:

“Hostigados los fenicios sin cesar y de mil maneras por los persas, acabaron por vencerlos; pero sus fuerzas estaban agotadas, y tuvieron que sufrir los tratamientos más indignos de parte de sus esclavos, que se habían multiplicado excesivamente. Éstos se sublevaron, degollaron a sus amos y a toda la población libre, apoderáronse de la ciudad, de las casas, de la administración del Estado, casáronse, y sin ser libres ellos mismos, dieron el ser a hijos libres. Entre tantos millares de esclavos, uno solo, de carácter más dulce, conmovido de la suerte de sus amos, el uno anciano y el otro niño, se abstuvo de maltratarlos, y mostroles, al contrario, un respeto mezclado de compasión. Mientras que él los ocultaba, y que se les creía muertos, los esclavos deliberando sobre la suerte de la república, resolvieron elegir por rey al primero de entre ellos que viese la salida del sol, y que por este motivo sería el más agradable a los dioses. El esclavo fiel fue a dar esta noticia a Straton [éste era el nombre de su amo] al retiro que le servía de asilo. Instruido por sus consejos, mientras que los otros reunidos desde medianoche en una vasta llanura, tienen los ojos fijos hacia el Oriente, él sólo mira al Occidente. Buscar por el Occidente la salida del sol, parecía a todos una locura; pero como al acercarse el día, los primeros rayos del sol doraban los techos más elevados de la ciudad, y la muchedumbre esperaba siempre hasta que ella viese el mismo sol, él fue el primero que les mostró la luz sobre el techo de las casas. Una estratagema tan ingeniosa en un esclavo pareció increíble; quísose conocer a su autor, y él confesó que era su amo. Comprendiose entonces cuán superior es el hombre libre al esclavo, y que el esclavo inferior en inteligencia, no le excede sino en crueldad. Perdonose al anciano y a su hijo; juzgose que ellos no habían sido salvados sino por la voluntad de los dioses, y Straton fue elegido rey. Después de su muerte, el trono pasó a su hijo, y luego a sus sobrinos. El crimen de los esclavos resonó, y fue para el mundo un ejemplo formida-

ble. Por eso, Alejandro Magno que hizo largo tiempo después la guerra en Oriente, como vengador del reposo de los pueblos, tomó la ciudad, e hizo crucificar en expiación de sus antiguos asesinatos a todos aquellos que se habían escapado de sus armas, no perdonando sino a la raza de Straton, a cuyos descendientes volvió a sentar en el trono. Hombres libres y puros de todo crimen fueron a repoblar la isla de donde había sido extirpada la raza esclava, y allí sirvieron de tronco a una nueva población”.²⁵⁵

Cuando Alejandro Magno recorrió triunfante el Asia, nuevas calamidades cayeron sobre Tiro. Al dejar la Silicia, dirigióse hacia el Egipto, entró en Fenicia, sometió muchas ciudades y fue bien recibido de sus habitantes; mas, Tiro le cerró sus puertas y resolvió defenderse heroicamente. Indignado aquel orgulloso conquistador con la resistencia que encontró, condenola en su furor a su total exterminio. Cercola, y al cabo de siete meses de admirables esfuerzos, tomola por asalto, pereciendo en la defensa de sus muros más de 8 000 fenicios según Arriano,²⁵⁶ más de 7 000, según Diodoro de Sicilia,²⁵⁷ y sólo 6 000, según Quinto Curcio.²⁵⁸ En público remate vendió Alejandro las mujeres y los niños, hizo ahorcar a lo menos 2 000 jóvenes; y en cuanto a los prisioneros, fueron tantos que, aunque al decir de Diodoro de Sicilia, la mayor parte de los habitantes se había ido a Cartago, aquéllos no bajaron de 13 000,²⁵⁹ número que Arriano eleva a 30 000.²⁶⁰ Con su activo comercio y rica industria de la púrpura, Tiro se repuso de sus pasados quebrantos,²⁶¹ y próspera estaba, y floreciente cuando cayó bajo la dominación romana.

Si la guerra esclavizando los prisioneros, fue en las naciones de la Antigüedad el modo más común de adquirir esclavos, justo es confesar que de él no se valió Fenicia. Encerrada aun en la época de su mayor grandeza dentro del espacio de 50 leguas de largo y ocho a diez de ancho; en inmediato contacto sus fronteras con pueblos mucho más fuertes, y entregada exclusivamente a empresas mercantiles, su política en vez de guerrera fue esencialmente pacífica. Por estos motivos, el comercio fue el rico manantial que dio esclavos a los fenicios; y si hombres que se manchan con esta vil granjería, jamás están exentos de un grave pecado, aquéllos aparecen entre los antiguos pueblos como menos delincuentes a los ojos de la posteridad.

Notas

1 Catathmus fue el nombre de una montaña que hoy se llama Akabet-Assolum.

2 Strabón, *Geografía*, lib. XVII, cap. I, § 4.

- 3 Génesis, cap. XII, vers. 16.
- 4 Génes., cap. XXXVII, vers. 25.
- 5 Génes., cap. XXXVII, vers. 27 y 28, y cap. XXXIX, vers. 1.
- 6 Génes., cap. XLIV, vers. 9, 10, 16, 17 y 33.
- 7 Herodoto, lib. II, cap. CLXIV.
- 8 Diodoro de Sicilia, lib. I, cap. XXVIII. Strab., lib. XVII, cap. I, § 2.
- 9 *Die chronologie der Ägypter* (La cronología de los egipcios).
- 10 *Ägyptens Stelle in der Weltgeschichte* (Posición del Egipto en la historia del mundo).
- 11 Dase el nombre de *hipogeos* a las catacumbas que los egipcios hicieron en las rocas o montañas para sepultar sus muertos embalsamados. Al cabo de millares de siglos consérvense todavía algunos de estos monumentos subterráneos, que admiran por su magnificencia y suntuosidad, pues de pinturas y esculturas están adornadas hasta las paredes de las piezas, donde jamás penetra un rayo de luz (Strab., lib. XVII, cap. I, § 20). *Description de l'Égypte, ou recueil des observations et des recherches qu'ont été faites en Égypte pendant la expedition de l'armée française*, vol. 2º, chap. II, § 5. Lepsius, *Cartas sobre el Egipto, etc.*, carta 15.
- 12 Champollion, le Jeune, *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, planche 325, 326 y 332.
- 13 Ídem, planche 291, 292, 293, 294, 298, 299, 301 y 302.
- 14 Ídem, planche 202, 203, 204, 206, 207, 222, 223, 224 y 226. Debo advertir; que los esclavos africanos, sólo se ven en la lámina 202, pues en todas las demás son asiáticos.
- 15 Ídem, planche 167.
- 16 Ídem, planche 196 y 197.
- 17 Bunsen, *Ägyptens Etelle in der Weltgesch.* Lepsius, *Die chronologie der Ägypter*.
- 18 Champoll., *Monum.*, planche 4, 11; 12, 13, 15, 16, 17, 27 a 29, 33 a 37 y 328 a 331, etc.
- 19 Herod., lib. II, cap. CII a CVIII.
- 20 Diod. Sic., lib. I, cap. LIII a LV.
- 21 Strab., lib. XVI, cap. III, § 2.
- 22 Plinio, *Hist. Nat.*, lib. VI, cap. XXXIV.
- 23 Tácito, *Annal.*, lib. II, § LX.
- 24 Diod. Sic., lib. I, cap. LV.
- 25 Herod., lib. II, cap. CLVIII. Arrianus, *Periplus maris Erythrei*. Strab., lib. XVI, cap. III, § 1.
- 26 Diod. Sic., lib. I, cap. LV. Tacit., *Annal.*, lib. II, § 60.
- 27 Diod. Sic., lib. I, cap. LV.
- 28 Champoll., *Lettres écrites d'Égypte et de Nubie*.
- 29 Herod., lib. II, cap. CVIII. Diod. Sic., lib. I, cap. LVI y LVII.
- 30 Diod. Sic., lib. I, cap. LVI.
- 31 Diod. Sic., lib. I, cap. LI. Véase el apéndice nº I al fin de este tomo sobre el lago de Moeris.
- 32 Lepsius, *Cartas del Egipto, Etiopía y península de Sinaí*, carta II.
- 33 Herod., lib. II, cap. CXXIV, CXXVII y CXXVIII. Diod. Sic., lib. I, cap. LXIV.
- 34 Herod., lib. II, cap. CXIV. Diod. Sic., lib. I, cap. LXIV.

- 35 Diod. Sic., lib. I, cap. LVI.
- 36 Strab., lib. XVII, cap. I, § 14.
- 37 Josefo, *Anti. Judai.*, lib. II, cap. xv.
- 38 Sobre el laberinto de Egipto, sus grandes pirámides y el canal de Necos, véanse los apéndices nº II, III y IV al fin de este tomo.
- 39 Herod., lib. II, cap. CLVIII.
- 40 II. *Chronicas*, cap. XII, vers. 4 y 9.
- 41 Herod., lib. II, cap. CLVII.
- 42 Herod., lib. II, cap. CLIX.
- 43 Herod., lib. II, cap. CLXI.
- 44 Herod., lib. II, cap. CLXI. Diod. Sic., lib. I, cap. LXVIII.
- 45 Herod., lib. III, cap. XCVII.
- 46 Josefo, *Anti. Judai.*, lib. XII, cap. I y II.
- 47 Josefo, *Anti. Judai.*, lib. II, cap. II.
- 48 Fragmento de la obra de Manethon, inserto por Josefo en su *Respuesta a Apion*, lib. I, cap. v.
- 49 Herod., lib. II, cap. XCIX, C, y CL.
- 50 Champoll., *L'Égypte sous les Pharaons*, chap. IV, sect. II.
- 51 "Jomard", artículo inserto en la *Description d'Égypte ou recueil des observations, etc.*, vol. 2, chap. XI, § 5.
- 52 Strab., lib. XVII, cap. I, § 4. Diod. Sic., lib. XVII, cap. L. El oasis de Ammon se llama hoy Sinah.
- 53 Champoll., *L'Égypte sous les Pharaons*, chap. IV, sect. II.
- 54 Strab., lib. XVII, cap. I, § 18.
- 55 Herod., lib. III, cap. XXVI.
- 56 Herod., lib. IV, cap. CLXXXI y CLXXXIII.
- 57 Herod., lib. IV, cap. CLXXXIV y CLXXXV.
- 58 Herod., lib. IV, cap. CLXXXIII.
- 59 Génes., cap. XII, vers. 16.
- 60 Génes., cap. XXXVII, vers. 25 y 28.
- 61 Herod., lib. I, cap. I. Strab., lib. XVII, cap. I, § 5.
- 62 Diod. Sic., lib. I, cap. LXVII.
- 63 Herod., lib. III, cap. CXIII.
- 64 Strab., lib. XVII, cap. I, § 8. Plin., *Hist. Nat.*, lib. V, cap. XXXIV. Tácit., *Annal.*, lib. II, § 60.
- 65 Diod. Sic., lib. I, cap. LVI. Strab., lib. XVII, cap. I, § 14.
- 66 Herod., lib. II, cap. CLXXX. Diod. Sic., lib. I, cap. LXVI y LXVII.
- 67 Herod., lib. II, cap. CLXXVII y CLXXVIII.
- 68 Herod., lib. II, cap. CXXXIV y CXXXV. Strab., lib. XVII, cap. I, § 14.
- 69 *Atheneus*, lib. XV, p. 676 de la edición de Lyon.
- 70 Strab., lib. XVII, cap. I, § 14.
- 71 Herod., lib. II, cap. CXXXIV y CXXXV.

- 72 Plin., *Hist. Nat.*, lib. V, cap. XI.
- 73 Strab., lib. XVII, cap. I, § 7.
- 74 Arrian., *Periplus maris Erythrei*. Esta obra fue comentada por el inglés Vincent, bajo el título de *Vincent, Periplus of the Erythrean Sea*.
- 75 Herod., lib. II, cap. CLIX.
- 76 Strab., lib. XVI, cap. III, § 6, y lib. XVII, cap. I, § 7 y 19. Arrian., *Periplus, etc.*
- 77 Strab., lib. II, cap. IV, § 5, y lib. XVI, cap. III, § 6.
- 78 Arrian., *Periplus, etc.*
- 79 Arrian., *Periplus, etc.*
- 80 Arrian., *Periplus, etc.* Barygaza fue en otro tiempo una ciudad mercantil muy célebre, asentada a orillas del Nerbudda que desagua en el golfo de Cambaye. Barygaza se llama hoy por algunos Baroach o Baroche; mas, Gosselin la denomina Barukia (*Recherches*, tom. III).
- 81 Arrian., *Periplus, etc.*
- 82 Strab., lib. XVII, cap. I, § 7 y 19.
- 83 D'Auville, *Memoires sur l'Egypte, Description du golfe Arabique*.
- 84 Plin., *Hist. Nat.*, lib. VI, cap. XXXIV.
- 85 Arrian., *Periplus, etc.*
- 86 "Agatharchides de mari Rubro", apud Hudson, *Geographiae veteris scriptores Greci minores*.
- 87 Diod. Sic., lib. I, cap. LXXIX.
- 88 Herod., lib. II, cap. CXXXVI. Diod. Sic., lib. I, cap. XCI y XCH.
- 89 Herod., lib. II, cap. CXXXVI. Diod. Sic., lib. I, cap. XCH.
- 90 Véase el apéndice nº V.
- 91 Diod. Sic., lib. I, cap. LXV.
- 92 "Agatharchides de Mari Rubro", en la obra ya citada. Edrisi en su *Geografia*, clima 1º, parte 4ª, dice también que aquellas minas eran ricas en oro y plata.
- 93 Diod. Sic., lib. III, cap. XII, XIII y XIV.
- 94 Diod. Sic., lib. III, cap. XII y XIII.
- 95 Diod. Sic., lib. I, cap. XXXI.
- 96 Deuteronomio, cap. XV, vers. 15.
- 97 Levítico, cap. XXV, vers. 55.
- 98 Josefo, *Anti. Jud.*, lib. XII, cap. XII.
- 99 *Monuments de l'Egypte et de la Nubie*, tombeau de Kurna, planche 187; tombeau de Beni-Hassan-el-Qadin, planche 356.
- 100 Diod. Sic., lib. I, cap. LXX.
- 101 Génes., cap. I, vers. 2.
- 102 Génes., cap. XXXIX, vers. 8 y 9.
- 103 Diod. Sic., lib. I, cap. LXXVII.
- 104 Diod. Sic., lib. I, cap. LXXX.
- 105 Wallon, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, vol. Ier., part Ire., chap. I.
- 106 Diod. Sic., lib. I, cap. XXVII.

- 107 Diod. Sic., lib. I, cap. LXXX.
- 108 El buen tratamiento de las mujeres entre los germanos, derivánlo algunos de un pasaje de Tácito, que hablando de ellas, dice: "*Inesse quin etiam sanctum aliquid et providum putant, nec aut consilia earum adspernantur; aut responsa negligunt*". (Ellos piensan que hay en las mujeres yo no sé qué de santo y de pródigo, y no desprecian sus consejos, ni desatienden sus respuestas.) Tácit., *De Moribus. Germanorum*, § 8.
- 109 Strab., lib XVII, cap. I, § 8.
- 110 Herod., lib. II, cap. CXIII.
- 111 Diod. Sic., lib. I, cap. XXXI.
- 112 Herod., lib. II, cap. XIV.
- 113 Champoll., *Monum.*, planche 174.
- 114 Ídem., *Monum.*, planche 144.
- 115 Champoll., *Monum.*, planche 121.
- 116 Herod., lib. II, cap. XXXVI y XXXVII.
- 117 Champoll., *Monum.*, 102, 150 bis, 150 ter y otras.
- 118 Véase el apéndice n° VI.
- 119 Herod., lib. II, cap. LXI.
- 120 *Annales d'Afrique*, publicados bajo los auspicios de l'Institut d'Afrique, en 1855.
- 121 Champoll., *Monum.*, planche 111 a 113.
- 122 Ídem, planche 62 y 66.
- 123 Ídem, planche 10, 19, 35 y 37.
- 124 Lepsius, *Noticia preliminar de la expedición*. Cartas del mismo autor, escritas en Egipto, Etiopía y la península de Sinaí; cartas 18 y 28.
- 125 Lepsius, *Cartas del Egipto y Etiopía*; carta 19, escrita en Chartum el 21 de marzo de 1844.
- 126 Génes., cap. XXIV, vers. 12 a 16.
- 127 Génes., cap. XXIV, vers. 34 y 35, y cap. XXX, vers. 43.
- 128 Josefo, *Guerra de los Judíos*, lib. V, cap. IX, § 4.
- 129 Génes., cap. XVII, vers. 12, 23 y 27.
- 130 Génes., cap. XXVI, vers. 14 y 19.
- 131 Génes., cap. XXIV, vers. 61.
- 132 Génes., cap. XXIX, vers. 24 y 29.
- 133 Génes., cap. XXX, vers. 43.
- 134 Génes., cap. XXXVII, vers. 27.
- 135 Génes., cap. IX, vers. 25.
- 136 San Agustín, *De Genesi*, tom. III, lib. XI, 50, p. 468, y *Questiones in Genes.*, tom. III, lib. XVII, p. 608, edic. de Gaume hermanos.
- 137 Levít., cap. XXV, vers. 44 y 45.
- 138 Éxod., cap. XXI, vers. 16. Deuter. cap. XXIV, vers. 5.
- 139 I. Reyes, cap. IX, vers. 26, 27 y 28.
- 140 I. Reyes, cap. IX, vers. 28; cap. XX, vers. 11, 14 y 22, y cap. XXII, vers. 49.
- 141 Véase el apéndice n° VII.

- 142 Josefo, *Antig. Jud.*, lib. VIII, cap. VII.
- 143 Éxod., cap. xxii, vers. 3.
- 144 Éxod., cap. xxiii, vers. 10 y 11. Levít., cap. xxv, vers. 2 a 7. Véase el apéndice nº VIII.
- 145 Levít., cap. xxv, vers. 10. Véase el apéndice nº IX.
- 146 II. Reyes, cap. iv, vers. 1. Nehemías, cap. v, vers. 1, 2, 5, 6 y 8. Isaías, cap. l, vers. 1. San Mateo, Evang., cap. xviii, vers. 24 y 25.
- 147 Psalm., 72, vers. 4.
- 148 I. Reyes, cap. ix, vers. 22.
- 149 Levít., cap. xxv, vers. 39 y 47.
- 150 Éxod., cap. xxi, vers. 7.
- 151 Véase el apéndice, nº X.
- 152 Éxod., cap. xxi, vers. 8.
- 153 Éxod., cap. xxi, vers. 9
- 154 Éxod., cap. xxi, vers. 10.
- 155 Éxod., cap. xxi, vers. 10 y 11.
- 156 Galien en la traducción del Antiguo Testamento que del hebreo ha hecho en francés.
- 157 Génes., cap. xxix, vers. 18, y cap. xxxiv, vers. 11 y 12.
- 158 Éxod., cap. xxii, vers. 16 y 17. I. Samuel, cap. xviii, vers. 26. Osea, cap. iii, vers. 2.
- 159 Véase el apéndice nº XI.
- 160 Deuter., cap. xxii, vers. 28 y 29.
- 161 Génes., cap. x, vers. 19.
- 162 Números, cap. xxxiv, vers. 1 a 12.
- 163 Justino, lib. XVIII, cap. iii.
- 164 Génes., cap. xii, vers. 6.
- 165 Deuter., cap. vii, vers. 1. Josué, cap. iii, vers. 10.
- 166 *Pherizi* o *Pherazi* en hebreo significa, según su etimología, habitante del campo o de las ciudades abiertas. Munk, *Description de la Palestine*, liv. II, chap. ler.
- 167 Deuter., cap. vii, vers. 1, Josué, cap. iii, vers. 10.
- 168 Deuter., cap. vii, vers. 2, 5, 16 y 22 a 25; cap. xx, vers. 15, 16 y 18. Josué, cap. IX, vers. 24.
- 169 Levít., cap. xviii, vers. 3.
- 170 Josué, cap. xii, vers. 1 a 6.
- 171 Núm., cap. xxxi.
- 172 Josué, cap. xi, vers. 19.
- 173 Josué, cap. ix, vers. 3 a 27, y cap. xi, vers. 19.
- 174 Jueces, cap. i, vers. 21 y ss.
- 175 Jueces, cap. i, vers. 28, 30, 33 y 35. I. Reyes, cap. ix, vers. 21.
- 176 Jueces, cap. iii, vers. 5 y 6. Esdras o Ezra, cap. ix, vers. 1 y 2.
- 177 Josefo, *Anti. Jud.*, lib. VIII, cap. ii.
- 178 Deuter., cap. xx, vers. 10 a 17. Jueces, cap. ix, vers. 45.
- 179 Éxod., cap. xvii, vers. 13 y ss. Deuter., cap. xxv, vers. 17 a 19.

- 180 Las uñas, según algunos comentadores, en vez de cortarse, debían dejarse crecer. Véase la nota de Cahen al vers. 12, cap. xxi, del Deuteronomio.
- 181 Deuter., cap. xxi, vers. 11 a 14.
- 182 I. Reyes, cap. xx, vers. 31 a 34.
- 183 II. *Chronic.*, cap. xxviii, vers. 8 a 16.
- 184 Josefo, *Anti. Jud.*, lib. XII, cap. iii.
- 185 Génes., cap. xviii, vers. 6. I. Samuel, cap. ii, vers. 19. II. Samuel, cap. xiii, vers. 7 y 8. Proverb., cap. xxxi, en varios versículos.
- 186 I. Samuel, cap. viii, vers. 15. I. Reyes, cap. xii, vers. 9. II. Reyes, cap. ix, vers. 32; cap. xxiv, vers. 12 y 15, y cap. xxv, vers. 19. I. *Chronic.*, cap. xxviii, vers. 1. La palabra eunuco viene del griego *eunuchos*, que quiere decir hombre que guarda la cama, pues a ellos se confiaba en las cortes orientales el cuidado de las camas y habitaciones de los príncipes, y en especial las de las princesas.
- 187 Génes., cap. xxxvii, vers. 28.
- 188 Éxod., cap. xxi, vers. 32.
- 189 Levít., cap. xxvii, vers. 2 a 7.
- 190 Jahn, *Bibliche Archeologie*, vol. 2, parte 1ª, § 195.
- 191 Génes., cap. xvi, vers. 4 a 6.
- 192 Génes., cap. xv, vers. 2 y 3.
- 193 Génes., cap. xxx, vers. 23. I. Samuel, cap. i, psalm. 127. Proverb., cap. xvii, vers. 6.
- 194 Génes., cap. xxx, vers. 23. I. Samuel, cap. i.
- 195 Génes., cap. xvi y xxx, vers. 3 a 13.
- 196 Éxod., cap. xxi, vers. 26 y 27.
- 197 Éxod., cap. xxi, vers. 20.
- 198 Éxod., cap. xxi, vers. 21.
- 199 Maimonide, *Compendio del Thalmud*, lib. XI, trat. 5, cap. ii.
- 200 Eclesiástico, cap. v, vers. 31; cap. xxiii, vers. 7, y cap. xxxiii, vers. 25 a 32.
- 201 Levít., cap. xxv, ver. 49.
- 202 Éxod., cap. xxi, vers. 4 y 5. I. *Chronic.*, cap. ii, vers. 34 y 35.
- 203 Éxod., cap. xx, vers. 10. Deuter., cap. v, vers. 14.
- 204 Tácit., *Histor.*, lib. v, cap. V.
- 205 Herod., lib. II, cap. civ. Diod. Sic., lib. I.
- 206 Éxod., cap. xii, vers. 44, Sobre la Pascua, véase el apéndice n° XII.
- 207 Deuter., cap. xii, vers. 17 y 18.
- 208 Levít., cap. xxv, vers. 2 a 7.
- 209 Deuter., cap. xvi, vers. 10 y 11.
- 210 Deuter., cap. xvi, vers. 13 y 14. Sobre la fiesta de la Pentecostés y de los Tabernáculos, véanse los apéndices n° XIII y XIV.
- 211 Deuter., cap. xxiii, vers. 15 y 16.
- 212 Levít., cap. xxv, vers. 39 y 40.
- 213 Éxod., cap. xxi, vers. 2 y 3.
- 214 Deuter., cap. xv, vers. 13 y 14.

- 215 Levít., cap. xxv, vers. 10, 39 y 40
- 216 Levít., cap. xxv, vers. 47, 54 y 55.
- 217 Levít., cap. xxv, vers. 47 a 53.
- 218 Éxod., cap. xxi, vers. 5 y 6.
- 219 Deuter., cap. xv, vers. 17.
- 220 Levít., cap. xxv, vers. 10.
- 221 Levít., cap. xxv, vers. 44 a 46.
- 222 Levít., cap. xxv, vers. 41.
- 223 Éxod., cap. xxi, vers. 4.
- 224 Éxod., cap. xxi, vers. 2 y 3.
- 225 Levít., cap. xxv, vers. 42.
- 226 Tácit., *Hist.*, lib. V, § 4 y 5.
- 227 Paulii, *Sentent.*, lib. V, tit. xxii, § 3 y 4.
- 228 Levít., cap. xxiv, vers. 22. Núm., cap. xv, vers. 14 y 15. Deuter., cap. i, vers. 16.
- 229 Núm., cap. xxxv, vers. 15.
- 230 Deuter., cap. xiv, vers. 29.
- 231 Levít., cap. xxv, vers 6 y 7.
- 232 Deuter., cap. x, vers, 19.
- 233 Levít., cap. xix, vers. 34.
- 234 II. *Chronic.*, cap. ii, vers. 17 y 18.
- 235 Jeremías, cap. xxxiv, vers. 8 a 22.
- 236 II. Reyes, cap. xxiv y xxv.
- 237 Esdras, cap. i, vers. 1 a 6.
- 238 Esdras, cap. ii, vers. 64 y 65. Nehemías, cap. vii, vers. 66 y 67.
- 239 Amos, cap. ii, vers. 6.
- 240 Filón, *Quod omnis probus liber*, pp. 678 y 679, edición de Ginebra, 1613.
- 241 Josefo, *De Bella Judaic.*, lib. II, cap. viii.
- 242 Herod., lib. I, cap. i.
- 243 *Odisea*, cant. xiv y xv.
- 244 Herod., lib. II, cap. liv a lvii.
- 245 Strab., lib. XVI, cap. ii, § 16.
- 246 Ezequiel, cap. xxvii, vers. 13.
- 247 Bochart, *Geographia Sacra*, pars. 1, lib. III, cap. iii. Michaelis Spicilegium en la palab-
bra Grecia, pars. 1, p. 39 de la edición de Gotinga en 1769.
- 248 Bochart, *Geogr. Sacra*, pars. 1^a, lib. III, cap. xii. Michael. Spileg., *Geogr. Heb.* pars. 1
en palabras Tubal y Mesec.
- 249 Joel, cap. iii, vers. 6 y 7.
- 250 Joel, cap. iii, vers. 8.
- 251 Herod., lib. I, cap. i, y lib VII, cap. lxxxix. Aquí conviene advertir, como en otra parte
he dicho, que bajo del nombre de mar Rojo se entendió en la Antigüedad, ya el golfo
que se halla entre la Arabia y la costa oriental de África, ya todo el mar Austral com-

prendido entre dicho golfo y el Pérsico. Algunos autores pretenden que Herodoto se refiere a la que hoy llamamos propiamente mar Rojo; pero otros fundándose en Strabón, quien dice expresamente que los fenicios pasaron del golfo Pérsico a las costas del Mediterráneo, opinan que este último es el golfo de que habla Herodoto; y así parece confirmarlo un pasaje de Justino (lib. XVIII, cap. III).

252 Herod., lib. II, cap. CXII.

253 Strab., lib. XVI, cap. II, § 16, y lib. XVII, cap. II, § 16, y lib. XVII, cap. II, § 13.

254 Diod. Sic., lib. XVI, cap. XLIV y XLV.

255 Justin., lib. XVIII, cap. III.

256 Arrian., *Expediciones de Alejandro*, lib. III, cap. XXIV.

257 Diod. Sic., lib. XVII, cap. XLVI.

258 Quinto Curcio, *Vida de Alejandro*, lib. IV, cap. IV.

259 Diod. Sic., lib. XVII, cap. XLVI.

260 Arrian., *Expediciones de Alejandro*, lib. II, cap. VII.

261 Strab., lib. XVI, cap. II, § 16.

Libro Segundo

INDIA - CHINA



Los autores de la Antigüedad contaron a los indios asiáticos entre aquellas razas de hombres que por no poderse trazar su origen, se llamaron autóctonos o nativos del suelo. De la antigua India muy poco supo Diodoro de Sicilia. “Entre muchas costumbres bien extrañas, dice aquel historiador, que se advierten en estos países, hay una sancionada particularmente por sus antiguos filósofos y que debe causar el mayor asombro. Entre los indios la ley prohíbe que se esclavice a persona alguna: todo hombre es libre, y siempre debe respetar en otro a su semejante e igual”.¹

Este error de Diodoro refutado está por la historia y por los antiguos códigos de la India, pues ella tuvo esclavos desde tiempo inmemorial, y su número debió de aumentar con la conquista de las razas primitivas por la raza hindú. Al tratar del Egipto expuse que ciertos lugares de la India recibieron esclavos de fuera, y que de los mismos que ella tenía, hubo también algún tráfico interior, llevándolos de un punto a otro.

El *Ramayana* de Valmiki, poema épico compuesto muchos siglos antes de Jesucristo, no sólo revela la Antigüedad de la civilización india, sino que habla de esclavas destinadas a los harenes; y de las 1 000 que adornadas de collares de oro, regaló el rey de Videhars a las hijas del monarca Dusha-rutha.²

Aunque Strabón confiesa que conoció imperfectamente la India, no cae en el error de su contemporáneo Diodoro. “Los indios, dice, se casan con muchas mujeres que compran a sus padres, dándoles un par de bueyes por cada una. Toman unas para su servicio solamente, y otras para sus placeres y tener hijos... Si se cree a Megasthene, ningún indio se sirve de esclavos, pero Onesicrite atribuye esta particularidad a sólo los habitantes del país de Musicano, situado según él en la parte más meridional de la India... El servicio interior del rey se hace por mujeres que él mismo compra a sus padres”.³

El mismo Strabón refiere que Nicolás de Damasco encontró en Antioche de sobrenombre Epi-Daphne (hoy Antioquía), unos embajadores indios enviados a Augusto por Porus, soberano de 600 reyezuelos de la India. Acompañaban a esa embajada algunos presentes que consistían en un hombre nacido sin brazos, víboras muy largas, una serpiente de mucho más de 4 metros de largo, una tortuga enorme de río, y una perdiz más grande que un buitre.⁴ Estos regalos debían ser presentados a Augusto por ocho esclavos que no vestían sino un calzón, teniendo perfumado de aromas todo el cuerpo.⁵

Veamos si también se encuentra la esclavitud en las castas en que se dividió la población de la India. Plinio, el Naturalista enumera seis;⁶ mas, Diodoro de Sicilia y Megasthene, a quien sigue Straton, cuentan siete. La primera y principal, aunque la menos numerosa, formose de los filósofos: la segunda de labradores: la tercera de pastores y cazadores: la cuarta de revendedores y artesanos de toda especie: la quinta de militares: la sexta intitulada de los éforos inspeccionaba todo lo que pasaba en el reino para informar al monarca: la séptima se compuso de los consejeros del rey y de los que formaban su corte.⁷ La segunda, tercera y cuarta castas estuvieron exclusivamente destinadas, según los dichos autores, a los trabajos materiales; mas, no por eso fueron esclavas, ni mucho menos las otras cuatro superiores. Y aun suponiendo que en aquéllas hubiese existido la esclavitud, nada se probaría, porque la división del pueblo de la India en las seis o siete castas referidas es puramente imaginaria. Para dar con la verdad en este punto, preciso es subir al origen de las leyes religiosas y sociales de los antiguos legisladores de la India.

La primera compilación de esas leyes es el Libro de la Ley de Manu, primero y principal código sagrado de aquella nación. Según la cosmogonía de los indios, el nombre de Manu o Menu, aplicose a cada uno de los siete personajes divinos que gobernaron sucesivamente el mundo.⁸ Ese código que es todavía la base de la legislación indiana, fue revelado por Brahma al primer Manu⁹ de quien descienden los otros seis de este nombre, y que fue emanación del Ser que existe por sí. Ignórase la época fija de su redacción; pero puede asegurarse con fundamento que precedió 12 siglos a la era cristiana, y no falta quien la haga subir al decimoquinto.¹⁰

Escrito primitivamente aquel código en lengua sánscrita fue traducido en inglés a fines del siglo XVIII por el célebre orientalista William Jones. Publicose en Calcuta en 1813, con un comentario por Culluca-Bhatta, y en Londres se hizo otra edición por Haughton en 1826. Diose a luz en 1833 la primera traducción francesa hecha por A. Loiseleur Deslongchamps, quien la enriqueció con notas y muchas variantes que le sugirieron dos manuscritos en lengua sánscrita que se conservan en la biblioteca principal de París.

En este código aparece demostrado, que toda la población de la India fue dividida, no en seis ni en siete castas, sino solamente en cuatro.¹¹ Creyeron los indios que para la propagación del género humano, el Dios Brahma había producido de su boca, símbolo de la sabiduría, al brahmán, o sacerdote; de su brazo signo de la fuerza, al *kchatriya* o militar; de su pierna, símbolo de la riqueza, al *vasia* o comerciante; y de su pie, signo de sujeción, al *sudra*. Los deberes impuestos a los brahmanes fueron el estudio y enseñanza de los libros sagrados, el cumplimiento del sacrificio, la dirección de los que se ofrecían por otros, y el derecho de dar y de recibir. Las ocupaciones del *kchatriya* o militar eran proteger al pueblo, ejercitar la caridad, sacrificar, leer los libros sagrados, y no entregarse a los placeres sensuales. Tareas del *vasia* fueron cuidar las bestias, dar limosnas, sacrificar, estudiar los libros santos, comerciar, prestar a interés y labrar la tierra; cuya última ocupación, o sea la agricultura, parece que no fue muy honrosa en la India, porque según Manu, aunque ciertas gentes la aprobaban, “es un medio de existencia reprobado por los hombres de bien, pues el palo armado de un hierro cortante despedaza la tierra y los animales que ella contiene”.¹² En cuanto al *sudra* no se le impuso más deber que el servir a las tres castas anteriores.¹³

Además de los *sudras* hubo muchos sirvientes, de los cuales, unos eran libres asalariados, y otros esclavos, formando una clase servil. La diferencia entre éstos y aquéllos márcanla muy bien algunos textos del Libro de Manu. Uno de ellos dice: “Un labrador..., un pastor, un esclavo y un barbero, un desgraciado que viene a ofrecerse para trabajar, son hombres de la clase servil”.¹⁴ En otra parte se lee: “En tales circunstancias, a falta de testigos idóneos se puede recibir la deposición de una mujer... de un esclavo o de un doméstico”.¹⁵

También vemos en el mismo código las siguientes palabras: “Un *dasyu*...¹⁶ que desempeña funciones serviles, aunque no sea esclavo, etcétera”.¹⁷

Los textos referidos prueban claramente, que si todos los esclavos pertenecieron a la clase servil, todos los individuos incluidos en ella no fueron esclavos.

Nótase también esta diferencia conforme al género de ocupaciones en que se emplearon los sirvientes, pues aquéllas se dividieron en la India en puras e impuras: e impuras fueron el ordeñar vacas, limpiar la casa y su entrada, verter aguas inmundas, desnudar al amo, frotar su cuerpo, asistir a sus placeres y otras cosas semejantes.¹⁸ Todas estas ocupaciones fueron propias del esclavo sin que al sirviente asalariado se le pudiese obligar a desempeñarlas contra su voluntad.¹⁹

Varios fueron los orígenes de la esclavitud en la antigua India. Obediendo como otras naciones a los crueles instintos de la guerra, ella esclavizó a los prisioneros;²⁰ suerte que sólo cupo, según el legislador

Bihma, a los que prefiriendo la vida a la muerte, declaraban públicamente que querían ser esclavos.²¹ Fuéronlo también el deudor insolvente,²² el hijo de una esclava, nacido en casa del amo,²³ el que perdía su libertad al juego o en una apuesta,²⁴ y el que la trocaba por alimentos,²⁵ o la vendía por dinero, siendo este último a los ojos de la ley el más vil de los esclavos.²⁶ Éralo igualmente el que no pagaba la multa que se le imponía,²⁷ y de aquí nació después la costumbre de vender a los criminales, a los que se hallaban fuera de la ley, a las concubinas y a los hijos ilegítimos. El hombre o mujer libre que cohabitaba con esclava o esclavo ajeno, caía bajo el dominio respectivo del amo de éstos.²⁸

Origen fecundo de esclavitud en la India fue la venta de los hijos por sus padres, pues las frecuentes hambres a que siempre ha estado expuesto aquel país, el tibio afecto de las relaciones de familia, y la codicia de los padres, indujeron a éstos a vender sus hijos, sacrificando muchas veces las hembras al vicio y a la prostitución. Por iguales motivos vendieron también los maridos a sus mujeres. Para reprimir tales ventas, exigió la antigua ley, que el padre y el marido sólo pudiesen vender al hijo o a la mujer cuando ésta y aquél lo consintieran, hallándose, además, reducidos a la última miseria.²⁹ Restringiose tanto en este punto la autoridad paternal, que para impedir ventas simuladas, prohibiose al padre que recibiese al tiempo de casar su hija ningún regalo ni gratificación del esposo;³⁰ pero el interés más poderoso que la ley triunfó de ella, y la venta de mujeres e hijos fue, así en los tiempos remotos de la India como en los modernos, una de las fuentes más abundantes de esclavitud.

Con sana intención solían el padre y la madre de mutuo acuerdo dar o vender su hijo menor de 5 años a un hombre que deseaba adoptarle, para tener de este modo un sucesor que le hiciera los funerales cuando muriese.³¹

Exigiose para la adopción, que perteneciesen a la misma casta el adoptado y el adoptante; que éste la participase al rey; que reuniese en su casa a todos sus parientes para manifestarles que un nuevo miembro entraba en la familia; que hiciese una ofrenda al fuego, pronunciando las palabras prescritas en los Vedas,³² que son los cuatro libros sagrados más antiguos de la India, y que se cortase al niño el cabello. Esta tonsura era la parte esencial de la ceremonia, porque si a ella se faltaba, aquél, en vez de ser hijo adoptivo, quedaba esclavo del adoptante.³³

Cayeron por último bajo la esclavitud, aquellos que consagrados a la mendicidad religiosa apostataban de ella;³⁴ mas, esta pena sólo alcanzó a los individuos de la segunda y tercera castas; pues por la santidad de su ministerio el brahmán jamás podía ser esclavo.³⁵

Tales fueron los modos legítimos de esclavizar conocidos en la antigua India; pero como la existencia de la esclavitud daba fácil ocasión de atentar a la libertad, robábanse personas libres para venderlas o rete-

nerlas como esclavas.³⁶ Pena capital impuso Manu al ladrón de hombre o mujer perteneciente a buena familia;³⁷ mas, el legislador Catyayana templó después este rigor, dejando al juez que aplicase el castigo a su arbitrio.³⁸

Para impedir la malicia de los vendedores, permitiose al comprador que descubría algún defecto en el esclavo, que lo devolviese dentro de 15 días si era varón, y dentro de un mes, si hembra.³⁹ Aun sin tacha alguna, fuele lícito arrepentirse y rescindir el contrato dentro de los plazos referidos; pero perdiendo la sexta parte del precio del esclavo si ya había tomado posesión de él, o sólo la décima en caso contrario.⁴⁰

Deshonroso debió ser entre los indios el tráfico de esclavos, porque fue prohibido hacerlo a los brahmanes y militares, aunque forzados por la miseria renunciasen a la perfecta observancia de sus obligaciones y se dedicasen al comercio.⁴¹

Individuos de una clase podían tener por esclavos a otros que hubiesen sido sus iguales o inferiores; mas, no superiores, a menos que éstos abandonasen las funciones propias de su casta.⁴²

Como desgracia consideró Manu la esclavitud.⁴³ Propiedad del amo, éste pudo vender, regalar, empeñar y transmitir el esclavo por herencia;⁴⁴ mas, el derecho de enajenarlo no fue siempre ilimitado, porque a veces se le prohibió la venta del que estaba empleado en la agricultura;⁴⁵ y si sólo por capricho intentaba vender una esclava obediente que no quería salir de su servicio, la ley le imponía una multa de 200 panas,⁴⁶ moneda que valía 80 caracolillos llamados cauris. Las palabras esclava obediente, acaso indican, que ella gozaba de algunas consideraciones que no merecía la indócil y altanera. Los hijos de una esclava pertenecían exclusivamente al amo de ella.⁴⁷ Sin persona, el esclavo nada adquiría para sí, sino para su amo,⁴⁸ excepto lo que éste le vendía, o le dejaba alcanzar por su favor;⁴⁹ porque entonces se suponía, que el amo renunciaba a sus derechos. Tampoco pudo el esclavo regalar cosa alguna,⁵⁰ ni tomar prestado;⁵¹ bien que esto último se le permitió, cuando era para socorrer la familia de su amo ausente o presente, pues éste era, en tales casos, quien quedaba obligado a pagar la deuda,⁵² por inferirse, y con razón, que él otorgaba su consentimiento para objeto tan laudable. En ciertas circunstancias, y a falta de testigos calificados, pudo serlo también el esclavo ante los jueces;⁵³ y de las ocho especies de matrimonio, unas buenas y otras malas, usadas entre los indios, lícitas fuéronle tres, lo mismo que a los demás individuos de la clase servil.⁵⁴

No estuvieron en la India condenados los esclavos a vivir en perpetuo cautiverio. De él salía el deudor, cuando pagaba la deuda con sus intereses;⁵⁵ el esclavizado por cierto tiempo, cuando éste se cumplía;⁵⁶ el que daba un par de bueyes en compensación de los alimentos que había recibido en épocas de hambre;⁵⁷ y el que rompía de una vez sus relacio-

nes con la esclava que había sido causa de su esclavitud.⁵⁸ El prisionero de guerra, el que se hacía esclavo diciendo: “yo soy tuyo”, y el que al juego o en apuesta perdía su libertad, todos estos la recobraban completamente, cuando ponían en su lugar un esclavo que desempeñase sus servicios.⁵⁹ Quien a su amo salvaba la vida en algún peligro inminente, no sólo era libre a nombre de la ley, sino que le heredaba en una porción igual a la de un hijo.⁶⁰ Finalmente, el amo que tenía prole con su esclava, perdía su dominio sobre aquélla y sobre ésta, quedando libres entrambas.⁶¹ He aquí una ley eficaz para contener la liviandad de los amos, y ley por desgracia nunca escrita en los códigos de los pueblos antiguos ni modernos.

Si en todos los casos anteriores pudo libertarse el esclavo, aun contra la voluntad del amo, indispensable fue el expreso consentimiento de éste, cuando aquél era comprado, regalado, heredado, nacido en su propia casa, o cuando el hombre libre había vendido para siempre su libertad.⁶²

La manumisión del esclavo se hacía con algunas ceremonias. Poníale el amo en el hombro o en la espalda un vaso de agua, y quitándoselo prontamente, rompíalo; con lo que se daba a entender, que el esclavo ya quedaba exento de cargar agua y de las demás fatigas de la esclavitud. Rocíabale después el rostro con agua de arroz y de flores; proclamábale libre tres veces, y al fin lo despedía con la cara vuelta hacia el oriente. Desde entonces, el liberto era digno de la consideración de los hombres de bien, y podía aceptar su comida y sus favores.⁶³

Hasta aquí sólo he tratado de los esclavos en general; réstame ahora examinar si los sudras, condenados por Brahma a servir, fueron libres o esclavos, o si los hubo de una y otra especie. Que fueron esclavos, pensó Chezi en el artículo ya citado, que sobre la antigüedad de las leyes de Manu publicó en el *Journal des Savants* de 1831; y sin violencia puede inferirse que a esta opinión se inclina Wallon,⁶⁴ pues lo poco que éste dice acerca de los esclavos de la India, refiérenlo exclusivamente a los sudras. Mas, para resolver esta cuestión, importa fijar antes la condición del sudra.

Sudra, según Manu, significa dependencia y abyección.⁶⁵ Su destino fue obedecer y servir a las tres castas superiores;⁶⁶ y si a este deber faltaba, convertíase en genio maléfico que se alimentaba de piojos.⁶⁷ Tan íntimamente arraigada estaba en él la obligación de servir, que aunque el amo le libertase, siempre quedaba sometido al yugo de la servidumbre; porque siéndole, dice la ley, “natural este estado, ¿quién podrá eximirle de él?”⁶⁸ Por tanto, la acción más meritoria de un sudra fue servir a los brahmanes.⁶⁹ Reducido aquél a la degradación, éstos no podían leer en su presencia los libros sagrados.⁷⁰ Si de él se servían en las ofrendas a los dioses, en las oblaciones a los manes y en los deberes de la hospitalidad, esos dioses y esos manes no aceptaban las ofrendas;⁷¹ y el

brahmán que para los gastos del sacrificio imploraba la caridad de un sudra, renacía después de su muerte en el estado de *tchandala*,⁷² que fue el ser más vil, entre todos los de las clases impuras de la India. El príncipe jamás podía escogerle por intérprete de la ley,⁷³ y aun fuele vedada la lectura del código de Manu, porque incapaz de recibir el sacramento de la investidura,⁷⁴ no perteneció a los *dwidjas*,⁷⁵ es decir; regenerados, pues *dwidja* se llamó al hombre de cualquiera de las tres primeras castas, que se suponía nacer segunda vez por medio de la iniciación. La primitiva religión de la India consideró como impuro al hombre cuando nacía, y de aquí la necesidad de regenerarle con la iniciación.⁷⁶ Ésta consistió en la investidura del cinturón y del cordón sagrado,⁷⁷ repitiendo al mismo tiempo el Savitrí, que en el rito indiano era la más santa de todas las oraciones y la parte más esencial de la iniciación.⁷⁸ El brahmán debía iniciarse a los 8 años de edad, el *kchatriya* a los 11, y el *vasia* a los 12; pero esta ceremonia podía acelerarse o retardarse en ciertos casos.⁷⁹ A las mujeres de las tres castas superiores serviales de iniciación el matrimonio,⁸⁰ la cual era tan necesaria a los hombres, que mientras no la recibían, no se diferenciaban de un sudra.⁸¹

El brahmán no podía enseñarle a éste la ley ni práctica alguna de devoción expiatoria, sino por medio de otra persona, y el que lo contrario hacía, era precipitado junto con el sudra en la mansión tenebrosa llamada *Asamorita*.⁸² Cuando moría, llevábasele a enterrar por la puerta del sur de la ciudad donde habitaba.⁸³ El cadáver de un brahmán no debía ser conducido al cementerio por un sudra cuando otros de esta clase estaban presentes, porque manchada con su contacto la ofrenda fúnebre, se dificultaba al difunto la subida al cielo.⁸⁴ Servir a un amo sudra, era motivo para ser excluido de la sociedad de los hombres de bien.⁸⁵ Entre los países que pronto serían enteramente desolados por el hambre y las enfermedades, contose el habitado por gran número de sudras.⁸⁶ El brahmán que llevaba una sudra a su lecho era degradado inmediatamente, y bajaba después de su muerte a la mansión infernal.⁸⁷ El sudra sólo podía casarse con mujer de su casta.⁸⁸ Si vivía con alguna de casta superior; era condenado a muerte y confiscábasele sus bienes; mas, si la tenía fuera de su casa, sólo perdía éstos, y cortábasele el miembro culpable.⁸⁹ Cuando violentaba la mujer de algún sacerdote, incurría en pena capital.⁹⁰ Cortábasele el pie o la mano con que ofendía a un superior.⁹¹ Si tenía la insolencia de sentarse junto a él, se le hacía una herida en las nalgas, o se le desterraba, poniéndole una marca en las caderas.⁹² Por injurias graves que profería contra los *dwidjas*, se le cortaba la lengua.⁹³ Si mentaba las personas por sus nombres y clases de una manera ofensiva, introducíasele por la boca un hierro encendido de diez dedos de largo,⁹⁴ y si osaba dar consejo a los brahmanes acerca de sus deberes, echábasele aceite hirviendo en la boca y en los oídos.⁹⁵

Estimose en tan poco su vida, que si alguno mataba con intención un sudra que llenaba exactamente sus deberes, sólo sufría una pena 16 veces menor que si mataba a un brahmán;⁹⁶ y casos hubo en que su muerte se equiparó a la que intencionalmente se daba a un perro, un gato, una rana y otros animales de cierta especie.⁹⁷

Pero en medio de tanto rigor y desprecio, la ley dispensó al sudra algunos derechos, permitiéndole ser testigo a favor de personas de la clase servil.⁹⁸ En los procedimientos judiciales de la antigua India buscose la verdad, no sólo en el juramento de las personas, sino en la prueba de agua y fuego. “Que el juez, dice Manu, haga según la gravedad del caso coger fuego con la mano al que quiere examinar, o mande que le sumerjan en el agua... aquel a quien la llama no quema, ni el agua ahoga, debe ser reconocido como verídico en su juramento. Habiendo sido el Prichi Vatsa calumniado una vez por su joven hermano consanguíneo, que le acusaba de ser hijo de una sudra, juró que esto era falso, pasó por en medio del fuego para afirmar la verdad de su juramento; y el fuego, que es la prueba de la culpabilidad y de la inocencia de todos los hombres, no quemó ni uno solo de sus cabellos a causa de su veracidad”.⁹⁹

Siendo tan antiguo el Código de Manu, ignorado fue enteramente de las naciones europeas en la edad bárbara y media, y notable cosa es por cierto el haberse buscado en Europa, así como en la antigua India, la prueba del agua y fuego para descubrir la verdad en materias criminales, no habiendo más diferencia sino que aquélla era fría en la India y en ebullición en Europa.

Cuando el sudra robaba, imponíasele una multa mucho menor que a los individuos de las otras castas;¹⁰⁰ lo que quizá sería porque debiendo éstos conocer mejor que él la moralidad de las acciones, cometían una falta más grave. Si él descendía de un padre perteneciente a la segunda o tercera casta, heredaba la mitad de sus bienes, cuando no había otro hijo de mejor origen.¹⁰¹ Pudo tomar dinero prestado,¹⁰² adquirir esclavos¹⁰³ y otros bienes, aunque en proporción moderada, para no vejar, como dice Manu, a los brahmanes con su insolencia.¹⁰⁴ Si en un lugar no hallaba medios de subsistir, podía trasladarse donde quisiese.¹⁰⁵ Cuando entraba en la décima década de su vida, considerábasele digno de respeto.¹⁰⁶ Últimamente, la prole de un sudra podía, por una serie de enlaces con brahmanes, elevarse poco a poco, y a la séptima generación subir hasta la casta sacerdotal.¹⁰⁷ Tal es el cuadro que del sudra trazaron las antiguas leyes de la India; pero al contemplarlo, descúbrese desde luego que algunos de sus rasgos no convienen por cierto al esclavo.

Si éste nada adquiriría para sí sino todo para su amo,¹⁰⁸ lo contrario sucedía con el sudra;¹⁰⁹ y si éste pudo tomar dinero prestado,¹¹⁰ no así aquél.¹¹¹ Los hijos del sudra heredaban a su padre;¹¹² mas, no los del

esclavo, pues éste nada poseía. A juzgar por estas diferencias, bien pudiera concluirse, que el sudra, en general, no fue esclavo.

“Un sudra, dice la ley, que desea ganar su subsistencia y no halla ocasión de agregarse a un brahmán, puede servir a un kchatriya, o en defecto de éste, procurarse los medios de subsistencia, poniéndose al servicio de un rico vasía”.¹¹³ Si el sudra hubiera sido verdadero esclavo, ¿habríale dejado la ley la facultad de servir a individuos de aquesta o de aquella casta, prescindiendo enteramente de la voluntad del amo, y sustrayéndose de los servicios que a éste debía prestarle?

Otra ley mandó, que si el sudra no encontraba su subsistencia en un país, pudiera trasladarse a otro cualquiera.¹¹⁴ Pero esta facultad de ir a donde a uno le plazca, es y fue incompatible con la condición del esclavo, quien en todos sus movimientos y acciones es ciego instrumento del amo.

Uno de los preceptos que impuso Manu a los brahmanes, fue que no habitasen en ciudad que tenía por rey a un sudra.¹¹⁵ “¡Sudra, rey o jefe en una ciudad, y al mismo tiempo esclavo!” Imposible. Débese, pues, concluir de todo lo hasta aquí expuesto, que los sudras, en general, no fueron esclavos. De intento digo, en general, porque hubo sudras esclavos. “Que el brahmán [palabras son de Manu],¹¹⁶ obligue un sudra comprado, o no comprado, a ejecutar funciones serviles”. Nótese que aquí se habla de un sudra comprado, y siéndolo, es inconcuso, que fue esclavo. Esto confirma el texto siguiente: “Un brahmán, prosigue aquel legislador, si se halla en necesidad, puede con toda conciencia apropiarse los bienes de un sudra esclavo suyo, sin que el rey deba castigarle, porque un esclavo no tiene nada que le pertenezca, y no posee nada de que su amo no pueda apoderarse”.¹¹⁷

A vista de estos textos no cabe la menor duda en que hubo sudras esclavos, los cuales fueron de peor condición que los demás, pues a la esclavitud reunieron el triste estado de sudra, que siempre les acompañaba hasta el sepulcro.

La enorme desigualdad entre el sudra y las castas superiores, es de presumir que nació de la diferencia de tribus o razas primitivas; y tanto más, cuanto ellas varían en las formas, y sobre todo en el color; pues si como blancos pueden considerarse los brahmanes y los vasias, no así el bajo pueblo, cuyo color es bien oscuro. A los brahmanes que habitan desde los 8 hasta más allá de los 20 grados de la latitud septentrional, distínguelos, según el capitán M’Kensie,¹¹⁸ un color hermoso y un mismo tipo de facciones, que contrastan visiblemente con los pueblos que viven en esas mismas regiones.

Pero en la sociedad indiana hubo todavía un ser más oprimido y degradado que el esclavo y el sudra. Tal fue el tchandala, producto infeliz de un sudra y de una mujer de la casta sacerdotal.

Si cuatro fueron las castas primitivas, la mezcla ilícita de ellas, los matrimonios contrarios a los reglamentos y la omisión de las ceremonias prescritas dieron origen a las clases mixtas o impuras. Los autores sánscritos, no sólo discrepan en el género de ocupaciones que atribuyen a algunas de ellas, sino también en su número, pues que unos omiten las que otros mencionan; y cuéntanse por lo mismo, ya 32, ya 35, y aún más. Parece que clases propiamente mixtas sólo fueron las mencionadas en el libro X de las leyes de Manu, y que las demás, según piensa Colebrooke, en vez de tomarse como razas o tribus distintas, fueron nombres que indican ciertas profesiones o compañías de artesanos.

Entre las clases mixtas, el tchandala perteneció a la más impura de todas, y se le consideró como el último de los mortales.¹²⁰ Condenado a una vida errante, no podía habitar en poblado, ni entrar aun de noche en las ciudades y aldeas. No podía tener más bienes que perros y asnos. Cazar y servir de verdugo fueron sus únicas ocupaciones. Reducido a tratar solamente con gente de su clase, negósele la compañía de otras personas, aun bajo la sombra de un árbol. Si alguno le tocaba, debía purificarse con un baño. Prohibiósele hacer honores fúnebres a sus antepasados. En tiestos o vasos de barro debía comer; y sus vestidos eran los despojos de los muertos y de los criminales que ejecutaba. Este hombre tan envilecido en la antigua India y que todavía lleva estampado en su frente el sello de la más humillante degradación, este hombre es el que se llama paria en la costa de Coromandel, conservando el nombre de tchandala en otras partes de la India.

Largos siglos corrieron, y lejos de disminuir la esclavitud, adquirió nuevas fuerzas con la conquista de los mahometanos.

En el año 1000 de la era cristiana, Mahmud de Ghazna, que dominaba los países que formaron el antiguo reino de Bactria, invadió la India; y en las 12 expediciones que hizo contra ella, derribó centenares de pagodas, destruyó millares de ídolos, sacrificó muchos brahmanes, e introduciendo la religión de Mahoma, esclavizó muchedumbres de indios.

Timur o Tamerlán, conquistador más célebre y más feroz que el primero, invadió también la India en los últimos años del siglo xiv, y con el ejército mogol que llevaba, pronto la subyugó. Mahometano lo mismo que Mahmud, sobre la India pesó la esclavitud, pues que la sostenían no sólo las antiguas leyes de los hindúes, sino también las instituciones de los conquistadores mahometanos.¹²¹

Después de ellos asentó su imperio en la India una nación cristiana y muy civilizada. Esa nación es la Gran Bretaña, cuya dominación, hablando con exactitud, no empezó en la provincia de Bengala basta el año de 1757, en que se dio la célebre batalla de Plassey, ciudad de la Nuddea; pues entonces fue cuando por primera vez el gobierno de la Compañía de la India Oriental adquirió fuerza bastante para ser obedecido de los jefes nativos que nombraba en Bengala.

No es de extrañar que la esclavitud hubiese continuado en la India en todo el siglo pasado y principio del presente, no obstante la dominación británica, porque Inglaterra, no sólo mantenía entonces tan fatal institución en todos los países sometidos a su imperio, sino que era la nación que más traficaba en esclavos. Lo que sí debe extrañarse es, que abolido ya por ella aquel tráfico, y libertados después los esclavos en todas sus colonias de América y África, se hubiese conservado la esclavitud, no ya en las regiones continentales del Asia, sometidas al gobierno de la Compañía de la India, sino en colonias que, dependiendo inmediatamente de la Corona real, son gobernadas por el ministerio británico, como la isla de Ceilán.

Las sociedades abolicionistas de Inglaterra han clamado repetidas veces contra la anómala conducta del Gobierno británico, acusándole de sostener en Oriente la misma institución que destruyó en Occidente; pero esta acusación no es muy fundada, porque cuando él decretó la abolición de la esclavitud de los negros en sus colonias, menos procedió por sus propias inspiraciones, que arrastrado por la opinión pública; y la nación, que tanto se interesó entonces por la libertad de los negros, no se acordó de pedir la de los esclavos de la India. Rotas las cadenas de los africanos, advirtieron entonces aquellas sociedades que los indios asiáticos también las arrastraban; y aunque tarde, alzaron la voz en su favor para reparar el olvido que se cometió.

Si recorremos rápidamente la historia de aquel país después de la dominación británica, verase que, desde 1789, el gobierno de la Compañía de la India empezó a abolir el tráfico marítimo de esclavos, y en sus despachos lo calificó de inhumano y cruel. A los súbditos holandeses, franceses e ingleses que cogía dentro de los límites de sus dominios, comprando o llevando esclavos, prendíalos, multábalos severamente, y desde aquel año procuró siempre abolir la esclavitud doméstica de los indígenas; pero es doloroso recordar que esos esfuerzos, si fueron lo que se dice, no correspondieron a los deseos de los amigos de la humanidad.

Pasado era el año de 1840, y aún estaban abiertas casi todas las antiguas fuentes de esclavitud en la India. El tráfico continuaba, no sólo en los territorios británicos, sino en los países contiguos, sometidos a la dominación de los gobiernos nativos. Verdad es que este último era ilegal, por haberse prohibido, pero aún se hacía clandestinamente.

La esclavitud en la India está fundada en la antigua legislación de la raza hindú y en la legislación mahometana. Ambas aceptó el Gobierno inglés con ciertas modificaciones, pero dejando vigentes casi todas las leyes contrarias al esclavo. De que así fue, basta citar dos casos que ocurrieron, en 1819, en el distrito de Chittagong, provincia de Bengala.

El primero fue: un amo casó la hija de una persona libre con su esclavo, y después la vendió a otro. ¿Fue válida esta venta? El caso se

sometió a un tribunal de la India Británica, y habiendo consultado el juez a los ministros de la ley hindú, según lo manda ella misma, el tribunal inglés sentenció que la venta era válida, porque, conforme a la ley hindú, la mujer libre que se casa con esclavo, cae en poder del amo de éste.

El otro caso consistió en una esclava que se libertó, y atormentada por la miseria, vendiose, mediando el consentimiento de su antiguo amo, con sus dos hijas, una de 5, y otra de 7 años de edad. Dudábase si la venta de la madre y de las hijas era válida, pero el tribunal inglés decidió que lo era, conforme a la ley indiana.¹²² Estas dos sentencias no necesitan de comentario, y aunque fundadas en la ley hindú y mahometana, son contrarias a la justicia y a la humanidad.

Apartose la ley inglesa en algunos puntos de las antiguas leyes de la India. Prohibió que se vendiesen los criminales y sus hijos, y que se castrase a los jóvenes esclavos: mandó que se impusiese pena capital al matador de un esclavo, aunque fuese su amo, pues según la ley mahometana, érale a éste permitido perdonar al asesino de su esclavo, o componerse con él por dinero. Prohibió también en el Malabar que se vendiesen los esclavos para pagar las rentas atrasadas que los amos debían al gobierno. Concedió, en fin, a los esclavos el derecho de ser testigos ante los tribunales; pero así estas como otras disposiciones se eludían por unos y descuidaban por otros.

Suave en general fue la esclavitud en la India; mas, para no incurrir en graves errores, es preciso distinguirla según las ocupaciones y los sexos. Los esclavos pertenecen, unos a los gobiernos indios, y otros a los particulares. Empléanse en el servicio doméstico y en los campos. Los primeros son iguales ante la ley; pero en la práctica, los varones son de mejor condición que las hembras, porque, además de ser en general blandamente tratados por sus amos, pueden acudir a los tribunales a quejarse de ellos, si se consideran en algún caso oprimidos. Esto no pueden hacer las esclavas domésticas, porque casi siempre están empleadas en los serrallos de los musulmanes ricos, o en otras ocupaciones licenciosas, que las privan de toda comunicación con otras personas. Entre los esclavos domésticos, hay un número considerable de eunucos, para guardar las mujeres, especialmente en las familias mahometanas opulentas y voluptuosas. En una de ellas contábanse 63 eunucos en 1837; siendo doloroso recordar que muchos perecen al sufrir la cruel operación que a tan triste estado los reduce; y vez ha habido en que de 200 muchachos africanos castrados en Judda, sólo diez se han salvado.

Los esclavos rústicos no son propiamente esclavos, sino una especie de siervos adheridos a la gleba, como los de la edad bárbara y media en Europa, y por lo mismo no pueden moverse a su antojo de un punto a otro. En algunos lugares, esos siervos pagan a los propietarios de las

tierras una renta, y les prestan ciertos servicios por las que cultivan y por los pastos en que pacen sus ganados. Hay provincias en que los mismos propietarios cultivan sus tierras, empleando sus siervos como pastores y aradores; pero en otras, particularmente en el sur de la India, teniéndose por deshonroso que un propietario brahmán cultive la tierra con sus manos, empléase solamente el trabajo de los esclavos. En aquellas provincias, su tratamiento es duro, escasos su alimento y vestido, miserable su habitación, y sus relaciones de familia expuestas a romperse al arbitrio del amo; no puede acudir a los tribunales, y se le compele a ejecutar trabajos que no debe.

En el distrito de Travancore, la suerte de esos esclavos es muy infeliz. No pueden vivir sino separados del domicilio de las otras castas; habitan comúnmente en pobres chozas, asentadas en las pequeñas alturas de los campos de arroz, y a sólo dos o tres pies sobre el agua, expuestos a todos los inconvenientes de tan enfermiza situación; y aun cuando tengan medios para alojarse, como los sudras u otras castas, la ley se lo prohíbe. Si encuentran algún individuo de casta superior, deben dejarle libre el paso en los caminos reales, aunque vayan cargados y se hundan en el cieno. No pueden usar calzado ni parasol, a pesar del clima ardiente en que viven, ni prendas de oro o plata, sino de hierro, plomo u otro metal inferior. Las mujeres, sin distinción de edad, andan desnudas de la cintura arriba. Cuando hablan de casa, vestido, comida, matrimonio, marido, mujer, hijo, muerto, etc., deben usar de palabras degradantes; y si ante los tribunales o en alguna petición en que se trata de esas cosas, se sirven de las palabras que emplean las castas superiores, deben ser castigados. Con todo, este rigor no se ejecuta en muchos casos, y menos con los esclavos ya cristianos, que están bajo la protección de los misioneros ingleses. No habiendo trabajo para emplear constantemente a todos los esclavos, muchos andan vagando por su cuenta para buscar su subsistencia, y reducidos a la miseria, danse al hurto con frecuencia, asaltando a veces en los campos las casas para robar; y no es muy raro que en estas correrías los acompañen sus amos, quienes toman para sí la mejor parte de lo que han salteado. La miseria a que están reducidos los siervos de Travancore, no sólo proviene de la falta absoluta de trabajo en ciertas ocasiones, sino de que muchos amos, durante el tiempo más o menos largo que se les emplea en los campos, páganles un salario en arroz con cáscara tan mezquino, que a veces es la tercera parte del que ganan los libres.¹²³

Como nunca se ha hecho un censo general de todos los esclavos de la India, hanse formado diferentes opiniones acerca de su número. Computábalos una en 500 000; otra en 800 000; quien los eleva a casi 10 millones, y quien a 20; pero estos dos últimos cálculos son absurdos, porque no se fundan en ningún dato ni en conjeturas racionales. En

medio de tanta divergencia, las personas más conocedoras de la India calculan el total de sus esclavos, para los años de 1840 y 1850, en 1 millón, poco más o menos.

Un estado presentado en 1840 a la Convención General de la Sociedad Abolicionista celebrada en Londres en aquel año, contiene el número de esclavos de algunas provincias de la India Británica, sacado de los papeles del Parlamento:

Canara, Malabar, Coorg, Wynaud, Cochin y Travancore	400 000
Tinnevelly	324 000
Trichinopoly	10 600
Arcot, S. División	3 000
Arcot, N. ídem	17 000
Southern Concan	2 000
Surat	2 000
Ceilán	27 397
Assam	11 300
Penang	3 000
Total	800 297

Aunque la tabla anterior es muy inexacta, como lo confiesa el mismo que la presentó a la referida Convención General, da, sin embargo, una idea importante de la muchedumbre de esclavos o siervos que existían en India en los años mencionados. En la primera partida aparece, entre otros nombres, el de Travancore, cuya provincia tenía, según el censo de 1836, la población total de 1 280 688, de cuyo número eran esclavos o siervos rústicos 164 864 o casi la octava parte de todos los habitantes, sin contar los esclavos domésticos, por no saberse a cuánto ascendían.

Según el diligente escritor sobre las colonias británicas Montgomery Martin, comenzose a formar un censo de los esclavos de la India en 1862; pero él confiesa que poco se había adelantado en este trabajo, y que existían en aquella fecha más de 4 millones de esclavos.

Cuando el Gobierno británico renovó, en 1833, la carta de la Compañía de la India Oriental, propuso la abolición de la esclavitud de la India Británica para antes o para el 12 de abril de 1837. Esta medida fue adoptada por la Cámara de los Comunes; pero cuando el proyecto de ley pasó a la Cámara de los Lores, el duque de Wellington se opuso, diciendo: “Insisto en esto, porque no hay necesidad de hacer leyes o reglamentos sobre la esclavitud de la India Oriental. Yo he servido en ese país y vivido entre el pueblo, y nunca he tenido noticia de un caso de crueldad cometido contra los esclavos, si es que esclavos deben llamarse”. Estas palabras, verdaderas hasta cierto punto, si se contraen a los

esclavos domésticos, no lo son en general respecto de los esclavos o siervos rústicos, según he manifestado ya.

La situación deplorable de los de Travancore llamó la atención del periódico *Friend of India* (Amigo de la India) y de algunos abolicionistas ingleses. La agitación que esto produjo obligó al gobierno de la India a dirigirse al Residente inglés cerca del Rajah de Travancore, para que éste aboliese la esclavitud en aquel país. Mas, encontrando grande resistencia, lo único que pudo conseguir fue que el dicho Rajah expidiese, en 14 de octubre de 1853, una proclamación o decreto, que se publicó en el *Anti Slavery Reporter* de Londres, del mes de octubre de 1854. He aquí un breve compendio de aquel decreto:

1º Que fuesen libres los hijos de los esclavos del gobierno, nacidos después de la fecha de ese decreto.

2º Que tales personas, aunque libres, guardasen a las castas superiores el mismo respeto que hasta entonces se les había dispensado.

3º Que los esclavos privados no constituyesen una propiedad que pudiera cogerse por rentas o contribuciones atrasadas, en virtud de decretos judiciales.

4º Que los esclavos pudiesen comprar y tener propiedad lo mismo que los otros habitantes, y que se prohibiese a los amos y a otras personas que se apropiasen semejante propiedad.

5º Que la injusticia cometida contra los esclavos se considerase como una infracción del sexto reglamento del año de 1835, y que, por consiguiente, se castigase.

6º Que cuando alguna propiedad pasase a la Corona por falta de herederos, los esclavos pertenecientes a dicha propiedad fuesen libres.

7º Que los padres y los hijos esclavos no pudiesen, sin su consentimiento, ser vendidos ni separados unos de otros a una distancia de más de 15 millas.

8º Que el salario de los esclavos que trabajan para el gobierno fuese el mismo que el de los trabajadores libres.

9º Que los esclavos, así del gobierno como de los particulares, recibiesen una pensión moderada en sus enfermedades y en su vejez.

10. Que los hijos de esclavos menores de 14 años no se empleasen en trabajos incompatibles con su edad y aptitud.

11. Que se tuviese un registro de todos los nacimientos y muertes de los esclavos del gobierno; que de esos nacimientos y muertes se diese noticia a las autoridades respectivas dentro de 30 días de su acaecimiento, y que se impusiese una multa en caso de no haberse tenido el mencionado registro.

Tal fue el decreto del Rajah de Travancore; pero habiendo, de una parte, fuertes intereses que se oponían a su cumplimiento y, de otra, muy poca voluntad en los empleados indios para ejecutarlo, la esclavi-

tud continuó, no obstante los esfuerzos que para abolirla se hicieron desde 1854, y que al reformar en dicho año la carta de la Compañía de la India, se prometió que la esclavitud sería extinguida tan pronto como se pudiera.

En 1872, un respetable inglés no amigo de la esclavitud en la India, pronunció estas palabras: “Dentro de muy pocos años no existirá bajo la bandera inglesa un solo esclavo”. El cielo permita que sus votos sean prontamente cumplidos.

En la introducción a esta obra dije, que de todos los antiguos imperios que se levantaron en el Asia y hundieron en el polvo más de 2 000 años ha, sólo la India y la China habían conservado su civilización primitiva, sobreviviendo a tantas ruinas. La existencia de esta última nación, una de las más antiguas del mundo, ha dado origen a largas investigaciones, y su cronología puede dividirse en tres períodos.

El primero es el de los tiempos fabulosos o mitológicos, reconocidos como tales por el cuerpo de letrados o sabios de la China; y tan discordes y absurdas son las tradiciones sobre la antigüedad de ella, que se hace subir el principio de su monarquía a 2 millones de años, y hasta 96.¹²⁴

El segundo período abraza los tiempos inciertos o dudosos, cuya duración fue de 824 años, y, según algunos escritores chinos, el primer emperador fue Fou-Hi.¹²⁵ Conviene advertir aquí, que los cuatro años chinos corresponden exactamente, desde la más remota antigüedad, a los años julianos de los pueblos europeos, pues de cada cuatro, tres constan de 365 días y seis horas y uno de 366 días, que es el que entre nosotros se llama bisiesto.¹²⁶

El tercer período es el de los tiempos ciertos o propiamente históricos. Empieza en el reinado de Hoang-Ty, 2 637 años antes de la era cristiana,¹²⁷ que fue cuando se estableció en la capital del imperio una corporación o tribunal histórico, compuesto de los hombres más instruidos y respetados de la nación, y cerca del cual dan curiosas noticias las memorias sobre la China de los misioneros franceses del pasado siglo, en el tomo V, páginas 45-47; y también las de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del Instituto de Francia, en el tomo X, página 379, y en el XV, páginas 504 y 505. El emperador Kien-Loung, cuyo reinado terminó en la segunda mitad del siglo pasado, mandó que todas las academias o tribunales literarios de Peking, hiciesen un examen crítico de la cronología china, y la tabla que formaron se imprimió en el palacio imperial de aquella capital en el año de 1767. Este precioso documento que lleva en sí un alto grado de verdad, fue traducido en francés por el ya citado misionero Amiot, residente entonces en China, quien lo envió a la biblioteca real de París en 1769, y fue después publicado por G. Pauthier en 1837 al fin de la primera parte de su *Descripción histórica, geográfica y política de la China*.

La civilización, pues, de esta nación, es una de las más antiguas del mundo, y las pruebas auténticas de su historia, suben a más de 26 siglos antes de la era cristiana.¹²⁸

¿Pero tuvo la China esclavos desde orígenes tan remotos? A esta pregunta responden negativamente todas las investigaciones hechas hasta hoy. En la Antigüedad, dice una de las autoridades más respetables de la China, no había hombres ni mujeres esclavos, y los primeros fueron algunos delincuentes condenados a trabajar como esclavos del Estado;¹²⁹ mas, estas condenaciones, sin alcanzar a los ancianos de 70 años ni a los altos empleados del imperio, no acaecieron hasta el año de 1134 antes de la era cristiana, bajo la dinastía de los Tcheou.¹³⁰ Tarde, pues, empezó en China la esclavitud, esclavitud que no fue privada, sino pública, porque los individuos que la sufrían sólo eran esclavos del Estado.

Vino después la de los prisioneros cogidos en las guerras civiles o extranjeras;¹³¹ y, por último, penetró esta institución en las familias, las cuales no se habían servido hasta entonces sino de personas asalariadas o de mujeres de segundo rango o inferiores.¹³² Si época fija se ha podido señalar a la esclavitud por delito, no así a la de los prisioneros de guerra, ni a la que se introdujo en las familias; pero en medio de esta incertidumbre, bien puede asegurarse que ambas precedieron a la era cristiana.

Existieron, pues, en China, dos especies de esclavitud: una pública y otra privada. La primera recayó sobre los condenados por delito y los prisioneros de guerra; mas, la segunda se compuso de los esclavos que los particulares compraban o de otro modo adquirían.

Cuando se contempla que entre la época en que empezó en China la esclavitud y la fundación de su monarquía, transcurrieron, según los documentos históricos, más de 14 siglos, no puede menos de admirarse el fenómeno social que presenta esa nación, porque en todos los pueblos de la Antigüedad, se tropieza con la esclavitud desde los primeros tiempos de su existencia. ¿Provendría esto, como piensan algunos, de que repartidas las tierras en China durante la primera dinastía, y tocado una suerte a cada familia,¹³³ se alejase la miseria y se impidiese que los hombres enajenasen su libertad, la de sus mujeres o sus hijos, como sucedió después? Pero aun admitiendo que de este modo se hubiese asegurado en tiempos normales la subsistencia general del pueblo, ¿cómo es que en las terribles hambres y miserias producidas desde la más remota antigüedad por las espantosas inundaciones de los grandes ríos de la China,¹³⁴ no hubo muchas personas que vendiesen su libertad y la de sus familias? ¿Sería que honradas la agricultura y las artes, el pueblo hallase fácilmente trabajo para satisfacer sus necesidades? Concédase que así fuese, ¿mas, cómo se explica que en las frecuentes irrupciones y guerras de los tártaros con los chinos, muchos siglos antes de la era cristiana, no fueron esclavizados los prisioneros, según se hizo en tiem-

pos posteriores? Sea como fuere, lo cierto es que existen muy pocos documentos relativos a la antigüedad de la esclavitud en China; y yo conjeturo, que algunos de ellos quizá fueron destruidos en el incendio que contra las bibliotecas públicas decretó 213 años antes de la era cristiana el bárbaro emperador Thsingche-hoang-ti.¹³⁵ Digno es de recordarse el valor heroico que entonces mostraron los letrados chinos, pues antes que aprobar el decreto de aquel tirano, prefirieron sufrir una muerte cruel, y sólo en Peking fueron enterrados vivos más de 460.

De las fuentes de esclavitud en China, las guerras exteriores fueron las menos fecundas. Los prisioneros hechos así en ellas, como en las civiles, todos pertenecieron al Estado, y empleándose una parte en el servicio del emperador, repartíanse los demás entre los altos empleados de la nación, en número de 30, de 100 y hasta de 200.¹³⁶ Estos repartimientos no siempre se hicieron conforme a las necesidades de los funcionarios públicos, sino según su influencia y sus deseos. El emperador Tching-Ti de la dinastía de los Tsin, subió al trono en 326 de la era cristiana, y censurando el lujo de los grandes de su corte, dice entre otras cosas: “Ellos fabrican casas magníficas, hacen vastos jardines y grandes estanques, y mantienen en la ociosidad muchedumbre de esclavos”.¹³⁷ No diré yo, sin embargo, que todos los que tenían fuesen de los públicos que se acostumbra adjudicarles, pues bien pudieron comprar esclavos particulares o adquirirlos de otra parte.

Por largo tiempo permanecieron los prisioneros de guerra en el dominio exclusivo del Estado; pero después, a lo menos desde la dinastía de los Han, se permitió venderlos a todo el que quisiera comprarlos.

Para interesar a los chinos en las guerras de las fronteras del norte, se trató de que ellos hiciesen suyos a los prisioneros que cogiesen; pero si acerca de esto recayó alguna resolución imperial, yo no lo puedo afirmar, pues lo único que sé, es que un ministro llamado Chao-Tsou propuso al emperador Tsing-Ti, en el segundo siglo antes de Cristo, que hallándose expuestas las fronteras a las frecuentes irrupciones de los tártaros, convenía interesar en su defensa a los habitantes de ellas, dándoles la mitad de los prisioneros que hiciesen, y obligando a los magistrados a que prontamente se los comprasen por un precio de antemano establecido.

Propuso también aquel ministro al mismo emperador la colonización de aquellas fronteras, la cual en su concepto se podría conseguir parcialmente, indultando algunos criminales, mediante cierto número de esclavos de ambos sexos que ellos diesen para ser enviados como pobladores a los confines del imperio.¹³⁸ Pero ni estas ni otras medidas pudieron evitar que en los asaltos de los tártaros, la China perdiese más hombres que los que cogía, pues veloces en sus movimientos, ellos burlaban la persecución de sus enemigos.

Lo que sí dio a la China muchos esclavos, fueron los trastornos internos y las guerras civiles que repetidas veces la destrozaron. Ciento sesenta y ocho años antes de Cristo se sublevaron siete provincias, y a esclavitud fueron condenados los habitantes que tomaron parte en la insurrección. La misma suerte corrieron los que se alzaron bajo la dinastía de los Han orientales en los dos primeros siglos de nuestra era; los del promedio del sexto bajo el imperio de los Heou-Tcheou, y los del séptimo bajo la dinastía de los Tang. Ya antes, o sea a fines del siglo sexto, cuando los soberanos del norte extendieron sus conquistas a la China meridional, gran parte de su población había sido esclavizada, y fúelo todavía en mayor número con la conquista de los mogoles en el siglo decimotercero.

De esas turbulencias nacieron los siervos, clase desconocida en China. Viose entonces, y principalmente durante las guerras que siguieron a la caída de los Han, bajo la dinastía de los Tsin desde los años 280 a 404 de la era cristiana, y bajo los Tsin orientales a los 375 de la misma, vióse que los pobres labradores buscaban para sí, para sus familias y sus tierras, la protección de los poderosos; mas, prevaleciendo éstos de tan lamentables circunstancias, los retuvieron contra su voluntad, y los condenaron a servidumbre, viniendo de aquí el nombre que se les dio de familias usurpadas.¹³⁹

Con más facilidad todavía experimentaron la misma suerte los sirvientes asalariados, pues en China se les considera legalmente como inferiores a la clase enteramente libre. A esto se agrega que ellos pudieron, según decreto de los Thang, comprometer sus servicios por un año, y según una ley de los Soung, hasta por cinco;¹⁴⁰ de manera que el sentimiento de su inferioridad, de una parte, y la costumbre de obedecer a un amo, de otra, allanaban el camino para someterlos a perpetua servidumbre.

La ley sancionó, a lo menos por cierto tiempo, la obra empezada por la violencia, y uno de los emperadores de los Tsin orientales, dictó varias disposiciones para regularizar la condición de los siervos. Eximioles, pues, de todo tributo y del servicio personal; mandó que el amo los inscribiese en su registro domiciliario, y que el número que poseyese guardase proporción con el rango social que ocupaba.¹⁴¹

Algunas familias poseedoras de muchas tierras y siervos adquirieron gran preponderancia, y aspirando a la independencia, resistían a los agentes del gobierno encargados de formar los censos, y ocasionaban con frecuencia desórdenes muy deplorables.¹⁴² De aquí el empeño, que tuvieron en combatir esta institución, no sólo los emperadores Thang, sino los de otras dinastías posteriores.

Parece que la servidumbre del colono adherido a la tierra, no existe hoy sino en las que pertenecen a los tártaros-manchúes, porque debien-

do ser militares los hijos varones de estas familias, y no pudiendo por lo mismo labrar la tierra por sí, tienen bajo su dependencia colonos que, según la costumbre tártara, viven como siervos; mas, como esas familias sólo representan 100 000 hombres sobre las armas,¹⁴³ ya se percibe al primer golpe la insignificancia de este número comparado con la inmensa población de la China.¹⁴⁴

Otro es el sistema que en el cultivo de sus tierras siguen los chinos. Éstos, por lo común, las arriendan a otros chinos libres como ellos; pero les exigen adelantada una cantidad equivalente, a lo menos, a la renta de un año, porque sin esta precaución, el arrendatario, cogida la cosecha, la vendería y se escaparía sin pagar.¹⁴⁵

La fuente perenne y más abundante de esclavitud en China, fue, y es la venta de personas libres. Acaeció esto por primera vez en el año 232 antes de la era cristiana,¹⁴⁶ y tan grande novedad se atribuye a orígenes muy remotos. Repartidas que fueron las tierras desde la primera dinastía, tocaron grandes suertes a muchos príncipes o señores, empleados del emperador; y como todos dependían de él, y eran sus tributarios,¹⁴⁷ el gobierno fue tomando desde entonces cierto carácter feudal. Con el transcurso del tiempo cambiaron mucho las cosas, porque habiendo algunos de ellos sacudido la dominación imperial formaron reinos independientes.

No faltaron emperadores que desearan subyugar a los príncipes sublevados, y el llamado Thsin-Chi-Hoang-ti lo consiguió en el tercer siglo antes de nuestra era; pero no pudo ejecutar empresa tan atrevida sin profundos trastornos, guerras civiles, violentos despojos, familias arruinadas, hambre en la nación y otras calamidades. En tan terribles circunstancias, las personas indigentes preferían la esclavitud a la muerte, y siendo ya los hijos una carga insoportable para muchos padres, éstos se deshacían de sus recién nacidos y pequeñuelos, ora matándolos en sus casas, ora arrojándolos a las calles, ríos y caminos.¹⁴⁸

Para disminuir la frecuencia de esta maldad, el monarca fundador de la dinastía de los Han permitió en el año 202 antes de nuestra era, que las personas reducidas al último grado de miseria pudiesen vender su libertad y la de sus mujeres e hijos.¹⁴⁹ Bien pronto demostró la experiencia la ineficacia de este permiso, porque si, de una parte, se hicieron muchas ventas, de otra, continuaron los infanticidios; crimen, que perpetrado desde muy antiguo, en mayor o menor número, según las épocas y lugares, ha sido y es uno de los negros borrones de la China.

Para impedir los infanticidios y otros males, los emperadores de la dinastía de los Han alimentaron de los graneros públicos a los huérfanos y a los niños de padres pobres. Conocidas son en China las inclusas o casas-cunas, cuya institución no es de época reciente. En un informe escrito por un chino sobre el hospicio de Chang-hai fundado en 1710, se

leen estas palabras: “Yo considero el plan de este asilo como conforme al método adoptado bajo la dinastía de los Tcheou [de 1120 a 250 años antes de Jesucristo], para consuelo de los huérfanos durante la primavera y el estío”. Bajo la dinastía de los Soung que reinaron de 960 antes de la era cristiana a 1270 después de ella, el gobierno destinó de un golpe, y en un solo paraje, 200 hectáreas de tierra para la construcción de un asilo donde se recogiese a los niños abandonados.¹⁵⁰ Otros asilos semejantes existen en algunas ciudades; pero su número es del todo insuficiente para su vasta población.

Poco tiempo había corrido desde que se dio el primer permiso, para que los padres pudiesen vender a sus hijos en casos de extremada necesidad, cuando ya se procuró halagar a los compradores, presentándoles ricamente vestidos los muchachos que al mercado se llevaban. DeploRANDO el ministro Kia-y el lujo del imperio, elevó una memoria al emperador Wen-ti en el segundo siglo antes de Cristo, y en ella se encuentra este pasaje: “El lujo llega hoy a tal exceso, que el pueblo sencillo adorna con bordados los vestidos y aun el calzado de los muchachos y muchachas que se ve obligado a vender; y no vienen al lugar donde se congregan para su venta sin el brillo de esos adornos”.¹⁵¹

Si la venta de personas libres fue permitida por el fundador de los Han, otros emperadores la prohibieron después. Así aparece del decreto de Kouang-wou en el año 31 de Jesucristo; del de Yueng-ho, uno de los Thang, en 809; y de los primeros expedidos por los Soung desde 991 a 1029.¹⁵² Estas reiteradas prohibiciones prueban evidentemente que, a pesar de ellas, las ventas se continuaban.

Efectivamente, harto común es en la clase pobre de China el inveterado abuso de que los padres vendan a sus hijos por dinero, que éstos sean robados con el mismo fin, y que los maridos vendan también sus mujeres a otros hombres, para que las hagan sus concubinas o mujeres inferiores. Las novelas, fiel imagen de las costumbres chinas, ofrecen numerosos ejemplos de tan triste verdad; y el Libro de las Recompensas y de las Penas menciona la venta, en 12 onzas de plata, o casi 18 pesos, de un muchacho hermoso de 12 años que cabalmente había sido robado a su padre; y la de una mujer por su marido, la cual fue comprada por otro en 30 onzas, o menos de 43 pesos.¹⁵³

No hay necesidad de buscar en las páginas de los libros la existencia de tráfico tan detestable. Es un hecho inconcuso que los padres venden indistintamente sus hijos de ambos sexos; pero las hembras hallan compradores con más facilidad que los varones, porque muchas se emplean como mujeres principales o inferiores,¹⁵⁴ y otras más infelices se destinan a la degradación y a la infamia.

“Si se encuentran, dice De Guignes,¹⁵⁵ muchas niñas de venta, es porque hay gran número de compradores. Enseñanlas éstos a tocar ins-

trumentos, y edúcanlas con esmero, ya para venderlas después con mucho provecho, ya para entregarlas a la prostitución. La ciudad de Sou-tcheou-fou es famosa por esta especie de tráfico; sin embargo, los chinos no siempre compran esas niñas para uso tan infame”.

Supónese en China por una fatal ficción, que los hijos son quienes se venden para cumplir con los deberes de la piedad filial y que los padres no hacen más que consentir en la venta.¹⁵⁶ En vano se exige para la tolerancia de ese contrato, que el padre y la madre se hallen en extrema necesidad; en vano se castiga con 80 palos al padre o al abuelo contraventor;¹⁵⁷ en vano se decretan estas y otras penas contra el hermano, tío, pariente o extraño que fraudulentamente hace tales ventas: todo, todo es ilusorio. Los trastornos políticos que tan frecuentemente ha sufrido la China, las formidables inundaciones de sus ríos principales, las grandes sequías a que están expuestas las llanuras de sus más pobladas provincias, la rapacidad de los mandarines, el juego, la embriaguez, la disolución de las costumbres, la temprana edad a que se juntan los sexos, la poligamia, y la excesiva población que deja sin trabajo prodigiosa muchedumbre de brazos; todas estas causas ocasionaron desde muy antiguo la miseria, y con ella la continua infracción de unas leyes, que si el pueblo tiene interés en eludir, el gobierno no se cuida de ejecutar.

El curioso documento que sigue es una escritura de venta de un hijo otorgada por su padre a favor del comprador; la cual se publicó en inglés en el *Anti-Slavery Reporter* de Londres en 1854, tomo 29, serie II, página 71.

“Y el ejecutor de este acto de venta, Le Wan Foo, hallándome destituido de medios para comprar alimento, he deseado, después de consultar a mi mujer, el vender como esclavo a mi segundo hijo engendrado, llamado A. Chaou, de 14 años de edad y nacido en la luna del día 15 del 5º mes del año Voo Kea, el 14 de Taon-Wang. Por tanto, manifesté mi intención al jefe de mi familia, y primero busqué comprador entre mis parientes sin hallarlo. Después, por medio del agente Kwang Wei Pang se ha encontrado como comprador a Chang Pih Jin. En presencia del agente se ha convenido entre las dos partes, que el precio sea de 40 000 monedas de cobre al contado; y yo, Le Wand Foo, he tomado hoy mi segundo hijo A. Chaou, y entregándolo como esclavo a Chang Pih Jin, quien variará su nombre a su antojo y se servirá de él hasta el fin de su vida. Si su amo le diere en adelante una mujer, y naciesen hijos o hijas, todos ellos permanecerán de generación en generación en la casa de Chang Pih Jin como esclavos, y en todo estarán sujetos a la autoridad de su amo sin ninguna intervención de parte de mi familia Le Wan Foo. Yo, Le Wan Foo, he recibido ya en mi propia mano todo el precio de la persona. Si en adelante se suscitare alguna dificultad acerca de su origen, el vendedor y el agente serán los únicos responsables, quedando

enteramente libre el comprador. Éste es un caso de distinta compra y venta sin objeción de ninguna de las dos partes, y no un traspaso en pago de deuda, ni un caso de venta obligatoria, o de embargo forzado. Como un convenio oral no ofrece pruebas, yo he extendido especialmente este acto de venta, he estampado en él la impresión de mi dedo índice, y mi firma, y lo he entregado al comprador para que lo conserve en prueba de lo tratado. Ésta es la verdad.

"1º Realmente pagado en la mano de Le Wan Foo por Chang Pih Jin por la compra de un esclavo el precio que asciende a 40 000 monedas de cobre.

"2º Verdaderamente negociado por el agente Kwang Wei Pang, que presenció la venta de A. Chaou como esclavo, y la entrega de esa persona y de su precio a las partes respectivas (Firmado) el Agente, Kwang Wei Pang.

"Escritura de venta de su hijo ejecutada el día 21 del mes 3º del año Faon Kwang, por Le Wan Foo.

"Firma e impresión del dedo índice de la mano izquierda de Le Wan Foo".

Manantial de esclavitud ha sido el plagio en China, y el código criminal de ella lo castiga con palos y otras penas más o menos severas. Son los palos un castigo muy frecuente en China y el instrumento con que se aplica, se llama *Pantsee*. Para hacerlo, se corta de la caña bambú, que es madera sólida y dura, un pedazo grueso de algunos pies de largo: dásese una forma semi-chata, siendo por la parte inferior de la anchura de la mano, y por la superior se pule y adelgaza para empuñarlo con facilidad.

Quien, valiéndose de alguna estratagema, vende o trata de vender hombre libre como esclavo, debe ser castigado con 100 palos y destierro perpetuo a la distancia de 3 000 *lees*, ora sea culpable principal, ora cómplice. Si el ardid se emplea contra persona del sexo femenino, para venderla como mujer principal o inferior, o para que alguno la adopte como hija, el delincuente será castigado con 100 palos y tres años de destierro.¹⁵⁸

Si los ocultadores y compradores de las personas engañadas y vendidas tienen conocimiento del fraude, sufren generalmente la misma pena que los vendedores.¹⁵⁹

Cuando se emplean estos fraudes para vender esclavo ajeno, o para inducirle a que se deje vender, el castigo será un grado menos que cuando se emplean tales medios contra persona libre.¹⁶⁰ Si ésta, siendo mujer, consiente en su venta, el vendedor sufrirá 100 palos y tres años de destierro; pero si la venta es para que el comprador la haga su mujer principal o inferior, o para que la adopte como hija o nieta, la pena será de 90 palos y de dos años y medio de destierro. En todos estos casos, la

persona que consiente en su venta será castigada un grado menos que el vendedor.¹⁶¹

Si tales ventas, así consentidas, no han llegado a consumarse, entonces todos los cómplices tendrán una pena, un grado menor que si aquéllas se hubieran efectuado. Quedan, sin embargo, exentos de todo castigo los menores de 10 años, porque en esa edad no pueden consentir en la pérdida de su libertad.¹⁶²

El que, empleando violencia, hiere a la persona que se defiende para no ser esclavizada, será estrangulado, y si la mata, decapitado.¹⁶³ Los que no sean autores principales, sino sólo cómplices de este delito, recibirán una pena un grado menor que aquéllos.¹⁶⁴

La persona que vendiere fraudulentamente a su hermano o hermana joven, a su sobrino o sobrina, a su propia mujer inferior, o a la mujer principal de su hijo o nieto, será castigado con 80 palos y dos años de destierro.¹⁶⁵

En penas más o menos severas incurre el que, prevalido de su autoridad, vende otras personas de su familia más o menos allegadas a él.¹⁶⁶ Tampoco queda impune el que recibe en su casa hijos de personas libres, bajo la promesa de educarlos y adoptarlos, y después los vende.¹⁶⁷

De 80 a 100 palos y de dos a tres años de destierro impónense al que vende muchacho libre extraviado o fugitivo de su casa, bien sea para esclavizarlo, bien para casarlo en alguna familia o hacerlo adoptar por ella. Estas penas se disminuyen en un grado, respectivamente, cuando el muchacho extraviado o prófugo es esclavo.¹⁶⁸

El que falsamente reclama persona libre como su esclava, será castigado con 100 palos y tres años de destierro; pero si la falsa reclamación recae, no en libre, sino en esclavo ajeno, el castigo se limita a 100 palos.¹⁶⁹

La legislación criminal influye también en mantener la esclavitud en China, pues como pena la impone el código que rige bajo la actual dinastía de los tártaros-manchúes, que subió al trono en el siglo XVII de nuestra era.

Bárbaro es el castigo que se aplica al reo de alta traición, y aun a sus hijos inocentes. Si éstos son varones de 16 años de edad, serán ejecutados de la manera prescrita por la ley fundamental. Respecto de los demás hijos también varones, si se prueba que son enteramente inocentes, no morirán; pero serán castrados para que se les emplee en el servicio público de los edificios exteriores del palacio. Entre los referidos hijos, aquellos que no tuvieran 10 años serán retenidos en prisión hasta que lleguen a esa edad, y entonces serán enviados al palacio del emperador, para que sirvan en él del modo que se acaba de decir.¹⁷⁰

Esclavitud sufren igualmente las mujeres y los hijos de aquellos que infringen el juramento de fidelidad al soberano, y en la misma pena

incurren aun los que sólo intentan quebrantarlo. Sin embargo, las hijas casadas con maridos que pertenecen a otras familias, quedan exentas de toda pena.¹⁷¹

Cuando se funda o dota alguna casa religiosa de las sectas de Foë y de Tao-se, sin la autorización del gobierno, el sacerdote que la sirve es degradado y deportado, y la sacerdotisa, reducida a esclavitud.¹⁷²

A la mujer que se huye de la casa del marido, éste puede venderla, después que haya sufrido la pena de la ley.¹⁷³ También son vendidas en ciertos casos las adúlteras,¹⁷⁴ y las hijas de familia que no se casan con el hombre a quien se entregan; bien que, en sentir de los misioneros franceses del pasado siglo, es rara la venta de estas últimas, por la reclusión en que viven las muchachas solteras desde la edad de 7 años.¹⁷⁵ La concubina, o mujer inferior, puede ser igualmente vendida, muerto el hombre que la compró, porque propiedad suya es;¹⁷⁶ y fundándose en este principio, lo mismo se hace con las de los altos funcionarios, cuyos bienes son confiscados.¹⁷⁷

Fruto el hijo de la madre, si ésta es esclava, aquél también lo es, aunque el padre sea libre; pero si éste es esclavo y aquélla no, entonces el hijo nace libre. En este punto, sin que se les pueda tachar de imitadores, acordes están los chinos con casi todos los pueblos antiguos y modernos que han tenido y tienen esclavos.

Son tan extrañas para nosotros las costumbres de los chinos, que debe sorprendernos el vivo deseo que ponen en adquirir un ataúd en que enterrarse. Cómpranlo muchos en sana salud, enséñanlo con placer a sus amigos, y lo guardan en su casa cuatro, ocho, y a veces aún más de 20 años antes de su muerte. De aquí viene que hasta los pobres suelen hacer sacrificios para conseguirlo, y que hay hijos que se empeñan o se venden para poderlo comprar y ofrecerlo a su padre como homenaje de la piedad filial.¹⁷⁸

Como en China jamás se han inscrito los esclavos en el censo de población, porque éste sólo contiene las clases libres contribuyentes, nunca tampoco se ha podido averiguar el número total de ellos. Esto no obstante, calculáronse en 100 000 los pertenecientes al Estado en el primer siglo de la era cristiana; y época hubo en que sólo en apacentar el ganado de las propiedades del emperador, se emplearon 300 000, sin contar los que servían a varios funcionarios públicos, pues la antigua costumbre de regalarles esclavos aún existía en 823 bajo la dinastía de los Thang, cuyos monarcas trataron de abolirla.¹⁷⁹ Patrimonio eran del Estado o del emperador; como he dicho antes, no sólo los prisioneros de guerra y los condenados por ciertos delitos, sino los esclavos de ambos sexos que diversas provincias solían pagarle por vía de tributo;¹⁸⁰ pero fuera de los dos casos arriba mencionados, no es posible fijar su número. Parece, sí, que hubo de ser considerable, puesto que para eximir

al Estado del gasto enorme de mantenerlos, más de 200 000 fueron exportados por el río Amarillo.¹⁸¹ Yo no tengo noticia de otras exportaciones hasta los tiempos modernos, en que los españoles y los portugueses sacaron de China muchos jóvenes de ambos sexos para Filipinas y otros puntos.¹⁸²

Durante la ocupación del imperio del Norte por los segundos wey, hubo muchos esclavos empleados en la pequeña agricultura. Un decreto del año 420 de la era cristiana mandó que el hombre libre que tenía diez bueyes de labor, poseyese ocho esclavos: que el arrendatario de ciertas tierras del gobierno supliese con ellos los bueyes que le faltasen; que en tierras propias, cada matrimonio tuviese ocho esclavos varones y hembras, los primeros para el cultivo de los campos, y las segundas para el servicio doméstico; y, por último, que si el dueño de la tierra era soltero, tuviese derecho a cuatro esclavos.¹⁸³

En número incomparablemente mayor los poseyeron después algunas corporaciones religiosas. Introducido el budismo en China, sus bonzos o sacerdotes fundaron templos y conventos de ambos sexos; adquirieron ricas e inmensas tierras, y tanto se propagaron, que considerándose perjudiciales al Estado, el emperador Wowsung mandó, en el año 845 de nuestra era, que sus conventos fuesen demolidos, que los bonzos de ambos sexos que los habitaban, volviesen al siglo y pagasen contribuciones como los demás del pueblo; que sus tierras se reuniesen al dominio del emperador, y que sus esclavos fuesen libres. Más de 4 000 bonzerías o grandes conventos, que encerraban 260 000 religiosos de ambos sexos, y más de 40 000 de menor importancia, en que también había muchedumbre de bonzos, cayeron entonces de un golpe, y al desplomarse, 150 000 esclavos, que estaban a su servicio, recobraron su libertad.¹⁸⁴

Restableciéronse después los conventos búdicos; pero sin gozar de riquezas ni consideración, ya no son lo que fueron. La mayoría de los bonzos sale de la ínfima clase de la sociedad, y tan postrada se halla hoy en China la búdica religión, que hasta los cómicos presentan en la escena a sus sacerdotes y sacerdotisas bajo los más vergonzosos colores. Si ellos no se reclutasen de entre los niños, que a bajo precio y en tierna edad se compran a padres indigentes o descorazonados, pocos serían ya los ministros del budismo. Rápase a esos niños la cabeza, según la usanza de los bonzos, quienes los conservan a su lado como criados o discípulos, y acostumbándolos poco a poco a su género de vida, llegan al fin a ser en las pagodas y conventos de ambos sexos los sucesores de los sacerdotes o sacerdotisas que los compran.¹⁸⁵ Lógrase esto a poca costa, y uno de los últimos misioneros que han ejercido en China su santo ministerio, menciona la venta de un niño de 5 años y la de una niña de igual edad, el primero en 50 francos, y la segunda en 22 francos 50 céntimos.¹⁸⁶

Por grande que se suponga el número de los esclavos que hubiese tenido la China en otros tiempos, muy insignificante sería comparado con la población del imperio más populoso del mundo. Arraigado allí el trabajo libre desde la Antigüedad, y baratos los jornales por la excesiva abundancia de brazos, los chinos, lejos de desear esclavos, dan la preferencia a los sirvientes asalariados; y esta preferencia la tiene también la raza hoy dominante, pues habiendo mandado uno de los emperadores de la actual dinastía que, en vez de personas libres, los tártaros-manchúes sólo se sirviesen de esclavos, parece que este edicto es uno de los peor guardados en China.¹⁸⁷

Para conocer la índole de la esclavitud china, es preciso considerar la posición del esclavo ante la ley y en el seno de la familia. En muchos puntos, la legislación ha permanecido invariable desde la Antigüedad; pero en otros ha sufrido profundas alteraciones. Vender al esclavo, permutarlo, cederlo, entregarlo al acreedor en pago de deudas, trasmitirlo por legado o herencia, cosas son que siempre pudo y todavía puede hacer el amo chino.

En los diez siglos que siguieron a la introducción de la esclavitud, el amo tuvo un dominio tan absoluto sobre el esclavo, que pudo hasta matarle; pero esta dura condición fue notablemente alterada en la segunda centuria antes de Jesucristo. El carácter de blandura que, en general, adquirió desde entonces la esclavitud, casi siempre lo ha conservado, pues que sólo lo perdió en algunas épocas de grandes trastornos, como aconteció después de las invasiones de los wey y de los hou-tchou en el siglo sexto de nuestra era, y en las de los kin y los mogoles en los siglos XII y XIII.

Corría el año 160 anterior a Jesucristo, cuando el emperador Han-wou-ty privó a los amos del derecho de matar a sus esclavos; y esta disposición fue confirmada y acompañada de otras nuevas, en tres decretos que publicó Kouang-wou en el año 35 de la era cristiana.¹⁸⁸ Con generoso lenguaje dijo este monarca en dos de ellos: “Entre las criaturas del cielo y de la tierra, el hombre es la más noble. Aquellos que matan sus esclavos, no pueden disimular su crimen... Los que osan marcarlos con fuego, serán juzgados conforme a la ley, y los hombres así marcados entrarán en la clase de ciudadanos”. El tercero y último decreto abolió el reglamento por el cual se mandaba decapitar en la plaza pública al esclavo que hería con flechas a alguna persona.

Bajando a la dinastía de los Soung, publicose en el siglo XI otro reglamento en que se mandó que, aunque el amo se considerase ofendido por el esclavo, no se hiciese justicia a sí mismo, y que si lo mataba, fuese castigado.

El vigente código de los tártaros-manchúes aumentó las garantías en favor del esclavo; y aunque es verdad que en muchos casos le impone

bárbaras penas, esto más bien procede de la crueldad del código chino que del rigor de la esclavitud, pues que castigos semejantes se aplican comúnmente a los libres.

Con permiso del amo puede el esclavo contraer matrimonio con mujer de su clase. Si por mandato suyo se casa con hija de hombre libre, no incurre en pena alguna, porque obedece a su señor; mas, éste sufrirá 80 palos, lo mismo que el padre de la muchacha, si otorga su consentimiento, sabiendo que el novio era esclavo.¹⁸⁹

Cuando éste obtiene por sí la mujer libre, será castigado con 80 palos, pena que se le disminuirá en dos grados si el amo consiente en el matrimonio; pero que se le aumentará hasta 100 palos si recibe la mujer en su domicilio haciendo creer que era esclava.¹⁹⁰ Aquel que, fingiendo libre a su esclavo o esclava, lo casa con el hijo o hija de persona libre, llevará 90 palos, y así en este caso como en todos los anteriores, el matrimonio será nulo.¹⁹¹

No se admite en juicio la acusación del esclavo contra persona libre, y mucho menos contra su amo. En obsequio de la paz doméstica y del orden público, la ley china no quiere que los hijos y nietos, ora con justicia, ora sin ella, acusen a sus padres o abuelos; y equiparando en este punto al esclavo con los primeros, manda que si acusare al amo o a uno de sus parientes dentro del cuarto grado, sufra 100 palos y tres años de deportación, aunque sea verdadera la acusación; pero si falsa, sea sofocado.¹⁹²

El esclavo que injuria a su amo de palabra, será estrangulado; si a sus parientes en primer grado, a su abuelo, o abuela materna, sufrirá 80 palos y dos años de destierro; y si a pariente más lejano, 80, 70 o 60 palos, según que se hallare en segundo, tercero o cuarto grado con el amo.¹⁹³ La pena que se impone al esclavo que hiere o mata a su amo por casualidad, es atroz, pues en el primer caso es de 100 palos y destierro perpetuo a la distancia de 3 000 lees, y en el segundo es sofocado. ¿Dale de golpes con intención? Entonces será decapitado.¹⁹⁴ ¿Lo mata de intento, o a los parientes que habitan con él en su propia casa, o aun sin matarlos, forma el designio de hacerlo? En todos estos casos sufrirá el suplicio de los cuchillos,¹⁹⁵ que consiste en cortarle lentamente, a pedazos, las carnes y demás partes del cuerpo, para que muera despedazado. Este suplicio también se impone al sirviente doméstico y al liberto que matan a su señor o patrono,¹⁹⁶ pues a todos se les considera como miembros de la familia, y por lo mismo parricidas.

Cuando el esclavo golpea a los abuelos maternos o parientes del amo en primer grado, será estrangulado. Si los golpes ocasionan heridas, morirá decapitado; y si éstas y aquéllos hubiesen sido con intención de matar, sufrirá la muerte de los cuchillos. Si esos golpes y heridas son casuales, la pena se disminuirá en dos grados más que cuando intenta matar.¹⁹⁷

El esclavo que golpear o hiriere levemente a los parientes de su amo en segundo grado, será castigado con 80 palos y dos años de destierro; si en tercer grado, sufrirá 70 palos y año y medio de destierro; y si en cuarto grado, la pena será de 60 palos y de un año de destierro. Si la herida ocasionare la muerte, el esclavo será entonces decapitado, aunque no hubiese tenido intención de matar.¹⁹⁸

En medio de estos rigores, la ley procuró enfrenar los arrebatos del amo y las violencias de los extraños. Cuando el esclavo roba, adultera o comete otro delito grave, y su amo o alguno de sus parientes en primer grado, o sus abuelos maternos, en vez de quejarse al magistrado del distrito, castigan al esclavo en secreto hasta la muerte, el autor de este delito será castigado con 100 palos. Si en la aplicación del castigo hubiese habido intención de matar al esclavo, y éste es inocente, el culpable sufrirá 60 palos y un año de destierro, teniendo su marido y su mujer, lo mismo que los hijos nacidos en la esclavitud, derecho a su libertad.¹⁹⁹ Esto no obstante, el amo y sus parientes pueden castigar a un esclavo delincuente, con tal que el castigo no llegue hasta la muerte;²⁰⁰ y si esto acaeciere, no por la naturaleza del castigo, sino por otro motivo, ni el amo ni sus parientes incurren en pena alguna.²⁰¹

Cuando un amo castigare un esclavo que ya no es suyo, o éste diere un golpe al que fue su amo, tales hechos serán castigados como si hubiesen pasado entre libre y esclavo, porque con la venta de éste se rompe el vínculo que existía entre él y su amo. No así cuando ocurre el mismo caso entre el patrono y el liberto, porque no habiendo transferido aquél sus derechos a otra persona, se conservan las antiguas relaciones, y la falta debe castigarse como si nunca hubiera existido la manumisión.²⁰²

El hombre libre que golpear esclavo ajeno, será castigado un grado menos que si la ofensa recayese entre iguales. Si el esclavo muriere de resultas de los golpes, supónese que hubo intención de matarlo, y el culpable será estrangulado.²⁰³ Por el contrario, el esclavo que diere un golpe a hombre libre sufrirá una pena un grado mayor que en el caso anterior. Si del golpe resultare una enfermedad incurable, el esclavo será sofocado, y si sigue la muerte, será decapitado.²⁰⁴

Cuando los esclavos se golpearen o hirieren entre sí, o uno matare a otro, sufrirán las penas impuestas para casos semejantes entre personas iguales.²⁰⁵

El esclavo que falsamente atribuye a alguna persona la muerte de su amo, es castigado con 100 palos y tres años de destierro.²⁰⁶ En igual pena incurre el esclavo cuando oculta la muerte que se ha dado a su amo; pero en este delito, aquél se halla equiparado al sirviente asalariado, al hijo, al nieto y a la mujer del muerto.²⁰⁷

El esclavo que tiene relaciones criminales con la mujer o con la hija de su amo, será decapitado. Si esas relaciones son con las parientas de

éste en primer grado, o con las mujeres de sus parientes en el mismo grado, será estrangulado; y si en todos esos casos la mujer hubiere consentido, la pena que a ella se le impondrá será solamente un grado menos que la del esclavo.²⁰⁸

Cuando el comercio culpable es con parienta del amo, no en primer grado, o con mujer de su pariente fuera de él, la pena del esclavo será de 100 palos y destierro perpetuo a la distancia de 2 000 lees del domicilio de su amo. Si el esclavo robare alguna de las mencionadas mujeres, será decapitado.²⁰⁹

¿Existe comercio carnal entre el esclavo y la mujer o la hija de hombre libre que no es pariente del amo? El castigo será entonces, a lo menos, un grado mayor que el que se impone al hombre libre en iguales circunstancias. Si el comercio carnal es entre hombre libre y esclava, la pena será un grado menos que en los casos ordinarios. Por último, cuando las relaciones carnales se verifican entre esclavos y esclavas, el castigo es igual al que se impone a personas libres.²¹⁰

Tal es la condición del esclavo chino ante la ley; pero ella es más soportable en el seno de la familia por el buen trato que comúnmente se le da.

Los misioneros jesuitas que residieron en China en los siglos xvii y xviii, escribieron lo siguiente: “Los amos chinos están muy lejos de tratar a sus esclavos como se trata a los negros en la isla de Francia y en Borbón... La ley del Estado y la del honor, que es quizá aún más fuerte, subyugan a los amos de tal modo, que a no creer sino el testimonio de los hechos, se puede decir que los esclavos de ambos sexos son tratados en las familias como domésticos, y que, salvo la libertad, son más felices que ellos, porque sus amos están encargados de cuidarlos en todo, y durante su vida. Los misioneros son buenos testigos de que muchos de sus neófitos, abrumados de vejez y enfermedades, son mantenidos muy bien por los amos infieles, mientras que éstos tienen para sí una subsistencia muy escasa. Lo que aquí decimos es tan cierto, que ha sido preciso que la ley pusiese límites a la beneficencia de los amos hacia sus esclavos, y que eximiese a sus hijos y a sus herederos de los legados demasiado fuertes que se les imponían. Para decir algo más concluyente todavía, es un hecho, que muchos esclavos rehúsan la libertad que se les quiere dar, y que el apego de muchos a sus amos se ha manifestado de una manera tan afectuosa y tan tierna, que los historiógrafos han creído deber mencionar esos rasgos en los anales de cada dinastía, y los compiladores forman de ellos un artículo aparte en las colecciones históricas y literarias”²¹¹

Esto dijeron en 1775 aquellos misioneros, y a pesar de que su pasión por las cosas chinas los arrastró muchas veces a cometer exageraciones y errores, júzgoslos en este punto como intérpretes de la verdad, pues a

corroborar su testimonio viene el de otros viajeros. Al marcar De Guignes la diferencia entre la esclavitud china y la de las colonias franco-americanas, refiere, que cuando él viajaba por aquella nación, uno de sus criados chinos compró un muchacho, a cuyo padre otorgó un documento, comprometiéndose a vestir y alimentar su nuevo esclavo, a quien tan suavemente trataba, que hasta le decía hermano.²¹²

El horror que inspira la venta que los chinos hacen de sus hijos, se disminuye en cierto grado al contemplar el buen trato que allí recibe el esclavo, y que su comprador lo adopta con frecuencia, adquiriendo desde entonces como hijo adoptivo un derecho a una parte de la herencia del amo o padre adoptante.

El Libro de las Recompensas y de las Penas recomienda a los amos el buen trato de los esclavos. En él se dice que los espíritus anotan en los libros del cielo las faltas de los mortales, y que de ellas se les toma cuenta el día de su muerte. Regañar mucho a los esclavos, se considera como una sola falta; abrumarlos de trabajo, no cuidarlos en sus enfermedades, equivale a diez faltas; a 50, negarles que se liberten, y a 500 impedirles que se casen.²¹³

Debe, pues, permitírseles el matrimonio, y para que los cónyuges no vivan separados, no deben ser vendidos a dueños diferentes.²¹⁴ Deseando Seemak-oang, uno de los más grandes ministros y más célebres historiadores de la China, que no se corrompiesen los esclavos, quiso en el siglo xi de nuestra era, que varones y hembras se casasen desde que fuesen núbiles; pero movidos algunos amos del interés de aumentar sus esclavos, se empeñaron tanto en hacerlo, que fue preciso reprimir los abusos.²¹⁵

Suave la esclavitud, no es extraño que los anales chinos jamás hayan hablado de revolución alguna de esclavos en aquel imperio. En todo lo que he leído sobre la China, sólo he encontrado un caso, no de insurrección, sino más bien de insubordinación, pues los esclavos a que aludo estaban empleados en la milicia. Habiendo sabido uno de los emperadores de la dinastía reinante, que la mayor parte de los soldados de Peking estaba adeudada, mandó en 1691 que todas las deudas se pagasen de su tesoro. Es de advertir que los oficiales tenían esclavos que eran soldados de caballería; mas, como la orden del emperador no comprendiese a éstos, porque siendo esclavos, no podían contraer deudas, ellos, sin embargo, se presentaron al monarca en número de 3 a 4 000, reclamando el mismo favor, primero en tono suplicatorio, y después descompasado e insolente, diciendo que eran tan soldados como los demás. Los ocho cabecillas fueron condenados a la decapitación; pero esta sentencia sólo se ejecutó, por gracia del emperador, en el principal de ellos, limitándose el castigo de los otros a 100 palos y a llevar el cangüe²¹⁶ durante tres meses en una de las puertas de la capital.²¹⁷

Más de las costumbres que de las leyes pende en China el buen trato de los esclavos; y si en otro tiempo pudieron también influir los sentimientos religiosos, hoy no sucede lo mismo, porque la religión es ya un nombre vano entre los chinos. Son los padres misioneros los jueces más competentes en esta materia, pues por las funciones que desempeñan, se hallan con los hijos de aquel imperio en más continuo y estrecho contacto que todos los demás europeos que lo visitan. Oigamos a un misionero católico, al francés Huc, que residió 14 años en él, que lo recorrió de una extremidad a otra más de una vez, y que por lo mismo conoce su lengua, usos y costumbres.

“La indiferencia en materia de religión, pero una indiferencia radical, profunda, y de la que es imposible formarse una idea exacta cuando no se ha tenido ocasión de estudiarla en el mismo país, he aquí en nuestro juicio el obstáculo principal que hace tanto tiempo detiene a la China y que se opone a su conversión. El chino está tan absorbido en los intereses temporales y en las cosas que caen bajo el dominio de los sentidos, que su vida toda entera no es más que el materialismo en acción. El lucro es el único objeto en que tiene siempre fija la vista. Una sed ardiente de realizar ganancias, grandes o pequeñas, absorbe todas sus facultades y toda su energía. Él no persigue con ardor sino las riquezas y los goces materiales. Las cosas espirituales que tienen relación con el alma, con Dios y con una vida futura, él no las cree, o más bien no se ocupa de ellas, y no quiere ni aun ocuparse. Si alguna vez lee libros morales o religiosos, es por recreo, distracción y pasatiempo. Esto es para él una ocupación aún menos seria que fumar una pipa de tabaco o saborear una taza de té. Si se le explican los fundamentos de la fe, los principios del cristianismo, la importancia de su salvación, la certeza de una vida futura, etc., todas estas verdades, que impresionan tan fuertemente a un alma, por poco religiosa que sea, él las escucha ordinariamente con placer, porque esto le divierte y pica su curiosidad... Los chinos llevan tan lejos la indiferencia, su fibra religiosa está tan muerta y tan seca, que no se inquietan ni aun de saber si una doctrina es verdadera o falsa, buena o mala. Una religión es simplemente para el chino una moda que se puede seguir cuando agrade”.²¹⁸

No son menos lamentables los términos en que se expresa otro misionero, inglés de origen, y de religión protestante.

“En el hecho, se puede decir que no hay religión en China, si se prescinde de lo que no es sino un instrumento entre las manos del poder, y de lo que se considera como un uso en la vida doméstica. Bien lejos están los siglos en que el alma, el sentimiento y la pasión animaban la religión de la China. La religión en China, tal cual existe en nuestros días, está tan absurdamente ataviada y tan completamente muerta como una momia de Egipto. Ella sólo sirve para quedar encerrada en el pun-

to donde vegeta 2 000 años ha. Tocadla, y se convertirá en polvo. Que las instituciones de la China lleguen a cambiarse, y en vano se buscará dónde estaba su religión”²¹⁹

La legislación china no reconoce en el esclavo el derecho de libertarse contra la voluntad del amo; pero éste, con frecuencia, o le da generosamente la libertad, o le facilita los medios de alcanzarla con su industria.

Algunos emperadores libertaron también en varias épocas a los esclavos del Estado, ya para aliviar a éste la carga de mantenerlos, ya para aumentar las rentas públicas, haciéndolos entrar en la clase libre y contribuyente.²²⁰ Otros emperadores concedieron a veces la libertad aun a los esclavos de particulares, prohibiendo que a éstos se les diese indemnización alguna. Así sucedió en el primer siglo de la era cristiana, bajo el reinado de Kouang-wou, cuyos edictos restituyeron la libertad a las poblaciones violentamente esclavizadas por la usurpación de Wan-mang al principio de aquella centuria; así también en los siglos séptimo, octavo, noveno y décimo; y así, por último, en tiempo de los mogoles, con los hombres de letras esclavizados durante su invasión.²²¹

Rotas las cadenas de la esclavitud, el liberto chino pasa directamente a la clase de ciudadano, y por excepción se vio bajo la dinastía de los Thang, que los rebeldes cogidos con las armas en la mano y esclavizados para el Estado, no pasasen de un golpe a la libertad, sino por tres grados sucesivos, según su trabajo y conducta.²²² Ciudadano el liberto, y por lo mismo igual a los demás chinos, es muy inferior respecto de su patrono, pues debe a éste gran consideración y homenaje, y cualquiera ofensa que le haga, es castigada como si fuera su esclavo.

Largos siglos corrieron sin que hubiese en China sacrificios humanos. Según el célebre misionero Gaubil y otros autores, no se vieron allí hasta el año 621 antes de la era cristiana, cuando murió Mon-Koung, príncipe vasallo que gobernaba en Chen-si, provincia occidental de aquel imperio. Un hijo de aquel príncipe difunto, tres hijos más de su familia, su carro, tigres encadenados que iban detrás, y 167 individuos que habían seguido el entierro, todos fueron sepultados con el cadáver.²²³ Los habitantes del reino lloraron sobre esas víctimas, y el pájaro amarillo produjo terrores.²²⁴

Tan horrible ceremonia no fue general a toda la China, sino a una parte de ella, y Gaubil atribuye su introducción a los tártaros occidentales, descendientes de los escitas, que la practicaron desde la más remota antigüedad.²²⁵ Renovose en el año 210 antes de Cristo, en los funerales del emperador Thsin-Chi-Hoang-ti, a cuyas mujeres legítimas que no habían tenido hijos, y a sus concubinas, se les intimó la orden de matarse, habiendo sido también enterrados vivos muchos archeros hábiles cerca de la tumba de aquel emperador. Todavía en 1660 de nuestra era, habiendo el emperador Chun-Tchi, tártaro de raza, perdido a una de sus muje-

res, hizo sacrificar en la tumba de ella más de 30 esclavas. En medio de tales horrores, consolatorio es saber que tan bárbara costumbre no siempre se ha seguido. A la muerte de la mujer de Cang-hi, emperador chino, también de tártara dinastía, cuatro muchachas solteras, que la habían servido fielmente, quisieron inmolarse para acompañarla en la otra vida; mas, prohibiolo el emperador; mandando al mismo tiempo que cuando en los funerales de los grandes señores se quemasen sus cadáveres, no se arrojasen con ellos a la hoguera ni sus riquezas ni sus criados.²²⁶

Si en China hubo eunucos esclavos, como ya he dicho, húbolos también libertos; y tan pernicioso fue por muchos siglos el influjo de esta clase degradada en el gobierno del imperio, que a veces conmovieron sus fundamentos.

Muy diversas son las opiniones que se han emitido sobre la antigüedad y los autores de la bárbara invención que yo llamo eunacato o eunuquismo.²²⁷

Los antiguos egipcios tuvieron eunucos, y la *Biblia* habla de su existencia en el palacio de los faraones desde los días del patriarca Jacob.²²⁸

Ammiano Marcelino, historiador latino del siglo cuarto, maldice la memoria de Semíramis, por haber creído que ella fue la primera que sometió la infancia a tan cruel mutilación.²²⁹ Del mismo sentir es Claudio; ²³⁰ mas, Clearcho Solence piensa que procede de los medos.²³¹

Otros afirman que Andramitis, rey de Lidia, fue el primero que la hizo aplicar a las mujeres, y que los habitantes de aquel país se sirvieron de ellas en vez de eunucos varones.²³² Pero la China, empezando a revelarnos en estos últimos tiempos una parte de su recóndita historia, nos enseña que el eunuquismo sube a épocas más remotas, y que no trae su origen del lujo ni corrupción de las costumbres orientales, como generalmente se cree; aunque es verdad que, después de introducido, estas causas lo fomentaron.

Tan bárbara fue la primitiva legislación de la China, que a los delincuentes no condenados a muerte se les cortaba los pies o la nariz, se les marcaba en la frente con un hierro encendido, o se les castraba. Tal fue el principio de los eunucos en China. Chum, uno de los grandes monarcas de ella, fue el reformador de aquella legislación,²³³ pero como subió al trono 2 255 años antes de Jesucristo,²³⁴ y ya la mutilación se aplicaba como castigo, déjase ver cuán antigua es en el mundo la existencia de los eunucos.

Hundidos en la oscuridad, como los otros esclavos, permanecieron en China por largo tiempo; pero empezaron a figurar cuando se les empleó en la custodia del palacio y de las mujeres de los emperadores. La de Siouen-wang, que reinó casi ocho siglos antes de Jesucristo, los introdujo en la corte, y desde entonces ejercieron una influencia tan maléfica, que con razón se les llamó gusanos roedores.²³⁵

A pesar de esto, largo espacio corrió sin que hubiesen obtenido empleos públicos, y a ellos no fueron elevados sino bajo las dinastías de los Han, Thang y Soung, con el fin de quitar a ciertas funciones el carácter hereditario que tenían, y que era la fuente de donde emanaba el poder que los grandes vasallos habían adquirido bajo la constitución feudal de los Tcheou. Mas, por impedir este mal, cayose en otro mayor, pues el pernicioso influjo de los eunucos ocasionó frecuentes trastornos en el imperio.

El primero que les dio empleos, y algunos de gran importancia, fue el emperador Ho-ty, que reinó del año 89 al 106 de la era cristiana. En el segundo siglo de ella creció la influencia de los eunucos a la sombra del emperador Chun-ty, y mucho más todavía bajo la envilecida administración de su inmediato sucesor. No faltaron chinos que quisiesen reducir los eunucos al ejercicio de sus vergonzosas funciones; pero fuertes con la protección del monarca reinante, arrastraron al patíbulo, el año 169, a 100 grandes del imperio y a 700 mandarines.

Desde el emperador Hoeng-lin hasta Hien-ty, los eunucos gobernaron la China; y persiguiendo a los hombres de mérito, todos los empleados fueron viles criaturas suyas. La nación entretanto deploraba estos males, y hombres hubo que trataron de exterminar a los eunucos. Emprendieron Teou vou y Heo-Tsin; pero frustrados sus proyectos, ambos perdieron la vida. Con mejor fortuna que ellos logró su objeto Inen Chao; mas, esto ocasionó tan grandes turbulencias, que la dinastía de los Han sucumbió en el año 264.²³⁶

Entregáronse también a los eunucos los últimos emperadores de la dinastía de los Thang, la cual había comenzado el año 618 de nuestra era. Bajo el reinado de uno de ellos se formó dentro del mismo palacio un tribunal de eunucos, que a su antojo disponía del trono; y después de grandes desastres, hizo perecer aquella dinastía a principios del siglo décimo.²³⁷

De la influencia de los eunucos trazó un cuadro sombrío un autor célebre de la China.

“En todos tiempos, los eunucos con crédito en la corte han sido mirados como una peste del Estado; y cuanto se puede decir es que son aún más terribles que las mujeres. Flexibles, artificiosos y pacientes, saben dar diestramente pruebas de virtud en cosas que les cuestan poco, para hacerse estimar del monarca. Aprovechéanse oportunamente de ciertas ocasiones poco importantes en el fondo, para manifestar a su amo algún apego y fidelidad, a fin de atraerse su confianza. ¿La han adquirido alguna vez? Entonces se indemnizan, pues manejan al príncipe a su antojo, ya por vanos terrores, ya por falsas esperanzas que le inspiran. Por más que tenga el príncipe en su corte hombres hábiles, virtuosos y celosos, míralos como extraños respecto de sus eunucos,

quienes están siempre prontos con su persona en el interior del palacio. Su confianza está en sus eunucos: éstos saben aprovecharse de ella para acreditarse, y bien presto los empleados de fuera no son considerados sino en tanto que los eunucos lo quieren. Desde entonces, los hombres de mérito, o se retiran, o se entibian; y el pobre monarca queda solo, abandonado a sus eunucos, en cuyas manos se ha entregado. Estos miserables lo intimidan a cada momento, y haciéndose necesarios, establecen más y más su autoridad, o más bien su tiranía”.²³⁸

Al ver los ministros y grandes de la corte aniquilado su poder, renovaron sus esfuerzos para destruir la influencia de los eunucos. En estas frecuentes luchas se derramó mucha sangre, y vez hubo que, en la embriaguez de su triunfo, los eunucos sacrificaron 1 600 mandarines, varios generales del ejército, y a los mismos ministros con sus familias, sin perdonar ni aun a los niños. Se acercaba en tanto la hora de un terrible castigo; concertose el plan de su exterminio; dióse la orden de matar a cuantos eunucos se encontrasen en la capital y en las provincias; y tan horrible fue la carnicería, que ciudad hubo donde perecieron más de 700.

Pero esta planta maligna renació de la misma sangre en que había sido ahogada; y alzándose poco a poco, apareció de nuevo grande y robusta desde los primeros años del siglo XII. Con algunas vicisitudes siguieron los eunucos adquiriendo riquezas y poder; y en el primer tercio del siglo XVII ya su número ascendía a 12 000. Mas, éste fue el término de su grandeza, pues acabada la conquista de la China por los tártaros-manchúes en 1644, los primeros emperadores de esta dinastía les dieron un golpe mortal. Disminuyose desde entonces considerablemente su número, privóseles de todo mando y autoridad, y para quitarles toda influencia en el porvenir, se dispuso que sólo se empleasen como sirvientes en las casas imperiales.²³⁹

“Ningún particular, dice la ley, ni empleado del gobierno, tendrá la pretensión de educar jóvenes castrados para emplearlos como eunucos en su casa. Esta prerrogativa está reservada a los príncipes de la familia imperial. Toda infracción de esta ley será castigada con 100 palos y destierro perpetuo, a la distancia de 3 000 lees²⁴⁰ del domicilio de los culpables, y los referidos jóvenes castrados serán restituidos a las familias de donde fueron tomados, o a las personas a quienes pertenecieren”.²⁴¹

Yo no sé si esta ley se ha cumplido estrictamente; pero no obstante las infracciones que haya podido haber, el número de eunucos que existía en China 36 o 40 años ha, no pasaba de 6 000. Ora se hayan disminuido desde entonces acá, como es probable, ora se hayan aumentado, lo importante es que ya los eunucos han perdido toda su influencia política, y que empleados en funciones puramente domésticas, los destinos de aquella inmensa nación, por mal gobernada que esté, no penden de manos tan impuras y degradadas.

Notas

- 1 Diod. Sic., lib. II, cap. xxxix.
- 2 *Ramayana*, lib. I, sección 61, p. 606. Del original en lengua sánscrita fue traducido este poema en inglés, en prosa y con notas bajo el título siguiente: *The Ramayana of Valmmeeki in the original sanscrit with a prose translation and explanatory notes by William Carey and Joshua Marshaman*. En años posteriores se publicó también esta obra en francés.
- 3 Strab., lib. XV, cap. i, § 10, 40 y 41.
- 4 Buffón piensa que aquella ave no fue perdiz, sino una especie de avutarda (*outarde*). (Buffón, *Hist. Nat.*, Pájaros, artículo Outarde).
- 5 Strab., lib. XV, cap. i, § 52.
- 6 Plin., *Hist. Nat.*, lib. VI, cap. xxii.
- 7 Diod. Sic., lib. II, cap. xl y xli. Strab., lib. XV, cap. i, § 29 a 38.
- 8 Manu, lib. I, vers. 61 a 63.
- 9 Manu, lib. I, vers. 58.
- 10 Chezy, artículo publicado en el *Journal des Savants* de 1831.
- 11 Manu, lib. I, vers. 31 y 87.
- 12 Manu, lib. X, vers. 83 y 84.
- 13 Manu, lib. I, vers. 88 a 91.
- 14 Manu, lib. IV, vers. 253.
- 15 Manu, lib. VIII, vers. 70.
- 16 Llamose *dasyu* (ladrones) a todos los hombres de las cuatro castas mencionadas que han sido excluidos de ellas por haber descuidado sus deberes. (Manu, lib. X, vers. 45.)
- 17 Manu, lib. X, vers. 32.
- 18 *Digest of Hindu Law*, lib. III, cap. i, ley 27 y 28. Sobre este código véase el apéndice n° XV.
- 19 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 26, con su comentario por Colebrooke.
- 20 Manu, lib. VIII, vers. 415.
- 21 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 33.
- 22 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 29.
- 23 Manu, lib. VIII, vers. 415.
- 24 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 29.
- 25 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 29.
- 26 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 35.
- 27 Manu, lib. VIII, vers. 415.
- 28 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 29, 32 y 55.
- 29 *Dig.*, lib. II, cap. i, ley 7; lib. V, cap. iii, ley 281, 282 y 286.
- 30 Manu, lib. III, vers. 51 y 53, y lib. IX, vers. 98. *Digest*, lib. IV, cap. iv, ley 173.
- 31 Manu, lib. IX, vers. 168, 169 y 174. *Digest*, lib. V, cap. iv, leyes 183, 281 y 282.
- 32 *Dig.*, lib. V, cap. iv, leyes 273 y 282.
- 33 *Dig.*, lib. V, cap. iv, ley 182.
- 34 *Dig.*, lib. III, cap. i, ley 30.

- 35 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 57.
- 36 *Manu*, lib. XI, vers. 57.
- 37 *Manu*, lib. VIII, vers. 323.
- 38 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 59.
- 39 *Digest*, lib. III, cap. III, leyes 6 a 13 y 14. Sobre el mes indiano, véase el apéndice n° XVI.
- 40 *Digest*, lib. III, cap. III, ley 8.
- 41 *Manu*, lib. X, vers. 85 y 86.
- 42 *Digest*, lib. III, cap. i, leyes 56 y 57.
- 43 *Manu*, lib. V, vers. 46.
- 44 *Manu*, lib. VIII, vers. 415. *Digest*, lib. III, cap. i, ley 29.
- 45 *Digest*, lib. II, cap. IV, ley 14, y su comentario.
- 46 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 60.
- 47 *Manu*, lib. IX, vers. 48 y 55.
- 48 *Manu*, lib. VIII, vers. 416 y 417. *Digest*, lib. II, cap. IV, ley 56.
- 49 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 54, con su comentario por Colebrooke.
- 50 *Digest*, lib. II, cap. IV, ley 53.
- 51 *Digest*, libro I, cap. i, ley 8.
- 52 *Manu*, lib. VIII, vers. 167.
- 53 *Manu*, lib. VIII, vers. 70.
- 54 *Manu*, lib. III, vers. 20, 21, 23 y 25.
- 55 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 46.
- 56 *Digest*, ídem, ídem.
- 57 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 43.
- 58 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 48.
- 59 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 47.
- 60 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 42.
- 61 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 49.
- 62 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 35.
- 63 *Digest*, lib. III, cap. i, ley 50.
- 64 *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, tom. I, chap. I.
- 65 *Manu*, lib. II, vers. 31 y 32.
- 66 *Manu*, lib. VII, vers. 410; lib. IX, vers. 334 y 335, y lib. XI, vers. 235.
- 67 *Manu*, lib. XII, vers. 72.
- 68 *Manu*, lib. VIII, vers. 414.
- 69 *Manu*, lib. X, vers. 123.
- 70 *Manu*, lib. IV, vers. 99.
- 71 *Manu*, lib. III, vers. 18.
- 72 *Manu*, lib. XI, vers. 24.
- 73 *Manu*, lib. VIII, vers. 20.
- 74 *Manu*, lib. X, vers. 126.

- 75 Manu, lib. X, vers. 4.
- 76 Manu, lib. II, vers. 26 y 27.
- 77 Manu, lib. II, vers. 67, 169 y 170.
- 78 Manu, lib. II, vers. 77 y 83.
- 79 Manu, lib. II, vers. 36 a 38.
- 80 Manu, lib. II, vers. 67.
- 81 Manu, lib. II, vers. 172.
- 82 Manu, lib. IV, vers. 80 y 81.
- 83 Manu, lib. V, vers. 92.
- 84 Manu, lib. V, vers. 104.
- 85 Manu, lib. XI, vers. 69.
- 86 Manu, lib. VIII, vers. 22.
- 87 Manu, lib. III, vers. 16 y 17.
- 88 Manu, lib. III, vers. 13, y lib. IX, vers. 157.
- 89 Manu, lib. VIII, vers. 374.
- 90 Manu, lib. VIII, vers. 359.
- 91 Igual castigo se imponía a los demás individuos de la clase baja. Manu, lib. VIII, vers. 279 a 283.
- 92 Manu, lib. VIII, vers. 281.
- 93 Manu, lib. VIII, vers. 270.
- 94 Manu, lib. VIII, vers. 271.
- 95 Manu, lib. VIII, vers. 272.
- 96 Manu, lib. XI, vers. 126.
- 97 Manu, lib. XI, vers. 131.
- 98 Manu, lib. VIII, vers. 68.
- 99 Manu, lib. VIII, vers. 113, 114, 115 y 116.
- 100 Manu, lib. VIII, vers. 337 y 338.
- 101 *Dig.*, lib. V, cap. III, ley 172.
- 102 Manu, lib. VIII, vers. 139 y 142.
- 103 Manu, lib. IX, vers. 179.
- 104 Manu, lib. X, vers. 129.
- 105 Manu, lib. II, vers. 24.
- 106 Manu, lib. II, vers. 137.
- 107 Manu, lib. X, vers. 64 y 65.
- 108 Manu, lib. VIII, vers. 416 y 417. *Dig.*, lib. II, cap. IV, ley 50.
- 109 Manu, lib. X, vers. 129.
- 110 Manu, lib. VIII, vers. 139 y 142.
- 111 *Dig.*, lib. I, cap. I, ley 8.
- 112 Manu, lib. IX, vers. 157.
- 113 Manu, lib. X, vers. 121.
- 114 Manu, lib. II, vers. 24.

- 115 Manu, lib. IV, vers. 61.
- 116 Manu, lib. VIII, vers. 413.
- 117 Manu, lib. VIII, vers. 417.
- 118 “Memoria del capitán M’Kensie”, publicada en el tomo VI de *Asiatic Researches*, p. 426.
- 119 “Enumerations on Indian Classes by Colebrooke”, *Asiatike Researches*, vol. V.
- 120 Sobre la humillante condición del tchandala, véase el Código de Manu, lib. III, vers. 239; lib. IV, vers. 79; lib. V, vers. 85, 131, y lib. X, vers. 12, 16, 26, 30, 51 a 56.
- 121 De la conquista de la India por los mahometanos hablan varios autores, y entre ellos mencionaré a D’Herbelot (*Bibliothèque Orientale*), Mahmud; De Guignes (*Histoire des Huns*); Orme’s (*Dissertation on the Establishments made by the Mahomedan Conquerors in Hindustan*), y a Gibbon (*History of the decline and fall of the Roman Empire*, chap. LVII y LXV).
- 122 *Slavery and the slave-trade in British-India by professor Adam*. Papel presentado a la Convención General contra la Esclavitud, celebrada en Londres en 1840.
- 123 Muchas de estas noticias las he tomado de un papel publicado en el *Anti-Slavery Reporter*, correspondiente a septiembre de 1853.
- 124 Discurso del misionero católico Premare a la traducción francesa del *Chou-King* por el padre Gaubil.
- 125 *Abregé chronologique de l’Histoire Universelle de l’empire chinois*, por el padre Amiot, misionero francés.
- 126 *Chou-King*, parte 14, cap. I, § 8. Sobre el *Chou-King*, véase el apéndice n° XVII.
- 127 Du Halde, *Description géographique, historique, chronologique de l’empire de la Chine*. La obra de este misionero francés fue publicada en París en 1735, en 4 tomos.
- 128 Du Halde, *Description géographique, historique, chronologique de l’empire de la Chine*.
- 129 El Fong-sou-tong; véase el tomo II de las *Mémoires concernant l’histoire, les sciences, les arts, etc., des chinois, par les missionnaires de Péking*. Obra en 16 tomos, impresa en París de 1776 a 1816.
- 130 “Mémoire sur la condition des esclaves et des serviteurs gagés en Chine, par Edouard Biot”, publicada en el *Nouveau Journal Asiatique*, tom. III, 1837.
- 131 “Mémoires concernant l’histoire, les sciences, etc., des chinois, par les missionnaires de Péking”, tom. II, p. 411. De Guignes, *Voyages à Péking, Manille, etc., de 1784-1801*, tom. II, article “Esclaves”.
- 132 Véase el apéndice n° XVIII sobre las mujeres inferiores.
- 133 *Mémoires concernant l’histoire, etc., des chinois*, tom. IX, p. 370. Amyot, *Abregé chronologique, etc.*, publicado en el tomo XIII de las citadas *Memorias*.
- 134 De esas inundaciones habla el *Chou-King* en el § 11 del cap. I, intitulado Sao-Tien, y de las hambres y miserias el § 18 del cap. II.
- 135 *Mémoires concernant l’histoire, etc., des chinois*, tom. I, p. 77.
- 136 Edictos publicados en el año 13 antes de la era cristiana.
- 137 *Recueil Impérial contenant les ordonnances et les instructions des empereurs des différentes dynasties, les remontrances et les discours des plus habiles ministres, etc.* Obra hecha por orden y bajo la inspección del emperador Cang-hi, traducida mucha parte de ella en francés por el misionero Hevrieu, y publicada por Du Halde, en el tomo II de su obra ya citada.
- 138 *Recueil Impérial contenant les ordonnances, etc.* Du Halde, tom. II, p. 433.

- 139 Apéndice sobre los esclavos y sirvientes asalariados, escrito por Ma-tuanlin.
- 140 Apéndice ya citado.
- 141 Apéndice, etc.
- 142 Apéndice, etc.
- 143 *Annales de la propagation de la Foi, par les missionnaires français*, n° 40.
- 144 Véase el apéndice n° XVIII bis sobre la población de la China.
- 145 *Annales de la propagation de la Foi*, n° 40.
- 146 *Memoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, p. 411.
- 147 *Chou-King*, cap. II, § 9.
- 148 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, pp. 396-398.
- 149 Biot, *Memoire sur la condition, etc.*
- 150 *The Real Life in China*, por William Milne, misionero protestante inglés; parte 2ª, cap. I. Edición de Londres en 1857.
- 151 “Discours ou Mémoires de Kia-y”, en el *Recueil Imperial, etc.*, que se halla en Du Halde, tom. II, p. 12 y ss.
- 152 Ma-Tuanlin, Apéndice, etc.
- 153 Libro de las Recompensas y de las Penas, pp. 264 y 265. Sobre este libro véase el Apéndice n° XIX.
- 154 Du Halde, tom. II, pp. 121 y 122.
- 155 De Guignes, *Voyages, etc.*, tom. II, artíc. “Esclaves”.
- 156 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, p. 394.
- 157 Cód. penal, tom. II, div. 6ª, sec. 275.
- 158 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 159 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 160 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 161 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 162 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 163 En China se considera la decapitación como pena más fuerte que la de sofocación o estrangulación, porque cuando la cabeza se separa del cuerpo, ya no se pueden realizar ciertas preocupaciones que tienen los chinos.
- 164 Cód. penal, div. 6ª, sec. 270.
- 165 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 166 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 167 Cód. penal, div. 6ª, sec. 275.
- 168 Cód. penal, div. 3ª, sec. 79.
- 169 Cód. penal, div. 3ª, sec. 79.
- 170 Estatuto suplementario agregado a la sección 254 del código penal.
- 171 Cód. penal, div. 6ª, sec. 255, art. I.
- 172 Cód. penal, div. 3ª, sec. 77.
- 173 Du Halde, tom. II, p. 122.
- 174 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, p. 393. Cód. penal, sec. 285.

- 175 *Mémoires, etc.*, tom. II, p. 393 y 394.
- 176 *Mémoires, etc.*, tom. IX, pág. 58 y 59.
- 177 *Mémoires, etc.*, tom. II, pág. 394.
- 178 Du Halde, tom. II, pp. 124 y 125. De la pasión de los chinos por adquirir su atúd, hablan también otros misioneros franceses e ingleses de este siglo. Véase a Huc, *L'Empire Chinois*, tom. II, cap. i, obra publicada en París en 1854, y a Milne, *La vida real en China*, parte 2ª, cap. iv.
- 179 Biot, *Mémoire sur la condition, etc.*
- 180 Decreto del año 789 de Jesucristo, bajo la dinastía de los Thang.
- 181 Biot, *Mémoire sur la condition, etc.*
- 182 *An Embassy from the East-India Company of the Uniter Provinces to the Grand Tartar Cham Emperor of China, delivered by Peter de Gayer and Jacob of Keyser at Peking in 1655*, cap. VII, pp. 213 y 214. Esta obra se imprimió en Londres en 1669.
- 183 Ma-tuanlin, Apéndice, etc.
- 184 *Recueil impérial*, en Du Halde, tom. II, pp. 496 y 497. Gaubil, *Histoire de la grande dynastie Thang*, en el tomo XV de las *Mémoires concernant, etc., des chinois*.
- 185 Huc, *L'Empire Chinois*, tom. II, cap. vi. Milne, parte 2ª, cap. i y ii.
- 186 Milne, parte 2ª, cap. ii. En 1828, un misionero francés vio vender los niños en el reino de Tonkín al precio de 7 a 48 francos, y hasta en 15 sueldos, o casi 3 reales de vellón (*Annales de la propagation de la foi*, tom. IV, pp. 3-6).
- 187 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, pp. 412 y 413.
- 188 Biot, *Mémoire sur la condition, etc.*
- 189 Cód. penal, div. 3ª, sec. 115.
- 190 Cód. penal, div. 3ª, sec. 115.
- 191 Ídem.
- 192 Cód. penal, tom. II, sec. 337, art. 1 y 7.
- 193 Cód. penal, tom. II, sec. 337.
- 194 Cód., sec. 314, art. 1.
- 195 Cód., sec. 284, art. 2, y sec. 314.
- 196 Cód., sec. 284, art. 2, y sec. 286, art. 2.
- 197 Cód., sec. 314, art. 2.
- 198 Ídem, ídem.
- 199 Cód., sec. 314, art. 4 y 5.
- 200 Cód., sec. 314, art. 6.
- 201 Cód., sec. 314, art. 8.
- 202 Cód., sec. 322, art. 3.
- 203 Cód., sec. 313, art. 1.
- 204 Cód., sec. 313, art. 2.
- 205 Ídem, art. 3.
- 206 Cód., sec. 294.
- 207 Cód., sec. 300.
- 208 Cód., sec. 370.

- 209 Cód., sec. 370.
- 210 Cód., sec. 373.
- 211 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, pp. 408 a 410.
- 212 De Guignes, *Voyages, etc.*, tom. II, art. "Esclaves".
- 213 Libro de las Recompensas y de las Penas.
- 214 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, pp. 394 y 409.
- 215 *Mémoires concernant l'histoire, etc.*, tom. II, pp. 408 a 410.
- 216 *Cangüe* es el nombre que impropiaamente dieron los portugueses en China al *kia*, o sea a dos grandes pedazos semicirculares de madera, con una abertura redonda en el centro para ajustarlos al cuello del culpable. Éste no puede entonces verse los pies, ni llevarse las manos a la boca. El *cangüe* pesa ordinariamente de 50 a 60 libras; pero hay algunos de cinco a seis pulgadas de grueso y de 200 libras de peso, pudiendo a veces ocasionar hasta la muerte. A la derecha y a la izquierda del *cangüe* se pegan dos bandas largas de papel de cuatro dedos de ancho, y en ellas se escribe con grandes letras la falta o delito cometido y el tiempo que debe durar la pena. (Cód. penal, tom. I, p. 16, tableau 5. Du Halde, tom. II.)
- 217 Du Halde, tom. IV.
- 218 Huc, *L'Empire Chinois*, tom. I, cap. IV, París, 1854.
- 219 Milne, *La vida real en China*, parte 4ª, cap. II, Londres, 1857.
- 220 Biot, *Mémoire, etc.*
- 221 Biot, *Mémoire sur la condition, etc.*
- 222 Ma-tuanlin, Apéndice.
- 223 Fragmento traducido por Pauthier de la *Historia General de la China*, escrita por Sse-ma-thsian más de 100 años antes de Jesucristo.
- 224 Fragmento traducido por Pauthier de los grandes *Tableaux Chronologiques de la China*.
- 225 Herod., lib. IV, cap. LXXI y LXXII.
- 226 Du Halde, *Recueil impérial, etc.*, tom. II, p. 128.
- 227 No se ofendan con estas palabras los oídos de nuestros rígidos puristas. Si la lengua castellana carece de un nombre con que expresar el estado o condición de eunuco, ¿por qué no se ha de inventar? Así es como se enriquecen las lenguas y adquieren precisión.
- 228 Génes., cap. xxxix, vers. 7, etc.
- 229 Ammiano Marcelino, lib. XIV, cap. vi.
- 230 Claudiano, in Eutropio.
- 231 Clearchus Solencis, *De Moribus Gentium*, lib. IV.
- 232 Constantinus Manasses, *Xantus Lydus*, lib. II, Lydiorum, apud. Athen., lib. XII, p. 515, edición de Lyon.
- 233 Pauthier, *Description de la Chine*, pp. 38 y 139.
- 234 *Chou-King*, cap. II.
- 235 *Che-King*; o sea Libro de Versos. Éste es el tercero de los cinco libros canónicos o sagrados de los chinos. Es una colección hecha por Confucio de los antiguos cantos nacionales y oficiales desde el siglo x y viii al vii antes de la era cristiana.
- 236 Discurso de Sou-Tche, que vivió bajo la dinastía Thang, tomado de *Une compilation faite sous la dynastie Ming, par un lettré célèbre de cette dynastie, nommé Tang-King-Tchuen*, traducida en francés y publicada por Du Halde, tom. II, p. 646. La

de los Ming fue la última dinastía china, y reinó del año 1368 de Jesucristo al siglo xvii, en que fue completamente destronada por los tártaros-manchúes.

237 Discurso de Sou-Tche en la citada compilación, traducida y publicada por Du Halde, tom. II, p. 646.

238 Discurso de Ngeou-Yang-Sieou, célebre autor de la dinastía Soung, que reino de 420 a 477 de Jesucristo. Sacado de *Une compilation faite sous la dynastie Ming, etc.*

239 *Mémoires concernant l'histoire, etc., des chinois*, tom. II, pp. 371, 372 y 412, y tom. VI, p. 319.

240 El lee equivale a casi tres millas geográficas inglesas.

241 Cód. penal, tom. II, div. 6ª, sec. 379.

Libro Tercero

ESCITAS - ASIRIOS - MEDOS - BABILONIOS - LIDIOS - PERSAS - PARTOS - CARTAGINESES



Después de haberme detenido largamente en la India y en la China, bien quisiera recorrer las demás naciones que existieron antiguamente en el Asia; pero no emprenderé semejante tarea porque ni todas inspiran interés histórico en punto a esclavitud, ni todas tampoco han dejado noticias suficientes para tejer alguna narración aun medianamente satisfactoria.

En su ignorancia geográfica, los antiguos griegos dieron el nombre general de escitas o celto-escitas a todos los diversos pueblos que habitaban hacia el norte.¹ Herodoto, sin incurrir en el error de sus antepasados, llamó escitas a todas las tribus esparcidas en el interior de las tierras y costas que baña el Ponto Euxino (mar Negro), desde el Ister o Danubio hasta el Tanais o Don que desemboca en el Palus-Meotis hoy mar de Azof.²

Strabón que escribió cuatro siglos después de Herodoto llamó Escitia a un vasto país más allá de la Bactriana, ocupada por los pueblos nómadas que corrían al norte hasta el mar Boreal, y hacia el este hasta el mar Oriental. Estos escitas son los tártaros de tiempos posteriores. Por un error común a todos los geógrafos de su época, Strabón tomó por mar Oriental no el que baña la China, sino el golfo de Bengala, sobre cuyo punto puede verse la memoria presentada por Gosselin en 1792 a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del Instituto de Francia, e impresa en el tomo XLIX. Escitas cuenta también Strabón entre los diversos pueblos que andaban derramados desde el Ponto Euxino hasta el mar Caspio o de Hircania.³ El Quersoneso Táurico, que es la Crimea moderna, perteneció antiguamente a los tauros, pueblo escita; por lo cual llamose también Quersoneso Escítico. Este país junto con el que se dilata más allá del istmo hasta el Boristenes (Dnieper), y una parte de la Tracia, denominose Pequeña Escitia, por haberlo ocupado pueblos de esta raza.⁴

Belicosos los escitas, engrandecíolos la guerra, y así no es extraño que hubiesen ocupado tan dilatadas regiones en Asia y en Europa. En el séptimo siglo antes de la era cristiana, salieron de sus estancias septentrionales, y conquistaron todo el país que se extiende en las montañas hasta el Cáucaso, y en las llanuras hasta el océano y la Palus-Meotis, lo mismo que todo el territorio que corre hasta el río Tanais.⁵ Herodoto dice, que de allí marcharon hacia el Egipto; pero que fueron detenidos en la Siria por los regalos que recibieron del rey egipcio. Retrocedieron entonces, y dominando por 28 años muchas naciones del Asia, causáronles grandes males.⁶ ¡Cuántas y cuántas personas no habrían sido esclavizadas en tan desastrosas invasiones! Cuéntase que en aquel período las mujeres escitas se quedaron solas en su país, y que habiendo contraído relaciones con sus esclavos, hubo de ellos muchos hijos. Forzados los amos por los reveses de la guerra a volver a la Escitia asiática, los esclavos se aparejaron a disputarles la entrada en ella. Vinieron a las manos, y no pudiendo los escitas, después de varios reencuentros, obtener ventaja alguna, uno de ellos exclamó: “Escitas, ¿qué es lo que hacemos? Si los esclavos matan a algunos de nosotros, nuestro número se disminuye; y si nosotros matamos a algunos de ellos, menguamos el número de nuestros esclavos. Creedme, pues, depongamos nuestros arcos y flechas y marchemos contra ellos, armados del látigo de que nos servimos para los caballos. Mientras que nos han visto con nuestras armas, se han imaginado que son iguales a nosotros; pero cuando en vez de armas, nos vean con el látigo en la mano, entonces conocerán que son nuestros esclavos, y convencidos de la bajeza de su nacimiento, no osarán oponernos más resistencia”. Los escitas tomaron este consejo y aterrados los esclavos, huyeron al instante. Tal es el relato de Herodoto, que tiene más visos de cuento que de verdad, y con el que también concuerda Justino,⁷ quien añade: “Todos los prisioneros fueron crucificados. Las mujeres que se sentían culpables, se dieron la muerte, unas por el hierro, otras sofocándose”. Dícese igualmente que los sindos, pueblo que en tiempo de Ammiano Marcelino, autor del siglo cuarto de la era cristiana, habitaban las costas del Ponto Euxino, fueron descendientes de esos esclavos sublevados.⁸

Cruelles fueron los escitas con los enemigos que mataban en la guerra. De los prisioneros que hacían inmolaban la centésima parte al dios Marte;⁹ los restantes eran esclavizados, y sus ocupaciones variaban según que sus amos eran escitas nómadas o agricultores. Aquéllos reventaban los ojos a todos sus esclavos para que no se distrajesen de sus tareas. Éstas consistían en ordeñar las yeguas, cuya leche era su bebida ordinaria. Echábanla en vasos de madera, y los esclavos la batían para recoger la parte que flotaba, pues tenía por mejor que la que se precipitaba. Muy curioso era el modo de que se servían los escitas para orde-

ñar sus yeguas. Introducíanles en sus partes naturales unos sopletes de hueso a manera de flautas, y unos esclavos soplaban en ellos con la boca, mientras otros ordeñaban. Y esto hacían por pensar que con el soplo se inflaban las venas de las yeguas y aflúa la leche a la ubre.¹⁰ Además de la crueldad que cometían los escitas nómadas reventando los ojos a todos sus esclavos, esta bárbara usanza debió de causarles algún embarazo, porque errantes de un punto a otro tenían que llevar consigo una muchedumbre de ciegos.

Las costumbres de los escitas no fueron conformes en todas partes, porque había entre ellos hombres muy feroces que comían carne humana, y otros al contrario que se abstendían aun de la de animales. Hablando Eforo de los escitas nómadas, dice que se distinguían de los demás por el amor a la justicia; que pasaban una vida muy frugal sin cuidarse de las riquezas; que todo lo poseían en común hasta las mujeres y los hijos, no formando sino una sola familia; y que no teniendo propiedad alguna, cuya conservación pudiera obligarlos a sacrificar su libertad, no estaban expuestos a ser vencidos ni subyugados por otros pueblos.¹¹

Si tal pintura de los escitas nómadas fue exacta cuando Eforo escribió, y aun otros griegos que le precedieron, necesario es reconocer que las costumbres de aquellos hombres cambiaron en tiempos posteriores, sin que por eso hubiesen nunca dejado de tener esclavos. Y a este propósito cumple citar las palabras de Strabón. “Todos los griegos consideramos a los escitas como hombres muy sencillos, incapaces de dañar, y con una vida mucho más frugal y más exenta de necesidades que la nuestra, a pesar del contagio del mal ejemplo; porque nuestro modo actual de vivir se ha extendido a casi todos los pueblos, y ha corrompido sus costumbres por la introducción del lujo y de los placeres, dándoles el deseo de adquirir, para satisfacerlos por medios ilícitos. Así es que gran parte de esta corrupción ha penetrado entre los pueblos bárbaros, y entre otros, de los nómadas. Desde que se aplicaron a la navegación, se han pervertido hasta el punto de robar y matar a los extranjeros, y por sus relaciones con diversas naciones han adoptado de ellas el lujo y el tráfico: dos cosas que si al parecer se encaminan a la civilización, corrompen las costumbres introduciendo entre los hombres la intriga en lugar de aquella sencillez de que acabamos de hablar”.¹²

Los esclavos escitas no permanecieron siempre bajo el yugo de la esclavitud, pues era ley o costumbre llevar algunos a la guerra, y si en ella se distinguían, no sólo era suyo lo que tomaban, sino que adquirían la libertad. Así aparece de la embajada del emperador Teodosio al feroz Atila en los años 448 y 449 de nuestra era, escrita por el sofista Prisco, que fue uno de los embajadores.¹³

Los reyes escitas no tenían esclavos comprados, porque a servirles como tales, estaban obligados todos los que de entre sus vasallos esco-

gían. A su muerte enterrábanse con ellos una de sus concubinas que antes era sofocada, un copero, un cocinero, un escudero, su ministro, caballos, las primicias de todas sus riquezas, copas de oro, y uno de sus esclavos. En el primer aniversario de su muerte celebrábanse sus exequias, y entonces sofocabáanse 50 de sus caballos más hermosos, y número igual de los esclavos que mejor les habían servido; y cada uno de éstos era montado sobre cada uno de aquéllos, colocándolos alrededor de la tumba.¹⁴ Esta bárbara costumbre existe todavía, pues inmólase gran número de esclavos en el entierro de los reyes tártaros descendientes de los escitas.¹⁵

Las invasiones y guerras que tan frecuentes fueron entre las antiguas naciones del Asia occidental, transformaron en esclavos porción considerable del género humano.

La historia del imperio asirio fue por largo tiempo una serie de tradiciones mitológicas; y los siglos que corrieron hasta su destrucción, quedaron envueltos en densas tinieblas que ahora empiezan a disiparse con los preciosos relieves que en nuestros días se han sacado de entre las ruinas de Nínive.

Tan grande es la divergencia de los autores acerca del origen de la monarquía asiria, que unos le dan casi 1 000 años más, y otros casi 1 000 años menos. No anduvo desacertado Strabón cuando dijo: “No podrá darse mucha fe a la historia antigua, sea de la Persia, sea de la Media, sea de la Siria [Asiria]: aquellos que la han escrito, eran muy crédulos, y tenían mucho gusto por los mitos. En efecto, viendo el gran éxito que habían tenido las obras de los mitógrafos puros, pensaron que sus propios escritos serían también agradables, si insertaban en ellos bajo la forma de historia verdadera, cosas que nunca habían visto, añadiendo además muchas que jamás habían oído contar, a lo menos por ningún testigo de vista, pues les bastaba que pudiesen agradar y sorprender. Así es que deberá darse más crédito a lo que Hesíodo, Homero y los trágicos nos dicen de los héroes antiguos, que a las narraciones de Ctesías, Herodoto, Helénico y de otros escritores semejantes”.¹⁶ Y, sin embargo, el mismo Strabón sigue en muchas partes de su obra a esos mismos escritores.

Nino, a quien se atribuye la fundación de Nínive, fue un príncipe muy guerrero. Subyugó la Babilonia, nación vecina, la Armenia y la Media; y alentado con estas conquistas extendiólas de un lado hasta las fronteras de Egipto, y de otro hasta la Bactriana, país que no obstante su índole belicosa dobló la cerviz a la coyunda extranjera.¹⁷ En tan sangrientas luchas que largos años duraron, ¿cuántos prisioneros no arrastrarían las cadenas de la esclavitud?

Guerrera fue también la famosa Semíramis, viuda de Nino; y aunque Megasthene y Strabón no creen en su expedición a la India,¹⁸ Diodoro

de Sicilia la admite, y asevera que hizo en ella 100 000 cautivos:¹⁹ número que yo no acepto por su extremada exageración.

Prescindiendo de conjeturas, los relieves encontrados en las ruinas de Nínive, no sólo representan los ejércitos, reyes y nobles acompañados en la guerra de muchos esclavos,²⁰ sino también esclavizando a los prisioneros y aun a las mujeres y niños de diferentes naciones.²¹ Es de advertir que todos aquellos no sufrían la esclavitud, porque unos morían empalados²² y otros degollados.²³ Aun parece que el mismo rey solía matar con sus manos algunos prisioneros, porque en esos relieves véseles arrodillados en su presencia, y a él con la punta de su lanza, clavada en el pecho o en la frente.²⁴

Nínive, capital inmensa, donde según la expresión del profeta Nahum, “había un lujo sin límites... y cuyos negociantes se multiplicaron en mayor número que las estrellas del cielo”,²⁵ ¿cómo no había de traficar en esclavos y poseer muchedumbre de ellos? Por el rostro imberbe y afeminado de algunas figuras representadas en los relieves de aquella ciudad se conoce, que los reyes se sirvieron de eunucos en la paz y en la guerra;²⁶ empero, todos no fueron esclavos, porque ora se les ve sentados a la mesa con los asirios,²⁷ ora mandando tropas,²⁸ ora en fin ejerciendo otras funciones incompatibles con la esclavitud.

El profeta Nahum predijo la ruina de Nínive,²⁹ y tan triste profecía se cumplió, desplomándose el vasto imperio de Asiria en el año 710 antes de la era cristiana bajo el afeminado y voluptuoso rey Sardanápalo, a quien destronó Artabace, nombrado por él, gobernador de la Media. Empuñó éste aquel cetro, y desde entonces el imperio de los asirios, llamados sirios por los griegos, pasó a los medos.³⁰

Éstos también tuvieron esclavos y antiguos historiadores mencionanlos expresamente.³¹ Considerable debió de ser su número, no sólo por haberse enriquecido los medos, sino por las grandes guerras que sostuvieron con los cadusios, valiente pueblo serrano que peleaba por su independencia, y con los saces, nación que subyugó diversos países asiáticos, y que más adelante fue exterminada por los persas.³² A los esclavos que tan porfiadas guerras les dieron, juntáronse los que obtuvieron del comercio, porque la Media estaba situada de manera que por ella pasaban en aquel tiempo las principales rutas comerciales del Asia.

Entre los babilonios todo influyó en fomentar la esclavitud. Corte espléndida de Semíramis y Nitocris, engrandecida por estas dos reinas, y colocada ventajosamente para ser el centro del comercio del Asia, Babilonia fue un magnífico emporio, donde acudieron a vender y comprar esclavos los traficantes de diferentes naciones.³³

Para servir en el palacio de Nabucodonosor fueron esclavizados algunos jóvenes hermosos de Judea, cuando los babilonios la invadieron por primera vez;³⁴ y como ellos fueron uno de los pueblos que oprimie-

ron y cautivaron a los hebreos, probable es, que a Babilonia se refiere el profeta Joel, cuando dice, que se daba un niño judío por una prostituta, y que se vendían las muchachas por vino para beber.³⁵

Una ley de Babilonia sometió todas las mujeres núbiles a una venta pública, cuyo acto describe Herodoto en los términos siguientes:

“La más sabia de todas, a mi juicio, es ésta, que también se halla entre los vénetos, pueblo de Iliria. En cada aldea, aquellos que tenían hijas casaderas, llevábanlas todos los años a un paraje donde se reunía al derredor de ellas muchedumbre de hombres. Un pregonero público las hacía poner en pie, y vendíalas todas, una después de otra: empezaba por la más hermosa, y después de haber obtenido por ella una suma considerable, pregonaba las que más se le acercaban; pero no las vendía sino a condición que los compradores las desposasen. Todos los babilonios ricos en edad núbil las pujaban, y compraban las más bellas. Como los hombres del pueblo que deseaban casarse tenían menos necesidad de mujeres hermosas, tomaban las más feas, con la plata que se les daba. En efecto, apenas había el pregonero concluido la venta de las bellas, que hacía levantar la más fea, o aquella que estaba lisiada, si la había; la pregonaba al más bajo precio, preguntando quién quería casarse con ella, y la adjudicaba a aquel que lo prometía. De este modo, la plata que provenía de la venta de las hermosas servía para casar las feas y lisias. Un padre no podía elegir esposo a su hija, y el que compraba una muchacha no podía llevarla a su casa sin dar fianza de que la desposaría; lo que le era permitido, luego que encontraba fiadores; pero si no se conseguían, la ley mandaba que la plata se devolviese. Permitíase también indistintamente a todos los de otra aldea el asistir a esa venta y comprar muchachas en ella”.³⁶

Estas ventas, en virtud de una ley que ya no regía en tiempo de Herodoto, no redujeron la mujer a verdadera esclavitud, porque el comprador, lejos de adquirir sobre ella los derechos de amo, debía tomarla por esposa; y si bien ésta vivía degradada en las naciones orientales, no lo fue en general tanto como las esclavas.

Celebrábanse anualmente en Babilonia, por espacio de cinco días, unas fiestas llamadas Saceas, de las que participaron los esclavos. Vestíase entonces de rey uno de ellos, y, según Beroso,³⁷ no sólo gobernaba la casa del amo, sino que éste le obedecía. De tales fiestas ninguna luz se derrama para conocer el tratamiento que se daba en Babilonia a los esclavos, porque pasadas que eran, éstos volvían a entrar en su normal condición.

La fuga es el consuelo que con frecuencia busca el esclavo contra la opresión del amo, y a ella acudió a veces el de Babilonia. Bajo la dominación efímera de Alejandro Magno, los caminos de aquella nación fueron puestos por él al cuidado de un hombre llamado Antigene o Antimene,

quien por 8 dracmas al año, aseguraba el esclavo prófugo al precio que el amo le fijara. Protegido de Alejandro, sacó Antigene grandes utilidades de esta empresa, porque no era él, sino el gobernador de la provincia, quien debía entregar al dueño el esclavo huido, o pagarle en dinero su valor.³⁸ Éste, a lo menos que yo sepa, es el único ejemplo que de semejantes seguros nos ha transmitido la historia.

La Lidia subyugó en otro tiempo casi todas las naciones del Asia Menor, si bien fue corta su dominación.³⁹ Creso, conquistador de aquellos países, tomó la ciudad de los lterios en Capadocia, y esclavizó sus habitantes, cuya suerte cupo a otros muchos de los vencidos, porque, al decir de Herodoto, no había entonces en Asia nación más valiente ni más belicosa que los lidios, quienes peleaban a caballo con largas picas, y eran diestros jinetes.⁴⁰

Fue la Lidia famosa por sus mercados de esclavos. Húbolos en Efeso y en Sardes, capital adonde acudían comerciantes de varias naciones, y aun pueblos nómadas.⁴¹

La gran ruta militar y mercantil que ponía al Asia Menor en comunicación con Susa, capital de la Persia, después que ésta conquistó la Media, pasaba por Sardes,⁴² y esta circunstancia influyó poderosamente en aumentar el número de esclavos. Hombres crueles hubo en ella que, arrastrados por el interés se entregaron a degradar la especie humana, y a Sardes se llevaban muchos niños, aun de familias principales, para ser castrados y vendidos. La historia nos ha conservado el recuerdo de la terrible venganza de un eunuco contra el hombre que lo había mutilado.

“Yo no conozco, dice Herodoto, ninguno que se haya vengado más cruelmente de una injuria que Hermotimo. Habiendo sido cogido por los enemigos, fue vendido a Panonio, de la isla de Chíos. Este hombre vivía de un tráfico infame: compraba muchachos bien formados, hacía los eunucos, y llevábalos después a Sardes y a Efeso, donde los vendía muy caros porque la fidelidad de los eunucos hácelos entre los bárbaros más preciosos que los otros hombres. Panonio, que vivía de este tráfico, hizo eunucos gran número de muchachos, y entre ellos a Hermotimo. Este Hermotimo no fue en todo desgraciado: conducido de Sardes al rey con otros presentes, llegó con el tiempo a obtener con Jerjes un favor más alto que todos los demás eunucos.

“Hallándose el rey en Sardes, y disponiendo sus tropas para marchar contra Atenas, Hermotimo fue por un asunto particular a Atarneia, cantón de la Misia, cultivado por los habitantes de Chíos, y allí encontró a Panonio. Habiéndolo reconocido, mostrole mucha amistad, empezando por enumerar todos los bienes que le había ocasionado, pasó después a los que él, agradecido, prometía hacerle, si quería ir con toda su familia a establecerse en Sardes. Complacido Panonio de estas ofertas, fue a casa de Hermotimo con su mujer y sus hijos. Cuando éste le tuvo en

su poder con toda su familia, le dijo: ‘¡Oh tú, el más criminal de todos los hombres, que ganas tu vida con la profesión más infame! ¿Qué mal te habíamos hecho yo y los míos, a ti o a alguno de los tuyos, para haberme privado de mi sexo y haberme reducido a no ser ya nada? ¿Te habías acaso imaginado que los dioses no tendrían conocimiento alguno de tu acción? ¡Criminal! por un justo castigo, ellos te han puesto entre mis manos por un lazo engañador; a fin que no puedas quejarte del castigo que te voy a dar’. Después de estos reproches, hízose traer los cuatro hijos de Panonio, y forzó a éste a que él mismo los mutilase. Viéndose Panonio obligado a ello, obedeció; y ejecutada esta orden, Hermotimo compelió los hijos a que hiciesen la misma operación a su propio padre. Así fue castigado Panonio, y vengado Hermotimo”.⁴³

Sobre las ruinas de la Media, de Babilonia y la Lidia, alzóse el gran imperio de los persas. Esclavos tuvieron ellos desde tiempo inmemorial, y aumentáronlos cuando rompiendo Ciro con su espada los estrechos límites que los encerraban al sur de Babilonia y de Susida, derramáronse en el siglo sexto antes de la era cristiana, hasta las costas del mar Eritreo, dilatándose también a casi toda el Asia entonces conocida.

Según la frase de Jenofonte, sometió Ciro tantas provincias, que sería difícil recorrerlas todas, partiendo de su capital, y marchando del oriente al occidente, y del septentrion al mediodía.⁴⁴ A usanza de la Antigüedad, Ciro esclavizó a los prisioneros de guerra,⁴⁵ y entre tantos ejemplos como pudieran citarse, mencionaré a los aliados que se ligaron con los lidios para sitiar a Sardes, a los habitantes de Priene,⁴⁶ a las mujeres y niños de Mileto, a los moradores de las islas de Chíos, Lesbos y Tenedos, y a cuantos cayeron en su poder en Naxos.⁴⁷ Ni a los prisioneros vencidos limitose la esclavitud, pues a veces también la sufrieron muchachas que se destinaban para los placeres del vencedor; conforme a las costumbres de los pueblos orientales.⁴⁸ Pero ese Ciro, tan guerrero y tan esclavizador; vez hubo en que se mostró generoso con algunos esclavos; y así aconteció cuando hizo publicar en su campamento que si entre los prisioneros asirios, sirios o árabes, había esclavos nacidos en Media, en Persia, la Bactriana, Caria, Cilicia, Grecia, o en cualquiera otro país de donde habían sido sacados por fuerza, todos se le presentasen. En efecto, muchedumbre de ellos acudió prontamente a Ciro, quien escogió a los mejor formados, díjoles que ya eran libres, que tomasen las armas que iba a darles, y que él proveería a todas sus necesidades.⁴⁹

Bajo de otros reyes siguieron los persas esclavizando a los prisioneros en las guerras posteriores que tuvieron.

Ya insinuamos en otra parte de esta historia que Cambises, uno de ellos, dominó el Egipto, nación que se levantó contra los persas reinando Artajerjes. Éste, para someterlos, preparó una escuadra y un ejército, dirigiolos contra las bocas del Nilo, y logrando entrar por la Mende-

siana, trabose una lucha sangrienta entre persas y egipcios, y después de haber éstos perdido mucha gente y prisioneros, los restantes se acogieron a la pequeña ciudad fortificada en aquella boca. Atacados allí, sucumbieron, y ellos y los habitantes de la ciudad fueron vendidos como esclavos.⁵⁰

En Eretría, una de las ciudades principales de la isla de Eubea, esclavizaron los persas, según las ordenanzas de Darío, a todos los moradores que cogieron, y hombres y mujeres fueron transportados a Susa, capital de la Susiana.⁵¹ Esclavitud también sufrieron los getas, pueblo el más valiente de la Dacia;⁵² y tan acostumbrados estaban los persas a esclavizar y castrar, que a los habitantes sublevados de la Jonia amenazáronlos con la esclavitud, y a sus hijos muchachos, con la castración.⁵³ A ella, por lo común, eran condenados los jóvenes hermosos, así como las muchachas más bellas, arrancadas de los brazos de sus madres, eran enviadas a los monarcas persas para satisfacer sus brutales pasiones.⁵⁴

Cruelos a veces fueron los persas con los prisioneros que esclavizaban; y Diodoro de Sicilia describe el horroroso espectáculo que al gran Alejandro se presentó al acercarse a Persépolis, corte antigua de la Persia.

“El rey proseguía así su camino, cuando a sus ojos se presentó un espectáculo tan extraño como espantoso; espectáculo que inspiraba horror contra sus autores y conmiseración por las víctimas desgraciadas. El rey vio venir hacia él casi 800 griegos, vestidos de suplicantes, que habían sido condenados a esclavitud por los antecesores de Darío. Estos infelices, la mayor parte de avanzada edad, estaban todos mutilados: unos tenían las manos cortadas, otros los pies, y otros las orejas y la nariz: a los que sabían algún oficio o industria, dejáronseles solamente los miembros necesarios para el ejercicio de su profesión. La vista de todos estos desgraciados, respetables por su edad y por sus padecimientos, excitó en el más alto grado la compasión de Alejandro, quien no pudo retener sus lágrimas. Todos le suplicaban con fuertes clamores que aliviase sus males. El rey llamó a los jefes de esta gente. Prometioles que tendría mucho cuidado de ellos, y en su magnanimidad pensaba restituirlos a su patria. Pero estos infelices, después de haberse reunido y consultado entre sí, declararon que preferían quedarse donde estaban que tornar a su tierra. ‘Porque, decían ellos, vueltos a nuestro país, seremos dispersados en diferentes ciudades, y nuestra miseria no será en todas partes sino objeto de burla. Al contrario, viviendo en común, y teniendo todos la misma suerte, hallamos en nuestro infortunio recíprocos consuelos’ ”. Tal fue la respuesta que ellos dieron al rey, suplicándole solamente que les dispensase protección.⁵⁵ Y en efecto, Alejandro se la dispensó, haciéndoles muchos regalos, eximiéndolos de todo impuesto, y mandando a los gobernadores que cuidasen de que nadie les hiciese el menor daño.

A excepción de la Arabia, siempre defendida por sus desiertos, el vasto imperio de los persas extendióse desde el Indo y el Yaxartes hasta la Etiopía, el Egipto y las fronteras de Arabia. Tan dilatada monarquía hundióse con la caída de Darío III; y en el espacio de más de dos centurias que duró, ¿quién podrá calcular el número de personas libres condenadas a esclavitud?

Como las conquistas de la Persia reunieron bajo de una sola mano muchos pueblos diferentes, y los sátrapas o gobernadores de las provincias, lo mismo que los ricos, imitaron el lujo de la corte, aumentóse extraordinariamente el número de esclavos. Destinóseles, pues, no sólo al servicio doméstico y ocupaciones pastoriles, agrícolas e industriales; mas, también, si eran eunucos, a la custodia de los harenes y a la saciedad de las lúbricas pasiones del amo. Al voluptuoso Aunaro, uno de los prefectos regios, cantábanle y bailábanle mientras cenaba 150 esclavas.⁵⁶ Lujo más grande ostentaron todavía algunos reyes, pues tenían hasta 300 esclavas, que pasaban las noches cantando y tocando la cítara.⁵⁷ Cuando Parmenion, general de Alejandro, entró en Damasco, apoderose del bagaje de Darío III, y entre los esclavos de su séquito encontró 40 perfumistas, 66 tejedores de coronas, 17 preparadores de bebidas, 70 filtradores de vino, 13 pasteleros, 306 pinches y cocineros, y 329 músicos.⁵⁸

Algunos de los países conquistados pagaron al monarca persa un tributo en esclavos. Los etíopes le enviaban, entre otras cosas, cinco jóvenes cada tres años.⁵⁹ Los pueblos de la Cólquida y otros que habitaban hasta el monte Cáucaso, hacíanle cada cinco años un regalo de 200 jóvenes, mitad hembras y mitad varones;⁶⁰ y Babilonia y Asiria contribuyeron también anualmente con 1 000 talentos de plata y 500 jóvenes eunucos.⁶¹ No fue la custodia de los harenes, como generalmente se cree, el único motivo que para servirse de ellos tuvieron los persas y otros pueblos orientales. Razones de diferente naturaleza indujéronlos a ello, y curiosas son las que pone Jenofonte en boca de Ciro, fundador de la gran monarquía persa.

Pensaba éste que nunca se debe contar con la fidelidad de un hombre que quiere más a otro que a aquel a quien está encargado de custodiar; y que los que tienen mujeres con las que viven bien, o hijos, u otros objetos de su amor, naturalmente prefieren éstos a otro cualquiera. No sucede así con los eunucos, porque, privados de tales afectos, se consagran sin reserva a las personas que pueden enriquecerlos, proteger contra la injusticia y elevar a los honores. Además, como son ordinariamente despreciados, y no hay hombre que no quiera sobreponérseles, necesitan de un amo que los defienda.

Ciro juzgaba que los eunucos fieles no eran indignos de ocupar un puesto importante en la sociedad. Tampoco admitía que fuesen cobardes según la opinión común, y fundábase en el ejemplo de los animales.

Los caballos fogosos que se mutilan, ya dejan de morder y parecen menos fieros; sin embargo, no son menos aptos para la guerra. Los toros pierden su ferocidad; pero sufren el yugo sin detrimento alguno de sus fuerzas para el trabajo; los perros son menos propensos a dejar a sus amos; mas, no por eso son menos buenos para la guardia o para la caza. Lo mismo acontece con los hombres a quienes se quita la fuente de sus deseos; ellos quedan más tranquilos; pero no están menos prontos a ejecutar lo que se les manda, ni son menos ágiles para montar a caballo y lanzar el dardo, ni menos ávidos de gloria. Por el contrario, ellos muestran diariamente por su ardor en la guerra y en la caza, que la emulación no se ha apagado en su alma. En cuanto a su fidelidad, pruebas han dado, sobre todo a la muerte de sus amos, y jamás servidor se ha mostrado más sensible a las desgracias de ellos. Por último, dice Ciro, aun suponiendo que los eunucos hubiesen perdido alguna cosa de su vigor, ¿no iguala el hierro en una batalla los débiles a los más fuertes?⁶²

Signo de inferioridad social fue el traje que vistieron los esclavos en las naciones de la Antigüedad, y sin que yo pueda describirlo para los persas, porque nada dicen acerca de él los autores que he consultado, es inconcuso que lo tuvieron, pues Ciro más de una vez envió a campamentos enemigos espías disfrazados como esclavos.⁶³

Duro fue el tratamiento que les dieron los persas. Herodoto menciona una ley que prohibía al amo castigar cruelmente al esclavo por una sola falta; pero si éstas se repetían y llegaban a ser de más consideración que sus servicios, entonces el amo podía entregarse a todos los impulsos de su cólera.⁶⁴ “Los persas, dice Ammiano Marcelino,⁶⁵ son astutos, orgullosos y crueles. Arróganse el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y oscuros plebeyos. Desuellan vivos a los hombres, arrancándoles la piel entera o a pedazos y los esclavos que les sirven a la mesa no pueden abrir la boca ni aun para respirar, porque todos tienen una mordaza”.

Pero el rigor de la esclavitud hubo de templarse, a lo menos para muchos esclavos, cuando enervados los persas y perdidas sus virtudes marciales, se pusieron en manos serviles las armas que habían de defender el imperio.

“Hoy, dice Jenofonte, los grandes, con el fin de aprovecharse del sueldo, transforman en soldados de caballería a sus porteros, panaderos, cocineros, coperos y bañadores; a los criados de mesa; a los que los acuestan, despiertan, visten, frotan y perfuman; en una palabra, a los que cuidan de su adorno y elegancia”.⁶⁶ Armados desde entonces muchos esclavos, no es probable que se hubiesen dejado maltratar por amos afeminados, porque contra ellos hubieran vuelto las armas que se les habían dado para defensa de la nación.

Parthytaei es el nombre que siempre dio Strabón a los partos, y el de *Parthya* a la Partia propiamente dicha. Muy débil al principio, fue

poco a poco creciendo este país hasta convertirse en nación poderosa, que subyugó a otras y se sobrepuso a los mismos persas que dominaban gran parte del Asia.

Esclavos tuvo en las diversas épocas de su vida, y éstos se multiplicaron, no sólo por la reproducción, sino porque nadie podía libertarlos,⁶⁷ bien que la tiranía del gobierno, y especialmente la guerra, fueron el manantial más fecundo de esclavitud. El rey Evemero, hircano de origen, sobrepujo en crueldad a todos los tiranos conocidos, según la expresión de Diodoro de Sicilia, y esclavizó bajo los más leves pretextos a muchas familias de Babilonia, enviándolas a la Media para aprovecharse del precio de su venta.⁶⁸ Tan grande fue la muchedumbre de esclavos, que si damos crédito a Plutarco, parto opulento hubo que los poseyó a millares;⁶⁹ y el célebre Surena, que tan funestos días dio a Roma, pudo con ellos y sus vasallos formar una escolta de 10 000 hombres. Educábanse como los hijos de los partos; y como de ellos se componía casi todo el ejército, enseñábaseles a montar y a manejar el arco. Así fue que, cuando Antonio invadió a la Partia, de 50 000 soldados de caballería que contra él pelearon, sólo 400 eran libres.⁷⁰

Armados en Partia los esclavos, suave debió de ser la esclavitud, porque, tratados con rigor, se hubieran alzado contra sus amos. Pudo ser también que hubiesen los partos tenido dos especies de esclavos; unos para la milicia, y otros para el servicio personal, y que a éstos no se les hubiese tratado del mismo modo que a los primeros. Pero esta conjetura carece de pruebas, porque no he hallado autoridad alguna en qué apoyarla.

Dos enemigos formidables encontró Roma en sus conquistas: los partos en Oriente, y los cartagineses en Occidente.

Del tronco fenicio nació Cartago nueve siglos antes de la era cristiana, y cuando de la fundación de Roma contábanse solamente 72 años. La piratería tan común en aquellos tiempos dio al principio esclavos a Cartago, y en las numerosas guerras que sustentó, veces hubo en que dejó libres a los prisioneros, o incorporolos en sus ejércitos. Así aconteció, entre otros casos que pudieran citarse, cuando Cartago invadió la Iberia, pues el general Amilcar, vencedor de los españoles, agregó a sus tropas 3 000 de los prisioneros, dando libertad a más de 10 000.⁷¹ No fue ésta por lo común la suerte que les cupo, porque eran condenados a muerte o a esclavitud.

Con los cadáveres de sus enemigos, crueles fueron los cartagineses, pues acostumbraban mutilarlos, llevando unos como trofeo un cinturón de manos alrededor de su cuerpo, y otros clavando cabezas en las puntas de sus picas y dardos.⁷²

Situada Cartago en la costa septentrional de África, en el golfo que llevaba su nombre y que hoy se llama Túnez, no fue menos belicosa que

mercantil. Guerras victoriosas sostuvo con los nómadas, moros y otros pueblos de aquel continente,⁷³ y el yugo de la esclavitud impuso a muchos de sus prisioneros. Ni limitó aquella república el teatro de sus hazañas a las regiones africanas, que también llevó sus armas a países europeos. Deseando dominar el Mediterráneo, ocupó las islas Baleares, la de Cerdeña y la mayor parte de Sicilia; bien que en su primera tentativa contra ella en 480 antes de Cristo sufrió grandes desastres.⁷⁴ Mas, repuesta de sus quebrantos continuó la guerra, y después de haber sus tropas cometido espantosa matanza en las ciudades de Celinonte y de Himere tomadas por asalto, esclavizaron muchos millares de hombres, mujeres y niños.⁷⁵

Cuando el gran Aníbal triunfó en España de la resistencia heroica de Sagunto, asentada cerca del sitio en que hoy se halla la pequeña ciudad de Murviedro, repartió como esclavos entre muchos de sus soldados a los prisioneros españoles.⁷⁶ Tal es la aseveración de Polibio; mas, Diodoro de Sicilia afirma que los habitantes de Sagunto, incluso niños y mujeres, todos perecieron en aquel sitio inmortal.⁷⁷ Si esto fue así, no pudo haber prisioneros; pero yo creo más conforme a la verdad el testimonio de Polibio, porque con él concuerdan Tito Livio⁷⁸ y otros historiadores aun españoles como el jesuita Mariana.⁷⁹

Cartago en sus guerras sirvióse de extranjeros, y sus ejércitos se formaron de españoles, celtas, baleares, libios, fenicios, ciudadanos de Cartago, ligures, y a veces aun de esclavos semi-griegos.⁸⁰ Los soldados de las islas Baleares, que eran entonces los mejores honderos conocidos,⁸¹ y por lo que les dieron los romanos aquel nombre, luego que concluían su servicio, tornaban a ellas; pero todo el dinero que ganaban invertíanlo en comprar a los cartagineses vino y mujeres, de las que eran tan apasionados, que si los piratas les robaban alguna, daban por rescatarla hasta tres y cuatro esclavos varones.⁸²

Cartago y Roma rivales desde temprano, y temiéndose mutuamente, procuraron vivir en paz, a lo menos por algún tiempo. Hicieron al intento algunos tratados, y en el segundo celebrado en el año 348 antes de la era cristiana, ajustose entre otras cosas, que si los cartagineses tomaban alguna ciudad latina no sometida a los romanos, adquirirían para sí los bienes y las personas que cogieran, pero restituirían la ciudad; y que si hacían prisioneros algunos hombres de los pueblos unidos a Roma por alianza, sin vivir bajo sus leyes, no estarían obligados a llevarlos a ningún pueblo romano; pero si a él arribaban, y algún romano ponía la mano sobre los cautivos, éstos quedaran entonces completamente libres. Lo mismo se pactó para los romanos.⁸³

La dominación de Sicilia fue el origen de la primera guerra entre Cartago y Roma, no obstante los tratados anteriores. Veían los romanos que los cartagineses señoreaban gran parte del África y de España;

que disponían de todas las islas derramadas en el mar de Cerdeña y de Tirrenia, y temían que si se apoderaban de toda la Sicilia, serían para ellos enemigos formidables, pues asediarían a Roma por todas partes, amenazando incesantemente la Italia entera. Al cabo de largas deliberaciones, el Senado romano declaró la guerra a Cartago, y ésta fue la primera que con el nombre de púnica menciona la historia. Después de un sangriento combate naval en que Roma venció a Cartago en su propio elemento, el cónsul Régulo invadió los campos del territorio cartaginés, y en ellos encontró tantos esclavos empleados en la agricultura que envió a Roma más de 20 000.⁸⁴

Si en esta ocasión Cartago perdió tan considerable número de esclavos, el famoso Aníbal llevando sus armas al corazón de Italia, esclavizó muchos romanos, bien que no pudo enviarlos a su patria.

El comercio fue también para Cartago otro manantial fecundo de esclavos, pues tuvo vastas relaciones con diversos países africanos.

Las ciudades y plazas mercantiles, situadas desde la Sirte Mayor hasta las columnas de Hércules, todas pertenecieron a los cartagineses.⁸⁵ Además, el viaje de Hannón, cuya relación se conservó en Cartago en el templo de Cronos, y de la que existen traducciones en varias lenguas, hízose por orden del Senado de Cartago, con el objeto de fundar colonias en la costa occidental de África. Desde entonces, los cartagineses establecieron factorías al sur de la ciudad de Lixus (hoy Larraís), y del cabo Coter,⁸⁶ de donde traficaron con pueblos negros,⁸⁷ y con los países auríferos⁸⁸ que empezaban en las inmediaciones del Senegal. Como los cartagineses y aquellos negros no podían entenderse por palabras, curioso es el modo de que se servían para comerciar unos con otros. Oigamos a Herodoto.

“Los cartagineses dicen que más allá de las columnas de Hércules hay un país habitado donde ellos van a comerciar. Cuando llegan a él, desembarcan sus mercaderías y las colocan a lo largo de la playa: después vuelven a sus naves en las que hacen mucho humo. Los naturales del país, luego que lo perciben, acuden a la costa del mar, y después de haber puesto allí oro como precio de las mercancías, se alejan. Los cartagineses salen entonces de sus embarcaciones, examinan la cantidad de oro que se ha traído, y si les parece corresponder al precio de sus mercancías, lo toman y se van. Pero si no lo consideran suficiente, vuelven a sus naves en donde permanecen tranquilos. Los otros acuden de nuevo, y agregan alguna cosa, hasta que los cartagineses estén contentos. Jamás se engañan unos a otros. Los cartagineses nunca tocan el oro, a menos que no haya la cantidad equivalente al valor de sus mercancías; y los del país no se las llevan antes que los cartagineses hayan cogido el oro”.⁸⁹

Cierto que Herodoto solamente habla de oro, y que Escílax no menciona esclavos entre las mercancías que los cartagineses recibían de los

negros con quienes traficaban en la isla de Cerné.⁹⁰ Pero este silencio no es prueba bastante para concluir que de allí no los sacaban; y aun cuando lo fuese, ¿no los exportarían de otras partes, cuando tantos puntos ocuparon así en el occidente como en el septentrión de África?

Ya hemos apuntado al tratar de la esclavitud en Egipto, que los garamantes, según Herodoto, se divertían cazando en cuadrigas a los trogloditas-etíopes.⁹¹ ¿Y a quién pudieron con más facilidad venderlos que a los comerciantes cartagineses? Muchos viajeros modernos confirman el testimonio de Herodoto, pues Bilma aún está poblada en gran parte de negros indígenas; y la caza de hombres practicase todavía anualmente por orden del sultán de Fezzán, no en cuadrigas como antiguamente, sino a pie y a caballo. Vez ha habido en que estas correrías han dado 18 000 esclavos entre viejos, jóvenes, mujeres y niños. Las tribus nómadas africanas que desde la Antigüedad se movieron entre la grande y la pequeña Sirte, atravesaban con sus caravanas el desierto de la Libia, penetraban en diversos países, y a su retorno introducían esclavos negros en el territorio de Cartago.

Tan crecido número de esclavos llevaron a Cartago la guerra y el comercio, que ciudadano hubo que los poseyó a millares. Cuando el opulento Hannón intentó usurpar la potestad suprema en Cartago, levantó los esclavos y armó 20 000, bien que no pudo lograr su objeto, por haber sucumbido en tan osada tentativa.⁹² Los amos cartagineses emplearon muchos en el servicio doméstico, en las artes, y sobre todo en la agricultura a la que dieron grande importancia aquellos ciudadanos, pues las más distinguidas familias vivían del producto de sus tierras. Tan adelantado estaba el cultivo en Cartago, que la obra de Magón sobre la agricultura escrita en 28 libros, no sólo merecía los elogios de los romanos, aunque implacables enemigos de Cartago, sino que fue traducida en latín por orden del Senado de Roma. Varrón la considera como la obra más importante sobre agricultura que hasta su tiempo existía, y Columela no vacila en llamar a Magón, padre de la economía rural.⁹³

Fue la España una tierra llena de excelentes minas, y al decir de Strabón, en ningún país del mundo se había encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tan grande cantidad, ni de semejante calidad.⁹⁴

Apoyan el testimonio de Strabón autores respetables de la Antigüedad; y apoderándose que hubieron los cartagineses de gran parte de España, diéronse a beneficiar sus ricas minas de plata destinando a su laboreo muchedumbre de esclavos, cuya suerte fue no menos deplorable que la de aquellos que se emplearon en las de oro del Egipto.⁹⁵

Si los ciudadanos cartagineses tuvieron esclavos para su servicio y empresas, el Estado poseyolos también, empleando unos como soldados en sus ejércitos, y otros en mayor número como remadores en sus escuadras, pues al efecto los compraba.⁹⁶ Extraordinaria debió de ser la

cantidad de estos marinos. En el combate naval que entre Roma y Cartago se dio en las aguas de Sicilia al principio de la primera guerra púnica, aquélla presentó 330 naves tripuladas cada una por 120 guerreiros y 300 remadores; es decir, un total de 39 600 de aquéllos y 99 000 de éstos. Cartago llevó a aquel combate 350 galeras, algunas quinquerremes con más de 150 000 hombres; o sea, más de 428 cada una. Suponiendo que esta escuadra hubiese tenido igual número de remadores que la de Roma, resultará un total de 105 000 esclavos, pues tales eran los que empleaba Cartago para semejante servicio. Muy posible es que no lo fueran todos los remadores; pero aun así, su número siempre sería considerable.

Suerte más horrible que la de la guerra cupo a ciertos esclavos en Cartago, porque los inmolaba el sanguinario rito de su religión. Por una bárbara costumbre heredada de los fenicios, sus progenitores, los cartagineses sacrificaban a Saturno los hijos de las familias principales de Cartago. “Había entre ellos, dice Diodoro de Sicilia, una estatua de bronce que representaba a Cronos (Saturno) con las manos extendidas e inclinadas hacia la tierra; de manera que el niño colocado en ellas rodaba y caía en un abismo lleno de fuego”.⁹⁷

Este pasaje de Diodoro recuerda el culto que los cananeos tributaron a Moloch, divinidad que entre ellos representaba al planeta Saturno, llamado Kewan en la astrología oriental. Niños eran las víctimas, y todos perecían devorados por el fuego.⁹⁸

En las calamidades públicas inolábase a Moloch los hijos de los ciudadanos más poderosos. Las madres debían presenciar el sacrificio y permanecer impasibles, sin derramar una lágrima ni exhalar un suspiro; y para que ni ellas ni los espectadores oyese los lamentos de la víctima, los sacerdotes los atronaban con el ruido de sus tambores. Según los rabinos, la estatua era de bronce; calentábase por debajo, y cuando sus manos extendidas estaban ya incandescentes, entonces se ponía el niño en ellas y moría en los más horribles tormentos. Comparando esta cruel ceremonia con la de los cartagineses, y reflexionando que éstos traían su origen de los fenicios, pueblo cananeo, es muy fundado creer que el culto que ellos rindieron a Saturno, fue el que sus progenitores tributaron a Moloch.⁹⁹

El comercio de los cartagineses con los griegos y sicilianos, hízoles adoptar nuevas divinidades, y en vez de los hijos de las familias más poderosas, ya no sacrificaron sino niños que ocultamente compraban.¹⁰⁰ Renovose la desusada costumbre con las inmensas desgracias que sobre Cartago cayeron durante sus guerras con Sicilia. Agatocles, tirano de ella, vencido por los cartagineses y abandonado de sus aliados por su rigurosa conducta, resolvió transportar a Cartago el teatro de la guerra. “¡Maravillosa audacia, exclama Justino, la de un hombre que no pudien-

do luchar en su propia tierra con su enemigo, va a atacarle en sus hogares, y que vencido insulta a su vencedor!"¹⁰¹ En tan crítica situación, Agatocles escoge 1 600 ciudadanos en Siracusa, apodérase de todos los esclavos de ella en edad de tomar las armas, libértalos, y embarcándose con ellos, invade el territorio de Cartago. Sorprendida esta república con tan inesperada invasión, Agatocles le ocasionó terribles males, y los cartagineses atribuyeron sus desgracias a la cólera de Saturno, porque en vez de sus antiguas víctimas, ya no se le inmolaban sino niños esclavos furtivamente comprados. Para aplacar aquella divinidad ofendida, fuéronle sacrificados entonces 500 niños, siendo 200 de las más nobles familias de Cartago.¹⁰²

Estos acaecimientos precedieron a la primera guerra púnica; pero así entonces, como en todas las vicisitudes posteriores, Cartago siempre tuvo esclavos, y cuando llegó la hora fatal de su destrucción por el ejército romano, la historia menciona que no solamente las libres cartaginesas, sino también las esclavas se cortaron sus cabellos para tejer cuerdas que sirviesen a la heroica defensa de tan desventurada ciudad.¹⁰³

Aunque la esclavitud existió en todas las naciones, cuya imperfecta historia acabo de trazar en los tres primeros libros de esta obra, no es posible apreciar en su justo valor la influencia que en cada una de ellas ejerció, porque se carece de documentos, historias y otras noticias bastante ciertas para llegar, no ya a la verdad que se busca, pero ni siquiera a un verosímil resultado.

Si entre aquellas naciones hubo algunas en que la esclavitud fue uno de los elementos de su existencia, hubo también otras en que ella fue materia tan secundaria, que aunque hubiera desaparecido, ni habría ocasionado daños graves, ni menos comprometido la existencia de aquellos pueblos. A esta diferencia fundamental juntáronse las instituciones políticas y religiosas de cada nación, sus diversos usos y costumbres, el mayor o menor número de sus esclavos, y el buen o mal trato que se les dio.

En el Egipto y la India, donde la población se dividió en castas, hubo algunas de éstas exclusivamente destinadas a los trabajos materiales; y si bien existió en aquellas dos naciones la verdadera esclavitud, ésta no formó parte esencial de su organización política; y por lo mismo, los males de la esclavitud no debieron sentirse con la fuerza que en los pueblos diversamente constituidos.

En situación todavía más ventajosa se encontró la China, porque habiéndose engrandecido sin esclavos, éstos no empezaron a existir sino muy tarde. Su número comparado con la inmensa población de la China fue siempre tan insignificante, que salvo los períodos en que los eunucos gozaron de gran privanza en la corte, poco o ningún influjo debe darse a los demás esclavos en los acontecimientos prósperos o adversos

de aquel imperio, ora sean puramente materiales, ora morales o políticos. Aun los mismos males que aquellos eunucos acarrearón en las épocas de su grande poderío, y aun suponiendo que todos ellos hubiesen sido esclavos, todavía pendieron menos de la naturaleza de la esclavitud que de la índole esencialmente despótica del gobierno chino, porque sin ella jamás hubieran podido aquellos hombres degradados tomar la preponderancia que adquirieron, ni cometer las demasías y crueldades a que se entregaron.

En situación contraria se hallaron los pueblos donde la esclavitud echó extensas y profundas raíces, porque muy expuestos estuvieron a sufrir las fatales consecuencias de tan perniciosa institución. Cuéntanse en tal número los fenicios, que habiendo sido después de Roma los mayores traficantes de esclavos en toda la Antigüedad, inundaron con ellos sus campos y ciudades, ocasionando su muchedumbre revoluciones y calamidades en Fenicia.¹⁰⁴

Cartago también sufrió las peligrosas consecuencias de la excesiva muchedumbre de sus esclavos, pues no faltó ambicioso ciudadano que, valiéndose de ellos, intentara destruir la república y usurpar la soberanía nacional.¹⁰⁵

A la inmensa distancia en que hoy nos hallamos de unas naciones que, salvo la India y la China, todas han desaparecido ya de la sobrehaz de la tierra, necia pretensión sería querer juzgar con exactitud del influjo que en ellas ejerció la esclavitud. Lo único que puede decirse sin temor de equivocarse es, que envilecido el esclavo por su triste condición, su alma está más dispuesta al vicio que a la virtud; y que su contacto más o menos estrecho con el amo, puede engendrar en el carácter de éste y su familia males de muy diversa trascendencia. Pero cuando de estas consideraciones morales inherentes a la naturaleza de la esclavitud en todos los países, se quiere pasar a medir con precisión los efectos que ella produjo en la agricultura, en las artes, en las letras, en las públicas costumbres y en las instituciones políticas de las antiguas naciones a que me refiero, todo cuanto sobre esto se escriba, no será más que vagas y aventuradas conjeturas, aseveraciones sin pruebas y errores, engalanados con visos de verdad.

Notas

- 1 Strab., lib. I, cap. II, § 8, y lib. XI, cap. VIII, § 1.
- 2 Herod., lib. IV, cap. XLVIII a LVIII.
- 3 Strab., lib. II, cap. I, § 4, y cap. IV, § 6 y 9.

- 4 Strab., lib. VII, cap. IV, § 1; cap. V, § 1 y 2, y lib. XI, cap. II, § 3.
- 5 Diod. Sic., lib. II, cap. XLIII.
- 6 Herod., lib. I, cap. CIV a CVI, y lib. IV, cap. I y XII. Diod. Sic., lib. II, cap. XLIII.
- 7 Herod., lib. IV, cap. III y IV. Justin., lib. II, cap. V.
- 8 Ammian. Marcel., lib. XXII, cap. VIII.
- 9 Herod., lib. IV, cap. LXII.
- 10 Herod., lib. IV, cap. II.
- 11 Eforo citado por Strabón en el libro VII, capítulo III, § 7.
- 12 Strab., lib. VII, cap. III, § 6.
- 13 La relación de esta embajada se insertó en *Excerpta Legationum*, tomo I de la Colección de los Historiadores Bizantinos.
- 14 Herod., lib. IV, cap. LXXI y LXXII.
- 15 Huc, *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie pendant les années 1844, 1845 et 1846*, tom. I, cap. III.
- 16 Strab., lib. XI, cap. VIII, § 2.
- 17 Diod. Sic., lib. II, cap. I, II, VI y VII. Justin., lib. I, cap. I.
- 18 Strab., lib. XV, cap. I, § 2.
- 19 Diod. Sic., lib. II, cap. XVIII.
- 20 *Layard's Nineveh and its Monuments*, tom. II. Edición de Londres en 1849.
- 21 *Layard's Nineveh and its Monuments*, láminas 20, 23, 24, 30, 58, 61, 63, 68, 70, 77, 78 y 83, y también en la serie 2ª publicada en 1853, láminas 18, 19, 22, 23, 26 a 31 y 33 a 37. Botta, *Monuments de Ninive, etc.*, impreso en París en 1850, en las láminas 14, 68, 80, 81, 82, 85, 92, 116, etc.
- 22 *Layard's Monuments Níniv.*, lám. 63, y lám. 21 de la 2ª serie.
- 23 Ídem, lám. 63. Botta, lám. 90 y 100.
- 24 Botta, lám. 80, 83 y 118.
- 25 Nahum, cap. II, vers. 9, y cap. III, vers. 16.
- 26 Botta, lám. 10, nº 9, 13, 22, 23 y 24; lám. 25, nº 3 y 4; lám. 30, etc. *Layard's Monuments of Níniv.*, lám. 2, 5, 12, 15, 17, 20, 23, 53, 54, 59, 63, 72, 77, 80 y 82.
- 27 Botta, lám. 58, 60, 61, 64 y 65. Cuando Botta descubrió los relieves representados en estas láminas, todas las figuras de los eunucos estaban enteras; pero como no fueron copiadas sino algún tiempo después, se deterioraron tanto que el dibujante ya no pudo representarlas distintamente en las láminas.
- 28 *Layard's*, lám. 16 y 58.
- 29 Nahum, cap. III.
- 30 Herod., lib. I, cap. XCV y CVI. Diod. Sic., lib. II, cap. VII y XXI. Justin., lib. I, cap. III. Strab., lib. XI, cap. XVIII, § 3.
- 31 Herod., lib. I, cap. CX. Justin., lib. I, cap. V y VI.
- 32 Diod. Sic., lib. II, cap. XXXIII y XXXIV. Strab., lib. XI, cap. XI, § 2, y cap. XVIII, § 2.
- 33 Apocalipsis de San Juan, cap. XVIII, vers. 11 a 13.
- 34 Daniel, cap. I, vers. 3, 4 y 5.
- 35 Joel, cap. III, vers. 2 y 3.

- 36 Herod., lib. I, cap. CXCVI. Strab., lib. XVI, cap. I, § 16.
- 37 Berosus, lib. I. *Babylonicorum en Athen.*, lib. XIV, p. 639.
- 38 Aristóteles, *Economic.*, II.
- 39 Herod., lib. I, cap. XXVIII y XXIX. Strab., lib. XV, cap. III, § 14.
- 40 Herod., lib. I, cap. LXXVI y LXXIX.
- 41 Plin., *Hist. Nat.*, lib. V, cap. XXX.
- 42 Herod., lib. V, cap. LII a LIV.
- 43 Herod., lib. VIII, cap. CV y CVI.
- 44 Jenofonte, *Ciropedia o Historia de Ciro*, lib. I, cap. I.
- 45 Jenof., *Cirop.*, lib. III, cap. I y III; lib. IV, cap. v; lib. V, cap. v, y lib. VII, cap. I, IV y V.
- 46 Herod., lib. I, cap. CLVI y CLXI.
- 47 Herod., lib. VI, cap. XVIII, XIX, XXXI y XCVI.
- 48 Jenof., *Cirop.*, lib. V, cap. I y V, y lib. VI, cap. IV.
- 49 Jenof., *Cirop.*, lib. IV, cap. V.
- 50 Diod. Sic., lib. XV, cap. XLI y XLII.
- 51 Herod., lib. VI, cap. XCIV, CI y CXIX.
- 52 Herod., lib. IV, cap. XCH.
- 53 Herod., lib. VI, cap. IX y XI.
- 54 Herod., lib. VI, cap. XXXII.
- 55 Diod. Sic., lib. XVII, cap. LXIX, parte 2ª.
- 56 Ctesías en Athen., lib. XII, p. 530.
- 57 Heracleides Cameus en Athen., lib. XII, p. 514.
- 58 Athen., lib. XII.
- 59 Herod., lib. III, cap. XCVII.
- 60 Ídem, ibíd., ídem.
- 61 Herod., lib. III, cap. XCH.
- 62 Jenof., *Cirop.*, lib. VII, cap. V.
- 63 Jenof., *Cirop.*, lib. VI, cap. II.
- 64 Herod., lib. I, cap. CXXXVII.
- 65 Ammian. Marcel, lib. XXIII, cap. VI.
- 66 Jenof., *Cirop.*, lib. VIII, cap. VIII.
- 67 Justin., lib. XLI, cap. II.
- 68 Diod. Sic., *Fragmentos*, lib. XXXIV.
- 69 Plutarco, *Vida de Craso*, § 26.
- 70 Justin., lib. XLI, cap. II.
- 71 Diod. Sic., *Fragmentos*, lib. XXV.
- 72 Diod. Sic., lib. XIII, cap. LVII. Costumbre semejante a la de los cartagineses siguieron los antiguos galos, quienes cortaban la cabeza a sus enemigos vencidos, y la colgaban al pescuezo de sus caballos. Si aquéllos eran de los más afamados, la embalsamaban con aceite de cedro, conservábanla cuidadosamente en una caja, y enseñábanla con orgullo a los extranjeros, gloriándose de que ni sus padres ni ellos habían querido vender estos trofeos por mucho oro y plata que se les hubiera ofrecido. Diod. Sic., libro V, cap. XXXIX.

- 73 Strab., lib. XVII, cap. II, § 13. Justin., lib. XIX, cap. II.
- 74 Diod. Sic., lib. XI, cap. XX a XXVI.
- 75 Diod. Sic., lib. XIII, cap. LVII y LXII.
- 76 Polibio, lib. III, cap. XVII.
- 77 Diod. Sic., *Fragm.* del lib. XXV.
- 78 Tito Livio, *Hist. Rom.*, lib. XXI, cap. XV.
- 79 Mariana, *Hist. de España*, lib. II, cap. IX.
- 80 Diod. Sic., lib. XIII, cap. LXXX; *Fragm.* del lib. XXV, y en otros lugares. Polib., lib. I, cap. XVII, y lib. VI, cap. LII.
- 81 Sobre los honderos baleares, véase el apéndice nº XX.
- 82 Diod. Sic., lib. V, cap. XVII.
- 83 Polib., lib. III, cap. XXIV.
- 84 Polib., lib. I, cap. XXIX.
- 85 Escílax en Hudson, *Geographie, etc.*
- 86 Strab., lib. XVII, cap. II. Strabón da aquí a los cartagineses el nombre de fenicios, porque de éstos descendieron aquéllos. Lo mismo hace Diodoro de Sicilia en varios pasajes de su obra.
- 87 Escílax en Hudson, *Geographie, etc.*
- 88 Herod., lib. IV, cap. CXCVI.
- 89 Herod., lib. IV, cap. CXCV.
- 90 Escílax en Hudson, *Geographie, etc.*
- 91 Herod., lib. IV, cap. CLXXXIII.
- 92 Justin., lib. XXI, cap. IV.
- 93 Varrón, *De Agricult.*, lib. I, cap. I. Columela, *De Re Rustica*, lib. I, cap. I.
- 94 Strab., lib. III, cap. II, § 3.
- 95 Diod. Sic., lib. V, cap. XXXVIII.
- 96 Appianus, *De Regus Punicis*, cap. IX.
- 97 Diod. Sic., lib. XX, cap. XIV.
- 98 Deuter., cap. XII, vers. 31.
- 99 Al observar, que hablando la *Biblia* del culto de Moloch, emplea a veces las palabras hacer pasar por el fuego (Deuter., cap. XVIII, vers. 10, y otros pasajes), muchos rabinos las han tomado al pie de la letra, y especialmente el célebre Maimonide, quien afirma que aquella ceremonia no era más que una lustración, haciendo pasar los niños por entre dos fuegos. Pero es de creer que los dos usos existieron entre los cananeos, pues probablemente la lustración reemplazaba en ciertas ocasiones el bárbaro sacrificio, mientras en otras, éste se consumaba. Por eso, Moisés prohibió (Levít., cap. XVIII, vers. 21), y aun bajo pena de muerte (Levít., cap. XX, vers. 2), que los hebreos diesen sus hijos para el culto de Moloch.
- 100 Diod. Sic., lib. XX, cap. XIV.
- 101 Justin., lib. XXII, cap. IV.
- 102 Diod. Sic., lib. XX, cap. XIV.
- 103 Florus, *Hist. Rom.*, lib. II, cap. XV. Strab., lib. XVII, cap. II, § 13.
- 104 Justin., lib. XVIII, cap. III.
- 105 Justin., lib. XXI, cap. IV.

Libro Cuarto

GRECIA



ORÍGENES, NÚMERO, OCUPACIONES, PRECIO, CONDICIÓN Y LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS

Desde las tradiciones mitológicas de la Grecia ya se mencionan esclavos en ella, revelándose con esto lo que realmente pasaba. Pelias, rey de Iolcos en Tesalia, los tuvo en su palacio¹. Medea huyendo de Corinto refugiose en Tebas, acompañada de sus más fieles esclavas.² Hércules, para purificarse de la muerte que dio a sus hijos y a Ifito, fue esclavo dos veces por mandato de Júpiter y Apolo,³ y en una de ellas fue comprado por Onfala, reina de Lidia.⁴ Durante su cautiverio hubo en una esclava un hijo llamado Cleolao; y cuando arrasó la ciudad de los itones, vendió a éstos como esclavos.⁵ Aun algunos de los mismos dioses prestáronse a veces a servir a los mortales. Apolo, desterrado del cielo por la cólera de Júpiter, apacentó primero los rebaños de Admeto,⁶ y pasando después al servicio de Laomedonte, rey de Troya, levantó junto con Neptuno, desterrado también por Júpiter, los muros de aquella ciudad. Con tales ejemplos presentados aun por los mismos dioses, ¿cómo no había de fomentarse en Grecia la esclavitud? Pero salgamos de aquellos tiempos fabulosos, y entremos en los históricos.

Los pelasgos, probablemente oriundos del Asia, enseñoreáronse de la Grecia en la remota Antigüedad, y si bien es de inferirse con fundamento que esclavizaron a muchos de sus primitivos moradores, no puede afirmarse positivamente ni probarse con la historia. Sus ocupaciones pastoriles y agrícolas, según las localidades en que habitaban; las excursiones piráticas que hacían, y algunas obras gigantescas que ejecutaron, atribuidas por eso a los cíclopes, y de las que aún existen vestigios en Tirinto, Micenas, Orchomene y otras ciudades: todo anuncia que ellos se sirvieron de gente esclavizada.

A la invasión de los pelasgos sucedió la de los graicos o helenos, que extendiéndose paulatinamente por la Grecia, fueron arrojando o exterminando a muchos de aquéllos, y absorbiendo o subyugando a otros.

Dícenos Herodoto⁷ que cuando de la Beocia emigraron al Ática los pelasgos, aún no había esclavos en Atenas ni en otra parte de Grecia. Admitiendo que tal aseveración sea cierta, las cosas tomaron después un sesgo enteramente contrario.

De las fuentes que inundaron la Grecia de esclavos, la guerra fue la más copiosa de todas. Entre la primera invasión de los helenos y la conquista del Peloponeso por los dorios que fueron una de las tribus principales de la raza invasora, corrieron los siglos llamados heroicos, y desde entonces, si no antes, ya tuvieron los griegos guerras exteriores e interiores. Unas y otras les dieron esclavos, si bien las primeras menos que las segundas, porque ni fueron tan frecuentes ni siempre vencieron los griegos.

Homero pintando fielmente en sus poemas inmortales las costumbres de la edad heroica, representa la esclavitud, así en el campamento griego al pie de los muros de Troya, como en las escenas de la vida doméstica. Esclavizada fue por Aquiles la hermosa joven Briseis,⁸ y su cólera nació de haberle Agamenón despojado de ella. Deseando éste aplacarle, ofrecióle grandes presentes, y entre ellos siete esclavas de Lesbos, de noble raza. Ofrecióle también restituirle a su cautiva Briseis, motivo de su cólera, y darle a su elección, cuando Troya cayese, 20 jóvenes troyanas las más bellas después de Elena.⁹

En las tiendas de Aquiles, Agamenón, y de otros muchos caudillos abundaron las esclavas, fruto de lo que salteaban aquellos guerreros en los pueblos y campos de la Tróade,¹⁰ pues si comúnmente se mataba a los hombres prisioneros, reservábanse las mujeres y los niños para el servicio o para otros fines del vencedor.¹¹

Agamenón animaba sus guerreros al combate contra los troyanos, diciéndoles: “Nosotros destruiremos sus murallas, y llevaremos como esclavas a nuestras naves sus mujeres e hijas”.¹² Y de tan dura suerte no las libraba ni el peso de los años, ni el ilustre nacimiento, ni la posición más elevada.

Al predecir Héctor a su esposa la ruina de Troya, la idea que más le atormentaba, era la futura esclavitud de ella. “¡Un griego, así prorrumpe el hijo de Príamo, un griego cargará a Andrómaca de cadenas y la llevará en sus naves cautiva y desesperada! Esclava en Argos, tú hilarías con la rueca bajo las leyes de una ama imperiosa; moribunda de pena y de miseria, sacarías el agua de las fuentes de Messeis y de Hipercas”.¹³ Y cuando la infeliz Andrómaca vio el cadáver de su esposo, exclamó con acento lastimero: “Al perderte, querido Héctor, Ilión ha perdido su fuerza y su apoyo... ¡Desgraciadas troyanas! bien pronto las naves las llevarán como esclavas a las playas extranjeras... y yo misma con ellas... Y tú, hijo mío, tú seguirás a tu desolada madre: esclavo de un tirano odioso gemirás encorvado bajo el peso de los más viles trabajos”.¹⁴

Muchos siglos después de la guerra de Troya acaecieron las dos invasiones persas, tan célebres en la historia; y aunque sangrientas y gloriosas para Grecia, ésta o no hizo entonces esclavos, o a lo menos fueron tan pocos, que apenas se habla de prisioneros. Trasládose después al Asia Menor el teatro de la guerra, y allí sí hubo mucha gente esclavizada.

En la toma por asalto de Taso, ciudad aliada de los atenienses en la provincia de Caria, el espartano Lisandro dio muerte a todos los varones en estado de empuñar las armas, vendiendo en pública subasta a las mujeres y niños.¹⁵

Viose también que los persas hechos prisioneros en Frigia, todos fueron mandados vender desnudos en Efeso por Agesilao, rey de Lacedemonia. Presentose muchedumbre de compradores para sus vestidos; mas, a la vista de aquellos cuerpos blancos y delicados, que educados siempre a la sombra no tenían vigor, nadie quiso comprarlos, despreciándolos como inútiles.¹⁶ Si, pues, estos prisioneros no fueron vendidos, debiose a su inutilidad y no, a la clemencia del vencedor.

Mucho más fecundas en esclavos fueron las guerras civiles. Triste es recordar que la Grecia fue casi siempre destrozada por ellas desde los siglos heroicos hasta la pérdida de su independencia, y que en tan largas lides el griego vencedor mataba o esclavizada al griego vencido. Según Teopompo, historiador contemporáneo de Aristóteles, los lacedemonios y los tesalos fueron los primeros pueblos de Grecia que esclavizaron a los griegos prisioneros.¹⁷

Los lacedemonios arrastraron las mismas cadenas que habían preparado para los tejéates en Arcadia, bajo la equívoca respuesta del oráculo de Delfos.¹⁸

Cuando las tropas de Argos arrasaron a Micenas, redujeron a esclavitud a todos sus habitantes, habiendo consagrado al dios de Delfos la décima parte de ellos.¹⁹ Conducta igual siguieron los atenienses en los triunfos que alcanzaron sobre los beocios y calcidios. Además de los que mataron, hicieron a los primeros 700 prisioneros, y un número incierto a los segundos: cargados fueron todos de cadenas; pero rescatáronse al fin al precio de 2 minas²⁰ por cabeza, y del producto de este rescate consagraron los atenienses la décima parte a los dioses.²¹

Durante la terrible lucha del Peloponeso en que partida la Grecia en dos mitades, una marchó contra otra bajo las banderas de Esparta y de Atenas, vemos continuamente a los prisioneros, o muertos o esclavizados por el vencedor. Los lacedemonios degüellaron en Platea 225 hombres, y venden las mujeres;²² pero menos crueles en Metymne, sólo esclavizan a los atenienses que defendían aquella ciudad.²³ Éstos vendieron en Thyrea a todos los habitantes.²⁴ Lo mismo se hizo con los niños y las mujeres en Torone,²⁵ Scione, Melos y otros puntos, sin dar cuartel a los hombres.²⁶ Divididos en bandos los hijos de Corcira, tam-

bién fueron esclavizadas las mujeres, después de horrible matanza entre los hombres.²⁷

Colonizada por los griegos la isla de Sicilia, ésta acostumbró esclavizar a sus prisioneros de guerra. Deseando conquistarla los cartagineses, invadiéronla por primera vez en el quinto siglo antes de Jesucristo; pero sus tropas fueron completamente destrozadas, y tan grande fue el número de prisioneros reducidos a esclavitud, que siciliano hubo a quien tocaron más de 500 esclavos cartagineses.²⁸

Invadida también la Sicilia por los atenienses para reconquistarla, los habitantes de Hycara fueron esclavizados y vendidos en 120 talentos;²⁹ pero efímero el triunfo de aquéllos, pronto expiaron su temeridad. Batidos por los siracusanos, y muertos los generales Nicias y Demóstenes, los prisioneros fueron echados en unas canteras para que no pudieran escaparse.³⁰

La pluma sombría de Tucídides pinta la horrible situación de aquellos infelices. “Los siracusanos empezaron por tratar muy duramente a los prisioneros que estaban en las canteras. Hundidos estos desgraciados en un lugar profundo y descubierto fueron desde luego atormentados por el calor del sol y por un aire sofocante; las noches frescas del otoño, cambiando después sus padecimientos en padecimientos contrarios, causáronles nuevas enfermedades. Estaban forzados a satisfacer en un lugar muy estrecho todas las necesidades de la vida. Los muertos yacían amontonados, víctimas unos de sus heridas, y otros de las variaciones que habían experimentado. Respirábase un hedor intolerable, y los prisioneros eran a la vez atormentados de la sed y del hambre. Diose a cada hombre durante ocho meses una cotila³¹ de agua y dos de trigo. Soportaron en fin todos los males que se deben sufrir en semejante lugar. Así permanecieron amontonados por espacio de 70 días. Retúvose después solamente a los atenienses y a los de Sicilia e Italia que habían con ellos llevado las armas; los demás fueron vendidos. Imposible es decir exactamente el número de hombres que fueron hechos prisioneros, pero no bajó de 7 000”.³²

Plutarco afirma que a muchos de los prisioneros vendidos se les estampó en la frente la figura de un caballo. Menciona también que algunos de esos esclavos debieron su libertad a los versos de Eurípides, porque los sicilianos eran tan entusiastas de las obras de este poeta, que cuando los extranjeros que arribaban a su isla les llevaban fragmentos de ellas, aprendíanlos de memoria y se los comunicaban unos a otros. Cuéntase que muchos de los prisioneros que volvieron a su patria visitaron a Eurípides para darle las más rendidas gracias como a su libertador: unos, porque habían sido puestos en libertad por haber enseñado a sus amos los versos que sabían; y otros, porque errantes en los campos después de su derrota, recibían alimento de aquellos sicilianos a quienes cantaban sus versos.³³

Estos golpes de la fortuna no cambiaron la conducta de los griegos. En las luchas posteriores, Medio, soberano de Larissa en Tesalia, hizo arrastrar las cadenas de la esclavitud a los habitantes de Farsalia;³⁴ y los fócidas a los de la ciudad de Thronium durante la guerra sagrada.³⁵ En medio del estruendo de las armas, alguna vez resonó la voz de la clemencia. Cuando el espartano Calieratidas sorprendió a Methymna y la dejó saquear por sus soldados, opúsose a que sus habitantes fuesen vendidos. “Mientras yo mandare, dijo, ningún griego será esclavizado”. Nobles palabras que en toda Grecia sólo encontraron imitadores en el gran Epaminondas y en Pelópidas, quienes en los combates que libraban por la supremacía de Tebas, dejaban su libertad a los prisioneros de guerra.³⁶

Sin el estrepitoso aparato de la guerra, la piratería tan común en los pueblos marítimos de la Antigüedad³⁷ fue otro manantial de esclavitud. Antes del sitio de Troya, el mar Egeo estaba infestado de piratas, que asaltando los buques y las costas, esclavizaban la gente que cogían. Minos, rey de Creta, los persiguió y lanzó de sus guaridas en lo posible,³⁸ promulgó leyes marítimas que adoptaron los griegos, y confió a los argonautas la vigilancia de los mares del norte de la Grecia y del Ponto Euxino; pero como la piratería era entonces lucrativa y honrosa,³⁹ los mismos encargados de perseguirla convirtiéronse en piratas.

Hubo un tiempo en que el Ponto Euxino que hoy se dice mar Negro, llamase Axeno, esto es, mar inhospitalario, pero después que los griegos colonizaron sus costas, y que se pudo navegar en él con alguna seguridad, denominose Ponto Euxino o mar hospitalario.

Los zígios, hemochios y acheos, habitantes de una costa montañosa del Cáucaso, y casi sin puertos fueron dados a la piratería, y en naves angostas, ligeras, armadas de 25 hombres, y raras veces de 30, salían en flotas a robar los buques mercantes, y saltar las ciudades y costas del Euxino. Apoderábanse en las tierras extranjeras de lugares pantanosos para retirarse a ellos con sus *camarae*, que así se llamaban sus naves de donde salían día y noche para hacer esclavos; y cuando los tenían asegurados, prestábanse fácilmente a su rescate, indicando a los parientes el paraje donde habían sido transportados los cautivos. Parece que a una de esas tribus de piratas se le dio el nombre de acheos, porque los acheosphthiotas que siguieron a Jasón en su famosa expedición, se establecieron en aquella parte de la costa a la que ellos llamaron Achea.⁴⁰

En el mismo Ponto Euxino se halla el golfo llamado antiguamente Salmydessus, playa desierta, pedregosa, sin puertos, muy expuesta a los vientos del norte, y que se extiende por el espacio de 23 leguas entre la antigua ciudad de Andriacea o Andracea y los dos islotes Cyaneos cerca del estrecho de Bizancio. En ese golfo naufragaban los buques, y ellos y sus tripulaciones eran robados por los asti, pueblo de Tracia que habitaba cerca de la costa.⁴¹

Largo tiempo ejercitaron los griegos la piratería por mar y tierra; pues aun continuaba en los días de Tucídides;⁴² repartíanse el botín entre sí; y en sus asaltos preferían las hembras a los varones, no sólo porque las vendían, sino porque también las destinaban a su servicio o a sus placeres.

Sin haber cesado disminuyó la piratería con el progreso de la civilización. El mismo engrandecimiento de la Grecia había alimentado la necesidad de esclavos, y estimulando el interés a griegos y extranjeros, las personas libres que ellos sorprendían en sus asaltos, o eran vendidas, o arrancábanles un rescate tanto más considerable, cuanto mayor era su importancia o su riqueza.

No atinó la ley a impedir estos males, porque si, de una parte, quiso enfrenar al pirata, de otra, fomentó la piratería, pues mandó que el hombre libre vendido por aquél permaneciese esclavo hasta que él mismo se rescatase, u otro por él lo hiciese.⁴³ Persiguiendo Nícostrato a tres de sus esclavos prófugos cayó en poder de unos piratas, y vendido por ellos en Egina, no alcanzó su libertad sino al precio de 26 minas.⁴⁴ Por 9 talentos logró la suya Anfíloco, enviado de Filipo para salvar unos prisioneros.⁴⁵ Esclavizado por piratas fue Diógenes también, y vendido en Corinto, murió enseñando a los hijos de su amo Jeniade.⁴⁶ En detrimento del rico Polichares, natural de Mesina, su socio, el espartano Euephne, vendía a los negociantes de Sicilia el ganado y los pastores que lo apacentaban, y para ocultar su hurto, atribuíalo a los piratas;⁴⁷ pero este mismo engaño prueba la frecuencia de la piratería.

Al robo de hombres libres para esclavizarlos, o de esclavos ajenos para servirse de ellos o venderlos, llamaron *plagio* los antiguos romanos; y antes que ellos, cometieron los griegos este delito.

Al mercado de Tesalia acudieron muchos comerciantes a comprar no sólo esclavos, sino personas libres robadas para venderlas en otros países.⁴⁸ A fin de reprimir tales demasías, la ley de Atenas impuso pena de muerte al vendedor de persona libre o esclavo ajeno;⁴⁹ y el Tribunal de los Once persiguió y castigó a los plagiarios.⁵⁰ Mas, a pesar de las prohibiciones, hubo en Grecia hombres y mujeres y aun esclavos, que robaban niños, ya en las casas, ya en el tumulto y confusión de las fiestas y juegos públicos.⁵¹

Además de las mencionadas, hubo otras fuentes de esclavitud, si bien fue cegada una de ellas, pues ya los griegos no se vendían mutuamente sus mujeres, como acostumbraron hacerlo sus bárbaros progenitores.⁵²

Origen de esclavitud en Grecia fue también la pobreza, porque el hombre, para asegurar su subsistencia, vendía en ciertos casos su libertad. Con ella respondía el deudor de sus deudas, y si no las pagaba, el acreedor podía venderlo o emplearlo en su servicio. “Los pobres, dice Plutarco, abrumados de las deudas que habían contraído con los ricos,

estaban obligados a cederles la sexta parte del producto de sus tierras; y por eso se les llamó *sesenarios* y mercenarios: o bien, reducidos a empeñar sus propias personas, se entregaban a sus acreedores, quienes los retenían como esclavos, o los mandaban vender en países extranjeros. Veíanse muchos forzados a vender aun a sus hijos, pues ninguna ley lo prohibía, o se huían de su patria para librarse de la crueldad de los usureros”.⁵³

No contenta la legislación de Solón con abolir la esclavitud por deudas, y libertar a los esclavizados por ellas, anuló también todas las que habían contraído los pobres, y abrió las puertas de la patria a los prófugos deudores.⁵⁴ Algunos autores de la Antigüedad piensan que Solón no abolió las deudas, sino que solamente redujo los intereses; pero la mayor parte de ellos opinan de un modo contrario, y este juicio lo confirman las mismas palabras de Solón, cuando dice. “El territorio de Atenas, antes esclavo, es libre ahora: los ciudadanos que habían sido adjudicados a sus acreedores, unos han vuelto de los países extranjeros, en donde se les había vendido, y en donde habían andado errantes tan largo tiempo, que ya no entendían la lengua ática; y otros puestos en libertad en su propio país, en donde estaban reducidos a la más vergonzosa esclavitud”.⁵⁵

Antes de Solón, la ley y la costumbre permitieron a los padres la venta de los hijos; pero aquel legislador la prohibió, concediéndoles solamente que pudiesen hacerla, lo mismo que los hermanos, cuando sorprendieran a la hija o a la hermana en el acto de perder su honestidad.⁵⁶ No obstante la prohibición general, casos lastimosos hubo en que se quebrantó. Reducida Megara con la guerra del Peloponeso a la más grande miseria, un padre vendió en Diceopolis a sus dos hijos por algunos ajos y un poco de sal.⁵⁷

El padre indigente que exponía su hijo recién nacido, era castigado en Tebas con pena de muerte, porque no usaba del derecho que tenía de presentarlo al magistrado. Éste, hecha que fuese la presentación, entregábalo como esclavo a la persona que por él le ofrecía aun la más pequeña cantidad.⁵⁸

De los *metecos*, aunque en corto número, salieron también algunos esclavos en Grecia. Diose tal nombre o el de inquilino al extranjero domiciliado en Atenas, y su condición fue muy inferior a la del ciudadano griego. El areópago cuidaba mucho de que ningún extranjero viviese en aquella ciudad sin justo motivo. Poco generosas con el meteco las leyes de Atenas, obligáronle a nombrar un patrono de entre los ciudadanos atenienses, por medio del cual había de ejercer todos los actos de la vida civil.⁵⁹ Esta dura condición provino de que en los tiempos primitivos de Atenas, los plebeyos o ciudadanos de baja esfera eran maltratados, y para huir de las vejaciones que sufrían, buscaban la protección de algún

poderoso. Este patronato cesó con la legislación de Solón; pero se estableció para los inquilinos o metecos, quienes, además de otras cargas, debían pagar al Estado, así en Atenas como en todo el Ática,⁶⁰ un tributo anual de 12 dracmas, si eran varones, y de 6, si hembras.⁶¹ Cuando los metecos no pagaban este tributo, eran acusados judicialmente,⁶² y en castigo de su culpa, no sólo perdían todos sus bienes, sino que eran condenados a esclavitud.⁶³ Éranlo también, cuando alguno de ellos se casaba, de cualquier modo que fuese, con mujer perteneciente a la clase de los ciudadanos;⁶⁴ o cuando se inscribía en el censo de éstos y se le probaba que era meteco.⁶⁵

Aunque su número fue en Atenas de 10 000 en tiempo de Demetrio Falerio, arconte de aquella ciudad, nombrado 318 años antes de Cristo,⁶⁶ pareceme que los metecos esclavizados serían pocos, porque severa la ley de Atenas, ellos temerían quebrantarla para no caer en tal estado.

Fue la reproducción otro de los modos de adquirir esclavos, pues el hijo de éstos nacía también esclavo; pero tal medio fue poco fecundo, porque si en los tiempos heroicos, el esclavo nacido en casa del amo fue el más estimado de todos, no así cuando la civilización griega alteró las costumbres primitivas. A esa poca estimación juntáronse otras causas, y fueron: la desigualdad de los sexos, pues había menos hembras que varones: los obstáculos que generalmente presenta la esclavitud para una copiosa reproducción, ora por rendirse la naturaleza al peso del trabajo, ora porque muchas madres, no queriendo dar a luz hijos esclavos como ellas, han empleado en todos tiempos medios culpables para quedar sin prole; los inconvenientes del embarazo, en cuyo período carece el amo del servicio de la esclava; los peligros que ésta corre con el parto, pues a veces puede morir; los gastos de criar los esclavillos hasta la edad en que sean útiles; y, por último, la facilidad y baratura con que se compraban esclavos en edad adulta, así en los mercados griegos, como extranjeros. De aquí fue, que Heriado considerase el nacimiento de ellos más bien como gravoso que útil a los amos, y que aconsejase a los griegos con perjuicio de la moral, que impidieran el enlace de sus esclavos.⁶⁷

Lo que sí dio a éstos mucho incremento fue el tráfico que hicieron los griegos desde tiempos muy remotos. En el sitio de Troya, ni siempre se mató a los prisioneros, ni siempre el vencedor los destinó a su servicio. Aquiles vendió por 100 bueyes al joven Licaón, hijo de Príamo,⁶⁸ y el mismo héroe confiesa que antes de la muerte de su amigo Patroclo se complacía en perdonar la vida a los troyanos, vendiendo como esclavos a muchos de ellos.⁶⁹ Vencida Troya, Hécuba, la triste viuda de Príamo, lamentaba la pérdida de sus hijos, muertos unos en la guerra, y vendidos otros en las islas de Imbros, Samos, y Lemnos.⁷⁰ De esta última arribaron a las playas de Troya naves cargadas de vino que los griegos permutaron por hierro, bronce, bueyes, pieles y esclavas.⁷¹

Engrandecida la Grecia, fue creciendo el tráfico de esclavos, y en él se mezclaron, no sólo sus hijos, sino también extranjeros, bien sacándolos de ella para otras tierras, bien importándolos. Viose que aquellos traficantes andaban de pueblo en pueblo, comprando y vendiendo su vil mercadería; y como eran poco estimados, y tenidos por hombres de mala fe, fue preciso tomar medidas para impedir las astucias y fraudes de que se valían en sus tratos, ocultando los defectos y vicios de los esclavos. De aquí la necesidad de inspectores y jueces encargados de vigilar e impedir aquellos fraudes y malicias que se cometían en estos mercados; y de aquí también todas las precauciones que tomaban los compradores, haciendo desnudar, correr y saltar los esclavos, y aun sometiénolos al reconocimiento de un médico. Si a pesar de todo esto, se descubría algún engaño en las calidades físicas o morales del esclavo, el comprador tenía derecho a devolverlo.⁷²

Realizada la venta, la mujer del comprador, para hacer grata su casa al nuevo esclavo que entraba en ella, derrama sobre su cabeza algunas frutas secas y otras golosinas.⁷³

Para conocer la extensión que tomó este comercio, preciso es indicar los diferentes países que a él contribuyeron. Mención especial merecen Síbaris y Tarento, colonias célebres de la Magna Grecia, donde abundaron los esclavos de lujo.⁷⁴ Del Egipto exportáronse no sólo algunos criminales condenados, sino negros que, sin serlo,⁷⁵ fueron al principio esclavos muy estimados por su escasez y su color.⁷⁶ Entre las de Sicilia cuéntase la cortesana Laís, enviada al Peloponeso;⁷⁷ y aquí debo recordar que el esclavo más célebre que salió de aquella isla o de otro punto alguno de la tierra, fue el gran filósofo Platón. Habiendo en sus viajes visitado la Sicilia, fue al principio bien acogido por Dionisio, el Anciano, tirano de Siracusa; mas, ofendido de su franqueza, hízole vender como esclavo en público mercado. Compróle en 20 minas Anniceris, filósofo de Cirene, ciudad que después de Cartago era entonces la más comerciante de África, y donde se acostumbraba regalar a muchos de los convidados el esclavo que les servía en el banquete que daba el sacerdote de Apolo.⁷⁸ Generoso Anniceris, dio a Platón la libertad, sin haber querido recibir el dinero que en rescate le ofrecieron los amigos de aquel filósofo.⁷⁹

Sacáronse también de Tracia, cuyos habitantes vendían sus hijos por sal,⁸⁰ y en mayor número de la isla de Chíos, donde hubo muchos esclavos.⁸¹ Samos, Chipre, Lidia y otras partes del Asia Menor, contribuyeron igualmente al tráfico de Grecia.

Fue ésta una de las naciones más colonizadoras de la Antigüedad. Mileto, capital de la Jonia, fue la madre de más de 80 colonias que asentaron los griegos⁸² en el Asia Menor, en las costas del Helesponto, de la Propóntide, del Ponto Euxino y del Palus-Meotis. Entre las importantes ciudades que fundaron en estos dos últimos mares, contábanse

Panticapea (hoy Kerché), en la embocadura del Palus-Meotis, Fanagoria en el lado opuesto, quedando aquella primera ciudad en Europa, y ésta en Asia; Tanais, en la boca del río de este nombre; y Dioscurias, en la Colchida, no lejos de las márgenes del Faso.⁸³

Desde estos puntos abarcaron los griegos todo el comercio de aquella región, y abrieron importantes relaciones con los pueblos de las costas del mar Negro y con otros del interior. Los escitas que ocupaban en ellas el espacio comprendido entre el Ister o Danubio y el Palus-Meotis, hoy mar de Azof, tuvieron muchos esclavos, y en venderlos a los griegos consistía una parte de su comercio. Hacíanse además continua guerra las tribus del Cáucaso, y el inmenso número de prisioneros esclavizados bajaba a las colonias griegas por las aguas del Faso, del Hipanis y del Tanais. La ciudad de este nombre fue un punto de comercio entre los pueblos nómadas de aquellas regiones y los negociantes civilizados del mediodía, quienes en cambio de sus telas, vinos y otros artículos, recibían pieles, esclavos y otros efectos.⁸⁴

La colonia de Olbia, situada en tierras de los escitas nómadas, orillas del Boristene, fue un mercado considerable de los antiguos griegos en el mar Negro, pues, aunque algo distante de la costa, las barcas llegaban hasta aquel punto.⁸⁵

Pero mercados más famosos fueron todavía Panticapea, Fallagoria y Dioscurias, siendo este último tan concurrido, que, según Strabón, se juntaban en sus ferias 70 tribus de lenguas diferentes, y hasta 300 según otros.⁸⁶ En medio de tanta variedad de esclavos, los griegos dieron la preferencia a los de las naciones civilizadas del Asia, pues menos bárbaros que los del norte y de otros países, no sólo eran más aptos para el servicio, sino que, acostumbrados al despotismo oriental, soportaban mejor la esclavitud.

Empero, los griegos, al paso que importaron, también exportaron esclavos. Ya desde los tiempos de Homero lleváronlos a Sicilia.⁸⁷ Del Peloponeso, de otras partes de Grecia, y de la Jonia vendiéronse a los corrompidos pueblos del Asia cantarinas, bailarinas, flautistas y citaristas, de las que tuvo muchas el voluptuoso Straton, rey de Sidonia.⁸⁸ Griegos hubo que se dieron al infame negocio de comprar niñas hermosas para traficar con su belleza en la edad adulta, y venderlas después con gran provecho.⁸⁹ A tanto llegó la disolución, que la ley de Atenas se vio forzada a castigar con la misma pena al comprador que al padre, hermano, tío o tutor que vendía para placeres carnales, a la hija, la hermana, sobrina o pupila que tenía bajo de su dirección.⁹⁰

Las esclavas cortesananas exponíanse en Atenas para su venta en el templo de Venus, el día de las Afrodizas;⁹¹ y en los tiempos corrompidos de la Grecia llegaron a venderse hasta en los banquetes y orgías.⁹² Para conservar la belleza de las jóvenes esclavas, traficantes hubo que las

sometieron a una operación vergonzosa, privándolas para siempre del dulce nombre de madres.⁹³ Y, sin embargo, como por cada esclavo vendido se pagaba una contribución al Estado, la ilustre Atenas, en vez de castigar a esos malvados, cubríalos con su protección.

Ya hemos en las páginas precedentes examinado los orígenes de la esclavitud en Grecia, y si mezquinos unos, otros fueron abundantes. No es posible averiguar, en época alguna de su historia, a cuánto ascendieron los esclavos, e importante sería saberlo, porque en razón directa de su mayor o menor número, debió de estar la influencia que ejercieron así en el orden material, como en el moral y político de aquella nación.

Pocos hubo en los tiempos heroicos, y extraordinario fue que en el palacio de Alcinoos, rey de los feacios, se emplearon 50 mujeres⁹⁴ y número igual de ellas en el de Ulises en Ítaca.⁹⁵ Los millares de esclavos que éste contaba entre las riquezas⁹⁶ que había tenido, exageraciones son inadmisibles. La sencillez de las costumbres de aquella edad no exigía la muchedumbre servil de los siglos posteriores, y tanto menos cuanto las ocupaciones de todo género, lejos de envilecer, honraban a quien las ejercía.

Al trabajo consagró Hesíodo su principal poema intitulado “Las obras y los días”, e impúsole a su hermano como un deber. “Así los dioses como los hombres, dice, detestan al que vive en la ociosidad, semejante a los zánganos desalmados que devoran el producto de las abejas, sin hacer ellos nada por sí... Con el trabajo, tú serás más caro a los inmortales y a los hombres, porque ellos aborrecen a los ociosos. En el trabajo no hay oprobio, pero sí, en la ociosidad”.⁹⁷

No fueron perdidas máximas tan saludables, pues a excepción de algunas tribus helénicas que rehusaron el trabajo para darse a los ejercicios de la guerra, casi todas las adoptaron. Si no antes que Hesíodo, a lo menos contemporáneamente a él, Homero recomendó también el trabajo en sus poemas elogiando a los artesanos que se distinguían en su profesión. Él celebra a Fereclo, hábil constructor de la fatal nave de Paris,⁹⁸ al armero Tichio que forjó el impenetrable escudo de Ajax,⁹⁹ y a otros muchos artesanos.¹⁰⁰ Patroclo preparaba en la tienda de Aquiles la comida de su amigo,¹⁰¹ y este héroe cortaba con sus propias manos las carnes para su banquete.¹⁰² Ni aun las personas reales desdeñaron el trabajo. Andrómaca echaba la cebada a los corceles de Héctor, y en los momentos mismos en que éste caía bajo los golpes de Aquiles, ella labraba un lienzo magnífico en el fondo de su palacio.¹⁰³ Elena representó en una hermosa tela los trabajos de los griegos y troyanos, y los sangrientos combates de que ella era la causa;¹⁰⁴ y mientras la fiel Penélope lloraba la ausencia de Ulises, aliviaba sus penas con la rueca y con el huso, o tejiendo el velo en que debía envolver el cadáver de Laertes.¹⁰⁵

Muy común era en aquella edad, que personas libres no sólo se sirviesen a sí mismas, sino que se dieran en alquiler para trabajar en los campos y en las ciudades. Esta laudable costumbre fue un dique levantado contra la esclavitud; y fuera de algunos personajes, pocas serían las familias que poseyeran esclavos; mas, aquel dique se rompió con las nuevas ideas y con el nuevo modo de vivir que adoptaron los griegos en tiempos posteriores.

A las guerras civiles y extranjeras, y al incremento del comercio, juntáronse otras causas, siendo entre ellas la primera la organización política de los dos Estados principales de la Grecia. Esparta y Atenas, aunque asentadas sobre bases muy opuestas, propendieron por distintos fines al aumento de los esclavos.

Prohibió Licurgo en Esparta al ciudadano todas las ocupaciones agrícolas, fabriles y mercantiles, dedicándole exclusivamente al desempeño de las funciones públicas y a los ejercicios de la vida militar.¹⁰⁶ Siglos duró la legislación de Licurgo;¹⁰⁷ y tan arraigados estuvieron sus principios en el corazón de los espartanos, que hallándose uno de éstos en Atenas, a la sazón de ser condenado allí un ciudadano por ocioso, él se asombró de que se castigase a un hombre libre, por no haber querido envilecerse con el trabajo.¹⁰⁸ Esparta, pues, para satisfacer sus necesidades, viose forzada a recostarse enteramente sobre el trabajo ajeno; pero como al mismo tiempo recomendó Licurgo en su república la frugalidad, y prohibió el lujo y aun el uso de las monedas de oro y plata,¹⁰⁹ los espartanos carecieron de recursos para comprar esclavos, y muy pocos en verdad fueron los de este modo adquiridos, pues no hubo en Laconia quienes en ellos comerciasen.¹¹⁰ Llenose, empero, este vacío con los vencidos pueblos de la Laconia y la Mesenia, pueblos que reducidos en masa a la condición de siervos, y más duramente tratados que los esclavos de otras partes de la Grecia, justifican el testimonio de Tucídides, cuando dice que Lacedemonia fue la que tuvo más esclavos entre todos los Estados griegos.¹¹¹

Alteró Solón el gobierno de Atenas introduciendo el elemento popular en él.¹¹² Conociendo la esterilidad del Ática, vio que ella ni podía alimentar una población ociosa, ni engrandecerse con sólo la agricultura. Dirigió, pues, todos sus esfuerzos a convertirla en país industrial; y para conseguirlo, privó al padre que no enseñaba algún oficio a su hijo de los socorros que éste debía darle en su vejez; bajo pena de infamia, impuso a todo hombre libre la obligación de trabajar;¹¹³ y recomendó al areópago el cumplimiento de esta ley, que él tomó del Egipto, y la que todavía se observaba en tiempo de Herodoto.¹¹⁴ De este modo hizo que el trabajo fuese la base del Estado, y que Atenas poca necesidad tuviese de esclavos. Pero este mismo espíritu laborioso de los áticos, al paso que fomentó la industria y el comercio, y con ellos la riqueza y el lujo, dio también un fuerte impulso al incremento de los esclavos.

Influyó también poderosamente en este incremento el cambio doloroso que los desastres de la guerra del Peloponeso ocasionaron en el género de vida de los habitantes del Ática. “Los atenienses, dice Tucídides, vivieron por largo tiempo en la independencia de los campos; y después que se reunieron en una sola ciudad, conservaron sus antiguos hábitos. Los progenitores y sus descendientes hasta la presente guerra nacieron y vivieron generalmente en familia y en medio de sus campos; no mudaban voluntariamente de domicilio, sobre todo, después de la guerra médica, porque se hallaban poco distantes de la época en que habían vuelto a su antigua mansión. Con pena, pues, y aun con sentimiento de dolor, abandonaron sus hogares y sus templos; porque los miraban, según su antigua manera de vivir, como una herencia paternal, y al adoptar un nuevo género de vida, creyeron abandonar su patria”.¹¹⁵

Pasó la guerra del Peloponeso; pero ellos no volvieron a los campos, y aun los mismos que conservaron sus tierras, en vez de cultivarlas como antes con sus propias manos, valiéronse generalmente de esclavos.¹¹⁶ Establecidos en Atenas los antiguos propietarios, la agricultura careció de los brazos libres que la habían antes fecundado, y para llenar este gran vacío fue preciso acudir a los esclavos. Es verdad, que durante aquella guerra algunos de éstos perecieron por el hierro enemigo, y por la peste de Atenas, y que más de 20 000, artesanos la mayor parte, se fugaron a Decelia, punto fortificado por los lacedemonios.¹¹⁷ Pero hecha la paz, el Ática se repuso de sus pasados quebrantos, y elevándose a un alto grado de esplendor en que permaneció hasta la batalla de Queronea, la esclavitud cobró también nuevas fuerzas en ese período. Y como si esto no bastara a fomentarla, contribuyó al mismo fin el menosprecio con que ya se miró en Grecia el ejercicio de las artes mecánicas y del comercio.

“Yo no podré, dice Herodoto, afirmar si los griegos tomaron esa costumbre de los egipcios, porque la encuentro establecida en los tracios, escitas, persas, lidios, en una palabra, porque entre la mayor parte de los bárbaros, los que aprenden las artes mecánicas, y aun sus hijos, se consideran como los últimos de los ciudadanos; mientras que se estima como más noble a los que no ejercen ningún arte mecánico, y principalmente a los que se han dedicado a la profesión de las armas. Todos los griegos han sido educados en estos principios, y particularmente los lacedemonios; sin embargo, yo exceptúo de este número a los corintios, que apreciaban mucho a los artesanos”.¹¹⁸

Platón quería que se castigase al ciudadano que se daba al comercio;¹¹⁹ y en Tebas la ley alejó de las funciones públicas, no sólo a los que lo practicaban, sino también a los que no habían dejado de ejercitarlo diez años antes.¹²⁰

El mismo Solón, que no miró el trabajo con oprobio ni desdén, privó de las funciones públicas a la clase de mercenarios, que era la cuarta del Estado.¹²¹

Sócrates, muy distante de participar de la general preocupación, la combatió, procurando realzar el trabajo. “Entre las personas libres [así dice], ¿cuáles os parecen más felices, aquellas que viven en la ociosidad, o las que se ocupan en las cosas útiles que saben? ¿Pensáis que la molición y la ociosidad ayudan mucho a aprender lo que conviene saber, a retener lo que se ha aprendido, a conservar la salud, a fortalecer el cuerpo, a procurarse la comodidad, a mantenerla; y que el trabajo y la aplicación para nada sirvan?... ¿A quién llamaremos sabios? ¿Serán los perezosos o los hombres ocupados en útiles objetos? ¿Quiénes son los más justos, aquellos que trabajan o los que sueñan con los brazos cruzados en los medios de subsistir?”¹²²

Pero ningún eco tuvo la voz de este filósofo, y ni aun sus más célebres discípulos pensaron como él. El orador Diofante se atrevió un día a proponer en la Asamblea de Atenas, que se declarase esclavos públicos a todos los hombres libres que se humillasen hasta el punto de hacerse artesanos.¹²³

Jenofonte se expresa contra los artesanos en los términos siguientes: “Condenados por lo general a estar sentados, a vivir en las tinieblas, y aun algunas veces cerca de un fuego continuo, aquellos que las ejercen [las ocupaciones], y los que las aprenden, arruinan absolutamente su salud; y el cuerpo enervado de una vez, ¿es el alma capaz de grande energía? En tal estado ya no se tiene tiempo de hacer nada, ni para sus amigos ni para la sociedad; de manera que tales hombres se consideran como malos amigos y malos defensores de su país. Así, en algunas repúblicas, principalmente en aquellas que se señalan por la gloria de las armas, se prohíbe a todo ciudadano el ejercicio de alguna profesión mecánica”.¹²⁴

No fue menos explícito ni severo el juicio de Platón contra los artesanos y tenderos. “La naturaleza, dice, no ha hecho zapateros ni herreros; semejantes ocupaciones degradan a quienes las ejercitan: viles mercenarios, miserables sin nombre que son excluidos, en razón de su estado, de los derechos políticos. En cuanto a los comerciantes, acostumbrados a mentir y a engañar, no se les sufrirá en la ciudad sino como un mal necesario. El ciudadano que se envileciere, haciéndose tendero, será perseguido por este delito; y si se le probare, será condenado a un año de prisión. El castigo será doble a cada reincidencia”.¹²⁵

Opinión general era, en tiempo de Aristóteles, que en un Estado bien constituido, los ciudadanos debían tener con qué satisfacer las primeras necesidades de la vida, para no ocuparse en ellas.¹²⁶ que el trabajo de los artesanos y de todos aquellos que ganan un salario, quita al

pensamiento toda actividad y toda elevación;¹²⁷ y que por eso en algunos Estados se excluyó a los obreros de las funciones públicas, a las que no pudieron llegar sino en medio de los excesos de la democracia.¹²⁸ El mismo filósofo, dando más extensión a sus ideas, desenvuelve su teoría en los términos siguientes:

“Es cierto que no se debe elevar a la clase de ciudadanos a todos los individuos de quienes el Estado tiene necesidad. Así los niños no son ciudadanos como los hombres: éstos lo son de una manera absoluta, aquéllos en esperanza, ciudadanos sin duda, pero ciudadanos imperfectos. En otro tiempo, en algunos Estados, todos los obreros eran o esclavos o extranjeros; y en la mayor parte, hoy sucede lo mismo. Pero la constitución perfecta jamás admitirá al artesano entre los ciudadanos. Si del artesano se quiere hacer también un ciudadano, desde entonces la virtud del ciudadano, tal cual la hemos definido, debe entenderse, no de todos los hombres de la ciudad ni tampoco aun de todos los que no son libres, sino solamente de aquellos que no tienen necesariamente que trabajar para vivir. Trabajar en las cosas indispensables de la vida para la persona de un individuo, esto es ser esclavo; trabajar para el público, esto es ser obrero y mercenario”.¹²⁹

Y en otra parte dice:

“El gobierno perfecto que buscamos, es precisamente aquel que asegura al cuerpo social la mayor parte de felicidad. Pero ya hemos dicho, que la felicidad es inseparable de la virtud; así, en esta república perfecta donde la virtud de los ciudadanos será real, en toda la extensión de la palabra y no relativamente a un sistema dado, ellos se abstendrán cuidadosamente de toda profesión mecánica, de toda especulación mercantil, trabajos degradados y contrarios a la virtud. Ellos tampoco se darán a la agricultura, pues es menester estar desocupado para adquirir la virtud, y para ocuparse en los asuntos públicos”.¹³⁰

Este lenguaje y el de otros políticos y filósofos griegos, lejos de enderezar el extravío de la opinión, influyó en pervertirla más y más. Menospreciadas las artes, y envilecido el comercio, muchos libres prefirieron el ocio al trabajo, y quedando entonces privada la sociedad de sus servicios, preciso fue reemplazarlos con esclavos. Nació de aquí, que, habiendo necesidad de éstos, sus jornales encareciesen, y que esta carestía influyese también en aumentar su número, pues hubo muchos que los compraron para alquilarlos, especulación que les era muy provechosa.¹³¹

Para las minas de plata de Laurium que se beneficiaba en Ática había Filemonides alquilado 300 esclavos que al año le producían 150 minas; e Hipponico 600 por una mina al día; y Nicias cobraba por cada uno de los 1 000 suyos un óbolo diario.¹³² Pero como los empresarios que los alquilaban para dichas minas, se comprometían también a reponer los muertos,

Jenofonte, al ver tantas ventajas, quiere que cada ateniense tuviese tres esclavos, y que el Estado comprase hasta 10 000 para alquilarlos en esa granjería.¹³³

Mas, a pesar de la influencia que en fomentar la esclavitud ejercieron las causas ya mencionadas, nunca desaparecieron enteramente todos los brazos libres. Destináronse éstos a varias ocupaciones; y en Atenas hubo hasta mujeres que se alquilaban como crianderas, vendimiadoras, y tejedoras de lana; industria, en que a veces se emplearon aun nobles matronas, pero también muchos esclavos.¹³⁴ Por eso, Tucídides pudo decir con razón, a lo menos para los tiempos en que escribió: “En nuestra ciudad, nadie se avergüenza de confesar que es pobre, pero no ahuyentar la pobreza con el trabajo, he aquí lo que es vergonzoso”.¹³⁵

Generalizada la esclavitud en Grecia, casi todas las familias de Atenas se sirvieron de esclavos, ya propios, ya alquilados; y por muy pobre se consideró el ateniense que carecía de uno o dos.¹³⁶

Defendiendo Licias a un amo acusado de impiedad por sus esclavos, prorrumpió: “Esta causa es la de todos los habitantes de esta ciudad, no sólo porque hay esclavos en ella, sino porque todas las familias los tienen, y aprovechándose del ejemplo de estos acusadores, tratarán de conseguir la libertad, no por los buenos servicios que presten a sus amos, sino por acusaciones calumniosas contra ellos”.¹³⁷ Bien podrá haber alguna exageración en las palabras de esta defensa; mas, de ellas aparece, que el uso de los esclavos fue muy general entre las familias atenienses.

Ya en los días de Demóstenes, aun la gente del Ática de mediana fortuna, gastaba cantidades considerables en comprar cocineros y esclavos de lujo;¹³⁸ y atenienses hubo, que en su servicio doméstico emplearon hasta 50 y aún más.¹³⁹ Desde entonces quedó abolida por la fuerza de las costumbres la ley de Atenas que prohibió tener esclavos ociosos.¹⁴⁰ Otros amos, los tuvieron en gran número para lucrar con ellos. El orador Demóstenes heredó de su padre 52 o 54 artesanos.¹⁴¹ Licias y Polemarco tuvieron juntos 120.¹⁴² Sólo para las minas de Laurium, según he dicho, Filemonides había dado en alquiler 300, Hipponico 600, y Nicias 1 000.¹⁴³

Aun muchos de los filósofos tuvieron esclavos, y algunos más de lo que debieran según la doctrina que enseñaban. Bias, uno de los siete sabios de Grecia, poseyó varios esclavos.¹⁴⁴ A su muerte dejó Platón cinco a lo menos.¹⁴⁵ Aristóteles, a pesar de que consideraba la muchedumbre de esclavos más embarazosa que útil, declaró en su testamento más de 13.¹⁴⁶ Teofrasto dejó en el suyo, nueve.¹⁴⁷ Straton declaró a su muerte más de seis.¹⁴⁸ Licón, 13,¹⁴⁹ y Epicuro, más de cinco.¹⁵⁰

Tan general fue la costumbre de tener esclavos, que Alexis, al describir la condición de los parásitos de Atenas, observa, que ellos eran los únicos que se retiraban a sus casas, después de cenar, sin tener un

esclavo que les alumbrase con una linterna en las calles de aquella ciudad.¹⁵¹ En la lujosa Tarento, las mujeres libres salían por lo general acompañadas, a lo menos de una esclava;¹⁵² y de ambos sexos los poseyó en gran número el filósofo Arquitas, habitante de esa ciudad.¹⁵³ Por último, si damos asenso a Ateneo, cuyo testimonio no es siempre muy de fiar, cuando Smindide de Sibaris pidió la mano de la hija de Cleistene, tirano de los sicionios, presentósele con 1 000 esclavos cocineros, cazadores y pescadores.¹⁵⁴

Si de aquí pasamos a determinar el número de esclavos que hubo en Grecia, hallámonos repentinamente en tinieblas. Refiriéndose Tucídides en su historia de la guerra del Peloponeso a los sucesos del año 413 antes de Cristo, dice que la isla de Chíos era después de Esparta el país griego que más esclavos tenía;¹⁵⁵ pero como no fija número alguno, quedamos en la mayor incertidumbre.

Ateneo dio a los arcadios 300 000 *prospelatas* o esclavos, fundándose en un pasaje de Teopompo;¹⁵⁶ al pequeño territorio de Corinto 460 000; a la isla de Egina 470 000; y al Ática 400 000.¹⁵⁷ Este último dato se tomó del censo de Demetrio de Falera, arconte nombrado, como ya he dicho, en el año 318 antes de la era cristiana. Si aquel número se apoya en la autoridad de Ctésicles, uno de los convidados del banquete de Ateneo, otro de ellos asevera que los 400 000 esclavos solamente estaban empleados en el laboreo de las minas de Laurium; lo que a ser cierto, aumentaría considerablemente el total de la población servil del Ática.

A grandes objeciones están sujetos todos los guarismos anteriores; y aunque fuesen exactos, como sólo abrazan pocos puntos de Grecia, escasa luz nos dan para conocer la población esclava de toda ella.

En cuanto a la del Ática, haase generalmente seguido la opinión de Ateneo; pero algunos autores modernos se apartan largamente de ella. Rollin, sin prueba alguna, reduce el número de esclavos a 40 000;¹⁵⁸ Hume lo eleva a 160 000;¹⁵⁹ Wallon, a poco más de 200 000;¹⁶⁰ Böeckh, a 365 000,¹⁶¹ y Saint-Croix, hasta 500 000.¹⁶²

Letronne, en una memoria sobre la población del Ática,¹⁶³ impugna algunos de los guarismos de Ateneo. Respecto de Egina, observa juiciosamente, que siendo esta isla una roca estéril de cuatro leguas cuadradas, no podía contener; además de la gente libre, 470 000 esclavos.

En punto al Ática, no tengo por victoriosos todos sus argumentos contra Ateneo. En vez de atacar la cifra de 400 000 esclavos que Ateneo da a toda el Ática, fundándose en el censo de Demetrio de Falera, cíñese a refutar la opinión de uno de los convidados del mencionado banquete, el cual supone que aquellos 400 000 esclavos, todos estaban empleados en las minas de Laurium; y si a éstos, dice Letronne, se agregasen los demás que había en el resto de Ática, resultaría un total de 720 000. ¿Pero prueba Letronne que sobre los referidos 400 000 esclavos mine-

ros había en Ática 320 000 más? He aquí lo que se desea, y a lo que no satisface aquel distinguido autor.

Wallon,¹⁶⁴ tomando un rumbo diferente, también combate las cifras de Ateneo, acerca de la población del Ática. Fúndase en un pasaje de Tucídides, quien dice, como hemos apuntado, que Chíos tenía más esclavos que ningún otro pueblo de la Grecia, excepto Esparta.¹⁶⁵ Lo que de aquí se deduce, en lógica rigurosa, es que Esparta y Chíos tuvieron más esclavos que el Ática; pero no que ésta careciese de los 400 000 que le da Ateneo. Wallon, sin embargo, quiere llegar al fin que se propone por las inducciones siguientes:

Si Esparta y la isla de Chíos tuvieron más esclavos que el Ática, ¿cuántos poseyó ésta? Para saberlo, él raciocina así: Esparta tenía en tiempo de Herodoto 8 000 ciudadanos capaces de tomar las armas de la edad de 20 a 60 años; y partiendo de este dato, eleva toda la población libre de Esparta a 31 400. Juzga también como muy probable, que para cada espartano de 20 a 60 años, había siete ilotas de esa misma edad; y por un cálculo que hace, obtiene 220 000 ilotas. En cuanto a esclavos comprados, él reconoce que Esparta tenía pocos; mas, entre los periecos que formaban parte de Lacedemonia, había muchos esclavos, y los hace subir a 120 000: número que reunido a los 220 000 ilotas, da para la República de Esparta una población servil de 340 000. Si pues Esparta, concluye Wallon, es según Tucídides, el país griego que tenía más esclavos, y si éstos sólo subían en ella a 340 000, claro es, que el Ática no pudo poseer los 400 000 que le atribuye Ateneo.

Este argumento, aunque concluyente a primera vista, no disipa todas las dudas. ¿Cómo prueba Wallon que para cada espartano había siete ilotas?: Fundándose en que cada uno de los 5 000 espartanos que pelearon en Platea, fue acompañado de siete ilotas. Pero de que ésta fuese la proporción en que unos y otros se hallaron en aquella batalla, ¿se puede inferir como cosa cierta, que esa misma fue también la proporción en que las dos clases estaban en su propio territorio? Que a Platea hubiese llevado siete ilotas cada espartano, es un hecho aislado que no puede servir de regla general, pues si en vez de siete, cada ciudadano se hubiese hecho acompañar por cuatro o por diez ilotas, no por eso se seguiría forzosamente, que el total de éstos fuese ni cuatro ni diez veces mayor que el de los espartanos libres.

Afirma Wallon, que entre los periecos, había 120 000 esclavos, y pretende probarlo, diciendo que “aquellos eran casi 120 000; que sus 30 000 suertes de tierra fácilmente bastaban para la subsistencia de 240 000 habitantes; y que por lo mismo, en rigor se podría contar entre ellos un número de esclavos igual al de los hombres libres”.¹⁶⁶ Mas, yo pregunto ¿porque los periecos libres hubiesen sido en un tiempo casi 120 000, y dádoseles 30 000 suertes de tierras que bastaron a la subsistencia de

240 000 personas, ya se puede decir con fundamento, que cuando Tucídides escribió, hubiese entre ellos 120 000 esclavos? Semejante aserción es puramente arbitraria.

Debe también observarse, que las fechas en esta materia son de gran importancia, y que aquí se prescinde enteramente de ellas. Cuando Tucídides dice que Esparta era el pueblo de Grecia que tenía más esclavos, se refiere al año 413 antes de nuestra era, mientras que Ateneo se contrae a los que el Ática poseía casi un siglo después, porque él tomó sus datos del censo que hizo Demetrio de Falera, siendo arconte en el año 318.

En este período ocurrieron grandes alteraciones en Grecia, y si el Ática tuvo menos esclavos que Esparta en 413, bien pudo tener más casi 100 años después, porque cabalmente en ese período habíase la Grecia elevado a gran prosperidad. Y que los tuvo, lo da a entender el mismo autor, de cuya opinión me separo, cuando dice, que con la guerra del Peloponeso cambió el modo de vivir de los habitantes del Ática, y que desde entonces, sólo por excepción, y reducido a un estado inferior, el hombre libre se veía asociado al trabajo.¹⁶⁷ Éste, pues, hubo entonces de recaer sobre los esclavos, cuyo número debió por lo mismo aumentarse. Yo no pretendo defender los guarismos de Ateneo, ni considerarlos como exactos; y al hacer estas observaciones, sólo llevo por objeto manifestar, que los argumentos empleados, para invalidar el testimonio de aquel autor no me parecen completamente satisfactorios. Si se me pregunta a cuánto ascendieron en Ática los esclavos, respondo que no me atrevo a fijar número alguno, porque careciendo de datos sólidos en que apoyarme, todo cuanto dijera, serían meras conjeturas y aventuradas opiniones.

Pero si tanta es la incertidumbre en cuanto al total de esclavos, bien se puede asegurar con respecto a los sexos, que hubo muchos más varones que hembras: Licón en su testamento dejó entre sus 12 esclavos, sólo dos mujeres.¹⁶⁸ Teofrasto testó nueve; mas, ninguna hembra.¹⁶⁹ Una, y 11 varones poseyó Timarcho.¹⁷⁰ Los 52 o 54 que heredó Demóstenes, todos fueron hombres;¹⁷¹ y otros casos semejantes pudieran citarse. Esto provino de que empleándose las mujeres exclusivamente en el servicio doméstico, mas, no en las artes, la agricultura, minas, ni marina, fueron menos útiles que los varones. Por eso, Demóstenes consideró la posesión de muchas de ellas como riqueza y gran lujo;¹⁷² y por eso también fue necesario comprar esclavos al extranjero, pues con la desigualdad de los sexos, la población servil no podía conservarse por su propia reproducción.

¿Mas, en qué empleó la Grecia tantos esclavos como tuvo? Ya desde los siglos heroicos se ocuparon en todas las tareas urbanas y rústicas,¹⁷³ y a ellas, por ser menos duras, destináronse ordinariamente las muje-

res y los ancianos. Entre los jóvenes escogíanse los más robustos y valientes, para apacentar rebaños,¹⁷⁴ pues en aquellos tiempos semi-bárbaros tenían que repeler con las armas los asaltos de las fieras y de los malhechores.¹⁷⁵ Aunque en la morada de los reyes hubo esclavos de ambos sexos,¹⁷⁶ dióse la preferencia a las hembras, entre las cuales se confiaba a la más honrada y entendida el gobierno del palacio. Así sucedió en los de Ulises, de Néstor, y de Menelao.¹⁷⁷ Hilar y tejer la lana,¹⁷⁸ sacar agua de las fuentes, lavar, moler trigo,¹⁷⁹ y otras tareas domésticas, fueron ocupaciones de las esclavas. Acompañaban además a sus amas, servían a los huéspedes, conducíanlos al baño, frotábanles el cuerpo con aceite, poníanles la túnica y el manto,¹⁸⁰ y prestábanles otros servicios que no chocaban con las disolutas costumbres de aquella edad.

Este trato licencioso con los huéspedes, tuviéronlo también, a veces, las mujeres libres, aun de la clase más elevada. Elena dispensó a Ulises sus favores, cuando éste, disfrazado de mendigo, entró en la ciudad de Troya,¹⁸¹ y los mismos deberes hospitalarios cumplió con Telémaco la hermosa Policarte, hija de Néstor.¹⁸²

Bajando a épocas posteriores de la Grecia, siguióse empleando a los esclavos en los campos y en las ciudades. Millares de ellos pasaron la vida enterrados en las minas de Laurium. Otros en mayor número, trabajaron en varias industrias, en calidad de armeros,¹⁸³ fabricantes de camas,¹⁸⁴ bordadores, tintoreros, zurradores, herreros,¹⁸⁵ pasamaneros,¹⁸⁶ flauteros,¹⁸⁷ vendedores,¹⁸⁸ jefes de talleres, y de otras empresas industriales. Hubo también dependientes de casas de comercio,¹⁸⁹ droguitas,¹⁹⁰ curanderos que contra la prohibición de Solón, visitaban, por orden de sus amos médicos, a los enfermos de escasa fortuna;¹⁹¹ cómicos trágicos,¹⁹² y aun literatos. Entre éstos distinguíase el fabulista Esopo, y el poeta Querilos, esclavo de Samos, cantor de la victoria y de la libertad, y a quien Atenas, no sólo dio una pieza de oro por cada verso, sino que mandó por una ley, que su poema la *Perseida* se leyese en las grandes fiestas panateneas.

En ningún tiempo de la Grecia dejaron de emplearse esclavos en el servicio doméstico. De las hembras, algunas fueron nodrizas, siendo las de Lacedemonia, preferidas a las demás por su robustez; y el pecho de una de ellas alimentó en su infancia al célebre Alcibíades.¹⁹³ De los varones, algunos fueron maestros de los hijos de sus amos: cosa en que Esparta no siguió el uso general de la Grecia, pues Licurgo prohibió que los espartanos fuesen educados por esclavos y mercenarios;¹⁹⁴ prohibición que no se extendió a la lactancia, porque no era de temer que los niños en tan tierna edad recibiesen ideas contrarias a las que él había querido inspirar a su pueblo.

Cuando el lujo creció, los esclavos domésticos acompañaron a sus amos al baño, a la caza, y a todas partes.¹⁹⁵ Las señoras, y ricos atenien-

ses salían a la calle seguidos de tres y cuatro esclavos;¹⁹⁶ y por refinamiento de lujo hacíanse servir de negros etíopes y de eunucos.¹⁹⁷ En sus fiestas y banquetes, unas esclavas tocaban la flauta;¹⁹⁸ otras, compradas en Pafos, en Jonia, en el Peloponeso o en Tesalia danzaban en voluptuosas comparsas;¹⁹⁹ y muchachos hermosos o jóvenes bellas ofrecían a los convidados el agua de las abluciones, el ungüento oloroso para las manos y las coronas de rosas.²⁰⁰ A tanto llegó la corrupción, que, a veces, la más hermosa de las esclavas que servían en el banquete, se presentaba desnuda a echar el vino en la copa de los convidados;²⁰¹ y en tan vergonzoso estado, las bailarinas de Tesalia danzaron en la fiesta que dio el rey Antígono a los llegados de la Arcadia.²⁰² Al ver tanta impudencia y disolución, los poetas ya no sabían bajo de qué forma monstruosa representar a las cortesanas.²⁰³

Para las bodas y festines, muchos ciudadanos que carecían de esclavos propios en número suficiente, alquilábanlos de ambos sexos y de diferentes profesiones;²⁰⁴ y con frecuencia también se alquilaban las hembras para destinarlas a usos más infames.²⁰⁵ Cortesanas hubo que tenían esclavas, y tanto aquéllas como éstas vivían en la misma degradante vida.²⁰⁶ Vida a veces tan lucrativa, sobre todo, para los libres, que la meretriz Friné se comprometió a levantar a su costa las murallas de Tebas si se le permitía poner la siguiente inscripción: "*Alexandrum diruisse, Phrynem veo scortum refecisse*".²⁰⁷

Viose también que dos o más hombres se asociaban para comprar una esclava hermosa y entregarse con ella a los placeres: y estos contratos, a pesar de su impureza, la ley los toleró, permitiendo que las disensiones que de ellos nacieran entre los compradores, o se arreglasen por arbitramiento, o se debatiesen en los tribunales.²⁰⁸ Pero más abominable fue todavía, que los griegos comprasen muchachos hermosos para el libertinaje más inmundo. Vicio fue éste muy común entre los griegos. A libres y a esclavos prohibieron las leyes, y autorizaron a todos los atenienses para que acusasen al culpable.²⁰⁹ Cuando éste era esclavo y la víctima un muchacho libre de nacimiento, entonces era castigado públicamente con 50 azotes.²¹⁰ Respecto de los libres, poca o ninguna fuerza tuvieron las leyes. La muerte de Hiparco por Aristoginton y Hermodeo provino de una aventura amorosa.²¹¹ Esquines, lejos de negar que estaba manchado con ese vicio, lo celebró descaradamente en la tribuna de Atenas como un amor lícito;²¹² mas, para honra de la humanidad, otros griegos ilustres como Sócrates,²¹³ Platón²¹⁴ y Aristóteles lo condenan severamente.

El escoliador de Esquilo, en los *Siete Jefes ante Tebas*, asegura, que Laius, padre de Edipo, fue el primer griego que se degradó con vicio tan asqueroso, y que su trágica muerte y las miserias de su raza fueron un castigo de su delito. La opinión común, en tiempo de Aristóteles, atribuía

su origen a los cretenses; y Platón dice, que ellos inventaron la fábula de Ganimedes, para dar un pretexto divino a su perversa inclinación.²¹⁵

A manera de los particulares, el Estado tuvo también esclavos.²¹⁶ Atenas empleó para su policía 1 200 arqueros escitas.²¹⁷

Epidamne se sirvió de esclavos públicos,²¹⁸ y otras ciudades como Esmirna poseyeron esclavos, sagrados, sin que se pueda determinar precisamente las funciones que desempeñaron.²¹⁹ Otros servían en los tribunales,²²⁰ algunas veces en el ejército,²²¹ y más en la marina,²²² ora en calidad de soldados, ora de operarios, en cuyos trabajos tomaron parte, no sólo los esclavos públicos, sino los privados. Ni éstos ni aquéllos fueron siempre fieles a su deber, y en la expedición contra Sicilia al mando de Nicias, muchos desertaron del campo ateniense al siracusano.²²³ Para asegurar su cooperación en los días de gran conflicto, la libertad fue el premio que se dio a los que empuñaban las armas. Así lo hizo Atenas por primera vez, cuando en Maratón venció a los persas,²²⁴ y así lo hicieron después otros Estados hasta la época triste en que Roma esclavizó a la Grecia.²²⁵ Díoego, jefe de la liga Aquea, armó contra los romanos un cuerpo de 10 000 esclavos a quienes dio la libertad;²²⁶ pero vencido en aquella lucha suprema por Mummio y por Marcelo, amos y esclavos fueron vendidos, e indistintamente arrastraron las mismas cadenas.

Por fin, hubo templos en Grecia que también tuvieron esclavos, y que dejaron a la posteridad el escandaloso ejemplo de la corrupción pagana. Solón compró esclavas por cuenta del Estado, para establecer lupanares; y con el dinero que ellas ganaron, se erigió el templo de la Venus pública.²²⁷ Algunos de los que se alzaron a esta y otras divinidades, recibieron ofrendas de las esclavas, que hombres y mujeres libres les consagraban, ya por ostentar generosidad, ya por un sentimiento religioso.²²⁸ En Corinto, famoso emporio de la Grecia, hubo un templo dedicado a Venus que tenía más de 1 000 esclavas, las cuales, dice Strabón,²²⁹ “contribuían a aumentar la afluencia de los extranjeros, y con ellos, la riqueza de la ciudad, porque muchos capitanes de buques se arruinaban en ella”: y militares, y otros que no lo eran, corrían la misma suerte.²³⁰ Esas esclavas no desmerecían en el concepto público, porque en sus fiestas particulares comían con las mujeres libres,²³¹ y según una costumbre antigua, ofrecían a Venus en ocasiones importantes los votos de la ciudad.²³²

En la cumbre del Erix, hoy monte de San Giuliano en Sicilia, elevaron los griegos otro templo a Venus, enriquecido con esclavas que le ofrecían, especialmente los procónsules y pretores romanos. Éstos, dice Diodoro de Sicilia, “lo colmaban de presentes, y deponiendo el orgullo de su dignidad, se entregaban allí con toda soltura a los juegos y al comercio de las mujeres, creyendo que no había otro modo de hacerse

gratos a la divinidad”.²³³ Al pie del monte habitaban las esclavas, vendían sus favores a todo el que los pagaba, y el dinero se invertía en la conservación y culto del templo.²³⁴ Diodoro asegura, que éste, en su tiempo, se hallaba en más próspero estado que nunca,²³⁵ pero Strabón que escribió poco después, lo representa como ya decaído de su antigua grandeza.²³⁶ Templos semejantes consagrados a Venus existieron en Samos,²³⁷ y en Efeso.²³⁸ Europa vio en la Edad Media, y América en los siglos posteriores muchas iglesias y conventos con centenares de esclavos negros; pero las mujeres jamás fueron condenadas al escandaloso libertinaje del impuro paganismo.²³⁹

Dos son los elementos principales que determinan el valor de los esclavos: su abundancia o escasez, y su aptitud para el trabajo conforme al género de ocupaciones a que se le dedica. Pero la historia no nos ha dejado datos precisos en la materia, y tanto menos, cuanto más se sube a los primitivos tiempos de la Grecia. En los siglos heroicos, una esclava hermosa y de habilidad valía 4 bueyes.²⁴⁰ Veinte dio Laertes por una joven;²⁴¹ y Aquiles vendió por 100 a Licaón, hijo de Príamo.²⁴² Pero estos casos sobre ser muy antiguos y muy raros, no dan luz alguna, porque se ignora completamente cuál fue el valor de los bueyes en aquellos tiempos.

Bajando a épocas posteriores, las tinieblas disminuyen; mas, nunca se disipan enteramente.

Jenofonte cita un pasaje de Sócrates, en que reprendiendo este filósofo a un amigo infiel, le dice: “Antístenes ¿se puede poner precio a los amigos como a los esclavos? Entre éstos uno vale solamente media mina; otro dos minas; otro cinco; otro diez; y aun se asegura, que Nicias, hijo de Nicerate, ha dado un talento por un esclavo capaz de dirigir los trabajos de sus minas de plata”.²⁴³ Si en este pasaje se hubiera indicado, además del precio, la profesión de cada esclavo, entonces tendríamos un dato seguro, a lo menos para los tiempos de Sócrates; pero él sólo menciona la que ejercía el esclavo de Nicias, esclavo sin duda excepcional, y que por lo mismo no puede servir de base para el resultado que se busca.

A tres clases se pueden reducir los esclavos de la Grecia: 1ª Los empleados en los trabajos inferiores del campo y de la ciudad, y en que sólo ejercitan las fuerzas corporales; 2ª aquellos, cuyas obras mecánicas o liberales necesitan de alguna inteligencia en diversos grados; 3ª los esclavos de lujo y de placer.

En su oración contra Nicostrato, Demóstenes habla de dos esclavos pertenecientes a la primera categoría, y no de los mejores por cierto, pues que cada uno fue tasado por la parte contraria en 2 minas y media; o sea, 217 francos 35 céntimos. Aquel orador también menciona entre los bienes de Spudias, un esclavo que valía 2 minas,²⁴⁴ o 173 francos

89 céntimos.; y aunque no dice cuál era su ocupación, su precio indica, que correspondía a la primera clase.

El jornal ordinario del esclavo se puede considerar como el exponente de su valor, y conocido aquél, éste se puede calcular aproximadamente, pues un jornal alto, supone un precio alto, y al contrario. Los esclavos empleados en las minas de Laurium generalmente se alquilaban a razón de 1 óbolo diario; o sea, 360 óbolos al año según el calendario griego. Los empresarios obligábanse además a entregar al vencimiento del plazo del contrato, el mismo número de esclavos que habían recibido.²⁴⁵ Siendo, pues, 360 óbolos al año el producto neto del esclavo, ¿cuál sería el capital que éste representaba? El 12 % al año era en Atenas el interés ordinario del dinero, y tomándolo por base, los 360 óbolos representarían un valor de 3 000 óbolos, que son 5 minas, o 434 francos 72 céntimos. Pero este cálculo no es exacto, porque el esclavo está sujeto a un continuo deterioro que no sufre el dinero prestado; deterioro mucho más considerable en aquellas minas, donde la dureza del trabajo y la insalubridad del aire abreviaban la vida de los trabajadores.²⁴⁶ Atendido esto, y considerando que el 18 % era el interés legal que con frecuencia se pagaba por el dinero,²⁴⁷ mayor debió ser el que el amo exigiría por sus esclavos empleados en las minas; porque, aunque el empresario se comprometía a reponerlos en caso de muerte, la depauperación de ellos sólo recaía sobre el amo. Éste, pues, para indemnizarse de la continua disminución de su capital, hubo de pedir un interés mucho más elevado; y no hay exageración en fijarlo en 24 %, viniendo de este modo, los 360 óbolos del producto neto anual, a representar un valor de 2 minas y media (217 frs. 35 cénts.) por cada esclavo empleado en aquellos trabajos.

En la segunda categoría entraban los artesanos, los cuales se vendían a un precio más alto que los de la primera. El padre de Demóstenes tenía empleados 20 esclavos en la construcción de camas, y 32 en una fábrica de armas: los primeros le rendían anualmente el producto neto de 12 minas, y los segundos el de 30.²⁴⁸ Aquel orador dice que de esos esclavos, unos valían 3 minas a lo menos, y otros de 5 a 6:²⁴⁹ diferencia que provendría, de que estos últimos serían los directores o jefes de los talleres. A juzgar por el producto que daban los 9 o 10 zurradores del padre de Simario, se puede inferir que el jefe valía 6 minas (521 francos 67 céntimos), y los demás, 4; o sea, 347 francos 78 cénts.²⁵⁰ Cinco minas (434 francos 72 céntimos) fue el precio ordinario de los esclavos que tenían algún talento en su profesión; pero si ésta era literaria, aquél hubo de ser mayor. Cuéntase, sin embargo, de un gramático que sólo costó 5 minas; gramático sin duda de pocos alcances, porque su valor no ascendió al de muchos artesanos.²⁵¹

Los esclavos más caros fueron los de lujo, en cuyo número entraron los buenos cocineros; y si bien cuando uno de éstos era malo se alquila-

ba solamente por 1 dracma al día, muy diferente era el de los entendidos en su profesión.²⁵²

De 20 a 30 minas se pagaban por ciertas esclavas,²⁵³ y en esta última cantidad compraron a Neara dos corrompidos atenienses, quienes saciados ya de ella, le propusieron que se libertase por 20 minas, bajo la condición de que no viviese en Corinto.²⁵⁴ Terencio menciona una negrita y un eunuco vendidos en 20 minas los dos;²⁵⁵ una flautista, en 20; y la querida de Feldria, en 30.²⁵⁶ Con estos subidos precios forma un contraste curioso el ínfimo en que se vendió el fabulista Esopo, pues por su deforme figura sólo costó al comprador 2 dracmas, que son casi 8 francos 70 céntimos.²⁵⁷

Los autores griegos no ofrecen datos suficientes sobre esta materia; y para llenar el vacío que dejaron, se ha ocurrido, no sólo al jornal de los esclavos, según hemos visto ya, sino al rescate de los prisioneros, pues parece que el precio de éstos debió regularse generalmente por el de aquéllos.

Prueba Böeckh en su *Economía política de los atenienses*, que poco antes de la guerra médica, el rescate de los prisioneros era de 2 minas,²⁵⁸ de 3 en tiempo de Dionisio, el Anciano;²⁵⁹ de 3 a 5 en los días de Filipo de Macedonia;²⁶⁰ y de 5 por los esclavos y 10 por los hombres libres bajo los sucesores de Alejandro.²⁶¹ Pero debe notarse, que en este último período se hace expresa distinción entre el rescate del hombre libre y el del esclavo, pues es de 10 minas por el primero, y de 5 por el segundo: de manera que aquí no se guarda la regla que se quiere establecer; y esta desviación de ella basta para infundir desconfianza en los resultados que se pretende sacar; pues en muchos casos no se atendería al valor de los esclavos, sino a las circunstancias particulares en que pudieran hallarse los prisioneros respecto de sus vencedores.

En medio de tanta incertidumbre, puede, sin embargo, señalarse aproximadamente el precio de los esclavos, no en todas las épocas, sino solamente en algunas de la Grecia. El de los empleados en el laboreo de las minas y en los trabajos inferiores de la agricultura, fue de 2 minas a 2 minas y media (de 174 frs. a 217), durante el espacio comprendido entre la guerra del Peloponeso y el imperio de Alejandro; sin que nada influya contra esto el alto precio de un talento que dio Nicias por un esclavo excepcional. El de los artesanos fue de 3 a 4 minas (261 a 348 frs.); y el de los jefes de talleres de 5 a 6 (435 a 622 frs.). El de los esclavos domésticos variaba según la clase de su servicio desde 2 a 5 o 6 minas. Los que mostraban algún talento y saber en las ocupaciones que no eran mecánicas, valían 10 y 15 minas (870 a 1 304 frs.), y mucho más los de lujo y de placer; pues llegaban hasta 30 minas (2 608 frs.), y aún más.

En las épocas posteriores al gran Alejandro, y bajo la dominación romana, el precio de los esclavos griegos se aumentó como aparece de

muchas inscripciones.²⁶² Esto quizá provendría, de que habiendo entonces más plata que antes, su valor relativo habría bajado; y quizá también, de que el inmenso mercado de Roma habría encarecido los esclavos griegos, pues éstos eran generalmente más estimados que los de otros países.

En nación que contó tantos siglos de existencia como la Grecia, no pudo ser siempre igual la condición o estado de los esclavos, porque ésta pendió de los tiempos, de sus ocupaciones y de la índole suave o agria de los amos.

En los tiempos heroicos, ilimitados fueron los derechos de éstos sobre aquéllos, pudiendo venderlos, permutarlos, regalarlos,²⁶³ castigarlos y hasta matarlos,²⁶⁴ en el furor de sus pasiones.

Sin persona ante la ley, nada adquiría para sí; mas, los buenos amos se lo permitieron, y Eumeo, el fiel esclavo de Ulises, compró uno para que le ayudase en sus tareas.²⁶⁵ ¡Curioso contraste el de un hombre que si, por una parte, era esclavo, por otra, era también amo! y estado semejante he visto yo, aunque rara vez, en los campos de Cuba. Sin voluntad propia, ni fuerzas para resistir, las esclavas eran víctimas de la concupiscencia del amo; y sólo para satisfacerla, cautivaron muchas veces a las mujeres libres los héroes de aquella edad. A su tálamo las llevaron Agamenón, Aquiles y otros personajes de la *Iliada*;²⁶⁶ y los hijos de estos enlaces, aunque libres a los ojos de sus padres,²⁶⁷ muertos éstos, aquéllos y sus madres corrían el riesgo de ser esclavizados por la violenta mano de un usurpador.²⁶⁸ La suerte común del hijo era seguir la condición de la madre; y esclava ésta, aquél también lo era: por eso, la infeliz Andrómaca, al repeler los ultrajes de la celosa Hermiona, exclamó con sobrada justicia: “¿Puedo yo envidiar vuestra situación para dar al mundo hijos esclavos y arrastrar después una carga de dolores?”²⁶⁹

La esclavitud de los siglos heroicos debe considerarse bajo de dos aspectos. Despojada del colorido que le dio el mágico pincel de Homero, aparece blanda, por una parte, y dura, por otra. Los griegos empezaban entonces a salir de la barbarie, y con pocas necesidades, el esclavo no estaba abrumado de trabajo. El amo compartía con él las ocupaciones del campo y de la ciudad, y confundidos unos y otros en las mismas tareas, engendrabanse entre ellos los afectos que produce el estrecho contacto de los hombres.

Tal fue el lado ventajoso de la esclavitud en los siglos heroicos. Pero como al mismo tiempo no había leyes que enfrenasen la autoridad del amo, imposible era que éste, en la plenitud absoluta de sus caprichos, siempre se mantuviese dentro de los límites de la justicia, pues a traspasarlos lo empujaban la propensión del hombre a abusar de su poder, y las desenfrenadas pasiones de aquella edad. Ciertamente, que el esclavo no estaría mal alimentado ni vestido, ni tampoco sucumbiría bajo el

peso del trabajo; pero sin el amparo y defensa de la ley viose expuesto a todas horas a los arrebatos del amo.

Pasados los siglos heroicos hubieron de alterarse las primitivas relaciones que mediaron entre el amo y el esclavo. La condición de éste ofreció, desde entonces, una escala muy variable, pasando de los extremos del rigor a los excesos de la impunidad; y en darle este carácter influyeron no sólo la índole particular de los amos, y el nuevo modo de vivir que éstos empezaron a adoptar, sino el incremento de los esclavos, las distintas ocupaciones en que se emplearon y las diferentes leyes y costumbres de los Estados griegos.

En aquella época de civilización, el alimento ordinario de la generalidad de los esclavos fue una ración de harina, ajos, higos,²⁷⁰ y otras frutas de inferior calidad. Su traje era, por lo común, gorra de piel de perro, tunique de lana que no pasaba de la rodilla, una especie de capa muy corta, y a los esclavos mejor cuidados dábasesles una piel grosera para calentarse los pies en el invierno.²⁷¹ Este traje, que en su calidad y en su forma podía variar al arbitrio del amo, no bastaba por sí solo en Atenas para reconocer a los esclavos, porque si corta era su túnica, así también la usaron muchos plebeyos libres;²⁷² y si aquéllos se rapaban la cabeza,²⁷³ cubríansela igualmente con un gorro lo mismo que éstos.²⁷⁴ El vestido, pues, y otros signos externos, de nada servían en la ciudad de Pericles para distinguir al ciudadano del extranjero o del esclavo.²⁷⁵ Condenado éste a obedecer y servir; ninguna educación moral recibía, y si alguna literaria se le daba en pocos casos, era sólo con el objeto de aumentar su valor, o de lisonjear el orgullo del amo.

De no tener persona legal, consecuencia forzosa fue que no pudiera casarse, ejercer autoridad paternal, adquirir bienes, ni gozar de los demás derechos concedidos a la gente libre. Pero el rigor de estas privaciones se templó en algunos Estados griegos. Aunque Solón no prohibió expresamente el enlace de los esclavos entre sí,²⁷⁶ este enlace no se tuvo por matrimonio, ni tal nombre se le dio.²⁷⁷ Un pasaje de las comedias de Plauto parece contradecir esa aserción. Tradujo este poeta del griego en latín una de Dífilo, autor de muchas que no han llegado hasta nosotros, y que se llamó la *Casina*. No Plauto, sino otro, púsole un prólogo algunos años después, y en él se leen estas palabras: “¿Qué significa esto? Un matrimonio entre esclavos: ¿esclavos van a pedir una muchacha para matrimonio? ¿Se casarán? Pero esto es una monstruosidad que no se ha visto en ningún pueblo del mundo. Yo os aseguro que esto se ve en Grecia, en Cartago, y aquí en nuestro propio país, la Apulia. Allá se celebran las nupcias de los esclavos con más solemnidad que la de los ciudadanos libres”. Esta aseveración estampada en el prólogo de una comedia no me parece bastante autoridad para tener por verdadero matrimonio el enlace de los esclavos en Grecia.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que desde los tiempos primitivos de ella, algunos amos recompensaron con una compañera a los esclavos buenos; y que esto se practicase, recomendolo Jenofonte, pues en su sentir, si los malos esclavos que tenían familia podían ocasionar mucho daño a sus amos, los buenos, al contrario, les cobrarían más afecto cuando la tenían.²⁷⁸

Si en rigor jurídico, todo lo que el esclavo adquiría, era para su amo, éste a veces le permitió la adquisición de algunos bienes, pues así contribuía a moralizar el esclavo, ya estimulándole al trabajo, ya impidiendo que se huyese para no dejar su propiedad abandonada. Hubo además otro interés menos noble. Fue costumbre, que en los natalicios del amo, y en el nacimiento y matrimonio de sus hijos, el esclavo le hiciese algún regalo, que por no ser siempre espontáneo, mereció la sátira de Terencio.²⁷⁹ El amo, pues, que usando de su derecho se hubiera apropiado el corto peculio del esclavo, no sólo habría apagado en éste todo deseo de adquirir, sino privádose también del esquilmo que de él podía coger:

Para interesar a los esclavos en el trabajo solía darse a los artesanos y empleados en el comercio una parte del producto de los objetos que fabricaban o vendían; a los pastores, una oveja²⁸⁰ y un pedazo de tierra, al que presidía los trabajos agrícolas.

A formar el peculio del esclavo también contribuyeron algunos regalos del amo,²⁸¹ los 5 o más dracmas de propina que los amigos de éste le daban cuando iban a convidarlos,²⁸² y los hurtos que con frecuencia hacía a su señor, sobre todo, si éste era joven desordenado.²⁸³ Sin apelar a estos medios, hubo muchos esclavos urbanos que adquirieron un peculio, porque se les permitía vivir por su cuenta, pagando a los amos un jornal, haciendo suyo todo lo demás que ganaban, y manteniéndose por su cuenta.²⁸⁴

No faltaron esclavos que emplearon sus bienes en mejorar su estado; mas, otros no hicieron tan buen uso de su peculio. En Atenas, cuyos esclavos, según Demóstenes,²⁸⁵ hablaban con más libertad que los ciudadanos de otros países, y donde todo les era concedido, menos la gimnástica,²⁸⁶ la música²⁸⁷ y el ejercicio de la medicina,²⁸⁸ cuya profesión era permitida a los libres de ambos sexos;²⁸⁹ en Atenas viéronse algunos esclavos, que imitando a los ricos ciudadanos, se vestían, perfumaban y vivían con grandeza, disputaban el paso en las calles a la gente libre, y se daban al juego, al amor y los banquetes.²⁹⁰ La comedia griega, vivo reflejo de las costumbres de aquella edad, nos presenta al esclavo Sticho diciendo: “V. sin duda se asombrará de ver que humildes esclavos beben, enamoran y mutuamente se convidan a comer: pues todo esto nos es permitido en Atenas”.²⁹¹

Un pasaje de Jenofonte confirma esta verdad, añadiendo varias razones. “En Atenas, dice, los esclavos y los extranjeros domiciliados vi-

ven en una licencia increíble; no es permitido pegarles, y se atreven a disputaros el paso. Esto proviene de que si la costumbre autorizase un hombre libre a castigar un esclavo, un extranjero o un liberto, resultaría que el ciudadano, tomado muchas veces por esclavo, sería víctima de una equivocación... Quizá causará sorpresa el saber que se deja vivir en el lujo a los esclavos, y a algunos en la magnificencia; pero este uso también está fundado en razón, porque en un país donde la marina exige gastos considerables, forzoso es guardar consideraciones a los esclavos y aun dejarlos en soltura si se quiere coger el fruto de su trabajo”²⁹². Nótese en este pasaje que ninguna de las razones expuestas por Jenofonte se funda en la justicia y humanidad con que debían ser tratados los esclavos, sino tan sólo en motivos de interés público o privado.

La tolerancia de Atenas parece que se extendió a otras ciudades, pues en una inscripción de Argos se celebra la grandeza del esclavo Onesifon, que no sólo repartió plata al pueblo en unos juegos que dio, sino que costeó para todos los concurrentes el aceite que éstos gastaron desde la mañana hasta la noche, en los baños y gimnasios.²⁹³

Al lado de tanta holganza y esplendor en unos esclavos, viéronse otros, miserables y oprimidos, en los campos y en las ciudades. Generalmente, la condición de los rústicos fue más dura que la de los urbanos; sobre todo, después que con la guerra del Peloponeso abandonaron los atenienses las tierras en que habitaban, y los esclavos quedaron en ellas confiados a mercenarios.

Entre los esclavos de la ciudad, no fueron por cierto los más felices aquellos que eran gobernados por otro esclavo, pues éste trataba duramente a sus compañeros,²⁹⁴ creyendo acaso que sólo así llenaba sus deberes, y podría mantenerse en la confianza de su amo.

El esclavo doméstico, más en contacto que los otros con el amo, pudo ser, según la índole de éste, o feliz o desgraciado. En fuerza de las estrechas relaciones que existían entre los dos, el esclavo era a veces el íntimo confidente de las flaquezas y vicios de su amo, servíale de maestro en la carrera de su perdición, y dominándole moralmente, ejercía sobre él la más perniciosa influencia. Era esto tan común, que la comedia griega nos presenta al esclavo en la escena, como actor secundario, o como personaje principal,²⁹⁵ que a su antojo disponía de la voluntad de un amo ligero o corrompido; pero muy precaria era esta preponderancia, porque de la elevada posición en que aquél se hallaba, podía caer repentinamente, y hundirse en los horrores de su primera condición.

Más uniforme y constante en la desgracia fue la suerte del esclavo rústico, pues en general mal alimentado y vestido, encadenábasele con frecuencia, tan sólo por temor de fuga.²⁹⁶ Pero en esta escala de miserias, los más infelices de todos fueron los empleados en los molinos, canteras y minas.²⁹⁷

El palo de que habla Aristófanes,²⁹⁸ no fue el castigo más cruel, pues además de las especies de varas y látigos con que se les despedazaban las espaldas, había calabozos, escaleras, ruedas y garruchas para romperles los huesos y desconjuntarles los miembros.²⁹⁹ Cuando el esclavo se huía, el amo fijaba carteles en los parajes públicos con su filiación, ofreciendo recompensas al aprehensor, o a quien diese noticia de su paradero.

El que a su amo lo entregaba, recibía 2 talentos de cobre y 3 000 dracmas, cantidad que según Letronne equivalía a 2 minas de plata y 50 dracmas. Cuando aquél se hallaba en un lugar sagrado, dábale 1 mina y 33 dracmas al que indicaba su paradero; y 3 minas 83 dracmas si el esclavo era recogido en su casa por una persona solvente. Esta última recompensa, mayor que la segunda, indica que se podían cobrar daños y perjuicios al ocultador del esclavo; mientras que la otra revela los obstáculos que había para sacarle del asilo en que se hallaba.³⁰⁰ Si damos crédito a Antífanos, había hombres especialmente encargados de perseguir a los esclavos prófugos,³⁰¹ y a ello alude también un pasaje de Luciano.³⁰² Cogidos que eran, poníanseles argollas en los brazos, cadenas en los pies, y hasta una gran rueda al pescuezo,³⁰³ a manera del castigo que ya he dicho se imponía en China. Si reincidían, marcábaseles en la frente con un punzón, lo que comúnmente se hacía:³⁰⁴ señal con la que Jenofonte quería se marcara a los esclavos públicos empleados en las minas de Laurium, para que nadie los robase.³⁰⁵

En las frecuentes guerras civiles de la Grecia, común era que los esclavos de un Estado se fugasen al campo enemigo de otro; y ya he insinuado en otra parte, que sólo del Ática se acogieron a Decelia más de 20 000, artesanos la mayor parte.³⁰⁶ Este hecho revela que si en Atenas fueron bien tratados los esclavos, no sucedió lo mismo con los demás del Ática; porque, a pesar de la repugnancia natural que muestra siempre el hombre a sufrir la esclavitud, esos esclavos no se habrían apresurado a sustraerse del yugo de sus amos. Ningún pacto o convenio se había celebrado todavía entre los Estados griegos para no admitir en su territorio respectivo a los esclavos prófugos lo que se hizo por primera vez entre Esparta y Atenas, durante la guerra del Peloponeso, cuando estas dos repúblicas ajustaron un armisticio en el año 424 antes de la era cristiana.³⁰⁷

Careciendo el esclavo de persona legal, su amo era en todo su legítimo representante, y cuando éste no podía serlo, porque aquél reclamaba su libertad, entonces se le nombraba un curador que lo defendiese.³⁰⁸ Tampoco pudo comparecer en juicio como testigo,³⁰⁹ a menos que se le sometiese a la tortura, por creerse que sólo la fuerza del dolor podía arrancarle la verdad. Tal fue la práctica constante de Atenas, y tal la opinión de todos los oradores griegos.³¹⁰ Según Aristóteles había cinco especies de pruebas extrínsecas: las leyes, los testigos, las convencio-

nes, la tortura y el juramento. Mas, él no juzgó siempre la tortura como prueba enteramente decisiva, porque si ella arranca la verdad, arranca también la mentira, habiendo, como dice él mismo, “algunos que todo lo sufren por no decir la verdad, y otros que se apresuran a mentir para salir más pronto del tormento”.³¹¹

Sometíanse a éste no sólo los esclavos varones, sino a veces también las hembras, y de una de ellas habla Demóstenes expresamente.³¹²

A la tortura asistían ejecutores llamados expertos, porque tasaban el quebranto que sufría el esclavo con la pérdida de algún miembro o de otro daño que recibía.³¹³ El perjuicio ocasionado pagábalo el que hacía comparecer al esclavo como testigo;³¹⁴ mas, quedaba exento de toda responsabilidad, si el amo, sin que nadie reclamase al esclavo, lo ofrecía voluntariamente a la tortura.³¹⁵ Si reclamado éste, aquél rehusaba entregarlo, entonces se exponía a que se condenase como autor del delito que se perseguía.³¹⁶

Varios de los instrumentos con que se castigaba a los esclavos, empleáronse también en su tortura, habiendo además otros suplicios, como derramar vinagre dentro de las narices, y aplicar tejas ardientes a diversas partes del cuerpo.³¹⁷

¿Y cuál fue la condición del esclavo ante los dioses? En Atenas, no le fue prohibida la entrada en los templos públicos.³¹⁸ En Epidaure tuvieron los esclavos sacerdotes propios, y el pontífice del templo de Minerva, debía ser, según Pausanias, un esclavo prófugo, vencedor en una monomaquia.³¹⁹ Ni carecieron de protectores entre los dioses, pues Saturno les recordaba en sus fiestas la edad de oro en que no había esclavos;³²⁰ y Mercurio no sólo los favorecía, sino que participaba de sus robos.³²¹ En las fiestas Antesterias consagradas a Baco en Atenas podían entregarse por un día al reposo, y probar como los libres el vino de la nueva cosecha que aquel dios les ofrecía.³²² En algunas fiestas de la Arcadia, y en el segundo día de los tres que duraban las Hyacinthias celebradas en Esparta, amos y esclavos se sentaban a la misma mesa,³²³ y éstos eran servidos por aquéllos en las Saturnales,³²⁴ en las fiestas de Creta celebradas en honor de Mercurio,³²⁵ y en las de Tesalia consagradas a Júpiter Pelorio.³²⁶ En las de Trecene, que se verificaban en el mes de *gerestion*, ellos alternaban con los ciudadanos en los juegos y banquetes.

Éstos fueron los mezquinos favores que el paganismo griego concedió a los esclavos; pero en otros ritos fue inflexible con ellos, pues los excluyó de los misterios de Ceres y de las fiestas de las Euménides,³²⁷ siendo en Cos un sacrilegio que presenciasen los sacrificios que se hacían en honor de Juno. Esta desigualdad entre el hombre libre y el esclavo se extendió hasta después de la muerte. Sus cadáveres no podían ser perfumados, ni celebrarse banquetes en sus funerales;³²⁸ y Valerio

Máximo nos recuerda, que en Marsella, colonia griega, los esclavos no se llevaban a enterrar en los mismos féretros que los libres.³²⁹

Contra los rigores del amo, el esclavo griego solía hallar algún consuelo en la religión, en algunas leyes, y aun en sus propias fuerzas, ora apelando a la fuga, ora a la insurrección.

La religión le ofreció como a las personas libres, el asilo de algunos templos, aras y bosques sagrados. “La mansión de los dioses, decía Eurípides, es un amparo común a todos...”³³⁰ Los antros sirven de refugio a las bestias de los bosques, y el altar de los dioses, a los esclavos”.³³¹ El primer asilo que en Atenas se concedió a los suplicantes, fue el templo de la Misericordia, descrito por Statius Thebaidos.³³² Abrieron después el templo de Minerva, las aras de las Euménides y los Sacella³³³ de Teseo, de los que había uno dentro de Atenas, y otro fuera de ella.³³⁴

En Flionte hubo un templo dedicado a Hebe, diosa de la juventud, donde los esclavos que se acogían, alcanzaban la libertad, y para hacer ostentación de ella, colgaban sus cadenas en un árbol del bosque sagrado.³³⁵ Aun sin acudir a tan santos lugares, el esclavo encontraba protección, tocando una corona del laurel sagrado, o una cintilla de Apolo.³³⁶ No se crea, empero, que el asilo fue siempre un refugio inviolable para el suplicante, porque si bien no podía arrancársele de él por la fuerza, muchas veces el perseguidor lo sitiaba para privarle de víveres,³³⁷ o rodeaba de fuego el asilo, y huyendo entonces el perseguido para no morir de hambre o quemado, se creía supersticiosamente que no era el hombre, sino los dioses quienes de él lo arrojaban.³³⁸ A esta costumbre alude Plauto en sus comedias la *Mostelaria* y el *Rudens*, cuando dice en la primera:

“O verdugo, yo mandaré rodearte de leña y de fuego”.³³⁹

Y en la segunda:

“Yo encenderé una gran hoguera para quemar vivas estas dos esclavas en este mismo altar”.³⁴⁰

El esclavo ateniense gozó de ciertos favores que fueron negados a los de otros países de la Grecia, pues la ley de Atenas protegió su cuerpo y su vida. Contra la persona extraña que lo maltrataba diose acción de ultraje como si fuere hombre libre,³⁴¹ pagando el ofensor una multa, y pudiendo ser acusado por cualquier ciudadano.³⁴² Si le mataba, castigábase al matador con la misma pena que si hubiera dado muerte a un ciudadano. Antifón decía: “Puesto que se juzga con la misma severidad al que ha matado a un esclavo o a un hombre libre”,³⁴³ y el gran orador Demóstenes afirma que muchos habían pagado con su vida la infracción de aquella ley de Atenas.³⁴⁴ Platón, en este caso, mostrose menos severo, porque si la muerte era efecto de cólera, el matador solamente debía pagar al amo el duplo del valor del esclavo.³⁴⁵ Cuando aquél era el mata-

dor; sometíasele a una expiación religiosa,³⁴⁶ la cual consistía, según Antifón, en excluir al amo de la ciudad, de los templos, sacrificios, espec-táculos, y de todo lo que al hombre es más grato y precioso en la vida.³⁴⁷

Si el esclavo mataba a su amo, incurría en pena de muerte; mas, los parientes no debían imponerla por sí, sino entregarlo a los magistrados, como dice Antifón, para que éstos lo castigasen con el último suplicio.³⁴⁸ De otra manera pensó Platón, quien así se expresa: “Si un esclavo en un movimiento de cólera mata a su amo, los parientes del muerto harán sufrir a este esclavo todos los tratamientos que juzgaren a propósito, con tal que no le dejen la vida; en tal caso, serán inocentes del homicidio cometido”.³⁴⁹

El esclavo oprimido por su amo tenía derecho a buscar otro que suavemente le tratara.³⁵⁰ De la existencia de esta ley y de su aplicación en Atenas claro testimonio dan un pasaje de Plutarco,³⁵¹ Ateneo,³⁵² y dos fragmentos de dos poetas cómicos: uno de Eupolis en su pieza las *Ciudades* y otro de Aristófanes en la comedia las *Estaciones* que no ha llegado a nosotros.³⁵³ Como el esclavo carecía de persona, para comparecer en juicio, nombrábasele un defensor:³⁵⁴ y mientras el asunto se discutía ante los magistrados, él buscaba un refugio en el templo de Teseo.³⁵⁵ Cuando el esclavo adquiría algún peculio por tolerancia del amo, la ley le concedió el derecho de poderse libentar, entregando a su dueño el importe de su valor.³⁵⁶ Todo esto dio a la esclavitud de Atenas un carácter de blandura que no tuvo en alguna otra parte de Grecia. No es, pues, extraño que hubiese algunos esclavos tan leales que merecieran toda la confianza de sus amos. Al suyo, llamado Sicigno, confió Temístocles más de una vez mensajes secretos de tanta importancia que de ellos pendía la suerte del Estado.³⁵⁷ Otros hubo que mostraron tanto cariño a sus esclavos, que después de muertos, ora elevaron monumentos a su memoria, ora colocaron sus cenizas en el mismo sepulcro donde reposaban las de sus amos.³⁵⁸

Tan suavemente trató Creta a sus esclavos que, según Aristóteles, fueles todo permitido, menos los ejercicios gimnásticos y el uso de las armas.³⁵⁹

En Chíos, por el contrario, fue cruel la esclavitud, y más todavía en Esparta. Contrayéndose Aristóteles a la de esta república, se expresa en términos bien tristes. “Si hay un punto, dice, que exige una laboriosa solicitud, es por cierto la conducta que se debe tener con los esclavos. Tratados con dulzura, se insolentan, y bien pronto osan creerse iguales a sus amos; tratados con severidad, conspiran contra ellos y los aborrecen. Evidentemente se ha resuelto mal el problema, cuando no se saben inspirar sino tales sentimientos en el corazón de los ilotas”.³⁶⁰

Aquí conviene exponer cuáles fueron las ideas de algunos filósofos y otros célebres griegos acerca del trato que debía darse a los esclavos.

Parece que Bias, uno de los siete sabios de Grecia, no fue duro con los esclavos, pues máxima suya fue, aunque bien fútil por cierto, que no se castigase al esclavo borracho para que el castigador no lo pareciera también.³⁶¹

Platón quería que se les tratase si era posible, con más justicia que a la gente libre.³⁶² Al que no cumplía con sus deberes, él no le castigaba por sí sino por medio de su sobrino,³⁶³ o de otra persona, como aconteció un día con Jenócrates, que entrando en su casa, le suplicó que castigase en su lugar a uno de sus esclavos, porque él no quería hacerlo en un momento de cólera.³⁶⁴ Otras veces permanecía mucho tiempo con un palo levantado en ademán de pegarle, para castigarse decía él, su propia cólera;³⁶⁵ y una vez aconteció que le dijo a un esclavo: “yo te castigaré si no estuviera irritado”.³⁶⁶ Pero este filósofo simpatizaba poco con los esclavos y libertos;³⁶⁷ y si censuraba al amo cruel, no era por compasión hacia los esclavos, sino porque no los despreciaba como hacen los hombres de buena educación.³⁶⁸ Él procuró marcar muy particularmente la diferencia que había entre el hombre libre y el esclavo. “Cuando un esclavo, así dice, ha cometido alguna falta, se le debe castigar y no atenerse a simples reprimendas como se haría con una persona libre, porque esto le haría más insolente. En cualquier cosa que se le diga, debe tomarse siempre el tono de amo, y nunca familiarizarse con sus esclavos, hombres o mujeres. Los amos que caen en este defecto (y son muchos) debilitan su autoridad y hacen a sus esclavos más penosa la obediencia”.³⁶⁹

Para el buen trato de los esclavos, Aristóteles prescribió varias reglas, y es consolatorio oírle decir, “que es muy injusto que algunas personas nieguen toda razón a los esclavos, y no quieran jamás darles sino órdenes: es menester, al contrario, reprenderlos con más indulgencia que a los hijos”.³⁷⁰ Si, por una parte, prohibió la familiaridad con ellos, por otra, recomendó que no se les ultrajase.³⁷¹ Para su buen gobierno exigió tres cosas: alimento, trabajo y disciplina. El primero sin los dos últimos es la licencia; pero la disciplina y el trabajo sin el alimento, es la opresión. Quería también que gozaran de las fiestas y sacrificios para darles algún reposo, pues aquéllos, según él, fueron establecidos más en favor de los esclavos que de los hombres libre.³⁷² Por último, deseaba que siempre se les presentara la libertad como premio de su trabajo,³⁷³ y así lo hizo con varios suyos, a quienes como veremos adelante, la dejó en su testamento.³⁷⁴

Entre los poetas, Filemón, contemporáneo de aquel filósofo, recuerda a los amos, que los esclavos, aunque esclavos, no por eso dejan de ser hombres;³⁷⁵ y Menandro decía, que el mal trato los hacía malos, y que el bueno los mejoraba.³⁷⁶

Loable fue la conducta de Jenofonte con los suyos, pues estableció grados en el buen trato que se les debía dar según el mérito de cada uno.

“La alabanza, decía, es también el aguijón de las almas generosas, siendo para ellas una necesidad tan imperiosa como lo es para otras la comida y la bebida. He aquí los medios que yo empleo, y con los que me parece obtener hombres más sumisos; y así los indico a aquellos a quienes deseo me sirvan de intendentes o administradores. Por otra parte, aun los ayudó del modo siguiente: Cuando debo dar vestido o calzado a mis trabajadores, no quiero que todo sea de la misma calidad; pídolos de muy buena o de inferior a fin de dar el mejor vestido a los más hábiles obreros, a título de recompensa, y el vestido de menor calidad a los que merecen menos. He observado que los esclavos buenos se desalientan mucho, cuando todo se hace por sus manos, y que ven que se tiene el mismo proceder con los que no trabajan, y que en caso necesario no participan voluntariamente de los peligros. Yo, personalmente, me guardo bien de establecer la menor igualdad entre los buenos y malos servidores. Si veo a mis intendentes distribuir lo mejor a los mejores esclavos, los alabo; pero si un obrero obtiene preferencias, o por vanas complacencias, o por lisonjas, lejos de cerrar los ojos sobre tal abuso, corrijo a mi intendente y trato de probarle que en esto mismo él consulta mal sus intereses”.³⁷⁷

El mismo autor tratando del propio asunto, decía de su ama de llaves: “Inspirábamole amistad, alegrándonos con ella cuando estábamos alegres, y afligiéndonos con ella si estábamos tristes; infundíamole el deseo de economizar nuestra fortuna, haciéndosela conocer; y dividiendo con ella nuestra felicidad, excitábamos en ella el amor a la justicia, prefiriendo el hombre de bien al pícaro, y mostrándole que el primero vivía más rico y más honrado que el segundo. Tal es la situación en que la hemos colocado entre nosotros”.³⁷⁸

Poco consuelo pudo sacar el esclavo de la rígida doctrina de Zenón, fundador de la secta estoica, porque la compasión fue proscrita por aquel duro filósofo.³⁷⁹ Sin embargo, él condenó al mismo tiempo la cólera, y como a sus ojos todas las faltas eran iguales, creía que pegar a un esclavo era lo mismo que pegar un hijo a su padre.³⁸⁰ Estas ideas que no hago aquí más que apuntar; serán expuestas con más extensión en otra parte de esta obra.

El filósofo Epicuro, aunque castigaba a sus esclavos, no fue duro con ellos, pues tomaba en consideración los buenos servicios que le dispensaban, asociando a veces algunos de ellos a sus estudios, y a Mus en particular.³⁸¹

Pero los consejos de tantos griegos ilustres no fueron generalmente seguidos; y para huir de los rigores del amo, acudieron los esclavos, no sólo a la fuga, como ya hemos visto, sino también a la insurrección. De los que trabajaban en las minas de plata de Laurium, alzáronse muchos apoderándose de Sumnium, punto fortificado, y desolaron por algún tiempo parte del Ática.

Acerca de la época de esta insurrección, muy discordes están los autores, pues hay quien piense que acaeció en el siglo quinto antes de la era cristiana, quien durante la primera guerra de los esclavos en Sicilia, y quien durante la segunda en el año 104 antes de Cristo.³⁸² Acordes tampoco están en cuanto al número de los alzados, pues si hay quien los reduzca a 1 000 no falta quien los eleve a 20 000.³⁸³

La crueldad de los espartanos armó muchas veces contra ellos el brazo de los ilotas. Los esclavos pusieron en gran peligro a Tesalia, pues, enemigos eternos de sus señores, se aprovechaban de sus desgracias, habiendo sido cabalmente su primera insurrección cuando Tesalia entró en guerra con sus vecinos los aqueos, perrhebos y magnesios.³⁸⁴

Guerra hubo también en Argos entre amos y esclavos.³⁸⁵ En venganza del duro trato que se les daba, los de Chíos pasáronse a los atenienses, cuando éstos invadieron aquella isla el año 412 antes de la era cristiana; y como conocían muy bien el país, causaron graves daños.³⁸⁶ Volviéronse a rebelar algún tiempo después, y capitaneados por el esclavo Drimaco bajaban de los montes a devastar los campos. Aterrorizada la población libre, hizo con él la más vergonzosa capitulación. Drimaco, en virtud de ella, recorría el país como señor; imponía contribuciones a las heredades; percibíalas de sus propietarios, y daba acogida a los esclavos que de ellas se fugaban; pero antes de admitirlos, examinaba las causas de su fuga, y si no las hallaba fundadas, restituíalos a sus amos según lo capitulado. Chíos al fin cansada de tan humillante dominación, ofreció un premio a quien matase a Drimaco; y él, ya viejo, y quizá fatigado de la vida, o sin el prestigio y autoridad de que antes gozaba, se hizo cortar la cabeza por un joven de su amistad, para que éste ganara el precio ofrecido por ella. Con la muerte de Drimaco, que, aunque esclavo, no tenía un alma vulgar, agraváronse los males, pues aquellos esclavos, siempre insurrectos y sin jefe prudente que los gobernara, diéronse al robo y al saqueo, y Chíos, arrepentida entonces del asesinato cometido contra él, erigió un altar a su memoria con la siguiente inscripción: “¡Al héroe bienhechor!”³⁸⁷

La última hora de Chíos había sonado ya, y pereció víctima de sus esclavos. Piensa Teopompo que esto fue castigo de los dioses irritados, por haber sido aquella isla el primer pueblo de Grecia que compró esclavos griegos.³⁸⁸

Doquiera que la esclavitud existe, lleva en sí el germen de la insurrección; y para impedirla en Grecia, no bastaron las cadenas y castigos que a los esclavos se imponía. Platón y Aristóteles aconsejaron, como ya se ha dicho, que se aislase a los esclavos; que no se les acostumbrase a las armas; que se tomasen de naciones, razas, y lenguas diferentes; y que se les diese buen trato.³⁸⁹ Éste sin duda es el remedio más eficaz, porque en todos tiempos y países, la crueldad ha sido y siempre será la palanca más poderosa para que el oprimido se alce contra el opresor.

“No sólo conviene, dice Diodoro de Sicilia,³⁹⁰ tratar con dulzura a los que dependen de nuestra autoridad cuando se tiene sobre ellos un poder político, sino que aun en la vida privada, la prudencia nos prescribe usar de humanidad con nuestros esclavos; porque, si la arrogancia y la extrema severidad en el Estado ocasionan discordias civiles entre los ciudadanos, del mismo modo, en las casas de los simples particulares, semejantes vicios engendran las conspiraciones de los esclavos contra los amos, y algunas veces producen rebeliones espantosas que amenazan la tranquilidad de las ciudades. Cuanto más crueles e injustos son los amos, tanto más dispuestos están los hombres que se hallan bajo su régimen a llevar su resentimiento hasta la ferocidad. Aquel a quien la fortuna ha colocado en una condición inferior, puede consentir en ceder los honores y la gloria a los que se hallan en una región superior; pero cuando se le niega aquella humanidad a que tiene justos derechos, entonces el esclavo indignado trata a su amo como enemigo”.

Este pasaje de Diodoro fue fruto de su propia experiencia, pues, hijo de la Sicilia, pudo observar los horrores que las sangrientas insurrecciones de los esclavos ocasionaron en aquella isla.

La esperanza de ser libre es el consuelo más grande del esclavo oprimido; pero lejos de haber en la política, en la religión, en la filosofía o en la legislación griegas algún principio general que se opusiese a la esclavitud, todo propendió a mantenerla. Sin embargo, en medio de la estabilidad de tan dura institución, rompiéronse aisladamente las cadenas de algunos esclavos, ya por voluntad del amo, ya por decreto especial del Estado, ya por rescatarse a sí mismo el esclavo o haciéndolo algún extraño por él.

La voluntad del amo se manifestaba, proclamando un heraldo la manumisión del esclavo en los lugares donde el pueblo se juntaba, como en los tribunales,³⁹¹ en las fiestas, y en el teatro durante las representaciones; mas, esto último se prohibió para no interrumpir al auditorio.³⁹² Otras veces, el amo inscribía el nombre del esclavo en los registros públicos, o mandaba, según aparece en los monumentos descubiertos en Tesalia, que aquél se grabase en una lápida para perpetua constancia de la manumisión que le daba.³⁹³ Esos monumentos, y otros posteriormente encontrados en Lamia,³⁹⁴ casi siempre mencionan el tributo que el liberto pagaba a la ciudad por el registro de su manumisión.

De un pasaje de Suidas,³⁹⁵ se colige, que los esclavos griegos pudieron manumitirse en los templos, pues refiere que Crates, filósofo cínico, abandonó su campo para dedicarse a apacentar ovejas, y que poniéndose de pie en un altar, pronunció estas palabras: “Crates manumite a Crates Tebano”. Ciertamente Crates no era esclavo, y, por consiguiente, su manumisión fue puramente moral o filosófica, y no material como la del hombre que gime en la verdadera esclavitud, pero como Crates qui-

so imitar lo que en tales casos se hacía, hay fundamento para creer que en Grecia solían manumitirse los esclavos en los templos o en los altares. De esta opinión se apartan algunos autores.³⁹⁶

Los amos, no sólo libertaban a sus esclavos por un acto entre vivos, sino también por testamento; y de ello dejaron ejemplos, entre otras personas, muchos filósofos griegos. De los que éstos otorgaron, aparece que Platón libertó a su esclavo Artenis, sin extender este beneficio a otros cuatro que tenía.³⁹⁷

Más generoso que su maestro fue Aristóteles, pues libertó a Cimón y a la esclava Atalé, mandando que al primero se le comprase un esclavo, o que en plata se le diese su valor, sin contar la cantidad que ya había recibido para comprar otro esclavo; y que a la segunda se le entregasen, además de las esclavas que él había comprado, 1 000 dracmas y otra esclava. Dejó también la libertad a Tachon, Ambracis, Filón, Olimpio y su hijo; pero bajo la condición de que no empezasen a gozar de ella sino cuando su hija se casase. Respecto de la esclava Ambracis dispuso que cuando ese caso llegase, se le diesen 500 dracmas con la esclava que ella entonces poseía: lo que prueba, junto con el ejemplo de Atalé, que en Grecia hubo esclavos que tuvieron esclavos, no sólo en los tiempos heroicos, como en otra parte he apuntado, sino también en los siglos posteriores. Por último, mandó Aristóteles que sus demás esclavos de corta edad no pudieran ser vendidos, sino que pasaran al servicio de sus herederos para ser libertados cuando fuesen adultos, si lo merecían.³⁹⁸ Teofrasto libertó cinco de los nueve que poseyó;³⁹⁹ Straton, cuatro;⁴⁰⁰ Licón, 12 varones que tuvo, pues la única esclava que a su muerte dejó, legola a uno de sus libertos;⁴⁰¹ y Epicuro libertó entre los que le pertenecían a Nicías, Licón, Fedro y a Mus, su predilecto.⁴⁰²

Ignoro si Bias, uno de los siete sabios de Grecia, libertó a sus esclavos en testamento; pero de él refiere Fanodico, que habiendo rescatado del cautiverio a algunos mesenianos, los educó como a sus hijos, dotolos, y enviólos después a Mesenia al lado de sus padres.⁴⁰³

Aún no satisfechos los amos con libertar a sus esclavos, nombrábanlos a veces tutores de sus hijos; dejábanles parte de sus bienes; y solían recomendarles que se casasen con sus viudas o con alguna de sus hijas.⁴⁰⁴ Pasión, rico banquero, confió, al morir, la tutela del menor de sus hijos a Formión su libertó, dejándole por esposa a su propia mujer con una dote. Apolodoro, primogénito de Pasión, atacó el testamento de su padre, y Demóstenes, defensor del libertó, exclamó: “¿Cree Apolodoro, que convencidos vosotros de la probidad de Formión en sus negocios, le reprobaréis su matrimonio con la viuda de Pasión? Que abra los ojos, y verá lo que todos vosotros véis: verá al banquero Sócrates, libertado por sus amos, como lo había sido Pasión, ceder su mujer a Satiros su antiguo esclavo; verá a Sociclés, otro banquero, disponer, que después

de su muerte, su esposa se case con Timodemo que aún vive, y que había sido su esclavo; verá este ejemplo de los amos con sus esclavos seguido fuera de Atenas. En Egina, Strimodoro da su mujer por esposa a su esclavo Hermoes, y le recomienda que después de la muerte de ésta se case con su propia hija. Él verá en fin, 20 casos de este género. ¿Y por qué no sería así?"⁴⁰⁵

El Estado pudo también libertar no sólo a sus esclavos, sino a los ajenos, en recompensa de servicios prestados a la patria. Así lo hizo Atenas con los esclavos que pelearon en Maratón, en las Arginusas,⁴⁰⁶ y en Queronea.⁴⁰⁷

La ley permitió al esclavo que se libertara con el peculio que adquiría; pero si el amo rehusaba, ¿podría aquél obligarle a que prestase su consentimiento? Samuel Petit, en su comentario a las leyes áticas, piensa que sí, fundándose en el siguiente pasaje de Dión Crisóstomo: "¿Y qué insensato! no se puede llegar a ser libre, sin ser libertado por su amo? ¿No puedo yo libertarme a mí mismo, hallando dinero para rescatarme?"⁴⁰⁸ A la verdad, que este pasaje no es concluyente, pues todo lo que en él se dice, es que el esclavo puede adquirir la libertad sin recibirla del amo, como sucedía cuando él mismo se libertaba con su peculio;⁴⁰⁹ pero en dicho pasaje no se lee, que el esclavo podía compeler al amo a que lo manumitiese. Los antiguos autores guardan silencio sobre este punto; pero unas palabras de Plauto me parece que resuelven la cuestión en favor del esclavo. Helas aquí: "Por más que vos y vuestro hijo os opongáis, yo, a pesar de vuestras maniobras, puedo libertarme por algunos dineros".⁴¹⁰

Aquí se manifiesta expresamente, que el esclavo podía libertarse contra la voluntad del amo; y a esta opinión dio fuerza, a lo menos en Atenas, la benéfica tendencia de su legislación, porque si al esclavo maltratado, ella le concedía el derecho de hacerse comprar por nuevo amo, más justo y racional es que él pudiera comprarse a sí mismo para conseguir su libertad.

En los últimos tiempos de Grecia, introdujose un nuevo modo de libertar que consistía en donar o vender el esclavo a alguna divinidad. Ya este modo de manumitir aparece de la *Colección de Inscripciones* que hizo Böeckh,⁴¹¹ y más claramente todavía de las nuevas encontradas en Delfos y en otras ciudades vecinas, y que recogidas por Curtius, acompañolas de luminosas observaciones.⁴¹² Según este autor, ninguna de las inscripciones que hablan de tal manumisión, sube más allá del tercer siglo de la era cristiana; y por ellas se ve, que lejos de poderse hacer en todas las ciudades y ante todas las divinidades, parece que se limitó a un corto número de lugares. El templo de Apolo en Delfos fue el principal, y después el de Esculapio en Stiris y Elatea; el de Baco en Naupacta; de Serapis en Queronea, Corenea y Titorea; y de Minerva

Poliade en Daulia.⁴¹³ Mas, la facultad de ofrecer esclavos para liberarlos, no se ciñó a los habitantes de aquellas ciudades, pues se concedió también a otros de sus inmediaciones, y aun quizá a los de lugares distantes.⁴¹⁴

Estas inscripciones contenían el nombre del vendedor o donante y su patria; el del esclavo, su origen, sexo, y a veces su edad. Mencionábase también en ellas el nombre del arconte, el mes de su magistratura, y las demás noticias necesarias para la constancia de la manumisión.

Diferencias hubo entre la donación y la venta hecha a alguna divinidad. Era la primera cuando el amo regalaba a ella su esclavo, y la segunda cuando la divinidad recibía el precio que el esclavo le entregaba, para que de sus manos pasase a las del amo. Consumada la venta o donación, el *hierodulo*, que así se llamó a este liberto, quedaba sagrado e inviolable, y con facultad de obrar libremente y de ir donde quisiese.⁴¹⁵

Casos hubo, sin embargo, en que al tiempo de la donación o venta se ponían tales condiciones, que el esclavo no se podía decir libre en realidad hasta que no muriese el donante o vendedor.⁴¹⁶ Pero aun en estos mismos casos, ya no se confundía con los verdaderos esclavos, pues para corregirlo debía tratársele como libre;⁴¹⁷ los hijos que tenía, le pertenecían, a menos que se estipulase lo contrario;⁴¹⁸ hacía suyos los bienes que adquiría, porque de otra manera no se le hubiera amenazado con una multa en caso de abandonar la persona a cuyo lado debía permanecer según lo estipulado al tiempo de la manumisión;⁴¹⁹ y nunca se le podía vender, aunque faltase a los deberes que se le habían impuesto.⁴²⁰

Difícil en Grecia la manumisión, corto hubo de ser el número de libertos. En el censo de Atenas, ya citado, que el arconte Demetrio de Falera formó al principio del cuarto siglo antes de la era cristiana, ninguna mención se hizo de ellos; y como no eran ciudadanos, ni esclavos, no pudo incluirse en ninguna de estas dos clases. Si cabida pudieron tener, sólo sería entre los metecos,⁴²¹ con los que tantos puntos de contacto tuvieron; mas, los metecos varones de 20 a 60 años sólo ascendieron entonces a 10 000, y agregándoles las mujeres y los demás de todas edades, el total subiría a 40 000. La consideración, pues, de que los libertos no formaron una clase distinta en aquel censo, induce a creer, que serían muy pocos; y aun suponiendo que se les hubiese comprendido entre los metecos, el número de éstos sería mucho mayor que el de aquéllos, puesto que el nombre que se dio a la clase fue el de metecos y no el de libertos. ¿Llegarían estos últimos a 10 000 o 15 000? Nada se sabe; y aun concediendo que hubiesen subido a 20 000, que es la mitad de los metecos, todavía ese número es insignificante comparado con los 400 000 esclavos que dio aquel censo.

La manumisión no rompía en Grecia todos los vínculos que habían existido entre el amo y el esclavo. Aquél conservaba ciertos derechos

sobre éste, pues se convertía en su patrono o tutor legal;⁴²² debiendo el liberto respetarle, obedecerle, y prestarle además todos los servicios que le hubiese impuesto al tiempo de manumitirlo.⁴²³ Si a ellos faltaba, o ingrato se mostraba, el patrono podía perseguirlo ante el polemarcha con la acción de apostasía; pero la sentencia de este juicio, en el que se admitían como testigos hasta los extranjeros, se pronunciaba por los miembros de la familia del libertador. Si éste era condenado, perdía todos los derechos de patrono como indigno de ejercerlos, y el liberto adquiría su completa libertad; pero si ganaba, entonces el liberto era de nuevo esclavizado.⁴²⁴ “¡Cuán memorable es también, dice Valerio Máximo, aquella ley de Atenas que despoja del derecho de libertad al liberto convencido de ingratitud con su patrono! Yo no quiero, dice ella, reconocerte ya por ciudadano a ti, cuya alma impía desconoce un bien tan precioso. No, no puede ser útil al Estado, aquel que es criminal con su familia. Se, pues, esclavo, ya que no has sabido ser libre”.⁴²⁵

Rigorosa la ley de Atenas con el liberto, muy indulgente fue con el patrono, porque si éste lo oprimía, en vez de protegerle, no perdía sus derechos. Lo único que entonces se permitió al liberto, fue buscar en cambio de algunos servicios el apoyo de otra persona que lo amparase.⁴²⁶

Cuando el Estado libertaba sus esclavos, no era patrono de ellos. En tales casos, dejábase al liberto amplia facultad de nombrar por su protector al ciudadano que quisiese. Si la manumisión del esclavo privado se hacía por el intermedio de alguna divinidad, a ésta tocaban los derechos de patronato; y para que se ejerciesen con más eficacia, nombrábase una persona, cuya obligación era defender al liberto de todo ultraje. A falta de este nombramiento, cualquier ciudadano podía protegerle, acusar al que violentamente lo esclavizaba y hacer condenar al culpable en una multa, que era 5, 10 y aun 12 veces mayor que el precio del esclavo; para avivar el interés del denunciador, la multa se repartía entre éste y el templo a que pertenecía el liberto.⁴²⁷ Estas garantías de que él gozaba; la ventaja de tener por patrono, no a un hombre sino a un dios; y los pocos servicios que éste le exigiría, harían que muchos esclavos prefiriesen este modo de manumisión a los otros conocidos en Grecia.

Todo liberto de cualquier modo que hubiese salido de la esclavitud, ocupaba en el orden social una posición media entre el ciudadano y el esclavo. Ya no se cortaba el pelo como éste, y a veces renunciaba al nombre que había llevado durante su esclavitud; bien que otras lo conservaban aumentándole algunas sílabas para realzarlo, como Filostéfano en lugar de Estefano, Simónide en vez de Simón.⁴²⁸ En Atenas se le podía considerar como meteco; y aunque uno y otro eran diferentes por origen, quedaban confundidos en cuanto a la privación de ciertos derechos, al tributo anual de las 12 dracmas que debían pagar al Estado, y a otras cargas públicas. Cuando el nombre del liberto se borraba del re-

gistro en que constaba su manumisión, y se le inscribía en el censo de los ciudadanos, eximiéndosele de todo patronato y pagando además una contribución al Estado, entonces de meteco pasaba a *isotele*; es decir, que subía un grado más en la escala social, sin que por eso pudiese todavía aspirar a los honores, ni al goce de los derechos civiles, que no se concedían a los nuevos ciudadanos.⁴²⁹ Para alcanzarlos, era menester que el pueblo congregado en una asamblea de más de 6 000 ciudadanos se los concediese por una ley; ley que estaba sujeta a revisión para reparar los males que el engaño o la ligereza pudieran ocasionar.⁴³⁰ Mas, esto no impidió que se abriese la puerta a hombres indignos, porque la ciudadanía tan altamente apreciada en los buenos tiempos de Atenas, se prostituyó después por adulación o por dinero, dándose hasta a jugadores de pelota, a vendedores de pescado y a otros semejantes.⁴³¹ A tanto llegó la degradación que el pueblo de Atenas postrado a los pies de Antígone, intentó dar el título de ciudadano a uno de sus esclavos; pero él respondió, que no quería castigar a un ateniense.⁴³² Sin embargo, tal fue el prestigio que las letras y la filosofía dieron a aquella ciudad, que al decir de Dión Casio, aun largo tiempo después de haber caído bajo el poder de Roma, muchos ambicionaban el honor de ser ciudadanos de Atenas.⁴³³

Casos hubo, aunque raros, en que el liberto conseguía los derechos de ciudadano en el acto mismo de su manumisión; y así acontecía, cuando el Estado libertaba los esclavos por servicios hechos a la patria, como sucedió con los que en Maratón pelearon contra los persas; en las islas Arginusas, contra Lacedemonia,⁴³⁴ y en Queronea, contra Filipo.⁴³⁵ Empero, estos libertos no entraron todavía en la plenitud de todos los derechos civiles y políticos; y Demóstenes, fudándose en el espíritu de la ley de Atenas, sostuvo en uno de sus discursos, que Pasión, por ser nuevo ciudadano, no podía hacer testamento.⁴³⁶ El mismo orador, en otros de sus discursos, negó también a los nuevos ciudadanos, llamados *plateos*,⁴³⁷ el derecho de aspirar al sacerdocio y al arcontado. Oigámosle:

“Hipócrates ha dicho, que desde ese día los plateos sean ciudadanos de Atenas, aptos para los empleos como los atenienses y participando de todo lo que es común a éstos, de las cosas sagradas o profanas, excepto del sacerdocio o del culto particular de las familias, y de la dignidad de arconte; bien que sus hijos tendrán derecho a todo esto. Que los plateos sean repartidos entre los *demes* y las tribus, y que después de esta repartición, ningún plateo pueda ser ciudadano de Atenas sin una decisión del pueblo ateniense”⁴³⁸

Según este pasaje, ningún liberto, ni nuevo ciudadano podía confundirse con un ateniense, pues los derechos de tal no los alcanzaba sino a la segunda generación.

Notas

- 1 Diod. Sic., lib. IV, cap. LI.
- 2 Diod. Sic., lib. IV, cap. LIV.
- 3 Sófocles, *Traquinias*, vers. 248-253 y 274-278.
- 4 Diod. Sic., lib. IV, cap. XXXI.
- 5 Diod. Sic., lib. IV, cap. XXXI.
- 6 Eurípides, *Alceste*, vers. 1 y 2.
- 7 Herod., lib. VI, cap. CXXXVII.
- 8 *Iliad.*, cant. 1º, en varios pasajes.
- 9 *Iliad.*, cant. 9.
- 10 *Iliad.*, cant. 1, 2, 9 y 11.
- 11 *Iliad.*, cant. 1, 4 y 9.
- 12 Eurípide, *Hécup*, vers. 442 a 479.
- 13 *Iliad.*, cant. 4º.
- 14 *Iliad.*, cant. 6.
- 15 *Iliad.*, cant. 24.
- 16 Diod. Sic., lib. XIII, cap. CIV.
- 17 Plutarco, *Vida de Agesilao*, § 10. Jenof., *Vida de Agesilao*.
- 18 Theopompus en Athen., lib. VI.
- 19 Herod., lib. I, cap. LXVI.
- 20 Diod. Sic., lib. XI, cap. LXV.
- 21 Véase el apéndice nº XXI, sobre el valor de la mina y de otras monedas griegas.
- 22 Herod., lib. V, cap. LXXVII.
- 23 Tucídides, lib. III, cap. LXVIII.
- 24 Jenofante, *Hellenic*.
- 25 Diod. Sic., lib. XII, cap. LXV.
- 26 Tucíd., lib. V, cap. III.
- 27 Tucíd., lib. V, cap. XXXII y CXVI. Diod. Sic., lib. XII, cap. LXXVI y LXXX.
- 28 Tucíd., lib. IV, cap. XLVIII.
- 29 Diod. Sic., lib. XI, cap. XX a XXVI.
- 30 Tucíd., lib. VI, cap. LXII.
- 31 Tucíd., lib. VII, cap. LXXXVI. Plutarco, *Vida de Nicias*, § 39.
- 32 La *cotila* ática era una medida de peso de 15 onzas.
- 33 Tucíd., lib. VII, cap. LXXXVII.
- 34 Plutarco, *Vida de Nicias*, § 40.
- 35 Diod. Sic., lib. XIV, cap. LXXXII.
- 36 Diod. Sic., lib. XVI, cap. XXXIII.
- 37 Plutarco, *Vidas de Hombres Ilustres. Paralelo entre Pelópidas y Marcelo*, § 1.
- 38 Tucíd., lib. I, cap. v.
- 39 Tucíd., lib. I, cap. IV.

- 40 Tucíd., lib. I. cap. v.
- 41 Strab., lib. XI, cap. II, § 4.
- 42 Strab., lib. VII, cap. VII, § 2 y 3. Diod. Sic., lib. XIV, cap. xxxvii.
- 43 Tucíd., lib. I, cap. v. Véase también el *Eunuco* de Terencio, acto I, esc. II.
- 44 *Leges Atticae*, lib. II, De Legib., tít. 6º, lex. 11 en Samuel Petit.
- 45 Demóstenes contra Nicostr.
- 46 Carta de Filipo en *Dem.*, lib. XV.
- 47 Diógenes Laercio, *Vida de Diógenes*, lib. VI.
- 48 Diod. Sic., *Fragm.*, lib. VIII, cap. III.
- 49 Aristófanes en *Plutus*, act. II, esc. III.
- 50 *Leg. Atic.*, lib. VII, tít. V, ley 7, en Sam. Petit. Jenof., *Memorias sobre Sócrates*, lib. I, cap. II.
- 51 Jul. Poll., *Onomasticon*, lib. VIII, cap. CII.
- 52 Antiph. en Athen., lib. III. Plauto, *Captio*, Prólogo. VIII y act. V, esc. II, v. 28. Aristót., *Política*, lib. II, cap. v, § 12.
- 53 Plutarc., *Vida de Solón*, § 16.
- 54 *Leg. Atic.*, lib. V, tít. IV, lib. V, en Sam. Petit. Plutarc., *Solón*, § 20. Jul. Poll., *Onomastic.*, lib. III, cap. xxv, nota 56.
- 55 Plutarc., *Vida de Solón*, § 28.
- 56 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. IV.
- 57 Aristót., *Acharn.*, v. 760 y ss.
- 58 Alianus, *Variae Historiae*, lib. II, cap. VII.
- 59 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. V, ley 1ª en Sam. Petit.
- 60 El orador Lisias.
- 61 El orador Iseo.
- 62 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. V, ley 2ª en Sam. Petit.
- 63 Demósten., *Orac. 1, contra Aristoginton*. Plutarc., in *Lycurgo Rhetore*. Jul. Poll., *Onomasticon*, lib. III, cap. IV, § 35.
- 64 Demósten., *Orac. contra Neaer*. *Leg. Atic.*, lib. VI, tít. I, lib. VI en Sam. Petit.
- 65 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. III, ley penúltima, y tít. V, ley 4ª en Sam. Petit.
- 66 Athen., lib. VI, p. 272.
- 67 Hesiodo, *Operae et dies*, vers. 602.
- 68 *Iliad.*, cant. 21.
- 69 *Iliad.*, cant. 21.
- 70 *Iliad.*, cant. 24.
- 71 *Iliad.*, cant. 7.
- 72 *Iliad.*, cant. 7.
- 73 Jugler, *De rundinatione servorum*, cap. III.
- 74 Demósten., *Contra el falso test*. Steph., Escolio de Max Plan., sobre Hermogen., Walz, tom. V, p. 529.
- 75 Aten., lib. XII, p. 519.
- 76 Aristóf., *Aves*, act. I, y *Ranas*, act. I.

- 77 Teofrasto, *Caract.*, 21.
- 78 Plutarc., *Vida de Nicías*, § 21. Polemon en Aten., lib. XIII, p. 388.
- 79 Aten., lib. XII, p. 550.
- 80 Dióg. Laerc., *Vida de Platón*, lib. III, § 14. Diod. Sic., lib. XV, cap. VII.
- 81 Herod., lib. I, cap. VI. Jul. Poll., *Onomast.*, lib. VII, cap. II.
- 82 Tucíd., lib. VIII, cap. XL.
- 83 Plin., *Hist. Nat.*, lib. V, cap. XXXI.
- 84 Strab., lib. VII, cap. III, § 10, y lib. XI, cap. II.
- 85 Strab., lib. XI, cap. II, § 2. Polib., lib. IV, cap. XXXVIII.
- 86 Strab., lib. VII, cap. III, § 10.
- 87 Strab., lib. XI, cap. III, § 2.
- 88 *Odis.*, cant. XX.
- 89 Athen., lib. XII, p. 531. Aelian. Var., *Hist.*, VII, 2.
- 90 Demósten., c. Neaer.
- 91 Esquines, Orac. contra Timarco.
- 92 Plauto, *Poenulus*, act. I, esc. I, vers. 190, y esc. II, vers. 335.
- 93 Athen., p. 607.
- 94 Athen., lib. XII, p. 515. Xantus de Lidia citado por Heschynues.
- 95 *Odis.*, cant. VII.
- 96 *Odis.*, cant. XXII.
- 97 *Odis.*, cant. XVII.
- 98 Hesiod., *Oper. et dies*, vers. 297-309.
- 99 *Iliad.*, cant. V.
- 100 *Iliad.*, cant. VII.
- 101 *Odis.*, cant. III y XIX.
- 102 *Iliad.*, cant. XIX.
- 103 *Iliad.*, cant. IX.
- 104 *Iliad.*, cant. XXII.
- 105 *Iliad.*, cant. III.
- 106 *Odis.*, cant. I.
- 107 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VI, § 23. Plutarc., *Vida de Licurgo*, § 35, y *Vida de Solón*, § 30.
- 108 Plutarc., *Vida de Licurgo*, § 43.
- 109 Plutarc., *Vida de Licurgo*, § 35.
- 110 Plutarc., *Vida de Licurgo*, § 11. Jenof., *Repúb. de Esparta*, cap. VII.
- 111 Plutarc., *Vida de Licurgo*, § 12.
- 112 Tucíd., lib. VIII, cap. XL.
- 113 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. IX, § 2 y 3.
- 114 Plutarc., *Vida de Solón*, § 30. Dióg. Laerc., *Vida de Solón*.
- 115 Herod., lib. II, cap. CLXXVII.
- 116 Tucíd., lib. II, cap. XVI.

- 117 Jenof., *Economic.* Aristót., *Econ.*, lib. II, citado por Böeckh.
- 118 Tucíd., lib. VII, cap. xxvii.
- 119 Herod., lib. II, § 167.
- 120 Plutarc., *Leyes*, lib. XI.
- 121 Aristót., *Polít.*, lib. III, cap. iii, § 4.
- 122 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. ix, § 4, y lib. III, cap. vi, § 7.
- 123 Jenof., *Memorias sobre Sócrates*, lib. II, cap. vii.
- 124 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. iv, § 13.
- 125 Jenof., *Economic.*, cap. iv y vi.
- 126 Platón, *Repúb.*, lib. V.
- 127 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vi, § 2.
- 128 Aristót., *Polít.*, lib. V (8), cap. ii, § 1.
- 129 Ídem., lib. III, cap. ii, § 8. En la constitución de Faleas, legislador de Calcedonia, debía esclavizarse en favor del Estado a todos los artesanos. (Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. iv, § 13.)
- 130 Aristót., *Polít.*, lib. III, cap. iii, § 2 y 3.
- 131 Aristót., *Polít.*, lib. IV (7), cap. viii, § 2.
- 132 Jenof., *Rentas del Ática*, cap. iv.
- 133 Jenof., *Rentas del Ática*, cap. iv.
- 134 Jenof., *Rentas*, cap. iv.
- 135 Demósten., Orac. c. Eubulide. Jenof., *Mem. sobre Sócrates*, lib. II, cap. vii.
- 136 Tucíd., lib. II, cap. xl.
- 137 Lucien, *Lexiphan*, X. Aristóti., prólogo de *Pluto*.
- 138 Licias, *De la impiedad de Call.*
- 139 Teof., en Aten., lib. VI, p. 275.
- 140 Plat., *República*, IX.
- 141 *Leg. Atic.*, lib. II, tit. 6, *De Servis et Leberis*, en Sam. Petit.
- 142 Demósten., c. Afobos.
- 143 Licias, in Eratosth.
- 144 Jenof., *Rentas*, cap. iv.
- 145 Dióg. Laerc., lib. I, cap. iv.
- 146 Dióg. Laerc., lib. III.
- 147 Dióg. Laerc., lib. V, cap. i y ix.
- 148 Dióg. Laerc., lib. II, cap. xiv.
- 149 Dióg. Laerc., lib. III, cap. vii.
- 150 Dióg. Laerc., lib. IV, cap. ix.
- 151 Dióg. Laerc., lib. X.
- 152 Alexis en Aten., lib. XIV.
- 153 Aten., lib. XIV, p. 521.
- 154 Aten., lib. XIV, p. 519.
- 155 Aten., lib. VI, p. 273, y lib. XII, p. 541.

- 156 Tucíd., lib. VIII, cap. XL.
- 157 El mismo Ateneo en el libro X, página 443, en vez de arcadios dice ardienses. Los prospelatas en rigor no eran esclavos sino siervos.
- 158 Aten., lib. VI, p. 272.
- 159 Rollin, *Hist. ancienne*, lib. X, cap. i, art. 2º, § 2.
- 160 *Hume's Essays and treatises on several subjects*, Essai 11.
- 161 Wallon, *Hist. de l'esclavage dans l'antiquité*, part. I, cap. VIII.
- 162 Böeckh, *Eco. polit. de los atenienses*, vol. I, lib. I, § 7.
- 163 Saint-Croix dans les *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, nouvelle série, vol. VI.
- 164 *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, part. I, cap. VIII.
- 165 Tucíd., lib. VIII, cap. XL.
- 166 Wallon, *Histoire de l'Esclavage*, tom. I, part. I, cap. VIII.
- 167 Wallon, *Hist. de l'Esclavage*, part. I, chap. IV.
- 168 Dióg. Laerc.
- 169 Dióg. Laerc.
- 170 Esqui., Orac. c. Timarcho.
- 171 Demósten., c. Afob.
- 172 Demósten., contra Midias.
- 173 Hesiod., *Operae et dies*, vers. 470, 502, 595, etc.
- 174 *Odis.*, cant. XIV. Hesiod., *Oper et dies*, vers. 441.
- 175 *Iliad.*, cant. XVIII. *Odis.*, cant. XIV. Eurípid, *Ciclop.*, en muchos pasajes.
- 176 *Iliad.*, cant. XI. *Odis.*, cant. V, y VII.
- 177 *Odis.*, cant. I, III, IV, VII, XV y XVII.
- 178 *Iliad.*, cant. I, III y VI. *Odis.*, cant. I.
- 179 *Odis.*, cant. VII.
- 180 *Odis.*, cant. IV, VIII, X, XVII y XXIV.
- 181 *Odis.*, cant. IV.
- 182 *Odis.*, cant. III.
- 183 Demósten., orac. 1ª, c. Afob.
- 184 Ídem., ibídem.
- 185 Esquin., c. Tim.
- 186 Demósten., c. Olimp.
- 187 Dionisio Halicarnaso, *Isócrates*, I, tom. V, p. 534, edi. Reiske.
- 188 Teof., *Carac.*, 30.
- 189 Isócrates, *Trapeítica*, 7ª edic., Coray.
- 190 Demósten., c. Olimp.
- 191 Böeckh, tom. I, p. 204.
- 192 Jull. Poll., *Onomast.*, lib. IV, cap. XIX.
- 193 Plutarc., *Vida de Licurgo*, § 25.
- 194 Jenof., *Repúb. Laced.*, cap. II, § 2. Plutarc., *Vida de Licurg.*, § 26.
- 195 Jenof., *Memor. sobre Sócrates*. Teof., *Caract.*, 2, 21, 23, 24, 27 y 30. Demósten., c. Timot. y c. Fórmico, etc.

- 196 Demósten., pro Fórm.
- 197 Aten., lib. XII. Terenc., *Eunuc.*, act. I, esc. II.
- 198 Antífanos, en Aten., lib. IV, p. 172.
- 199 Aten., lib. IV y XIII.
- 200 “*Formosus puer accessit, et unguentum attulit incundum fragrans: Alius vero hospitale munus cunetis coronas dedit, Rosis contextus, sigillatim adornatus*”. Matron, en Athen., lib. IV, p. 136 y 137. Filoxenus Cytherius, en Athen., lib. IV, p. 147, y lib. XV, p. 685. Alexis in Locris, en Athen., lib. III, p. 123. Arcestrastus, en Athen., lib. VII, p. 310, y lib. IX, pp. 408 y 409.
- 201 Athen., lib. XII, p. 548.
- 202 Athen., lib. XIII, p. 607.
- 203 Athen., lib. XIII, pp. 558 y 568.
- 204 “*Tibicine quatuor. Conducta sunt, coqui duodécim*”. Antiphanes, en Athen., lib. IV, p. 172. Teof., *Caract.*, 22.
- 205 Demósten., c. Neaer.
- 206 Theopompo, en Athen., lib. XIII, p. 595.
- 207 Callistratus, en Athen., lib. XIII, p. 591.
- 208 Demósten., c. Neaer: Licias, *Sur un guet-apens*.
- 209 *Leg. Atic.*, lib. VI, tít. V, l. 4^a
- 210 *Lég. Atic.*, lib. VI, tít. V, l. 1^a Esqui., c. Timarc.
- 211 Tucíd., lib. VI, cap. LIV a LVII.
- 212 Esqui., c. Timarc.
- 213 Jenof., *Memor. sobre Sócrates*, lib. I, cap. II.
- 214 Plat., *Leyes*, lib. VIII, p. 110, trad. de Cousin.
- 215 Plat., *Leyes*, lib. I, p. 33, y lib. VIII, p. 110, traduc. de Cousin. Véase sobre este vicio a Gregoire, *Traité de la domesticité*, p. 9, y Otrfr. Müller, *Die Dorier*, tom. II, p. 292 y ss.
- 216 Jenof., *Rentas del Ática*, cap. IV. Demósten., c. Aristótog. Esqui., c. Timarco.
- 217 Esqui., *Embajada*.
- 218 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. IV, § 13.
- 219 Böeckh., *Corpus inscript.*, n^o 3394.
- 220 Aten., lib. XIII.
- 221 Tucíd., lib. VIII, cap. XIX.
- 222 Tucíd., lib. VII, cap. XIII. Jenof., *Repub. Aten.*, cap. I.
- 223 Tucíd., lib. VII, cap. LXXV.
- 224 Pausanias, I, XXIX, 7, y VII, xv, 7.
- 225 Cuando Sila derrotó en la Beocia a los generales de Mitrídates, éstos presentaron en las primeras filas de sus tropas 15 000 esclavos que por un decreto público habían sido libertados en las ciudades de la Grecia. (Plutarco., *Vida de Sila*, § 26.)
- 226 Polib., lib. XL, frag. 2^o.
- 227 Nicander., lib. III. Colophoniacorum en Aten., lib. XIII, p. 569.
- 228 Böeckh., *Corp. inscript.*, p. V, no. 1607 y 1608, 1699 a 1708, 1756 y 1757.
- 229 Péndaro en Athen., lib. XIII.

- 230 Strab., lib. VIII, cap. VII, § 3.
- 231 Strab., lib. XII, cap. II, § 25.
- 232 Athen., lib. XIII, p. 574.
- 233 Chamaleon Heracleotes, en Athen., lib. XIII, p. 573.
- 234 Diod. Sic., lib. IV, § 83.
- 235 Strab., lib. VI, cap. III, § 8.
- 236 Diod. Sic., lib. IV, § 83.
- 237 Strab., lib. VI, cap. III, § 8.
- 238 Alexis Samius, en Athen., lib. XIII, p. 572.
- 239 Evacles, en Athen., lib. XIII, p. 572.
- 240 En Comana de Capadocia, hoy El Bostam, hubo un templo dedicado a Belona. “La ciudad [dice Strab., lib. XII, cap. I, § 5.] es considerable; y su población se compone en gran parte de adivinos y de esclavos agregados al servicio del templo. Los habitantes son catadinos, súbditos del rey de Capadocia, como todo el resto, pero dedicados exclusivamente al pontífice de la diosa. Este pontífice es amo del templo, y manda a los esclavos, los cuales cuando yo pasé por allí, eran entre hombres y mujeres más de 6 000”. En Comana del Ponto, así llamada para distinguirla de la anterior, hubo también otro templo dedicado a Belona; pero en vez de esclavos tuvo 6 000 siervos. (Strab., lib. XII, cap. II, § 25.) Los habitantes de esta ciudad pasaban la vida en los placeres; residían en ella muchas cortesanas, cuya mayor parte pertenecía al templo; y hasta cierto punto, Comana era a los ojos de Strabón, una pequeña Corinto.
- En la prefectura de Morimene, una de las 11 en que los romanos dividieron al fin la Capadocia, existía entre los venacios un templo de Júpiter, con habitaciones ocupadas por casi 3 000 esclavos para el servicio del templo, y para el cultivo de las fértiles tierras que le pertenecían. Éstas producían anualmente 15 talentos para el pontífice, el cual era vitalicio lo mismo que el de Comana. (Strab., lib. XII, cap. I, § 8.)
- Los armenios levantaron templos a la diosa Anaitis, y el principal estaba asentado en Acilisene, provincia de la Grande Armenia. Había en él, no sólo personas de ambos sexos consagradas al servicio de la divinidad, sino que las familias más distinguidas le ofrecían sus hijas todavía vírgenes. “Es [dice Strabón, lib. XI, cap. XIX, § 9] ley del país, que después de haberse prostituido por largo tiempo en el templo de Anaitis, ellas se casan, y ningún hombre rehúsa aceptarlas por mujeres”.
- Por último, en Zela (hoy Zelehl), ciudad del Ponto, existió un templo erigido a la misma diosa. No tuvo esclavos, sino siervos; pero las ceremonias religiosas celebráronse en él con menos impudencia que entre los armenios. (Strab., lib. XII, cap. II, § 26.)
- 241 *Iliad.*, cant. XXIII.
- 242 *Odis.*, cant. I.
- 243 *Iliad.*, cant. XXI.
- 244 Jenof., *Mem. sobre Sócrates*, lib. II, cap. V, § 2.
- 245 Demósten., c. Spudias.
- 246 Jenof., *Rentas del Ática*, cap. IV.
- 247 Plutare., *Paral. entre Nicías y Craso*, cap. I.
- 248 Böeckh, *Econom. Polít.*, tom. I, 22. Esqui., c. Timar. Demósten., c. Afob. y c. Neaer. Licias, Fragmento de un discurso contra Esquines, el Socrático. Iseo, sobre la sucesión de Agnias.
- 249 Demósten., c. Afob.

- 250 Ídem., ídem.
- 251 Esqui., c. Tim.
- 252 Planude, *Vida de Esopo*, en Jugler; *De nundinatione servorum*.
- 253 Plaut., *Pseudolus*, act. III, esc. II.
- 254 Isócr., *De l'Echange*.
- 255 Demósten., c. Neaer.
- 256 Terenc., *Eun.*, act. I, esc. II, vers. 165 a 169.
- 257 Terenc., act. IV, esc. III; Adelf., act. II, esc. I.
- 258 Planude, *Vida de Esopo*, en Jugler; *De nundin. servorum*.
- 259 Herod., lib. V, cap. LXXVII.
- 260 Aristót., *Econ.*, II, p. 1349, edic. Bekker.
- 261 Demósten., *Sobre la Embajada*.
- 262 Diod. Sic., lib. XX, cap. LXXXIV.
- 263 Muchas de éstas fueron descubiertas por Otrfr. Müller (*Les Doriens*), por Curtius (*Memoria, Anécdota Delfica*), y por Chandler.
- 264 Eurípid., *Ifig. en Aulide*, vers. 857.
- 265 *Iliad*.
- 266 *Odi.*, cant. XIV.
- 267 *Iliad*., cant. I y IX.
- 268 *Odi.*, cant. XIV.
- 269 *Odis.*, cant. XIV, vers. 210. Sófoc., *Ajax.*, 494 a 497.
- 270 Eurípid., *Androm.*, vers. 183 a 200.
- 271 Aristóf., *Pluto.*, vers. 253, y *Paz*, vers. 1249. Aten., lib. XIV, p. 651.
- 272 Aristóf., *Avispas*, vers. 455. *Paz*, vers. 1000. Jul. Poll., *Onomast.*, III, 119, y lib. VII, cap. III.
- 273 Jul. Poll., *Onomasticon*, VII, 92.
- 274 Aristóf., *Aves*, vers. 912.
- 275 Aristóf., *Avispas*, vers. 443.
- 276 Jenof., *Repúb. Aten.*, I.
- 277 Plutare., *Amat.*, IV, § 11.
- 278 Jenof. de Efeso, II, IV, 5, citado por el alemán Reitemcier en su *Historia de la Esclavitud en Grecia*.
- 279 Jenof., *Econom.*, cap. IX.
- 280 Terenc., *Fora.*, act. I, esc. I.
- 281 Plaut., *Asinar.*, act. III, esc. I, y *Mercator*, act. III, esc. I.
- 282 Lucien., *Mercenarios*, 14, tom. II.
- 283 Lucien., ibíd.
- 284 Plaut., *Trinum*, act. II, esc. IV. Menandro en Stobeo. Floril, LXII, 10.
- 285 Reitemcier; *Historia de la Esclavitud en Grecia*. Crobilus, en Aten., lib. VI, p. 248.
- 286 Demósten., *Orac.* III, contra Filip.
- 287 *Leg. Atic.*, lib. III, tít. VII, 1. 2ª, en Sam. Petit.
- 288 Jenof., *Rep. Aten.*, cap. I.

- 289 *Leg. Atic.*, lib. III, tít. VIII, 1. 1^a, en Sam. Petit.
- 290 *Leg. Atic.*, lib. III, tít. VIII, 1. 2^a, en Sam. Petit.
- 291 Plaut., *Sticho*, act. III, esc. I. Demósten., Orac. 2^a c. Filip. Esqui., c. Tim.
- 292 Plaut., *Stich.*, act. III, esc. I.
- 293 Jenof., *Repúb. Aten.*, cap. I.
- 294 Böeckh, *Corp. Inscript.*, part. 4^a, secc. II, no. 1192 y 1193.
- 295 Plaut., *Asinar.*, act. II, esc. II, y toda la última de dicho acto.
- 296 Aristóf., en el *Pluto*, *Avispas* y *Ranas*.
- 297 Jenof., *Mem. sobre Sócrates*, lib. II, cap. i. Plutar., *Paralelo entre Nicias y Craso*, § 1.
- 298 Terenc., *Fora.*, act. II, esc. I.
- 299 Aristóf., *Ranas*.
- 300 Jul. Poll., *Onomastic.*, III, 78 y 79. Aristóf., *Pluto*, 271. Plaut., *Asinar.*, act. III, esc. II. Demósten., Orac. 3^a contra Afobo.
- 301 Letronne, *Memoria* citada.
- 302 Athen., lib. IV, p. 161.
- 303 Lucien., *Caron*, 2.
- 304 Pignoris, *De servis*.
- 305 Aristóf., *Aves*, y *Licistrato*. Jul. Poll., *Onomasticon*, III, 67.
- 306 Jenof., *Rentas del Ática*, cap. iv.
- 307 Tucíd., lib. I, § 139, y lib. VII, § 27.
- 308 Tucíd., lib. IV, § 117.
- 309 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. 6. Schol. de Gregorio de Corinto sobre Hermógenes (Walz, vol. VII, p. 12). *Leg. Atic.*, lib. IV, tít. IV, 1. 4.
- 310 *Leg. Atic.*, lib. IV, tít. VII, 1. 2.
- 311 Demósten., Orac. 3^a c. Afob. Licias, c. Cimón. Licurgo, c. Leocr. Isócr., Discurso c. Pasión. Iseo sobre la sucesión de Ciron. Antifón, defensa de un bailarín.
- 312 Aristót., *Retórica*, I, 15.
- 313 Demósten., *Discurso contra Evergus y Mnecybule*.
- 314 Demósten., c. Pantenete.
- 315 Demósten., c. Neaer.
- 316 Aristóf., *Ranas*, 639.
- 317 Plutar., Vit. X, Orat. Andocide, § 3, p. 834.
- 318 Aristóf., *Ranas*.
- 319 *Leg. Atic.*, lib. I, tít. I, 1. 8^a.
- 320 Pausan., II, xxvii, 4^a.
- 321 Macrab., *Saturnal.*, lib. I, cap. vii.
- 322 Aristóf., *Pluto*, vers. 1140 a 1147.
- 323 Demósten., c. Mid. Procl. ad Hesiod., citado por Meurcio, *Lect. att.*, IV, xiv, tom. II, p. 1162.
- 324 Athen., lib. IV, pp. 139 y 140.
- 325 Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. vii.

- 326 Caristio en Aten., lib. XIV, p. 639.
- 327 Baton. Sinopensis, en Aten., lib. XIV, pp. 639 y 640.
- 328 Aristóf., *Tesmo.*, vers. 279 y 293.
- 329 *Leg. Atic.*, lib. VI, tít. VIII. *De Sepulchris et funeribus.*
- 330 Valerio Máximo, lib. II, cap. vi, § 7.
- 331 Eurípid., *Heracl.*, 260.
- 332 Eurípid., *Supl.*, 267 a 270.
- 333 Statius Thebaidos, lib. XII, en Sam. Petit, en su comentario al lib. I, tít. I, *Leg. Atic.*
- 334 *Sacellum* era un pequeño recinto consagrado.
- 335 Diod. Sic., lib. IV, § 62.
- 336 Pausan., II, XIII, 4º.
- 337 Aristóf., *Plut.*, vers. 20.
- 338 Eurípid., *Andróm.*, vers. 256, 265 y ss.
- 339 Eurípid., *Andróm.*, vers. 256 y 265.
- 340 Plaut., *Mostelaria*, act. II, esc. I.
- 341 Plaut., *Rudens*, act. III, esc. IV.
- 342 *Leg. Atic.*, lib. II, *De Legibus*, tít. VI, I, 1ª.
- 343 Demósten., c. Midias. Aten., lib. VI, p. 267.
- 344 Antif., *Sobre el homicidio de Herode.*
- 345 Demósten., contra Midias.
- 346 Plat., *Leyes*, lib. IX.
- 347 Plat., *Leyes*, lib. IX.
- 348 Antif., *Defensa de un bailarín.*
- 349 Antif., *Sobre el homicidio de Herode.*
- 350 Plat., *Leyes*, lib. IX.
- 351 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. VI, 1. 5ª.
- 352 Plutarco., *De Superstitione*, citado por Petit en su comentario a la ley 5, tít. VI, lib. II de las *Leyes Áticas*.
- 353 Aten., lib VI, p. 266 y ss.
- 354 Estos fragmentos los cita Jul. Poll., *Onomasticon*, lib. VII, cap. II, y los repite Petit en el lugar referido.
- 355 Schol. de Corinto sobre Hermógenes. (Wals, tom. VII, p. 1283).
- 356 *Leg. Atic.*, lib. II, *de Leg.*, tít. VI, 1. 5ª.
- 357 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. VI, 1. 6.
- 358 Herod., lib. VIII, § 75 y 110.
- 359 Böeckh, *Inscript. Atic.*, P II, D. II, no. 939, 1002, 1792, 1890, 1891, 2009, 2327, 2344, etc.
- 360 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. II, § 12.
- 361 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VI, § 4.
- 362 Dióg. Laerc., lib. I, cap. IV.
- 363 Plat., *Leyes*, lib. VI.
- 364 Plat., *Comment il faut élever les enfants*, 14, p. 11.

- 365 Dióg. Laerc., *Vida de Platón*, lib. III.
- 366 Plat., *De la tardive vengeance des dieux*, 5, p. 551.
- 367 Dióg. Laerc. lib. III.
- 368 Plat., *Rep.*, tom. X, p. 27, trad. de Cousin.
- 369 Plat., *Rep.*, tom. VIII.
- 370 Plat., *Leyes*, lib. VI.
- 371 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. V, §11.
- 372 Aristót., *Económic.*, 1, 5.
- 373 Aristót., *Económic.*, I, 5.
- 374 Aristót., *Polít.*, lib. IV (7), cap. IX, § 9.
- 375 Dióg. Laerc., lib. V.
- 376 Fragmentos recogidos por Stobeo, *Serm.* 174, p. 600.
- 377 Stob., *Floril.*, LXII, 27.
- 378 Jenof., *Economic.*, XIII.
- 379 Jenof., *Econom.*, cap. IX.
- 380 Dióg. Laerc., VII, I, 64, § 123. Cicerón, *Pro Murena*, 29.
- 381 Dióg. Laerc., VII, § 120.
- 382 Dióg. Laerc., lib. X.
- 383 Aten., lib. VI, p. 272. Böeckh, *Tratado de las minas de Laurium*. Diodoro, *Eclog.*, XXXIV, II, 18.
- 384 Diod., *ibídem*. Posidonio en Aten., lib. VI, p. 272.
- 385 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VI, § 3.
- 386 Herod., lib. VI, § 83.
- 387 Tucíd., lib. VIII, cap. XL.
- 388 Aten., lib. VI, p. 265-268.
- 389 Teopomp., en Aten., lib. VII, pp. 255 y 266.
- 390 Plat., *Leyes*, tom. VII, p. 358 (traducción de Cousin). Aristót., *Polític.*, lib. IV (7), cap. IX, § 9.
- 391 Diod. Sic., *Fragmentos*, lib. XXXIV y XXXV.
- 392 Oradores griegos, Iseo, p. 310, edición de Reiske. Dionisio de Halicarnaso.
- 393 Esqui., c. Ctesi. *Leg. Atic.*, ley 7, tít. VI, lib. II, en Sam. Petit.
- 394 Curtius, *Anécdota Déléfica*, pp. 13-16.
- 395 *Journal archéologique d'Athènes*.
- 396 Suidas, citado por Curtius y por Potgiesser, *De Statu Servorum*, lib. IV, cap. IV, § 1.
- 397 Véase a Potgiesser en *De Statu Servorum*, lib. IV, cap. IV, § 1.
- 398 Dióg. Laerc., lib. III.
- 399 Dióg. Laerc., lib. V, cap. I.
- 400 Dióg. Laerc., II, 14.
- 401 Dióg. Laerc., III, 7.
- 402 Dióg. Laerc., IV, 9.
- 403 Dióg. Laerc., lib. X.

- 404 Dióg. Laerc., lib. I, cap. IV.
 405 Demósten., pro Form.
 406 Demósten., pro Form.
 407 Aristót., *Ranas*, 705.
 408 Licurg. c. Leocr. Dión Crisóst., XV, p. 240, I, 44.
 409 Dión Crisóst., XV, pp. 240 y 241.
 410 *Leg. Atic.*, lib. II, tít. VI, 1. 6ª.
 411 “*Quid? si tu nolis, filiusque etiam tuus,
 Vobis invitis atque amborum ingratiis
 Una libella liber possum fieri*”.
 (Plaut., *Casin.*, act. II, esc. V)
 412 Böeckh, *Corpus Inscript.*
 413 Curtius, *Anécdota Déléfica*.
 414 Curtius, *Anécdota Déléfica*.
 415 Curtius, p. 31.
 416 Böeckh, *Corp. Inscript.*, n° 1699. Curtius, en varias inscripciones.
 417 Curtius, p. 23.
 418 Curtius, inser., 11.
 419 Böeckh, *Corp. Inscr.*, n° 1608.
 420 Curtius.
 421 Curtius, inser., 16 y 30.
 422 Véase lo que he dicho acerca de los metecos en la página 148 de este tomo.
 423 Sam. Petit, *Leg. Atic.*, lib. II, tít. VI, ley 8.
 424 Plaut., *Mil. Glor.* Demósten., c. Timot., y en uno de sus discursos c. Afobos.
 425 Sam. Petit, *Leg. At.*, lib. H, tít. VI, ley 9 y 10.
 426 Valer. Máxim., lib. II, cap. VI, § 6.
 427 Sam. Petit, Comentario a la ley 8ª, tít. VI, lib. II, de las *Leyes Áticas*.
 428 Curtius, *Anécdota Déléfica*.
 429 Antologías, *Epigrama*, lib. II. Demósten., Orac., por la Corona.
 430 Demósten., c. Form.
 431 Demósten., c. Neaer. *Leg. Atic.*, lib. II, tít. III, 1. 10.
 432 Oración de Dinareo c. Demósten. Aten., lib. I, p. 19.
 433 Plutarc., *Apoj. Antig.*, XII, p. 182.
 434 Dión Casio, LIV, 7.
 435 Aristóf., *Ranas*, 705.
 436 Dión Crisóst., XV, p. 240. Licurgo, c. Leocr.
 437 Demósten., contra el falso testigo Stef.
 438 Plateos fue el nombre que se dio a los nuevos ciudadanos desde que a los habitantes de Platea se les concedió el derecho de ciudad por el auxilio que dieron a Atenas en la batalla de Maratón.
 439 Demósten., Orac. contra Neaer.

Libro Quinto

SIERVOS EN GRECIA



Hubo en Grecia una clase de hombres que sin ser libres, no fueron del todo esclavos. Si la guerra le dio éstos, vendiendo o repartiendo los prisioneros, la conquista le dio siervos, subyugando a los pueblos vencidos sin distinción de sexo ni edad.

Aún no había pasado una centuria de la ruina de Troya, y ya Grecia empezó a sentir los más profundos trastornos. La entrada de los tésalos en la Hemonia, llamada desde entonces Tesalia,¹ abrió la puerta a las invasiones que se hicieran 12 siglos antes de la era cristiana; y puestas en movimiento las tribus helénicas, empujéronse unas a otras, despojáronse mutuamente de sus tierras, y los pueblos vencidos que no pudieron emigrar, sufrieron en masa la dura ley del vencedor.

En trastorno tan general, las tribus o razas que se hallaban dominadas en el país de su residencia, se convertían en dominadoras en la región adonde emigraban. Tesalia, Beocia, Ática, Corinto, Aquea, Argólida, Laconia, Mesenia, y todo el Peloponeso, ofrecieron el espectáculo de razas opresoras y de razas oprimidas. Pero las condiciones que a éstas impuso el vencedor, no fueron las mismas en todas partes: unas, sometidas tan sólo al cumplimiento de ciertos deberes, conservaron muchos de sus antiguos derechos; mas, otras, sin ser reducidas a verdadera esclavitud, dejóselas en un estado que fluctuaba entre ésta y la libertad, inclinándose más a una que a otra, según las ideas y principios de los diferentes conquistadores. Tal fue el origen de los siervos en Grecia.²

Cuando los tésalos invadieron la Hemonia, ni sus armas se extendieron a todo el país, ni todos los puntos invadidos les opusieron la misma resistencia; y de aquí fue, que el yugo de la dominación cargó sobre unas tribus con más peso que sobre otras. Es verdad, que todas perdieron su independencia y fueron sometidas a un tributo;³ pero mientras algunos conservaron casi todos sus derechos, sentándose en el Consejo de los Anfictiones al lado de sus dominadores,⁴ otros pueblos a quienes se dio el nombre de *penestes*, fueron despojados de sus tierras y sometidos a duras condiciones.⁵

Efectivamente, a éstos se les empleó en cultivar las tierras, pagando a sus señores un canon fijo por ellas; y como hacían suyos los demás productos que rendían, hubo penestes más ricos que sus amos.⁶ Acompañáronlos también a los campos de batalla; pudieron formar parte de sus tropas, y Demóstenes refiere que en la guerra del Peloponeso, hubo un ciudadano que ofreció a Atenas un cuerpo de 1 200 penestes. Aunque la caballería de Tesalia era la más afamada de toda la Grecia,⁷ sirvieron en ella en tiempos normales: y del discurso que Polidamas de Farsalia pronunció en el Consejo de Lacedemonia, aparece que Jasón de Feres intentó dominar la Grecia tripulando las naves con penestes, y destruir la escuadra de Atenas.⁸ Ocupáronse también en el servicio doméstico, y según Dionisio de Halicarnaso, sus amos los trataron como si fueran verdaderos esclavos, amenazándolos con castigos aun por el más leve descuido.⁹ Adheridos a la tierra a manera de los colonos de Roma, y de los siervos de la Edad Media, no fue permitido venderlos fuera del país; y como debían permanecer siempre en él, algunos creyeron que su nombre primitivo no fue penestes, sino *menestes*; esto es, *servi manentes*.¹⁰ Tampoco fue lícito matarlos; pero tratados con rigor, no siempre sufrieron humildes la opresión. Más de una vez fueron peligrosos en Tesalia, pues acechaban todas las ocasiones favorables para levantarse, y su primera insurrección estalló cuando entraron sus señores en guerra con sus vecinos los magnesios, aqueos y perrhebos.¹¹ Otfried Müller, fundándose en una comedia de Aristófanes, piensa que los penestes, auxiliados por Atenas, se alzaron de nuevo durante la guerra del Peloponeso.¹²

Cuéntase que Hércules devastó en Tesalia el país de los cilicranes, y piensan algunos que allí fundó la ciudad de Heraclea de Traquinia; por lo que cuando cayeron sus moradores en sevidumbre, dióseles el nombre de cilicranes.¹³

Nadie confundirá esta ciudad de Heraclea con ninguna de las otras que tuvieron el mismo nombre en diversos países. Andando el tiempo, llevaron los griegos sus colonias a tierras lejanas, y hubo una fundada por Megara, que se llamó Heraclea del Ponto, por hallarse en las márgenes del Ponto Euxino. A manera de otras naciones de la Antigüedad, los griegos introdujeron en sus colonias la servidumbre bajo alguna de sus diferentes formas, y así aconteció en la Heraclea del Ponto. Más débiles que su metrópoli, los indígenas, que eran los mariandinos, se sometieron a sus nuevos dominadores, pero bajo la condición de no ser vendidos fuera de su territorio; de lo que infirieron algunos que bien pudo vendérseles dentro de sus fronteras.¹⁴ A tales siervos comparolos Teopompo con otros de Creta y con los penestes de Tesalia.¹⁵ Colonia de Megara fue también la célebre Bizancio, y su metrópoli sojuzgó como siervos a los bitinios de Europa.¹⁶

Apartándonos de tan remotos países, volvamos a entrar en la Grecia continental para seguir la marcha de las diferentes tribus que en ella se movían, y el progreso de la servidumbre que se iba en ella estableciendo.

Pasando a la Fócida, vemos que en Delfos, la ciudad sagrada por su famoso templo de Apolo y su gran oráculo, hubo siervos que con el nombre de *craulidas* cultivaron tierras en las inmediaciones de la antigua ciudad de Cirra, situada al pie del monte Cirfis y orillas del golfo de Corinto.¹⁷

Huyendo de la vigorosa dominación que habían los conquistadores de Tesalia, impuesto a algunos de los pueblos vencidos, los beocios de Arné emigraron y se fijaron en el país que desde entonces se llamó Beocia, y que antes llevaba el nombre de Aonia. Los antiguos habitantes que no pudieron emigrar, fueron subyugados por los invasores bajo el dictado de tebagenes; nombre que no se debe confundir con el de los tebanos, amos de la ciudad de Tebas, situada en la Beocia.¹⁸

Entrando en el Peloponeso, tierra clásica de la servidumbre, damos con Sicione, ciudad frente a Cirra en el lado opuesto del golfo de Corinto, y en la que sus nuevos dominadores redujeron a servidumbre a los habitantes, dándoles el nombre de corineforos o catonacoforos,¹⁹ así llamados por el traje con perfiles de piel de cabra que usaban, y por el palo que llevaban para pelear en la guerra como tropas irregulares.²⁰ En Epidauró, ciudad de la Argólida, célebre por su templo, sufrieron la servidumbre los habitantes que se llamaron conipodas, palabra que significa: pies empolvados.²¹ Otros muchos, como veremos más adelante, cayeron también bajo de ella, en varias partes de la Argólida.

Pero diferencias más grandes entre vencedores y vencidos ocasionó la conquista de los dorios en otras partes del Peloponeso. Prolongada fue la lucha entre éstos y algunos de los pueblos que habitaron en aquella península, y los que tuvieron la desgracia de sucumbir enteramente, fueron tratados con más rigor que en otros puntos de Grecia.

La organización política que los dorios establecieron en Laconia y en Mesenia les prohibió toda profesión lucrativa; y consagrada su existencia al desempeño de las funciones públicas y a la defensa de la patria,²² el peso de los trabajos recayó exclusivamente sobre los pueblos vencidos. Siervos por la conquista, hubieron de someterse al vencedor; pero esta cadena, ni fue tan pesada al principio, ni se impuso después sobre todos con igual fuerza. Según Eforo, “aquéllos de los heraclidas, euristénidas y próclidas, que se apoderaron de la Laconia, dividieronla en seis partes... y todos los habitantes de las inmediaciones de Esparta se sometieron a los espartanos; pero bajo la condición de ser gobernados por las mismas leyes, y de participar de los derechos de ciudadanos y de las magistraturas del Estado”.²³

Si los términos de esta capitulación se hubieran guardado, muy poca habría sido la diferencia entre vencedores y vencidos; pero la violencia

de los conquistadores no pudo conformarse con una situación que casi los igualaba a los pueblos que sus armas habían sojuzgado. “Agis (prosi-gue Eforo), Agis, hijo de Eurístenes fue quien los despojó de sus derechos, y los obligó a pagar un tributo a Esparta. Todos se sometieron a este tributo, excepto los habitantes de Helos que se sublevaron; pero vencidos, fueron esclavizados, bajo la condición de que sus señores no pudieran libertarlos, ni venderlos fuera de las fronteras... Éstos eran, en cierto modo, esclavos públicos pertenecientes al Estado, a quienes los lacedemonios habían señalado lugares para residir, e impuéstoles servicios particulares”.²⁴

Esta lucha es la que se llamó en la Antigüedad: guerra de Esparta contra los ilotas, y acaeció por los años 1090 antes de la era cristiana.

El pasaje de Eforo que acabo de transcribir manifiesta claramente que entre los pueblos dominados por Esparta hubo dos especies de siervos bien distintas: una de los que se sometieron sin resistencia al despojo de sus derechos, y otra de los que sublevados y vencidos por la fuerza, sintieron todo el rigor de la conquista. A los primeros se les llamó *periecos*, y a los segundos, *ilotas*.

Mas, todos los habitantes de Laconia no corrieron la suerte ni de aquéllos ni de éstos.

Los aqueos, *ftiotas* de origen, habitaban antiguamente la Amiclas, parte de la Laconia, pero después de la conquista de este país por los dorios, y a consecuencia de un tratado entre éstos y los habitantes de la Amiclas, tuvieron que retirarse a la Jonia, provincia situada al norte del Peloponeso, que desde entonces tomó el nombre de Aquea.²⁵ Si los que emigraron, se eximieron de la dura dominación de los dorios, no así los que permanecieron bajo sus leyes, pues unos, como he dicho, fueron reducidos a la clase de *periecos*, y otros, a la de *ilotas*. ¿Mas, cuál fue la diferencia entre unos y otros? Tratemos antes de aquéllos.

El número de *periecos* ascendió a 30 000 familias, y cuando Licurgo repartió las tierras de la Laconia para remediar la enorme desigualdad en que se hallaban, dio una suerte a cada una de ellas,²⁶ sometiéndolas a pagar un tributo, y a la pérdida de sus derechos políticos.²⁷ Hubo entre ellas muchos artesanos, y algunas sobresalientes.

Compendiando Wallon en su importante trabajo sobre la antigua esclavitud griega lo que Herodoto, Ateneo, Plinio, Otfried Müller y otros autores dicen acerca de los *periecos* artesanos, se expresa así:²⁸ “Mientras que muchas familias permanecían en Esparta, donde se trasmitían como herencia la práctica de ciertos oficios,²⁹ los habitantes de las ciudades, más libres en su acción, llegaron a ser famosos por su industria. Ponderábase los calzados de Amiclas, las capas lacónicas³⁰ y la púrpura que les daba su brillo. Según Plinio, la Laconia era para la Europa lo que Tiro fue para el Asia, la playa principal donde se recogía esta con-

cha preciosa.³¹ Hacíanse también con reconocida superioridad, puertas, mesas, camas, carros, y todas las obras de herrería o de cinceladura; el temple excelente de las armas de acero no tenía menos fama que las formas, elegantes o ingeniosas de los cráteres, de las copas y otros vasos para beber.³² Los laconios se ilustraron también en las artes más elevadas. Los templos, las estatuas, los sepulcros que adornaban las orillas del Eurotas no eran obra de mano extranjera; la escuela lacónica contó nombres célebres que Pausanias se equivocó atribuyéndoles algunas veces a la raza de los conquistadores.³³ Otra gloria, menor a nuestros ojos, pero más significativa a juicio de la Grecia, no se les negaba, pues eran admitidos en los Juegos Olímpicos, en los que no combatían sino los griegos libres; y un lacón de Acriés figuró cinco veces entre los vencedores”.³⁴

Habitantes de las costas, y perteneciendo a Laconia, la isla de Citeres a donde acudían los negociantes del Egipto y de la Libia,³⁵ los periecos se apoderaron de todo el comercio, diéronse a la náutica para fomentarlo, y como los espartanos carecían de conocimientos en este ramo, confiáronles a veces el mando de su escuadra.³⁶ Ligados con Lacedemonia por algunos intereses, no rehusaron su apoyo a los espartanos en días de peligro, y con ellos salvaron la patria.³⁷ Así fue, que sirvieron de tropas ligeras en los ejércitos de Esparta, y aun se les admitió en el cuerpo distinguido de los hoplitas,³⁸ que era la infantería pesadamente armada. De los 10 000 lacedemonios que pelearon en Platea contra los persas, 5 000 fueron periecos.³⁹ A pesar de esto, las leyes de Esparta impidieron la fusión entre las dos clases, y descontentos los periecos por los tributos que pagaban, estuvieron dispuestos a conspirar, y a reunirse con los enemigos de Esparta. Por esto, Cinadón contó con ellos en su conjuración contra el Estado en el año 397;⁴⁰ y cuando los tebanos se acercaron a las fronteras de la Laconia, los periecos los invitaron a que la invadiesen, prometiéndoles juntarse con ellos, como efectivamente, muchos lo hicieron.⁴¹

Vengamos a los ilotas. Acerca de la etimología de esa palabra, hay diversas opiniones. La tradición común la deriva de Helos, antigua ciudad asentada, según Homero, en la costa del mar.⁴² Dícese que Helio, hijo de Perseo, fue su fundador; pero en los días de Strabón, ya no era más que una pobre aldea.⁴³ Según Eforo, llamase ilotas, no sólo a los habitantes de Helos que se sublevaron contra Esparta, sino a todos los que se hallaban bajo su dominio.⁴⁴ Teopompo amplía el sentido de aquella palabra, como aparece del siguiente pasaje:

“Los ilotas, dice, hace mucho tiempo que están sometidos a Esparta, y entre ellos, los unos son originarios de Mesenia, y los otros son heleatas que habitaban antiguamente la ciudad de Helos, en Laconia”.⁴⁵

Esta opinión es conforme al sentido en que antiguos gramáticos tomaron la palabra ilotas, esto es, cogidos, conquistados, cautivos, esclavos.

vizados.⁴⁶ opinión que Müller sostiene en su interesante obra ya citada. Tucídides afirma, que a todos los ilotas también se dio el nombre de mesenianos,⁴⁷ sin duda porque éstos sufrieron la misma suerte que aquéllos. En medio de tanta divergencia, es probable que el nombre de ilotas sólo se dio al principio a los esclavizados habitantes de Helos, y que después se extendió a otros pueblos, que alzándose contra Esparta, fueron también subyugados. Pero sea de esto lo que fuere, es innegable que la diferencia fundamental entre los periecos y los ilotas consistió en que los primeros no fueron esclavos ni del público, ni de los particulares; mas, los segundos fueron propiedad del Estado.⁴⁸

El terrible derecho de conquista impuso a los ilotas muy duras obligaciones. Destináronse unos al servicio del Estado, y otros al de los ciudadanos. Los primeros aprestaban la comida, servían la mesa pública y desempeñaban otras tareas de la comunidad en que vivían los espartanos. Los segundos apacentaban rebaños,⁴⁹ o cultivaban tierras; mas, no como los periecos, que siendo dueños de ellas, las labraban por su cuenta, pagaban tan sólo un canon invariable, y podían considerarse como tributarios del Estado. Entre los ilotas, al contrario, no se reparcieron tierras, y las que ellos cultivaron pertenecieron a los espartanos. Según Plutarco, Licurgo reservó en Laconia 9 000 suertes para número igual de ciudadanos que había entonces en Esparta,⁵⁰ e impúsose a los ilotas la obligación de entregar anualmente por cada suerte 82 *medimnes* (42 hectolitros y 65 litros) de trigo, con una cantidad proporcional de vino y de algún otro líquido.⁵¹ De este modo aseguró Licurgo la subsistencia del pueblo de Esparta, al que siempre quiso mantener sobrio y frugal. El producto restante de aquellas tierras era para los ilotas, producto que sería mayor o menor conforme a la variedad de las cosechas; y no faltaron ilotas, que ya por la parsimonia en que vivieron, ya por carecer de familia numerosa, llegaron a reunir un pequeño capital. Así fue, que cuando Cleomenes, estrechado en la Laconia por Antígono, rey de Macedonia, les propuso que diese cada uno 5 minas por su libertad, compráronla 6 000 con su dinero, cuyo valor total ascendió a 500 talentos. De ellos armó entonces Cleomenes, a usanza de los macedones, 2 000 para contraponerlos a los leucaspides que eran soldados con escudos blancos.⁵²

Si el número de ilotas menguó entonces, mucho más había poco antes menguado, pues en una entrada que hicieron los etolos en Laconia, lleváronse 50 000 de sus campos; y a este propósito dijo un viejo espartano, que los enemigos les habían hecho un gran servicio, descargando a Laconia de tan enorme peso.⁵³

Ocupáronse también ilotas de ambos sexos en las tareas domésticas,⁵⁴ tareas que solían compartir con muy pocos esclavos,⁵⁵ de los que había cortísimo número en Esparta. Un espartano podía servirse de los

ilotas señalados a otro, como si fueran suyos;⁵⁶ bien que el dominio de ellos sólo pertenecía al Estado, y, por lo mismo, ningún particular pudo venderlos ni libertarlos.⁵⁷ Solían también emplearse en la marina, y durante la gran lucha del Peloponeso, muy útiles fueron para tripular las naves contra Atenas.⁵⁸ Armados a la ligera, acompañaban a sus amos a la guerra, como se vio en Sfacteria;⁵⁹ y en Platea, cada espartano tuvo siete ilotas a su lado.⁶⁰ Casos hubo en que se les hizo soldados, y aun se les admitió en las filas de los hoplitas.⁶¹

¿Pero cómo no temió Esparta poner las armas en las manos de sus enemigos? Cuando ella se aventuró a tal extremo, fue solamente con cierto número de ilotas, y dándoles casi siempre libertad, antes o después del combate.⁶² Bien tembló ella, cuando para conjurar el peligro con que Epaminondas la amenazaba, hizo un llamamiento general a los ilotas, y los vio armados a millares. “Los magistrados, dice Jenofonte, juzgaron conveniente declarar que los ilotas que quisieran tomar las armas y ponerse entre los combatientes, serían libres en recompensa de su valor. Alistáronse al instante más de 6 000, y ordenados en batalla, infundieron temores, por su gran número; pero luego que los espartanos tuvieron en su territorio las tropas pagadas de Orcómenes, y éstas fueron reforzadas por las de Corinto, Epidauro, Pellene y de otras ciudades, entonces la vista de los nuevos alistados los asustó menos”.⁶³

Prohibidas fueron a los ilotas las danzas guerreras y los cantos varoniles de la raza dórica.⁶⁴ Plutarco asevera, que los éforos los hacían emborrachar en los días de fiesta, y que en ese estado los llevaban a los comedores públicos, o refectorios, obligándolos a entonar canciones obscenas, y a danzar con gestos ridículos e indecentes, a fin de que su vergonzoso ejemplo retrajese a los jóvenes de la embriaguez.⁶⁵ Según Miron de Priene, obligábase a los ilotas a llevar un gorro de piel de perro, y a vestirse de los despojos de las bestias. Azotábaseles todos los años, aunque no cometiesen ninguna falta, para recordarles que eran siervos; y los que adquirirían más fuerza que la que conviene a esclavos, eran condenados a muerte, imponiéndose a sus amos una multa por no haber impedido su vigoroso desarrollo.⁶⁶

En este cuadro de miserias que del ilota se nos traza, bien puede haber exageración, y así lo cree Otrfr. Müller.⁶⁷ Esa embriaguez a que se alude, tal vez sería voluntaria y no forzada, y de ella se valdrían los éforos para inspirar sentimientos de sobriedad a la juventud espartana. Ese gorro y ese vestido de pieles, símbolo de humillación, acaso fueron el traje ordinario que también usaron los campesinos de aquella región; ¿pero no pudo ser también signo de esclavitud? ¿No hubo esclavos en algunas naciones de la Antigüedad que llevaron un vestido particular; a pesar de que no fueron tratados por sus amos con tanto desprecio como los ilotas? No se olvide que los espartanos fueron muy crueles con ellos,

y que esta crueldad nació del carácter endurecido de la raza dórica, de los sentimientos belicosos que la animaban, del vicio de sus instituciones que hicieron gravitar exclusivamente el trabajo sobre los pueblos vencidos, y del temor que éstos infundieron a sus dominadores por la gran preponderancia numérica en que se hallaban. Para mantenerlos, pues, bajo la más estrecha sumisión, e impedir que se sublevasen, tomáronse a veces medidas tan terribles, que no se sabe, por cierto, si más admirar la perfidia, que la ferocidad de los espartanos contra ellos.

“Tampoco, dice Tucídides,⁶⁸ desagradaba a los lacedemonios tener un pretexto para hacer partir cierto número de ilotas, pues en la triste conjetura de la toma de Pilos, temían que se alzasen. El primero de sus cuidados había sido siempre el vigilar a los ilotas; y he aquí lo que hicieron por el temor que les inspiraba la juventud de ese pueblo numeroso. Mandóseles que escogiesen de entre sí a los que hubiesen mostrado más valor en los combates, prometiéndoles la libertad. Esto era un lazo que se les tendía, pues estaban persuadidos a que los que tuviesen más mérito para ser libres, deberían ser por la elevación de su carácter; los más capaces para obrar contra ellos. Hubo 2 000 a quienes se concedió esta funesta distinción; paseáronse en torno de los templos con la cabeza ceñida de coronas, por haber alcanzado ya la libertad; pero, poco después, los lacedemonios los hicieron desaparecer, sin que nadie haya sabido de qué modo perecieron”.

De la crueldad de Esparta con los ilotas, terrible testimonio ofrece también la *criptia* o emboscada. Aristóteles atribuye su origen a Licurgo; y consistía en que los éforos, al empezar sus funciones, declaraban todos los años la guerra a los ilotas. Plutarco la describe en los términos siguientes:

“Los gobernadores encargados de dirigir a los jóvenes, escogían de tiempo en tiempo a aquellos que les parecían más entendidos, y los armaban de puñales con los víveres necesarios. Estos jóvenes se dispersaban, manteníanse ocultos durante el día en lugares retirados, y no salían sino de noche a recorrer los caminos reales, y a matar a todos los ilotas que encontraban. Muchas veces, y en pleno día, mataban en los campos a los más fuertes y robustos de estos esclavos”.⁶⁹

En atenuar el horror de la *criptia*, debió de influir el conocimiento que de ella tuvieron los ilotas, pues efectuándose anualmente al tomar los éforos posesión de su magistratura, aquéllos estaban ya advertidos y se abstendrían de salir de su casa durante la noche. Pero esta consideración no basta para impedir que los jóvenes espartanos dejasen de cometer algunas demasías en aquel ensayo guerrero, ni que los ilotas estuviesen a cubierto de los insultos y golpes que contra ellos podía disparar una juventud ardiente y belicosa.

Algunos autores, y entre ellos, Otrfr. Müller, no creen que la criptia tuviese carácter tan sanguinario, miranla tan sólo como un ejercicio militar propio de las costumbres de aquel pueblo guerrero. No faltan textos en que apoyan tal conjetura, y el espartano Megila dice: “Existe también la criptia, ejercicio maravillosamente propio a endurecernos contra el dolor; y la costumbre de marchar descalzos en el invierno, de dormir al raso, de servirnos sin la ayuda de esclavos, de recorrer el país en todas direcciones noche y día, etcétera”.⁷⁰

En este pasaje no se habla de muerte ni de sangre, pero ni él, ni otro alguno que se pudiera citar, me parecen bastante decisivos para concluir; que la criptia nunca tuvo el horroroso carácter que le da Plutarco. Bien pudo ser al principio, y aun por largo tiempo, un entretenimiento militar exento de efusión de sangre; mas, no es extraño, que con el transcurso del tiempo, hubiese degenerado en las sangrientas escenas que refiere Plutarco. No hay crueldad de que no sea capaz el corazón del hombre; y en las pasiones guerreras de los espartanos, acompañadas del odio y desprecio con que miraban la vida del ilota, bien cabe la atrocidad que se les imputa.

Para salir de tan terrible opresión, conspiraron y alzaronse los ilotas contra sus tiranos. Llevados de la esperanza de su libertad, cómplices fueron de la conjuración contra el Estado del espartano Pausanias, después de la segunda guerra médica.⁷¹ Los ilotas mesenianos subleváronse tres veces, según Diodoro de Sicilia,⁷² y cuatro, según Strabón.⁷³ El primer alzamiento fue en 743 antes de la era cristiana; cuya lucha duró 20 años.⁷⁴ Poco después entraron en la conspiración de los partenienenses, nombre que se dio a los hijos que nacieron en Esparta, durante la ausencia de los maridos que combatieron en la primera guerra de Mesenia. Su número fue considerable, y habiéndoseles tratado como infames, ellos, de inteligencia con los ilotas, tramaron una conspiración 708 años antes de Cristo;⁷⁵ pero descubierta que fue, el gobierno los envió a fundar una colonia en Tarento.⁷⁶ Capitaneados por el valiente Aristome, volvieron los ilotas a empuñar las armas en 682, y tuviéronlas en sus manos por espacio de 14 años.⁷⁷ Un terremoto que sepultó muchos ciudadanos bajo las ruinas de Esparta, fue la señal de una nueva insurrección, y refugiándose a la fortaleza de Itome, los espartanos no pudieron vencerlos sin el auxilio de sus aliados. Al cabo de 10 años capitularon bajo la condición de salir del Peloponeso con sus mujeres e hijos, y de ser esclavizados, si volvían a él. Acogidos entonces los atenienses en la ciudad de Neupacta, dióse fin a la tercera guerra de Mesenia en el año 456 antes de Cristo.⁷⁸

Strabón probablemente enumera como cuarta guerra la batalla de Egos-Potamos, por la cual los mesenianos fueron arrojados de Neupacta por los lacedemonios, abandonando muchos la Grecia y derramándose

por Italia y África, hasta que Epaminondas los llamó a su país natal.⁷⁹ Pero el odio de los ilotas a sus antiguos opresores ardió siempre en su pecho, pues así en la guerra del Peloponeso, como en la de Tebas, Esparta los vio siempre dispuestos a combatir al lado de sus enemigos.⁸⁰

Este odio de los ilotas fue un elemento de conspiraciones contra Esparta, y tanto más poderoso, cuanto se le juntaba el descontento de los libertos, de los periecos y de los inferiores, por la mayor o menor opresión en que todos vivían.

Provinieron los inferiores de un error de la legislación. Deseando ella el incremento de los espartanos, empeñose en fomentar la procreación de los hijos; y al intento, al ciudadano que tenía tres, eximíole de hacer guardias, y al que cuatro, libertole de todo impuesto; pero como al paso que el número de ciudadanos aumentaba, la división de las tierras permanecía inalterable, resultó un incremento de miserables. Además, para gozar en Esparta de los derechos de ciudadano, era preciso asistir a la mesa común establecida por Licurgo, llevando a ella cada uno la parte prescrita por la ley; mas, habiendo muchos que no podían hacerlo, quedaron excluidos de la ciudadanía. Prohibido como infamante el trabajo a los espartanos, y reconcentrada en pocas manos toda la propiedad territorial de la Laconia por el vicio de la constitución, Esparta se halló plagada de muchedumbre de proletarios⁸¹ que privados del derecho de ciudad, fueron reducidos a una clase subalterna que se llamó de los inferiores.

Esta clase, por cuyas venas corría también sangre dórica, luchaba por subir a la altura de donde había caído; y de aquí el odio con que miraba a la clase de los iguales. No es, pues, extraño que se hubiesen tramado nuevas conspiraciones; y tal fue la de Cinadón, que no llegó a estallar por haberse descubierto oportunamente. “Cinadón, dice Jenofonte, era un joven de miembros vigorosos, y de alma fuerte, pero que no pertenecía al número de los iguales. Interrogado por los éforos el denunciador acerca de los medios de que debían servirse los conjurados, respondió que llevándole Cinadón a la extremidad de la plaza pública, le mandó contar los espartanos que había en ella, los cuales eran casi 40 comprendidos el rey, los éforos y los senadores. A estos 40, replicó Cinadón, míralos como enemigos; todos los demás (y en este lugar había más de 4 000) son aliados. El añadió, que en las calles podría mostrarle un enemigo aquí, dos allá, y aliados todos los demás. En cuanto a los campos, tenían en cada hacienda un enemigo, que era el amo; pero al mismo tiempo muchos partidarios. Habiéndole preguntado también los éforos, cuántos cómplices podía tener la conspiración, respondió: ‘Cinadón dice, que para la organización del plan sólo tiene un corto número de hombres a toda prueba; pero que para la acción cuenta con todos los ilotas, los neodamodas, los inferiores, y los periecos, pues siem-

pre que entre ellos se habla de los espartanos, ninguno puede disimular el placer que tendría en comérselos vivos' ”.⁸²

De la pesada servidumbre en que yacían los ilotas, sólo pudo sacarlos el Estado, pues era quien sobre ellos tenía el alto dominio. Parece que a todos los que dejaban de ser siervos, se les dio el nombre de *neodamodas* (nuevos habitantes),⁸³ así como en Roma el de libertos o libertinos a los esclavos manumitidos. Sin embargo, Tucídides, en un pasaje de su historia, no confunde los ilotas recién libertados con los *neodamodas*;⁸⁴ pero en otra parte de ella amplía el sentido de esa palabra, y dice que significa: gente que goza nuevamente de la libertad.⁸⁵

Aunque en los primeros siglos fueron pocos, aumentáronse en los tiempos posteriores. Las guerras en que Esparta se vio envuelta, y la disminución que ya habían sufrido los ciudadanos de ella, la forzaron a armar a los ilotas, pues así suplía la falta de brazos libres, alejaba del país a muchos enemigos, de los cuales gran número perecía, y contentaba a otros sacándolos de la servidumbre. Este llamamiento a las armas fue el modo común de darles libertad, libertad que a veces alcanzaban desde que eran alistados, y a veces después que volvían de la campaña, como sucedió con los hoplitas que marcharon a la Tracia bajo el mando de Brasidas.⁸⁶ Polibio menciona también la emancipación de muchos ilotas cuando Nabis, tirano de Lacedemonia, no sólo desterró a los ciudadanos, sino que libertó a aquéllos, y los casó con las mujeres y las hijas de sus amos.⁸⁷ Al libertar a los ilotas, fue costumbre ceñirles la cabeza de coronas, y pasearlos alrededor de los templos. Así es de inferir del ya citado pasaje de Tucídides, en que habla de la espantosa desaparición de los 2 000 ilotas sacrificados por Esparta.⁸⁸

No fue igual, por cierto, la condición de todos los siervos libertados, pues hubo algunos, como los eracteres y los desposicionautas, que quedaron sometidos a prestar servicios personales a sus amos, cuando éstos iban a la guerra, o se alistaban en la marina.⁸⁹

Ignórase el número de ilotas que había cuando estas cosas pasaban en Esparta; pero hase calculado, aunque para mí, con poco fundamento,⁹⁰ que en la época en que se dio la batalla de Platea, hubo 56 000 ilotas en estado de llevar las armas, y 8 000 espartanos de la misma edad; es decir, que toda la población ilota, comprendidos hombres, mujeres y niños, ascendería a casi 220 000, y la de todos los espartanos a 31 400. A estas cifras conviene añadir las de los periecos que también eran enemigos de Esparta. Éstos formaron 30 000 familias, las que se computaron en un total de casi 118 000 personas; suma que reunida a los 220 000 ilotas ofrece un total de 338 000; y como los espartanos de todos sexos y edades solamente llegaron a unos 32 000 resulta que, no obstante ser éstos más de 10 veces inferiores en número al total de ilotas y periecos, los tuvieron sojuzgados. Tal fenómeno provino del valor de la raza dórica,

de sus costumbres marciales, del prestigio de que gozaba, y de las precauciones que tomaba contra ellos.

Fenómeno semejante, y más asombroso todavía, se ha visto en la esclavitud de algunas colonias del Nuevo Mundo. Contrayéndome a las inglesas en el archipiélago de las Antillas, islas hubo en que la raza negra subyugada era más de 10, 12, 23, y hasta 33 veces mayor que la raza blanca dominadora. De un estado que formé, di a luz muchos años ha,⁹¹ y que ahora reproduzco en parte, aparece demostrada la verdad de mi aserción.

	<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Población de color</i>	<i>Proporción entre blancos y de color</i>
Jamaica	1817	35 000	375 000	1 por más de 10
Antigua	1774	1 590	37 308	1 por más de 23
	1828	1 980	33 905	1 por más de 17
Tabago	1805	900	15 883	1 por más de 17
	1830	450	13 719	1 por más de 30
S. Cristóbal	1826	1 610	21 881	1 por más de 13
Dominica	1788	1 236	15 412	1 por más de 12
	1831	840	20 000	1 por más de 23
Monserate	1828	315	7 065	1 por más de 22
S. Vicente	1812	1 053	26 402	1 por más de 25
	1825	1 301	26 604	1 por más de 20
Granada	1827	834	28 334	1 por más de 33

La civilización de la raza blanca, la ignorancia de la negra, la fuerte organización de aquélla contra ésta, y las precauciones que tomaba para mantenerla sojuzgada, explican fácilmente la dominación de los blancos sobre los negros. Sin embargo, estallaron a veces, como en Jamaica, graves insurrecciones; pero los peligros que amenazaban aquellas y otras islas, todos fueron conjurados por la ley de emancipación de los esclavos que Inglaterra promulgó en 1834.

Si Esparta hubiera tenido la despreocupación y grandeza de elevar sus libertos al rango de ciudadanos, ellos le habrían infundido nueva vida, dando fuerzas al cuerpo social; pero desconociendo sus verdaderos intereses, pereció, no por el hierro ni por la perniciosa influencia de sus siervos, sino por el vicio fundamental de su constitución política, que haciendo menguar el número de los ciudadanos, llevaba en sí el principio de la muerte. Créese que durante sus primeros reyes, Esparta tuvo, poco más o menos, 10 000 guerreros;⁹² 9 000, casi tres o cuatro siglos después, en tiempo de Licurgo;⁹³ 8 000, cuando escribió Herodoto;⁹⁴ 100 años después, en los días de Aristóteles, 1 000⁹⁵ y aún no había corrido un siglo, cuando ya en los días de Agis ese número había men-

guado, pues no se encontraban en la ciudad más de 700 nativos espartanos, de los cuales, apenas 100 conservaban su patrimonio, siendo casi toda la población, según la frase de Plutarco, una multitud de indigentes.⁹⁶ Tuvo, pues, Aristóteles sobrada razón cuando dijo: “Los hechos mismos han demostrado bastante el vicio de la ley en este punto. El Estado no ha podido soportar un solo revés y ha muerto por falta de hombres”.⁹⁷ El revés a que alude Aristóteles, fue la batalla de Leuctres ganada por Epaminondas contra Esparta. Ya Platón había notado, que todo el sistema del legislador espartano habíase solamente dirigido a desenvolver el valor guerrero.⁹⁸ Con este motivo observa Aristóteles, que Lacedemonia se había conservado mientras hizo la guerra; pero que su mismo poder la había perdido, porque no supo gozar de la paz, ni entregarse a ejercicios más elevados que los de combates. Imputole otra falta no menos grave, pues si bien reconocía que las conquistas deben ser el premio de la virtud y no de la cobardía, los espartanos habían llegado a considerar las conquistas como muy superiores a la misma virtud,⁹⁹ y Cicerón, hablando de la ruina de Esparta, se expresa así: “Por una injusticia de este género, los lacedemonios echaron al éforo Lisandro y mataron a su rey Agis, cosa que jamás se había visto entre ellos. Desde entonces, Esparta fue despedazada por continuas turbulencias; eleváronse tiranos, los mejores ciudadanos fueron exterminados, y la admirable constitución de esta república hundiose enteramente. Esparta no pereció sola, el mal que la aniquilaba difundiose sucesivamente como una calamidad contagiosa, que partiendo de Lacedemonia, infestó bien pronto toda la Grecia”.¹⁰⁰

He insistido en este punto para demostrar que en concepto de los hombres más célebres de la Antigüedad, la ruina de Esparta no provino de sus siervos, sino de causas muy diferentes.

Curioso espectáculo el que Esparta presentó al mundo. Ella murió, pero sus esclavos le sobrevivieron. Subyugada por tiranos, los habitantes de sus inmediaciones y principalmente los ilotas, fueron los primeros que se entregaron a los romanos. Ocupaban entonces 24 ciudades, que en tiempo de Augusto, ya no eran más que 18. Arrancados por este príncipe del yugo de Esparta, ellos tomaron entonces el nombre de eleuterolacones, que significa lacedemonios francos.¹⁰¹

Habían los dorios extendido sus conquistas a otras partes del Peloponeso; y por eso también hubo en Corinto y en Argos vencedores y vencidos.

Entre éstos hubo en Corinto siervos llamados por desprecio cinófilos (raza de perros), equivalentes en su condición a los ilotas de Esparta. Obligaciones mucho menos duras impuso Corinto a otros habitantes de algunos pueblos que estaban bajo su dependencia. ¿Mas, ocuparon éstos una posición análoga a la de los periecos de otros países de la Gre-

cia? Aventurado sería afirmarlo, y lo único que se puede asegurar, es que con los periecos tuvieron alguna semejanza los habitantes de Megara,¹⁰² ciudad que, según Pausanias, fue subyugada por Corinto hasta el principio de las Olimpiadas que acaeció en el año 776 antes de Cristo. Entre las obligaciones que los lacedemonios impusieron a los periecos de Mesenia, una fue la de asistir a ciertos funerales¹⁰³ e igual deber se impuso a los hombres y mujeres de Megara, cuando moría alguno de los Baquias,¹⁰⁴ familia rica y numerosa de Corinto que usurpó el poder en 770 años antes de Cristo, y que gobernó 200 en aquella ciudad, según Strabón,¹⁰⁵ y 90, según Diodoro de Sicilia.

Corinto con dos puertos inmediatos, uno el de Lequeo al extremo del golfo de aquel nombre, y otro el de Cencreo en el fondo del golfo Sarónico, estaba ventajosamente situada para el comercio entre la Italia y el Asia. Por el primer puerto comunicaba con el occidente, y por el segundo, con el oriente, evitando a las naves que doblasen el cabo Malea, tan peligroso entonces para ellas por los vientos contrarios y por el estado imperfecto de la náutica. Convertida en magnífico emporio y aumentada su importancia con los juegos que se celebraban en su istmo,¹⁰⁶ Corinto se puso en contacto con muchedumbre de extranjeros, y las instituciones dóricas que había recibido, sufrieron profunda alteración.

Ya he dicho en otra parte de este Libro Quinto, que en Epidauro, ciudad de la Argólida, hubo siervos desde muy antiguo, y lejos de haber desaparecido en esta comarca, hallamos otros nuevos en tiempos posteriores.

A los periecos de Laconia equivalían en Argos los orneatas, llamados así, no sólo los habitantes de Ornea, sino los cinurias, y otros pueblos vecinos que menciona Herodoto,¹⁰⁷ y reducidos todos a la misma condición. Los orneatas fueron subyugados por Argos en el año 580 antes de la era cristiana,¹⁰⁸ y desde entonces pagaron un tributo. Suerte igual a los ilotas de Esparta tuvieron en Argos los gimnetas, nombre que se les dio porque, además de labrar los campos, servían como los periecos, en las tropas ligeras.¹⁰⁹

Tratados los gimnetas con dureza, y debilitada Argos por una guerra fatal que sostuvo contra Esparta, se alzaron y apoderaron de aquella ciudad; pero su triunfo no fue de larga duración, porque los hijos de los que habían perecido, luego que llegaron a la pubertad, los arrojaron de la ciudad, y se apoderaron de ella después de una batalla. Restableciöse la concordia por algún tiempo entre ellos y sus amos; pero después sobrevino una guerra muy larga, y que no terminó sino por las ventajas que con mucha pena alcanzaron al fin los de Argos.¹¹⁰ Esta ciudad en sus apuros temió que los orneatas imitasen el ejemplo de los gimnetas; y para alejar el peligro, destruyó las ciudades en que aquéllos habitaban,¹¹¹ recibíolos en su propio seno, y les concedió todos los derechos de que gozaban los ciudadanos de Argos.¹¹² De esta manera se hizo una

gran justicia, que, aunque alteró las bases de las instituciones dóricas en aquella república, encontró su recompensa en el engrandecimiento que con la paz y ayuda de los orneatas adquirió ella después.¹¹³

La Fócida y la Lócrida sirviéronse también de siervos para el cultivo de sus campos;¹¹⁴ mas, en siglos posteriores, igualmente tuvieron esclavos.

Autor hay que fundándose en un pasaje de Aristóteles, supone que en Apolonia, colonia de Corinto, asentada en el golfo Jónico, que es el Adriático, y en la isla de Tera, o Santorin, los hombres libres mandaban a multitud de esclavos. Yo no puedo asentir a la violenta interpretación que se da al pasaje de Aristóteles. Éste dice así: “Sería también un error fundar únicamente los derechos políticos sobre bases tan ligeras. Como la democracia y la oligarquía encierran muchas especies de elementos, es necesario hacer muchas reservas. No hay democracia allí donde hombres libres en minoría mandan a una multitud que no goza de libertad”.¹¹⁵ Aquí, habla Aristóteles solamente de la privación de derechos políticos, de la esclavitud política, pero no de la esclavitud personal o individual. Si no fuera así, entonces todos los hombres que han vivido o que puedan vivir bajo de un gobierno despótico de cualquiera forma que sea, hubieran sido, o serán verdaderos esclavos en el riguroso sentido de esta palabra.

Entre todas las constituciones de origen dórico, las de Creta y Esparta fueron las más semejantes entre sí, y las que por más tiempo se conservaron sin alteración. En sentir de Aristóteles, Esparta tomó de Creta todas sus leyes,¹¹⁶ si bien otros pensaron lo contrario, pues éste fue un punto controvertido entre algunos autores de la Antigüedad.

Sobre la legislación de Creta, dice Strabón que todos convenían en reconocer que sus habitantes tuvieron buenas leyes desde la remota antigüedad, y que éstas fueron el modelo de los pueblos griegos, principalmente de los lacedemonios.¹¹⁷ Derivados éstos de raza dórica, hubo también en Creta otros pueblos de distintos linajes con lenguas diferentes, y fueron los aqueos, eteocretes, sidonios y pelasgos.¹¹⁸

Los colonos procedentes de Esparta adoptaron las instituciones de los primitivos habitantes de aquella isla, quienes tenían siervos que se gobernaban, aun en tiempo de Aristóteles, por las leyes de Minos, considerado como su primer legislador.¹¹⁹ Licurgo, como ya hemos visto, eximió al ciudadano de todo trabajo, imponiéndolo exclusivamente a los siervos que habitaban en Lacedemonia; y mucho de esto se practicó igualmente en Creta.

No todos los siervos sufrieron en ella el mismo grado de opresión, porque hubo algunos que se asemejaron a los periecos de Esparta, y otros a los ilotas, no obstante que Aristóteles dio a todos indistintamente el nombre de siervos periecos o sometidos.¹²⁰ Estos periecos poseye-

ron tierras pagando un tributo;¹²¹ pero la agricultura no fue su ocupación exclusiva, porque en las ciudades que les pertenecían, ejercieron también el comercio y la industria, y aun esas ciudades celebraron entre sí tratados de agricultura y de comercio.¹²² Los periecos de Creta se gobernaron por sus antiguas leyes,¹²³ y según Aristóteles, solamente les fueron prohibidas dos cosas: la gimnástica y las armas.¹²⁴ Con el transcurso de los siglos, la condición de los periecos cambió enteramente, y gozando de iguales derechos a sus antiguos dominadores, todos corrieron la misma suerte.

Los siervos más oprimidos en Creta fueron de dos especies: unos pertenecientes al Estado,¹²⁵ y otros, a los particulares.¹²⁶ Tal distinción marca una diferencia esencial entre estos siervos y los ilotas de Esparta, porque los ilotas todos eran propiedad exclusiva del Estado, y los espartanos, como ya he dicho, sólo tuvieron en ellos su uso o su servicio. A los siervos de Creta pertenecientes al Estado se les llamó *mnoitas*, de Minos el legislador; o de alguna palabra alusiva a la conquista; y a los siervos de los particulares se les dio el nombre de *clarotas*, o *afamiotas*: *clarotas*, probablemente de *cleros*, palabra que Müller toma por la suerte de tierra de cada ciudadano;¹²⁷ y *afamiotas*; esto es, tierra y cultivo en lengua creta.¹²⁸

De los *mnoitas*, unos se emplearon en el servicio público de la comunidad,¹²⁹ y otros, en apacentar los rebaños y cultivar las tierras del Estado.¹³⁰ Parece que algunos de estos siervos las poseyeron o labraron por su cuenta, puesto que en Licto debían pagar por cabeza una estatara de Egina para las comidas públicas;¹³¹ pero esto es una inferencia tomada del pago de aquella contribución, sin que se pueda asegurar que los *mnoitas* rústicos se hallaron en este punto bajo del mismo pie que los ilotas.

Desemejanza hubo entre las mesas públicas o comunes de Esparta y Creta. Si en Esparta cada ciudadano debía llevar a ellas la porción prefijada por la ley, so pena de perder los derechos de tal que poseía, no así en Creta, pues aquéllas eran a expensas del Estado. Para subvenir a estos y otros gastos, hacíanse dos partes de todos los frutos de la tierra y del producto de los rebaños, ora perteneciesen al Estado, ora proviniesen del canon que pagaban los siervos. Una de dichas partes se empleaba en el culto de los dioses y en los funcionarios públicos, y otra, en las referidas mesas, de las que participaban hombres, mujeres y niños.¹³²

Esclavos verdaderos hubo también en Creta. Con el transcurso del tiempo, que viciando unas cosas, mejora otras, despertose a tal punto la codicia de los cretenses, que, según la expresión de Polibio, "las leyes los autorizaban a extender sus dominios, por decirlo así, al infinito, en cuanto les es posible; y la plata tiénenla ellos en tan gran estima, que no

sólo les parece necesario sino glorioso el poseerla. La avaricia y el amor del oro tan arraigados están en sus costumbres, que los cretenses son los únicos en el universo para quienes ningún lucro es ilegítimo".¹³³

En alterar la índole de los cretenses y su constitución política, influyeron todavía más poderosamente las guerras civiles que con tanta frecuencia los destrozaron.¹³⁴ En medio de ellas, diéronse a la piratería,¹³⁵ imitando el ejemplo de los tirrenos que habían antes infestado el Mediterráneo, y de ella obtuvieron muchedumbre de esclavos.

Contose entre éstos, en 189 antes de Cristo, gran número de romanos y de otras partes de Italia que andaban esparcidos por toda la isla. Cuando a ella arribó con una escuadra el cónsul romano Fabio, reclamó a las ciudades de Creta la libertad de esos esclavos y parece que Gortina fue la única que los entregó; mas, Valerio de Ancio pretende que por temor de la guerra, fueron enviados a Fabio los 4 000 esclavos que había en toda Creta.¹³⁶

La historia no menciona, a lo menos en lo que he leído, insurrección alguna de siervos ni de esclavos en Creta, y de esto puede inferirse que ella no los trató con tanto rigor como Esparta. Al fin, la nación dominadora del mundo extendió sobre Creta su brazo formidable, y perdida su independencia fue uno de los muchos satélites que giraron en la órbita de aquel astro poderoso.

Al terminar el cuadro, que de la servidumbre en Grecia he trazado, importa marcar las diferencias que entre aquélla y la esclavitud existieron. Juntas vivieron por muchos siglos las dos; pero la esclavitud precedió a la servidumbre, porque hubo esclavos antes de la guerra de Troya, mientras los penestes de Tesalia, que fueron los primeros siervos de Grecia, no aparecen en la historia sino en tiempos posteriores.

La conquista fue el único origen de la servidumbre; mas, la esclavitud se impuso, no sólo por la guerra, sino también por la venta y por otros medios ya referidos.

Los esclavos carecían de persona ante la ley, y, por consiguiente, de familia, de bienes, y de todos los derechos civiles y políticos; mas, los siervos no estaban reducidos a tan lamentable condición, bien que ésta fue muy variable, pues desde el peneste de Tesalia al ilota de Esparta hubo grandes diferencias.

Esclavos hubo en toda Grecia, pero no siervos, y aquéllos fueron mucho más numerosos que éstos.

Tampoco fue allí la servidumbre de tan larga duración como la esclavitud; porque habiendo predominado en algunos Estados la democracia contra la aristocracia, las clases oprimidas se alzaron de la humillación en que yacían. Las necesidades de la guerra contribuyeron también al mismo resultado. Durante la lucha del Peloponeso, Esparta libertó a muchos ilotas para convertirlos en soldados, y lo mismo hizo Cleomenes,

cuando en la guerra contra los aqueos, éstos llamaron en su auxilio a Antígono de Macedonia. Casos hubo en que la tiranía misma fue favorable a los siervos, pues el mismo tirano, para quebrantar las fuerzas de los poderosos, exaltaba a los que éstos mantenían oprimidos; y ya hemos visto que el espantoso Nabis, de quien Polibio nos ha dejado una horrible pintura,¹³⁷ no sólo dio libertad a muchos ilotas, sino que los casó con las mujeres de los espartanos.¹³⁸ Por último, ciudad hubo, y tal fue Argos, que escarmentada por una triste experiencia, supo elevar sus orneatas a la clase de ciudadanos.¹³⁹ Pero esos hombres y esos pueblos que de la servidumbre se alzaron, olvidándose de su primer estado, como ordinariamente acontece, transformáronse en dominadores, y sirviéndose de esclavos, prolongaron en Grecia los males de la verdadera esclavitud, cuando ya había desaparecido la servidumbre.

Notas

- 1 Demóst., Orac. contra Near.
- 2 Tesalia llamose antiguamente Pirrea, del nombre de Pirra, esposa de Deucalión; después Hemonia, del nombre de Hemón; y por último Tesalia, del nombre de Tesalo, hijo de Hemón. (Strab., lib. IX, cap. VI, § 15.)
- 3 Sobre los siervos de la antigua Grecia es muy importante la obra en alemán de Otfried Müller, intitulada: *Die Dorier* (Los dorios).
- 4 Jenof., *Hellenic.*, lib. VII, cap. I.
- 5 Esqui., *Sobre la Embajada*.
- 6 Aten., lib. VI, p 264.
- 7 Arquem, en Aten., pp. 264 Y 265.
- 8 Demósten., contra Aristócrat.
- 9 Jenof., *Hellenic.*, lib. VI, cap. I.
- 10 Dionis. de Halicar., II, 9.
- 11 Aten., lib. VI, p. 264.
- 12 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VI, § 2 y 3.
- 13 Aristóf., *Avispas*, vers. 1263.
- 14 Aten., lib. XI, pp. 461 y 462.
- 15 Posidonio, en Aten., lib. VII, p. 263.
- 16 Teopomp., en Strab., lib. XII, cap. XI, § 4.
- 17 Phylarq., en Aten., lib. VI, p. 271.
- 18 Arpocrat., *Lexico*. Strab., lib. IX, cap. IV, § 1.
- 19 Otf. Müller, *Die Dorier*, III, IV, 6.
- 20 Jul. Poll., *Onomástic.*, III, 83.

- 21 Teopomp., en Aten., lib. VIII, p. 271.
- 22 Plutarco., *Quest. grec.*, I, p. 291.
- 23 Jenof., *Repúb. de Esparta*, cap. VII.
- 24 Strab., lib. VIII, cap. v, § 6.
- 25 Efor., en Strab., lib. VIII, cap. v, § 7.
- 26 Efor., en Strabón, lib. VIII, cap. v, § 6, y Strab., lib. VIII, cap. VIII, § 1 y 3. Herod., lib. VIII, § 73.
- 27 Plutarco., *Licurgo.*, § 10.
- 28 Otrf: Müller; *Die Dorier*, III, II, 3.
- 29 Wallon, *Hist. de l'esclavage dans l'antiquité*, part. 1ª, chap. III.
- 30 Herod., lib. VII, § 134.
- 31 Critias, en Aten., XI, 76, p. 483, y Aristóf., *Eccles.*, 542.
- 32 Plin., lib. IX, cap. LX, y lib. XXI, cap. XXII. Pausan., III, 21.
- 33 Aten., lib. XI, p. 483, y las diversas citas en Otrf: Müller.
- 34 Pausan., III, 18; IV, 19; V, 17, y VI, 4.
- 35 Pausan., III, 22, en Otrf: Müller, ibíd.
- 36 Tucíd., lib. IV, cap. LIII.
- 37 Tucíd., lib. VIII, cap. XXII.
- 38 Herod., lib. VII, § 234. Tucíd., lib. IV, § 8.
- 39 Tucíd., lib. IV, § 8. Jenof., *Helenic.*, lib. VI, cap. v.
- 40 Herod., lib. IX, § 28.
- 41 Jenof., *Helenic.*, lib. III, cap. III.
- 42 Jenof., *Helenic.*, lib. VI, cap. v.
- 43 *Iliad.*, cant. II, vers. 584.
- 44 Strab., lib. VIII, cap. VI, § 4.
- 45 Strab., lib. VIII, cap. v, § 6 y 7.
- 46 Teopomp., en Aten., lib. VI, p. 272.
- 47 Véase el Gran Etimólogo en la palabra ilotas; y Müller; *Die Dorier*.
- 48 Tucíd., lib. I, § 101.
- 49 Efor., en Strab., lib. VIII, cap. v, § 7.
- 50 Aten., lib. IV, p. 241.
- 51 Plutarco., *Vida de Licurgo*, § 10.
- 52 Plutarco., *Vida de Licurgo*, § 10.
- 53 Plutarco., *Vida de Cleomenes*, § 51.
- 54 Plutarco., *Vida de Cleomenes*, § 44.
- 55 Aten., lib. VI, p. 267.
- 56 Heraclides de Ponto, II. Otrf: Müller; *Die Dorier*.
- 57 Jenof., *Repúb. de Esparta*, cap. VI. Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. II, § 5.
- 58 Efor., en Strab., lib. VIII, cap. v, § 7.
- 59 Miron de Priene, en Aten., lib. VI, p. 271 y ss.

- 60 Tucíd., lib. IV, § 8 y 79.
- 61 Herod., lib. IX, § 10 y 28.
- 62 Tucíd., lib. VII, § 19.
- 63 Tucíd., lib. IV, § 79; lib. V, § 34. Diod. Sic., lib. XV, § 65. Aten., lib. VI, p. 272.
- 64 Jenof., *Helénicas*, lib. VI, cap. v.
- 65 Plutarc., *Licurg.*, § 41.
- 66 Plutarc., *Licurg.*, § 41, y *Demetrio*, § 2.
- 67 Miron de Priene, en Aten., lib. XI, p. 657.
- 68 Otf. Müller, *Die Dorier*, II, III, 3.
- 69 Libro IV, § 79.
- 70 Plutarc., *Licurg.*, § 41.
- 71 Plat., *Leyes*, lib. I.
- 72 Tucíd., lib. I, cap. CXXXII.
- 73 Diod. Sic., lib. XV, cap. LXVI.
- 74 Strab., lib. VIII, cap. iv, § 10. Ateneo habla también de insurrecciones de los ilotas en el lib. VI, p. 264.
- 75 Strab., lib. VIII, cap. iv, § 10. Diod. Sic., lib. XV, cap. LXVI.
- 76 Strab., lib. VII, cap. v, § 2.
- 77 Aristót., *Polít.*, lib. VIII (5), cap. VII, § 1.
- 78 Diod. Sic., lib. XV, cap. LXVI. Strab., lib. VIII, cap. iv, § 10, con las notas de la traducción publicada en París de 1805 a 1819.
- 79 Tucíd., lib. I, § 101, 102 y 103. Diod. Sic., lib. XV, cap. LXVI. Strab., lib. VIII, cap. iv, § 10.
- 80 Nota de los traductores de Strabón, en la edición citada, al § 10, cap. iv, lib. VIII. Diod. Sic., lib. XV, 66. Pausan., lib. IV, cap. XXVI.
- 81 Tucíd., lib. IV, cap. XLI. Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VII, § 8. Pausan., lib. IV, 29. Diod. Sic., lib. XV, cap. LXVI.
- 82 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VI, § 13 y 21, y cap. VII, § 4. Plutarc., *Vida de Agis*, § 6.
- 83 Jenof., *Helenic.*, lib. III, cap. III. Aristóteles también menciona esta conspiración en su *Política*, lib. VIII (5), cap. VI, § 2.
- 84 Jul. Poll., III, 83.
- 85 Tucíd., lib. V, cap. XXXIV.
- 86 Tucíd., lib. VII, cap. LVIII.
- 87 Tucíd., lib. V, cap. XXXIV.
- 88 Polib., lib. XVI, § 12. A estos libertos se les dio el nombre de *epeunactas*.
- 89 Tucíd., lib. IV, cap. LXXIX.
- 90 Miron de Priene y Teopompo, en Aten., lib. VI, pp. 271 y 272.
- 91 Véase lo que digo en la p. 159 de este tomo.
- 92 *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, por D. José Antonio Saco*, París, 1858, tom. III, p. 131.
- 93 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. VI, § 12.
- 94 Plutarc., *Vida de Agis*. Teop., en Aten., lib. VI.
- 95 Herod., lib. VII, cap. CCXXXIV.

- 96 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vi, § 11.
- 97 Plutarc., *Vida de Agis*, § 6.
- 98 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vi, § 12.
- 99 Plat., *Leyes*, lib. I.
- 100 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vi, § 23.
- 101 Cicer., *Tratado sobre los Deberes*, lib. II, § 23.
- 102 Strab., lib. VIII, cap. v, § 10. Pausan., lib. III, cap. xxi.
- 103 Pausan., VI, xix, 9.
- 104 Tirteo, en Pausan., IV, xiv, 5.
- 105 Scol., Pind. Nem., VII, 155.
- 106 Strab., lib. VIII, cap. vii, § 2.
- 107 Strab., lib. VIII, cap. vii, § 1 y 2.
- 108 Herod., lib. VIII, cap. lxxiii.
- 109 Otrfr. Müller, *Die Dorier*.
- 110 Jul. Poll., *Onomastic.*, III, 83.
- 111 Herod., lib. VI, § 83.
- 112 Pausan., VIII, xxvii, 1. Otrfr. Müller, I, viii, 7.
- 113 Aristót., *Polít.*, lib. VIII (5), cap. ii, § 8.
- 114 Diod. Sic., lib. XII, cap. lxxv.
- 115 Aten., lib. VI, p. 264.
- 116 Aristót., *Polít.*, lib. VI (4), cap. iii, § 8.
- 117 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 1.
- 118 Strab., lib. X, cap. vii, § 3.
- 119 *Odís.*, cant. xix, vers. 176.
- 120 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 1.
- 121 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vi, § 3.
- 122 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 4.
- 123 Chishull, p. 129, citado por Böeckh.
- 124 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 1.
- 125 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. ii, § 12.
- 126 Strab., lib. XII, cap. ii, § 4, y lib. XV, cap. i, § 25.
- 127 Aten., lib. VI, pp. 263 y 267.
- 128 Otrfr. Müller, *Die Dorier*, III, iv, 1.
- 129 Hésychius da a esa palabra el significado de campos.
- 130 Dosiad., Cret., IV, en Aten., IV, p. 142.
- 131 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 4.
- 132 Aten., lib. IV, p. 143.
- 133 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 4.
- 134 Polib., lib. VI, cap. xlvi.
- 135 Aristót., *Polít.*, lib. II, cap. vii, § 7. Polib., lib. IV, cap. liii y liv, y lib. VI, cap. xlii. Strab., lib. X, cap. vii, § 4.

136 Polib., lib. X.

137 Tit. Liv., *Hist. Roman.*, lib. XXXVII, cap. LX.

138 Polib., lib. XIII, cap. VI y VII.

139 Polib., lib. XVI, cap. XII.

140 Aristót., *Polít.*, lib. VIII (5), cap. II, § 8.

Libro Sexto

GRECIA



INFLUJO DE LA ESCLAVITUD EN GRECIA. - JUICIO QUE ACERCA DE ELLA FORMARON LOS FILÓSOFOS MÁS EMINENTES DE AQUELLA NACIÓN. - MACEDONIA Y SUS ESCLAVOS, CONSIDERADA COMO COMPLEMENTO DE GRECIA

Para apreciar en su justo valor el influjo de la esclavitud en Grecia, preciso es examinarlo: 1º, en el orden material o económico; 2º, en el orden moral; y 3º, en el orden literario y político.

Subiendo a los tiempos heroicos de aquella nación, ya hemos visto que amos y esclavos tomaron parte en los trabajos agrícolas e industriales. Así continuaron las cosas por largo tiempo, bien que con las vicisitudes que a éste son inherentes.

Entre todas las ciudades de la Grecia, hubo dos que sobresalieron, aunque contrapuestas por la índole de su gobierno: tales fueron Atenas y Esparta. En la primera nunca habían salido enteramente de manos libres ni la agricultura ni las artes; y cuando Teseo para poblar aquella ciudad llamó a todos los individuos de la Grecia, convidándolos con la ciudadanía, dividió la población en tres clases. Comprendió a los nobles en la primera, y a los labradores y artesanos en la segunda y tercera.¹ De este modo aseguró el trabajo en personas libres, a las que también conservó el derecho de ciudad.

Las alteraciones que después sufrió la Grecia, llamaron un nuevo legislador para reparar la deplorable situación en que Atenas había caído; pero Solón, lejos de abatir el trabajo, realzolo haciéndolo entrar como elemento necesario en la constitución que formó. Inclínose en ella al gobierno democrático, y atendiendo a los bienes de cada particular, estableció cuatro clases, incluyendo en la primera a los ciudadanos que tenían 500 medimnos de renta; en la segunda, a los que 300; en la tercera a los que 200; y en la cuarta, a todos los demás cuya renta no llegaba

a esta última suma. Éstos llamáronse *tetes*² o mercenarios, porque ejercieron las profesiones industriales, las cuales no eran obstáculo para que pudiesen elevarse a las clases superiores. Para más asegurar su intento, condenó Solón la ociosidad, y aun castigó al ciudadano que carecía de algún arte o industria³ como ya he insinuado en otra parte.

A la sombra de estas leyes, prosperó el trabajo libre en Atenas; y tan convencidos estaban los buenos ciudadanos de que debía marcharse por esta senda, que deseando Temístocles fundar la marina ateniense para darle preponderancia sobre los Estados griegos y extranjeros, quiso asentarla sobre el firme cimiento de gente libre y laboriosa. Con este motivo dice Diodoro de Sicilia: “Al mismo tiempo que él aumentaba el número de sus buques, persuadió al pueblo que eximiese de todo impuesto a los inquilinos de casas y a los artesanos, para atraer de todas partes habitantes a Atenas y reunir en ella el mayor número posible de artes y profesiones: dos medios que él juzgaba con razón los más propios a favorecer el aumento de las fuerzas materiales del Estado”.⁴

Con la práctica de tales ideas, no sólo florecieron en Atenas las artes mecánicas, sino también las liberales, llegando éstas, en los días de Pericles, a tanta grandeza y perfección que las obras inmortales de Fidias y de otros célebres artistas de Atenas, aún no han podido imitarse por las naciones más adelantadas de la época en que vivimos.

Hasta aquí hemos visto que en el curso de tantos siglos, lejos de perecer en aquella ciudad y en sus campos el trabajo de gente libre, creció y dio vida a una clase numerosa.

Ni se atribuya este engrandecimiento a la falta de esclavos, porque éstos se habían aumentado con el comercio y prosperidad de Atenas. Fue, pues, menester un nuevo acontecimiento, grande y de mucha trascendencia, para que se efectuase un cambio sensible en la anterior situación; y este cambio fue la prolongada y desastrosa guerra del Peloponeso.

Ya en otra parte⁵ he transcrito el importante pasaje de la historia de Tucídides en que a ella se atribuye el nuevo modo de vivir que desde entonces adoptaron los atenienses, abandonando los campos que antes cultivaban. Pero esta causa influyó principalmente en la agricultura, empleándose en ella brazos esclavos en vez de libres.

Para explicar la mengua de éstos en las industrias de la ciudad, autores enemigos de la esclavitud, y de la que yo también soy, acuden a la concurrencia que los extranjeros domiciliados en Atenas hicieron a los ciudadanos en ellas empleados; pero como aquellos, que eran los metecos, no fueron en número tan considerable que pudieran sustituirse a los atenienses libres, la notable disminución que de éstos se sintió después, fue preciso que naciese también de otro motivo; y algunos lo encuentran en la abundancia de esclavos que habían entrado en Atenas. Tene-

mos, pues, según dichos autores, que la sustitución de brazos esclavos a la de libres, así en la agricultura como en las artes y demás industrias, nació de la concurrencia de extranjeros en Atenas y de la abundancia de esclavos que en ella se introdujeron. Esto demuestra claramente que el cambio que hubo, o sea la disminución de gente libre empleada en las tareas mecánicas y agrícolas, no provino exclusivamente de la esclavitud, pues que influyó también en aquel resultado la concurrencia de los extranjeros o metecos.

Yo creo que además de las causas expuestas hubo otras dos de bastante influjo. Una fue la opinión de los autores más eminentes de la Grecia, quienes rebajando las profesiones mecánicas que los hombres libres ejercían, contribuyeron a envilecer el trabajo libre, y a que pasase a los esclavos. Acerca de este punto, citaré más adelante los pasajes de dichos autores.

Otra de las causas que en mi concepto influyó poderosamente en cambio tan lamentable, fue la ambición de algunos políticos de Atenas, que comprando y corrompiendo con sus dádivas a muchos ciudadanos, los alejaron de los talleres y de otras ocupaciones provechosas. Cumple a mi propósito insertar aquí un fragmento de Plutarco en su *Vida de Pericles*:

“Otros escritores han dicho que Pericles fue el primero que distribuyó al pueblo las tierras conquistadas, dio plata a los ciudadanos para asistir a los espectáculos, y les señaló salarios para todas las funciones públicas; que de este modo él les hizo contraer hábitos viciosos, les quitó el amor al trabajo y a la frugalidad, y les inspiró el gusto de gastar y el amor de los placeres. Busquemos en los hechos mismos la causa de este cambio. Ya he dicho que Pericles, al principio de su administración, para balancear el crédito de Cimón, se había empeñado en ganar el favor del pueblo. Pero este último hacía diariamente gastos muy grandes para socorrer los pobres, alimentar los ciudadanos indigentes, y vestir a los viejos; había hecho derribar las cercas de sus heredades, para que los atenienses tuviesen la libertad de coger los frutos de ellas. Pericles, menos rico que él, y no pudiendo igualarle en los medios de conciliarse los favores del pueblo, recurrió a liberalidades que tomaba de las rentas públicas... Distribuyendo así dinero en los ciudadanos pobres para asistir a los espectáculos y a los tribunales, y haciéndoles otros muchos donativos a expensas del tesoro público, corrompió la muchedumbre, y se sirvió de ella para humillar el areópago del que no era miembro”.⁶

Este pasaje y otros que sobre el mismo asunto pudieran citarse, demuestran satisfactoriamente la exageración en que incurren los autores que consideran la esclavitud como única causa de la expulsión de la gente libre, así de las industrias de Atenas como de su agricultura, pues al lado de ella existieron otras, tanto o más poderosas, que ocasionaron mudanza tan deplorable.

¿Y fue ésta la misma suerte que corrieron las artes y agricultura en los demás Estados de Grecia? Muy difícil es responder exactamente a esta pregunta, porque si la Antigüedad nos ha legado noticias suficientes para formar juicio seguro sobre Atenas y Esparta, no así respecto de otros Estados que no tuvieron en Grecia la importancia que aquellas dos repúblicas. En Esparta aconteció lo contrario que en Atenas, porque si ésta, durante muchos siglos, se apoyó en el trabajo libre para vivir y engrandecerse, aquélla, orgullosa, descansó exclusivamente en sus ilotas y otros siervos, eximiendo al ciudadano de toda ocupación que no fuesen los ejercicios guerreros y el desempeño de las públicas funciones. Pero en medio de la fatal influencia que tuvo la servidumbre en Esparta, la culpa principal debe atribuirse, no tanto a la misma esclavitud, cuanto al vicio esencial de la constitución de Licurgo. Y aun así, la ruina de Esparta, como ya he manifestado en otro lugar, provino de causas que no deben confundirse con la esclavitud.

Piensan algunos, y entre ellos el célebre alemán Heeren, que el haber pasado a esclavos la agricultura y las artes mecánicas en Grecia, lejos de haberle sido perjudicial fuele muy favorable, porque los libres que en ellas se hubieran empleado, pudieron dedicarse a las letras y a otras nobles profesiones. Para conocer la flaqueza de esta razón, basta tender la vista sobre lo que hoy acontece en los pueblos donde no hay esclavos. En Europa, al paso que millones de hombres libres se dedican a la agricultura y a las obras mecánicas, cultívanse también las nobles artes y florecen las letras y las ciencias. Los esclavos, pues, ninguna falta hacen en Francia, en Inglaterra, ni en otras naciones modernas; ni ninguna tampoco hubieran hecho en la antigua Grecia, porque las clases libres habrían continuado en las mismas ocupaciones en que después se emplearon los esclavos. Error muy grave es pensar, que la esclavitud griega hubiera hecho entrar en la carrera de las letras y las ciencias a todos los libres, cuyo puesto en los campos y talleres ocupaban los esclavos: antes bien, muchos de esos hombres, no pudieron ser filósofos, poetas, políticos ni oradores, ni tampoco agricultores ni artesanos porque los esclavos les habían usurpado su lugar, quedáronse en la ociosidad con detrimento de sí mismos, de sus familias y del Estado.

Pasemos a examinar el segundo punto que consiste en el influjo moral que ejerció la esclavitud en Grecia; influjo que si fatal al esclavo, fuele también al amo, a su familia, y, por consiguiente, a la sociedad.

Despojado aquél por la ley de todo derecho, sometido al poder absoluto del amo, privado de voluntad propia, y convertido de persona en cosa, pues ni aun su mismo cuerpo le pertenecía, ¿qué principios morales ni sentimientos de honor pudieron dirigir su conciencia y sus acciones? Los seres hundidos en la esclavitud fueron en general una sentina cuyos vicios los arrastraron a la última degradación. Mintieron, porque

sobre no respetar la verdad, la mentira era un medio de encubrir sus faltas y de evitar el castigo. Hurtaron, no tanto por necesidad de comer y vestir; cuanto porque careciendo legalmente de propiedad, no aprendieron a respetarla por un sentimiento de mutuo interés y justicia. Trabajaron para un amo y sin recompensa para sí, aborrecieron el trabajo y diéronse a la pereza, de la que sólo podía sacarlos el castigo. Sin aspiraciones a los goces morales e intelectuales, materializáronse y corrompieron; insensibles por el envilecimiento en que yacían al juicio de la pública opinión, que en la clase libre tanto enfrena las malas acciones, bajaron a confundirse con los brutos. Y tan lamentable situación no sólo fue consecuencia necesaria de la misma esclavitud, sino de las ideas que para el régimen del esclavo adoptaron aun los griegos más eminentes. Sin iniciativa para el bien, el amo debía ser; según Aristóteles, el origen de la virtud de que podía ser capaz.⁷ Sometido a la más profunda obediencia, debía cumplir ciegamente los mandatos justos o injustos del amo. No convenía que fuese más prudente ni de mejor conducta que él, ni que adquiriese conocimientos que no estuvieran en relación con su estado de esclavo;⁸ y su ser moral tan absorbido estaba en la persona del amo, que el poeta cómico Menandro puso en su boca las siguientes palabras: “El amo es para mí la ciudad, el asilo, la ley, el árbitro absoluto de lo justo y de lo injusto, y no debo vivir sino sólo para él”.⁹ Estado tan deplorable forzosamente destruyó en el esclavo todo sentimiento moral, y quedando reducido a un ser puramente material, no es extraño que el teatro griego, imitando lo que realmente pasaba en aquella sociedad, lo hubiese presentado en la escena con todos los defectos y vicios inherentes a su condición.

En el *Cíclope* de Eurípides, el esclavo Sileno aparece como impostor, impudente, ruín, ratero, perjuró, y dispuesto a entregar por un vaso de vino todos los rebaños de su amo.¹⁰ Píntalo también el mismo autor; dominado y embrutecido por la gula, pues el vientre es lo único de que se ocupa.¹¹ En la pieza intitulada: *El Maestro de Locuras*, un esclavo se expresa así: “Qué nos hablas del Liceo, de la Academia, y de los sofistas; bebamos!... Alegre, alegre, Manes! Nada es más precioso que el vientre, pues él es tu padre y tu verdadera madre por segunda vez”.¹²

Con iguales colores, lo representa Aristófanes en la comedia del *Pluto* al formar en uno de sus diálogos un contraste entre los deseos intelectuales del hombre libre y los puramente materiales del esclavo. Celebrando éste y aquél la importancia del dinero, aunque cada uno conforme a sus ideas, el amo dice que uno puede saciarse de todo, como de amor; y el esclavo le responde, contraponiendo el pan; cuando aquél le habla de música, éste contesta con golosinas; cuando aquél de gloria, éste de pasteles; cuando aquél de honores, éste de higos; cuando aquél de ambición, éste de poleadas; y cuando aquél de mando, éste de lente-

jas.¹³ Aquí aparece que mientras el amo tiene ideas morales más o menos elevadas, el esclavo solamente se ocupa en el materialismo de la comida; y este contraste pinta la diferencia de sentimientos.

Con otros defectos y vicios los describe el mismo autor en la referida comedia,¹⁴ en la de *Las Ranas*,¹⁵ y en otras varias;¹⁶ pero los tintes del cuadro son todavía más sombríos en las de Menandro, posteriores casi un siglo a las de Aristófanes, y en las que ya más corrompido el esclavo, la propensión al robo,¹⁷ a la astucia y al engaño son sus tachas dominantes.¹⁸

Degradados los esclavos perdieron algunos hasta el noble deseo de conseguir su libertad, resignándose a vivir en perpetua esclavitud. Esto aconteció, no sólo con los que de la fuga volvían voluntariamente a la cadena,¹⁹ sino aun con aquellos a quienes los amos la ofrecían gratuitamente. Cuando Estalino preguntó su esclavo Calino: “¿Quieres quedarte soltero y ser libre, o casarte y vivir esclavo con tus hijos? Escoge, pues, y acepta la condición que más te agradare. —Si soy libre, respondió Calino, viviré a mis expensas, mientras que ahora tú me mantienes”.²⁰

Aunque Plauto fue romano, el pasaje anterior y otros muchos de sus obras son aplicables a los esclavos de Grecia, porque él imitó y tradujo con frecuencia en sus comedias a los poetas cómicos de aquella nación.

Interés del amo era evitar algunos vicios de su esclavo; si veraz le quería, era para que no le engañase; hombre de bien, para que no le robase; sobrio y activo, para que puntualmente le sirviese; pero en general ni los esclavos pudieron adquirir por sí estas buenas cualidades, ni los amos procuraron infundírselas; y si alguna vez lo hicieron, fue tan sólo hasta aquel grado en que a él le convenía.

Tan raros fueron los buenos esclavos, que según dijo Menandro, el encontrar uno complaciente, era el tesoro más precioso de la vida.²¹

En medio de la corrupción de los esclavos griegos, las hembras cuanto más bellas, tanto más disolutas fueron, pues los amos, o las escogían para sus placeres, o especulaban con ellas entregándolas a la prostitución.²² De aquí nació en Grecia el funesto semillero de las cortesanas que tanto influjo tuvieron en la relajación de las costumbres, pues el trato y conversación de algunas buscaban, no ya los hombres vulgares, sino Eurípides, Sófocles, Sócrates, Jenofonte, Platón, Aristóteles, Licias, Demóstenes, y otros griegos eminentes.²³

La esclavitud no derramó su veneno con igual fuerza sobre todos los esclavos. Los rústicos, aislados en los campos, hubieron de ser por lo común menos corrompidos que los urbanos, y aun éstos se hallaban más o menos expuestos a su perdición según que servían a un amo de buenos o malos principios. Distinguirse debe también el esclavo de nacimiento del que lo fue por accidente habiendo nacido y educádose libre. Sometido el primero a la esclavitud desde su infancia, debió de ser más sumiso, aunque por lo común más degradado; el segundo, nutrido con diferen-

tes ideas, sobre todo si era persona de buena educación, debió de ser en general más indócil, aunque menos depravado. Digo en general, porque ni la libertad ni la ilustración han sido nunca signo infalible de virtud; y muchedumbre de ciudadanos fueron en Grecia, tanto o más corrompidos que muchos de los que nacieron y vivieron esclavos.

Como la esclavitud pesó en ella no sólo sobre los bárbaros, sino sobre los mismos griegos; y como éstos, aun siendo todavía libres, participaban de la corrupción de aquella sociedad, la inmoralidad que los aquejaba después de ser esclavos, no debe achacarse toda a la esclavitud.

Muy contagioso el vicio, no pudo el amo respirar la infecta atmósfera del esclavo sin que él también se resintiese. Dominando con un poder sin freno, el esclavo debía obedecerle ciegamente. De aquí nació la soberbia y el desprecio, con que le mandaba; de aquí los arrebatos y la cólera cuando sus órdenes no eran puntualmente ejecutadas; de aquí la injusticia y aun la crueldad con que a veces le castigaba; y de aquí, en fin, el fatal ejemplo que los padres y las madres, arrastrados de tan violentas pasiones, daban comúnmente a sus hijos.

A la pureza que debe brillar en el santuario de la familia, opúsose en Grecia la esclavitud. El absoluto imperio de los amos y la abyección de los esclavos establecieron entre ellos las más peligrosas relaciones, pues mandando unos con ilimitada autoridad, y debiendo obedecer sumisamente otros, satisfacíanse los deseos más impuros, aun con mengua de la fidelidad conyugal y de la virtud de las hijas. La impudicia, decía Haterio, es un crimen en el hombre libre de nacimiento, un deber en el liberto, y una necesidad en el esclavo.²⁴ Muchos de éstos, así varones como hembras, fueron destinados a los torpes placeres, ya de sus amos, ya de sus convidados;²⁵ y en esa vida de disolución, si el esclavo corrompía al amo, el amo corrompía al esclavo, pasando el libertinaje del seno de las familias al corazón de la sociedad, pues que de aquéllas ésta se compone.

Siendo imposible en las casas servidas por esclavos impedir el contacto entre ellos y los amos, éstos oían desde su niñez la conversación licenciosa de los esclavos, siendo testigos al mismo tiempo de sus malas acciones. Aristóteles encargaba que los niños se rozasen con ellos lo menos posible, y que se alejase de su vista y de sus oídos todo ejemplo y toda palabra indignos de un hombre libre;²⁶ mas, esto no se observó, pues a esclavos confiaron muchos griegos la educación de sus hijos. ¿Qué autoridad podían tener, ni qué respeto infundir tales institutores a discípulos que eran sus amos?²⁷ ¿Qué lecciones de buena moral, ni qué elevación de sentimientos podían recibir de unos maestros generalmente corrompidos, y que vivían degradados bajo el yugo de la esclavitud? Y el mal era tanto más grave, cuanto el contagio era más permanente, pues día y noche cobijaba el mismo techo a discípulos y pedagogos.

Éstos daban muchas veces rienda suelta a los gustos desordenados del discípulo, porque al paso que así lo corrumpían, también lo dominaban. “Malvado, decía un padre a su esclavo pedagogo, tú has perdido a mi hijo del que te habías hecho cargo, y le has persuadido que tome un género de vida extraño a su nacimiento. Tú eres la causa de que él beba desde por la mañana, cosa a que no está acostumbrado”. Pero el esclavo le responde: “Si él ha aprendido a vivir, ¿por qué me increpa V.? Según los sabios, beber es vivir. Epicuro afirma que el placer es el soberano bien; ¿pero se puede gozar de otro modo que viviendo sueltamente? — Pero, Sosia [que así se llamaba el esclavo], tú entenderás quizá lo que yo quiero decirte en dos palabras: ¿has tú visto jamás que un filósofo se embriague cediendo al atractivo de los placeres de que tú me hablas? — Todos!”²⁸

Para contrarrestar estos males, filósofo hubo que deseaba fuese la nodriza mujer instruida, y más que instruida, de buenas costumbres. Pero muy impropio correctivo me parece tal precaución, porque el niño tenía que salir desde edad muy tierna de las manos de la nodriza, y pasando después a otras que no tuvieran las mismas cualidades, poco o nada se adelantaría con las buenas costumbres de aquélla.

Para que el esclavo viciase la índole de su amo joven, no era menester que fuese su pedagogo, pues el mal ejemplo que éste con frecuencia le ofrecía, halagaba las pasiones de aquél y le arrastraba a los vicios. El esclavo Leonida habló en estos términos: “¿Dónde hallaré ahora a Liban, o a nuestro amo joven, para hacerlos más alegres que la misma alegría? Tráigoles un gran triunfo, un buen botín que hacer. Como ellos son mis compañeros de borrachera y de disolución, es justo que yo divida con ellos el botín que me cae en las manos”.²⁹

En medio de la perniciosa influencia de la esclavitud, ¿cómo pudo Esparta con tantos siervos conservar por siglos sus varoniles virtudes y sus costumbres austeras? Esto fue, porque viviendo casi todos ellos en los campos, no se rozaron con los ciudadanos; porque los periecos e ilotas no participaron del mismo grado de corrupción que los verdaderos esclavos, y porque el número de éstos fue muy corto en aquella república. Esparta, además, proscribió el lujo y la riqueza, y los que en ella habitaron, vida común hicieron como si estuvieran en un gran convento.

No incurramos en exageraciones. Aun en los otros Estados de Grecia donde tanta inmoralidad hubo, no debe imputarse a la esclavitud toda la disolución de las costumbres, porque allí como en otros pueblos de la Antigüedad existieron principios muy corruptores que no provenían de la esclavitud; y esta misma los recibió de las impurezas del paganismo. Éste, en vez de depurar las costumbres, derramó sobre aquellas naciones el más contagioso veneno, pues divinizando hasta la prostitución, Grecia, aun sin esclavos, siempre se hubiera ensuciado con los as-

querosos vicios que hoy nos escandalizan. Esta consideración nunca debe perderse de vista al contemplar el influjo de la esclavitud en Grecia, porque muy injusto sería hacerla responsable de todos los desórdenes morales que emanaron en gran parte de las instituciones políticas y religiosas de aquella edad.

En lo que ninguna mala influencia tuvo la esclavitud griega, fue en las letras y ciencias. Alejados de ellas los esclavos por su mísera condición, nada pudieron hacer para su adelantamiento; pero nada tampoco para contrariar sus progresos. Ellas, pues, brillaron en Atenas con el mayor esplendor, no obstante la esclavitud. Respirando aquella atmósfera literaria, no faltaron esclavos que cultivasen la filosofía. Mencióname entre ellos a Fedón de Elea, discípulo querido de Sócrates, amigo íntimo de Platón, y que compuso sobre el primero discursos elegantemente escritos. “Hay también, dice Aulo Gelio, gran número de filósofos, cuyo nombre es célebre, y que empezaron por ser esclavos. Tal fue entre otros Menipo, cuyos escritos ha imitado Varrón en las sátiras que ha intitulado: *Menipeas*, y que otros llaman: Cínicas. Citaremos igualmente a Pompilo, Perseo, y Mus, que fueron esclavos, uno del paripatético Teofrasto, otro del estoico Zenón, el tercero de Epicuro, y todos llegaron a ser filósofos distinguidos. Pudiera también tomarse por ejemplo a Diógenes, el Cínico; pero éste no fue condenado a esclavitud, sino después de haber vivido libre durante una parte de su vida”.³⁰

Si tales filósofos no pueden compararse con Sócrates, Platón, ni Aristóteles, temerario sería negar que en algo, aunque muy poco, contribuyeron al esplendor de la griega filosofía. Dígase enhorabuena que esos hombres fueron una excepción en la regla general; dígase que de la inmensa muchedumbre de esclavos que Grecia encerró en su seno, ningún impulso ni ayuda recibió su brillante civilización. En todo esto convengo yo; pero, desnudos de pasión y de exageraciones vulgares, debemos también convenir en que la esclavitud jamás fue obstáculo para que desplegase sus alas con toda libertad el genio que inspiraba las bellas artes, letras y ciencias que ennoblecieron la Grecia.

Males de otro linaje, males sociales y políticos, produjo también la esclavitud. No faltaron esclavos que quisiesen a sus amos; pero en general nutrían un odio secreto contra ellos, que los expuso a muchos peligros. Ese odio fue tanto más temible en Grecia, cuanto el esclavo pudo denunciar al amo; y como en el caso de ser éste condenado, aquél adquiría la libertad, hubo poderoso estímulo para tales denuncias. El lenguaje de Licias, hablando de los esclavos de Atenas, revela todo el temor que inspiraban. “¿No sería yo, exclamaba él, no sería yo el más extravagante de los hombres, si me expusiera a encontrar para el resto de mis días, amos en mis esclavos, testigos de mis prevaricaciones? De manera que aunque ellos hubiesen cometido contra mí las faltas más

graves, yo no podría castigarlos, porque denunciándome tendrían medios de vengarse y de hacerse libres".³¹

Esas denuncias llamaron también la atención de Aristóteles. A su profunda penetración no pudo escaparse que la tiranía va acompañada de los vicios de la demagogia. "Dase, decía él, licencia a las mujeres en el interior de las familias para que sean infieles a sus maridos, y dase también a los esclavos para que denuncien a sus amos, porque el tirano nada tiene que temer de los esclavos ni de las mujeres, y aquéllos, con tal que se les deje vivir a su antojo, son partidarios de la tiranía y de la demagogia".³²

La esclavitud fomentó también las sediciones, dando brazos a los ambiciosos perturbadores que aspiraban a la suprema autoridad. Así sucedió en Siracusa,³³ y en Corcira, donde las dos fracciones que se combatían, llamaron en su auxilio a los esclavos ofreciéndoles la libertad.³⁴ Querón de Pelenne entregoles las mujeres y las hijas de los ciudadanos que él había proscrito.³⁵ Aristóteles los representa dispuestos a seguir a los tiranos y demagogos.³⁶ Platón, como ya hemos apuntado en este mismo libro, excluyó a los esclavos de su república, por considerarlos fúnebres a la Grecia, la cual dividida en clases tan opuestas no podría reunir sus fuerzas contra los pueblos extranjeros.³⁷

Ni se limitaron los esclavos a ser instrumento de las facciones, que también tomaron las armas para romper sus cadenas. En Ática se sublevaron los que beneficiaban las minas de Laurium. Esparta luchó muchas veces con las formidables insurrecciones de sus siervos, y Chíos pereció a manos de sus esclavos.

Si tantos males ocasionó la esclavitud en Grecia, preguntemos a sus hombres más eminentes qué fue lo que pensaron acerca de ella.

"Algunos pretenden, dice Aristóteles, que la potestad del amo es contra la naturaleza; que sólo la ley hace a los hombres libres o esclavos; que la naturaleza no establece entre ellos diferencia alguna, y que por lo mismo, la esclavitud es inicua, pues nace de la violencia".³⁸

Escritas fueron estas palabras por Aristóteles en el cuarto siglo antes de la era cristiana, y aunque él no menciona a esos enemigos de la esclavitud, hanse conservado los nombres de algunos de ellos.

Según Teopompo, historiador contemporáneo de aquel filósofo, la isla de Chíos fue el primer pueblo de Grecia que compró esclavos griegos, y los dioses, irritados por eso contra él, permitieron para su castigo, que aquéllos se alzasen y lo destruyesen. Este juicio de Teopompo manifiesta que él tuvo por injusta la esclavitud, pues los dioses hicieron perecer a manos de los esclavos al primer pueblo de Grecia, que como tales compró a sus compatriotas.³⁹

Largo tiempo vivieron sin esclavos los moradores de la Fócida y la Lócrida. En aquel Estado, la mujer de Filomele fue la primera persona

que, 335 años antes de la era cristiana, se presentó en público, acompañada de dos esclavos que había comprado.⁴⁰ No invocaré yo el ejemplo de esos Estados como prueba de que ellos reprobaban la esclavitud por sentimiento de humanidad o de justicia, ni tampoco la acusación de los fócidas contra Manason, amigo de Aristóteles, por tener 100 esclavos, con los cuales privaba de trabajo a igual número de griegos.⁴¹ Si aquellos dos Estados no admitieron la esclavitud, fue porque tuvieron siervos que cultivaban sus campos,⁴² y porque careciendo de artes y comercio, pudieron conservar por siglos la sencillez de sus primitivas costumbres; mas, luego que éstas se alteraron, sirviéronse de esclavos como los demás Estados de Grecia.

Tampoco citaré las palabras de Eurípides cuando decía de la esclavitud: “no hay carga más grande, ni posesión más mala e inútil”;⁴³ porque estas frases se pueden tomar, no como una explícita condenación de la esclavitud, sino tan sólo como un modo de manifestar los inconvenientes del servicio de los esclavos en Grecia. Menos me valdré de la siguiente exclamación de Menandro, el reformador de la antigua comedia griega: “Nada peor que el esclavo, aunque éste sea el mejor”,⁴⁴ pues ese poeta no fue enemigo de la esclavitud, como lo muestra otro pasaje de sus obras: “Vale mucho más, decía, tener un buen amo, que vivir baja y miserablemente en la libertad”.⁴⁵ Lo que sí prueba que hubo griegos que consideraron injusta la esclavitud, es el testimonio de los poetas Ferécates y Filemón. El primero, que vivió en los días de Pericles, suspiraba por los tiempos en que no había esclavos;⁴⁶ y el segundo, contemporáneo de Aristóteles, exclamó: “Aun cuando uno sea esclavo, ¿deja por eso de tener la misma carne? La naturaleza, a nadie forma esclavo: la fortuna es la que somete el cuerpo a servidumbre”.⁴⁷ ¿Pero qué valían estos débiles clamores contra el sentimiento general de los pueblos, contra la influencia del paganismo, y contra la opinión que en sus obras consignaron los primeros talentos de la Grecia?

Verdad es que, para el filósofo Metrodoro, el esclavo fue una propiedad incómoda; pero al mismo tiempo la reconoció como indispensable.⁴⁸

Platón no dio entrada a la esclavitud en su imaginaria república, y reconociendo en el hombre la libertad natural, consideró como libres hasta las clases inferiores del Estado que pretendía organizar.⁴⁹ Miró además la esclavitud como funesta a la Grecia, porque dividida ésta en clases tan opuestas, no podría reconcentrar sus fuerzas contra los pueblos extranjeros.⁵⁰ Pero cuando de la *República* pasó a su otra obra intitulada las *Leyes*, en la que contempló las cosas, no en teoría, sino cuales eran en realidad, entonces se expresó en muy diferente lenguaje.

Hubo en Grecia dos especies de esclavos por su origen: griegos y bárbaros o extranjeros. Platón condenó expresamente la esclavitud de los griegos. “Respecto, decía, de la esclavitud de los prisioneros de

guerra, ¿te parece justo que los griegos esclavicen las ciudades griegas? ¿No deben ellos más bien prohibirlo a los otros en cuanto les sea posible, y exigir, en principio, que se exima a la raza griega, por temor de que caiga en la esclavitud de los bárbaros? ¿No deberían, pues, por este motivo, abstenerse de esclavos griegos, y aconsejar a los otros griegos que sigan su ejemplo?”⁵¹

En cuanto a la esclavitud de los extranjeros, aceptola, y si bien no defendió el principio en que se apoyaba, tampoco lo combatió. Él reconoce los inconvenientes de la esclavitud; mas, no por eso niega sus ventajas, y sin atreverse a dar una opinión decisiva, se contenta con recomendar a los amos, para impedir revoluciones de esclavos, que éstos no sean de una misma nación, y que se les dé buen trato. Oigámosle:

“El artículo de los esclavos es embarazoso bajo de todos aspectos. Las razones que se alegan, son buenas en un sentido, y malas en otro, porque prueban a un tiempo la utilidad y el peligro de tener esclavos. Si hay alguna dificultad en justificar o en condenar el uso de los esclavos tal cual se ha establecido en otros pueblos de Grecia, esta dificultad es incomparablemente más grande respecto de los ilotas de Lacedemonia; pero el embarazo es menor en cuanto a los mariandinos, esclavos de los habitantes de Heraclea, y a los de Tesalia, llamados penestes. Así cuando se tiende la vista, sobre lo que pasa allí y en otras partes, no se sabe qué resolver acerca de la posesión de los esclavos. Sabemos que todos dicen que es necesario tener esclavos fieles y afectuosos porque muchos han mostrado más abnegación que los hermanos y los hijos, y que han salvado a sus amos la vida, los bienes y toda su familia; sabemos que así se habla de los esclavos... ¿No se dice también, por otra parte, que un alma esclava no es capaz de nada bueno, y que un hombre sensato jamás se fiará de ella? Esto es lo que nos da a entender el más sabio de los poetas cuando dice, que Júpiter priva de la mitad de su inteligencia a los que caen en la esclavitud”.

“Según que se participa, prosigue Platón, del uno o del otro de estos sentimientos contrarios, resulta que algunos, no fiándose en manera alguna de sus esclavos, los tratan como bestias feroces, y a fuerza de castigos hacen su alma, no sólo tres veces, sino 20 veces más esclava; pero otros siguen una conducta contraria... Es claro que el hombre, que es un animal difícil de manejar, no se presta sino con pena infinita a esta distinción de libre y de esclavo, de amo y de servidor, introducida por la necesidad. Por consiguiente, el esclavo es una posesión bien embarazosa. La experiencia lo ha demostrado más de una vez, y las frecuentes sublevaciones de los mesenios, los males a que están expuestos los Estados donde hay muchos esclavos que hablan la misma lengua, y aun lo que pasa en Italia, donde los salteadores ocasionan tantos daños, todo esto lo prueba demasiado. A vista de todos estos desórdenes, no es extraño

que se esté incierto acerca del partido que se debe tomar en este asunto. Yo no veo sino dos medios: el primero, no tener esclavos de una sola nación, sino que, en cuanto sea posible, hablen diferentes lenguas, para que así soporten más fácilmente el peso de la esclavitud; el segundo, tratarlos bien, no sólo por ellos mismos, sino por interés del amo. Este buen trato consiste en no ultrajarlos de modo alguno, y en ser, si es posible, más justo con ellos que con nuestros iguales”.⁵²

En el pasaje que se acaba de leer, aparece que Platón acepta la esclavitud, no como fundada en la naturaleza, sino tan sólo en la necesidad de los pueblos; y esta distinción es el punto capital en que él se separa de Aristóteles, su discípulo.

Este gran filósofo, siguiendo un rumbo contrario, no sólo admite la esclavitud en el hecho y en principio, sino que la juzga indispensable a la familia. “Estas dos, dice, estas dos primeras asociaciones, a saber, la del amo y del esclavo, y la del esposo y la mujer, son las bases de la familia...⁵³ Los elementos de la economía doméstica son precisamente los de la familia, la que para ser completa, debe comprender esclavos y hombres libres”.⁵⁴ A pesar de esto, Aristóteles reconoce que la esclavitud no es siempre justa, pues tiene por incua la que nace de la violencia; y asegura que muchos esclavos merecen ser libres, y muchos libres ser esclavos.⁵⁵

En cuanto a mí, yo no reconozco la justicia de la esclavitud ni aun en los prisioneros hechos en justa guerra. Creen los de contrario sentir, que teniendo entonces el vencedor el derecho de matar al vencido, puede perdonarle la vida, y con razón esclavizarle. Falso fundamento. El que combate en justa guerra, puede matar a su enemigo mientras luchan entrambos con las armas en la mano; pero desde el momento en que uno de ellos queda vencido, ya el vencedor no puede matarle sin cometer una venganza o un acto de barbarie, pues todos sus derechos se circunscriben a impedir al vencido que le ocasione algún mal. Hágasele, pues, prisionero como se practica hoy; pero no se le condene a perpetua esclavitud con toda su inocente posteridad, porque no hay para ello justicia ni razón.

Cuando Aristóteles sube a buscar el origen de la esclavitud, y dice encontrarla en la diversa naturaleza de los hombres, entonces se hunde en un abismo, pues pretende probar que hay hombres formados por la naturaleza para ser libres, y otros para ser esclavos. Nada más terminante que sus palabras.

“La naturaleza, dice, por miras de conservación, ha creado ciertos seres para mandar, y otros para obedecer. Ella es la que ha querido, que el hombre dotado de razón y de previsión mandase como amo; del mismo modo que la naturaleza ha querido, que el ente capaz de ejecutar con sus facultades corporales lo que se le ordena, obedeciese como esclavo”.⁵⁶ Y en otra parte se expresa así. “Aquel que, por la ley de la

naturaleza, no pertenece a sí mismo, sino que siendo hombre pertenece a otro, ése es naturalmente esclavo. Es hombre de otro, aquel que como hombre llega a ser una propiedad, y la propiedad es un instrumento de uso y todo individual”.⁵⁷

Que la naturaleza ha establecido diferencias entre las facultades intelectuales y las corporales de los hombres, como dice Aristóteles, es una verdad evidente; pero esto tan sólo prueba, que hay desigualdad entre ellos; desigualdad que ni constituye esclavitud, ni fundamento natural para establecerla. ¿Basta por ventura la simple diferencia de capacidad para convertir a uno en amo y a otro en esclavo? Teoría en verdad muy peligrosa por las aplicaciones que de ella se pueden hacer; pues llevada hasta sus últimas consecuencias, resultaría que muchos debieran ser a un tiempo amos y esclavos: amos respecto de aquellos a quienes son muy superiores en inteligencia, y esclavos respecto de aquellos a quienes son muy inferiores.

¿Mas, cuáles son los grados de superioridad intelectual que en unos se necesita, y de inferioridad en otros, para transformar a aquéllos en amos y a éstos en esclavos? Y caso que esos grados se pudieran establecer, ¿cuáles serían las manos imparciales que tendrían la balanza para pesarlos con justicia, cuando, de una parte, están el poder, la fuerza y la superioridad de luces, y, de otra, la debilidad, el desvalimiento y la inferioridad intelectual?

Aristóteles se encarga de responder a estas preguntas. “Uno es esclavo por naturaleza, cuando es tan inferior a sus semejantes como lo es el cuerpo al alma y el bruto al hombre; y en este caso se hallan todos aquellos en quienes la aplicación de las fuerzas corporales es el único y mejor partido que se puede sacar de ellos. Para esos hombres, así como para los otros seres de quienes acabamos de hablar, lo mejor es someterse a la autoridad de un amo; porque esclavo es por naturaleza aquel que puede darse a otro; y lo que precisamente lo da a otro, es el no poder ir sino hasta el punto de comprender la razón cuando otro se la muestra, pero sin poseerla él en sí mismo”.⁵⁸

¿Mas, hay hombres, a no ser imbeciles o dementes, que carezcan de razón hasta el punto que supone Aristóteles? Él lo afirma en el pasaje que acabo de citar; pero más adelante lo niega para contradecirse. “La primera cuestión [tales son sus palabras] respecto del esclavo, es saber si de él se puede esperar, más allá de su calidad de instrumento y de servidor; alguna virtud, como la prudencia, el valor, la equidad, etc.; o bien, si él no puede tener otro mérito que sus servicios enteramente corporales. De ambos lados hay motivos de duda. Si a los esclavos se les suponen estas virtudes, ¿dónde estará su diferencia respecto de los hombres libres? Y si se les niegan, la cosa no es menos absurda, porque ellos son hombres, y tienen su parte de razón”.⁵⁹

Si pues, Aristóteles confiesa que sería absurdo negarles alguna virtud, como la prudencia, el valor, la equidad; si él mismo reconoce que la posesión de ellas destruye la diferencia entre el hombre libre y el esclavo; y si para concederlas, él también admite que éstos son hombres, y que tienen su parte de razón, ¿no queda entonces destruido por el mismo Aristóteles el principio en que se apoya para decir que hay esclavos por naturaleza?

Si las razones de Aristóteles no están conformes entre sí, tampoco lo están sus hechos con su doctrina. Él dejó la libertad en su testamento a algunos de sus esclavos. Si éstos, según su teoría, no merecían ser esclavos, ¿por qué los mantuvo en la esclavitud? Pero si entraban en su teoría, y por lo mismo debían, según ella, ser esclavos, ¿por qué los libertó, cuando él mismo debía reconocer que no podían ser libres, puesto que habían nacido esclavos por naturaleza?

Las ideas que acabo de exponer, son las que sobre la esclavitud presentaron los dos más grandes filósofos de la Grecia. A pesar de que ambos partieron de puntos muy diferentes, ambos admitieron la esclavitud: Aristóteles como una institución de la naturaleza; y Platón como una necesidad social. Ninguno de los dos proclamó su abolición, y los dos tuvieron esclavos hasta los últimos momentos de su vida: de manera que las escuelas que fundaron esos dos hombres eminentes, no transmitieron a la posteridad ningún principio que pueda invocarse para abolir la esclavitud.

Respecto del origen de esta institución debo exponer aquí mi modo de pensar. Por más difundida que haya estado la esclavitud en la tierra, yo no la admito como fundada en naturaleza. Creo, sí, que se deriva de ciertos sentimientos naturales de que el hombre ha abusado por su interés. Poseído del innato deseo de superioridad, grato es a su corazón dominar y mandar a su semejante. Tiene también necesidades, y para satisfacerlas, menester es que trabaje; pero el trabajo es penoso, y como el hombre huye naturalmente de la fatiga, busca, o en la familia o fuera de ella, un ser a quien echar la carga que él no quiere llevar sobre sus hombros. Tal es el primitivo y verdadero origen de la esclavitud, pues la guerra, que no es más que la fuerza, no es la causa, sino el medio y la ocasión de que el hombre se ha valido para esclavizar a otros menos fuertes que él.

Mil veces se ha repetido, que cuando los pueblos que peleaban entre sí llegaron a cierto grado de civilización, entonces, en vez de matarse a los prisioneros de guerra, dejáseles la vida, para venderlos como esclavos, o servirse de ellos el vencedor. En este sentido, por injusta que sea la esclavitud, se la debe mirar como un progreso en la historia del género humano, porque los esclavos pudieron en muchos casos recobrar su libertad, porque aun permaneciendo en el cautiverio

rio, pudo tocarles un buen amo, y porque las guerras serían menos sangrientas, pues sabiendo el vencido que ya no se le mataba, no se defendería con tanto encarnizamiento.

Los que buscan el origen de la esclavitud de los prisioneros de guerra en cierto grado de civilización a que ya habían llegado los pueblos que se combatían, paréceme que afirman en términos absolutos lo que está desmentido por los hechos.

Que la civilización ha influido poderosamente en templar la violencia de las pasiones, desarmando el brazo de un enemigo enfurecido, nadie lo negará; pero yo no creo que entonces fue cuando empezaron los anales de la esclavitud. Si esto fuera así, las tribus salvajes nunca habrían tenido esclavos, pues hubieran matado a todos sus prisioneros; ni a éstos tampoco se daría muerte en los pueblos donde ya se hubiera la esclavitud establecido. Pero el género humano ofrece en ambos casos pruebas de lo contrario. Volvamos los ojos al continente africano, y en él veremos que unas mismas tribus o naciones, ora matan a sus prisioneros, ora les perdonan la vida, ya para servirse de ellos, ya para venderlos como esclavos. ¿Qué espectáculo nos presentó el Nuevo Mundo al tiempo de su descubrimiento? Ciertas regiones habitadas por caribes, quienes al paso que mataban a algunos de sus prisioneros y se comían sus carnes, vendían otros en los países ya poblados por los europeos. Si pues, los caribes esclavizaban prisioneros, debe suponerseles, según las teorías que yo no admito, alguna civilización; y si la tenían, ya debió haber desaparecido su primitiva ferocidad con los prisioneros, y, por consiguiente, conservándoles la vida. ¿Pero cómo es, que mientras esos salvajes la concedían a unos para hacerlos esclavos, devoraban a otros con horrible brutalidad? Los indios de la Luisiana también mataban a sus prisioneros; mas, permaneciendo en el mismo estado de barbarie los conservaron para venderlos a los franceses, luego que éstos empezaron a comprárselos. Hundidos en la barbarie, pues que hasta antropófagos eran, encontraron los españoles en el Nuevo Mundo muchas tribus indias, que no sólo tenían esclavos, sino que vendían éstos a otros indios.

Mucho antes que hubieran los pueblos llegado al grado de civilización que hace respetar la vida de los prisioneros, ya existía la esclavitud, y a seguir esta conducta los indujeron miras de utilidad personal.

Sean dos tribus o pueblos hundidos en la barbarie, y que uno tenga facilidad de vender sus prisioneros, mientras otro, en vez de sacar de ellos algún provecho, sienta gravamen en conservarlos; claro es, que el primero les perdonaría la vida, no por civilización ni humanidad, sino tan sólo por interés. El segundo, al contrario, aun cuando fuese menos bárbaro, los condenaría a muerte, como único medio de deshacerse de unos seres, que en la paz disminuirían los escasos recursos de subsis-

tencia, y en la guerra, o le servirían de estorbo en sus correrías, o podrían volver sus armas contra él, pasándose a sus enemigos. Así vemos, que las tribus africanas conservan los prisioneros por la esperanza de venderlos, o de servirse de ellos; mas, cuando nada de esto pueden hacer, quítanles la vida.

No se crea por esto, que yo considero el tráfico de esclavos de África como un progreso de la humanidad, ni como medio de civilizar a los hijos de aquella región infeliz. Ese tráfico, al contrario, así en la Antigüedad como en nuestros días, fue y es el origen fecundo de injustas guerras, pues los jefes africanos hanlas emprendido muchas veces, y empréndenlas todavía, tan sólo con el fin de hacer prisioneros para venderlos a los traficantes europeos.

Fijar con precisión la época en que empezó la esclavitud, es absolutamente imposible; pero en medio de las tinieblas que envuelven este punto, bien puede asegurarse que mientras permanecieron los hombres alimentándose de las frutas de los bosques, de la caza y de la pesca, la verdadera esclavitud personal, o no existió, o fue todavía muy rara.

El embarazo de llevar y custodiar a los cautivos en medio de una vida errante, y lo que es más, la dificultad de compartir con ellos el sustento que a veces no alcanza ni aun para los mismos amos, hacen inverosímil toda idea de esclavitud en semejante estado. La muerte, pues, debe ser el destino de todo prisionero; y en tales circunstancias, no es la barbarie ni la crueldad el único móvil que impele al salvaje a matar a su enemigo vencido, sino también el deseo de librarse de una carga inútil y de atender a su propia conservación. Si estos pueblos, sin embargo, pudiesen vender sus prisioneros, entonces guiados sólo por su interés y no por humanidad, conservarían la vida de unos hombres que de otra suerte perecerían.

Cuando ya hubo tribus que comenzaron a tener una residencia fija, y a estimar el trabajo del hombre, entonces también empezaría el deseo de tener verdaderos esclavos.

Desde esa época, ya no morirían todos los prisioneros bajo los golpes del vencedor. La vida se perdonaría a los que se considerase útiles para el trabajo, o a los que pudieran venderse; pero los demás serían sacrificados. En mi concepto, la primitiva esclavitud de los prisioneros fue más bien obra del interés que de la civilización.

Al paso que las sociedades se fueron desenvolviendo, sus necesidades también se fueron aumentando; y el interés, por una parte, y la civilización, por otra, enseñando a respetar, aunque por distintos fines, la vida de los prisioneros, contribuyeron a ensanchar la esfera de la esclavitud.

Sentadas estas ideas, y expuestas ya las doctrinas de Platón y Aristóteles, fundadores, el primero de la Academia, y el segundo del

Peripato, veamos si en las otras dos célebres escuelas filosóficas que existieron en Grecia se encuentra algún principio favorable a la extinción de la esclavitud.

De la estoica fue fundador Zenón de Citium, quien siguiendo el tema de la escuela cínica a que había pertenecido,⁶⁰ enseñó que todo hombre malo era esclavo.⁶¹ El estoicismo, exagerando y contrariando a veces la naturaleza humana, no sólo quería que el hombre fuese de una virtud austera, sino que se mostrase indiferente al dolor; despreciando el infortunio y la muerte.⁶² Basta enunciar esta doctrina para conocer, que por útil que fuese al ciudadano, infundiéndole varoniles virtudes, ningún consuelo real daba al esclavo. ¿Cómo podrían compadecerse de las desgracias de éste, los hombres que ostentaban el mayor desprecio por todos los males de la vida? Ellos no admitían más esclavitud que la esclavitud moral. En su teoría, todos los hombres podían ser libres o esclavos. El libre era esclavo, si estaba dominado por las pasiones y los vicios, y el esclavo era libre si estaba exento de ellos. En el campo de las abstracciones morales, brillantes y laudables son estas ideas; pero como los sufrimientos del esclavo no eran abstracciones, sino realidades y los estoicos no los consideraron tales, la esclavitud griega nada tuvo que agradecer prácticamente a esos filósofos.

El mismo Zenón tuvo esclavos, y un día que castigaba a uno por haberle robado, éste le dijo: “estaba en mi destino el robar”, y Zenón añadió: “y el de ser castigado”.⁶³ Este hecho se aviene mal con el principio que reprueba la esclavitud del hombre. No es pues extraño, que cuando el maestro tuvo esclavos, los discípulos también los tuviesen; y aun uno de los principales, cual fue Posidonio, inclinase a la doctrina de Aristóteles, condenando a esclavitud al hombre débil que no pudiendo gobernarse a sí mismo, se entregaba a otro fuerte para que en recompensa de los servicios que recibía, le guiase y protegiese.⁶⁴

Al exponer Diógenes Laercio la doctrina de los estoicos griegos, reconoce que ellos tuvieron tres especies de esclavitud. Transcribamos sus palabras: “Sólo el sabio es libre, mientras que los malos son esclavos: porque la libertad es la facultad de obrar según sus propias inspiraciones, mientras que la esclavitud es la privación de esa facultad. Ellos [los estoicos] distinguen otra especie de esclavitud que consiste en la sujeción; y una tercera especie, cual es, la condición del hombre que ha sido vendido y sometido a un amo”.⁶⁵

Los filósofos, pues, que tales doctrinas enseñaron, no pudieron ser los apóstoles abolicionistas de la antigua esclavitud. Sin embargo, no reconociendo el estoicismo, en sus principios morales, más hombres libres que a los virtuosos, ni más esclavos que a los malos, atacó indirectamente, y sin pensarlo, la base en que descansaba la esclavitud social, y borrando moralmente la diferencia que las leyes civiles establecían

entre el hombre libre y el esclavo, sembró una semilla que fecundada por otras ideas que nacieron después, hubo de producir más adelante saludables resultados.

Principios muy diferentes siguieron los discípulos de otra célebre secta. Epicuro, su fundador, cifró la humana felicidad en huir del mal y en buscar los placeres. Esta doctrina explicada por su mismo autor tiene el grave inconveniente de ser contradictoria, y por lo mismo más peligrosa, porque si ofrece armas a sus enemigos para combatirla, también las da a sus sectarios para defenderla.

Por una parte, dice Epicuro: “Todo lo que debemos buscar y evitar se dirige a un solo fin: la salud del cuerpo y la tranquilidad del alma. Nuestro objeto en todas las cosas es librarnos del dolor y la inquietud. Logrado este objeto, cesa al instante toda agitación del alma, porque el animal, desde el momento que posee en su plenitud los bienes del alma y del cuerpo, ya no tiene ninguna necesidad que le aguijonee para ir adelante y buscar otra cosa. Sentimos la necesidad del placer cuando sufrimos su ausencia: pero desde el momento en que no hay sufriendo, la necesidad no se hace sentir. Por esto, nosotros hacemos del placer el principio y el fin de la felicidad: él es el primer bien que conocemos, bien inherente a nuestra naturaleza”.

Epicuro miraba la frugalidad como un gran bien, no porque él juzgase que siempre se la debía practicar, sino porque es bueno acostumbrarse a contentarse de poco para no ser cogido de improviso cuando fuere necesario. “Es menester estar bien persuadido [decía él], de que se goza tanto más de la abundancia de los bienes, cuanto se está menos habituado a tenerlos como indispensables. Sepamos igualmente que todo lo que es un bien en el orden de la naturaleza puede conseguirse fácilmente, y que los bienes imaginarios son los únicos que se procuran con pena. Un alimento simple y frugal proporciona tanto placer como los platos suntuosos, cuando sirve para aplacar los dolores del hambre. El pan y el agua, sazonados por la necesidad, son una fuente infinita de placer. El hábito de un alimento simple y sin condimento afirma la salud y libra de toda inquietud relativamente a las necesidades de la vida; ella hace más agradable la buena comida cuando la ocasión se presenta, y nos pone fuera de los cuidados y azares de la fortuna. Así, cuando decimos que el fin de la vida es el placer, no hablamos de los placeres de disolución, como se supone algunas veces, por no bien comprendernos, o por pura malevolencia. Por placer entendemos la ausencia de todo dolor para el cuerpo, y de toda inquietud para el alma. No son, pues, los largos festines, el vino, los goces amorosos con los jóvenes y las mujeres; ni una mesa suntuosa, cubierta de pescados y platos de toda especie, lo que procura la felicidad, sino una razón sana, capaz de profundizar las causas que en cada circunstancia deben determinar nuestra elección y nues-

tra repugnancia, capaz, en fin, de alejar las vanas opiniones, origen de las más grandes inquietudes del alma... Las virtudes son inherentes a la felicidad, y la felicidad, por su parte, es inseparable de ellas. En efecto, ¿dónde encontrar sobre la tierra una felicidad superior a la del hombre virtuoso?"⁶⁶

Este lenguaje es muy laudable; mas, no por eso deja de ir acompañado de un germen peligroso, porque peligrosa es la base en que Epicuro asienta su doctrina. Innato al hombre el deseo de correr en pos del deleite, ella puede arrastrarlo fácilmente al sensualismo; y así sucedió en Grecia, y mucho más en Roma cuando esta nación empezó a cultivar la filosofía: ni podía suceder de otra manera, porque los trozos que acabo de citar, no encierran toda la doctrina de Epicuro. Hay otros de tan contraria naturaleza, que la simple lectura de uno solo basta para convencerse de que tal filosofía es puramente sensual.

"Yo no concibo, así habla, en qué puede consistir el verdadero bien, si se separan los placeres que producen el gusto o el oído; si se suprimen aquellos que causa la vista de las cosas agradables, y de todas las otras que los sentidos procuran al hombre. Y no se puede decir que el gozo del alma sea el único bien deseable; porque yo jamás he reconocido este gozo, sino bajo la sola esperanza de gustar los placeres de que acabo de hablar y de gustarlos sin ninguna mezcla de dolor". Y más adelante, dice: "Muchas veces he tenido la curiosidad de saber de aquellos que se llaman sabios, cuáles serían los bienes que nos quedasen, si se nos suprimieran los placeres de los sentidos. Pero yo no he recibido de su parte sino vanas palabras: y en verdad, que se aparten esas ideas pomposas y quiméricas de virtud y de sabiduría que ellos hacen sonar tan alto, no sabrían ya qué decir, a menos que vengan a las fuentes del deleite que yo he indicado arriba".⁶⁷

A primera vista parece que el epicureísmo hubiera debido oponerse a la esclavitud, porque a sus principios son contrarios los padecimientos de ella. ¿Qué ser más infeliz que el esclavo? ¿Quién más cargado de males, ni más privado que él de placeres? Pero el epicureísmo, en vez de ponerle en aptitud de gozarlos, y de romper sus cadenas, si no agravó sus dolores, mostrose a lo menos indiferente a su suerte. Mucho más propenso está el hombre a correr en pos de los placeres materiales que de los morales. Sonle aquéllos más perceptibles y palpables que éstos; y como las pasiones se los presentan bajo de una forma seductora, él los abraza y cae en el sensualismo. Pero el sensualismo conduce a la pereza y a la corrupción, y como la pereza y la corrupción desdeñan el trabajo, preciso es que éste recaiga sobre ajenos hombros; resultando de aquí, que a los principios de Epicuro cuadra muy bien la esclavitud, y que a sus fieles sectarios, grato debió de serles el servicio de los esclavos. Siendo esto su interés, ¿podría esperarse que los epicúreos se declara-

sen enemigos de la esclavitud y que tratasen de abolirla? Así fue, que ni ellos ni ninguna de las otras tres escuelas filosóficas ya mencionadas mejoraron prácticamente la condición del esclavo griego, pues la Grecia, ora libre, ora a veces oprimida por sus propios tiranos, ya independiente, ya al fin subyugada por las armas de Macedonia y de Roma, siempre conservó la esclavitud.

Complemento de la griega es lo que voy a decir sobre la de Macedonia, pues ésta fue, según Strabón, una parte, aunque poco considerable, de la Grecia.⁶⁸

No es posible trazar el origen de la esclavitud en Macedonia, ni tampoco su historia primitiva. Sobre este punto nos hallamos en la más profunda oscuridad, y lo único que se sabe es que aquel país tuvo esclavos, como los demás de la Antigüedad, habiéndoselos dado las frecuentes guerras con los ilirios, olintios, tracios y otros pueblos.⁶⁹

Filipo dominó la Grecia, y en sus guerras pérfidas contra ella vendió en almoneda las mujeres y los niños de varias ciudades.⁷⁰ Respecto de los prisioneros de Atenas, aunque ésta era su implacable enemiga, tuvo la generosidad de restituirlos libres a su patria; pero a los tebanos no solamente los vendió, sino que les hizo comprar la sepultura de sus muertos.⁷¹

Guerras hizo también aquel monarca al Quersoneso y a la Escitia, y en esta última esclavizó 20 000 mujeres y niñas.⁷²

Su hijo, el famoso Alejandro, aterró la Grecia con la terrible destrucción de Tebas; perecieron en ella durante el combate más de 6 000 hombres, y a los 30 000 de sus moradores que escaparon con vida, vendiéndolos como esclavos en la cantidad de 440 talentos de plata (2 420 000 francos).⁷³ Igual suerte corrieron los habitantes de la Tebas de Tesalia, cuando otro Filipo, también de Macedonia, la tomó un siglo después.⁷⁴

Alejandro llevó sus armas a países distantes de Macedonia, y en sus admirables conquistas, la esclavitud marchó bajo sus banderas victoriosas. En sus expediciones contra los tracios, tribacianos, getas y tolancianos esclavizó algunos prisioneros, y también niños y mujeres.⁷⁵

En la primera batalla que dio en Asia sobre las márgenes del Gránico, cargó de cadenas a los griegos que se habían reunido a los persas, y enviólos a Macedonia, para que sirviesen como esclavos, en castigo de haber tomado las armas contra sus compatriotas, pues en el ejército de Alejandro había muchos griegos.⁷⁶

En la batalla de Arbelas⁷⁷ acabó aquel gran capitán con el poder de Darío. Dícese que entonces hizo más de 300 000 prisioneros;⁷⁸ pero de tan asombroso número, ¿cuántos y cuántos miles no arrastrarían las cadenas de la esclavitud?

Cuando Alejandro tomó por asalto a Gaza, en Palestina, esclavizó a las mujeres y a los niños.⁷⁹ Lo mismo hizo en la Gaza de la Media

Atropaciana y en otras ciudades de la Sogdiana, cuyos esclavos repartió entre sus soldados.⁸⁰

En sus correrías por la Media cautivó a muchos de los mardos,⁸¹ que eran pueblos salteadores.⁸² Cuando los soldados de Alejandro saquearon y destruyeron a la rica Persépolis, antigua capital de la Persia, no sólo mataron cruelmente a sus prisioneros, sino aun a los mismos que habiendo pagado un rescate,⁸³ tenían un derecho sagrado a su vida y libertad.

Triunfante se paseó Alejandro por el Asia hasta la India. Allí batió el ejército de la nación de los agalastas, que a su marcha se oponían, tomó por asalto las ciudades adonde se refugiaron los vencidos, y usando del brutal derecho de la guerra, esclavizó a todos los que cayeron en sus manos.⁸⁴ A 40 000 eleva Arriano el número de los que cautivó Alejandro en los primeros combates que tuvo a su entrada en la India;⁸⁵ y cuando tomó a Sangala por asalto, ¿no serían esclavizados los 70 000 indios que cayeron en su poder, después de haber matado 17 000 de ellos?⁸⁶

Fiel a la dura ley de aquellos tiempos, Alejandro, al retirarse de la India, esclavizó muchos indios halienos, y también a otros varios pueblos de aquella región.⁸⁷

Con la muerte de Alejandro desplomose el colosal imperio que su diestra poderosa había levantado, y disputándose sus fragmentos los ambiciosos generales que bajo sus órdenes marcharon a la conquista del Asia, siguiéronse largas y sangrientas guerras, en que muchos hombres libres pasaron a ser esclavos.

Los macedonios no sólo tuvieron esclavos, sino también siervos: tales fueron los llamados penestes,⁸⁸ lo mismo que en Tesalia. En mayor número, los poseyeron algunos pueblos de la Iliria, su vecina. De los dardanos, dice Ateneo con exageración inadmisibles, que cada uno de ellos tuvo 1 000 siervos, y aún más, los cuales sirvieron de soldados en la guerra y de labradores en la paz.⁸⁹ A los ardeos atribúyeseles, siguiendo a Teopompo, un total también exagerado de 300 000 prospelastas.⁹⁰

Macedonia, después de tantos triunfos y de haber asombrado al mundo con las conquistas de Alejandro, sufrió la misma suerte que toda la Grecia, pues cayendo ambas bajo la terrible espada de Roma, perdieron su independencia.

Notas

1 Plutarco., *Vida de Teseo*, § 23.

2 Plutarco., *Vida de Solón*, § 23.

- 3 Plutarco., *Vida de Solón*, § 30.
- 4 Diod. Sic., lib. XI, cap. XLIII.
- 5 Véase la página 154 de este tomo.
- 6 Plutarco., *Vida de Pericles*, § 12.
- 7 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. V, § 11.
- 8 Eurípid., en Stobeus, *Florilegium*, LXII, 19. Edición Gaisford, Oxford, 1822.
- 9 Stob., *Florilegium*, LXII, 34.
- 10 Eurípid., *Ciclop.*, XXIII, 163, 191, y otros pasajes.
- 11 Stob., *Florilegium*, LXII, 15.
- 12 Aten., lib. VIII, p. 336.
- 13 Aristóf., *Plut.*; 189.
- 14 Plutarco., 45, 51, 273, 276.
- 15 *Ranas*, 757-768.
- 16 Aristóf., *Avispas*, 1219, 1292. Tesmof., 1180. *Lisistra.*, 333. *Paz*, esc. I, 14.
- 17 Esta propensión al robo se comprueba también con lo que dice Aten., lib. VIII, p. 357; lib. IX, p. 377; lib. XII, p. 580, y lib. XIV, p. 659.
- 18 Galien., *De nat.*, fac. I, 17.
- 19 Eub., en Stob., *Florilegium*, LXII, 32.
- 20 "*Liber si sim, meo periculo vivam, nunc vivo tuo*". Plaut., *Casin.*, act. II, esc., IV, vers. 182-185.
- 21 Menandro, en Stob., *Floril.*, LVII, 6.
- 22 Plaut., *Pseudol.*, act. I, esc. II. Penúl., act. I, esc. 2.
- 23 Aten., lib. XIII. Sobre Sócrates, véase al mismo Ateneo, lib. V, p. 220.
- 24 Reines ad Petron. *Satyríc.*, § 75, p. 378.
- 25 Aten., lib. VIII, p. 339; lib. XII, p. 558 y 567; lib. XIII, p. 607, etc., y lib. XIV, p. 621.
- 26 Aristót., *Polít.*, lib. IV (7), cap. xv, § 6 y 7
- 27 Necio y bárbaro llamó Pistoclere a Lido su esclavo pedagogo, y aun le amenazó con castigos. (Plaut., *Bac.*, act. I, esc. II, y act. III, esc. III, vers. 405 a 409.)
- 28 Platón, el Cómico, en Aten., lib. III, p. 103.
- 29 Plaut., *Asinaria*, act. II, esc. II.
- 30 Aulo. Gelio, lib. II, cap. XVIII. Sobre la esclavitud de Diógenes, véase el apéndice nº XXII.
- 31 Licias, *Sobre una planta de olivo*.
- 32 Aristót., *Polít.*, lib. VIII (5), cap. ix, § 6.
- 33 Herod., lib. VII, cap. CLV.
- 34 Tucíd., lib. III, § 73.
- 35 Aten., lib. XI, p. 509, y lib. XII, p. 516.
- 36 Aristót., *Polít.*, lib. VIII (5), cap. II, § 6.
- 37 Plat., *Repúb.*, lib. V.
- 38 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. II, § 3.
- 39 Teopomp., lib. XVII, Historiar., en Aten., lib. VI, pp. 265 y 266.

- 40 Aten., lib. VI, p. 264.
- 41 Aten., lib. VI, p. 264.
- 42 Aten., lib. VI, p. 264.
- 43 Eurípid., en Stob., *Florileg.*, LXII, 11.
- 44 Menand., *Sent. Monost.*, 133, en Menciske, *Fragm.*, tom. IV, p. 344.
- 45 Menand., en Stob., *Florileg.*, LXII, 7.
- 46 Aten., lib. VI, p. 263.
- 47 Stob., *Fragment. Serm.*, 147, p. 680.
- 48 Stob., *Fragment. Serm.*, 147, p. 600.
- 49 Plat., *República*, lib. II.
- 50 Plat., *República*, lib. V.
- 51 Plat., *Repúb.*, V, p. 295, traduc. de Cousin.
- 52 Plat., *Leyes*, tom. 7º, p. 358, trad. de Cousin.
- 53 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. I, § 6.
- 54 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. II, § 1.
- 55 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. II, § 18 y 16.
- 56 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. I, § 4.
- 57 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. II, § 7.
- 58 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. II, § 13.
- 59 Aristót., *Polít.*, lib. I, cap. V, § 3.
- 60 Dióg. Laerc., VI, II, 6, § 66.
- 61 Dióg. Laerc., lib. VII, § 121.
- 62 Dióg. Laerc., lib. VII, cap. I.
- 63 Dióg. Laerc., lib. VII, cap. I. Vida de Zenón.
- 64 Posidonio, en Athen., lib. VI, p. 263.
- 65 Dióg. Laerc., lib. VII, cap. I.
- 66 Carta de Epicuro a Ménocécé, inserta por Diógenes Laercio, en el libro X de sus *Vidas y doctrinas de los filósofos de la Antigüedad*.
- 67 Cicer., *Tusculan.*, III, § 18.
- 68 Strab., lib. VIII, cap. I, § 1.
- 69 Justin., lib. VII, § 2, 4, 5 y 6. Strab., lib., VII, cap. VI, § 8.
- 70 Justin., lib. VIII, § 3. Diod. Sic., lib. XVI, cap. VIII y LIII.
- 71 Justin., lib. IX, cap. IV. Polib., lib. V, cap. X.
- 72 Justin., lib. IX, § 1 y 2.
- 73 Diod. Sic., lib. XVII, § 14. Polib., lib. V, § 10. Justin., lib. XI, § 4. Ælianus, *Varia Hist.*
- 74 Polib., lib. V, § 99 y 100. Arrian., *Expediciones de Alejandro*, lib. I, cap. II.
- 75 Arrian., *Exped. de Alej.*, lib. I, cap. I.
- 76 Arrian, lib. I, cap. IV.
- 77 La batalla no se dio en los campos inmediatos a la ciudad de Arbela, sino a 500 o 600 estadios de ella (de 15 a 18 leguas), cerca del río Tigris y de la miserable aldea Gogameles, en la Asiria. (Arrian., lib. VI, cap. IV.) Véanse también a Tolomeo, a Aristóbulo y a

Strab., lib. XVI, cap. 1, § 3. Éste dice que el equivocado nombre de esa batalla fue transmitido por los macedonios a los historiadores.

78 Arrian., lib. III, cap. v.

79 Arrian., lib. II, cap. vii.

80 Arrian., lib. IV, cap. i.

81 Arrian., lib. III, cap. viii.

82 Strab., lib. XI, cap. xviii, § 2 y 3.

83 Quint. Curc., in Alexand., lib. V, cap. vi.

84 Diod. Sic., lib. XVII, cap. xcvi.

85 Arrian., lib. IV, cap. viii.

86 Arrian., lib. V, cap. v.

87 Arrian., lib., VI, cap. ii, y otros.

88 Otrfr. Müller cita a Eust. ad Dion. Perieg. 533.

89 Agatarquide de Cnide, en Aten., lib. VI, p. 271.

90 Teopomp., en Aten., lib. VI, p. 271.

Libro Séptimo

ROMA



ORÍGENES DE LA ESCLAVITUD EN ROMA. MUCHEDUMBRE, OCUPACIONES, MERCADOS Y PRECIO DE LOS ESCLAVOS

Ningún pueblo de la Antigüedad tuvo tantos esclavos, ni traficó tanto en ellos como Roma. Dióselos su legislación civil y criminal, el derecho de gentes que entonces regía, y a veces aun la violencia.

Los esclavos, dijo el emperador Justiniano, o nacen o se hacen,¹ y bajo de tan simples palabras se comprenden todos los modos de esclavizar que hubo en Roma: tales fueron la autoridad paternal, la exposición del hijo por el padre, nacimiento, deudas, ciertas faltas y delitos, guerras, comercio, plagio, y piratería. Salvo estos dos últimos modos, legítimos fueron todos los demás. Pasemos, pues, a examinarlos detenidamente en el orden en que los he indicado; siendo de advertir que ni todos nacieron simultáneamente, ni tuvieron la misma duración ni menos produjeron igual abundancia de esclavos.

Tan inmensos y terribles fueron los derechos que la ley romana concedió al padre de familia sobre sus hijos, que pudo hasta matarlos. Por eso dijo el jurisconsulto Gayo, que casi no había otros hombres que tuvieran sobre sus hijos un poder igual al de los romanos.² Un joven notable por su belleza, instrucción y talento púsose en camino para seguir la criminal bandera de Catilina; mas, sabiéndolo el senador Fulvio, su padre, hízolo detener y matarle, diciéndole estas palabras: “Yo te he dado la vida no para servir a Catilina contra la patria, sino a la patria contra Catilina”.³ Casos semejantes pudieran citarse fundándose en Dionisio de Halicarnaso y otros historiadores,⁴ y aun es controvertible si Bruto procedió en la condenación de sus hijos, más bien como cónsul que como padre.

Si el padre de familia pudo matar al hijo, con mayor razón venderlo.⁵ Este derecho existió desde los tiempos de Rómulo, pues Numa, segun-

do rey de Roma, lo mitigó prohibiendo al padre que vendiese al hijo casado con su consentimiento, por ser muy duro que la mujer que había tomado por marido a un hombre libre, se encontrase de repente con un esclavo.⁶ Pero la templanza que Numa introdujo en tan bárbaro derecho, no fue de larga duración, porque los decenviros insertaron en su cuarta Tabla la terrible ley de Rómulo;⁷ y desde entonces la patria potestad recobró toda su fuerza primitiva. Esta potestad fue superior a la que el amo tenía sobre el esclavo, pues una manumisión bastaba para que éste quedase libre, mientras que el hijo vendido dos veces, y otras tantas libertado, volvía a caer bajo la paterna autoridad, y sólo cuando era de nuevo vendido y por tercera vez libertado, salía completamente del yugo paternal.⁸ Hubo, sin embargo, gran diferencia entre el hijo y los esclavos manumitidos, porque éstos pasaban a la clase de libertos; mas, aquél adquiriría en toda plenitud los derechos civiles y políticos de ciudadano romano.

Muy digno es de notarse, que los derechos que tenía el padre de matar y de vender a sus hijos no cesaron simultáneamente, pues primero se le quitó la facultad de venderlos que la de matarlos, según aparece de una ley del emperador Constantino.⁹ Perdido habían ya en Roma las costumbres su rudeza primitiva, y aún conservaban los padres el derecho de matar a sus hijos. La primera restricción que se les impuso, débese al emperador Trajano, quien mandó que el padre emancipase al hijo que maltrataba.¹⁰ Dícese también que Adriano deportó a una isla un padre que cazando mató a su hijo, no obstante hallarse éste manchado con el adulterio de su madrastra, y a este propósito importa citar aquí las magníficas palabras del jurisconsulto Marciano: “La patria potestad debe consistir en la piedad y no en la atrocidad”.¹¹ Poco más de un siglo después, el año 228 de Jesucristo, el emperador Alejandro Severo, dirigiéndose a un padre, estampó las palabras siguientes en una constitución: “la patria potestad que tenéis, os da el derecho de castigar a vuestro hijo; y si él persiste en su conducta, podéis acudir a un medio más severo, llevándolo ante el presidente de la provincia, para que contra él pronuncie el castigo que pidiereis”.¹² Por último, Constantino promulgó en 319 una ley imponiendo la terrible pena de parricida al padre que matase a su hijo.¹³ ¡Cuán inmensa diferencia entre las leyes de las Doce Tablas y las del imperio! Las primeras fueron hijas de las bárbaras y feroces costumbres de los antiguos romanos; mas, las segundas, dictadas por la filosofía y el cristianismo.

Ni a matar y vender al hijo limitáronse los derechos del padre, que extendiéronse también a exponerlo en su infancia para eximirse de mantenerlo: acción que en ciertos casos fue origen de esclavitud.

Si en los primeros tiempos de Roma, la superstición arrastró los padres a exponer a los hijos mal conformados o enfermizos, la miseria

forzolos después a continuar en la perpetración de esa maldad. Con el hecho de arrojarlos del hogar doméstico, entendiéndose que renunciaban a la patria potestad;¹⁴ ¿pero los niños abandonados a la pública conmiseración caían bajo la esclavitud de las personas que los recogían para librarlos de la muerte? Séneca, el Anciano afirma que sí.¹⁵ Lo mismo se infiere de un pasaje de Suetonio, en que dice, que el expósito Antonio Gnifón fue libertado por el hombre que lo recogió.¹⁶ Quintiliano en las Declamaciones que se le atribuyen,¹⁷ reconoce en el padre el derecho de reclamar a su hijo en cualquier tiempo, con tal que pague todos los gastos de su alimentación. ¿Pero deben éstos considerarse como precio de venta, o tan sólo como indemnización alimenticia?

El conflicto de estas opiniones nació, de que no había ley que positivamente fijase la condición de los expósitos; y por eso, Plinio, el Joven, gobernador de la Bitinia, en su consulta a Trajano, le decía: “El estado y los alimentos de los niños que se llaman expósitos, es, Señor, en toda esta provincia, asunto de gran contienda, y como no he encontrado en las constituciones de vuestros predecesores ninguna decisión general sobre esta materia, ni particular a la Bitinia, he creído deber acudir a vuestras órdenes”.¹⁸ Y Trajano le responde: “Frecuentemente se ha tratado la cuestión de aquellos, que habiendo nacido libres, son expuestos, recogidos después por algunos, y educados en la esclavitud... Yo pienso que no se debe negar la libertad a los que la reclamen, ni que se les puede obligar a rescatarla pagando el precio de los alimentos que han recibido”.¹⁹ De estas palabras claramente se colige, que hasta entonces habían los expósitos sido esclavizados.

Sancionada en Roma la esclavitud, esclavos nacieron los hijos de padres esclavos, o sólo de madre esclava.²⁰ *Verna* llamáronse los nacidos en casa del amo, palabra derivada del latín *ver* (primavera), por ser ésta la estación en que más nacían.²¹ Varrón recomendó que se les fomentase en los campos, pues su nacimiento ligaba los padres a la heredad en que habitaban.²² Lo mismo pensó Columela, quien además eximía de todo trabajo a la esclava que había criado tres hijos, y a la que mayor número, premiábala con la libertad.²³ Pero tan buenos consejos y ejemplos fueron desatendidos por la generalidad de los romanos. Como el hijo seguía la condición de la madre, la ley de Roma, a imitación de otros pueblos antiguos, declaró, que si nacía de padres esclavos, perteneciese al amo de aquélla.²⁴ Y con razón, porque sobre él pesaban exclusivamente todos los inconvenientes del embarazo, de la lactancia, y la pérdida de la esclava si moría del parto.

El acreedor pudo prender, azotar y aun vender al deudor.²⁵ Cuando éste se obligaba a prestar algunos servicios en pago del dinero que había recibido, no se consideraba como esclavo, sino comprometido o ligado (*nexus*).²⁶ Si no estaba en poder del acreedor, y reconvenido por él,

reconocía la deuda, dábale el plazo de 30 días para que la pagase; mas, si no lo hacía, se le arrastraba ante el pretor, y si todavía no pagaba, ni había quien lo fiase, era entregado al acreedor.²⁷ Éste encerrábalo entonces en el calabozo, que todos los patricios tenían en su morada,²⁸ y al que el decenviro Apio Claudio llamó: el domicilio de la plebe romana;²⁹ atábalo con correa, o poníale grillos de 15 libras de peso a lo menos, y aún más, si quería; y si no se alimentaba a sus expensas, el acreedor debía pasarle diariamente una libra de harina, o más.³⁰ Pero este hombre, reducido a tan mísera situación, aún no era esclavo ante la ley, sino sólo deudor adjudicado, adicto; y si se le ponía en libertad, recobraba su primitivo estado de ingenuo, gozando de todos los derechos políticos.

La diferencia que había entre un adicto y un esclavo, explícala Quintiliano: “Un esclavo, a quien su amo manumite, es un liberto; un adicto vuelto a la libertad, es un ingenuo; un esclavo no la consigue sin el consentimiento de su amo, un esclavo está fuera de toda ley; mas, no un adicto. Propio de un hombre libre es aquello que no se puede tener sin ser libre, como el prenombre, el nombre, el sobrenombre, la tribu. El adicto tiene todo esto”.³¹

Hundido en el calabozo aun podía el deudor componerse con el acreedor. En caso contrario, permanecía encadenado 60 días, en cuyo plazo, el acreedor debía presentarlo tres veces al magistrado en el mercado público, con el intervalo de nueve en nueve días consecutivos; pregonábase allí la cantidad que adeudaba, y si ninguno se compadecía de su suerte, entonces se le mataba o vendía más allá del Tíber;³² para alejarle del territorio romano, y que con su presencia no recordase a todas horas a la plebe la opresión de los patricios. Tanta fue la crueldad de la ley de las Doce Tablas, que cuando el deudor tenía dos o más acreedores, a quienes era adjudicado, éstos podían despedazarlo y repartirse los fragmentos de su cuerpo.³³ ¿Pero perpetraron ellos esta crueldad, o menos feroces por su interés que la ley, prefirieron venderlo y distribuirse el dinero? Aulo Gelio asegura, que nunca leyó ni oyó que tal atrocidad se hubiese cometido;³⁴ mas, considerando las sanguinarias costumbres de los primeros siglos de Roma, y el espíritu de venganza que a veces animaba a los acreedores, no es imposible que algunos infelices deudores hubiesen sufrido la pena de la ley de las Doce Tablas. Si hubo casos en que los padres mataron a sus hijos: ¿por qué negar absolutamente, como lo hacen escritores modernos, que ciertos acreedores hubiesen matado a sus deudores, cuando con ellos no los ligaba ningún vínculo de sangre?

Ese género de esclavitud fue ocasión de graves turbulencias en Roma. Las tierras que a ciudadanos pobres se repartieron en las primeras conquistas, paulatinamente fueron perdiéndolas. Obligados de continuo los plebeyos a tomar las armas para ir a la guerra, separábanse de sus fa-

milias y pequeñas heredades, y como aún no recibían ningún sueldo, pues que esto no se hizo hasta la segunda mitad del cuarto siglo de la fundación de Roma,³⁵ hallábanse con frecuencia, cuando volvían a sus hogares, envueltos en la miseria. Vendían entonces sus tierras, tomaban dinero prestado a muy crecida usura, y no pudiendo pagar a los acreedores ni intereses ni capital, acababan por ser sus esclavos. No era posible que un pueblo valiente como el romano se resignase en silencio a tan lamentable condición. La inminente guerra de los volscos ofreció a los plebeyos favorable coyuntura, y rehusando empuñar las armas, exclamaron en su indignación: “Nosotros, que combatimos en el extranjero por la libertad y supremacía de Roma, no encontramos en el interior sino cautiverio y tiranía; la libertad del pueblo está menos en peligro durante la guerra, que en la paz, y en medio de los enemigos que de los conciudadanos”.³⁶

Agregose a estos clamores una circunstancia que hizo estallar el incendio. Presentose en el foro un anciano con el vestido mugriento y andrajoso, su palidez y flaqueza, su larga barba y revueltos cabellos daban a su rostro una expresión feroz; pero en tan horrible figura se reconoció a un centurión que había derramado su sangre por la patria, y en prueba de su valor; él mostraba las nobles cicatrices de su pecho. A la multitud que le rodeaba, hablóle así. “Mientras yo servía en la guerra contra los sabinos, mi cosecha fue destruida por el enemigo, quemada mi casa, y robado mi ganado. Compelido a pagar el impuesto en tan gran miseria, me fue forzoso tomar dinero prestado: creciendo mis deudas con la usura, priváronme primero de las tierras que heredé de mi padre y de mi abuelo, y después, de todo cuanto poseía, y extendiéndose bien pronto como un mal roedor, llegaron hasta mi cuerpo. Cogido, en fin, por mi acreedor; he encontrado en él, no un amo, sino un carcelero y un verdugo”.³⁷

En diciendo esto, muestra sus espaldas despedazadas de azotes; la multitud lanza un grito de horror; el tumulto se propaga del foro a toda la ciudad; acuden los demás deudores; júntase el Senado; el pueblo pide remedio a sus males; opónense muchos patricios; pero aterrados con la noticia de que los volscos marchaban contra Roma, y que los plebeyos no querían tomar las armas, el cónsul Servilio publicó un edicto en que dio libertad a los deudores, y prohibió que mientras el soldado estuviese en campaña, ni se vendiesen sus bienes, ni los acreedores se apoderasen de sus hijos o nietos.³⁸

Aunque estas disposiciones conjuraron entonces aquella tempestad, su carácter transitorio no daba garantías para el porvenir. Triunfante Roma, y hecha la paz con los volscos, el pueblo pide la abolición de las deudas, y el dictador Valerio inclínase a su favor; pero no pudiendo vencer la resistencia del Senado, abdica la dictadura; la plebe se retira al

Monte Sacro; y no vuelve a entrar en Roma sino a la sombra de los tribunos.³⁹ ¿Pero qué podían éstos contra una ley, que sobre quedar vigente, estaba sostenida por la prepotencia de los patricios? Continuaron, pues, los abusos, y las cadenas de la esclavitud siguieron cayendo sobre los deudores con el mismo peso que antes.⁴⁰

La insolencia de un noble romano abrió nuevo horizonte a la oprimida plebe. Para pagar las deudas de su padre, un hermoso muchacho llamado Publilio se entregó en manos del infame usurero Papirio. Aquél resiste con firmeza a los livianos deseos de su opresor, quien ardiendo en venganza le hace desnudar y bárbaramente azotar. Con el cuerpo destrozado, el joven logra escaparse: “laméntase por la ciudad, dice Tito Livio,⁴¹ de la infamia y crueldad del usurero; crece la muchedumbre, movida de compasión por su juventud, indignada de su ultraje, animada también de un sentimiento personal por la suerte que a ella y a sus hijos podía caberles, lánzase al foro, y de allí se dirige precipitadamente hacia la curia. Forzados los cónsules por este tumulto imprevisto, convocaron el Senado, y al paso que los senadores entraban en la curia, arrojábanse a sus pies, mostrándoles el cuerpo del joven todo despedazado. Aquel día se rompió, por el atentado y la violencia de un solo hombre, uno de los lazos más fuertes de la fe pública. Los cónsules recibieron orden de proponer al pueblo que, en adelante, ningún ciudadano pudiera ser atado o encadenado sino por una pena merecida, y mientras purgase su delito; debiendo los bienes y no el cuerpo del deudor, ser responsables de su deuda”.

Ocurrieron estos sucesos a los 424 años de la fundación de Roma. Para que no se repitiesen, publicose entonces la ley *Petillia Papiria*, mandando que en adelante los deudores pudiesen comprometer sus bienes, pero no sus personas.⁴² Cesó, pues, legalmente en Roma la esclavitud por deudas; mas, la suerte de los deudores continuó en deplorable estado, porque en la segunda guerra púnica vemos todavía, que consternada Roma con los desastres de la batalla de Cannas ofreció completa libertad a los condenados por deudas y delitos, si tomaban las armas contra Aníbal.⁴³ La historia no nos ha dejado noticias ciertas acerca de la época en que la esclavitud por deudas desapareció de los demás pueblos de Italia; pero es incontestable, que se prolongó en las naciones que Roma conquistó fuera de ella.

Cuando el Senado autorizó a Mario para que en su expedición contra los cimbrios emplease tropas auxiliares sacadas de las naciones transmarinas, y sus diputados las pidieron a Nicomedes, rey de Bitinia, éste les respondió que los publicanos⁴⁴ se habían llevado, en pago de los tributos, la mayor parte de sus súbditos, y vendiéndolos en las provincias, el Senado, sintiendo entonces la fuerza de los abusos que en ellas se cometían, publicó un decreto para que no se esclavizase a los hombres libres

de los pueblos aliados de Roma;⁴⁵ pero negligentes los pretores en cumplirlo, repitieron allí y en otras partes esos tristes ejemplos.

A combatir al formidable Mitridates, rey del Ponto, fue Lúculo siendo cónsul, y habiendo recorrido algunas de las provincias del Asia, pertenecientes a Roma, hallólas tan desoladas por la rapacidad de los usureros y publicanos, que sus habitantes habían sido forzados a vender a sus hijos más hermosos y aun a sus hijas vírgenes. Las ciudades, por su parte, habían también vendido los cuadros, las estatuas de los dioses, las ofrendas consagradas a sus templos, y si esto no bastaba para pagar las deudas, sus infelices ciudadanos eran adjudicados a los acreedores como esclavos. Y antes de verse reducidos a tan lamentable situación, sufrían prisiones, torturas y otros males más crueles que la esclavitud. Nacieron éstos de que cuando el dictador Sila pasó al Asia, impuso a sus habitantes la pesada contribución de 20 000 talentos,⁴⁶ o más de 20 millones de pesos. Pagada había sido ya a lo menos dos veces; pero acumulando los usureros usuras sobre usuras, habían hecho subir la deuda a más de 120 000 talentos; de manera que aún restaban por pagarse 80 000; o sea, más de 80 millones de pesos. Para remediar tan graves injusticias, Lúculo fijó el interés del dinero a 1 % al mes, prohibiendo que más se exigiese; abolió toda usura que sobrepujase al capital; mandó que los acreedores percibiesen la cuarta parte de la renta de los deudores, y que si alguno hubiese aumentado el capital capitalizando los intereses, perdiera aquél y éstos. Con este reglamento pagáronse todas las deudas en menos de cuatro años, y hallándose libres los bienes raíces, volvieron a sus propietarios. Los usureros lanzaron el grito contra Lúculo, y como dice Plutarco, “confiando en el crédito enorme que tenían como acreedores de la mayor parte de los gobernantes, suscitaban a fuerza de dinero algunos demagogos que declamasen contra él; pero Lúculo hallaba la compensación de sus quejas en el amor de los pueblos que gozaban de sus beneficios y en el interés que le mostraban otras provincias que envidiaban la felicidad del Asia a la que había la suerte dado un gobernador tan humano”.⁴⁷

Cuando Casio Longino, uno de los asesinos de César, y uno también de los gobernadores más ladrones que Roma envió a las provincias, pasó a la de Siria, impuso enormes contribuciones para disputar a Dolabela el mando de ella. Parte de Siria formaba Palestina a la que llamaron los romanos provincia de Judea, y en la que gobernaba entonces Antipater como procurador nombrado por Julio César. Extendido a ella el tributo impuesto por Casio, no pudieron pagarlo sus habitantes, y Antipater, para cubrir esta deuda, viose forzado a ceder a Casio las ciudades de Thamna, Emmaús, Lydda y Gophna, cuyos habitantes fueron vendidos por él como esclavos.⁴⁸

La usura fue en todos tiempos una de las plagas de Roma, y con ella se mancharon hasta sus hombres esclarecidos. Había el Senado romano

fijado el interés del dinero en 12 % al año; pero su edicto se quebrantaba con frecuencia, y uno de los casos más infames que nos ha trasmitido la historia, es el del famoso Marco Bruto, otro de los asesinos de César. Oprimidos con duras contribuciones los pueblos que caían bajo la dominación de Roma, acudían a veces a logreros para poderlas pagar. En sus apuros, el Senado de Salamina, capital de la isla de Chipre, tomó de Scapcio, testaferro de Bruto, una cantidad de dinero al enorme interés de 48 % al año; y cuando llegó el tiempo de cobrar, Scapcio, que con el influjo de Bruto se había hecho nombrar prefecto por Apio, gobernador de Cilicia, y obtenido tropa de caballería para ejecutar sus depravados intentos, puso sitio tan riguroso al Senado de Salamina, que cinco senadores murieron de hambre. Y esta atrocidad se cometió, no porque aquel Senado se resistiese a pagar el capital que estaba dispuesto a entregar, sino porque Bruto quería que la deuda continuase, para seguir percibiendo el enorme interés del 4 % al mes.

En estas circunstancias, llegó Cicerón de procónsul a la Cilicia. Escribióle Bruto para que sirviese a Scapcio en cuanto pudiese; e informándose Cicerón del asunto, rechazó con indignación, cual magistrado integérrimo, las injustas pretensiones de Bruto y de Scapcio. El relato que de estos sucesos hace Cicerón en sus epístolas a su amigo Ático, es tan interesante, no sólo por la naturaleza del asunto, sino por los personajes que en él intervienen, que debo hablar de él en un apéndice;⁴⁹ y el hombre imparcial que lo lea, admirará el inmenso contraste que hay entre las ideas y los sentimientos de Cicerón y de Bruto.

De la república pasó la usura al imperio, y de los males que ocasionó ofrécenos Tácito un ejemplo. Los frisones que habitaban a la margen derecha del Rhin, se sublevaron contra la dominación romana en tiempo de Tiberio, pues las exacciones de Olenius, comandante de la Frisia, los obligaban a dar como esclavos a sus mujeres y a sus hijos.⁵⁰

El ciudadano que rehusaba inscribirse en el censo, o alistarse en la milicia, era azotado y vendido; el primero, por suponerse que renunciaba al derecho de ser libre; y el segundo, como indigno de gozar de una libertad que no quería defender.⁵¹

Por una ley de las Doce Tablas, el ladrón cogido en flagrante delito era azotado y entregado a la persona contra quien había cometido el hurto, para que le sirviese como esclavo. Esto mismo aparece de un pasaje de Aulo Gelio, puesto en boca del jurisconsulto Sexto Cecilio.⁵²

Hubo un tiempo en que ningún romano pudo vender su libertad, y si lo hacía, fuele lícito reclamarla, lo mismo que al padre, hermanos y demás parientes aun contra la voluntad del vendido, pues para su familia era deshonoroso que uno de sus miembros permaneciese en la esclavitud.⁵³ Mas, como acontecía que jóvenes corrompidos se dejaban vender por otro con quien se confabulaban para gozar de una parte del precio

de la venta y anularla después, engañando al comprador, mandose que los mayores de 20 años, que consintiesen en tales ventas, esclavos se quedasen;⁵⁴ bien que pudieran libertarse como los demás esclavos, pero no entrando en la clase de ingenuos, cual habían sido, sino en la de libertos.⁵⁵

Los condenados por algún delito a trabajar en las obras públicas, a combatir en la arena con las fieras, o a morir en un patíbulo, fueron también esclavos; mas, no de personas, sino esclavos de la pena (*servi poenae*).⁵⁶ Cuando se imponía el último suplicio, la víctima, antes de llegar a las manos del verdugo, perdía su libertad, transformándose en esclavo, pues la majestad de Roma se ofendía de entregar un hombre libre a castigo tan infamante.

Uno de los últimos modos de esclavizar en Roma fue el establecido por Claudio en el senadoconsulto que lleva su nombre. Por consejo del liberto Pallas, aquel emperador condenó a esclavitud la mujer libre que a sabiendas se enlazaba con esclavo ajeno, sin consentimiento del amo;⁵⁷ pero a los ojos de la ya corrompida Roma, esa mujer quedaba libre cuando se enlazaba con el esclavo de su hijo o con el de su liberto.⁵⁸ Parece, pues, que el objeto de aquel senadoconsulto fue, no tanto castigar la inmoralidad de la acción, cuanto preservar ilesos los intereses del amo extraño; intereses que quizá no se consideraban perjudicados en los dos casos anteriores, porque siendo tan estrechos los vínculos entre el hijo y la madre, y entre el liberto y su patrona, el contubernio de ella con el esclavo de alguno de los dos, podía mirarse como contraído con esclavo propio.

Finalmente, la insolencia de los libertos con sus patronos llegó a tal punto, que fue preciso enfrenarla, condenando las leyes a nueva esclavitud al liberto ingrato.⁵⁹ Hablando de éste Valerio Máximo dice que entre los marselleses, pueblo tan recomendable por su respeto a los antiguos usos, como por su adhesión al imperio romano, era permitido anular hasta tres veces la manumisión de un mismo esclavo, si otras tantas era convencido de haber faltado a la confianza de su amo; pero que, a la cuarta, la justicia rehusaba intervenir en favor de éste, fundándose en la consideración de que no debía imputar sino a sí mismo el mal a que tantas veces se había expuesto.⁶⁰

La fuente más abundante que inundó a Roma de esclavos fue la guerra.

El derecho de gentes sancionado en la Antigüedad autorizó al vencedor a matar⁶¹ o esclavizar al vencido.⁶² Fue, de aquí, que los romanos llamasen al esclavo (*servus*), esto es, guardado, porque en vez de matar al prisionero, se le podía vender, y, por lo tanto, conservar (*servare*). Llamose también *mancipium*, de las palabras *manu captus*, que significan cogido con la mano.⁶³

En un principio, deseando los romanos aumentar la población de Roma, lleváronse a ella e incorporaron en el número de ciudadanos a los habitantes de los pueblos vecinos que habían vencido.⁶⁴ Otra política siguieron más adelante. Los enemigos que se daban o rendían a discreción, y que por eso se llamaron *dediticios* (*deditii*), conservaban su libertad.⁶⁵ En las ciudades tomadas por asalto, matábase a sus defensores;⁶⁶ pero si peleaban en campal batalla, la esclavitud era la suerte de los prisioneros, aunque hubo casos en que algunos de éstos fueron sacrificados, ora en el mismo campo de batalla, como lo hizo Bruto,⁶⁷ ora echándolos a pelear entre sí para recreo de las tropas,⁶⁸ ora, en fin, matándolos después de haber servido para adornar el triunfo de los generales victoriosos; costumbre sanguinaria que duró muchos siglos; pero que no siguió Pompeyo, concluida la guerra contra Mitrídates.⁶⁹

Desde temprano comenzó en Roma la esclavitud de los prisioneros de guerra. Tarquino, el Anciano vendió a todos los habitantes de Cornículo, ciudad de la Sabina.⁷⁰ Lo mismo hizo Camilo con los de Veyes,⁷¹ y suerte igual corrieron otros de los etruscos, volscos y pueblos vecinos.⁷² Durante la guerra con los samnitas, cayeron en Aquilonia 3 870 prisioneros;⁷³ 11 400 en Cominio;⁷⁴ en Volona, Palumbino, Herculáneo y Lepino casi 8 000;⁷⁵ y la venta de todos ellos produjo 2 033 000 libras de cobre.⁷⁶ Cuando el cónsul Curio Dentato, se apoderó de Tarento, vendió en su basta 30 000 de sus habitantes.⁷⁷ Hasta entonces sólo habían marchado en la procesión triunfal de los generales romanos prisioneros de Italia; mas, como los tarentinos hubiesen llamado en su ayuda a Pirro, rey del Epiro, vióse en Roma el carro del vencedor acompañado por primera vez de cautivos extranjeros, hijos de Macedonia, Tesalia y otras partes.⁷⁸ Con la rendición de Tarento, ya los romanos fueron dueños de países que en aquel tiempo no formaban parte de la Italia propiamente dicha, cuyos límites al norte trazábanlos el Rubicón y la Galia Cisalpina, y al mediodía la Magna Grecia; pero a este resultado no llegaron sin haber derramado mucha sangre y reducido a esclavitud inmenso número de personas libres.

La ambición romana ya no cabía dentro de la península itálica. La conquista de Sicilia, origen de la primera guerra contra Cartago, aumentó la esclavitud, y Roma victoriosa extendió su poder a la Cerdeña. Privada ésta por sus nuevas dominadoras del comercio que hacía con Cartago, acudió a la insurrección; pero comprimida cuantas veces estalló, sus esfuerzos sólo sirvieron para esclavizar a muchos de sus hijos que fueron transportados a Roma.⁷⁹

Bajo la dominación romana cayó Córcega también, y esta isla pagó igualmente al vencedor el tributo de sus esclavos.⁸⁰

En la segunda guerra púnica, el gran Aníbal llevó sus armas al corazón de Italia. Triunfante en sus campañas, el peso de la esclavitud cayó

menos sobre los suyos, que sobre los soldados de Roma. Cierta número de éstos canjease por algunos de Aníbal, y los restantes por 2 libras y media de plata por cabeza: dinero que obtuvo Fabio, general romano, vendiendo sus propias tierras.⁸¹ Vencedor Aníbal en la memorable batalla de Cannas, propuso al Senado de Roma que rescatase por 3 minas a cada uno de los 8 000 prisioneros que había hecho: propuesta que aquel orgulloso Senado rechazó con indignación, no obstante las súplicas y lágrimas de las familias de los cautivos que estaban prontas a pagar su rescate.⁸²

Esto no es de extrañar cuando se trae a la memoria que la ley y la disciplina militar de Roma no sólo fueron severas con sus enemigos prisioneros, sino aun con sus mismos ciudadanos que tal suerte sufrían. La legislación heríalos de muerte civil, y, por consiguiente, perdían todos sus derechos mientras estaban cautivos;⁸³ llegando esto a tal punto, que si el romano era casado, juzgábase disuelto el matrimonio, aunque la mujer no hubiese dejado la casa marital durante su cautiverio.⁸⁴ Para que el matrimonio se restableciese, era menester que los cónyuges consintiesen en renovarlo, bien que si la mujer estaba todavía libre, podía obligársela, so pena de perder su dote.⁸⁵

Muy lamentable hubiera sido la suerte del prisionero romano, si la ley no hubiera por una ficción, templado su rigor desde temprano, disponiendo que libre el cautivo, o por su fuga o por rescate, se considerase que nunca había sido cautivo, y que entraba en el goce de todos sus primitivos derechos, excepto aquellos ya prescritos. Tan rígida fue con sus guerreros la disciplina militar de Roma, que a veces no quería rescatarlos, prefiriendo que el soldado, antes que caer prisionero, muriese peleando en el campo de batalla. Aconteció también, que si el enemigo devolvía sin pedir canje ni rescate a los prisioneros romanos, y Roma por las circunstancias en que se hallara, los volvía a incorporar en sus tropas, era poniéndolos en condición inferior a la que habían tenido. Cuando Pirro devolvió a Roma sus prisioneros, el Senado decretó que los que habían servido en la caballería, fuesen alistados en la infantería; que los infantes pasasen a las filas de los honderos auxiliares, y que ninguno de ellos pudiese reposar bajo de ningún abrigo dentro del campamento, ni fortificar con fosos o palisadas el lugar que se les señalara fuera de él, ni tener tienda cubierta de pieles. Para adquirir su completa rehabilitación, no les quedó más recurso que el de presentar el despojo de dos enemigos; y tan eficaz fue este castigo, que aquellos soldados fueron después los enemigos más formidables de Pirro.⁸⁶

Esto aconteció en el año 475 de la fundación de Roma; y también armose el Senado de mayor rigor en ocasión mucho más grave, cual fue cuando le hizo Aníbal la propuesta que acabo de mencionar. Antes que asentir a ella, Roma prefirió libertar y armar 8 000 de sus esclavos.⁸⁷ Aníbal,

asombrado de tan extraordinaria energía, y viendo que ya no podía sacar del rescate de los prisioneros el dinero que necesitaba, desahogó su cólera, matando a unos,⁸⁸ y vendiendo a otros.⁸⁹ Muchos de éstos fueron llevados a Grecia, y cuando el cónsul Flaminio pasó a ella como su libertador, aún vivían 1 200. Los aqueos, deseosos de mostrar a Roma su gratitud, los rescataron a razón de 5 minas por cabeza, y entregáronlos libres a Flaminio, al momento de embarcarse para tornar a Italia.⁹⁰

Refiere Diodoro de Sicilia, que forzado Aníbal a abandonar aquella península, para acudir a la defensa del territorio de Cartago invadido por Escipión, esclavizó a sus mismos aliados. Reuniolos antes de partir, y proponiéndoles que le siguiesen, o se quedasen, aquellos que rehusaron acompañarle, fueron envueltos por sus tropas, y después de permitir a cada soldado que esclavizase un aliado, hizo degollar a los 23 000 restantes.⁹¹ Tal vez en el número de las víctimas y aun en el fondo de este relato podrá haber alguna exageración, pues Diodoro tomó esta noticia de la boca de los romanos, enemigos mortales de Cartago y de aquel célebre capitán.

La tercera y última guerra púnica terminó con la total destrucción de Cartago; y 50 000 hombres y mujeres que se habían refugiado en la ciudadela, fueron esclavizados por Escipión.⁹²

En el intermedio de la primera y segunda guerra púnica, penetraron las armas romanas en algunos cantones de la Liguria; y en hacer esclavos, solieron cometer sus generales graves injusticias que el Senado trató de reparar; por ser contrarias a la política que Roma quería seguir. El territorio de Statiela, teatro fue de una batalla cerca de la ciudad de Caristi, y vencidos los ligures, entregáronse a discreción; pero el cónsul Popilio los vendió. Luego que de tal conducta tuvo noticia el Senado, desaprobola, mandando que Popilio los restituyese a la libertad, indemnizando a los compradores.⁹³

Caso semejante ocurrió poco después en la guerra de Grecia. Maltratados e injustamente vendidos muchos habitantes de la ciudad de Abderes, las quejas de las víctimas llegaron a los oídos del Senado, y éste en su indignación lanzó un decreto ordenando que se pusiese en libertad a cuantos habían sido esclavizados.⁹⁴

Las armas de Roma entraron también en las llanuras que se tienden hasta los Alpes, iniciando en las Galias la era de combates que se prolongaron hasta los triunfos de César, triunfos comprados con la sangre y la libertad de los hombres, pues hay quien asegure que esclavizó más de 400 000 galos,⁹⁵ y quien hasta un millón.⁹⁶

No fue a los galos desconocida la esclavitud, y a veces sirviéronles los esclavos para fomentar el vicio de la embriaguez. Amando el vino con pasión, llevábenselo los comerciantes italianos, quienes recibían un esclavo joven por un tonel de aquella bebida.⁹⁷

No contento César con esgrimir su espada contra las Galias, fue el primero que llevó a Inglaterra sus legiones victoriosas de la que casi no sacó más botín que los esclavos que importó en el continente;⁹⁸ y de la que otros también siguieron sacándolos, sin que de la esclavitud se librasen ni aun las familias más ilustres.⁹⁹

España también pagó su tributo a la nación que ya desde tiempos anteriores había empezado a dominar el mundo, y su constancia en defender su independencia no hizo más que remachar las cadenas de sus hijos, pues unos fueron vendidos en su misma patria, y otros en tierra extranjera.¹⁰⁰ Cuando el cónsul M. Porcio Catón fue a España, vendió como esclavos a todos los bergistanos¹⁰¹ que se alzaron segunda vez contra la dominación de Roma. Si Polibio celebra la clemencia de Publio Escipión en Cartagena, porque de entre todos sus habitantes sólo esclavizó a 2 000 artesanos, para que unos construyesen armas y máquinas, y otros remasen en las naves, ofreciéndoles la libertad si bien se portaban,¹⁰² Plutarco acrimina la crueldad de Sertorio cuando mandó degollar a unos y vender a otros de los jóvenes que hacía educar en la ciudad de Osca.¹⁰³ Y estas escenas de esclavitud y de muerte representáronse no sólo en la guerra, sino también en la paz, pues Servilio Galba al desarmar 7 000 lusitanos, mató a unos y vendió a otros.¹⁰⁴

La invasión de los teutones y cimrios en las Galias y la Italia, ofreció a Mario el más grande de sus triunfos, pues habiéndolos destrozado en las dos célebres batallas de Aix y de Verceil, les esclavizó de 140 a 150 000 hombres.¹⁰⁵

Mucho antes que Roma hubiese asentado su dominación en el occidente de Europa, volvió sus armas contra el oriente. Invadió la Iliria, declaró la guerra a Perseo, rey de Macedonia, y abrazando el Epiro en funesta hora, la causa de ese monarca, Paulo Emilio triunfa de todos, y a los guerreros esclavizados hácelos subir al Capitolio, uncidos a su carro triunfal. Terminada esta lucha, el Senado decretó un severo castigo contra el Epiro, y en un mismo día, y a una misma hora, 70 ciudades fueron saqueadas, y 159 000 personas reducidas a esclavitud.¹⁰⁶ Grecia adornada con la sombra de libertad, que por un momento se le había dejado, pronto despertó de su letargo, pero al salir de él, hallóse entre cadenas, y viendo arrastrar como esclavos a sus últimos defensores para ser vendidos en el mercado de Roma.

En defensa de sus aliados, Roma declaró la guerra a Antíoco III, rey de Siria. Vencido en las batallas de las Termópilas y Magnesia, vióse forzado a aceptar una paz humillante, siendo una de las condiciones, que él y sus pueblos restituyesen a los romanos, sus esclavos, los de sus aliados, sus prisioneros, los tráfugas, y en fin todos los cautivos que tenían en su poder.¹⁰⁷ Roma, pues, al paso que imponía el yugo de la esclavitud a sus enemigos vencidos, mostrábase a veces muy solícita de

que no gimiesen bajo de él ningún hombre que llevaba el título de romano, ni tampoco ninguno de sus aliados.

Tracia le dio sus robustos esclavos para los combates gladiatorios, y cuando las legiones penetraron en Asia, ¿quién podrá calcular el número de personas que perdieron su libertad? Esclavos hizo Catón en la isla de Chipre;¹⁰⁸ esclavos hizo Lúculo en Mitilene, tomando a sus habitantes, además de muchos prisioneros, un botín inmenso, y 6 000 de sus esclavos;¹⁰⁹ y cuando el mismo Lúculo estuvo en Asia segunda vez peleando contra Mitrídates, rey del Ponto, abundaron tanto aquéllos en su campamento que se vendían a 4 dracmas (3 frs. 60 cént.) por cabeza.¹¹⁰ Esclavos también hizo Craso en la Mesopotamia,¹¹¹ esclavos hizo Cicerón en su campaña de Issus y en el sitio de Pindenissa, los que vendidos allí, importaron 12 millones de sestercios.¹¹² y si crédito se da a la exageración de los números, Pompeyo, en su carrera triunfal por el vasto imperio de Mitrídates, esclavizó casi 2 millones de personas.

A do quiera que Roma extendía su poder, transformaba en esclavos porción del género humano, pues bajo sus águilas siempre marcharon reunidas la victoria y la esclavitud. Ni aun los arenales de la Arabia se escaparon de la dura ley del vencedor. Internose en ellos Petronio en persecución de los etiopes que atacaron la Tebaida, dioles alcance, batiolos, y de los prisioneros que hizo, 1 000 fueron enviados a Augusto, y los demás vendidos en Egipto.¹¹³

Bajo el reinado de aquel príncipe fueron vendidos también en Eporedia, colonia romana, 44 000 salasios, pueblos que habitaron la mayor parte del país, que hoy se llama valle de Aosta en el Piamonte, y que sostuvieron muchas lides con Roma.¹¹⁴ Al advenimiento de Augusto, casi toda España estaba dominada por ella, pero aún conservaban su independencia los cántabros y los astures. Aquéllos fueron los más valientes y peligrosos enemigos de Roma, pues hacían frecuentes incursiones en los pueblos vecinos. Augusto marchó en persona contra los cántabros, atacolos por mar y tierra, venciolos en diversos combates, y los restos que no se dieron la muerte con el fuego, hierro y veneno que extraían del vegetal tejo,¹¹⁵ fueron unos tomados como rehenes, y otros vendidos en subasta como esclavos.¹¹⁶

Caído había la Judea bajo la dominación de Roma, y luchando por sacudirla, alzose contra ella. Marchó Tito a sofocar la rebelión, y sitiando a Jerusalén, consumó la ruina de aquella ciudad en el año 70 de la era cristiana. De los 97 000 judíos esclavizados en asedio tan memorable, los más robustos fueron condenados a trabajar en las canteras de Egipto, los muchachos a ser vendidos, y el mayor número a morir en los combates del circo.¹¹⁷ Por este tiempo, ya Roma casi había cesado en sus conquistas. Las guerras posteriores que sostuvo, fueron más bien para su defensa que para su engrandecimiento, y en el período que terminó

con la destrucción del Imperio de Occidente, ella, más veces vencida que vencedora, hizo menos esclavos que los que le hizo el enemigo.

Viniendo a las guerras civiles, las de Mario y Sila y otras que destruyeron a Roma, pudieron haberle dado muchos esclavos; pero ella, apartándose de los ejemplos de Grecia, no miró como legal la esclavitud de los ciudadanos que empuñaban las armas en las turbulencias civiles.¹¹⁸ Sin duda que esto solía aumentar la efusión de sangre, porque no debiendo ser vendidos los prisioneros, la soldadesca desenfrenada los mataba en el campo de batalla;¹¹⁹ pero en el altivo pensamiento de un romano era más digno y glorioso morir a manos del vencedor que arrastrar las cadenas de la esclavitud. Ésta, pues, lejos de ser fomentada, fue disminuida por las discordias intestinas, porque además de la interrupción que el comercio sufría en aquellos períodos calamitosos, los esclavos se mezclaban en la lucha, y mientras muchos alcanzaban la libertad en premio de sus sanguinarios servicios,¹²⁰ otros eran condenados a muerte.¹²¹ No faltó, empero, guerra civil que diese ocasión a esclavizar. Durante la que estalló entre Galba y Vitelo, Cecina, general de éste, derramó mucha sangre en las Galias, y cuando pasó por la Helvecia en su marcha hacia Italia, destruyó a los helvecios que se le opusieron, vendiendo como esclavos a muchos millares.¹²²

Después de la guerra, fue el comercio la fuente más abundante de esclavitud en Roma.

Mientras los romanos circunscribieron sus conquistas a pueblos poco distantes de su capital, fácilmente pudieron venderse en ella los prisioneros de guerra; pero cuando las extendieron a puntos lejanos, entonces la dificultad y el gasto de conducirlos a Roma, obligó a venderlos hasta en los mismos campos de batalla.¹²³ Esta venta se hacía por los cuestores militares¹²⁴ y si los prisioneros eran de una nación sublevada, solían venderse para remotos países y bajo la condición de que no se les libertase dentro de 20 o 30 años.¹²⁵

Ningún género de comercio en pequeño fue honroso en Roma,¹²⁶ y tildados estuvieron los taberneros y otros que ejercían ocupaciones semejantes. De esta mancha no estuvieron exentos, por más en grande que lo practicasen, los traficantes de esclavos,¹²⁷ a quienes se dio en Roma el nombre de *mangones* o *venalicios* (*venalitiī*),¹²⁸ y que Plauto representa en el teatro de Roma como hombres de mala fe y de durísimo corazón.¹²⁹

Para surtir a Roma y a otros países de Italia, acudían los mangones a los campos de batalla a comprar los prisioneros, o iban en pos de esclavos a diferentes países. Sacáronlos de Cerdeña,¹³⁰ Córcega,¹³¹ África,¹³² España,¹³³ e Inglaterra.¹³⁴ Parte de los de España, que eran fuertes según Plinio,¹³⁵ lleváronse probablemente por agua, pues todo el comercio de su región meridional, llamada entonces Turdetania, se

hacía en naves que iban directamente al puerto de Ostia y a otros de Italia.¹³⁶

A otros países encamináronse igualmente los romanos, siguiendo las aguas del Danubio. En el fondo del Adriático fundaron, 186 años antes de Cristo, la ciudad de Aquileya. Desde allí enviaban en carros sus mercancías, y atravesando por el monte Odra la parte más baja de los Alpes, llegaban a Nauporto que distaba 13 o 14 leguas de Aquileya. En Nauporto tomaban las aguas de uno de los afluentes del Danubio, y entrando en él, llevaban las mercancías a los panonios, tauriscos, y otros pueblos que en sus márgenes habitaban. Los ilirios, situados cerca de ellas, daban ganado, pieles y esclavos, en cambio de vino, aceite y salazón.¹³⁷

Las riquezas que afluyeron a Roma con la conquista de Macedonia, y los funestos ejemplos que a los romanos se presentaron en Grecia durante la guerra contra Perseo, produjeron en sus costumbres la alteración más profunda. El lujo y la grandeza exigieron nuevos esclavos desde entonces, y fue preciso buscarlos en mercados más abundantes que los hasta aquí mencionados.

La isla de Delos aunque pequeña, fue tenida en gran veneración desde la más remota Antigüedad, por sus dos divinidades, Apolo y Diana. Creció en importancia con la dominación de los atenienses, quienes fomentaron en ella el comercio y la religión. Su prosperidad llegó al colmo después que destruida Corinto por los romanos, 146 años antes de Cristo, los comerciantes de esta ciudad se establecieron en Delos por su ventajosa situación, pues se hallaba en la carrera de todos los que de Italia y de Grecia iban al Asia. La invasión de los generales de Mitrídates y las convulsiones de Atenas la arruinaron completamente;¹³⁸ pero durante el período de su grandeza fue el más rico emporio donde Roma se surtió de esclavos, pues muchos millares de ellos se traficaban en un solo día.¹³⁹ Y no fue Delos el término de las expediciones de los mangones; que también acudieron por esclavos a la Siria, Frigia, Bitinia, y otras provincias del Asia.¹⁴⁰ No sólo Grecia ya subyugada entregó a Roma sus hijos esclavizados, sino también las colonias del Ponto Euxino, donde las belicosas tribus del Cáucaso vendían sus prisioneros; y las costas de ese mar, según dice Polibio, dieron a Roma gran número de esclavos de superior calidad.¹⁴¹

Otra fuente de esclavitud en Roma, aunque reprobada y castigada por las leyes, fue el plagio; delito que consistía en ocultar, vender o robar personas libres, libertos o esclavos ajenos,¹⁴² y castigolo la ley Fabia primero con una multa, y después, echando a minas al plagiario.¹⁴³ En los tiempos de turbulencias civiles aumentose este mal, porque so pretexto de defenderse, andaban públicamente armados algunos hombres, y sorprendiendo en los campos a libres y esclavos, vendíanlos o encerrábanlos en los *ergástulos*, que eran las prisiones que tenían los

patricios en sus heredades. Para reprimir tales delitos, y poner en libertad a todos los injustamente encerrados en esas prisiones, Augusto mandó visitarlas;¹⁴⁴ y Tiberio repitió la misma orden, cediendo a la voz pública, que decía hallarse presos en ellas, no sólo los viajeros robados, sino escondidos los ciudadanos que deseaban sustraerse del servicio militar.¹⁴⁵

Diocleciano agravó las penas contra el plagiarlo, fuese libre o esclavo el robado.¹⁴⁶ Castigo más cruel aplicó Constantino, pues si el plagiarlo era libre, se entregaba a los gladiadores para que lidiase en la arena; y si esclavo, se le echaba en el circo para ser devorado por las fieras.¹⁴⁷ En el Imperio de Oriente, León, el Sabio templó el rigor de esta pena, cuando el plagio se cometía contra un esclavo, porque como entonces el delito no consistía en privar al hombre de su libertad, sino en hurtar la propiedad ajena, quiso que al plagiarlo sólo se le castigase como ladrón.¹⁴⁸

San Juan Crisóstomo habla de la frecuencia con que el plagio se cometía en aquellos tiempos.¹⁴⁹ Hombres armados salteaban en los campos y caminos; y como los robos de gente y de otras cosas se perpetraban con más facilidad a caballo que a pie, los emperadores Valentiniano y Valente dictaron, en 364 y 365, varias disposiciones relativas a los individuos que podían tener o usar caballos en la Calabria, Lucania, Samnio y otras provincias de Italia, permitiéndose el uso de ellos tan sólo a los senadores y demás personas exentas de la sospecha de ladrones.¹⁵⁰ Manchados con ella los pastores de las provincias de la Valeria y del Piceno, prohibioseles por Arcadio y Honorio en 399 el uso de caballos, imponiéndose la pena de destierro a los amos o administradores de las heredades que, sabiéndolo, no lo impedían.¹⁵¹ Tan funesta reputación de ladrones tuvieron los pastores de aquellos tiempos, que Honorio y Teodosio mandaron en 409, que no se les diese a criar niños; y que si alguno lo hacía, se le considerase por este solo hecho como perteneciente a la sociedad de los ladrones.¹⁵²

La piratería, que sin confundirse jamás con la guerra, tiene con ella mucha semejanza, porque en ambas impera la fuerza, fue otro principio de esclavitud entre los romanos; pero principio que, lejos de haber sido aprobado por el derecho de gentes, como la guerra, fue prohibido por las leyes de Roma.¹⁵³ A la piratería fueron muy dados los antiguos etruscos o tirrenos, según dicen Strabón y Ateneo;¹⁵⁴ cuyas expediciones salieron de los puertos del sur de Italia, sirviéndoles de principal guarida las islas de Lípari.¹⁵⁵ A los etruscos sucedieron mucho tiempo después los cretenses,¹⁵⁶ quienes en el año 189 antes de la era cristiana retenían en esclavitud, como ya hemos dicho al tratar de Creta, a muchos ciudadanos romanos y a otros italianos.¹⁵⁷ Piratas de profesión en el Adriático fueron también los habitantes de la costa de Iliria;¹⁵⁸ pero ni ellos, ni los etruscos fueron los terribles enemigos del Mediterráneo,

pues el gran peligro venía de la Panfilia y la Cilicia. En fomentar las osadas empresas de aquellos piratas influyeron varias causas. Destruídas por Roma desde temprano las escuadras de Cartago, y más tarde las de Antíoco, ella quedó desde entonces sin ningún rival marítimo. Cuidando poco de convertirse en potencia naval, no vigiló los mares como debiera, y alentados los piratas con la impunidad redoblaron sus asaltos. Favoreciolos el desorden que produjeron en Asia las guerras con Mitrídates,¹⁵⁹ y el odio que los reyes de Egipto y Chipre tenían a los de Siria, cuyas costas les dejaban impunemente saquear a la sombra de que hacían el tráfico de esclavos; favoreciolos la poca importancia que los romanos dieron en aquellos tiempos a los países situados más allá del Tauro; y cuando más adelante empezaron a sentir los males de la piratería, no pudieron volver su atención hacia ella, porque la guerra civil los despedazaba; favoreciolos, en fin, la facilidad con que vendían a los mismos romanos que apresaban, y la gran ventaja que les ofrecía el famoso mercado de la isla de Delos.

Llevaron también sus cautivos a la Cilicia y la Panfilia; y en Side, ciudad situada en esta última provincia, tuvieron sus astilleros y el principal mercado adonde vendían escandalosamente los hombres, sin negar que fuesen libres.¹⁶⁰

Apoderados del Mediterráneo, obstruyeron el comercio, desolaron las islas, saquearon los templos, y exigieron rescates a más de 400 ciudades que tomaron. Cuando cogían en el mar algún romano, y éste invocaba el título de ciudadano, ellos afectaban temblar de miedo en su presencia, postrábanse a sus pies, pedíanle perdón, poníanle el calzado y la toga para que nadie le desconociese; y después de esta burla tan cruel, colgaban fuera del buque una escalera, mandábanle que se fuese, y si inmediatamente no lo hacía, lo precipitaban al mar.¹⁶¹ A tanto llegó su audacia, que en pleno día desembarcaban en las mismas costas de Italia, y en sus garras caían hasta ciudadanos ilustres. Vestidos con toga pretexta, acompañados de sus criados y precedidos de los lictores con sus haces, lleváronse a los pretores Sextilio y Belino; y la hija de Antonio, abuelo del malvado triunviro, yendo un día a su quinta situada en Miseno, fue sorprendida por ellos, y sólo puesta en libertad merced a un gran rescate.¹⁶²

Al escándalo de estos sucesos, Cicerón exclamó con el acento de un romano indignado: “¿Diré que en estos últimos tiempos el mar estuvo cerrado a nuestros aliados, cuando nuestros ejércitos mismos no se atrevían a pasar el estrecho de Brindis sino en medio del invierno? ¿Me quejaré de que los enviados de naciones extranjeras han sido cogidos viniendo hacia vosotros, cuando nos ha sido preciso rescatar embajadores del pueblo romano? ¿Diré que el mar no estaba seguro para nuestro comercio, cuando 12 fascas han caído en poder de los piratas? ¿Recor-

daré la toma de Gnido, de Colofón, de Samos y de tantas otras ciudades célebres, cuando sabéis que nuestros puertos, puertos cabalmente de donde sacáis la subsistencia y la vida, han sufrido este yugo deshonoroso? ¿Ignoráis que el puerto celeberrimo de Gaeta, tan lleno de naves, fue saqueado por estos forajidos, bajo los ojos de un pretor, y que en Miseno robaron sus propios hijos al mismo pretor que antes los había combatido en estos parajes? ¿Debo deplorar los desastres de Ostia, vergüenza de la república e ignominia nuestra, cuando casi a vuestra vista, la escuadra confiada a la vigilancia de un cónsul del pueblo romano, fue apresada por los piratas y echada a pique?"¹⁶³

Roma, al fin, mostrose digna de su antiguo renombre y confiando a Pompeyo la empresa de purgar al Mediterráneo de piratas, acabó con ellos en poco tiempo, destruyéndoles sus naves y guaridas, y haciéndoles 20 000 prisioneros.¹⁶⁴

Corriendo la esclavitud hacia Roma por tan diversos canales, inundose de esclavos su territorio; siendo los años gloriosos de la república y el primer siglo del imperio el período en que más abundaron.

Corto fue su número en las primeras centurias de Roma. Sencillas las costumbres de sus habitantes, pocas necesidades tuvieron. Las mujeres de los ciudadanos hacían el pan para el consumo de la familia;¹⁶⁵ hilaban la lana, tejían los vestidos,¹⁶⁶ y como símbolo de este deber, seguíanlas en la ceremonia nupcial doncellas que llevaban husos y lana.¹⁶⁷ Según la expresión de Columela, casi todo el trabajo interior de las casas se desempeñaba en aquellos tiempos por matronas.¹⁶⁸ La historia nos habla de la muchedumbre de esclavos que perecieron con Tulo Hostilio,¹⁶⁹ y de la pompa de las personas que rodeaban al último de los Tarquinos; pero por más que se exagere el esplendor de aquella corte en tiempos todavía groseros, esos sirvientes, si es que existieron en tanto número, no sólo estaban confinados en el recinto del edificio que entonces se decía palacio de los reyes, sino que desaparecieron con la destrucción de la monarquía.

Aunque las artes fueron menospreciadas desde el principio y prohibíase su ejercicio a los nobles romanos,¹⁷⁰ raro sería el esclavo que se ocuparía en ellas, pues las pocas que había, estaban en manos de plebeyos pobres y de algunos extranjeros, etruscos sobre todo, que acudían a Roma.¹⁷¹

Las corporaciones de músicos, plateros, zapateros, carpinteros y de otros artesanos en que Numa dividió el pueblo, no se compusieron de esclavos, sino de plebeyos y extranjeros domiciliados en Roma.¹⁷²

La agricultura, por el contrario, fue tenida en gran honra, y el mayor elogio que se podía tributar a un ciudadano, era llamarle buen labrador.¹⁷³

Los senadores habitaban en sus campos y por eso el empleado público que los convocaba para que se reuniesen en la ciudad, llamose *viator*,

pues andaba por las vías o caminos.¹⁷⁴ Los patricios amaban la vida campestre, y aun los más ilustres de ellos cultivaban la tierra con sus propias manos.¹⁷⁵ Cuando Cincinato recibió el mensaje del Senado en que le nombraba dictador, arando estaba su pequeño campo en la colina del Vaticano;¹⁷⁶ y el suyo sembraba Atilio cuando el pueblo romano le llamó para que le salvase de los enemigos; y salvado que le hubo, volvió a empuñar la esteva.¹⁷⁷

A estas consideraciones se agrega que las propiedades rústicas eran entonces muy pequeñas. Rómulo¹⁷⁸ dio a cada ciudadano dos huebras (dos *iugera*) de tierra,¹⁷⁹ cuyas suertes se aumentaron en siete huebras después de la expulsión de los reyes.¹⁸⁰ En recompensa de las victorias que Manio Curio alcanzó, el pueblo quiso regalarle 50 huebras; mas, él las rehusó, diciendo, que ciudadano peligroso era aquel a quien no bastaban siete.¹⁸¹ Con tales costumbres y tan pequeñas heredades, apenas tuvieron cabida los esclavos en los trabajos de la agricultura. ¿Recibiríalos Roma en gran número del comercio? Pero su comercio era entonces tan limitado, que muy pocos pudo llevarle. ¿Daríaseles la guerra? Pero, sobre ser todavía muy estrecho el círculo de sus conquistas, muchos de los vencidos no fueron esclavizados. “La tercera, dice Dionisio de Halicarnaso,¹⁸² la tercera de las instituciones de Rómulo, la más importante de todas, y en mi concepto el más sólido fundamento de la libertad de Roma, es la que mandó que no se degollase a los jóvenes de los pueblos conquistados, ni se les esclavizase, ni tampoco se destinasen sus tierras a pastos, sino que se les enviase a Roma como ciudadanos, se repartiese entre ellos una porción de su territorio, y que de las ciudades conquistadas, unas se transformasen en colonias, y a otras se les concediese el derecho de ciudad”. Este pasaje de Dionisio no se debe tomar literalmente, porque ya se ha visto, que los prisioneros muchas veces fueron esclavizados. Ni se olvide, que a conservarlos se opuso el estado de continua guerra en que Roma se hallaba con las naciones vecinas, porque ellos podían fácilmente escaparse y acogerse al territorio enemigo. Corto, pues, hubo de ser en aquellos tiempos el incremento de esclavos, y podemos decir con Valerio Máximo, que los antiguos romanos tuvieron poca o ninguna plata, pocos esclavos y siete huebras de árida tierra.¹⁸³

Corrido habían casi cinco siglos de la fundación de Roma, y su población esclava comparada con la libre, era todavía tan escasa, que refiriéndose Dionisio de Halicarnaso al censo formado el año 476 de aquella época, se expresa así: “En aquel tiempo, los ciudadanos en edad de tomar las armas, eran 110 000, según el último censo: las mujeres, niños, esclavos, mercaderes y extranjeros que ejercían las artes, formaban a lo menos un número triple al de los ciudadanos”.¹⁸⁴

De este pasaje se infiere, que si los ciudadanos en estado de tomar las armas fueron 110 000, y las demás clases ascendieron al triple de ellos, es claro, que el total de la población llegó a 440 000.

Comparando Dureau de la Malle¹⁸⁵ este pasaje con las tablas de población calculadas para la Francia, cree que esos 110 000 ciudadanos en edad de tomar las armas suponen para todo el sexo masculino el número de 195 145, y cantidad igual para el femenino; o sea, 390 290 para entrambos. Pero como el total del censo fue 440 000, resulta entre esta y aquella cantidad una diferencia de 49 710; diferencia que representa el número de extranjeros, libertos y esclavos. ¿Mas, cuál es la proporción en que estas tres clases se hallaban entre sí? Dureau de la Malle piensa que los esclavos eran 17 186, y los extranjeros y libertos reunidos, 32 524. Esta conclusión es muy aventurada, porque no se apoya en dato alguno, siendo muy probable que el número de esclavos fuese mayor, y que acaso hubiese excedido al de los extranjeros y libertos. Así, pues, aun invirtiendo estos números y elevando los esclavos a 32 524, que es la suma de los extranjeros y libertos, siempre es muy pequeño este resultado respecto de la población libre.

Esta situación cambió enteramente, cuando Roma llevó sus victoriosas legiones, no sólo a toda la Italia, sino a más lejanos países. La guerra le dio entonces muchos esclavos, y la conquista inmensos terrenos. De aquí nacieron las grandes propiedades que más adelante, en sentir de Plinio, perdieron la Italia, y aun las provincias.¹⁸⁶

Los brazos libres que antes se destinaban a la agricultura, retiráronse de ella y los campos casi todos ya solamente fueron regados con el sudor de esclavos a quienes se dio la preferencia, así por la facilidad de conseguirlos en el abundantísimo mercado de Roma, como porque teniendo los ciudadanos aspiraciones políticas que satisfacer, y deberes militares que llenar, ni querían darse en alquiler, ni los propietarios servirse de unos hombres a quienes continuamente se arrancaba el arado de las manos, para alistarlos en las legiones que marchaban a la conquista del mundo.

Del cambio doloroso que entonces experimentaron las costumbres, Diodoro de Sicilia nos dejó una triste pintura. “Los romanos, dice,¹⁸⁷ cuyas leyes y costumbres eran antiguamente muy buenas, llegaron en poco tiempo a tal grado de poder, que tuvieron el más célebre y más grande de los imperios de que habla la historia. Pero en época más reciente, la sumisión de tantos pueblos y una larga paz hicieron cambiar para la pérdida de Roma, las antiguas costumbres. Para descansar de la profesión de las armas, los jóvenes entregábanse a la molicie e intemperancia porque las riquezas satisfacían sus deseos. En la ciudad, preferíase el lujo a la frugalidad, y el ocio a los ejercicios militares; en fin, mirábase como feliz, no al que estaba dotado de virtudes, sino al que

pasaba todo el tiempo de su vida en los más grandes placeres. Comidas suntuosas, exquisitos perfumes, tapices bordados, triclinios ricamente adornados, muebles de marfil, plata y de otras materias preciosas artísticamente trabajadas, estuvieron cada día más y más a la moda; desdeñábanse los vinos que sólo halagan medianamente al paladar: éranles menester los de Falerno, de Chíos y cualquiera otro que lisonjea el gusto; gastábanse sumas inmensas en pescados y otros platos refinados. Los jóvenes llevaban al Foro las telas más suaves, finas y transparentes como las que usan las mujeres. Todos estos objetos de lujo, propios a engendrar una perniciosa molicie, eleváronse pronto a precios increíbles: un ánfora de vino vendíase en 100 dracmas;¹⁸⁸ un tarro de salazón del Ponto en 400;¹⁸⁹ los cocineros sobresalientes en su profesión pagábanse en 4 talentos; y las cortesanas distinguidas por su belleza valían muchos talentos”.¹⁹⁰

Este lujo que deplora Diodoro, acompañado de tantos vicios y corrupción, aumentó prodigiosamente el número de esclavos, no sólo por las exigencias de ese mismo lujo, sino porque la gente libre ya rehusaba el trabajo.

Ignórase absolutamente el número de esclavos que Roma contaba; pero en medio de esta ignorancia no faltan autores que para averiguarlo han aventurado varias opiniones.

Las de Wallace¹⁹¹ y Hume¹⁹² no llegan a ningún resultado preciso, pues de sus investigaciones no se saca otra cosa sino que en Roma hubo muchos esclavos. Gibbon, sin apoyarse en sólidos fundamentos, conjetura, que el imperio romano podía contener en tiempo de Claudio casi 120 millones de habitantes, y que la mitad de éstos a lo menos serían esclavos.¹⁹³ Sin descansar en mejores pruebas, Blair¹⁹⁴ se aventura a decir, que entre la expulsión de los reyes y la toma de Corinto, hubo para cada libre un esclavo, a lo menos; y que tres de éstos para cada uno de aquéllos es un cálculo bajo durante el período que corrió entre la conquista de Grecia y el reinado de Alejandro Severo. Si por un momento se admite como cierta esta arbitraria suposición, ¿cuál sería el número de esclavos del imperio en alguno de los años de ese período?

Tácito dice, que según el censo hecho en tiempo de Claudio, el año 48 de la era cristiana, los ciudadanos ascendieron a 6 944 000,¹⁹⁵ de manera, que si por cada uno de ellos hubo tres esclavos, éstos debieron subir a 20 832 000; número muy inferior al del cómputo de Blair, porque él no habla de ciudadanos sino de personas libres, entre las cuales deben contarse las mujeres y otros individuos que no eran ciudadanos.

Dureau de la Malle funda la base de sus cálculos en la producción de trigo en Italia, y comparándola con su consumo, pretende descubrir el número probable de todos sus habitantes. Mas, aunque lo consiguiese,

nada se adelantaría, pues no se sabe cuál fue el número absoluto de los esclavos, ni el relativo a la población libre.

En medio de tanta incertidumbre, lo único que se puede asegurar, es, que ni en la Antigüedad hubo, ni en la Edad Moderna ha habido nación alguna con tantos esclavos como Roma, ni ciudadanos que los poseyesen en tan gran número como los de ella. Pobre se consideró el que sólo tenía diez;¹⁹⁶ y tanta era, según Plinio, su muchedumbre en las casas de los opulentos romanos, que algunos de éstos se vieron obligados a tener una persona que les recordase sus nombres.¹⁹⁷

¿Pero cuáles fueron éstos? Antes de responder a esta pregunta, preciso es subir a los orígenes de Roma.

Parece que los primitivos romanos sólo usaron de un nombre a dos, como Rómulo, Remo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, etc.; pero después, los más nobles nunca tuvieron menos de tres, siendo éstos: el prenombre, nombre y cognombre o sobrenombre. El prenombre iba primero, designaba el individuo, y generalmente se escribía con la letra inicial; el nombre seguía al prenombre, señalaba la gente, y acababa por lo común en *ius*; el cognombre era el último y determinaba la familia. La gente se componía de varias familias; así, la gente Cornelia comprendía las familias de los Escipiones, Dolabelas, Cethegos, Léntulos, Silas y otras. Cuando se decía *Publius Cornelius Scipio*, *Publius* era el prenombre; *Cornelius*, el nombre, y *Scipio*, el cognombre. De estos distintivos de la libertad no gozaron los esclavos, pues sólo tuvieron un nombre, y éste fue al principio el prenombre de su amo. De aquí resultó, que dándose comúnmente el nombre de *puer*¹⁹⁸ al esclavo muchacho, llamase al de Lucio por abreviación *Lucipor* o *Lucii puer*; esclavo de Lucio; al de Marco, *Marcipor* o *Marci puer*, y al de Publio, *Publipor* o *Publii puer*.¹⁹⁹ Pero esta costumbre fue abolida, y desde entonces los esclavos tomaron el nombre de sus amos o el del país de su nacimiento, como *Syrus* los de Siria, y *Lydus* los de Lidia, o el nombre que se les daba en la nación de su procedencia, como *Tibius* a los de Paflagonia, y *Midas* o *Manos* a los de Frigia.²⁰⁰ A pesar de esto, yo creo que sería necesario buscar otras denominaciones para distinguirlos, porque con frecuencia pudo tener un mismo amo varios esclavos de un mismo país, o de una misma procedencia.

De la muchedumbre de esclavos que poseyeron algunos romanos, la historia nos ha transmitido recuerdos interesantes.

Tito Minucio armó contra sus acreedores 400 de sus esclavos.²⁰¹ Cuatrocientos también se encontraron en la casa de Pedanio Secundo, prefecto de Roma, cuando fue asesinado en tiempo de Nerón,²⁰² y número igual dio a su hija Pudentilia, mujer de Apuleyo, cuando le entregó parte de sus bienes.²⁰³

El ávido y opulento Craso especulaba con los incendios, azote de Roma, pues cuando una casa empezaba a arder, él la compraba a vil

precio, como todas las vecinas amenazadas del fuego. Así cayó en su poder gran parte de Roma, y sólo para reedificar y construir edificios en ella, tenía 500 esclavos.²⁰⁴

Cecilio Claudio, a pesar de las pérdidas que le ocasionaron las guerras civiles, dejó en su testamento, otorgado el año 746 de Roma, 4 116 esclavos.²⁰⁵ Y bien los necesitó, pues la mayor parte de ellos empleose en cuidar las 3 600 yuntas de bueyes y las 257 000 cabezas de otros ganados que testó. Demetrio, liberto de Pompeyo, fue más rico que su patrono, y diariamente se le presentaba la lista de sus esclavos, como a un general la de sus tropas.²⁰⁶

Del excesivo número que tuvieron otros romanos, danos también alguna idea la ley *Furia Caninia*, publicada en tiempo de Augusto para restringir las frecuentes manumisiones en testamento, por los males que al Estado causaban, y de los que hablaré más adelante. Estableció esta ley una proporción entre los esclavos que poseía el testador y los que podía libertar; cuyo número jamás había de exceder de 100, aun cuando tuviera 500 o más.²⁰⁷ Esto indica que no fueron pocos los romanos que tuvieron muchos centenares de esclavos, pues de otro modo no habría aquella ley fijado la atención en esa cantidad.

La exageración a que tan propenso es el hombre, eleva a 10 000 y aun a 20 000 el número de esclavos que tuvieron algunos romanos;²⁰⁸ pero sin acudir a tales cifras, que en nada cierto se fundan, prodigioso fue el número de los que dentro de sus muros Roma encerró. Tácito manifiesta los temores que la inquietaban bajo el reinado de Tiberio, pues relativamente aumentaban los esclavos, mientras los libres disminuían.²⁰⁹ Mandó una vez el Senado, que un vestido particular distinguiese a los primeros de los segundos; mas, bien pronto se conoció todo el peligro que amenazaría si los esclavos hubieran de este modo contado el número de los libres.²¹⁰ Así fue, que el decreto del Senado nunca se ejecutó.

Tan formidable muchedumbre ocasionó desde siglos anteriores un cambio lento, pero general en Italia; pues casi toda la gente libre que en ella trabajaba, fue reemplazada por esclavos; y no es posible que se conozca la gravedad del mal, sin que antes recorramos el vasto círculo de las tareas en que ellos se ocuparon.

Hubo en Roma dos especies de esclavos, de naturaleza bien diferente: públicos y privados. Los primeros pertenecieron al Estado, a las ciudades, y a ciertas corporaciones,²¹¹ quienes los adquirirían, ya comprándolos con dinero del tesoro público,²¹² ya reservándose el Estado para su servicio algunos prisioneros de guerra, como lo hizo Escipión con 2 000 españoles en Cartagena,²¹³ ora en virtud de sentencia pronunciada contra algunos criminales,²¹⁴ ora esclavizando a los habitantes de algunos pueblos rebeldes como los lucanos, picentinos y brucios.²¹⁵

Los esclavos públicos se emplearon en algunas funciones religiosas, en el servicio de los magistrados, y en varias obras del Estado o de las ciudades; pero el círculo de sus ocupaciones fue más estrecho que el en que se movieron los esclavos privados.

En honor de los dioses Lares celebrábanse el 2 de mayo en las encrucijadas (*compita*) de las calles o caminos las fiestas que por eso se llamaron *compitales*;²¹⁶ y para su servicio empleó esclavos Servio Tulio.²¹⁷ A la diosa Mania, madre de los dioses Lares, inmoláronse niños antiguamente; pero tan feroz costumbre fue abolida por el cónsul Junio Bruto.²¹⁸ No sólo libres, sino también esclavos pudieron hacer ofrendas a Marte Silvano para alcanzar la salud de los bueyes.²¹⁹

En Larino, esclavos fueron los ministros de Marte, y por eso se les dio el nombre de *martiales larini*.²²⁰ Evandro instituyó el culto del altar Máximo de Hércules, y su sacerdocio estuvo vinculado por algunos siglos en la noble familia Poticia; mas, ella lo abandonó, y por autorización del censor Apio Claudio, confiólo a esclavos públicos. Esto le atrajo, en sentir del supersticioso pueblo romano, el castigo del cielo, pues las 12 ramas de aquella ilustre familia, todas perecieron en un solo año, habiendo cegado después el mismo Apio.²²¹

Destináronse también al servicio de los templos, algunos esclavos públicos; y en el de Vesta, uno de ellos ocultó a Pisón, cuando Galba fue asesinado en las calles de Roma.²²²

Mensajeros o *apparitores* para llevar despachos,²²³ y otros esclavos tuvieron a sus órdenes los jueces,²²⁴ cuestores, ediles y otros magistrados.²²⁵ Menos la corona, conservó la república todas las insignias de la dignidad real, y a los dos cónsules anualmente nombrados, permitiéndoseles llevar lictores con las haces lo mismo que a los reyes; mas, desde el principio se estableció, que alternando por meses, uno solo fuese precedido de aquellas insignias,²²⁶ mientras el otro no llevase por delante sino un *accensus*, que era un esclavo público, y con más frecuencia un liberto.²²⁷ En desuso cayó esta costumbre, pero Julio César la restableció en su primer consulado.²²⁸ Esclavos públicos servían igualmente en las asambleas, y esclavos públicos llevaban también en las ceremonias del triunfo la corona con que los generales victoriosos ceñían su frente en el Capitolio.²²⁹

De una ley inserta en el código de Justiniano puede inferirse que en los municipios fueron esclavos por muchos siglos los *tabularios*, o encargados de su contabilidad;²³⁰ y tan inherente les era esta condición que cuando ya empezaron libertos a ejercer estas funciones, declarase expresamente, que el estado de tabulario en nada afectaba su libertad.²³¹ Por último, los emperadores Arcadio y Honorio mandaron en 401 de la era cristiana, que los tabularios, así de las provincias como de las ciudades, fuesen enteramente hombres libres.²³²

En tareas más recias empleáronse otros esclavos públicos, y tales fueron los que tripulaban naves y manejaban el remo.²³³

Fueron los incendios una de calamidades de Roma,²³⁴ y el edil Rufo Egnacio que aspiraba al consulado, granjeose el favor de la plebe empleando sus esclavos en apagar los fuegos de aquella capital.²³⁵

Para mejorar la policía urbana tan descuidada en este punto, instituyó Augusto en el año 732 de Roma los *vigiles* o matafuegos,²³⁶ empleando para este servicio 600 esclavos bajo las órdenes de los ediles curules.²³⁷

Esclavos públicos, llamados *aquarii* por Cicerón,²³⁸ ocupáronse también en los acueductos. Construido fue en Roma el primero por el censor Apio Claudio en los años 441 de fundada aquella ciudad.²³⁹ Otros muchos hiciéronse después,²⁴⁰ y si al principio estuvieron al cuidado de los censores y ediles, Augusto encargó su conservación a M. Agripa, quien formó y destinó a ellos un cuerpo de unos 240 esclavos, que a su muerte legó al mismo príncipe, y éste los regaló al pueblo romano.²⁴¹ Nuevas aguas introdujo Claudio en Roma, empleando para este servicio 460 esclavos más, pagados del tesoro público, y como su número total ya ascendía a 700, formáronse dos cuerpos, uno compuesto de los 240 de Agripa, y otro de los 460 de Claudio: los primeros fueron declarados esclavos del público, y los segundos del César.²⁴²

Surtida Roma de aguas en abundancia, construyéronse muchos baños para el uso público en diferentes partes de la ciudad, y autores hay que exagerando su número, lo elevan a más de 800. Atendióse en su origen más a la utilidad que al placer;²⁴³ pero en los días de Augusto, ya empezaron a tener un aire de grandeza que jamás se vio en la Antigüedad, ni quizá tampoco se verá en los tiempos venideros, distinguiéndose por su asombrosa magnificencia los de Agripa, Nerón, Tito, Domiciano, Caracalla, Antonino, Diocleciano y otros. Dioseles el nombre de *termas* (aguas calientes), bien que había asimismo baños tibios y fríos. Cada una de estas termas estaba al cuidado de una persona llamada *balneator* (bañero²⁴⁴), que tenía bajo sus órdenes cierto número de esclavos públicos. Curioso dato sería saber a cuánto ascendieron todos los empleados en las diferentes termas de Roma; pero muchos debieron ser, no sólo por la magnificencia y tamaño de aquellos establecimientos, sino por la muchedumbre de personas que a ellos acudían diariamente, pues tantas eran, que muchas veces leían los poetas sus composiciones en las termas.²⁴⁵ Los servicios de esos esclavos consistían en calentar el agua (*fornacatores*²⁴⁶), en guardar la ropa de los bañistas (*capsarii*²⁴⁷), en frotar a éstos y ungirlos (*aliptae*, *unctores*²⁴⁸), en perfumarlos, y en otros servicios.

Las tristes funciones de carceleros²⁴⁹ y hasta de verdugos confiáronse a esclavos públicos. Uno de ellos precipitó de la roca Tarpeya a Marco Capitolino²⁵⁰; y otro, cimbrío o galo de origen, fue a Minturno a ejecutar

la sentencia de muerte contra Mario; pero deslumbrado, según se dice, por el resplandor de la gloria de su víctima, no osó descargar el golpe, y arrojando la espada por el suelo, huyó asombrado de su presencia.²⁵¹ Miróse a los verdugos con tanto horror, que no se les permitió entrar en el foro, ni aun habitar dentro de Roma.²⁵²

Por último, esclavos públicos fueron también los *servi poenae* (esclavos de la pena), que eran los condenados por algún delito a trabajar en ciertas obras del Estado o en algunas minas. Las de *Sandaracurgium*²⁵³, situadas en una montaña del Ponto, a poca distancia de la fortaleza de Pimolisa, eran poco productivas y muy insalubres. Beneficiáronse por cuenta del gobierno romano, quien tuvo en ellas, en tiempo de Strabón, más de 200 esclavos.²⁵⁴

A los condenados a esclavitud por algún delito túvoseles por tan infames, que no debían confundirse con los demás esclavos, “Acordaos, respondió Trajano a la consulta de Plinio, el Joven, cuando era gobernador de Bitinia, acordaos de que el motivo principal de haberos enviado a esa provincia, ha sido porque había en ella muchos abusos; y uno de los más grandes que se puede imaginar, es que delincuentes condenados a penas capitales se hayan librado de ellas sin intervención de la justicia, y se les haya confiado funciones que sólo deben desempeñar esclavos exentos de toda mancha”.²⁵⁵

Círculo mucho más vasto abrazaron las ocupaciones de los esclavos privados; y como unos se emplearon en los campos, y otros en las ciudades, dióse a los primeros el nombre de rústicos, y a los segundos el de urbanos.

Esta denominación ninguna duda ofreció, mientras la sencillez de las primitivas costumbres exigió pocos esclavos; pero cuando el lujo de Roma se derramó por los campos, y la nobleza romana llevó a sus quintas muchedumbre de servidores, no para labrar la tierra, sino para ostentar su grandeza, entonces ya empezó a no ser clara la diferencia entre esclavos rústicos y urbanos, pues muchos de éstos participaban de la primera condición por habitar en el campo, y de la segunda por emplearse en ocupaciones propias de la ciudad. En tal incertidumbre, la ley decidió que para tenerse un esclavo por rústico o por urbano, no bastaba que habitase en el campo o en la ciudad, sino que se atendiese al género de servicios que prestaba;²⁵⁶ y para mayor seguridad, ella dispuso que en caso de duda, el amo dijese en cuál de las dos clases lo consideraba.²⁵⁷

Mientras hubo pocos esclavos en los fundos, todos ejecutaron indistintamente los mismos trabajos; pero cuando esos fundos crecieron en extensión, y la familia se aumentó, entonces las tareas rurales se subdividieron, destinándose a cada una mayor o menor número de brazos.

Acabo de estampar las palabras familia, fundos; y para inteligencia de lo que más adelante expondré, importa fijar el sentido en que los

romanos las tomaron, lo mismo que el de otras que con ellas tienen estrecho enlace.

Diose el nombre de familia, no a uno ni a dos esclavos que habitaban en una misma casa,²⁵⁸ sino a mayor número.²⁵⁹ “Quince hombres libres, decía Apuleyo, constituyen pueblo; e igual número de esclavos, familia”;²⁶⁰ bien que Séneca llamó familia al conjunto de 11.²⁶¹

La palabra fundo se aplicó en Roma a todo edificio y a todo campo; pero, generalmente, llamose casa a los edificios urbanos, y villa a los rústicos.²⁶² Villa, por tanto, fue el conjunto de los edificios destinados al servicio de un fundo. Un lugar cualquiera en la ciudad sin edificio, denominose área, y en el campo *ager* (tierra labrada); y este mismo *ager* cuando tenía edificio, se llamó fundo.²⁶³ Sin embargo, un lugar no era fundo sino parte de él, y muchas veces no tenía villa.²⁶⁴ El fundo, pues, y el lugar se diferenciaron en que el primero siempre tuvo villa, mas, no el segundo; y también en que el primero fue de vasta extensión, donde podían trabajar centenares de labradores libres o esclavos, a tal punto, que en los tiempos calamitosos de Roma, muchos fundos se transformaron en aquellos latifundios, que, según Séneca, abrazaban provincias, y donde nacían y morían ríos.²⁶⁵ El fundo distinguiose también de la posesión, del *ager* y del predio. La posesión y el *ager* eran unas especies de fundos menos extensos que el lugar, y que además carecían de todo edificio. La posesión se diferenciaba del *ager*, en que aquélla sólo concedía el uso del terreno; mas, el *ager* constituía un derecho de propiedad: y tanto éste como aquélla se comprendían bajo el nombre genérico de predio.²⁶⁶

La villa se componía de tres partes diferentes: *rústica*, donde se alojaban los esclavos y demás operarios del fundo;²⁶⁷ *urbana*, donde habitaba el amo, y que humilde al principio, convirtiase después en magnífico edificio, donde ostentaron los romanos su lujo y esplendor;²⁶⁸ y *fructuaria*, en la que se preparaba y guardaba el vino, aceite y otros productos del fundo.²⁶⁹

Con esas magníficas villas de los tiempos posteriores formó un contraste el *tugurio*, edificio que más conviene al cuidado del campo que a las casas de las ciudades.²⁷⁰

Hecha esta explicación, continuemos la nomenclatura de los esclavos según sus ocupaciones.

Para el buen orden de los trabajos, dividiéronse aquéllos en *decurias* o cuadrillas de diez en diez, gobernadas por otro esclavo que se decía *decurión*. Columela las recomendó como útiles a la agricultura; mas, no quiso que pasasen de ese número. “En efecto, dice, diez hombres son fáciles de vigilar; mas, número mayor distraería la atención del jefe. Cuando la heredad es de grande extensión, las decurias se distribuirán en las diferentes partes que la componen. Al señalar la tarea,

siempre se procederá de manera que nunca se deje un esclavo solo, ni aun dos juntos, porque cuando están dispersos en pequeño número, no pueden ser atentamente vigilados. Por otra parte, no deben emplearse más de diez en la misma obra; porque siendo en grande número, uno se recuesta sobre otro para la tarea que en común se les impone. Esta división de trabajo tendrá la ventaja de excitar una laudable emulación entre los trabajadores y de hacernos conocer los perezosos. Cuando esta especie de lucha se hubiere establecido, entonces el castigo que se imponga a los morosos, los otros lo tendrán por justo, y lo soportarán sin murmuración".²⁷¹

En esta subdivisión de trabajo, prefirióse para arar a los esclavos altos, pues podían marchar derechos sin encorvarse, apoyándose en la esteva del arado.²⁷² Mas, para el cultivo de la vid, en el que con frecuencia se emplearon esclavos encadenados, buscóse menos el tamaño que la inteligencia y la robustez.²⁷³ Esclavos ordinarios ejecutaron los trabajos agrícolas que no exigían capacidad particular, y por eso se les llamó *mediastinos*.²⁷⁴

Extraer aceite y otros productos, hacer vino, cardar lana e hilarla, cortar y coser los vestidos de la servidumbre,²⁷⁵ cocinar,²⁷⁶ asistir los enfermos en el *valetudinarium* o enfermería,²⁷⁷ cuidar los caballos, ovejas y otros animales de la heredad,²⁷⁸ fueron también ocupaciones de los esclavos rústicos.

Como boyeros escogióse a los esclavos de aspecto imponente, y de voz poderosa, al mismo tiempo que de suave índole, para que los bueyes les temiesen sin necesidad de maltratarlos.²⁷⁹ Hubo también pastores cuyo número se aumentó con la decadencia de la agricultura, pues recibiendo Roma sus granos de Sicilia,²⁸⁰ del Egipto²⁸¹ y de otras partes,²⁸² convirtió en prados y dehesas muchas de las tierras de Italia que el agricultor libre fundó en otro tiempo con su trabajo.

Estos pastores debían ser esclavos tan activos cuanto ágiles y vigorosos para seguir los rebaños en los bosques, defenderlos de los asaltos de ladrones y animales feroces, y lanzar el dardo. Para guardar ovejas y puercos en las llanuras, bastaban muchachos de ambos sexos.²⁸³

En muchos de los grandes fundos o heredades hubo esclavos carpinteros, albañiles y fabricantes de instrumentos agrícolas;²⁸⁴ y las quintas de los opulentos señores tuvieron además para su recreo pescadores, cazadores (*venatores*, *aucupes*²⁸⁵), jardineros (*hortulani*) y *topiarii*, tan hábiles, que con las plantas formaban varias figuras, animales, y aun letras que expresaban así sus nombres como los de sus amos.²⁸⁶

Generalmente gobernaba y hacía cultivar las heredades, un hombre, esclavo o libre, llamado *villicus* (mayoral), cuyo nombre le vino de villa.²⁸⁷ Seguían luego el *subvillicus*²⁸⁸ o contramayoral; los monitores o celadores de segundo orden; los *magistri operum* o capataces;²⁸⁹

los que guardaban, más bien que cultivaban, el campo y los frutos (*saltuarii*,²⁹⁰), y otros.

Para los castigos había no sólo una prisión o casa de trabajo (*ergastulum*²⁹¹), sino esclavos especiales que los daban, según dicen algunos; pero el texto en que se apoyan,²⁹² no es aplicable a los esclavos privados, ni menos se refiere a los que había en las heredades particulares.

Esclavos hubo, en fin, y muy infelices por cierto, que trabajaban en las minas. Ricas eran las de plata en Cartagena de España; extendíanse por un terreno de casi 12 leguas, producían diariamente 25 000 dracmas (unos 22 000 francos), y ocupaban a 40 000 esclavos.²⁹³ Strabón dice, que además de esas minas, había otras de plata y oro en España; pero que en su tiempo, las de este último metal pertenecían casi todas al Estado, así como las de plata a los particulares.²⁹⁴

A más de 70, como en su lugar se dirá, sube el número de las ocupaciones de los esclavos rústicos en Roma; y si de los campos se pasa a las ciudades, veranse otras ejercitadas en ellas, así dentro como fuera de las casas. Hubo, pues, esclavos herreros, carpinteros, sastres, zapateros, tejedores, bataneros, y otros menestrales.²⁹⁵

Deshonroso en Roma todo comercio en pequeño,²⁹⁶ los amos para desempeñarlo, valiéronse de personas alquiladas, o de sus esclavos. Hubo, por tanto, entre éstos, banqueros,²⁹⁷ logreros,²⁹⁸ taberneros, mercaderes, a quienes se dio el nombre de *institores*, palabra que cuadra no sólo al esclavo puesto por el amo a la cabeza de una taberna, sino también al que sin ella podía comprar y vender;²⁹⁹ habiéndolos hasta capitanes de buques (*magistri navium*³⁰⁰).

De la variedad de ocupaciones desempeñadas por los esclavos en el servicio doméstico, abundante testimonio ofrecen así las leyes y los escritores latinos en prosa y verso, como los *columbarios* de la antigua Roma. Diose tal nombre a las salas espaciosas, donde se colocaban en nichos, a diferentes alturas, las urnas fúnebres de los esclavos y libertos de algunas familias ricas. Tuviéronlos las de Lucio Aruncio, de Mecenas, Escribonia, Lucio Pasieno, Silvano, y otras;³⁰¹ pero el más importante de todos fue el de Livia, tercera mujer de Augusto, descubierto por unos viñeros en 1726, y descrito por Gori.³⁰² En él yacían las cenizas de más de 1 100 esclavos y libertos, y las inscripciones de las urnas indican la inmensa variedad de servicios que aquéllos prestaban.

Plagadas estuvieron de esclavos las casas de los opulentos romanos. Muchos de ellos tuvieron palacios, que fue costumbre separar de todo edificio; bien que otros propietarios también fabricaban, para alquilar, una sola casa o varias reunidas, dejándolas aisladas por todas partes. De aquí el nombre de *insulae* (islas) que se les dio,³⁰³ y el de *insularii* a los esclavos o libertos encargados de su policía.³⁰⁴

En los primeros tiempos de Roma, desconocidos fueron los porteros. Un martillo colgado a la puerta para golpear, anunciaba la llegada de alguna persona.³⁰⁵ Más adelante generalizose la costumbre de poner de guarda un esclavo atado a una cadena,³⁰⁶ al que ordinariamente acompañaba un perro también encadenado,³⁰⁷ y de aquí la inscripción "*Cave canem*" (guárdate del perro) que se leía a la entrada de la habitación del portero.³⁰⁸ En ciertos casos empleáronse mujeres y hasta viejas.³⁰⁹ Andando el tiempo y mejorados los edificios, el portero (*ianitor*; *ostiarius*) permanecía siempre en el *prothyrum*, que era un corredor entre la puerta de entrada y la del atrio. Las casas o palacios de los ricos no se limitaron a un solo portero, pues la afluencia de clientes que acudían a ellos requerían a veces mayor número.

Después del portero dábase con los *atrienses* o *aurarii* que cuidaban el atrio³¹⁰ y con los introductores, *admissionales*.³¹¹ Había además en esas grandes casas o palacios un mayordomo (*procurator*³¹²), un tesorero o contador (*dispensator*³¹³), y muchedumbre de esclavos inferiores como camareros (*cubicularii*³¹⁴), barredores y limpiadores,³¹⁵ guardadores de silencio (*silentiarii*³¹⁶), anunciadores de horas (*horarii*³¹⁷), bañadores (*balneatores*³¹⁸), *tonsores* que afeitaban³¹⁹ y cortaban el cabello³²⁰ y las uñas,³²¹ peinadores y rizadores (*ciniflores*³²²).

Supersticiosos los romanos consideraron como buen presagio la preferencia que se daba en los movimientos al pie derecho sobre el izquierdo. Por eso fue, que algunos amos colocaron en la puerta de sus aposentos un esclavo joven, exclusivamente encargado de advertir a las visitas, que entrasen primero con el pie derecho, pues hacerlo con el izquierdo, se tenía por mal agüero.³²³ Por eso era también impar en todos los templos el número de escalones, pues empezando a subirlos con el pie derecho, éste era el primero que entraba en ellos.³²⁴

En los primeros siglos de Roma, redújose la cocina a lo puramente necesario para el sustento de la vida, y aun los ciudadanos más ilustres solían preparar ellos mismos su comida.³²⁵ El cocinero, donde lo había, era el menos útil y el último de los criados,³²⁶ pues para las comidas extraordinarias se alquilaba uno en el mercado.³²⁷ Pero cuando el lujo invadió a Roma, ya el servicio de la cocina y de la mesa exigió muchos esclavos. Hubo, pues, *focarii* que encendían y alimentaban el fuego,³²⁸ cocineros (*coci*), pinches y cocineros en jefe (*archimagiri*³²⁹); distinguiéndose los de Sicilia, cuyos platos delicados se llamaron *siculae dapes*;³³⁰ reposteros (*dulciarii*), panaderos (*pistores*), pasteleros de varias especies (*offarii*, *crustarii*, etc.³³¹), y dispenseros (*cellarii*³³²), los cuales en las casas medianas reunían también las funciones del mayordomo en las grandes, bajo el nombre de *condus promus*.³³³

Numeroso fue también el servicio del *triclinium* o comedor en el que había un jefe de sala (*triclinarchia*³³⁴), convidados (*invitatores*,

*vocatores*³³⁵), preparadores y adornadores de la mesa (*structores*³³⁶); *lectisterniatores*, o colocadores de lechos (*lecti*) en torno de ella; de los cuales tuvieron los romanos dos especies: *cubicularios* para dormir, y *triclinarios* para comer; pues ellos comían echados, apoyándose sobre el brazo izquierdo.³³⁷ Al principio comieron sentados,³³⁸ como la generalidad de la gente, pues la costumbre de comer recostados sobre lechos, adoptada primero por los hombres,³³⁹ y después, por las mujeres, la tomaron de los pueblos orientales. Esa posición guardáronla solamente en la cena, que fue su comida principal, la que hacían en verano entre la octava y novena hora, esto es, de dos a tres, y en invierno a la décima hora; o sea, las cuatro.³⁴⁰

Los trinchadores (*scissores*, *carptores*³⁴¹) llamados también *chironomontæ* o *gesticuladores* porque ejercían su habilidad al compás de la música,³⁴² fueron muy estimados en Roma, donde había maestros que los enseñaban. El *pregustator* probaba los platos antes de servirlos a los convidados;³⁴³ los *diribitores* repartían el pan y los manjares;³⁴⁴ los coperos (*pocillatores*), el vino. Los *obsonatores* sabían excitar con platos sabrosos el apetito de sus amos;³⁴⁵ y los *flabelliferi* espantaban las moscas con ramos o abanicos o echaban fresco a sus señores.³⁴⁶

En los banquetes de gran lujo, hermosos muchachos de Alejandría³⁴⁷ y de otros países, adornados de largas y ensortijadas cabelleras,³⁴⁸ con una túnica sutil ceñida a la cintura, y formando comparsas según su nación y su color;³⁴⁹ derramaban agua de nieve en las manos de los convidados, servíanles el vino, enlazábanles con guirnaldas de flores las piernas y los pies, y se los frotaban con perfumes.³⁵⁰ En otros banquetes, la mesa era servida por lindas jóvenes esclavas, que a veces se presentaron desnudas, como lo exigió Tiberio en el convite que Sexto Gallo le dio.³⁵¹ En esas orgías, las mujeres se embriagaban al par de los hombres;³⁵² esclavos cantores e instrumentalistas lucían su habilidad; bellas gaditanas cantaban y ejecutaban danzas voluptuosas³⁵³ y aun solían introducirse en el salón del festín desgarradas cortesanas,³⁵⁴ bufones, locos y enanos a caro precio comprados.³⁵⁵ A tanto llegó la disolución de las costumbres, que hubo esclavos muchachos condenados a placeres tan infames,³⁵⁶ que la pluma se resiste a describirlos.

Las señoras ricas tuvieron también su servidumbre particular compuesta de esclavos de ambos sexos. Las hembras se emplearon en coser;³⁵⁷ hilar,³⁵⁸ tejer y en otras ocupaciones.³⁵⁹ Además, parteaban, criaban los niños, peinaban y rizaban a sus señoras,³⁶⁰ arrancábanles las canas,³⁶¹ teñíanles el pelo y las cejas,³⁶² poníanles los dientes postizos que según el picante Marcial se guardaban de noche, no en la boca, sino en el tocador;³⁶³ y, por último, la peluca.³⁶⁴ Como las romanas tenían generalmente los cabellos negros, dieron la preferencia por su rareza al pelo rubio. De aquí fue que unas se lo teñían,³⁶⁵ y otras se rapaban la

cabeza para adornarse con rubias cabelleras postizas cuyo pelo compraban en los países del norte.³⁶⁶ Las esclavas que perfumaban y adornaban a sus amas, llamáronse *ornatrices*,³⁶⁷ y para que ejerciesen su arte con toda gracia, fueron enseñadas por maestros especiales.³⁶⁸

Si estas esclavas pudieron servir de confidentes a sus amas, hubo otro que aunque varón, debió inspirarles más seguridad. Éste era el esclavo llamado *recepticio*, que no obstante formar parte de la dote, la mujer lo reservaba para sí, sin entregarlo al marido, ni darle sobre él ninguna autoridad.³⁶⁹

Tiempo hubo en que tan escasos fueron los eunucos, que sólo los poseyeron las grandes señoras.³⁷⁰ Luego que se generalizaron, sirvieron de ellos muchas de las matronas que afectaban virtudes;³⁷¹ gratos fueron también a los romanos por su voz aguda, sus formas graciosas, e impúdicos³⁷² atractivos; y aun hubo algunos maridos que los emplearon en vigilar a sus mujeres.³⁷³ ¡Fatal engaño!, pues los eunucos se entregaban a torpes amores con ellas. “¿Quién guardará, decía Juvenal, a los mismos guardas?”³⁷⁴

Cuando las opulentas romanas salían a la calle, ostentaban su grandeza, así por el número, como por el lujo de sus esclavos. Además de los lacayos de honor ricamente vestidos y peinados que las acompañaban, había esclavos que rompían la marcha (*anteambulatores*³⁷⁵); y en la comitiva de las señoras poco recatadas, iban esclavos que se empleaban en hacer saludos,³⁷⁶ llevar mensajes poco decorosos³⁷⁷ (*salutigeruli, internuncii*).

Las señoras y caballeros aparecían en público a pie o en carruaje, de los que tuvieron varias especies. Las sillas (*sellæ*), y las lecticas (*lecticæ*) eran transportadas en hombros de fuertes y corpulentos esclavos (*lecticarii* o *succollatores*), sacados de la Siria, Capadocia y de otros países.³⁷⁸ De ordinario, dos de ellos cargaban la silla;³⁷⁹ mas, la lectica, cuatro, seis, y a veces ocho, según el esplendor de las personas.³⁸⁰ Los carruajes llamados *unarota*, porque sólo tenían una rueda, eran también tirados por esclavos, a diferencia de los de dos o cuatro ruedas que lo eran por mulas o caballos guiados por cocheros.³⁸¹

Para contener el lujo que desde la segunda guerra púnica empezaron a ostentar las damas romanas, la Ley Oppia les prohibió el uso de carruajes en la ciudad y a una milla fuera de ella; pero amotinadas las señoras, la ley fue revocada 20 años después, a pesar de la enérgica resistencia del cónsul M. Porcio Catón.³⁸²

En las salidas de aparato, romanos hubo que contaron en su séquito hasta 200 esclavos.³⁸³ Solían llevar a su lado a uno llamado *nomenclátor*, porque se aprendía de memoria los nombres de muchos ciudadanos para decirlos a su amo en voz baja, cuando éste los encontraba en las calles, pues entre los romanos era cortesía saludarse por sus nombres.³⁸⁴ Nun-

ca fue tan útil el nomenclátor como en los días de elecciones, porque deseando entonces el candidato captarse la benevolencia de los electores, los llamaba por su nombre, y aun les hablaba de sus familias como si las conociese.³⁸⁵

Hacia fines de la república, promulgose una ley prohibiendo que los candidatos llevasen a su lado nomenclatores. Catón de Útica fue el único que la observó, logrando aprenderse de memoria los nombres de todos los ciudadanos de Roma; mas, esto le concitó la malevolencia de muchos que no pudieron imitarle.³⁸⁶

Casos hubo en que algunos amos iban acompañados en la ciudad y en los campos de muchedumbre de esclavos, sobre todo gladiadores; mas, no por vana ostentación, sino para su defensa personal; y así lo hizo Milón contra las acechanzas de Clodio.³⁸⁷ Cuando los generales marchaban a la guerra, llevaban algunos esclavos para su servicio; mas, uno solo bastó a Catón, el Censor.³⁸⁸ Escipión Emiliano, después de dos consulados célebres, y de otros tantos triunfos gloriosos, fue sólo seguido de siete esclavos.³⁸⁹ César, en medio de la muchedumbre que poseía, y de la magnificencia que ostentaba, llevó solamente tres a la conquista de la Gran Bretaña; y Catón de Útica, acompañado de su hijo, nunca se sirvió, según Valerio Máximo, de más de 12.³⁹⁰ testimonio que no concuerda con el de Plutarco, quien dice, que cuando aquél fue nombrado tribuno de los soldados, y enviado a Macedonia, le acompañaron para su servicio, en el viaje que hizo a pie, 15 esclavos y dos libertos.³⁹¹ Si hubiera esta costumbre pasado de los jefes a los soldados, muy perniciosa habría sido a la disciplina militar. Por eso fue, que cuando el cónsul Metelo, a ejemplo de Cornelio Escipión en Numancia, tomó en la guerra contra Jugurtha, en África, el mando de las tropas romanas ya corrompidas por la excesiva indulgencia de Albino su antecesor, prohibióles servirse de acémilas y esclavos para el transporte de sus armas y vituallas.³⁹²

Grecia fue la civilizadora de Roma, y ésta no conoció las bellas artes hasta que aquélla no le reveló sus encantos. Hubo, sin embargo, desde el principio algunos romanos que estimaron la pintura. Un miembro de la ilustre familia Fabia pintó a los 450 años de Roma el templo de la Salud, y tomando el sobrenombre de *Pictor*, lo trasmitió a su descendencia como título de honor. El poeta Pacuvio realzó su gloria pintando el templo de Hércules en el *forum boarium*.³⁹³ Con el transcurso del tiempo, hízose de moda exponer en público algunos cuadros,³⁹⁴ y tener los ricos galerías;³⁹⁵ pero esto fue más bien por imitación y lujo que por gusto y amor al arte.³⁹⁶ El belicoso espíritu de Roma y la facilidad con que ella sacaba artistas de Grecia, envilecieron la pintura, y sus cultivadores en Roma, fueron, con muy raras excepciones, hombres degradados.³⁹⁷ Del *Digesto* aparece, que esclavos la ejercitaron,³⁹⁸ y lo mismo prueba una inscripción del columbario de Livia.³⁹⁹

Mejor suerte que la pintura corrió la arquitectura, pues Roma tuvo buenos arquitectos, no sólo griegos, sino indígenas. ¿Mas, sería ella cultivada solamente por hombres libres? Craso empleó centenares de esclavos en levantar edificios en Roma; y entre ellos hubo arquitectos, y quizá también escultores;⁴⁰⁰ y lo que Craso ejecutó en grande, ¿no lo harían otros en pequeño, ya en sus propias construcciones, ya alquilando a otros sus esclavos?

Si Atenas prohibió a éstos el ejercicio de la medicina, Roma no siguió su ejemplo, pues no sólo las familias ricas, sino aun algunas de mediana fortuna, tuvieron esclavos médicos.⁴⁰¹

Cuando la civilización griega penetró en Roma, sus hijos aspiraron a poseer esclavos instruidos. Así fue, que los romanos de educación literaria, o que afectaban tenerla, poseyeron esclavos lectores (*anagnostes*⁴⁰²), anotadores, amanuenses o secretarios,⁴⁰³ bibliotecarios,⁴⁰⁴ encuadernadores (*glutinatores*⁴⁰⁵) y *pumicatores*,⁴⁰⁶ así llamados, porque pulían con piedra pómez las hojas de los libros.⁴⁰⁷ Calvisio Sabino, romano tan opulento como necio, queriendo pasar por literato entre sus amigos, recurrió para conseguirlo a un medio muy ridículo. “Calvisio Sabino, nuestro contemporáneo,⁴⁰⁸ dice Séneca, era hombre muy rico. Nunca he conocido poderoso más inepto. Tenía una memoria tan infeliz, que olvidaba, ya el nombre de Ulises ya el de Aquiles, ya el de Príamo, a pesar de que los conocía lo mismo que nosotros a los maestros que nos enseñan; y jamás hubo nomenclátor⁴⁰⁹ que destruyese más cruelmente los nombres que lo que él hacía con los de los troyanos y griegos. Quería, sin embargo, pasar por sabio; y he aquí el medio de que se valió: Compró a precios muy altos dos esclavos, uno para que se aprendiese de memoria a Homero, y otro a Hesíodo. Compró además otros nueve, y a cada uno de ellos les hizo aprender un poema lírico. No hay que admirarse si le costaron muy caro; porque no habiéndolos hallado instruidos, hubo de pagar quien los enseñase. Con esta provisión empezó a perseguir a los que convidaba a su mesa, y poniendo a sus pies los esclavos, éstos le soplaban los versos que quería recitar; pero las más veces se quedaba a la mitad... Este hombre, sin embargo, siempre tuvo la presunción de creer que sabía todo lo que sabían sus esclavos”.

También hubo mujeres que preciándose de instruidas, andaban acompañadas de filósofos y literatos alquilados o comprados, cuyas lecciones sólo tomaban al tiempo de peinarse, pues a creerlas, no tenían más tiempo en todo el día. “Muchas veces, dice Luciano,⁴¹⁰ mientras el filósofo trata profundamente algún punto moral, una esclava joven se acerca a su ama, y le da un billete amoroso. Entonces se interrumpen los discursos instructivos, y ella no los vuelve a oír; sino después de haber contestado a su amante”.

Entregada Roma en sus primeros siglos a la agricultura y a los rudos trabajos de la guerra, poco tiempo pudo dar a los estudios liberales; y la gramática, lejos de haber sido honrada en Roma, no estuvo en uso en aquellos tiempos.⁴¹¹ De aquí la poca importancia con que muchos ciudadanos la miraron aun después de introducida, y de aquí, en parte, el haber caído en manos de esclavos y libertos. Levantada de tanta postración, no se desdeñaron de escribir acerca de ella aun los ciudadanos más ilustres.⁴¹² Pero los romanos, a imitación de los griegos, distinguieron al gramático del gramatista (*grammaticus, grammatista*); éste era el que solamente enseñaba las reglas de la gramática; mas, aquél extendía su enseñanza a otros ramos literarios.⁴¹³ Un gramático en Grecia y Roma fue lo que hoy se llama un literato, y tal es el nombre que al principio dieron los griegos al gramático.⁴¹⁴

Los esclavos instruidos, ya griegos, ya de otros países, dieron origen a la perniciosa costumbre de que los amos les confiasen la educación de sus hijos. Llamóseles *pedagogos* y *preceptores*:⁴¹⁵ éstos enseñaban las artes, letras o ciencias; aquéllos debían formar el corazón de los niños, inspirándoles buenas costumbres, ministerio mucho más delicado que la enseñanza puramente literaria; pero ni unos ni otros fueron siempre esclavos.⁴¹⁶ Cuando los niños no se educaban en casa, los esclavos que los acompañaban a la escuela llevándoles los libros y el recado de escribir en una caja (*capsa*), llamáronse *capsarii*,⁴¹⁷ nombre que también se dio, como ya se ha dicho, a los esclavos que en las termas guardaban la ropa de los bañistas.

Esclavos hubo también que se destinaron a divertir al pueblo romano en los combates del circo y en las representaciones escénicas.

En aquéllos, no sólo lucharon fieras con fieras, y hombres con ellas, sino hombres con hombres. De los primeros nada diré; mas, sí de los dos postreros, porque en ellos figuraron, así hombres libres que voluntariamente peleaban, o se alquilaban, como también esclavos. *Bestiarii* llamase a los que figuraban en las luchas de hombres con fieras; y en ellas figuraron, no sólo personas libres, condenadas a esclavitud por delitos, sino aun los mismos que siempre habían vivido en ella.⁴¹⁸ Grande importancia tomaron en Roma tan bárbaras diversiones, y la historia menciona que Pompeyo, en su segundo consulado, ofreció al pueblo romano un espectáculo de 600 leones y 17 o 20 elefantes, que todos perecieron en cinco días por la mano del hombre.⁴¹⁹ Cómodo, el brutal emperador, adquirió funesta celebridad lidiando con las fieras, y cuéntase que mató muchos millares de bestias feroces, habiendo entre ellas elefantes.⁴²⁰

Tanto o más feroces fueron los combates de los gladiadores, cuyo origen sube probablemente a la antigua costumbre de aplacar los males de los que morían en la guerra, sacrificando en su tumba a los prisioneros enemigos.⁴²¹

De muchos modos, y con diversas armas, pelearon los gladiadores.⁴²² Aunque todos no fueron esclavos, el número de éstos fue tan considerable, que para formar alguna idea, es preciso exponer rápidamente la historia sangrienta de aquellos espectáculos.

Los primeros que los ofrecieron al pueblo romano, el año 489 de Roma, fueron los dos hermanos Bruto en los funerales de su padre.⁴²³ Continuáronse en ocasiones semejantes por voluntad de los testadores,⁴²⁴ por disposición de las familias que los ofrecían como solemne expiación,⁴²⁵ o cuando la patria quería honrar la memoria de algún insigne ciudadano.⁴²⁶ El pueblo fue acostumbrándose a tan feroz espectáculo, llegolo a amar con furor por las profundas emociones que le causaba, convirtiolo en diversión nacional, y púsolo bajo la protección tutelar de Marte y de Saturno, en cuyas fiestas se derramaron torrentes de sangre humana.⁴²⁷ Desde entonces encargose el Estado de proveer a todos sus gastos, y los ediles los dieron periódicamente, sin que por eso dejasen los particulares de ofrecerlos al pueblo, ora por afectos de familia, ora por miras de ambición,⁴²⁸ ora con el fin de familiarizar al soldado con la sangre y con la muerte.⁴²⁹

Al principio, sólo fueron gladiadores los prisioneros de guerra, los esclavos, y los criminales condenados por sentencia; pero después bajaron a la arena, no ya hombres libres alquilados,⁴³⁰ sino caballeros,⁴³¹ senadores⁴³² y hasta nobles matronas⁴³³ y emperadores, pues Cómodo combatió centenares de veces.⁴³⁴ En los juegos que Escipión consagró en Cartagena a los manes de su padre y de su tío, los gladiadores no fueron esclavos, ni hombres oscuros, sino ilustres personajes.⁴³⁵ Empresarios hubo, que compraban esclavos para hacerlos gladiadores, y alquilarlos, habiéndoselos dado por eso el nombre de *lanistæ* o vendedores de carne.⁴³⁶ Otros, sin abrazar esta profesión, compráronlos también, y como rasgo que caracteriza las costumbres de aquellos tiempos se puede citar el pasaje de Cicerón en que felicita a su amigo Ático por los gladiadores que había comprado: “se dice que son admirables en el combate, y que si los hubieras querido alquilar, habrías sacado el duplo de su valor”,⁴³⁷ y en otra parte de sus obras, aunque no niega que este espectáculo era cruel, lo aprueba como escuela de valor.⁴³⁸ Plinio, el Joven avanza más que Cicerón, pues elogia con entusiasmo esos sangrientos combates. “Espectáculos, dice, no de molicie y de corrupción, que enervan y degradan las almas, sino que estimulan a recibir nobles heridas y al desprecio de la muerte, mostrando hasta en los esclavos y criminales el amor de la gloria y el deseo de vencer”.⁴³⁹

Estos espectáculos pasaron de Roma a otras ciudades de Italia y de las provincias; y las ruinas de los anfiteatros que todavía se ven en algunas de ellas, atestiguan tan triste verdad a las presentes generaciones.

En los primeros combates lidiaron pocos gladiadores; mas, su número se fue aumentando al paso que crecía la afición del pueblo a esas luchas. Si en los funerales de Em. Lépido sólo combatieron 22 pares,⁴⁴⁰ y en los de Levino, 25,⁴⁴¹ ya en los del abuelo de Terencio Lucano salieron 30 a la arena,⁴⁴² y 60 en los de Licinio.⁴⁴³ César, cuando fue edil, ofreció a Roma un espectáculo de 320 pares;⁴⁴⁴ y más hubieran sido, si sus enemigos, espantados de la gran multitud de gladiadores que llevó de todas partes, y de lo que con ellos hubiera podido hacer, no hubiesen alcanzado una ley, restringiendo el número de los que en adelante debieran entrar en Roma.⁴⁴⁵ En Judea hizo lidiar Agripa en un solo día 700 pares.⁴⁴⁶ En tiempo de Domiciano se peleaba hasta de noche a la claridad de antorchas,⁴⁴⁷ y cuando Trajano triunfó de los dacios, los espectáculos duraron 123 días, pues que combatieron 10 000 gladiadores.⁴⁴⁸

Cómodo divirtió a Roma con casi 1 000 combates,⁴⁴⁹ y Gordiano le ofreció 12 en un año, lanzando a veces 1 000 gladiadores, y nunca menos de 300.⁴⁵⁰ Estas cifras por sí solas manifiestan la muchedumbre de esclavos destinados a tan espantosa carnicería. Algunos emperadores trataron de disminuirla; pero tan sangrientos juegos no se prohibieron hasta Constantino en 325, ni cesaron enteramente hasta el reinado de Honorio.⁴⁵¹

Prisioneros esclavizados y criminales condenados divirtieron también a los romanos en las representaciones de combates navales llamados *naumaquia*. Diéronse al principio en el Circo Máximo, y después en otras partes. Con tal objeto hizo Augusto un lago cerca del Tíber,⁴⁵² y Domiciano una *naumaquia*.⁴⁵³ Los combatientes, que llevaron el nombre de *naumachiarii*, debían pelear hasta la muerte, a menos que la clemencia del emperador les salvase la vida.⁴⁵⁴

A los combates gladiatorios y naumáticos sucedieron los espectáculos de la escena introducidos de Etruria, para aplacar la cólera del cielo, cuando una peste horrorosa desolaba a Roma.⁴⁵⁵ En su origen, estas representaciones sólo consistieron en una danza ejecutada a la moda toscana y al son de una flauta;⁴⁵⁶ pero después se fueron variando y perfeccionando hasta elevarse a la comedia, la tragedia, y la pantomima. Envilecido el ejercicio de estos espectáculos por la opinión y por la ley, empleáronse en ellos, gente baja y esclavos,⁴⁵⁷ que educados al efecto, se alquilaban o vendían, solos o en compañías,⁴⁵⁸ pues hubo empresarios que anduvieron de pueblo en pueblo dando representaciones.

Por último, ocupáronse los esclavos hasta en las tristes funciones de la muerte. Los *pollinctores* (*pellis unctores*) que frotaban con perfumes la piel de los cadáveres,⁴⁵⁹ fueron propiedad de los *libitinarios*,⁴⁶⁰ nombre que se dio a los empresarios de las ceremonias fúnebres, porque tenían a su cargo el templo de Venus Libitina, donde se guardaban los objetos necesarios para los funerales.⁴⁶¹ Esclavos fueron igualmente

los *vespillones* o *lecticarii*, así llamados, porque llevaban en sus hombros los cadáveres⁴⁶² al lugar donde debían ser enterrados o quemados. Digo enterrados, porque así lo hicieron los romanos al principio;⁴⁶³ pero después empezaron a quemarlos, imitando a los griegos.⁴⁶⁴ Esta costumbre se generalizó a fines de la república,⁴⁶⁵ y en tiempo de los emperadores ya fue casi universal; mas, con el cristianismo se fue aboliendo paulatinamente, y al terminar del siglo cuarto, no existía.⁴⁶⁶

Tal fue el inmenso número de ocupaciones rústicas y urbanas a que se destinaron los esclavos en Roma. Sobre este punto el italiano Lorenzo Pignorio escribió una obra especial en el siglo decimoséptimo. Popma escribió también sobre el mismo asunto; y W. Blair trae en el capítulo VI de su obra una tabla en latín, con los nombres correspondientes en inglés, de las diferentes ocupaciones de los esclavos, cuyo número asciende a más de 260. Pignorio lo eleva a más de 300, a pesar de que omitió algunas que Gruter menciona en su colección de inscripciones sepulcrales.

De advertir es que hubo esclavos especiales para ciertas funciones; mas, no para cada una de ellas, pues frecuentemente se acumulaban muchas en unos mismos. Los lacayos de Ático podían desempeñar perfectamente las funciones de lectores y amanuenses.⁴⁶⁷ Marcial nos representa unos mismos esclavos entregados a diversas tareas en la quinta de Faustino, situada en las márgenes de Baya.⁴⁶⁸ Plinio, el Joven empleó algunas veces sus esclavos urbanos en trabajos rústicos;⁴⁶⁹ y hechos semejantes aparecen de las inscripciones de algunos monumentos sepulcrales.⁴⁷⁰

No obstante la prodigiosa muchedumbre de esclavos que tuvo Roma, dedicáronse todavía algunos brazos libres a la agricultura y a las artes. Catón numera entre los trabajadores rústicos al esclavo y al hombre libre, quien a veces cultivaba las tierras, recibiendo la novena, la octava, la séptima y hasta la quinta parte de los frutos que producían.⁴⁷¹ Varrón dice, que en la agricultura se empleaban esclavos y hombres libres, ora juntos, ora separados; y que los libres eran o asalariados, o en su mayor parte pequeños propietarios que labraban la tierra con sus familias.⁴⁷² Otras veces, el hombre libre la arrendaba al propietario y la cultivaba por su cuenta. Cuando el propietario no podía visitar sus tierras con frecuencia porque residía a larga distancia de ellas, entonces le era más útil arrendarlas a colonos que cultivarlas por esclavos. Dábase en general la preferencia a libres jornaleros en los servicios transitorios o de corta duración, porque de este modo el propietario no se gravaba con esclavos que le serían inútiles la mayor parte del tiempo. Lo mismo se hacía cuando las tierras eran insalubres, porque peligrando en ellas la vida de los esclavos, el amo sufría grave quebranto con su muerte.⁴⁷³

De esclavos y brazos libres empleados en la agricultura habla también Columela; y después de dar algunos consejos sobre su manejo, opina, con el opulentísimo Volucio, que los más útiles son los que han nacido en la misma heredad, porque “adheridos a ella desde la cuna, la miran como su patrimonio”.⁴⁷⁴ En apoyo de los autores geopónicos viene el testimonio de Plinio, el Joven, el cual tenía labradores libres en su heredad, y dice también que los había en otra que quería comprar.⁴⁷⁵

En la granjería pecuaria empleáronse también brazos libres, y para que éstos no menguasen, César mandó que los criadores de ganados tuviesen a lo menos un tercio de pastores libres.⁴⁷⁶

En las ciudades hubo plebeyos que ejercitaron las artes. Cuando se descubrió la conjuración de Catilina, los libertos de Léntulo y algunos de sus clientes recorrieron los talleres de Roma, incitando los artesanos libres a la sedición.⁴⁷⁷

“Dícese, así habló Cicerón en el Senado, que un agente de Léntulo recorre la mansión del pobre y los talleres del artesano, con la esperanza de seducir; a fuerza de dinero, las almas simples y crédulas. Sí, hase tratado de sublevar a los artesanos: pero no se han encontrado entre ellos ni tan miserables, ni tan perdidos que no quisiesen conservar el modesto asilo en donde un trabajo diario satisface a sus necesidades, el lecho en que reposan y el curso mismo de sus hábitos pacíficos. Yo no temo decirlo: esta clase industriosa es, por su posición, amiga del reposo y de la tranquilidad. Todas las ganancias de su trabajo, todos sus medios de existencia necesitan, para sostenerse, de una grande población. Sólo la paz alimenta su industria. Si sus utilidades disminuyen cuando están cerrados los talleres, ¿qué no será cuando fueran consumidos por las llamas?”⁴⁷⁸

César, al disolver las corporaciones de su tiempo, respetó aquellas que habían sido fundadas en las primeras edades de Roma;⁴⁷⁹ cuales fueron sin duda las de artesanos y otras establecidas por Numa.⁴⁸⁰ Las sentencias de los jurisconsultos y lo demás que se dirá, prueban también, que, en medio de la muchedumbre de esclavos que abarcaron tantas ocupaciones, siempre hubo en la sociedad romana personas libres que se dedicaron a las artes.

Expuestos ya los copiosos orígenes de la esclavitud en Roma, la inmensa muchedumbre de sus esclavos y las diversas tareas a que se destinaron, pasemos a investigar los diferentes precios en que se vendieron.

Singular espectáculo presentó el mercado de esclavos en Roma, pues a él se llevaron de todas clases, edades y naciones. Si en Atenas sólo se sacaron a venta pública el primero de cada mes, en Roma hubo mercado diario en la Vía Sacra,⁴⁸¹ en el campo de Marte,⁴⁸² en la calle Toscana,⁴⁸³ y en el templo de Venus donde se exponían las cortesanas.⁴⁸⁴ Los muchachos hermosos destinados a placeres impuros teníanse reservados y

enseñábanse en un tablado con rejas (*catasta*) a sólo los aficionados que sabían apreciarlos.⁴⁸⁵

A los esclavos introducidos de países ultramarinos blanqueábanseles los pies con greda,⁴⁸⁶ y si eran del oriente taladrábanseles las orejas.⁴⁸⁷ Los prisioneros de guerra vendíanse *sub hasta*, porque donde estaba el prigionero se ponía una lanza; o *sub corona*, porque se les colocaba una en la cabeza⁴⁸⁸ como signo de la victoria sobre ellos alcanzada. Cuando los esclavos se presentaban con gorro (*pileus*), era indicio de que el vendedor no respondía de sus defectos.⁴⁸⁹

Para realzar el mérito de los esclavos, valíanse los traficantes de varios artificios.⁴⁹⁰ Hacíanlos mover, saltar, cantar y lucir otras habilidades.⁴⁹¹ Daban redondez y gracia a sus descarnados miembros, frotándoles todo el cuerpo con trementina caliente, pues creían que esta sustancia dilataba la piel y ponía al hombre en aptitud de engordar.⁴⁹²

Para que apareciesen más muchachos, arrancábanles los vellos, signos de la pubertad,⁴⁹³ y aun se dice que detenían su crecimiento, frotando las partes donde salen con huevos de hormigas y sangre de los testículos de cordero.⁴⁹⁴

Un papel colgado al pescuezo del esclavo⁴⁹⁵ anunciaba sus buenas cualidades;⁴⁹⁶ mas, para impedir fraudes, mandó el pretor que también se indicasen sus defectos.⁴⁹⁷

Anunciábase a veces con anticipación la venta de los esclavos,⁴⁹⁸ y efectuábase, o por cabeza, o en lotes, juntando buenos con malos, y viejos con jóvenes.⁴⁹⁹ Para ser mejor visto de los circunstantes, subíase sobre una piedra el esclavo en venta.⁵⁰⁰

Examinábalo el comprador atentamente, haciéndolo desnudar,⁵⁰¹ y en ciertos casos reconocer por un médico.⁵⁰² Era la epilepsia una de las enfermedades que más se procuraba descubrir; lo que se conseguía, según Plinio y Apuleyo, quemando el azabache (*gagates*), así llamado de la ciudad y río Gages en Licia, e inspirando el esclavo sus vapores.⁵⁰³ Dicen que lo mismo acontecía, cuando se hacía girar en su presencia el torno o rueda de un alfarero.⁵⁰⁴ Estas precauciones, de cuya eficacia no puedo responder, inducen a sospechar que la epilepsia no era enfermedad rara en aquellos tiempos.

En su sencillez rústica y militar poco aprecio hicieron los primeros romanos de la plata, oro, joyas y otros objetos de lujo, a los que llamaron cosas *no mancipi*; mas, tuvieron en alta estima los predios rústicos y urbanos del suelo itálico, el caballo que los conducía en la guerra y en la paz, el mulo y el asno que llevaban las cargas, el buey que surcaba las tierras, y el esclavo que las labraba. A todas estas cosas dióseles el nombre de *mancipi*.⁵⁰⁵ En los primeros años de Roma, casi encerrados sus moradores dentro de los muros de ella, codiciaron estos objetos como indispensables para la vida. Buscáronlos en la guerra con las naciones

vecinas, y adquiriéndose por la conquista, pertenecieron al Estado, el cual repartiolos como don precioso entre los primeros romanos. Así lo hizo Numa, su segundo rey.⁵⁰⁶

De la importancia que se dio a las cosas *mancipi* nació que no pudieran adquirirse ni enajenarse del mismo modo que las *no mancipi*; y como el Estado era quien daba su propiedad, él también era quien debía intervenir en su enajenación. Así fue que el acto por el cual ésta se hacía llamase mancipación (*mancipatio*): acto tan solemne, que en él intervenían la religión, la autoridad pública, y cierto número de testigos, pronunciándose una forma de palabras especialmente establecida.⁵⁰⁷

Con el transcurso del tiempo enriquecieron los romanos, y sus costumbres se alteraron; mas, no por eso se cambió el modo de enajenar los esclavos que eran una de las cosas *mancipi*.

De estas fórmulas jurídicas que debían observarse rigurosamente, aprovecharon los hombres de mala fe en la venta de los esclavos, pues vendiéndose sin la mancipación, el incauto comprador creía muchas veces haber hecho buen negocio adquiriendo barato el esclavo; pero como la venta era nula por faltarle los requisitos esenciales de la ley, presentábase un pícaro confabulado con el vendedor reclamando la propiedad de aquél. A esto alude Plauto en su comedia del *Persa*.⁵⁰⁸ Tales abusos no empezaron a corregirse sino cuando el pretor dio al comprador la excepción de dolo, o la excepción de cosa vendida y entregada (*rei venditæ et traditæ*).

Muy astutos y dolosos los traficantes, el comprador era muchas veces víctima de sus engaños; y para no dejarlo expuesto a sus tiros, los ediles, usando de sus atribuciones sobre los mercados y ventas que en ellos se hacían, publicaron un edicto que decía:

“Los vendedores de esclavos deben manifestar a los compradores las enfermedades o vicios de cada uno; si se ha huido, si es vagabundo, y si no está libre de toda obligación judicial. Todas estas declaraciones deben hacerse en voz alta y públicamente al tiempo de la venta. Si un esclavo es vendido contra estas estipulaciones generales, o si no corresponde a las cosas afirmadas o prometidas cuando se verificó la venta, nosotros daremos juicio al comprador o a cualquiera otro que tenga derecho para que el esclavo sea devuelto (*redhibeatur*). Lo mismo será, si un esclavo ha cometido algún crimen capital, si ha intentado suicidarse, o si ha bajado a la arena para combatir con las fieras: todo esto se debe declarar en la venta; pues por tales hechos daremos juicio. Además, si alguno es acusado de haber vendido, con conocimiento de causa y por fraude contra estos mandatos, daremos juicio”.⁵⁰⁹

Todos los casos comprendidos en este edicto dieron derecho al comprador para devolver el esclavo dentro de seis meses, contados desde que se hizo la venta, usando de la acción redhibitoria.⁵¹⁰ Pero si los de-

fectos físicos o morales del esclavo, callados maliciosamente por el vendedor; no eran de tanta gravedad como los anteriores, entonces el comprador podía intentar dentro de un año la acción estimatoria o *quanto minoris*, para que el vendedor le descontase del precio recibido, cuanto menos valiese el esclavo en razón del vicio o lesión que padecía.⁵¹¹

Referir todos los casos en que la legislación romana dio al comprador esas dos acciones, sería traspasar los límites de la historia, cayendo en un tratado de jurisprudencia.⁵¹² Sin embargo, mencionaré, que el comprador podía usar de la acción redhibitoria cuando el vendedor no declaraba si el esclavo era recién importado (*novitius*), o antiguo (*veterator*). El jurisconsulto Celio deriva este último nombre del género de servicio a que se destinaba el esclavo, y no del tiempo que servía,⁵¹³ pero Marciano, más acertadamente, llamó *veterator*⁵¹⁴ al que había servido un año continuo en la ciudad; y *novitius* al que menos tiempo. Preferíase generalmente el *novitius* al *veterator*, porque no habiendo contraído como éste los vicios de Roma, era más dócil bajo la rienda del amo. Siendo, pues, más buscado, y pagándose por lo mismo mejor, el traficante los interpolaba para vender al *veterator* como *novitius*.⁵¹⁵

Exigiose también del vendedor, que manifestase la nación a que pertenecía el esclavo, pues este conocimiento daba un indicio de su carácter, e influía en la decisión del comprador.⁵¹⁶ Creíase, que los dálmatas eran feroces; los cretenses, embusteros; los misios,⁵¹⁷ sirios,⁵¹⁸ bitinios y capadocios, robustos y excelentes para llevar *lecticas* y otras cargas;⁵¹⁹ los frigios, tímidos; los jónicos, hermosos; y los muchachos alejandrinos, obscenos en sus chistes.⁵²⁰ Los negros, muy estimados al principio por su rareza, fueron después envilecidos; así fue, que cuando un rico romano convidaba a comer a sus clientes, gente parásita y no bien mirada en Roma, él se hacía servir por un elegante esclavo del Asia, mientras que un negro era quien llenaba la copa de aquéllos.⁵²¹ Los epirotas eran buenos para casados;⁵²² los galos, excelentes pastores, sobre todo de acémilas:⁵²³ los bretones tenían alta estatura,⁵²⁴ circunstancia que influyó en que Augusto los destinase al servicio del teatro:⁵²⁵ las gaditanas se distinguían por su canto seductor y danzas voluptuosas:⁵²⁶ los sardos fueron de tan ruin calidad que se vendían bajo el pregón que pasó después en proverbio: “Sardos de venta, uno peor que otro” (*Sardi venales, alius alio nequior*⁵²⁷); y los corsos, peores que todos por su indomable y feroz carácter.⁵²⁸ “Es un espectáculo singular, dice Strabón, ver su ferocidad y estupidez. O desdennan vivir; o permaneciendo en una apatía e insensibilidad absoluta, fatigan a sus amos y bien pronto los hacen arrepentir de haberlos comprado, aunque haya sido en muy corta cantidad”.⁵²⁹

A pesar de todas las precauciones de la ley, el vendedor a veces las eludía astutamente, pues indicaba con tanta destreza aun las faltas gra-

ves del esclavo, que las hacía aparecer como insignificantes. El siguiente rasgo de Horacio pinta la travesura de un mangón.

“Floro, un esclavo está de venta, y se te le propone. Nació en Tibur o en Gabia: ‘Mirad, dice su amo, ¡qué blanca piel! Es hermoso de pies a cabeza. Pues bien, dadme 8 000 escudos, y es vuestro; es un lacayo precioso; comprende un gesto, una ojeada. La lengua griega le es familiar, pues se ha penetrado de ella. No hay talento que no posea; es una blanda arcilla que recibirá todas las impresiones. Además, canta, sin arte, es verdad, pero no sin dulzura y juzgaréis de ello en la mesa. Yo sé que prometer mucho excita desconfianza. No sienta bien al vendedor realizar demasiado su mercancía. A mí nada me apura, y aunque pobre, nada debo. No hay traficante que os trate tan bien como yo, ni con ningún otro, sería yo tan acomodadizo. A propósito, una sola vez se olvidó de sí; como se hace comúnmente, corrió a esconderse en las escaleras por temor del látigo. Hagamos, pues, negocio, si la falta os parece venial’ ”.⁵³⁰ El comprador está ya advertido de la tacha del esclavo, y si entrega el dinero, nada puede reclamar en justicia contra el vendedor; pues que éste ya ha indicado que se había huido una vez.

Los esclavos pagaban a su importación un derecho; y los eunucos introducíanse de varios países, principalmente de la Persia. De ellos se habla en una lista de mercancías sujetas al impuesto, hecha por el jurisconsulto Marciano, y conservada en una ley del *Digesto*.⁵³¹

Todo traficante debía declarar el número de esclavos que introducía, y si se equivocaba, era condenado a pagar dobles derechos por cada esclavo omitido, aunque alegase buena fe.⁵³² Si la importación se hacía por contrabando, los esclavos eran confiscados.⁵³³ Muchos fraudes cometieron los mangones para eludir la contribución que habían de pagar. Cuenta Suetonio, que ellos introdujeron en Brindis un muchacho hermoso de gran valor; con la toga y la bula de ciudadano. Vendido en Roma y descubierto el engaño, declarósele libre fundándose en que así lo habían querido los mismos importadores al ponerle aquellas insignias, símbolos de libertad.

En medio de las vicisitudes del mundo romano, experimentolas también el impuesto que se pagaba por los esclavos importados; y curioso es mencionar lo que acerca de este punto se ha descubierto en el presente siglo. En la primavera de 1858 hacíanse en Argel, por orden de Si-Mokar, caid de los ouled sallam, en la subdivisión de Batna, unas excavaciones para construir un molino de agua en las minas de Zraïa, la antigua colonia Julia Sarai; y allí se descubrió una tarifa de lo que en el año 202 de la era cristiana se pagaba en las aduanas por los esclavos y otros efectos introducidos en aquella región. Exigiose, pues, en dicha tarifa por un esclavo 1½ dinero; por cada mulo, mula, caballo o yegua 1½ dinero; y así sucesivamente por otros animales. Mas, aquí es de no-

tar que los esclavos fueron equiparados a los caballos y mulos. También lo es que dicha tarifa se formó viviendo todavía el célebre jurisconsulto Papiniano, por quien sabemos que la ley tasaba entonces los esclavos en 20 sólidos de oro, equivalentes a 500 francos.⁵³⁴

Además del derecho que pagaban los esclavos a su entrada en el territorio romano, impúsose otro a la venta de cada uno: éste era la vigesimaquinta parte de su valor; o sea, el 4 %. Por mucho tiempo, pagolo el comprador; mas, deseando Nerón aliviar a éste, suprimiolo, echándolo sobre el vendedor, quien aumentando el precio del esclavo en proporción al valor del impuesto, pronto se conoció que el comprador no sacaba provecho alguno del cambio hecho por Nerón.⁵³⁵

El precio de los esclavos varió extraordinariamente según su abundancia o escasez, su patria, la tarea o profesión que ejercía, su aptitud para desempeñarlas, y la riqueza, gustos y aun caprichos del comprador.

De notar es que en un país donde se vendieron tantos esclavos, y en donde hubo de ellos mercado diario, hayan quedado tan pocas noticias acerca de su precio.⁵³⁶ De la fundación de Roma al imperio de Justiniano 13 siglos corrieron; y en los cinco primeros no se encuentra vestigio alguno que pueda revelarnos el precio de los esclavos en Roma. Verdad es que Aníbal y el dictador Fabio Máximo convinieron en rescatar sus prisioneros hombre por hombre, y en su defecto, pagar por cada uno 2 libras y media de plata romana.⁵³⁷ Cada libra equivalía según Plutarco a 100 dracmas griegas,⁵³⁸ y como cada dracma representa un valor de 87 céntimos franceses según unos autores, y de 92, según otros, resulta que el precio del rescate de cada prisionero fluctuaría entre 217 y 230 francos.⁵³⁹

El mismo Aníbal, después de la batalla de Cannas, pidió por cada jinete un rescate de 500 numos cuadrigatos (388 frs.); por cada peón romano 300 cuadrigatos (234 frs.); por cada aliado 200 cuadrigatos (156 francos); y por cada esclavo 100 cuadrigatos⁵⁴⁰ (78 francos).⁵⁴¹

Inferiores debieron de ser estos precios a los que entonces tenían en Roma los esclavos, no sólo porque los 8 000 que en aquellas circunstancias armó el Senado, los compró a precio más alto que el que le pedía el enemigo por los prisioneros,⁵⁴² sino porque Aníbal necesitaba de dinero para los gastos de la guerra, y érale además muy gravoso mantener y llevar consigo el gran número de prisioneros que hizo en aquella batalla.

Casi por ese mismo tiempo damos con otro dato que puede acercarnos algo más a la verdad. Catón, el Censor nació a los 520 años de Roma, o 234 antes de la era cristiana, y Plutarco dice, que aquel romano jamás pagó por esclavos robustos que sabían curar caballos y manejar bueyes, más de 1 500 dracmas.⁵⁴³ Como Plutarco era griego, siempre que habló de monedas en sus *Vidas de Hombres Ilustres*, redújolas a la dracma griega, tomando ésta por equivalente de dinero (*denarius*), cuyo valor

en su tiempo era casi igual al de la dracma, y, por consiguiente, las 1 500 representarían unos 1 304 francos. Pero entre Catón y Plutarco median casi tres siglos, y valiendo menos el dinero en tiempo de aquél que de éste, los 1 500 dineros debieron ser 1 164 francos. Este dato indica solamente el precio máximo que pagaba Catón por un buen esclavo rústico. Mas, ¿cuál fue el valor a que se vendieron entonces los de inferior calidad, o que se dedicaban a diferentes ocupaciones? La historia guarda silencio.

Ya en el siglo de Catón, había el lujo invadido a Roma, y durante su censura trató de reprimir el gran número de esclavos que ostentaban los romanos. Con este objeto, decidió que los esclavos de menos de 20 años de edad vendidos después del último censo en 10 000 ases (776 frs. 30 cént.), a lo más fuesen tasados diez veces más alto que lo que habían costado, echándoles un impuesto de 3 ases por 1 000.⁵⁴⁴ Pero de aquí no puede inferirse cuál fue entonces el verdadero precio de los esclavos, no sólo porque aquella contribución se limitó a los que habían costado 10 000 ases, sino porque no se hace distinción de sexos, ocupaciones, ni otras circunstancias indispensables para llegar a un exacto resultado.

Sin salir del mismo siglo sexto de la fundación de Roma, pues que Plauto fue contemporáneo de Catón, aquel autor dramático nos ofrece en muchas de sus comedias los precios en que supone fueron vendidos los esclavos de ambos sexos. A falta de otros datos, correspondientes a aquella época, presentaré aquí la diferencia de precios que él da en sus comedias.

Dos niñas de pocos años robadas en Cartago con su criandera fueron vendidas todas tres en 18 minas de plata⁵⁴⁵ (1 565 francos).

El muchacho Filopolemo, hijo de Hegión, también robado, fue vendido en 6 minas⁵⁴⁶ (poco más de 521 francos).

La joven esclava llamada Fenicia fue vendida en 20 minas,⁵⁴⁷ o 1 740 francos. La cortesana Filemacia es libertada por un joven en 30 minas⁵⁴⁸ o 2 600 francos. La muchacha Ampelisia alcanza también su libertad por el mismo precio.⁵⁴⁹ En igual cantidad, sin comprender la ropa y alhajas, es vendida la esclava Planesia.⁵⁵⁰

Un joven enamorado compró una hermosa prisionera en 40 minas,⁵⁵¹ o 3 480 francos. Una tocadora de lira fue vendida en 50 minas,⁵⁵² o 4 350 francos. A la misma cantidad subió una esclava cortesana, que un padre y un hijo se disputaron en una venduta, sin atreverse a confesar ninguno de los dos que la quería para sí.⁵⁵³ Hombre hubo que dio por una linda muchacha hasta 60 minas,⁵⁵⁴ o 5 215 francos.

Aunque el fondo de las comedias de Plauto fue griego en los asuntos y en los personajes, él introdujo a veces en ellas las costumbres de Roma; pero los precios de los esclavos que hace figurar en la escena, son puramente arbitrarios, porque no los tomó del mercado romano. Esta consi-

deración, por sí sola, basta para que seamos cautos, y que no los aceptemos como expresión de la verdad. Viéronse, sin embargo, en tiempos posteriores esclavos vendidos a precios mucho más altos que los de Plauto en sus comedias. Tales fueron los de lujo y los destinados al placer o vanidad de sus amos.

Sucedió a Plauto en las glorias del teatro el esclavo Terencio, quien menciona la venta de una negrita y un eunuco en 20 minas los dos.⁵⁵⁵ Pero este precio no puede servir de tipo, porque entonces, así los negros como los eunucos, eran muy raros en Roma; y los primeros luego que abundaron en ella, consideráronse, según he dicho ya, como esclavos muy inferiores.

Dos siglos después de Plauto, Horacio en una de sus sátiras introduce como interlocutor a un esclavo, el cual dice, que fue comprado en 500 dracmas.⁵⁵⁶ Este precio manifiesta que el esclavo era de servicio ordinario, pues los de lujo o de placer llegaban en aquella misma época a cantidades muy elevadas. Pintando el mismo poeta la astucia de los traficantes, en una epístola a Julio Floro, supone vendido en 8 000 numos (2 150 frs.) un muchacho hermoso y de talento.⁵⁵⁷

Más variedad en los precios ofrece el poeta Marcial. Búrlase éste de Febo por haber dado 100 000 sestercios⁵⁵⁸ (casi 2 5000 frs.), por un muchacho que él no quiso comprar en esa cantidad.⁵⁵⁹ Censura a Melicho por haber adquirido una esclava en igual suma.⁵⁶⁰ Habla también de muchachos esclavos comprados cada uno en 100 000 y hasta en 200 000 sestercios.⁵⁶¹ Menciona igualmente una muchacha esclava de reputación muy equívoca, que no se vendió en 600 sestercios por la torpeza del pregonero.⁵⁶² Mófase de Caliodoro por haber vendido un esclavo en 1 300 numos; para bien cenar, aunque cenó mal.⁵⁶³ Por último refiere la venta de algunos esclavos jóvenes en 100 000 sestercios.⁵⁶⁴

Después de los precios en cierta manera arbitrarios a que aluden los poetas latinos, vengamos a los verdaderos tomados del mercado de Roma.

Columela, que escribió en el primer siglo del imperio, lamenta la costumbre de comprar a bajo precio o de escoger entre los criminales vendidos en subasta, los esclavos viñadores. Él quería que para conseguirlos buenos se pagasen por ellos hasta 8 000 sestercios que equivalían a unos 2 000 francos. Pero ese mismo deseo, y la práctica en contrario que él cita, prueban claramente que aquella cantidad no fue el precio corriente de los esclavos viñadores.⁵⁶⁵

Pasemos ahora a considerar el valor de los esclavos de lujo y de placer a fines de la república y primeros tiempos del imperio.

Los cocineros, como se ha dicho en su lugar, fueron los últimos de los esclavos; pero cuando empezó a introducirse el lujo del Asia, entonces también comenzaron a venderse muy caros,⁵⁶⁶ y los aventajados en el oficio se pagaron hasta en 4 talentos⁵⁶⁷ (20 865 francos).

Tito Minucio, arrebatado de amor por una esclava, comprola en 7 talentos áticos,⁵⁶⁸ que equivalían a 38 656 francos. Doseientos mil sestercios arrancó Toranio, traficante de esclavos, al triunviro Marco Antonio por dos hermosos muchachos de semejanza tan extraordinaria, que se los vendió por gemelos; mas, el engaño se descubrió por la diversidad de lenguas que hablaban, pues uno había nacido en Asia y otro en las Galias. Antonio quiso castigar a Toranio, pero éste desarmó su cólera, diciéndole, que por eso cabalmente se los había vendido tan caros, pues nada tenía de extraño que se pareciesen dos seres habidos en una misma madre, mientras era una maravilla encontrar tan perfecta semejanza en dos personas nacidas en países diferentes, y que no tenían el más remoto parentesco. Salida tan aguda cautivó a Antonio, y desde entonces los supuestos gemelos fueron su delicia.⁵⁶⁹

Cien mil sestercios pagó el ridículo Calvisio Sabino, de quien he hablado ya, por cada uno de los 11 esclavos que de memoria se aprendieron a Homero, Hesíodo, Píndaro y a otros poetas.⁵⁷⁰ y en tiempos posteriores compró en igual cantidad a una hermosa cortesana el infame Heliogábalo.⁵⁷¹

Lutorio Prisco dio por Pezón, uno de los eunucos de Sejano, 500 000 sestercios (125 000 frs.) según unos, y 50 millones de sestercios según otros (12 500 000 frs.). Esta enorme divergencia proviene del modo de leer las cifras de Plinio;⁵⁷² pero yo me inclino a la primera cantidad, porque la segunda es tan extraordinaria que jamás se ha visto en la historia de la esclavitud antigua ni moderna.

Los enanos se vendieron también con mucha estimación. Uno llamado Canopas, de dos pies y un palmo de alto (809 mm), era el encanto de Livia, la nieta de Augusto.⁵⁷³ Domiciano asistía a los combates del circo con un enano a sus pies, vestido de escarlata,⁵⁷⁴ cuando a la pequeñez se juntaba la deformidad, entonces el enano era mucho más estimado, y los viles traficantes, arrastrados del interés, inventaron medios horribles para producir monstruos, ya impidiendo el desarrollo de la naturaleza, ya dislocando atrozmente las partes del cuerpo humano.⁵⁷⁵

Por el inmenso provecho que a sus amos dejaban, altos precios alcanzaron los gladiadores, gramáticos y cómicos. De los primeros sólo he encontrado un dato; pero no puede servir de regla. Hallábase el malvado Calígula en una venduta, a la sazón de estarse rematando 13 gladiadores; y como él viese a Aponio Saturnino dormitando y cabeceando en un banco, dijo al vendutero con aire burlesco y maligno: “Observo que ese antiguo pretor me hace señas con la cabeza, que siempre puja”. Y Calígula no cesó de pujar; hasta que los 13 gladiadores llegaron a 9 millones de sestercios (2 250 000 frs.); cantidad en que los hizo adjudicar a Saturnino.⁵⁷⁶

M. Scauro compró al gramático⁵⁷⁷ Lutacio Dafno en 700 000 sestercios⁵⁷⁸ (175 000 frs.); y después de haber sacado grandes ganan-

cias con las lecciones que daba el esclavo, vendiolo a Quinto Cátulo en 200 000 sestercios⁵⁷⁹ (50 000 frs.). No todos los gramáticos alcanzaron precios tan elevados, pues hubo algunos tan ineptos que se vendieron en 5 minas (434 frs.). De los cómicos, ya Plinio ha dicho, que en su tiempo algunos dieron por su libertad mucho más de 700 000 sestercios:⁵⁸⁰ y no es extraño que así fuese, pues del pleito seguido entre el cómico Quinto Roscio y Fannio, propietario de un esclavo también cómico, aparece que aquél ganaba anualmente en Roma 300 000 sestercios (75 000 frs.), y la actriz Dionisia, su contemporánea, 200 000 sestercios (50 000 francos).⁵⁸¹

Éstas son las noticias que nos dejó la Antigüedad acerca del precio de los esclavos en Roma. Muy incompletas son, porque sólo se refieren a ciertos períodos de la vida de aquella nación; pero aun así, se puede asegurar que los esclavos de lujo o de placer tuvieron un precio incomparablemente mayor que los empleados en el trabajo de los campos o de la ciudad. Esta diferencia forma un contraste entre la esclavitud antigua y la moderna, pues siendo la índole de ésta más para provecho que para vana ostentación del amo, el valor de los esclavos está en razón directa de la utilidad que producen.

Algunas leyes de la época del imperio fijaron en áureos o sólidos⁵⁸² el valor de los esclavos. Húbolos, pues, tasados en 5 áureos (125 frs.); en 8 (200 frs.); en 10⁵⁸³ (250 frs.), y en 20⁵⁸⁴ (500 frs.). Pero no se puede asegurar, que éstos fuesen los precios corrientes del mercado, pues no fueron más que ejemplos de que se valieron los jurisconsultos para resolver las dificultades que pudieran ocurrir. Quizá esos precios se acercarian al valor máximo, mínimo o medio de los esclavos; pero en esta incertidumbre tales datos no tienen toda la fuerza en que deben descansar las aserciones históricas.

Más confianza merecen los precios que mencionan otras leyes. Trátase en ellas de los libertos que habiendo gozado por algún tiempo de libertad, se veían expuestos a perderla por ser nulo el testamento o acto en que la recibieron; y deseando los emperadores asegurársela, sin atacar el derecho de propiedad, mandaron que tales esclavos fuesen libres, pagando a los interesados que los reclamasen la cantidad de 20 sólidos de oro⁵⁸⁵ (500 frs.). Este precio, igual para todos los esclavos, sin atender al sexo, edad y diferente aptitud para el trabajo, manifiesta que el legislador se inclinó a favorecer la libertad, y que por lo mismo, iría a buscar no el valor máximo, sino el medio de los esclavos ordinarios. Esta conjetura se robustece, al ver que Constantino impuso al que abrigaba un esclavo prófugo la obligación de restituirlo a su dueño, dándole además otro igual, o en su defecto, 20 sólidos de oro.⁵⁸⁶ Debe, sin embargo, advertirse, que desde el tiempo de aquel emperador ya el sólido no valía sino 15 francos 53 céntimos; de manera, que los 20 sólidos sólo ascendieron a 310 francos 60 céntimos.

Recorriendo la serie de emperadores que sucedieron a Constantino, es menester bajar hasta Justiniano, para encontrar una tarifa de los esclavos. Ésta se halla en dos leyes, de las cuales, la primera se refiere a la división de una herencia, entre varios coherederos; y como a uno de éstos hubiesen tocado por suerte todos los esclavos, él pagó a los demás en dinero la porción que les correspondía.⁵⁸⁷ La segunda ley se contrae a los casos en que se da libertad a esclavos pertenecientes a muchos amos,⁵⁸⁸ y la escala del precio máximo que en ambas se fija, es la siguiente:

	<i>Sólidos Francos</i>	
Los esclavos de ambos sexos,		
hasta 10 años de edad	10	151
Los de ambos sexos mayores		
de 10 años que no tenían oficio	20	302
Los mismos que tenían oficio	30	453
Los que podían ser amanuenses	50	755
Los médicos y parteras	60	906
Los eunucos menores de 10 años	30	453
Ídem. de mayor edad no artesanos	50	755
Ídem. ídem. artesanos.	70	1 057

Aunque es imposible confrontar esta tarifa con otra de épocas anteriores, porque ninguna ha llegado hasta nosotros, bien se puede asegurar que es muy baja, y que en tan reducidos precios debió influir no sólo la menor necesidad que entonces había de esclavos por estar ya rehabilitado el trabajo libre, sino el concurso de varias causas que favorecían la abolición de la esclavitud.

Notas

- 1 Justiniani, *Institutiones*, lib. I, tít. III, § 4.
- 2 Gaii Institut. *Coment.*, I, § 55. *Institut. Just.*, lib. I, tít. IX, § 2.
- 3 Valer. Máxim., lib. V, cap. viii.
- 4 Dionis. Halicarar., lib. II, cap. IV. Valer. Máxim., lib. V, cap. viii. Quintiliano, *Declam.*
- 5 Leges XII Tabularum, Tab. 4a.
- 6 Plutarc., *Numa*, § 22.
- 7 Dionis. Halicarar., lib. II, cap. viii.
- 8 *Si pater filium ter venum duit, filius a patre liber esto*. Ley inserta en la 4ª de las Doce Tablas. Ulpiano, *Fragmenta*, tít. X, § 1. Gaii Inst. *Coment.*, I, § 132, y IV, § 79.

- 9 *Libertati a majoribus tantum impensum est, ut patribus, quibus jus vitae in liberos, necisque potestas (olim) erat permissa, libertatem eripere non liceret.* (Cod. Just., lib. VIII, tít. XLVII, ley, 10.)
- 10 *Dig.*, lib. XXXVII, tít. XII, ley 5.
- 11 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. IX, ley 5.
- 12 *Cód. Just.*, lib. VIII, tít. XLVII, ley 3.
- 13 *Cód. Just.*, lib. IX, tít. XVII, ley única.
- 14 *Cód. Just.*, lib. VIII, tít. LII, 1. 2.
- 15 Controv., V, 33.
- 16 Suetonio, de *Illustr. Gramm.*, lib. único, § 7.
- 17 *Declam.*, 278.
- 18 Plin., lib. X, epist. 71.
- 19 Plin., lib. X, epist. 72.
- 20 *Justin. Inst.*, lib. I, tít. III, § 4.
- 21 Festus, *Fragment.*
- 22 Varrón, *De Re Rustica*, lib. I, § 17.
- 23 Columela, lib. I, § 8.
- 24 *Justin. Inst.*, lib. I, tít. III, § 4.
- 25 Tit. Liv., lib. II, cap. xxiii, y lib. VIII, cap. xxviii.
- 26 Varr., *De Lingua Latina*, lib. VII, § 105.
- 27 XII Tablas, Tab. III.
- 28 Tit. Liv., lib. VI, cap. xxxvi.
- 29 Tit. Liv., III, cap. lvii.
- 30 XII Tablas, Tab. III. Aul. Gel., *Noct. Attic.*, lib. XX, cap. i.
- 31 Quintil., *Institut. Orator.*, lib. VII, cap. iii.
- 32 Aul. Gel., *Noct. Attic.*, lib. XX, cap. i.
- 33 XII Tablas, Tab. III. Quintil., *Instit. Orat.*, lib. III, § 6. Tertuliano, *Apologet.*, cap. iv.
- 34 Aul. Gel., lib. XX, cap. i.
- 35 Tit. Liv., lib. IV, cap. lx.
- 36 Tit. Liv., lib. II, cap. xxiii.
- 37 Tit. Liv., lib. II, cap. xxiii.
- 38 Tit. Liv., lib. II, cap. xxiv.
- 39 Tit. Liv., lib. II, cap. xxvii-xxxii.
- 40 Tit. Liv., lib. II, cap. xxvii.
- 41 Tit. Liv., lib. VIII, cap. xxviii.
- 42 Tit. Liv., lib. VIII, cap. xxviii.
- 43 Tit. Liv., lib. XXIII, cap. xiv.
- 44 *Publicanos* eran los que arrendaban las rentas del Estado.
- 45 Diod. Sic., *Fragm.*, lib. XXXVI, cap. iii.
- 46 Plutarc., *Vida de Sila*, § 32.
- 47 Plutarc., *Vida de Lúculo*, § 11 y 29.

- 48 Joseph, *Antigüed. Judaic.*, lib. XIV, tít. XII.
- 49 Véase el apéndice no. XXIII.
- 50 Tácit., *Anal.*, lib. IV, cap. LXXVII.
- 51 Dionis. Halicar., lib. IV, 15. Cicer., *Pro Cecina.*, § 34. Valer. Máxim., lib. VI, cap. III, § 4.
- 52 Aul. Gel., *Noches Áticas*, lib. XX, cap. I.
- 53 *Dig.*, lib. XL, tít. XII, ley 1.
- 54 *Dig.*, lib. XL, tít. XII, ley 7, y tít. XIII, 1.1 y 3.
- 55 *Dig.*, lib. I, tít. V, ley 21.
- 56 *Dig.*, lib. XXIX, tít. II, 1. 25, § 3. *Institut. Just.*, lib. I, tít. XVI, § 1.
- 57 Paul., *Sent.*, lib. II, tít. 21 (A), § 1-10.
- 58 Paul., *Sent.*, lib. II, tít. 21 (A), § 13 y 16.
- 59 *Dig.*, lib. XXV, tít. III, 1. 6, § 1. *Cód. Just.*, lib. VI, tít. VII, 1. 2 y 4. *Justin. Institut.*, lib. I, tít. XVI, § 1.
- 60 Valer. Máxim., lib. II, cap. VI, § 7.
- 61 *Institut. Just.*, lib. I, tít. III, § 3.
- 62 *Dig.*, lib. XLI, tít., I, ley 5ª, § último. *Institut. Just.*, lib. II, tít. I, § 17.
- 63 *Dig.*, lib. I, tít. V, ley 41, § 2 y 3. *Institut. Just.*, lib. I, tít. III, § 3. Varr., *De Lingua Latina*, lib. VI, § 85.
- 64 Dionis. Halicarar., lib. II, § 35 y 36. Tit. Liv., lib. I, § 11., 13, etc.
- 65 Tit. Liv., lib. VII, cap. XXXI.
- 66 Tit. Liv., lib. V, cap. XXI. Gaii Instit. *Comment.*, I, § 14.
- 67 Dión Casio, XLVII, 48.
- 68 Dión Casio, XLVIII, 19 y 22.
- 69 Appian., *Bello. Mitr.*
- 70 Dionis. Halicar., III, 50.
- 71 Tit. Liv., lib. V, cap. XXII.
- 72 Tit. Liv., lib. X, cap. XLVI.
- 73 Tit. Liv., lib. X, cap. XLII.
- 74 Tit. Liv., lib. X, cap. XLIII.
- 75 Tit. Liv., lib. X, cap. XLV.
- 76 Tit. Liv., lib. X, XLVI.
- 77 Plutarco., *Fab. Max.*, § 35.
- 78 Florus, lib. I, cap. XVIII.
- 79 Fest., *Fragment*. Tit. Liv., lib. XLI, cap. XXI.
- 80 Strab., lib. V, cap. IV, § 5. Diod. Sic., lib. V, cap. XIII.
- 81 Tit. Liv., lib. XXII, cap. XXIII. Dión Casio, *Fragm.*
- 82 Polib., lib. VI, cap. LVIII. Tit. Liv., lib. XXII, cap. LVIII-LXI.
- 83 *Dig.*, lib. XLIX, tít. 15.
- 84 *Dig.*, lib. XLIX, tít. XV, 1. 12, § 4.
- 85 *Dig.*, lib. XLIX, tít. XV, 1. 8, y 14, § 1.
- 86 Valer. Máxim., lib. II, cap. VII, § 15.

- 87 Tit. Liv., lib. XXII, cap. LVII.
- 88 Diod. Sic., *Fragm.* del lib. XXVI.
- 89 Appian., de *Bello Annibalico*, cap. v, § 14 y 28.
- 90 Plutarc., *Vida de Flaminio*, § 19.
- 91 Dio. Sic., *Fragm.* del lib. XXVII.
- 92 Appian., *De bellis punicis*.
- 93 Tit. Liv., lib. XLII, cap. VIII.
- 94 Tit. Liv., lib. LXIII, cap. IV.
- 95 Valleius Paterculus., *Hist.*, II, 47.
- 96 Appian., *Bell. Civil.* Plutarc., *Jul. César*. Sólo en una ciudad del país de los atuatuco vendió César a los traficantes de esclavos 53 000 de sus habitantes. (César, *De bell. Gall.*, lib. II, § 23.)
- 97 Diod. Sic., lib. V, cap. XXVI.
- 98 Cicer., *Epist. ad Atticum*, IV, 16. Strab., lib. IV, cap. v, § 4.
- 99 Tácit., *Anal.*, lib. XIV, cap. XXXI.
- 100 Plutarc., *Vida de Sertorio*, § 3 y 28.
- 101 El asiento de los bergistanos estaba, según unos, donde hoy se halla la ciudad de Teruel, y según otros, cerca de la ciudad de Huesca, do al presente dice Mariana, hay un pueblo llamado Bergua. (Mariana, *Histor. de España*, lib. II, cap. xxv.)
- 102 Polib., lib. X, fragm. 2.
- 103 Plutarc., *Vida de Sertorio*, § 28. Osca es hoy la ciudad de Huesca, en Aragón.
- 104 Valer. Máxim, IX, VI, 2.
- 105 Osorio, lib. V, cap. XVI. Plutarc., *Mario*, § 22 y 28. Eutropio, lib. V, cap. I y II. Valleius Patere., lib. II, cap. VIII, XII y CX a CXV. Ammian. Marcel., lib. XXXI, cap. V.
- 106 Plutarc., *Paulo Emil.*, § 32. Strab., lib. VII, cap. VIII, § 4.
- 107 Polib., lib. XXII, cap. XXVI.
- 108 Dió Casio, XXXIX, 23.
- 109 Plutarc., *Vida de Lúcul.*, § 7.
- 110 Plutarc., *Vida de Lúcul.*, § 16, 17, 18 y 20.
- 111 Plutarc., *Vida de Craso*, § 21.
- 112 Cicer., *Ad Attic.*, V, 20.
- 113 Strab., lib. XVII, cap. I, § 22.
- 114 Strab., lib. IV, cap. VI, § 5.
- 115 Plin., lib. XVI, cap. XX. Virgilio, *Bucól.*, ecl. IX, vers. XXX.
- 116 Florus, lib. IV, § 12.
- 117 Joseph, *Bell. Jud.*, VI, IX, 2.
- 118 Dig., lib. XLIX, tit. XV, 1. 21, § 1. *Cód. Just.*, lib. VII, tit. XIV, 1. 4.
- 119 Tácit., *Hist.*, lib. III, cap. XXXIII y XXXIV.
- 120 Plutarc., *Vida de Mario*, § 36 y 44.
- 121 Plutarc., *Vida de Sertor.*, § 6. Sueton., *Vida de Augusto*.
- 122 Tácit., *Hist.*, lib. I, cap. LXVII y LXVIII.
- 123 Plutarc., *Lúcul.*, § 20. Dionis. Halicar., IV, 24. César, *De bel. Gal.*, III, 16, etc.

- 124 Plaut., cap. IV, act. I, esc. II, vers. 1 y 2.
- 125 Dion., lib. LIII. Suet., *Aug.*, § 21.
- 126 Cicer., *De officiis*, lib. I, § 42.
- 127 *Dig.*, *De Edilit. Edict.*, 1. 44, § 1.
- 128 Séneca, *De Benef.*, lib. IV, § 13. *Dig.*, *De Edilit. Edict.*, 1. 44, § 1. Cicer., *Orator*, § 70.
- 129 Plaut., *Rudens*, act. II, esc. VII, vers. 574 y 575, y act. V, esc. III.
- 130 Tit. Liv., lib. XLI, § 21.
- 131 Strab., lib V, cap. iv, § 5. Diod. Sic., lib V, § 13.
- 132 Terenc., *Eunuc.*, act, III, esc. II, vers. 470. Juvenal, *Sátir.* V, vers. 53, y *Sátir.* VII, vers. 118.
- 133 Juven., *Sátir.* XI, vers. 162.
- 134 Strab., lib. IV, cap. v, § 2.
- 135 Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXXVII, § 77.
- 136 Strab., lib. III, cap. II, § 1 y 2.
- 137 Strab., lib. IV, cap. vi, § 7, y lib. V, cap. II, § 3.
- 138 Strab., lib. X, cap. VIII, § 2.
- 139 Strab., lib. XIV, cap. v, § 3.
- 140 Cicer., *In. Verr.*, V, 56. Plaut., *Mercat.*, act. II, esc. III. Horat., *Epíst.*, lib. I, epíst. 6. Strab., lib. VII, cap. III, § 8. Gori, Columbar. Liviae Augustae.
- 141 Polib., lib. IV, § 38.
- 142 Diose también el nombre de plagio, al hurto de una producción literaria, y el de plagario al que la hurtaba. (Marcial, *Epigram.*, lib. I, epig. 53.)
- 143 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. XV, ley 7.
- 144 Sueton., *August.*, § 32.
- 145 Sueton., *Tiber.*, § 8.
- 146 *Cód. Just.*, lib. IX, tít. XX, ley 7 y 15.
- 147 *Cód. Teod.*, lib. IX, tít. XVIII, ley 1.
- 148 León, *Constitu.*, 66. Adición al *Cód. Jus.*
- 149 Chrysost., *Ad. pop. Antioch.*, homil. XVI, 4. t. 2, p. 166.
- 150 *Cód. Teod.*, lib. IX, tít. XXX, l. 1, 2, 3 y 4.
- 151 *Cód. Teod.*, lib. IX, tít. XXX, l. 5.
- 152 *Cód. Teod.*, lib. IX, tít. XXXI, ley 1.
- 153 *Dig.*, lib. XLIX, tít. XV, l. 19, § 2.
- 154 Strab. lib. V, cap. iv, § 2. Ateneo, lib. XV, p. 572.
- 155 Polib.
- 156 Strab., lib. X, cap. VII, § 3.
- 157 Tit. Liv., lib. XXXVII, cap. LX.
- 158 Strab., lib. VII, cap. vi, § 12.
- 159 Floro, *Hist. Rom.*, lib. III, cap. VII.
- 160 Strab., lib. XIV, cap. III, § 1.
- 161 Plutarc., *Pompeyo*, § 23 y 24.

- 162 Plutarc., *Pomp.*, § 24.
- 163 Cicer., *Pro lege Manilia*, § 12.
- 164 Plutarc., *Vida de Pompeyo*, § 27 y 29. Strab., lib. X, cap. VII, § 3.
- 165 Plin., *Hist. Nat.*, lib. XVIII, cap. XXVIII.
- 166 Tit. Liv., lib. I, cap. LVII. Ovidio, *Fast.*, lib. II, vers. 741 y 742.
- 167 Plin., lib. VIII, cap. LXXIV.
- 168 Columel., lib. XII, Praefat.
- 169 Dionis. Halicar., III, 35.
- 170 Dionis. Halicar., IX, 25.
- 171 Dionis. Halicar., VI, 53. Tit. Liv., lib. I, cap. LVI. Plin., lib. XXXV, cap. XLV.
- 172 Plutarc., *Numa*, § 22.
- 173 Catón, *De Re Rust.*, Proefat. Plin., lib. XVIII, § 4. *Locuples* (rico) quería decir; *plenus loci*, lleno de tierra, de campo; y el nombre de la moneda (*pecunia*) se tomó de *pecus* (ganado). Plin., lib. XVIII, § 3.
- 174 Cicer., *de Senect.*, 16. Columel., Proefat. Plin., lib. XVIII, § 4.
- 175 Valer. Máxim., lib. IV, cap. IV.
- 176 Tit. Liv., lib. III, § 26. Cicer., *de Senect.*, 16. Plin., lib. XVIII, § 4.
- 177 Valer. Máxim., lib. IV, cap. IV, § 5.
- 178 Varr., *Re Rust.*, lib. I, § 10. Plin., lib. XVIII, § 2.
- 179 *Iugerum*, cuyo plural es *iugera*, era una medida de 28 800 pies cuadrados romanos (Varr., *Re Rust.*, lib. I, cap. X. Plin., lib. XVIII, cap. III. Columel., lib. V, cap. I), que equivalían a 25 áreas francesas, y poco más de 20 metros cuadrados. La área es un cuadrado de 10 metros por lado.
- 180 Plin., lib. XVIII, § 4. Valer. Máxim., lib. IV, cap. III, § 5.
- 181 Plin., lib. XVIII, cap. IV.
- 182 Dionis. Halicar., lib. II, cap. XVI.
- 183 Valer. Máxim., lib. IV, cap. IV, § 11.
- 184 Dion. Halicar., lib. IX, cap. XXV.
- 185 Dureau de la Malle, *Economie Politique des Romains*, tom. 1º, lib. II, cap. I.
- 186 Plin., lib. XVIII, cap. VII (6), § 2.
- 187 Diod. Sic., *Fragm.*, lib. XXXVII.
- 188 Más de 90 francos.
- 189 Más de 360 francos.
- 190 Para que se forme una idea de las riquezas que afluyeron a Roma, Cicerón (*De offic.*, lib. II, § 22) y Plinio (lib. XXXVIII, cap. XVII), nos dicen que sólo los tesoros importados de Macedonia hicieron cesar todas las contribuciones; pues ascendieron a 230 millones de sestercios, casi 45 millones de francos.
- 191 Wallace, *Dissertation on the Numbers of Mankind*.
- 192 Hume, *Political Disc.*, X.
- 193 *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. II.
- 194 Blair, *An Inquiry into the state of slavery amongst the Romans*, cap. I.
- 195 Tácit., *Annal.*, lib. XI, cap. XXV.

- 196 Valer. Máxim., lib IV, cap. iv, § 11.
- 197 Plin., lib. XXXIII, cap. vi.
- 198 Plauto, Cicerón y Horacio.
- 199 Quintil., *Inst. Orat*, lib. I, cap. iv.
- 200 Strab., lib. VII, cap. III, § 8.
- 201 Diod. Sic., *Fragm*, lib. XXXVI.
- 202 Tácit., *Anal.*, lib. XIV, cap. XLII, XLIII.
- 203 Apuleyo, *Apologet*.
- 204 Plutarc., *Vida de Craso*, § 2.
- 205 Plin., lib. XXXIII, cap. XLVII.
- 206 Sénec., *De tranquil. anim.*, § 8.
- 207 Gaii Instit. *Comment.*, I, § 42-46. Ulpian., *Fragm.*, I, § 24.
- 208 Aten., lib. VI.
- 209 Tácit., *Anal.*, lib. IV, cap. XXVII.
- 210 Sénec., *De Clement.*, lib. I, cap. XXIV.
- 211 *Dig.*, lib. II, tít. IV, 1. 10, § 4, y lib. XXIX, tít. II, ley 25, § 1 y 2. *Instit. Just.*, lib. II, tít. I, Praefat., y § 6.
- 212 Tit. Liv., lib. I y IX.
- 213 Tit. Liv., lib XXVI, cap. XLVII. Polib., lib. X, cap. XVII.
- 214 Plin., *Epíst.*, lib. X, epíst. 40.
- 215 Strab., lib. V, cap. x, § 3. Aul. Gel., lib. X, cap. III.
- 216 Macrob., *Saturnal.*, lib. I, cap. VII.
- 217 Dionis., Halicar., lib. IV, cap. XIV.
- 218 Macrob., *Saturnal.*, lib. I, cap. VII.
- 219 Cat., *Re Rust.*, § 83.
- 220 Cicer., *pro Cluent.*, § 15.
- 221 Tit. Liv., lib. I, § VII, y lib. IX, § XXIX. Valer. Máxim., lib. I, cap. I, § 17. Virgil., *Eneid.*, VIII, 270.
- 222 Tácit., *Hist.*, lib. I, cap. XLIII.
- 223 Strab., lib. V, cap. x, § 3.
- 224 Reinesius, *Inscr.*, cl. I, ng. 19, p. 43-44. Gruter, p. 1031, n° 3.
- 225 Tit. Liv., lib. XLII, cap. XVI. Aul. Gel., lib. X, cap. III, y lib. XIII, cap. XIII.
- 226 Tit. Liv., lib. II, cap. I y LV, y lib. IX, cap. VIII. Dionis. Halicar., V, 2. Aul. Gel., lib. II, cap. XV.
- 227 Cicer., *Ad Quint. fratrem*, lib. I, epíst. 1. (Esta epístola es la que corresponde al n° 29 de la edición de Nizard.)
- 228 Sueton., *Vida de César*, § 20.
- 229 Juven., *Sátir*. X.
- 230 *Cód. Just.*, lib. VII, tít. IX, 1. 3.
- 231 *Cód. Just.*, lib. VII, tít. IX, 1. 3.
- 232 *Cód. Just.*, lib. X, tít. LXIX, 1. 3.

- 233 Tit. Liv., lib. XXVI, cap. XLVII.
- 234 Strab., lib. V, cap. VII, § 5.
- 235 Velei. Patere., lib. II, cap. XCI.
- 236 Sueton., *August.*, § 30.
- 237 Dión Cas., lib. LIV, cap. II.
- 238 Cicer., *Famil.*, VIII, 7.
- 239 Diod. Sic., lib. XX, cap. XXXVI.
- 240 Véase el apéndice nº XXIV al fin de este tomo.
- 241 Frontin, *De acueductos*, § 98.
- 242 Frontin, *De acueductos*, § 116 y 117.
- 243 Sénec., *Epístola* 86.
- 244 Cicer., *pro Coel.*, 26.
- 245 Horacio, *Sátir.*, lib. I, *Sátir.*, IV, vers. 73. Marc., *Epigram.*, lib. III, 44, 10.
- 246 *Dig.*, lib. XXXIII, tit. VII, 1. 14.
- 247 Pignoris, *De Servis*.
- 248 Sénec., *Epíst.* 96. Juven., *Sátir.* III, vers. 76, y *Sátir.* VI, vers. 423. Marc., lib. VI y epigr. 32, vers. 6, y lib. XII, epigr., LXX, vers. 3.
- 249 Plin., lib. X, epíst. 30 y 31.
- 250 Dión Cas., *Fragm.*, XXXI.
- 251 Valer. Máxim., lib. II, cap. x, § 6. Plutarc., *Mar.*, § 42.
- 252 Cicer., *pro C. Rabirio*, 5.
- 253 *Sandaracurgium* quiere decir sandárac, nombre que aquí se toma, no por la resina que da la tuya articulada de la Arabia, sino por el sulfuro de arsénico rojo, llamado vulgarmente oropimente o rejalgar.
- 254 Strab., lib. XII, cap. II, § 30.
- 255 Plin., lib. X, epíst. 40 y 41.
- 256 “*Urbana familia, et rustica, non loco, sed genere distinguitur*”. (*Dig.*, *De Verborum. significatione*, 1. 166.)
- 257 *Dig.*, lib. XXXII, *De Legat.*, III, 1. 99, pr.
- 258 *Dig.*, lib. L, tit. XVI, 1. 40.
- 259 Cicer., *pro Cecina*, § 19.
- 260 Apule., *Apolog.*
- 261 Sénec., *Epíst.* 27.
- 262 “*Fundi appellatione omne aedificium et omnis ager continetur: sed in usu urbana aedificia, aedes rustica, villae dicuntur*”. (*Dig.*, lib. L, tit. XVI, 1. 211.)
- 263 “*Locus vero sine aedificio, in urbe, area; rure autem ager appellatur. Idemque ager cum aedificio fundus dicitur*”. (*Dig.*, lib. L, tit. XVI, 1. 2 11.)
- 264 “*Locus est non fundus, sed portio aliqua fundi, fundus autem integrum aliquid est: et plerumque sine villa locum accipimus*”. (*Dig.*, lib. L, tit. XVI, 1. 60.)
- 265 Sénec., *Epíst.* 89.
- 266 “*Quæstio est, fundus a possessione, vel agro, vel proedio quid distet? Fundus est omne, quidquid solo tenetur. Ager est, si species fundi ad usum hominis*

comparatur... Possessio ab agro juris proprietate distat: quidquid enim adprehendimus, cujus proprietate ad nos non pertinet, hoc possessionem appellamus. Possessio ergo usus, ager proprietate loci est. Proedium utriusque superscriptæ generale nomen est: nam et ager et possessio hujus appellationis species sunt". (Dig., lib. L. tía XVI, ley 115).

267 Columel., lib. I, § 6.

268 Columel., lib. I, § 6.

269 Columel., lib. I, § 6.

270 "*Tuguri appellatione omne aedificium, quod rusticae magis custodiae convenit, quam urbanis aedibus significatur*". (Dig., lib. L, tít. XVI, 1. 180.)

271 Columel., *De Re Rustic.*, lib. I, cap. ix.

272 Columel., lib. I, cap. ix.

273 Columel., ibídem.

274 Columel., ibíd.

275 Columel., lib. XII, cap. III. Dig., lib. XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 5.

276 Dig., lib. XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 5 y 6.

277 Sénec., lib. I, § 16

278 Dig., XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 8. Varr., *Re Rustica*, lib. III, cap. ix Columel., lib. VIII.

279 Columel., lib. I, cap. ix.

280 Cicer., II, in Verr., III, 70.

281 Aurel. Víctor, *Ep.* I.

282 Joseph, *De Bell. Jud.*, II, 16.

283 Varr., lib. II, cap. x.

284 Dig., lib. XVII, tít. I, 1. 26 § 8, y lib. XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 5 y 6, y 1. 19.

285 Jul. capit., *Anton. Pius. Dig.*, lib. XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 12 y 13, y lib. XXXII, *De legat.*, 3, 1. 99, § 1. Hora., lib. I, epíst. 6, y lib. XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 5 y 6, y 1. 19.

286 Jul. capit. Plin., *Hist. Nat.*, lib. XV, § 30, y lib. XVI, cap. LX (33). Plin., lib. III, epíst. 19, y lib. V, epíst. 6. Dig., *De legat.*, 3, lib. XXXII, ley 60, § 3.

287 Varr., *De Re Rust.*, lib. I, § 2.

288 Orelli, *Inscript.*, nº 2859.

289 Columel., lib. I, § 9.

290 "*Saltuarium autem tuendi et custodiendi fundi magis, quam colendi, paratum esse*". (Dig., lib. XXXII, *De legat.*, III, 1. 60, § 3.) "*Saltuarium autem Labeo quidem putat eum demum contineri, qui fructuum servandorum gratia paratus sit*". (Dig., lib. XXXIII, tít. VII, ley 12, § 4.)

291 Juven., *Sát.* 14, vers. 23 y 24. Plin., lib. XVIII, cap. vii.

292 Aul. Gel., lib. X, cap. III.

293 Strab., lib. III, cap. II, § 3. Polib., *Fragm.*, XXXIV, IX. Diod. Sic., lib. V, cap. xxxvi.

294 Strab., lib. III, cap. II, § 3.

295 Cicer., *In Ver.*, IV, § 26. Plutarc., *Cras.*, § 2. Dig., lib. XXXII, *De legat.*, III, 1. 65, § 1 y 2.

296 Cicer., *De Offic.*, lib. I, § 42.

297 Plutarc., *Cras.*, § 2.

298 Dig., lib. XIV, tít. III, 1. 19, § 3.

- 299 *Dig.*, lib. XIV, tít. III, 1. 17, § 1; 1. 18, y otras del mismo título y libro.
- 300 *Dig.*, lib. XIV, tít. I, 1. 1, § 4. *Instit. Just.*, lib. IV, tít. VII, § 2.
- 301 Para las inscripciones de estos y otros columbarios, véase a Muratori, *Colección de Inscripciones*, III, xxii; a Gruter, Reinesius, Fabretti, Ligori, Orelli y Gori.
- 302 Gori, *Monumentum sive columbarium libertorum et servorum Liviae Augustae et Caesarion. Romae, etc.* Impreso en Florencia en 1727.
- 303 Vitruv., lib. I, cap. vi. Sénec., *De Ira*, lib. III, § 35. Fest., lib. IX. Sueton., *Nero*, § 16. Cicerón menciona el alquiler que sacaba de sus casas: *merces insularium*. (Cicer., *Ad Attic.*, lib. XV, epíst. 17.)
- 304 Pignoris, *De Servis*.
- 305 Plutarc., *De Curiosit.*, III, p. 516.
- 306 Sueton., *De Clar. Rethor.*, § 3. Columel., Praefat. Ovid., *Amor.*, lib. I, eleg. 6, vers. 1, 25 y 26.
- 307 Sueton., *Vitel.*, § 16. Sénec., *De Ira*, lib. III, § 37. Petron., *Satiricón*, § 29. Plaut., *Mostelar.*, act. III, esc. II.
- 308 Petron., *Satíric.*, § 29.
- 309 Plaut., *Curcul.*, act. I, esc. I, vers. 76.
- 310 Varr., *De ling. latin.*, VIII, 61. Virgi., *Eneid.*, lib. VI, vers. 575. Plaut., *Asinar.*, act. II, esc. III.
- 311 Macrob., *Saturnal.*, lib. I, cap. vii. Gori, n° 33 y 34.
- 312 Petron., *Satíric.*, §, 30.
- 313 Petron., *Satíric.*, § 29. Varr., *De ling. latin.*, V, 183. Gori, n° 29 y 176. *Dig.*, lib. XI, tít. III, 1. 16.
- 314 *Dig.*, *De verborum significat.*, 1. 203. Gori, n° 26, etc. Sueton., *Tiber.*, § 21.
- 315 Plaut., *Pseudolus*, act. I, esc. II, vers. 182, etc. Horac., lib. II, satir. IV. Juven., *Sátir.* XIV, vers. 61-68. Columel., lib. XIII, cap. III.
- 316 Procop., *De bell. Pers.*, lib. II. Salvian., *De Gubernat. Dei*, lib. IV.
- 317 Juven., *Sátir.* X, vers. 215. Marc., lib. VIII, epigr. 67.
- 318 *Dig.*, lib. XXXIII, tít. VII, 1. 13, § 1, y 1. 17. Los baños públicos, de que ya he hablado, se llamaron termas, y los privados *balnae*. (Varr., *De ling. lat.*, lib. VIII, 48, y lib. IX, § 68.)
- 319 Ovid., *Metamorfos.*, XI, 182. Marc., lib. VI, epigr. LII. Cicer., *Tusculan.*, V, § 20. Hubo esclavas que también afeitaban. (Cicer., *Tusculan.*, V, § 20. Plaut., *Truculen.*, IV, esc. III.)
- 320 Marc., lib. VI, epigr. LII.
- 321 Plaut., *Aulul.*, act. II, esc. IV, vers. 308. Tibul., lib. I, eleg. 8.
- 322 Horac., lib. I, sát. II, vers. 98. Tibul., lib. I, eleg. 8.
- 323 Virgi., *Eneid.*, VIII, vers. 302. Petron., *Satíric.*, § 30.
- 324 Vitruv., *De Architectura*.
- 325 Juven., *Sátir.* XI, vers. 79.
- 326 Tit. Liv., XXXIX, cap. vi.
- 327 Plin., lib. XVIII, cap. xxviii. Orelli, n° 2782.
- 328 *Dig.*, lib. IV, tít. IX, 1. 1, § 5.

- 329 Apule., *Metamorf.*, lib. X. Juven., *Sátir.* VII, vers. 184, y *Sátir.* IX, vers. 109. Marc., lib. XIV, epigr. 220.
- 330 Aten., XIV, 23. Horac., lib. III, Oda 1, vers. 18.
- 331 Marc., lib. XI, epigr. 31, y lib. XIV, epigr. 222 y 223. Apule., *Metam.*, lib. X. Horac., lib. II, sátir III, vers. 227. Lamprid., *Heliogáb.*, § 26.
- 332 Plin., *Hist. Nat.*, lib. XIX, § último. Marc., lib. XI, epigr. 31. Sénec., epíst. 122. Orelli, n° 2868.
- 333 Plaut., *Pseudol.*, act. II, esc. II, vers. 620.
- 334 Petron., *Satíric.*, § 22. Lucan., *Farsal.*, X. Orelli, n° 2884.
- 335 Marc., lib. VII, ep. 86. Apule., *Metam.*, lib. III. Gori, n° 202. Fabretti, n° 5, p. 72.
- 336 Juven., *Sátir.* V, vers. 123. Virgi., *Eneid.*, lib. I. Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. último.
- 337 Plaut., *Pseudol.*
- 338 Ovid., *Fast.*, VI, vers. 305. Serv., en Virgi., *Eneid.*, VII, 176.
- 339 Valer. Máxim., lib. II, cap. I, § 2.
- 340 Marc., lib. IV, epigr. VIII, y lib. XI, epigr. 52. Horac., lib. I, epíst. 7, vers. 70 y 71. Plin., lib. III, epíst. 1.
- 341 Juven., *Sát.* V, vers. 123, y *Sátir.* IX, vers. 109. Petron., *Satíric.*, § 36.
- 342 Petron., *Satíric.*, § 36. Juven., *Sátir.* V, vers. 120, y *Sátir.* XI, vers. 135, etc.
- 343 Tácit., *Anal.*, lib. XII. Sueton., *Claudi.*, § 44. Juven., *Sátir.* VI, vers. 630.
- 344 Juven., *Sátir.* V, vers. 66. Apule., *Metam.*, II.
- 345 Sénec., Epíst. 17.
- 346 Marc., lib. III, epigr. 82, vers. 11. Plaut., *Trinum.*
- 347 Petron., 31.
- 348 Petron., 70.
- 349 Sénec., Epíst. 95.
- 350 Petron., 31 y 70.
- 351 Sueton., *Tiber.*, § 42.
- 352 Sénec., Epíst. 95.
- 353 Juven., *Sátir.* VI, vers. 1. y 2, y XI, vers. 162 y siguientes. Tit. Liv., lib. XXXIX, cap. vi. Marc., lib. V, epigr. 78. De esclavos músicos habla también Cicerón (*In Pis.*, 34, y en otras partes). Una inscripción sepulcral (Gruter, n° 1 y 4, p. 332) consagra la memoria de un esclavillo bailarín que murió a la temprana edad de 12 años. Otras inscripciones hacen también mención de esclavas flautistas y de otras músicas. (Orelli, n° 2610, 2611 y 2638.)
- 354 Elius Lamprid., *Heliogáb.*, § 25 y 29.
- 355 Sueton., *August.*, § 74. Plin., lib. IX, epíst. 17. Elius Lamprid., *Heliogáb.*, § 28.
- 356 Sénec., Epíst. 95.
- 357 Gori, *Inscrip.* n° 101.
- 358 Gori, n° 86, etc.
- 359 Plaut., *Trin.*, act. II, esc. I., vers. 245. Quintil., *Declam.*, 373.
- 360 Ovid., *Amor.*, lib. I, eleg. 14; lib. II, eleg. 7. Juven., *Sátir.* VI, vers. 491. Festus, voce Tutulus.

- 361 Macrob., *Saturn.*, lib. II, cap. v.
- 362 Ovid., *Ars. Am.*, III, vers. 163.
- 363 Marc., lib. IX, epigr. 38, vers. 3.
- 364 Ovid., *Ar. Am.*, cant. III, vers. 165. Juven., *Sátir.* VI, vers. 120. Sueton., *Othon.*, § 12.
- 365 Marc., lib. XIV, epigr. 26 y 27.
- 366 Marc., lib. V, epigr. 68, y lib. XII, epigr. 23. Ovid., *Ar. Am.*, cant. III, vers. 161-167.
- 367 Orelli, n° 2878. Gori, n° 67 y 85. *Dig.*, lib. XXXII, *De legat.*, III, 1. 65 § 3.
- 368 *Dig.*, lib. XXXII, *De legat.*, III, 1. 65, § 3.
- 369 Plaut., *Asin.*, act. I, esc. I, vers. 72. Aul. Gel., lib. XVII, cap. vi.
- 370 Terenc., *Eunuc.*, act. I, esc. II, vers. 167 y 168.
- 371 Marc., lib. VI, epigr. 67. Juven., *Sátir.* 6, vers. 513 y 514.
- 372 Juven., *Sátir.* VI. Marc., lib. III, epigr. 82., vers. 15-17.
- 373 Ovid., *Amor.*, lib. II, eleg. 3. Claudian., *in Eutrop.*, lib. I, vers. 98 y 99. Heliogábalo en sus prodigalidades solía regalar eunucos a los convidados a su mesa. (Lamprid., *Heliogáb.*, § 20.)
- 374 “*Quis custodiet ipsos Custodes? Cauta est, et ab illis incipit uxor*”.
(Juven., *Sátir.* VI, vers. 318, 349, y 367-379.)
- 375 Petron., § 28. Sénec., epíst. 123.
- 376 Apule., *De Deo Sócrat.*
- 377 Juven., *Sát.* XIV, vers. 28.
- 378 Cicer., *In Ver.*, V, § 11. Sénec., Epíst. 80 y 110. Juven., *Sátir.* III, ver. 239, y *Sátir.* IX, vers. 142.
- 379 Juven., *Sát.* IX, vers 142.
- 380 Cicer., *Verr.*, V, 11. Marc., lib. IX, epigr. 3. Juven., *Sátir.* I, vers. 64.
- 381 Patron., *Satíric.*, XXVIII.
- 382 Tit. Liv., lib. XXXIV, cap. I-VIII. Valer. Máxim., lib. IX, cap. I, De luxuria et libidine in Romains, § 3.
- 383 Horac., I, sátir. III, vers. 11.
- 384 Cicer., *Atic.*, IV, 1. *Dig.*, lib. XXXVIII, tit. I, 1. 7, § 5. Plutarc., *Cat. de Útic.*, § 11. Sénec., *De Benef.*, I, 3, etc.
- 385 Horac., I, epíst. VI, vers. 48-55.
- 386 Plutarc., *Cat. de Útic.*, XI.
- 387 Cicer., *pro Milo*.
- 388 Plutarc., *Cat. de Útic.*, § 2.
- 389 Valer. Máxim., lib. IV, cap. III, § 13.
- 390 Valer. Máxim., lib. IV, cap. III, § 12.
- 391 Plutarc., *Cat. de Útic.*, § 12.
- 392 Valer. Máxim., lib. II, cap. VII, § 2.
- 393 Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXXV, cap. VII.
- 394 Ídem., cap. VII-X.

- 395 La pinacoteca era una de las piezas que componían las casas o palacios de los grandes. [Vitruv., lib. VI, cap. iv. (7).]
- 396 *Hactenus dictum sit de dignitate artis morientis*, decía Plinio, lib. XXXV, cap. xi (5).
- 397 Plin., lib. XXXV, cap. vii (4).
- 398 *Dig.*, lib. XXXVIII, tit. I, 1. 23, pr.
- 399 Gori, *Columb. Liviae Augustae*, nº 126.
- 400 Plutarc., *Cras*, § 2.
- 401 Sénec., *De Benef.*, lib. III, 24; *De Const. Sap.*, § 1. Sueton., *Calígul.*, § 8, y *Ner.*, § 2. *Dig.*, lib. XXXIV, tit. I, 1. 16, § 1, y lib. XL, tit. V, 1. 41, § 6. Apule., *Apólog.*, y *Metam.*, IX, init. Gori, nº 73 y 77. Orelli, nº 2792.
- 402 Plin., lib. VIII, epíst. 1. Sueton., *August.*, 78. Plutarc., *Cras.*, § 2. Gori, nº 27.
- 403 Sueton., *Tit.*, § 3. Cornel., *Nep.*, *Pomp. Att.*, 13. Orelli, nº 2873 y 2874. Sénec., *Epíst.* 90. César hizo morir a Filemón su esclavo secretario, por haberse confabulado con sus enemigos para envenenarlo. (Sueton., *César*, § 74.)
- 404 Cicer., *Fam.*, XIII, 77.
- 405 Cicer., *Atic.*, IV, 4.
- 406 Ovid., *Trist.*, lib. III, eleg. 1, vers. 13.
- 407 Marc., lib. I, epigr: 67 y 118, lib. IV, epigr: 10.
- 408 Sénec., *Epíst.*, 27.
- 409 En las páginas 275-276 de este capítulo ya he dicho lo que era en Roma un nomenclátor:
- 410 Luciano, *De merc. cond.*, tom II, p. 181, de la traducción francesa.
- 411 Sueton., *De illustr. gramm.*, § 1.
- 412 Ídem, § 3.
- 413 Quintil., *Inst. Orat.*, lib. I, cap. iv. Sueton., *De illustr. gram.*, § 4.
- 414 Sueton., ibídem.
- 415 Sénec., *De Ira*, lib. II, § 22. Plin., lib. IV, epíst. 13, y lib. V, epíst. 16. Quintil., *Inst.*, lib. I, cap. I. Plaut., *Bacch.*, act. I, esc. II, vers. 193. Sueton., *Ner.*, § 36. Valer. Máxim., lib. VI, cap. I, § 3.
- 416 Strab., lib. XIV, cap. I, § 31. Sueton., *De illustr. gram.*, § 3, etc.
- 417 Juven., *Sátir.* X, vers. 114. Sueton., *Ner.*, § 36.
- 418 Cicer., *Fam.*, VIII, 1, y *Vatin.*, § 17. Sueton., *Claud.*, § 21, y *Calígul.*, § 27. Aul. Gel., lib. V, cap. xiv. Plin., lib. VIII, cap. vi.
- 419 Plin., lib. VIII, cap. vii y xx.
- 420 Ælius Lampr., *Commod.*, § 12. Y ya que de fieras hablo, cuéntase que uno de los bárbaros placeres de Heliogábalo fue, que algunos de sus esclavos amansasen leones, leopardos y osos para asustar con ellos a sus convidados, ya echándoselos en el comedor a la hora del banquete, ya encerrándolos después de ebrios en un cuarto, e introduciendo en él esas fieras por la noche, para que cuando despertasen, se hallasen en tan formidable compañía. (Lamprid., *Heliogáb.*, § 24.)
- 421 Virgi., *Eneid.*, lib. X, vers. 517-520.
- 422 Véase el apéndice no. XXV.
- 423 Valer. Máxim., lib. II, cap. iv, § 7.
- 424 Cicer., *In Vatin.*, § 15. Sénec., *De brev. Vit.*, XX. Aten., lib. IV, p. 154.

- 425 Tit. Liv., lib. XXIII, cap. xxx; libro XXXI, cap. I; lib. XXXIX, cap. XLVI, y lib. XLI, cap. XXVIII (33).
- 426 Cicer., *Phil.*, IX, 7.
- 427 Lips. Saturn.
- 428 Cicer., *Vatin.*, 15. Sueton., *César*, § 39.
- 429 J. Capitolinus., *Max. y Bab.*, 8.
- 430 Tit. Liv., lib. XXVIII, cap. XXII.
- 431 Sueton., *César*, § 39. Sueton., *August.*, § 43.
- 432 Sueton., *César*, § 39. Tácit., *An.*, lib. XV, cap. XXXII. Dion Cassius, XLIII, 23; XLVIII, 43, y LVI, 25.
- 433 Sueton., *Domit.*, § 4. Tácit., *An.*, XV, XXXIII.
- 434 Lamprid., *Commod.*, § 5, 11, 12 y 15.
- 435 Tit. Liv., lib. XXVIII, cap. XXI.
- 436 Orelli, n° 2551 y 2553.
- 437 Cicer., *Att.*, IV, 4.
- 438 Cicer., *Tuscul.*, lib. II, § 17.
- 439 Plin., *Panegír.*, § 33.
- 440 Tit. Liv., lib. XXIII, cap. xxx.
- 441 Tit. Liv., lib. XXXI, cap. I.
- 442 Plin., lib. XXXV, cap. XXXIII.
- 443 Tit. Liv., lib. XXXIX, cap. XLVI.
- 444 Plutarc., *César*, § 5.
- 445 Sueton., *César*, § 10.
- 446 Joseph, *Hist. Jud.*, XV, VIII, y XIX, VII, 5.
- 447 Sueton., *Domit.*, § 4.
- 448 *Dig.*, lib. XLVIII, cap. xv.
- 449 Lamprid., *Commod.*, § 12.
- 450 J. Capitolin., Gordiani Tres, Gordian. Sen., § 3.
- 451 Prudent., *Symmach.*, II, 11-21.
- 452 Sueton., *August.*, § 43, y *Tíber.*, § 72. Tácit., *Anal.*, lib. XII, cap. LVI.
- 453 Sueton., *Domit.*, § 5.
- 454 Tácit., *Anal.*, lib. XII, cap. LVI.
- 455 Tit. Liv., lib. VII, cap. II.
- 456 Ídem., *ibídem*.
- 457 Orelli, n° 214 y 2645, para los cómicos; y para los mimos, los n° 2616, 2623 y otros.
- 458 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 34.
- 459 Plant., *Pœnul.*, Prol., vers. 63.
- 460 Sénec., *De Benef.*, VI, 38, y D., lib. XIV, tít. III, 1. 5, § 8.
- 461 Tit. Liv., lib. XLI, § 21.
- 462 Sueton., *Domit.*, § 17. Eutrop., lib. VII, § 23. Marc., lib. I, epigr. 31. y 48.
- 463 Cicer., *De Legibus*, lib. II, § 22. Plin., lib. VII, § 55.

- 464 Plutarco., *Numa*.
- 465 Cicer., *De Legib.*, lib. II, § 22.
- 466 Macrob., VII, 7.
- 467 Cornel. Nep., Pomp. Atic., 13.
- 468 Marc., lib. III, epigr. 58, vers. 24 a 32.
- 469 Plin., lib. IX, epíst. 20.
- 470 Orelli, n° 2880 y 2884.
- 471 Cat., *Re Rust.*, § 5, 136 y 137.
- 472 Varr., *De Re Rust.*, lib. I, § 2, 16 y 17, y lib. II, § 3.
- 473 Varr., *Re Rust.*, lib. I, § 16 y 17. Columel., *Re Rust.*, lib. I, § 7.
- 474 Columel., lib. I, § 7.
- 475 Plin., lib. III, epíst. 19.
- 476 Sueton., *César*, § 42.
- 477 Salust., *Catil.*, § 50.
- 478 Cicer., *Catilin.*, IV, § 8.
- 479 Sueton., *César*, § 42.
- 480 Plutarco., *Numa*, § 22.
- 481 Marc., lib. II, epigr., 63, vers. 2.
- 482 Marc., lib. IX, epigr. 60.
- 483 Plaut., *Curcul.*, act. IV, esc. I, vers. 490.
- 484 Plaut., *Pænul.*, act. I, esc. II.
- 485 Pers., *Sátir.* VI, vers. 77. Marc., lib. VI, epigr. 29, y lib. IX, epigr. 60.
- 486 Plin., lib. XXXV cap. LVIII. Juven., *Sátir.* I, vers. 111. Tibul., lib. II, eleg. V, vers. 62.
Ovid., *Amor.*, lib. I, eleg. VIII, vers. 64.
- 487 Juven., *Sátir.* I, vers. 104.
- 488 Tit. Liv., lib. V, cap. XXII. Aul. Gel., *Noct. Atic.*, lib. VII, cap. IV.
- 489 Aul. Gel., *Noct. Atic.*, lib. VII, cap. IV.
- 490 Sénec., epíst. 80.
- 491 Terenc., *Eunuc.*, act. III, esc. II
- 492 Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXIV cap. XXII.
- 493 Plin., lib. XXXII, cap. XLVII
- 494 Plin., lib. XXX, cap. XIII.
- 495 Petron., 29.
- 496 Sénec., epíst. 47. Sueton., *De Illustr. gramm.*, § 4.
- 497 Aul. Gel., *Noct. Atic.*, IV, 2.
- 498 Plaut., *Mænæchm.*, act. V, esc. IX, al fin.
- 499 Dig., lib. XXI, tit. I, 1. 34 y 36.
- 500 Plaut., *Bacch.*, act. IV, esc. VII. Cicer., contra Pisón, § 15.
- 501 Sénec., epíst. 80. Sueton., *August.*, § 69.
- 502 Claudian., contra Eutropio, lib. I, vers. 35 y 36.
- 503 Plin., lib. XXXVI, cap. XXXIV. Apule., *Apolog.*

- 504 Apule., *Apolog.*
- 505 Ulpian., *Regul.*, tít. XIX, § 1.
- 506 Plutarco., *Numa*, § 21. Cicer., *De Repúbl.*, lib. II, cap. xiv.
- 507 Gaii Institut. *Comment.*, II, § 3. 41 y 65.
- 508 Plaut., *Persa*, act. IV, esc. 3.
- 509 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 1.
- 510 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 21 y 23.
- 511 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 18, pr., y 1. 61.
- 512 Véanse las 65 leyes del *Ædilitio edicto*, lib. XXI, tít. I, del *Digesto*.
- 513 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 65, § 2.
- 514 *Dig.*, lib. XXXIX, tít. IV, 1. 16, § 3.
- 515 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 37.
- 516 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 31, § 21.
- 517 Juven., *Sátir.* IX, vers. 143 y 144.
- 518 Juven., *Sátir.* VI, vers. 352. Marc., VII, 53. Plaut., *Trinum.*, act. II, esc. IV. Pers., *Sátir.* VI, vers. 77.
- 519 Marc., lib. VI, epigr. 77. Juven., *Sátir.* III, vers. 240.
- 520 A esto alude Estacio en sus versos, cuando llora la muerte de un muchacho, hijo de una esclava que había adoptado.
*“Non ego mercatus Pharia de pure loquaces
 Delicias, doctumve sui convicia Nili
 Infantem, lingua nimium, salibusque protervum.
 Dilexi ...”*
 (Stat., *Silvæ*, V, silv. V, vers. 66-69.)
- 521 Juven., *Sát.* V, vers. 53.
- 522 Varr., *Re Rust.*, lib. I, § 17.
- 523 Varr., *Re Rust.*, lib. II, § 10.
- 524 Strab., lib. IV, cap. v, § 2 y 3.
- 525 Virgi., lib. III, Georg.
- 526 Juven., *Sátir.* XI, vers. 162-166. Marc., lib. VI, epigr. 71.
- 527 Tit. Liv., lib. XLI, § 21. Fest., *Fragm.*
- 528 Diod. Sic., lib. V, § 13.
- 529 Strab., lib. V, cap. iv, § 5.
- 530 Horac., lib. II, epíst. 2.
- 531 *Dig.*, lib. XXXIX, tít. IV, 1. 16.
- 532 *Dig.*, lib. XXXIX, tít. IV, 1. 16, § 10.
- 533 *Dig.*, lib. XXXIX, tít. IV, 1. 16, § 3.
- 534 *Rapport de Monsieur Régnier, de l’Institut, au prince Ministre de l’Algérie. (Moniteur Universel, 6 de diciembre de 1858.)*
- 535 Tácit., *Anal.*, lib. XXX, cap. xxxi.
- 536 Los clásicos latinos en prosa y verso, y algunas leyes de los Códigos de Justiniano son la fuente donde han bebido Dureau de la Malle en su *Economía Política de los Romanos*, el escocés W. Blair, y cuantos más han tratado del precio de los esclavos en Roma.

- 537 Tit. Liv., lib. XXII, cap. XXIII.
- 538 Plutarc., *Fab.*, § 12. Tit. Liv., lib. XXII, cap. XXIII.
- 539 Si hago la reducción del valor de las antiguas monedas romanas en francos, es porque el sistema decimal se presta más que otro alguno a una división fácil y racional, y porque también está más generalizado que todos los otros.
- 540 El numo fue bigato o cuadrigato según el cuño representaba un carro tirado por dos caballos (biga), o por cuatro (cuadriga). Plin., lib. XXXIII, cap. XIII.)
- 541 Tit. Liv., lib. XXII, cap. LII y LVIII.
- 542 Tit. Liv., lib. XXII.
- 543 Plutarc., *Catón, el Censor*, § 6.
- 544 Tit. Liv., lib. XXXIX. cap. XLIV.
- 545 Plaut., *Pœnul.*, act. IV, esc. II, vers. 893-900.
- 546 Plaut., *Captiv.*, act. V, esc. II.
- 547 Plaut., *Pseudol.*, act. I, esc. I.
- 548 Plaut., *Mostel.*, act. I, esc. III, vers. 299.
- 549 Plaut., *Rudens*, Prólogo, vers. 45, y act. V, esc. III, vers. 1391-1394.
- 550 Plaut., *Curcul.*, act. I, esc. I, vers. 64, y la esc. II del act. IV.
- 551 Plaut., *Epidic.*, act. I, esc. I, vers. 50.
- 552 Ídem., íbidem., act. III, esc. III, vers. 346.
- 553 Plaut., *Mercat.*, act. II, esc. III, vers. 421-431.
- 554 Plaut., *Pers.*, act. IV, esc. IV, vers. 656.
- 555 Terenc., *Eunuc.*, act. 1, esc. II, vers. 165-169.
- 556 Horac., lib. II, sátir. VII, vers. 49.
- 557 Horac., lib. II, epíst. 2ª.
- 558 El sestercio varió mucho en su valor. Columela nació en tiempo de Augusto o de Tiberio, y, bajo de éste, el valor del sestercio fue de 2,5 céntimos de franco; por consiguiente, los 8 000 sestercios de que habla Columela equivalen a 2 000 francos. Pero veamos el valor que tuvo el sestercio en otras épocas:
- | | | |
|---|----|--------|
| Del año 485 a 510 de la fundación de Roma | 41 | cénts. |
| - 510 a 513 | 22 | - |
| - 513 a 707 | 20 | - |
| En tiempo de César | 28 | - |
| - Tiberio | 25 | - |
| - Claudio | 26 | - |
| - Nerón | 20 | - |
| De Galba a los Antoninos | 25 | - |
- 559 Marc., lib. I, epigr. 59.
- 560 Marc., lib. II, epigr. 63.
- 561 Marc., lib. III, epigr. 62.
- 562 Marc., lib. VI, epigr. 66.
- 563 Marc., lib. X, epigr. 31.
- 564 Marc., lib. II, epigr. 70.
- 565 Columel., *Re Rust.*, lib. III, § 3.
- 566 Tit. Liv., lib. XXXIX, § 6.

- 567 Diod. Sic., *Fragm.*, XXXVII.
- 568 Diod. Sic., *Fragm.*, lib. XXXVI.
- 569 Plin., lib. VII, cap. x.
- 570 Sénec., epíst. 27.
- 571 Lamprid., *Hellog.*, § 30.
- 572 Plin., lib. VII, cap. XL (39).
- 573 Plin., *Hist. Nat.*, lib. VII, cap. xvi.
- 574 Sueton., *Domit.*, § 4.
- 575 Quintil., *Inst. Orat.*, lib. II, cap. v.
- 576 Sueton., *Calíg.*, § 39.
- 577 Sobre la verdadera acepción de la palabra gramático en Roma, véase lo que he dicho en la página 278 de este libro.
- 578 Plin. *Hist. Nat.*, lib. VII, cap. XL (39).
- 579 Sueton., *De Illustr. Gram.*, § 3.
- 580 Plin., lib. VII, cap. XI (39).
- 581 Cicer., *Pro Q. Roscio*, § 8. Plinio dice, aunque no como cosa cierta [lib. VII, cap. XL (39), que Roscio ganaba 500 000 sestercios (125 000 frs.); pero el testimonio de Cicerón es preferible, no sólo porque fue contemporáneo de Roscio, sino porque habiendo sido su defensor, tuvo en su mano las pruebas de su aserto.
- 582 El áureo fue una moneda de oro a la que después se llamó también sólido. Bajo el imperio de Constantino sufrió grandes alteraciones el sistema monetario; y una ley por él promulgada en el año 317, mandó que todos los sólidos acuñados con su efigie tuviesen el mismo peso, corriesen por el mismo valor, y que se impusiese pena de muerte a quien mermase o falsificase la moneda. (*Cód. Teod.*, lib. IX, tít. XXII, 1. L.) Durante la república, la relación del valor del oro al de la plata fue de 10 a 1 (Tit. Liv., lib. XXXVIII, cap. XI); pero César introdujo en Roma tan inmensas cantidades de oro que este metal disminuyó de valor, habiéndose vendido la libra bajo su dictadura en 3 000 sestercios. (Sueton., *César*, § 54.) La libra de oro dividióse al principio en 40 áureos o sólidos; pero la liga que después se le fue echando alteró su valor intrínseco. En tiempo de Nerón, ya la libra contenía 45 áureos. (Plin., lib. XXXIII, cap. XIII.)
- 583 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 11, § 4 y 5; 1. 37, § I, y 1. 38 § 2.
- 584 *Dig.*, lib. XVII, tít. I, 1. 26, § 8.
- 585 *Dig.*, lib. IV, tít. IV, 1. 31; lib. V, tít. II, 1. 8, § 17, y lib. XL, tít. IV, 1. 47.
- 586 *Cód. Just.*, lib. VI, tít. I, 1. 4.
- 587 *Cód. Just.*, lib. VI, tít. XLIII, 1. 3.
- 588 *Cód. Just.*, lib. VII, tít. VII, 1. 1.

Libro Octavo

ROMA



TRATAMIENTO DEL ESCLAVO POR EL AMO Y POR LA LEY

En una nación como Roma, donde esencialmente cambiaron las instituciones políticas, los principios de la legislación, las creencias religiosas y las primitivas costumbres, imposible era que la índole de la esclavitud hubiese permanecido inalterable en el transcurso de tantos siglos.

En tres épocas dividen muchos autores la legislación romana. La primera, de los reyes; la segunda, de la república; y la tercera, de los emperadores hasta Justiniano. Pero esta división no es aplicable a la esclavitud, porque ante la ley no hubo diferencia alguna entre el esclavo de la primera época, y el de la segunda, y ni aun el del primer siglo del imperio.

Otros autores, siguiendo también una triple división, dan nombres y límites diferentes a cada una de las tres épocas que señalan, cuales son: la aristocrática, filosófica y cristiana. Encierran la primera entre los orígenes de Roma y el siglo de Cicerón en que se difundió en ella la filosofía griega; la segunda entre ese siglo y la conversión de Constantino; y la tercera, entre esta conversión y la ruina del Imperio de Occidente.

Sin entrar en el examen de la exactitud o inexactitud de esta división, ella tampoco se puede ajustar a la esclavitud, porque cesado había la época que se llama aristocrática, y aun corrido casi dos siglos de la filosófica, y todavía la condición del esclavo era la misma que durante la república. Las épocas filosófica y cristiana tampoco cuadran a la esclavitud, porque no sólo se tocan y confunden, sino que mucho antes de haber comenzado la postrera, ya se habían hecho alteraciones fundamentales en la condición del esclavo.

A objeción semejante está expuesta la división que pudiera hacerse en época pagana y época cristiana, porque aun entronizado el paganismo, ya las leyes del imperio habían mejorado esencialmente la suerte del esclavo.

La única división lógica y natural es aquella que nace de la índole misma de la esclavitud, y que abraza dos largos períodos: uno, en que la legislación conservó por muchos siglos su rigor primitivo; y otro, en que se fue mejorando gradualmente la condición del esclavo bajo la influencia de las ideas filosóficas y cristianas. El primero empieza con la fundación de Roma y acaba en el reinado de Adriano; el segundo corre desde este emperador hasta Justiniano y algunos de sus sucesores. Mas, no se infiera de aquí, que aunque la suerte del esclavo mejoró notablemente durante el segundo período, fueron por eso abolidas todas las leyes que se habían contra él sancionado en el primero; porque algunas no sólo quedaron vigentes, sino que fueron confirmadas y a veces agravadas aun por emperadores cristianos. De esta legislación terrible y sin piedad para el esclavo trataré ahora, reservando para otra parte todas las modificaciones que experimentó la esclavitud en el segundo período.

Al impulso de dos fuerzas estuvo sometido en Roma el esclavo: a la autoridad del amo, y al imperio de la ley. Por muchos siglos permanecieron estas dos fuerzas, libres e independientes, porque la ley que pudo haber enfrenado la autoridad del amo, dejole a éste la más absoluta omnipotencia para hacer de su esclavo lo que quisiese.

Mientras hubo en Roma pocos esclavos, no debió de ser muy dura su suerte; porque cultivando a par de sus amos los mismos campos, tomando juntos el mismo alimento;¹ y mirándolos aquéllos en cierta manera como compañeros de sus tareas, natural era que se interesasen en conservarlos para gozar de sus servicios. Pero cuando su número se aumentó; cuando el ciudadano romano abandonó los campos por la ciudad, y así en ésta como en aquéllos, confió el cuidado de sus esclavos a otros esclavos o a hombres mercenarios, entonces cambió enteramente su condición, transformándose en viles instrumentos de la codicia, vanidad y vicios del amo. En tan deplorable situación, si el amo consideró al esclavo, como su enemigo, el esclavo miró al amo como su opresor.

Para no caer en error, importa distinguir los esclavos públicos de los privados; diferencia que consistió no sólo en el género de ocupaciones a que se dedicaron, sino en el tratamiento que se les dio. Perteneciendo los primeros al Estado, a una ciudad o corporación, ya no estuvieron bajo el dominio particular de alguno de sus miembros, y por lo mismo, ninguno tampoco pudo abusar de ellos, apropiándose sus servicios. Fueron mejor alimentados que la generalidad de los esclavos privados; recibieron para ello una pensión anual de los fondos públicos; alojáronse también en edificios públicos,² y vivieron bajo de una dependencia menos dura.

En cuanto al alimento de los esclavos privados, el amo fue el árbitro absoluto. Uno de los escritores geopónicos, hablando del que se debía dar a los esclavos rústicos, dice: "Los trabajadores recibirán en invier-

no cuatro modios de trigo, y en verano cuatro y medio. El mayoral (*villicus*), su mujer, el contramayoral, y el pastor (*opilio*), tres modios”.³

El modio, que fue entre los romanos una medida de capacidad para las cosas secas, equivalía a más de 8 litros: por consiguiente, los tres modios, los cuatro, y cuatro y medio de que habla Catón, se pueden calcular en 25, 34 y 38 litros, cantidad alimenticia que se repartía mensualmente a cada esclavo. Señalando el mismo autor la ración diaria que debía darse a los demás esclavos de la heredad, prosigue: “A los esclavos con grillos cuatro libras⁴ de pan durante el invierno; cinco desde que empiezan los trabajos de la viña hasta que los higos maduren; y cuando lo estuvieren, vuélvase a las cuatro libras”.⁵ Agregábase a esto como regalo una corta porción de las aceitunas caídas de los olivos, o de las que sólo se podía extraer muy poco aceite. La falta de ellas se suplía con vinagre y una especie de salmuera hecha con un pececillo de mar.⁶ Repartiose, por último, a cada esclavo un *sextario* (54 centilitros) de aceite al mes, y un modio de sal al año.⁷

Su bebida consistía durante tres meses del año en una especie de oximel llamado lora.⁸ En el cuarto mes dábase diariamente a cada esclavo una hemina de vino, o sea dos congios y medio⁹ al mes; en cada uno de los cuatro siguientes, un sextario por día, esto es, cinco congios al mes; y en el noveno, décimo, undécimo y duodécimo, tres heminas diarias, o sea un ánfora (25 litros 89 centilitros al mes). A los que tenían grillos repartíaseles una ración proporcional a su trabajo, no siendo muy elevada la de diez cuadrantales al año.¹⁰ Por último, en las fiestas Saturnales y Compitales regalábase por extraordinario un congio de vino a cada esclavo.

Del brebaje que con el nombre de vino se daba en invierno a los esclavos, Catón nos ha dejado la receta. “Échense, dice, en un tonel diez cuadrantales de mosto, dos cuadrantales de vinagre muy fuerte, otro tanto de vino cocido, y 50 cuadrantales de agua dulce. Revuélvase bien esta mezcla con un palo tres veces al día durante cinco consecutivos; agréguesele 64 sextarios de agua vieja de mar; tápese el tonel; manténgasele así por espacio de diez días; y consúmase este vino hasta el solsticio”.¹¹

Tal fue, según Catón, el alimento de los esclavos rústicos, siendo de notar que nunca se menciona la carne entre los artículos que lo componen. En este punto, así como en otros, la esclavitud moderna de los países hispanoamericanos ha sacado mucha ventaja a la de Roma.

Pasando de los campos a las ciudades de la antigua Italia, poco se sabe acerca de la alimentación de los esclavos. Invócase un pasaje de Salustio; mas, él no se refiere a esclavos, sino a la ración de cinco modios de trigo que la ley frumentaria señaló a cada ciudadano. Con mejor título se citan las palabras de Séneca:¹² “es un esclavo, y recibe cinco modios

y cinco dineros”; pero Séneca habla aquí de la época del imperio, y no de los siglos anteriores. Y aun cuando de ellos hablase, no se contrae a la generalidad de los esclavos, sino a un cómico, que por su lucrativa profesión se hallaba en circunstancias excepcionales para recibir mayor cantidad que el común de los esclavos. El alimento de los urbanos debió de estar sujeto a grandes variaciones, según la clase de servicio que prestaban. A los gladiadores dábaseles mucha carne (*sagina*¹³). ¿Y quién podrá dudar, que los esclavos de lujo, sobre todo, los destinados al placer de sus amos, estarían mucho mejor alimentados que la inmensa turba de esclavos ordinarios?

Acerca del vestido de los esclavos rústicos, Catón encargaba que cada dos años se les diese un par de zuecos fuertes (*sculponeas*), una túnica de tres pies y medio de largo, y una capa o casaca (*sagum*), recogiendo las viejas, cada vez que se les diesen nuevas, para hacer mantas con ellas.¹⁴ Repartíaseles también un capuchón que les cubriese la cabeza y las espaldas;¹⁵ y Columela quería que se agregase una piel con mangas para que pudiesen trabajar aun con mal tiempo.¹⁶

Los esclavos urbanos no tuvieron un vestido particular que los distinguiese de los libres pobres, quienes tampoco usaron bula, toga, ni estola;¹⁷ y ya se apuntaron en otra parte de esta obra, los temores que por su gran número infundieron en Roma, cuando el Senado trató de darles un traje particular. Fue, pues, su vestido ordinario, a semejanza del de la clase pobre, una túnica estrecha,¹⁸ de color oscuro. ¿A este vestido aluden Cicerón y Tácito, cuando hablan, el primero de la fuga de Pisón disfrazado de esclavo¹⁹ y el segundo de la de Vocola en un campamento de la Germania?²⁰ Esto mismo confirman otros autores latinos.

De barbas y cabellos usaron también; mas, al adquirir la libertad, rapábaseles la cabeza y poníaseles un gorro.²¹ Rapábase igualmente la mitad de ella a los presos en el ergástulo o prisión,²² para reconocerlos en caso de fuga, y como signo de afrenta.

Catón apenas habla de las celdas o pequeñas piezas en que habitaban los esclavos rústicos.²³ Varrón recomendó que, además del alojamiento, se les proporcionase un lugar de reunión adonde pudieran acogerse cómodamente cuando sufrían del calor o del frío.²⁴ Columela deseaba que las habitaciones de los esclavos sueltos estuviesen expuestas al mediodía, y que para los encadenados se construyese una prisión tan sana cuanto fuese posible, y alumbrada por muchas, estrechas y altas ventanas para que los presos no alcanzasen a ellas con las manos.²⁵ Si hubo amos que alojaron mal a sus esclavos, otros los alojaron bien, y Plinio, el Joven escribía a Galo, que algunas de las habitaciones de sus esclavos en su villa Laurentina eran tan cómodas, que podían recibir huéspedes.²⁶ Pero pocos amos hicieron lo que Plinio, ni Plinio tampoco lo hizo con todos los esclavos.

La humanidad y el interés impusieron al amo la obligación de cuidar al esclavo enfermo; así es, que en las heredades había enfermerías, y Columela aconsejaba que se llevase a ellas sin retardo al esclavo que se quejaba, aunque fuese fingida la enfermedad, “porque vale más dejar reposar uno o dos días a un esclavo fatigado por la tarea, teniéndole a la vista, que exponerle a una enfermedad real, abrumándole de excesivo trabajo”.²⁷

No haciendo caso de los médicos, Catón, el Censor, escribió, sin entenderla, una obra de medicina para el uso de su casa. Alimentaba sus enfermos con yerbas, patos, palomas, y liebres: alimento que él juzgaba de fácil digestión para las personas débiles; pero que, según Plutarco, tenía el inconveniente de ocasionar muchos sueños por la noche.²⁸ ¡Fue un error de Catón!, pues al esclavo sano se negaba la carne que le hubiera aprovechado, y al enfermo se le daba la que le era perjudicial.

Amos hubo de tan duro corazón, que para no mantener o cuidar a sus esclavos ancianos o enfermos, los libertaban, echándolos en la isla de Esculapio en el Tíber. Claudio, aunque malvado emperador, mandó que todos los esclavos enfermos arrojados de casa por sus amos fuesen libres; que si algunos sanaban, los amos nunca pudiesen reclamarlos; y que si en vez de exponerlos, los mataban, fuesen castigados como homicidas.²⁹ Esta humana medida dictada por un tirano, marca una época en la historia de la esclavitud de Roma, pues fue la primera restricción que se impuso al bárbaro derecho que tenía el amo de disponer a su antojo de la vida del esclavo. Ese Catón, que antes de haberse enriquecido, trabajaba en su campo a par de sus esclavos, y tomaba el mismo sustento que ellos;³⁰ ese Catón, que a veces hacía alimentar sus esclavillos al pecho de su mujer, para que, como él decía, mamasen con la leche el amor a sus amos;³¹ ese mismo fue tan desapiadado con los enfermos y viejos, que a vil precio los vendía para no mantener brazos inútiles.³²

Del número de horas que diariamente trabajaron los esclavos en las heredades, ninguna noticia nos transmitieron los escritores geopónicos. Catón exigió a los suyos que trabajasen continuamente mientras no dormían,³³ sin permitirles completo reposo ni aun en los días feriados, pues en ellos debían ocuparse en limpiar las zanjas y el prado, componer el camino público, cultivar el jardín, entrelazar las cercas, cortar la maleza, triturar los granos, y limpiar la heredad por todas partes.³⁴

El mismo autor prescribe para el cultivo de un viñado de 100 huebras (100 *iugera*) el número de 16 esclavos, a saber: el mayoral y su mujer, diez labradores, un boyero, un borriquero, un porquero, y otro esclavo ocupado en enredar las ramas de la vid.³⁵ Para 240 huebras plantadas de olivos sólo exige 13 hombres, que son: el mayoral y la mayoral, cinco labradores, tres boyeros, un borriquero, un porquero y un ovejero.³⁶ Una de las objeciones que hace Varrón a los cálculos de Catón, es, que

ora sean grandes las heredades, ora pequeñas, todas necesitan un mayoral y una mayoral. Por eso se inclina a la base que establece Saserna, quien calcula un hombre para el cultivo de 8 huebras de tierra en 45 días; y aunque reconoce, que cuatro bastan para cada huebra, o sea 32 días para las ocho, añade 13 días más en compensación de las enfermedades, malos tiempos, pereza de los esclavos, descuido del amo o administrador.³⁷ Ni en el cómputo de Catón, ni en el de Saserna se puede considerar al esclavo rústico como muy recargado de trabajo; y si todos los dueños de heredad se hubieran ajustado a las reglas que cualquiera de los dos autores prescribe, de seguro que habría sido menos infeliz el esclavo rústico.

Para apreciar con exactitud el tratamiento de éstos, es menester distinguir a los pastores de los labradores. Aquéllos, por la naturaleza de sus ocupaciones, no estuvieron bajo la continua vigilancia del amo, y viviendo menos sujetos, pues que recorrían con sus rebaños los montes y los prados, puede decirse, que fueron menos esclavos. Si se les hubiera tratado con rigor, grandísima facilidad tenían para escaparse del yugo de sus opresores. Buscose, pues, su fidelidad, no en el látigo ni en la cadena, sino en la elección que de él se hacía, y en las recompensas que se les daban para el buen desempeño de sus tareas.³⁸

El boyero, sin ser pastor, porque moraba dentro de la heredad, fue digno de muy buen trato, para que cuidase los bueyes con esmero.³⁹ Este animal, ministro de Ceres y compañero del hombre en los trabajos rústicos, fue considerado en la antigua Roma como inviolable; y de aquí fue, que se impuso pena de muerte al que lo mataba.⁴⁰ Plinio refiere el caso de un ciudadano a quien el pueblo condenó a destierro, por haber matado un buey de labor para dar a un infame bardaje un plato de tripas que nunca había comido.⁴¹

Infelices fueron los esclavos empleados en la labranza, pues ausente el amo de los campos, porque a Roma lo llamaban los públicos negocios, el lujo y los placeres, confió su heredad y sus esclavos al cuidado y administración de otro esclavo, o de algún libre mercenario, llamado *villicus* en la agronomía romana.

Las calidades que en él exigieron Catón, Varrón y Columela, y los deberes que le impusieron, manifiestan toda su importancia. Debía ser prudente, justo, económico, sobrio, vigilante, acostumbrado desde su infancia a las duras tareas del campo, y de capacidad conocida para su desempeño; no gallardo de cuerpo, ni enamorado, ni viejo para que pudiese resistir las fatigas, ni muy joven para ser respetado y obedecido; casado, así, para que la mujer le ayudase, como para que le impidiese buscar distracciones fuera del fundo, pues sólo debía salir de él cuando necesitaba comprar o vender alguna cosa en la ciudad o en el mercado vecino, o para aprender algún nuevo método de cultivo, cuyos conoci-

mientos había menester para enseñarlos y aplicarlos; lo mismo que saber el curso de las estaciones y de las variaciones atmosféricas. Si sabía escribir era muy útil que tuviese un registro en que constase por mes y día el género de ocupaciones a que convenía dedicar los esclavos. Si no sabía escribir, era muy importante que tuviese buena memoria; bien que, a juicio de Columela, la ignorancia de las letras y de la pluma no era gran defecto, porque entonces el *villicus* llevaría a su amo con más frecuencia dineros que cuentas, y le engañaría con menos facilidad. Por último, tacha era en el *villicus* la curiosidad de saber lo que pasaba en los sacrificios, y el deseo de andar en pos de los mágicos y adivinos, pues estas vanas supersticiones arrastraban al hombre ignorante a gastos y aun a crímenes.

Obligaciones del *villicus* fueron cuidar del alimento y vestido de los esclavos, llamarlos para el trabajo al romper el día, marchar al campo a su cabeza, señalar a cada uno su tarea, tornar con todos a la casa al anochecer, hacerlos cenar y vigilarlos durante el sueño; estimular a los perezosos aconsejándolos suavemente y tratándolos como si fuese padre de familia. Columela le recomendaba que distinguiese y aun convidase a su mesa algunas veces, sobre todo en los días de fiesta, a los esclavos más laboriosos; y que fuese indulgente con los que trabajaban menos, a fin que si, por una parte, temían su severidad, por otra, no se quejasen de su rigor. Debía visitar diariamente el ergástulo; examinar las cadenas de los esclavos presos; pasar muestra de éstos, e inspeccionar en los días de fiesta los instrumentos de agricultura, que había de tener duplicados, para que cuando se descompusieran o quebrantaran, no perdiese tiempo buscándolos en otra parte. Su alojamiento debía estar junto a la puerta del fundo, para que pudiese ver todo lo que entraba y salía durante la noche. De advertir es, que por grande que era la autoridad del *villicus* en todo lo concerniente al cultivo del fundo, él muchas veces estaba bajo la vigilancia de un administrador, libre o esclavo llamado *procurator*.⁴²

Respecto de los esclavos deseaba Columela que se imitase su conducta. “Yo, decía, tomo un tono más familiar con los esclavos del campo, principalmente cuando son irrepreensibles, que con los de la ciudad. Como la dulzura del amo proporciona algunos consuelos a sus largos y penosos trabajos, llevo a veces la familiaridad hasta chancear con ellos, y permitirles reír y bufonear conmigo. Muchas veces también, y particularmente cuando se trata de una nueva empresa, los consulto como si supieran más que yo, y esto me pone en estado de juzgar del talento y disposiciones de cada uno de ellos. Por otra parte, siempre los veo acometer con más gusto aquellos trabajos sobre los cuales se les ha consultado, pues sin duda se imaginan que yo los había emprendido por su consejo”.⁴³

¿Pero siguió el *villicus* este saludable ejemplo? ¿Cumplió los deberes que se le impusieron? ¿No abrumó de trabajo a los esclavos? ¿No les cercenó el alimento? ¿No ejerció a veces sobre ellos un excesivo rigor, y otras, una extremada indulgencia, no menos perjudicial al amo que al esclavo? A estas preguntas Columela respondería que tengo razón.⁴⁴

Los escritores geopónicos aconsejaron al amo que visitase con frecuencia su heredad, se informase minuciosamente de todo, y a todo proveyese. Un punto sobre el cual se mostró muy solícito Columela, y que recomendó expresamente a los amos, fue el de los esclavos encadenados. “Es un deber, dice, de todo propietario prudente, visitar con frecuencia a los esclavos presos para cerciorarse si están bien encadenados, si la prisión es bastante segura y sólida, si el mayoral ha puesto o quitado a algunos las cadenas sin consentimiento del amo; porque hay dos puntos principales con los que debe conformarse el mayoral: el primero, no quitar las cadenas, sin permiso del padre de familia, a los condenados por él a llevarlas; el segundo, no poner en libertad a los que él hubiese preso de su propia autoridad, sin participarlo antes a su amo. En general, éste debe tener una vigilancia particular con los esclavos encadenados. Debe asegurarse por sí mismo, si carecen de vestidos o de otras cosas necesarias; y sobre esto debe velar tanto más escrupulosamente, cuanto hallándose sometidos esos infelices a muchos superiores, cuales son el mayoral, los jefes de taller, y los carceleros, están más expuestos que los otros a sufrir todo género de injusticias, siendo por lo mismo más formidables cuando la crueldad y la codicia de esos superiores los arrastran a la desesperación”.⁴⁵

Pero la generalidad de los propietarios desatendió los consejos de Columela, pues embriagados en las delicias de Roma, alejaronse de sus heredades; y si alguna vez las visitaron, no fue con el fin de mejorar la condición de sus esclavos, sino de variar la escena de sus placeres. La vida del campo que tan agradable fue a los antiguos romanos, había ya perdido sus atractivos para las nuevas generaciones, y la matrona de los primeros tiempos de Roma que cifraba toda su ventura en la mansión de los campos, ya miró como indigna de ella aun la permanencia de algunos días.⁴⁶ Tan lamentable situación puso en manos del *villicus* la suerte del esclavo rústico, que oprimido y sin esperanza de justicia, buscó un consuelo en la fuga, y tanto más, cuanto el campo le ofrecía una ocasión favorable. De aquí, los crueles castigos que se impusieron a los que eran cogidos; de aquí, la necesidad de encerrar a muchos por la noche en el ergástulo, y de poner a otros una cadena para impedir que se huyesen; y de aquí, en fin, la raza destinada para la cadena, el *ferratile genus* de que habla Plauto, y que pobló los campos de Italia.⁴⁷ Así lo siente Columela;⁴⁸ y Plinio, lamentando el decadente estado de la agricultura, condena como detestable el cultivo de las tierras por semejantes esclavos.⁴⁹

La esclavitud urbana tuvo también sus miserias. No fue la ciudad mansión de delicias para la mayoría de los esclavos. Allí sudaron y se fatigaron, allí sufrieron castigos y tormentos, y allí el ergástulo fue más terrible que en los campos, porque en éstos el preso salía a trabajar respirando el aire libre.

Empleáronse muchos eunucos en el servicio urbano; y las ciudades fueron el teatro, donde ciertos traficantes llamados *lenones* vendían las esclavas que entregaban a la prostitución.⁵⁰ Calígula supo sacar partido de ellas, pues en su manía de imponer contribuciones, echó también una sobre aquellas infelices.⁵¹

Si en la esclavitud rústica los esclavos dependieron del *villicus*, en la urbana estuvieron bajo las órdenes del mayordomo (*procurator*), y así como aquél, éste también abusó de su poder.⁵² Pero la presencia del amo en la ciudad, por distraído y disipado que fuese, pudo remediar algunos males; mientras que su ausencia de los campos dejaba entregado el esclavo a todos los caprichos del *villicus*. De esta diferencia de situación resultó, que al esclavo urbano ordinariamente se le amenazaba con el trabajo del campo, y que a él se le enviaba por castigo.⁵³ ¡Coincidencia notable!, pues al cabo de tantos siglos, lo mismo se ha hecho en América. Esa vida rústica que el esclavo urbano detestaba, cuando se le imponía por castigo, solía buscarla cuando le iba su interés. Siendo a veces funesto compañero o degradado instrumento de los vicios y asquerosas pasiones del amo, lograba en algunos casos que éste le pusiese a la cabeza de la heredad; pero incapaz de sufrir la silenciosa vida de los campos, pronto suspiraba por la turbulenta Roma,⁵⁴ y volvía a ella después de haber ocasionado graves quebrantos al amo.⁵⁵

De muy diferente naturaleza a las urbanas fueron las ocupaciones rústicas, y esta sola consideración, aun prescindiendo de la índole del amo, dio grados muy diversos a la esclavitud. El esclavo que abrazaba el oficio de herrero, u otro recio trabajo, tuvo una existencia mucho más penosa que el empleado en el servicio de la mesa, o en otras tareas domésticas. No sólo el género de ellas, sino el modo de ejercitarlas, influyeron inmensamente en la condición del esclavo. Aquel a quien el amo permitía que trabajase por su cuenta, fuera de casa, pagándole un jornal; aquel a quien confiaba la administración de alguna tienda o taberna, o gobierno de alguna nave para que comerciase en varios países, ¿cómo podía compararse con el infeliz portero que vivía atado a una cadena, o al que pasaba sus días, trabajando dentro de los muros de un ergástulo? “¡Qué abortos de hombres, decía Apuleyo en sus *Metamorfosis*,⁵⁶ toda la piel manchada con las lívidas señales del látigo, las espaldas acardenaladas, y apenas cubiertas por los harapos de su túnica! Algunos no tenían sino un cinto estrecho; pero todos se veían desnudos al través de sus andrajos; la frente marcada, la cabeza medio rapada; los

pies con una argolla de hierro; de una palidez horrible, y los párpados tan roídos por la atmósfera de humo y de vapor oscuro, que apenas conservaban el uso de los ojos.

En la escala de miserias que ofrece la esclavitud romana, parece que los más infelices fueron los esclavos de las canteras y minas. De las primeras, exclamó el cautivo Tíndaro cuando salió de ellas: “Yo he visto muchos géneros de suplicio que se sufren en los infiernos; mas, no hay infierno comparable a las canteras de donde yo salgo, pues el inmenso trabajo consume en ellas el cuerpo y todos los miembros”.⁵⁷

Pero las minas fueron, en mi concepto, todavía más horribles, porque a la dureza del trabajo y castigos que se imponían, se juntaba la insalubridad de los lugares en que vivos se enterraba a los esclavos. Oigamos a Diodoro de Sicilia:

“Cuando los romanos conquistaron la Iberia, sus minas fueron invadidas por una turba de italianos codiciosos que se han enriquecido. Estos industriales compran rebaños de esclavos, y los entregan a los jefes de los trabajos metalúrgicos... Los obreros que labran las minas dejan a sus amos enormes provechos. Estos infelices, ocupados día y noche en las galerías subterráneas, agotan sus fuerzas, y mueren en gran número abrumados de miseria. No se les da descanso alguno; a fuerza de golpes, los jefes los obligan a soportar su infortunio hasta que mueren miserablemente. Algunos, cuyo cuerpo es más robusto, y el alma más fuerte, arrastran largo tiempo su desgraciada existencia; pero el cúmulo de sus penas les debe hacer preferir la muerte”.⁵⁸

La suerte del esclavo minero es, a mis ojos, aún más infeliz que la del gladiador condenado a derramar su sangre en la arena para divertir al pueblo romano. El esclavo gladiador no prestaba el juramento que Séneca pone en boca del gladiador libre alquilado para morir combatiendo.⁵⁹ Si cobarde en la lucha no embestía a su contrario, aplicábasele una barra encendida para que le arremetiese; barra que también sirvió para cerciorarse de su muerte, cuando yacía tendido en la arena.⁶⁰ Mas, a pesar de tan horrible posición, el esclavo gladiador no sufrió los tormentos que el minero, pues tomaba un alimento sustancioso para robustecerse; alojábase en lugar saludable;⁶¹ y cuando llegaba la hora de morir, moría, no en la oscuridad de las entrañas de la tierra, sino a la luz del día, combatiendo con un adversario, animado de la esperanza del triunfo, y cubierto de los aplausos del pueblo romano. Muerte bárbara sin duda, pero muerte acompañada de un sentimiento de gloria, que muchas veces envidiaría el esclavo hundido en el fondo de las minas.

Si pasamos a contemplar los esclavos de lujo y de placer, ¡cuán inmenso contraste entre ellos y los de trabajo! ¡Cuán engañosa idea pudiera formarse de la esclavitud romana! Los primeros no sólo estuvieron bien alimentados y ricamente vestidos, sino que los muchachos

destinados al placer de sus amos, fueron con tal esmero cuidados, que cuando viajaban, untábaseles un líquido en el rostro para que ni el sol ni el frío marchitasen la tersura de su piel.⁶² Otros esclavos hubo, tan insolentes y orgullosos, que despreciaban a los clientes o parásitos que comían a la mesa de sus amos;⁶³ y algunos llegaron a cobrar tanto valimiento con éstos, que los hombres ambiciosos los adulaban para captarse por medio de ellos la protección de sus amos poderosos:⁶⁴ manejos rastreros de que a veces se sirvió hasta el mismo César para engrandecerse.⁶⁵ Esos esclavos, favoritos de la fortuna, frecuentaban el teatro, el circo y los paseos;⁶⁶ y algunos adquirieron en la época del imperio grandes riquezas y alta influencia en el poder.

Entre los de lujo pueden contarse algunos a quienes se daba instrucción, para especular con ellos vendiéndolos en alto precio, para lisonjear la vanidad del amo, o para confiarles la educación de sus hijos: pernicioso ejemplo que no siguió Catón, el Censor; a pesar de que su esclavo Chilón era honrado, buen gramático y maestro de muchos niños.⁶⁷ Mas, no por esto se crea que a la generalidad de los esclavos se les diese en Roma instrucción literaria ni moral, pues no ella, sino el servicio, ha sido en todos tiempos el objeto de la esclavitud; y si de la barbarie e ignorancia se les sacaba alguna vez, no era por el bien del esclavo, sino tan sólo por el provecho del amo. El avaro y opulento Craso decía, que el deber más importante del amo era enseñar a los esclavos, como instrumentos vivos de la administración doméstica, pues los bienes se debían manejar por los esclavos, y los esclavos, por el amo mismo.⁶⁸

En punto de castigos, todo fue permitido al amo, hasta matar al esclavo. Las comedias de Plauto ofrecen por doquiera pruebas de esta verdad, no en las escenas en que él pinta las costumbres de la Grecia, como hace tantas veces, sino en las de la misma Roma. Y no se atribuyan sus descripciones a exageración de poeta, pues en su apoyo vienen la sátira, la historia y las leyes.

Ora se atienda al tono jocoso de los esclavos que figuran en la escena, ora a las amenazas de los amos, se ve que, para castigarlos, se emplearon varas, látigos de cuerdas o de cuero⁶⁹ y aguijones como si fueran bueyes, bien que a ellos los equiparó la ley.⁷⁰ “Venid, decía Ballión, dirigiéndose a sus esclavos; venid, avanzad, marchad, perezosos, pícaros, alimentados para nada, y harto caro comprados, de quienes ni uno solo tendrá jamás la idea de hacer bien, y de quienes yo jamás puedo alcanzar un servicio sino con el castigo. Nunca he visto hombres tan brutos como éstos, y a fuerza de recibir golpes tienen callos en los costados, y son de tal naturaleza, que gastan los mismos látigos... Si no sacudís de vuestro corazón y de vuestros ojos el sueño y la pereza, yo os azotaré tanto, que vuestras espaldas presentarán más

dibujos y colores que las colchas de Campania, y los tapices de púrpura de Alejandría pintados de animales”.⁷¹

Cuando al esclavo se imponía un castigo severo, desnudábasele, suspendíasele por las manos, y de los pies colgábasele un peso de 100 libras para que no se moviese.⁷² Si hablaban durante el servicio de la mesa, hacíaseles callar, y a veces con el palo; y una tos, un hipo o un estornudo que se les escapase, tampoco quedaba impune.⁷³ Por una falta, aunque leve, solía romperseles un diente.⁷⁴ Poníanseles con frecuencia esposas,⁷⁵ grillos, un collar⁷⁶ y un cinto de hierro.⁷⁷ Sometíanseles al frío y al hambre, y para más atormentarlos, enviábaseles al molino.⁷⁸ “Si yo no quisiera tanto a mi hijo, decía Nicóbulo a su esclavo Crisalo, que hago todo lo que él quiere, te despedazaría las espaldas, e irías cargado de cadenas a pasar tu vida en los molinos”.⁷⁹

A veces, el amo condenaba su esclavo a infamia eterna, marcándole en la frente con un hierro encendido, aun por faltas muy leves;⁸⁰ otras le cortaba la lengua para enmudecerlo;⁸¹ quemábale el cuerpo con pez encendida,⁸² mutilábale bárbaramente, como se complacía en practicarle el feroz Minucio Basilio:⁸³ hacíale arrastrar una cruz hasta el sitio en que en ella debía morir;⁸⁴ o echábale a combatir en la arena con las fieras,⁸⁵ o con los gladiadores, como lo ejecutaba el cruel Macrino con sus esclavos prófugos.⁸⁶ Y caso hubo en que aquéllas fueron menos feroces que los mismos amos.⁸⁷

Tanto furor se extendía también hasta las mujeres, pues algunas se complacían en atormentar a sus esclavas. Ovidio les censuraba, que al peinarse y vestirse, las pinchasen con los largos ganchos de que se servían para sujetarse el cabello,⁸⁸ y, ¡ojalá que sólo a esto se hubieran reducido todos sus castigos!

Juvenal, en su sátira contra las mujeres, habla de una enfurecida que pidió a su marido crucificase a su esclavo; y como aquél le preguntase cuál era el crimen, y quiénes los testigos y el delator; pues cuando se trata de la muerte de un hombre, debe procederse con circunspección, ella le responde: “¡Insensato! ¿Acaso un esclavo es hombre? Que él no sea culpable, enhorabuena; pero yo lo quiero, yo lo mando, y mi voluntad es la razón”.⁸⁹ Pinta el mismo autor a ciertas mujeres que furiosas hacen descargar el látigo sin piedad sobre esclavos y esclavas, y a otras que alquilan verdugos al año, las cuales, mientras se castiga, úngense el rostro, reciben sus amigas, o examinan el oro y el dibujo de algún vestido nuevo. El castigo continúa; y ellas, entretanto, recorren los artículos de un largo diario. Y se sigue castigando, hasta que los ejecutores quedan cansados. Ellas entonces exclaman con voz de trueno: ¡Sal de aquí, que ya se ha hecho justicia!⁹⁰

Y no se tenga este relato por poética ficción. El antiguo derecho de Roma autorizó expresamente al amo para que pudiese hasta matar a

su esclavo.⁹¹ De esta facultad abusaron los dueños, erigiéndose en jueces; y el viejo Catón, entre otros, juzgaba a sus esclavos, condenábalos a muerte, y ejecutaba la sentencia delante de los otros esclavos sus compañeros.⁹²

Estas sentencias, tiránicamente pronunciadas por la sola voluntad del amo, ya no se efectuaron en tiempo de Augusto dentro de los muros domésticos, sino públicamente.⁹³ Y amos hubo, tan crueles, que, aun sin graves motivos, impusieron estos castigos. Por faltas sólo leves, el liberto Vedio Pollión, amigo de Augusto, condenaba sus esclavos a ser devorados por las lampreas que, para su regalo, mantenía en su vivero.⁹⁴ Séneca, que consideraba a este hombre como digno de mil muertes,⁹⁵ refiere, que, comiendo Augusto un día en casa de Vedio, un esclavo rompió un vaso de cristal, artículo entonces de mucho lujo; y que condenado a ser devorado por las lampreas, echose a los pies del emperador, suplicándole, no que le concediese la vida, sino otro género de muerte menos horrible. Augusto cubrió con su protección al infeliz suplicante, mandó que en su presencia se rompiesen todos los vasos de cristal del amo, y que el vivero fuese cegado.⁹⁶ Muy poco, en verdad, es el mérito de esa acción, si se reflexiona, que impune quedó el cruel Vedio Pollión. ¿Por ventura fue Augusto tan compasivo con los esclavos? ¿No se manchó con la sangre de 6 000,⁹⁷ cuando terminadas las guerras de los triunviros, mandó que se cogiesen en un mismo día,⁹⁸ y restituyesen a sus amos todos los que durante ellas, se habían escapado de su poder, e inscribidos como soldados? Treinta mil fueron los que en el ejército servían,⁹⁹ de cuyo número entregáronse 24 000 a sus antiguos dueños o herederos que los reclamaron, y los 6 000 restantes, unos fueron degollados, y otros crucificados por orden de Augusto.¹⁰⁰

En medio de los dolores de la esclavitud, el paganismo, aunque duro con el esclavo, concedióle algún solaz momentáneo, pues cediendo los amos al imperio de la superstición, permitiéronles alegrarse en las fiestas Compitales y Saturnales.¹⁰¹ En estas últimas, que Roma recibió de Grecia, tuvieron gran soltura los esclavos, porque, como dicen los poetas, en ellas se recordaba la edad feliz en que bajo el cetro de Saturno reinó sobre la tierra la abundancia y la igualdad entre los hombres.¹⁰² Esas fiestas, al principio, sólo duraron un día,¹⁰³ que fue el 19 de diciembre.¹⁰⁴ César añadió dos, que Augusto declaró feriados a semejanza del primero.¹⁰⁵ Calígula agregó otro;¹⁰⁶ y como a éste se hubiesen juntado las fiestas Sigillares, que duraban tres días, resultó que las Saturnales se prolongaron hasta siete.¹⁰⁷ Éstas fueron las más gratas al pueblo romano, pues las calles resonaban día y noche con los gritos de la multitud; los amos se confundían con los esclavos, y borradas las diferencias sociales, éstos se vestían como aquéllos, y aun se sentaban a su mesa.¹⁰⁸ Mas, a pesar de tal licencia, no era probable que los esclavos se propa-

sasen con sus amos, porque vueltos muy pronto a su primera condición, quedaban expuestos a la cólera y venganza de sus opresores.

Pasando a contemplar la posición del esclavo ante la ley, verase que ella le envileció tanto, que, civilmente, lo consideró como nada, como un ser muerto,¹⁰⁹ y como cosa respecto del amo; pero cosa, que se equiparó a los caballos, bueyes y otros cuadrúpedos.¹¹⁰ Por eso contáronlo algunos entre los instrumentos de agricultura, diciendo que éstos son de tres especies: vocales, como los esclavos; semi-vocales como los bueyes, y mudos como los vehículos.¹¹¹

Terribles fueron las consecuencias que de aquí emanaron, según el antiguo derecho; mas, éste viose a veces forzado a dar vida a ese ser muerto, y a transformar esa cosa en hombre, y hasta en persona legal, pues viviendo el esclavo romano en relación con los demás hombres de aquella sociedad, y dotado de alma racional, no era dable que dejasen de nacer entre ellos mutuos derechos y deberes: derechos y deberes, que no obstante sus ficciones y rigor, la ley reconoció en muchos casos.

Sancionado el fatal principio de la impersonalidad del esclavo, forzosa consecuencia fue que el amo pudiese venderlo,¹¹² empeñarlo,¹¹³ darlo en usufructo,¹¹⁴ regalarlo,¹¹⁵ o enajenarlo de cualquier otro modo que se le antojase.¹¹⁶ Consecuencia forzosa fue también que el esclavo nada pudiese adquirir para sí,¹¹⁷ ni testar,¹¹⁸ ni obligarse hacia nadie en manera alguna;¹¹⁹ y por eso mandó Diocleciano que el que compraba alguna cosa a un esclavo, incurriese en la pena de ladrón;¹²⁰ pero ese esclavo, que para adquirir y contratar en su favor, no tenía persona ante la ley, ella lo rehabilitó completamente, siempre que de sus actos pudiese resultar al amo alguna utilidad. Así fue, que cuando estipulaba para éste, para sí, para otro esclavo su compañero, o sin determinar persona, entendiase que estipulaba para el amo.¹²¹ Si el esclavo era común, adquiriría para todos sus condueños en razón de la parte de dominio que cada uno en él tenía; mas, esto no acontecía, cuando expresamente estipulaba para uno solo o por mandato de alguno de ellos.¹²²

Tan grande era la fuerza absorbente del derecho del amo para adquirir, que si perteneciendo un esclavo a dos dueños, uno de éstos renunciaba a su parte de dominio, el esclavo en vez de ser libre en parte, pasaba enteramente al dominio exclusivo del otro.¹²³ ¿Cogían los enemigos a un esclavo? No por eso quedaba libre, aunque después se escapase, porque desde el momento en que pisaba de nuevo el suelo romano, volvía a la esclavitud.¹²⁴

A tal extremo llegó el derecho del amo para adquirir por medio de su esclavo, que aunque éste le hurtase alguna cosa, no podía acusarlo de ladrón, porque se suponía que el amo conservaba en su poder aquello mismo que el esclavo le había hurtado; pero si lo conservaba, ¿qué era entonces lo que había de reclamar? Sólo en un caso reconoció la ley

hurto del esclavo contra el amo, y fue cuando le sustraía alguna cosa después de haberse huido.¹²⁵

Fundado en ese mismo derecho, el amo hacía suyo, aun ignorándolo y contra su voluntad, todo lo que por cualquier título adquiría el esclavo,¹²⁶ con tal que de sus actos no se le siguiese perjuicio. De aquí nació, que si el esclavo era instituido heredero necesitaba del consentimiento del amo para aceptar la herencia, porque responsable el heredero de las deudas que el difunto pudiera tener, si éstas eran mayores que aquéllas, el amo, en vez de provecho recibía perjuicio.¹²⁷ Tan lógica fue la ley, que si el esclavo hereditario adquiría alguna cosa en virtud de una estipulación que había hecho, esa cosa era para la herencia, pues ésta, mientras no era aceptada por el heredero, representaba al difunto.¹²⁸

Sin revocar la ley, la prohibición de que el esclavo adquiriese para sí, el amo a veces le permitió, más por su propio interés que por generosidad, la posesión de algunos bienes, a los cuales diose el nombre de *peculio*.¹²⁹ Este, en concepto de Varrón, debía concederse a los esclavos para estimularlos al trabajo¹³⁰ y formábase de las cosas que el amo solía regalarles; de las economías que hacían con su industria;¹³¹ de la porción que algunos cercenaban a su propio alimento;¹³² de lo que a sus amos robaban, pues habíalos muy ladrones;¹³³ y aun de las propinas que ciertos esclavos urbanos recibían, según costumbre, de las personas a quienes convidaban a comer por orden de sus amos. Los empleados en este servicio cogieron grandes esquilmos, sobre todo en la época corrompida del imperio, pues, si a Suetonio creemos, un rico que no había sido convidado a la mesa imperial, por más que lo deseaba, regaló 200 000 sestercios (casi 50 000 frs.) a los esclavos de Calígula que lograron sentarle a ella.¹³⁴ Si impuros fueron algunos de estos medios de adquirir, hubo otros que se encaminaron a moralizar el esclavo. Tales fueron las recompensas que como estímulo al trabajo dieron algunos amos a los pastores,¹³⁵ cazadores,¹³⁶ y a otros. A veces aconteció que un esclavo compraba esclavos, a los cuales se dio el nombre de *vicarii*,¹³⁷ y permitiéseles también tener peculio.¹³⁸ Catón, el Censor prestaba dinero a los suyos para que comprasen muchachos, y que después de educados, los vendiesen con ganancia al cabo de un año.¹³⁹

El peculio fue título de recomendación para el esclavo,¹⁴⁰ pues se tomaba como signo de buena conducta; mas, ésta no le valía para gozar exclusivamente de él, porque cuando el amo casaba alguna de sus hijas, o en otros casos particulares, debía hacerle como en Grecia, regalos que nada por cierto tenían de voluntarios.¹⁴¹ Plinio, el Joven, que vivió en el primer siglo del imperio, no fue malo con sus esclavos, y permitioles que al morir, dispusiesen de su peculio en favor de otros de la misma casa, pues a ésta él la miraba como la patria y la república de los esclavos.¹⁴² Mas, esta concesión que Plinio respetó religiosamente, y que sólo nació

de su voluntad, fue ejemplo muy raro, porque el esclavo siempre estuvo expuesto a que armado el amo de la ley le arrebatase a su antojo, así la administración del peculio, como el peculio mismo.¹⁴³ Pero si éste, en riguroso derecho, no perteneció al esclavo, ¿cómo podría adquirirlo el nuevo amo que lo compraba? De aquí resultó, que vendido o regalado un esclavo, su peculio quedaba en poder del primer amo, a menos que éste manifestase expresamente lo contrario,¹⁴⁴ y tan inflexible fue la jurisprudencia romana, que sin renuncia del amo, no entraban en el peculio ni aun los vestidos que le daba.¹⁴⁵

Nupcias o matrimonio, concubinato y contubernio fueron los enlaces autorizados o permitidos por las leyes.

Las nupcias o matrimonio fueron de tres especies: por confarrea-ción (*confarreatio*), por uso (*usus*), y por compraventa (*coemptio*¹⁴⁶). Por confarrea-ción fue cuando el Flamen Dial, gran sacerdote de Júpiter, casaba a un hombre y a una mujer en presencia de diez testigos a lo menos, profiriendo ciertas palabras, y probando una torta o pan hecho de harina, agua y sal, llamado *far* o *pan farreo*. Fue por uso, cuando una mujer, con consentimiento de sus padres o tutores, vivía un año entero con un hombre para casarse con él, sin haberse ausentado tres noches de su casa. De este modo llegaba a ser su mujer legítima o propiedad adquirida por prescripción.¹⁴⁷ La compraventa se hacía, dándose mutuamente el hombre y la mujer una moneda pequeña, y mediando ciertas preguntas y respuestas entre los dos. El matrimonio por confarrea-ción sólo podían celebrarlo los patricios, quedando reservados para los plebeyos el del uso y la compraventa; pero ni estos últimos, ni menos el primero, fueron permitidos a los esclavos.

El concubinato no se contó entre los matrimonios;¹⁴⁸ y aunque fue, según las costumbres romanas, muy común y permitido por las leyes, pues que ninguna pena le impusieron,¹⁴⁹ tóvose por poco honroso, principalmente para la mujer; mas, a pesar de esto, tampoco pudo contraerlo el esclavo.

La única unión a que éste pudo aspirar, fue el contubernio (*contubernium*), nombre que se dio al enlace que los esclavos contraían entre sí o con alguna persona libre. Esta unión no tenía fuerza legal, pues a su antojo el amo la formaba o disolvía; no le daba al esclavo ninguna autoridad sobre la esclava, ni patria potestad sobre los hijos, ni vínculo alguno de parentesco, pues, según el jurisconsulto Paulo, aunque a los esclavos se dispensaba el nombre de padres, hijos, hermanos y parientes, éstos eran nombres vanos que nada significaban ante la ley.¹⁵⁰ Consecuente fue ésta en su rigor, cuando también le negó la acción de adulterio contra su mujer infiel,¹⁵¹ pues tal delito no podía existir donde no había matrimonio; bien que esa acción se daba contra el esclavo que violaba el lecho conyugal de alguna mujer libre:¹⁵² y aquí aparece de-

mostrado, que si la ley mantuvo inflexible su ficción, considerando al esclavo sin persona en todo lo que pudiera serle provechoso, rechazó esa misma ficción y mirole como un ser moral e inteligente en los casos en que debía exigirle su responsabilidad moral.

Llamose *contubernales* a los esclavos que vivían en contubernio; pero andando el tiempo, dióse a veces a la esclava el nombre de *uxor*¹⁵³ (mujer); nombre que propiamente sólo se daba a la mujer libre legítimamente casada. A imitación de la ley, algunos amos, por generosidad, permitieron a sus esclavos contubernales que grabasen las palabras *uxor* (mujer), *conjux* (consorte), sobre la losa fúnebre que cubría las cenizas de sus compañeras en la vida.¹⁵⁴

Muchos amos favorecieron el contubernio con el fin de aumentar sus esclavos. Importante fue, en concepto de Varrón, que al *villicus* o mayoral de la heredad se le diese por compañera una esclava de ella, pues creía, y con razón, que los hijos nacidos de estos enlaces ligaban los padres al suelo; y a esto atribuyó él la buena reputación de que gozaron, y el alto precio en que se vendieron los esclavos del Epiro.¹⁵⁵ A los pastores que habitaban en los bosques y en las montañas, era también conveniente darles una mujer; pero ésta, según el mismo Varrón, debía ser robusta para que pudiese seguir los rebaños; y su principal tipo se encontraba en las esclavas de Iliria.¹⁵⁶ A la cría de esclavos contubernales, otros amos prefirieron adquirirlos de distinto modo, sin cuidarse de ligar sus esclavos por contubernio. De este número fue Catón, el Censor;¹⁵⁷ quien ofreció el vergonzoso ejemplo de imponer una contribución a los esclavos varones que deseaban tener con las hembras algunas relaciones pasajeras; y para mejor asegurar este infame tributo, prohibióles que se acercasen a las ajenas.¹⁵⁸

Contubernios hubo, en que dos esclavos, y aun tres, se unieron a una sola esclava.¹⁵⁹

Para alivio de sus males, ¿gozó, por ventura, el esclavo del derecho de asilo? Si Grecia abrió algunos de sus templos al esclavo para que en ellos se refugiase, Roma le cerró sus puertas. Ciertamente que Rómulo, para aumentar la población de aquella ciudad, convidó con la libertad y la ciudadanía a todos los esclavos de los pueblos vecinos que se acogiesen a ella; pero este asilo, inviolable para los esclavos extranjeros, no lo fue para los que después adquirieron los romanos. Ni puede decirse que lo hubo en la época de los reyes, ni tampoco durante la república. Para sostener lo contrario puede invocarse el pasaje de una comedia de Plauto, en que el esclavo Tranión se acoge a un altar;¹⁶⁰ mas, Plauto representa en esta comedia, así como en otras, no lo que sucedía en Roma, sino en Grecia, y para encontrar el asilo en aquélla, es menester bajar hasta la época del imperio.

La carencia de asilo durante la república, hubo de aumentar la fuga de los esclavos, la cual fue considerada por la ley romana como grave

delito. El hecho solo de salir el esclavo de la casa del amo con intención de huirse, aunque después se arrepintiese y volviese a ella,¹⁶¹ o aun sin salir, si se ocultaba hasta que tuviese ocasión de escaparse;¹⁶² o si perteneciendo a un fundo era aprehendido por alguno dentro de sus límites, sin llegar a traspasarlos;¹⁶³ en todos estos casos, la ley lo castigaba como prófugo; castigo que no pocas veces era el de la horrible muerte de la cruz y el de lidiar con las fieras del circo. Comúnmente se estampaban al esclavo prófugo en la frente con un hierro encendido, las letras iniciales que manifestaban a todos su delito, o se le ponía un collar de hierro con una inscripción que expresaba el nombre del amo, y de la que Pignorio trae un modelo: “Cógeme, porque soy prófugo, y restitúyeme a mi amo Bonifacio Linario”.¹⁶⁴

El que ocultaba un esclavo prófugo era considerado como ladrón,¹⁶⁵ debiendo entregarlo al amo con otro igual, o 20 sólidos; y si lo abrigaba por segunda o tercera vez, debía restituirlo con dos o tres más, o dar 20 sólidos por cada uno.¹⁶⁶

Empero, no era prófugo cuando se ponía bajo la protección de algún amigo del amo para que implorase su perdón. Y tan duras leyes no se suavizaron ni aun bajo del imperio. Marco, Aurelio y Cómodo mandaron que los gobernadores, magistrados y militares de cada circunscripción ayudasen a los amos a buscar sus esclavos fugitivos;¹⁶⁷ y el primero de aquellos dos emperadores dio la facultad de que se pudiese entrar en pos de ellos hasta en las heredades de los senadores y del mismo príncipe.¹⁶⁸ Algunos, para mejor ocultarse, fingíanse mendigantes; y por eso se les buscó aun entre éstos.¹⁶⁹ Como el esclavo cometía con la fuga hurto de sí mismo, nadie podía prescribirlo por tiempo alguno, aunque lo poseyese de buena fe.¹⁷⁰ Constantino agravó tanto las penas contra los esclavos que se huían a los bárbaros, que los condenó a minas, a la amputación de un pie y a otros crueles castigos.¹⁷¹

Éstos fueron en parte arrancados por el gran temor que inspiraban las frecuentes invasiones de los bárbaros, y la facilidad con que los esclavos se iban a ellos. Sitiada Roma por Alarico, pasáronse a éste 40 000 esclavos.¹⁷² Sublevados los godos en las inmediaciones de Andrianópolis, y derramados por la Tracia, vieron engrosar diariamente su número con muchos de sus compatriotas esclavizados por los romanos.¹⁷³ ¿No fue esa misma Tracia saqueada por turbas de soldados desertores y de esclavos prófugos que se disfrazaban con el nombre de hunos?¹⁷⁴ De estos temores provino, que las leyes prohibieron a los esclavos en 416 se vistiesen como los bárbaros;¹⁷⁵ y en 468 el emperador Antemio les vedó el uso de armas en las ciudades y en los campos.¹⁷⁶

El remedio más eficaz para impedir la fuga de los esclavos y los castigos que por ella se les imponía, es el que da Penicilo, uno de los personajes de Plauto en la comedia *Menæchmi*. “¿Quieres guardar

con seguridad un hombre e impedirle que se huya? Encadénale con la buena comida y bebida. Mientras le dieres de comer y beber abundantemente todos los días, jamás se huirá, aunque haya cometido un crimen capital. Con tales cadenas le retendrás fácilmente. Los lazos de la golosina son maravillosamente elásticos, y cuanto más los estires, tanto más se estrecharán”.¹⁷⁷

Sin propiedad, sin familia, sin persona, sin ningún derecho civil, ¿cómo pudo gozar el esclavo de los políticos ni aspirar a públicas funciones? Así fue, que si usurpaba algunas de ellas, castigábasele con pena de muerte; y un esclavo nombrado Pretor, en los primeros años del imperio, por haberse fingido libre, fue precipitado de la roca Tarpeya, bien que antes de ejecutarse el suplicio, recibió la libertad.¹⁷⁸

Destruída ya la república, Julio César, con desprecio de las leyes y de la opinión, empleó algunos de sus esclavos en la administración de la moneda y de las rentas públicas.¹⁷⁹ Uno de los rasgos que más distinguieron el reinado de Alejandro Severo, fue el haber excluido de sus consejos y de su servicio a los esclavos eunucos, pues decía: “Jamás consentiré que esclavos comprados con dinero puedan disponer de la vida de los prefectos, cónsules y senadores”.¹⁸⁰

Excluyóseles también de la milicia, pues a esta carga y a este honor sólo podían aspirar los ciudadanos; y pena capital se impuso a los que fraudulentamente entraban en ella,¹⁸¹ bastando para merecerla el simple alistamiento, aunque todavía no hubiesen formado parte de las legiones.¹⁸² Pero graves y extraordinarias circunstancias ocurrieron, en que amenazada Roma de un gran peligro, vióse forzada a admitirlos en ellas. Ocho mil de los jóvenes más vigorosos armó contra Aníbal después de la desastrosa batalla de Cannas,¹⁸³ y este ejemplo se repitió en tiempos posteriores; mas, siempre se les dio la libertad al entregarles las armas, como generalmente se hacía, o después de alcanzado el triunfo.

El esclavo no sólo fue víctima de los rigores de su amo y de la ley, sino que también estuvo expuesto a que sobre él descargasen su cólera otros que no lo eran. Pero el esclavo a su vez convirtióse en agresor, así del hombre libre, como del esclavo. Es, pues, preciso considerarlo bajo el doble aspecto de ofendido y de ofensor.

Bajo el primero, la ley únicamente atendió al interés material del amo, porque al esclavo, como esclavo, no se le hacía daño ni ofensa. Una injuria verbal o un puñetazo no le infería ningún agravio, y por lo mismo el amo no tenía acción para reclamar, pues ésta solamente estaba reservada para los casos en que gravemente maltratado,¹⁸⁴ el ofensor le pagase cuantos daños había ocasionado al esclavo.¹⁸⁵

¿Llegaban los golpes al extremo de matarle? La Ley Aquilia, equiparándolo a los cuadrúpedos, dispuso que el amo pudiese exigir del matador una indemnización equivalente al duplo del valor máximo que el esclavo

había tenido en el transcurso del año en que se le mataba.¹⁸⁶ Como aun sin castigar al esclavo podía el amo ser perjudicado, la ley mandó que el ladrón de aquél pagase a éste, ya el cuádruplo, ya el duplo de su valor; según que el hurto era manifiesto o no manifiesto;¹⁸⁷ y el duplo también pagaba el que sin hurtarlo, lo inducía a la fuga o a cometer cualquiera acción que influyese en corromperlo y en disminuir su valor.¹⁸⁸

Pero el esclavo, en vez de víctima, fue muchas veces delincuente. ¿Y quién era entonces el responsable? ¿Seríalo tan sólo el esclavo? ¿Seríalo tan sólo el amo? ¿O seríanlo los dos?

Uno de los casos en que la ley consideró al esclavo como persona civil, fue en los contratos y demás actos de los cuales resultaba al amo algún provecho. Siendo, pues, aquél un órgano, un medio, que éste tenía de adquirir; justo fue, que así como ganaba con él, también fuese responsable, a lo menos en cierta medida, de los daños que ocasionaba. Equiparole la ley a los cuadrúpedos; ¿pero no estaba el amo de éstos obligado a reparar el daño que habían ocasionado a los extraños? Pues por identidad de razón estúvolo también el amo del esclavo; y de esta responsabilidad material o pecuniaria no se eximía aunque fuese inocente; que si culpable era, entonces podía ser castigado de otra manera, pues ya no tanto respondía por el esclavo, cuanto de su propia conducta.

Cuando el esclavo hurtaba, injuriaba, o cometía otro daño, dábase entonces contra el amo acción reparatoria (*noxal*), dejando a su elección, o que pagase todos los perjuicios ocasionados por su esclavo, o que entregase éste como *noxal* al reclamante,¹⁸⁹ pues sería injusto, dice la ley, que la malignidad del esclavo costase al amo más de lo que vale su cuerpo.¹⁹⁰

Si el esclavo cometía algún acto culpable por orden de su amo, o si aun sin mandarlo, no lo impedía pudiendo hacerlo, el amo quedaba enteramente responsable, como si fuera el perpetrador de dicho acto.¹⁹¹ El mandato del amo eximía al esclavo de toda pena en los hechos leves; mas, no en los graves.¹⁹² ¡Dura alternativa la del esclavo en este último caso!, porque si no obedecía al amo, quedaba expuesto a su cólera; y si le obedecía, la ley lo castigaba; y he aquí otro ejemplo en que ella lo consideraba como persona civil, pues que le exigía una responsabilidad por sus hechos.

Solicita siempre la ley de los intereses del amo dispuso, que cuando muchos de sus esclavos se coaligaban para hacer algún hurto considerable, no se exigiese de él una reparación mayor que la que en tal caso se debería reclamar a un hombre libre, pues se le podría arruinar, obligándole a entregar como *noxal* todos los delincuentes.¹⁹³

Sin persona legal, evidente es que el esclavo no pudo ser testigo,¹⁹⁴ actor ni acusador.¹⁹⁵ Sin embargo, hubo casos en que se le admitió a declarar; mas, esta declaración debía ir acompañada de la tortura, por-

que sólo por este medio tan bárbaro como falaz, era como a su testimonio se daba alguna fuerza.¹⁹⁶ Mostrose Augusto muy circunspecto en la aplicación del tormento, pues no quiso que se impusiese ni a todas las personas, ni en todas las causas; reservolo tan sólo para los delitos graves, y cuando no podía descubrirse la verdad de otro modo que torturando a los esclavos.¹⁹⁷ Si éstos sufrían alguna lesión, debían indemnizar a los amos las personas que los habían llamado a declarar, y si morían en el tormento, entonces debían pagarles el duplo de su valor.¹⁹⁸

Para justificarse ante los jueces, el amo pudo entregar su esclavo a la tortura; y este medio de defensa sólo le fue negado en la época calamitosa de los malos emperadores.¹⁹⁹ No pudiendo ser compelido un ciudadano a acusarse a sí mismo, y estando el esclavo legalmente identificado con su amo, fuele prohibido declarar contra él.²⁰⁰ Con todo, permitiósele que lo hiciese, pero sometiéndole a la tortura, en los delitos de adulterio,²⁰¹ y en los que se profanaba la santidad de los templos:²⁰² delitos cuyas pruebas no eran fáciles hallar sino en el seno de las familias, o en el silencio de aquéllos. La vestal Minucia fue denunciada por un esclavo;²⁰³ y esclavos depusieron también contra Clodio, cuando este malvado profanó los misterios de la Buena Diosa.²⁰⁴

Para salvarlos de la tortura, libertáronlos a veces sus amos; y notable ejemplo de esto nos ofrece en la historia, la conducta de Milón en la causa que se le formó por la muerte de Clodio.²⁰⁵ Pero no queriendo la ley que los amos delincuentes quedasen impunes por falta de prueba, prohibioles que libertasen a sus esclavos antes de ser examinados en juicio;²⁰⁶ y a fin que el temor no les impidiese decir la verdad contra sus amos, mandose que fuesen vendidos para que saliesen de su poder.²⁰⁷ A pesar de estas precauciones, paréceme más acertado, que nunca se hubiera admitido su declaración contra el amo. Envilecido el esclavo por las leyes, ¿por qué fiar a su palabra, y palabra arrancada en medio del tormento, el honor de las familias y la vida del ciudadano? ¿No pudo ceder el esclavo al soborno de un enemigo del amo? ¿No pudo dar por venganza una falsa declaración contra su amo a quien odiara? Este peligro, que durante los buenos tiempos de Roma tuvo poca trascendencia, ya porque se limitó a muy pocos delitos, ya porque supo impedirlo el común interés de los ciudadanos, llegó a ser formidable, cuando, perdida la libertad romana, permitiose a los esclavos que pudiesen declarar contra sus amos, o denunciarlos en las causas de Estado.²⁰⁸ Desde entonces ya no se sintió seguro ni aun el hombre más inocente, y de esta triste verdad ofrecen terribles ejemplos las guerras civiles que acabaron con la república, y las posteriores tiranías del imperio.

De la venganza de los esclavos, cita Apiano varios casos;²⁰⁹ y Lucano nos presenta algunos furiosos que asesinaban a sus amos, clavándoles un puñal en las entrañas.²¹⁰

Tal fue, sin embargo, el horror que a veces inspiraron esas delaciones, que el mismo Sila, a pesar de haber ofrecido, en su furor contra sus enemigos, la libertad a los esclavos que denunciases el escondrijo de sus amos, la concedió a uno que entregó al tribuno Sulpicio, su señor; pero al mismo tiempo, para castigarle tan vil acción, le hizo precipitar de la roca Tarpeya, con el gorro de la libertad en la cabeza.²¹¹ Cargado de cadenas devolvió Craso a Carbón un esclavo que le presentó pruebas escritas contra él. En el segundo triunvirato hubo uno que para salvar a su amo se puso sus vestidos con riesgo de su vida. Denuncie otro esclavo compañero suyo; pero el pueblo indignado, compelió a los magistrados a libertar al esclavo fiel, y a crucificar al vil delator. En aquella misma época viose con escándalo, que un esclavo no sólo entregó a su amo, sino que se adjudicó sus bienes; mas, la indignación pública fue tan grande, que los triunviros, lejos de considerar libre a ese infame, le devolvieron como esclavo a la enlutada familia de la víctima.²¹²

Comprimidas las guerras civiles por la diestra vencedora de César, él proscribió con horror tan funestas acusaciones y denuncias.²¹³ Augusto siguió en este punto las huellas de su antecesor. Tiberio, fingiendo respetar las leyes, eludiólas astutamente en las causas de conspiración contra Libón, Druso y Silano. “Al ver, dice Tácito, al ver que negaba el acusado [Libón], tratose de dar tortura a sus esclavos que conocían su letra. Mas, como un antiguo senadoconsulto prohibía que esto se hiciese, Tiberio, fecundo en recursos, y hábil en inventar nuevas formas, hizo vender los esclavos a un agente del fisco, para que pudiesen declarar contra Libón sin que la ley fuese violada”.²¹⁴

Para robar y matar con más descaro e infamia que Tiberio, fomentaron las delaciones Calígula, Claudio y Nerón;²¹⁵ y el primero de estos tiranos, revocando la ley de Augusto que no permitió a los desterrados llevar consigo más de 20 esclavos o libertos,²¹⁶ concedióles número indefinido, pues consideraba que de este modo tendrían más espías que los denunciases.²¹⁷ Con razón, pues, exclamaba Séneca, el Filósofo: “Recordad los ejemplos de los que han perecido en las emboscadas domésticas, a fuerza abierta o por fraude, y veréis que la venganza de los esclavos no es menos terrible que la de los tiranos”.²¹⁸

Para no encontrar estos horrores, es menester llegar a la época de los buenos emperadores. Nerva prohibió, bajo pena de muerte, que al esclavo se le oyese en juicio contra su amo.²¹⁹ Alejandro Severo mandó que no se torturase a los esclavos para que declarasen contra sus amos, ni que las deposiciones así arrancadas tuviesen fuerza alguna.²²⁰ Sin duda que no se guardaron las prohibiciones de estos monarcas, pues el emperador Tácito hubo de renovarlas, encargando expresamente que no se admitiese el testimonio de los esclavos en las causas criminales, aunque fuesen de lesa majestad.²²¹

En los delitos de esta especie, fue tan severo Constantino, que el hecho solo de presentarse un esclavo o liberto a denunciar a su amo o patrono, o a declarar contra ellos, bastó para que tales denunciadores fuesen condenados a muerte sin oírseles siquiera.²²² Pero ese mismo emperador, deseando descubrir y castigar a los que alteraban la moneda y ultrajaban la moral, robándose muchachas, recompensó con la libertad a los esclavos que los denunciaran.²²³

Arrastrado a los tribunales, el esclavo tenía menos garantías que el ciudadano. No podía, como éste, invocar antes del juicio, la protección de un tribuno.²²⁴ Hombre de vil esfera, a veces era juzgado, no por los jueces ordinarios, sino por los triunviros capitales,²²⁵ magistrados inferiores, encargados de presidir a los suplicios.²²⁶ En igualdad de delito sufría una pena mucho más grave que la gente libre.²²⁷ Aun sin matarle, y tan sólo por acechar a la vida del amo, comúnmente era quemado vivo.²²⁸ Igual pena sufría, si copulaba con su ama, la que también incurría en pena capital.²²⁹ El esclavo que consultaba los adivinos para saber si su amo tendría o no corta vida, era crucificado.²³⁰ Cuando por cualquier delito se pronunciaba contra él sentencia de muerte, ésta se ejecutaba sin apelación, a no ser que el amo mismo, u otro en su nombre la interpusiese.²³¹ Por último, al esclavo se le ajusticiaba en lugar diferente que al hombre libre;²³² y si a éste se le decapitaba con la *secur*,²³³ se le precipitaba de la roca Tarpeya,²³⁴ o sofocaba en una cárcel,²³⁵ a aquél ordinariamente se le hacía morir en una cruz como patíbulo más afrentoso.²³⁶

Y esta diferencia en el modo de juzgarle y de matarle no fue lo más horrible; fuelo, sí, que hubo caso en que aun la posibilidad de cometer un delito contra el amo bastaba para llevar al suplicio hasta a los inocentes. El senadoconsulto silaniano impuso al esclavo la indispensable obligación de defender al amo.²³⁷ Si asaltado éste, en un camino por ladrones, los esclavos que le acompañaban tomaban la fuga, todos eran condenados a muerte.²³⁸ Lo mismo acontecía cuando pudiendo impedir que el amo se suicidase, dejaban que se matase.²³⁹ Durísimo fue, por cierto, que al patíbulo se les llevase tan sólo por no haber expuesto su vida en defensa de la del amo; pero ¿qué pensar de aquel senadoconsulto cuando decreta, que si un amo, y por amo se entiende aquí, no sólo el padre de familia, sino aun sus hijos emancipados, qué pensar, repito, de aquel senadoconsulto, cuando dispuso, que si un amo es asesinado en su casa, los esclavos que con él se hallasen bajo del mismo techo, todos fuesen condenados a muerte?²⁴⁰ Fundose tan sanguinaria disposición, en que si los esclavos no estuvieran obligados, aun con riesgo de su vida, a defender a sus amos contra los domésticos o extraños, sería imposible conservar la seguridad de las familias.²⁴¹ Exceptuase únicamente de tan atroz suplicio a los presos que no podían salir de la prisión, ni romper las cadenas para socorrer a su amo; a los locos, ciegos, enteramente

sordos y mudos, porque no oían; a los niños si no eran cómplices; y a los enfermos de tanta gravedad que no podían moverse de la cama.²⁴²

Había el destino decretado que el senadoconsulto silaniano recibiese su ejecución, por primera y última vez, bajo el reinado espantoso de Nerón. Pedanio Secundo, prefecto de Roma, fue asesinado en su casa por uno de sus esclavos, ya por haberle rehusado la libertad, después de convenido el precio, ya por celos que le inspiraba la afección de su amo por otro esclavo. Cuatrocientos de éstos, hombres, mujeres y muchachos vivían bajo el techo de Pedanio, y todos debían marchar al patíbulo. Patente era la injusticia; el pueblo compadecido de la suerte de tantas víctimas, se amotinó en su favor; y muchos senadores combatieron el senadoconsulto como cruel, mientras otros, en mayor número, lo defendieron con empeño. En estas circunstancias, Cayo Casio, que opinaba por la pena de muerte, tomó la palabra, y habló así:

“Un consular acaba de ser asesinado en su propia casa por un esclavo, sin que ninguno de ellos haya impedido o descubierto sus acechanzas, a pesar de estar vigente todavía el senadoconsulto que a todos los amenaza de muerte. Decretad la impunidad. ¿A quién, entonces, servirá de escudo su propia dignidad, cuando la prefectura de Roma no ha salvado a Pedanio? ¿Quién confiará, para su defensa en la muchedumbre de sus esclavos, cuando Pedanio ha perecido en medio de 400? ¿Y qué esclavo socorrerá a su amo, cuando ni aun el temor de la muerte le hace apartar nuestros peligros? ¿Dirase, como se supone sin rubor, que la justicia ha provocado la venganza del matador; por habérsele quitado dinero paternal, o esclavo heredado de sus mayores? Hagamos más, y concedamos, que en nuestro juicio, él ha tenido derecho de matar a su amo.

”¿Se quiere que yo apoye con argumentos lo que se ha establecido por los hombres más sabios? Si debiéramos decretar sobre estas cosas por primera vez, ¿se cree que un esclavo forme el proyecto de matar a su amo, sin que se le escape la menor amenaza, ni que lo descubra la menor indiscreción? Admito que él prepare sus armas sin que se sepa; ¿pero eludirá la guarda, llevará una luz, derribará las puertas, consumará el homicidio sin que nadie lo sepa todavía? No, mil indicios anuncian siempre el crimen. Si se compele a revelarlo, podremos vivir solos en medio de numerosos esclavos turbulentos; en fin, si es forzoso perecer, pereceremos vengados de esclavos criminales. Nuestros antepasados temían el carácter de los esclavos, aunque éstos, naciendo en los mismos campos, y bajo los mismos techos, querían a sus amos desde que nacían. Pero después que tenemos en nuestros hogares esclavos de diferentes naciones, de costumbres tan opuestas, de diversas religiones, y a veces sin tener alguna, no podemos contener esa coluvie de esclavos sino por el temor. Perecerán algunos inocentes, yo lo sé, pero cuando un ejército ha huido y que se le diezma, los valientes son sorteados lo mismo que los cobardes.

No hay grandes ejemplos sin injusticias particulares, las cuales desaparecen ante las consideraciones de pública utilidad”.²⁴³

Ningún senador se atrevió a impugnar el razonamiento de Cayo Casio, y aunque se alzó un rumor confuso en favor de las víctimas, el partido contrario triunfó en el Senado. Pero la ejecución de la sentencia presentaba dificultades, porque la plebe amotinada se armó de piedras y antorchas. Nerón, entonces, publicó un edicto increpando la conducta del pueblo, y cubriendo las calles de tropas, hizo arrastrar al patíbulo a los 400 esclavos de Pedanio.²⁴⁴

Tal fue la índole de la esclavitud romana por una larga serie de siglos. ¿Qué recursos, pues, le quedaban al esclavo contra el inflexible rigor del amo? ¿Se refugiaría a los templos como pudo hacerlo el esclavo griego? Pero Roma no le abrió sus puertas hasta la época del imperio. ¿Apelaría a la fuga? Ésta empeoraba su situación, porque le exponía a los castigos ya mencionados. ¿Hallaría algún consuelo en la opinión pública? Pero la opinión pública era su mayor enemigo. ¿Pondríase en abierta insurrección contra el amo? Remedio funesto a que acudió muchas veces, y que en vez de mejorar agravó su condición. ¿Imploraría, en fin, la protección de las leyes? Pero éstas lo habían completamente abandonado al absoluto poder del amo; y sólo fue en la época del imperio, cuando se dictaron algunas disposiciones que mitigaron el primitivo rigor de la esclavitud.

Aunque duro en general el amo con el esclavo, y dura también la ley, no faltaron romanos ilustres, que antes de haber penetrado la filosofía y el cristianismo en la legislación de Roma, hubiesen sido suaves con sus esclavos, y reprobado el rigor con que se les trataba.

Los retóricos y filósofos de Grecia entraron en Roma por primera vez entre la segunda y tercera guerra púnica. Rompióse una pierna un enviado de aquella nación, y durante su convalecencia empezó a comunicar sus ideas a las personas que lo visitaban. Restablecido que fue, dio públicas lecciones, y a su imitación abriéronse otras escuelas. Más adelante, Diógenes, Critolaus y Carneades, embajadores también de Atenas en el año 604 de Roma, hicieron gran ruido en esta ciudad por su elocuencia; y como hubiese Carneades sostenido un día la existencia de la justicia, y combatídola al siguiente, Catón, el Censor pidió que se les echase inmediatamente de Roma.

Tales escuelas fueron condenadas, primero por un senadoconsulto, y después por un edicto. Aquél, según Suetonio, decía: “Bajo el consulado de Cayo Fannio Strabón y M. Valerio Messala, el Senado, conformándose con el informe de Marco Pomponio, pretor, en virtud de lo que se ha dicho sobre los filósofos y retóricos, ha decretado que M. Pomponio tome precauciones, y que en el interés de la república no consienta tales hombres en la ciudad”.²⁴⁵

El edicto fue publicado en años posteriores por los censores Domicio Enobardo y Lucio Licinio Craso. Decía así: “E. Domicio Enobardo y Lucio Licinio Craso, censores, han declarado lo que sigue: hemos sabido que hombres, bajo el nombre de retóricos latinos, han establecido nuevas escuelas, que los jóvenes acuden a escucharlos, y que allí pasan días enteros. Nuestros mayores arreglaron lo que deben aprender los jóvenes, y las escuelas que deben seguir; por tanto, desaprobamos estas novedades contrarias a los antiguos usos, y las creemos malas; así hacemos conocer nuestra decisión, tanto a los que tienen estas escuelas, como a quienes las frecuentan, pues esto nos desagrada”.²⁴⁶

No obstante estas prohibiciones, las cuatro principales escuelas filosóficas de Grecia se propagaron en Roma, principalmente la estoica y la epicúrea, pues ambas eran las más conformes al estado en que Roma se hallaba en las agonías de la república y en el primer siglo del imperio. Destruída la libertad, las almas enérgicas que la amaban, no pudiendo encontrarla en el nuevo gobierno, buscáronla en su alma; y como este deseo cuadraba perfectamente con la doctrina de Zenón, muchos romanos abrazaron el estoicismo, mientras otros, en gran número, pusilánimes, arrojáronse en brazos del corrompido epicureísmo, cuyos principios, sin favorecer a los esclavos, contribuyeron a la disolución de los romanos, así como antes lo había hecho con los griegos. Al establecer Polibio la diferencia que había en sus días entre la probidad de éstos y de aquéllos, dice: “Si se presta a los griegos un talento, con diez promesas, diez cauciones y otros tantos testigos, es imposible que guarden su fe; pero entre los romanos, sea que deba darse cuenta del dinero público o del de los particulares, hay fidelidad a causa del juramento que se ha hecho. Hase, por tanto, sabiamente establecido el temor de los infiernos, el cual se combate hoy sin razón”.²⁴⁷

¡Cuán lejos estaban ya los tiempos en que sentado Fabricio a la mesa de Pirro en Epiro, y oyendo discurrir a Cineas sobre la doctrina de Epicuro, exclamó: ¡Gran Hércules, ojalá que Pirro y los samnitas tengan tales opiniones, mientras estuvieren en guerra con nosotros!²⁴⁸

¿Pero en las ideas de las otras tres escuelas greco-romanas, o en las de aquellos hombres célebres que a ellas no pertenecieron, hubo en el período que nos ocupa algunos sentimientos o principios que se encaminasen a mejorar la condición del esclavo?

Varrón, que fue en concepto de Cicerón el más sabio de los romanos, miró al esclavo, según se ha indicado ya, como instrumento de trabajo, y salvo la palabra, equiparole en lo demás a los bueyes de labor;²⁴⁹ mas, a pesar de la degradación moral en que lo hundió, no fue duro con ellos.

Cicerón, el más ilustre representante del platonismo en Roma, no sólo manejó blandamente a los suyos, sino que deseó que a todos se diese buen trato. “Los esclavos, dice, hállese en la más baja condición:

así, apruebo a los que mandan, que se use de ellos como si fueran mercenarios; que se les exija sus servicios, pero que se les suministre lo que necesiten”.²⁵⁰ Aplausos merece la tierna solicitud que mostró durante la enfermedad de su liberto Tirón,²⁵¹ y sobremanera nos interesan las lágrimas que derramó por la muerte del esclavo Sositeo, su lector.²⁵² Sin embargo, él siguió el común sentir de aquellos tiempos aprobando la esclavitud; y si llora a Sositeo, avergüénzase al mismo tiempo de verter lágrimas por un esclavo.²⁵³

Plinio, el Joven también trató blandamente a sus esclavos y lamentó la muerte de ellos, no por interés, sino por humanidad. “No ignoro [escribía a su amigo Paterno], que muchos consideran semejantes desgracias como simple pérdida de bienes, y que con tales sentimientos se creen hombres grandes y sabios; yo no sé si lo son; lo que sí sé, es que no son hombres”.²⁵⁴

Aunque griegos de origen, nacieron bajo la dominación romana Diodoro de Sicilia y Plutarco. Contemporáneo el primero de Augusto, reprobó la crueldad de los amos con sus esclavos,²⁵⁵ mas, ni combatió el cimiento en que descansaba la esclavitud, ni me parece que esa reprobación nació solamente de humanidad, sino de miras políticas, porque espantado debía estar de la sangre derramada en las guerras serviles de su patria la Sicilia.

Plutarco, sin atacar tampoco el principio de la esclavitud, manifiesta a lo menos humanos sentimientos, cuando increpa la conducta de Catón, el Censor, que para no mantener a sus esclavos ancianos, los vendía o echaba de casa.²⁵⁶

Séneca, el Estoico recomienda que “mientras vivamos entre los hombres practiquemos la humanidad”.²⁵⁷ Por eso reprueba los sanguinarios juegos del circo en que perecían los esclavos para divertir al pueblo romano. “El hombre, exclama, es cosa sagrada, y el hombre se mata hoy por diversión: la muerte de un hombre es un espectáculo”.²⁵⁸

Séneca no pudo mirar con indiferencia el mal trato que los amos daban a los esclavos, y no tanto por el interés de aquéllos, cuanto por un sentimiento de justicia. “Mandar a los esclavos con moderación es un mérito; y debes pensar, no en lo que puedes hacerles sufrir con impunidad, sino en lo que te permite la naturaleza del bien y de la equidad; pero ella exige que se trate suavemente aun a los cautivos comprados con dinero... Aunque se puede todo contra ellos, hay cosas que contra el hombre prohíbe el derecho común de los seres, porque todo hombre es de la misma naturaleza que tú”.²⁵⁹

Mas, en ninguna de sus obras brillan tanto los sentimientos de Séneca hacia los esclavos, como en la carta que escribió a su amigo Lucilio; carta digna de los elogios que se le han tributado. Empieza en ella por alabarle la dulzura con que trataba a sus esclavos.

“He sabido, dice, con placer, de los que os han visitado, que vivís en familia con vuestros esclavos; en eso reconozco vuestra prudencia y vuestros principios. ¡Ellos son esclavos!, pero son hombres. ¡Son esclavos!, pero habitan bajo vuestro techo. ¡Son esclavos! Sí, son compañeros de nuestra esclavitud, si consideramos que la suerte tiene un poder igual sobre ellos y sobre nosotros”.²⁶⁰

Pinta después en esa carta la gula de los romanos, sus asquerosas orgías, la degradante condición de algunos esclavos, y el rigor con que a otros se trataba. ¿Y qué resulta, pregunta Séneca, de tanta opresión? Al responder, presenta el contraste de la conducta que seguían los esclavos con sus amos, según el buen o mal trato que éstos les daban. “Cállanse, dice, delante del amo, y hablan de él por detrás. Pero los esclavos, cuyos labios no estaban cosidos, los que podían conversar delante del amo y con él, esos estaban prontos a morir por él, y a echar sobre sus cabezas el peligro que le amenazaba. Ellos hablaban en la mesa, pero se callaban en la tortura”.

A los que para tratar mal a sus esclavos alegan el pretexto de que son nuestros enemigos, él les replica: “Nuestra arrogancia es la que ha creado este proverbio: Tantos esclavos, cuántos enemigos. ¡Nuestros enemigos! No lo son; y nosotros somos quienes tales los hacemos. Callo otras pruebas de nuestra barbarie y de nuestra inhumanidad respecto de ellos, tratándolos como bestias, y no como hombres; mientras nosotros estamos muellemente tendidos para cenar, uno enjuga los esputos, otro, inclinado, recoge lo que arroja el estómago de los convidados llenos de vino... Mirad esotro que echa el vino: aderezado como una mujer; lucha con su edad, quiere salir de la infancia; mas, se le retiene en ella a la fuerza. Arráncanse o desarraíganse todos los vellos de su cuerpo. Con la talla de un guerrero y la piel lisa de un niño, él vela toda la noche, sirviendo alternativamente a la borrachera y a la impudicia de su amo: esposo en la alcoba, copero en la mesa”.

Al contemplar tan triste espectáculo, Séneca recuerda al amo, que piense que ese hombre a quien él llama su esclavo ha nacido de la misma semilla que él, que goza del mismo cielo, respira el mismo aire, y vive y muere con él.²⁶¹ Y prosigue:

“Yo no quiero discutir la aplicación, el uso que se debe hacer de esos esclavos, víctimas de nuestro orgullo, de nuestra crueldad y de nuestro desprecio; limito mis preceptos a uno solo: tratad a vuestro inferior como quisiérais ser tratado por vuestro superior. No penséis jamás en el poder que tenéis sobre vuestro esclavo, sin pensar al mismo tiempo en el que un amo tendría sobre vos”.

Por esta consideración, Séneca recomienda a los amos la clemencia con sus esclavos; que ejerzan su autoridad sin orgullo; y que se hagan más bien respetar que temer.

“Se me va, dice él, se me va a acusar de que enarboló para los esclavos el gorro de la libertad, y que ataco la autoridad de los amos; pues bien, yo lo repito, vale más el respeto de su parte que el temor”.²⁶²

Recomienda también a los amos que traten con familiaridad a sus esclavos; y que aun admitan a unos a su mesa, porque son dignos de ella, y a otros para que lo sean. A los voluptuosos, como él los llama, que de bajo y vergonzoso tachen tal consejo, respóndeles que esos mismos hombres besan la mano de los esclavos de otros. En esto, Séneca tiene razón. Pero cuando los hombres que no aceptan su consejo, ni son voluptuosos, ni tampoco besan la mano de esclavos ajenos, ¿qué razón podrá alegar para invertir el orden general establecido en punto de sumisión? No basta invocar el buen trato que se debe dar a los esclavos, pues esto se puede conseguir perfectamente sin llegar a tanta familiaridad con ellos; y yo confieso que en este particular no estoy enteramente de acuerdo con su sentir.

Esa familiaridad de los amos con sus esclavos, llevándola hasta el extremo de que aquéllos sienten a éstos a su mesa, si son buenos, porque lo merecen, y si no lo son, para que lo sean, son ideas inadaptables como regla general de conducta en materia de esclavitud. Yo admito que esto se practique por ciertos amos con ciertos esclavos; pero que así lo hagan indistintamente todos los amos con muchos de los esclavos, son cosas que si se ejecutasen, serían no menos perjudiciales a aquéllos que a éstos.

En cualquiera clase de la sociedad en que unos están llamados a mandar, y otros a obedecer, necesario es que se conserve el respeto y la disciplina; pero ese respeto y esa disciplina no se pueden mantener desde el momento en que una íntima familiaridad rompe la barrera que debe mantener separados a los inferiores de los superiores.

¿Por ventura, aun los pueblos modernos que más se precian hoy de demócratas e iguales, como son en Europa los franceses, y en América los norteamericanos, tratan a sus criados, a pesar de que son libres, con la familiaridad que Séneca recomienda? ¿Por ventura sientan a su mesa, no ya a sus criados indignos, pero ni aun siquiera a los dignos? Y si esto acontece con los sirvientes libres, ¿cómo pudiera hacerse con los esclavos a quienes su misma triste condición pone en circunstancias tan diferentes? Los buenos esclavos que de los amos merecieran la distinción de sentarse a su mesa, ¿no se desalentarían en su buen servicio al ver que igual recompensa se dispensaba también a otros que no eran como ellos? ¿Será ése el modo acertado de estimularlos al buen comportamiento, cuando los que no lo tienen consiguen los mismos favores? Hay instituciones de tan funesta naturaleza, y la esclavitud es una de ellas, que llevan en su misma esencia el origen del mal. La esclavitud exige por su propia índole, que entre el amo y el esclavo medie, en general,

una distancia que los mantenga separados; y pretender que entre unos y otros exista un nivel social, que es contrario a la naturaleza de la esclavitud, es predicar una filosofía, que si brillante en el papel, en la sociedad no se puede realizar.

Mucho mejor que Séneca, comprendió Platón la índole de la esclavitud. Este filósofo decía:

“Cuando un esclavo ha faltado, es menester corregirle, y no atenerse a simples reprimendas como si fuera persona libre, pues eso lo haría más insolente. En cualquiera cosa que se le haya de decir, es menester tomar siempre el tono de amo, y no familiarizarse jamás con sus esclavos, sean hombres, sean mujeres. Los amos que caen (y son muchos) en este defecto, debilitan su autoridad, y hacen a sus esclavos más penosa la obediencia”.²⁶³

Yo pienso como Platón, y si alguna excepción admito, es tan sólo respecto de aquellos esclavos a quienes un largo trato y un íntimo conocimiento de sus buenas calidades permitan al amo tratarlos con la llaneza y familiaridad de que habla Séneca.

Cuando este filósofo escribió sus obras, ya había sonado la voz del cristianismo, y empezado a difundirse por el mundo. Creen algunos que de esa fuente recibió Séneca sus ideas, pues en sus días predicó San Pablo en Roma, por espacio de dos años,²⁶⁴ y que este apóstol y aquel filósofo tuvieron correspondencia epistolar. En antiguas ediciones de las obras de Séneca, se publicaron 14 cartas, que se suponen escritas por él a San Pablo; pero generalmente se consideran hoy como apócrifas, y aunque San Agustín las menciona,²⁶⁵ es de sospechar que las palabras que se atribuyen a Séneca, fueron intercaladas por mano ajena.

Que Séneca conociese las ideas del cristianismo, cosa es que racionalmente no se puede negar; pero decir que sólo de él recibió sus inspiraciones, como pretenden algunos, es aserción muy aventurada. ¿Por qué negar a la humanidad y a la filosofía toda influencia en el corazón y entendimiento de Séneca? ¿No hubo paganos antes de Jesucristo que abogaron por el buen trato de los esclavos, y que aun condenaron como injusta la esclavitud?

Yo no sé si Séneca trató a sus esclavos del modo que aconseja en sus obras. A las palabras de hombres de acrisolada virtud doyles entero crédito, aunque no vayan acompañadas de hechos; ¿pero se halla Séneca en tal caso? Acusado el orador Suilio de varios crímenes en tiempo de Nerón, desatose contra sus enemigos, y a Séneca, que tuvo mucha parte en su condenación, imputole haber corrompido a la hija del gran Germánico, manchado el tálamo de las principales romanas, reunido, de malas maneras, en sólo cuatro años, 300 millones de sesteracios,²⁶⁶ andar de heredípetas cerca de los viejos sin hijos, y de haber devorado la Italia y las provincias con sus enormes usuras. Tácito refiere tan graves acu-

saciones;²⁶⁷ pero no dice si eran falsas o verdaderas. Y este profundo silencio deja ciertas dudas y una penosa impresión sobre el carácter de Séneca.

Hay corazones de linaje tan noble, que, aun en medio de la degradación de la esclavitud, conservan sentimientos generosos. Si en el furor de las guerras civiles que destrozaron a Roma, hubo muchos esclavos que entregaron sus amos al verdugo, no faltaron otros que, con riesgo y aun sacrificio de su vida, salvaron la de sus amos. Roma nos ofrece algunos ejemplos, y la historia debe recordarlos siempre a la posteridad para que nunca se olviden.

Herido Publio Escipión en un combate contra Aníbal, y abandonado de todos, sólo le acompaña su fiel esclavo, quien montándole a caballo, le salva y lleva al campamento.²⁶⁸

Pintando Plauto en sus comedias la conducta de los buenos esclavos, nos presenta el noble rasgo de Tíndaro que, cogido y vendido junto con su joven amo, se propone libertarlo, y para conseguir su intento, finge, con riesgo de su vida, que él es el amo, y el amo, el esclavo. Cuando el comprador descubre la estratagema de Tíndaro, indignase contra él, y en su furor le somete a los más crueles castigos; pero el esclavo, lejos de arrepentirse, exclama con grandeza de alma:

“Si yo muero, y él no vuelve como ha dicho, yo dejaré más allá de la tumba el brillante ejemplo de haber librado a mi amo de las manos del enemigo y de la esclavitud, para restituirlo a su patria; y de haber querido que el peligro que amenazaba su cabeza, cayese sobre la mía”.²⁶⁹ Este rasgo que Plauto nos ofrece en la escena, tal vez se podrá considerar como invención de poeta; pero la historia lo confirma, mostrándonos acciones de esclavos mucho más grandes que las de Tíndaro.

Acusado de incesto el orador M. Antonio, y pidiendo los acusadores que se diese tormento a un esclavo que podía descubrir la verdad, éste, viendo la inquietud de su amo, le dijo que lo entregase a los jueces, prometiéndole que de su boca no saldría una sola palabra que pudiera perjudicarle. Efectivamente, despedazado con el látigo, tendido sobre el potro, y quemado con planchas encendidas, supo con su leal fortaleza salvar a su amo.²⁷⁰

Pero la influencia del buen trato nunca se sintió tanto, como en las guerras civiles de Roma, pues entonces hubo esclavos que por salvar a sus amos, se elevaron hasta el heroísmo.

Uno de C. Graco, llamado Euporo o Filócrates, siguió en su fuga del monte Aventino. Temiendo su amo caer en manos de sus enemigos, tendió el cuello a la espada que llevaba su esclavo, y no queriendo éste sobrevivirle, al instante se mató con el mismo acero. Lo mismo ejecutaron un esclavo del joven Mario,²⁷¹ y otro de C. Vettio para que éste no fuese entregado a Pompeyo.²⁷²

Perseguido Cornuto por la facción de Mario, sus esclavos le ocultaron en su propia casa; y habiendo recogido a uno de los muertos en la calle, le ahorcaron, pusieronle en un dedo el anillo de su amo, mostráronle a los satélites de Mario, y después lo sepultaron, fingiendo que era su propio amo, a quien ellos habían matado. Así pudo Cornuto refugiarse a las Galias.²⁷³

Cepión, que había conspirado contra la vida de Augusto, fue condenado; pero un esclavo lo llevó de noche en un cesto hasta el Tíber, bajó a Ostia con él, y de allí le condujo también de noche a la quinta de su padre en el territorio de Laurento. Rechazado de Cumes por un naufragio, se ocultó con su amo en Nápoles; y cogido allí por un centurión, no hubo dinero, ni amenazas que le hiciesen traicionar a su amo.²⁷⁴

Durante el sitio de Grumentum, unos esclavos dejaron a su ama, y se fueron al enemigo. Tomada la ciudad, se pusieron de acuerdo entre sí, y precipitándose en la casa de ella, la arrastraron con aire amenazador, diciendo a quienes los encontraban, que al fin ya tenían la facultad de castigar a su cruel ama. Llevándola de esta manera, y fingiendo que la arrastraban al suplicio, pusieronla en seguridad con una piedad respetuosa.²⁷⁵

Proscrito Antío Restión, vagaba de noche y solo. Mientras sus esclavos robaban sus bienes, uno de ellos, a quien había cargado aquél de cadenas, y estampándole en la frente la marca de su ignominia, vióse libre por la compasión de otro esclavo, después de la condenación de su amo. Púsose entonces a buscar a éste, encuentre y persuadióle que no le temiese, diciéndole que él sabía que su afrenta debía imputarse, no a su amo, sino a la fortuna. Mientras Restión permaneció escondido, llevole víveres el esclavo; y cuando supo que se acercaban sus perseguidores, mató a un viejo que la casualidad le presentó, hizo una hoguera, en la que arrojó el cadáver; y habiéndola encendido, adelantose hacia los que buscaban a Restión, diciéndoles que ya él había hecho justicia del proscrito, y que lo había castigado más cruelmente de lo que él mismo lo había sido. Creyésele y Restión se salvó.²⁷⁶

Uno de los casos más grandes que nos ha conservado la historia, es el de un esclavo de Urbino Ponopion en tiempo de las proscripciones de los triunviros. Condenado a muerte, ocultose en su quinta de Reatino; mas, descubierto su paradero fue a matarle una turba de soldados. Entonces ese esclavo heroico cambia con él de vestidos, pónese su anilla, hácele escapar por una puerta excusada, acuéstase en la cama de su amo, y allí recibe el golpe mortal fingiendo ser Urbino. Cuando éste fue rehabilitado, levantó un honroso monumento a la memoria de su fiel esclavo.²⁷⁷

Otros casos admirables pudieran citarse²⁷⁸ para honra de algunos esclavos y vergüenza de muchos romanos.

Notas

- 1 Plin., lib. XXXIII, cap. vi, § 10.
- 2 Tab. Heracl., en Blondeau, Mon. juris, anteius., p. 84.
- 3 Cat., *Re Rust.*, § 56.
- 4 La libra romana sólo tenía 12 onzas.
- 5 Cat., *Re Rust.*, § 56.
- 6 Cat., *Re Rust.*, § 58.
- 7 Cat., *Re Rust.*, § 58.
- 8 Cat., *Re Rust.*, § 57.
- 9 El congio equivalía a 12 heminas; y la hemina era la mitad de un sextario, el cual equivale a 54 centilitros.
- 10 Cat., *Re Rust.*, § 57. El cuadrantal, según Plinio, era una medida equivalente al ánfora.
- 11 Cat., *Re Rust.*, § 104.
- 12 Sénec., epíst. 80.
- 13 Tácit., *Hist.*, lib. II, cap. LXXXVIII.
- 14 Cat., § 59.
- 15 Cat., § 2.
- 16 Columel., *Re Rust.*, lib. I, § 8.
- 17 Véase el apéndice no. XXVI.
- 18 Sénec., *Brev. vit.*, § 12.
- 19 Cicer., *in Pison.*, § 38.
- 20 Tácit., *Hist.*, IV, 36.
- 21 Plaut., *Anf.*, act. I, esc. I, vers. último. Juven., *Sátir.* V, vers. 171.
- 22 Apule., *Metam.*, IX.
- 23 Cat., § 14.
- 24 Varr., *De Re Rust.*, lib. I, § 13.
- 25 Columel., *De Re Rust.*, lib. I, § 6.
- 26 Plin., lib. II, epíst. 17.
- 27 Columel., lib. XII, § 3.
- 28 Plutarc., *Cat. Cens.*, § 36.
- 29 Sueton., *Claud.*, § 25.
- 30 Plutarc., *Cat. Cens.*, § 4.
- 31 Plutarc., *Cat. Cens.*, § 29.
- 32 Cat., *Re Rust.*, § 2. Plut., *Cat.*, § 6.
- 33 Plutarc., *Cat. Cens.*, § 32.
- 34 Cat., *Re Rust.*, § 2.
- 35 Cat., § 10.
- 36 Cat., § 11.
- 37 Varr., lib. I, p. 18.
- 38 Varr., *De Re Rust.* Apule., *Metam.*, VII y VIII.

- 39 Cat., *Re Rust.*, § 5.
- 40 Varr., *Re Rust.*, lib. II, § 5. Columel., lib. VI, Pref.
- 41 Plin., *Hist. Nat.*, lib. VIII, cap. LXX, § 4.
- 42 El cuadro que acabo de trazar de las calidades y deberes del *villicus*, lo he tomado de Catón, Columela y Varrón. Véase el primero en su obra *Re Rust.*, § 1, 5, 142 y 143; al segundo en su *De Re Rust.*, lib. I, § 13, y el tercero en su *Agricultura*, lib. I, cap. I, VI y VIII; lib. XI, cap. I y VIII, y lib. XII, cap. I.
- 43 Columel., *De Re Rust.*, lib. I, § 8.
- 44 Columel., *De Re Rust.*, lib. I, § 8.
- 45 Columel., *De Re Rust.*, lib. I, § 8.
- 46 Columel., lib. XII, Prólogo.
- 47 Plaut., *Mostel.*, act. I, esc. I, vers. 18. Sénec., *De Tranq. anim.*, X.
- 48 Columel., lib. I, § 9.
- 49 Plin., lib. XVIII, cap. IV, § 4 y 5, y cap. VII, § 4.
- 50 Sénec., *Controv.*, X, 4. Plaut., *Pseudol.*, act. I, esc. II.
- 51 Sueton., *Calíg.*, § 40.
- 52 Plaut., *Asin.*, act. II, esc. II, vers. 354, y la esc. IV.
- 53 Plaut., *Asin.*, act. II, esc. II, vers. 325. Horac., lib. II, sátir. VII, al fin. Sénec., *De Ira*, III, 29. D., lib. XXVIII, tit. V, 1, 35, § 3. Petr., *Sátiric*, 69.
- 54 Horac., lib. I, epíst. 14, vers. 14 y 15.
- 55 Columel., lib. I, Pref., y § 8.
- 56 Apule., *Metam.*, IX, § 15.
- 57 Plaut., *Capt.*, act. V, esc. IV.
- 58 Diod. Sic., lib. V, cap. xxxvi y xxxviii.
- 59 Sénec., Epíst. 37.
- 60 Quintil., *Declam.*, IX, 6.
- 61 Strab., lib. V, cap. II, § 3.
- 62 Sénec., Epíst. 123.
- 63 Juven., *Sátir.* V.
- 64 Sénec., *De Benef.*, lib. III, § 28.
- 65 Sueton., *César*, § 27.
- 66 Columel., lib. I, § 8.
- 67 Plutarc., *Cat. Cens.*, § 30.
- 68 Plutarc., *Craso*, § 2.
- 69 Horac., *Ep.*, lib. II, ep. 2, vers. 15.
- 70 *Dig.*, lib. IX, tit. II, 1. 2, § 2.
- 71 Plaut., *Pseudol.*, act. I, esc. II. Véase también el *Asin.*, act. II, esc. II, vers. 10, 49 a 51, 76 y 99. *Rudens*, act. III, esc. II, vers. 626. *Captiv.*, act. III, esc. IV, vers. 642. Terenc., *Form.*, act. I, esc. IV.
- 72 Plaut., *Asin.*, act. II, esc. II.
- 73 Sénec., Epíst. 47.
- 74 Marc., *Epigr.*

- 75 Plaut., *Asin.*, act. II, esc. II, vers. 36.
- 76 Plaut., *Captiv.*, act. II, esc. II, vers. 354, y act. III, esc. IV, vers. 644.
- 77 Plaut., *Pœnul.*, act. IV, esc. II, vers. 827.
- 78 Plaut., *Men.*, act. V, esc. VI, vers. 954.
- 79 Plaut., *Bacch.*, act. IV, esc. VI, vers. 820.
- 80 Juven., *Sátir.* XIV, vers. 21 y 22.
- 81 Marc., lib. II, epigr. 82, vers. 1.
- 82 Plaut., *Captiv.*, act. III, esc. IV, vers. 531.
- 83 Appian., *De Bell. Civ.*, III, 98.
- 84 Plaut., *Fragm.* de la comedia *Carbonaria*, vers. 46. *Miles Glorios.*, act. II, esc. IV, vers. 361.
- 85 Polib., *Histor.*, lib. I. Ælianus, *Varior.*, lib. III, cap. xxix. Aul. Gel., lib. V, cap. xiv. Lactantius, lib. V, cap. xix.
- 86 Jul. Capitol., *Macrin.*, § 12.
- 87 Véase el apéndice no. XXVII.
- 88 Ovid., *Ar. Ama.*, III, 239. *Amor.*, lib. I, eleg. 14.
- 89 *Pone crucem servo. —Meruit quo crimine servus Supplicium? Quis testis adest? Quis detulit? Audi! Nulla unquam de morte hominis cunetatio longa est. —O demens! ita servus homo est? Nil fecerit, esto! Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.*
(Juven., *Sátir.* VI, vers. 220-224.)
- 90 Juven., *Sátir.* VI, vers. 476-487.
- 91 *Dig.*, lib. I, tít. VI, ley I^a, § 1.
- 92 Plutarco., *Cat. Cens.*, § 32.
- 93 Dióñ Casio, lib. XLIV, cap. III.
- 94 Plin., lib. IX, cap. xxxix, § 2.
- 95 Sénec., *De Clem.*, lib. I, § 18.
- 96 Sénec., *De Ira*, lib. III, § 40.
- 97 Oros., VI, 18.
- 98 Appian., *De Bell. Civ.*, V.
- 99 Oros., VI, 18.
- 100 Appian., *De Bell. Civ.*, V.
- 101 Macrob., *Saturnal.*, lib. I, cap. vii.
- 102 Macrob., ibídem.
- 103 Tit. Liv., lib. II, cap. xxi, y lib. XXII, cap. i.
- 104 Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. x.
- 105 Macrob., ibídem.
- 106 Sueton., *Calíg.* § 17.
- 107 Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. x.
- 108 Sénec., Epíst. 47. Horac., lib. II, sátir. VII.
- 109 *Dig.*, lib. XXXV, tít. I, 1. 59, y lib. I, tít. XVII, 1. 32 y 209.
- 110 Ulpian., *Fragm.*, tít. XIX, § 1.

- 111 Varr., *De Agricultura*, lib. I, cap. xvii.
- 112 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, de *Ædilit. Edict.*
- 113 *Dig.*, lib. XX, tít. I, 1. 1, § 1.
- 114 *Instit. Just.*, lib. II, tít. IV, § 2, y tít. V, § 3.
- 115 *Dig.*, lib. XXXIX, tít. V, 1. 18, y 1. 31, § 2.
- 116 *Dig.*, lib. XXX, II, *De Legatis*, 1. 32, § 2. Los códigos romanos ofrecen por doquiera numerosas pruebas de esta verdad.
- 117 *Institut. Just.*, lib. II, tít. IX, § 3.
- 118 *Dig.*, lib. XXVIII, tít. I, 1. 19.
- 119 *Dig.*, lib. L, tít. XVII, 1. 22.
- 120 *Cód. Just.*, lib. IV, tít. XXVI, 1. 10; lib. VI, tít. II, 1. 12 y 14.
- 121 *Dig.*, lib. XLV, tít. III, 1. 1, pr., y 1. 15. *Inst. Just.*, lib. III, tít. XVII, pr., y § 1.
- 122 *Dig.*, lib. XLV, tít. III, 1. 3 y 7. *Inst. Just.*, lib. III, tít. XVII, § 3.
- 123 Ulpian., *Fragm.*, tít. I, § 18. Paul., *Sent.*, lib. IV, tít. XII, § 1.
- 124 *Dig.*, lib. XLIX, tít. XV, 1. 19, § 5. *Cód. Just.*, lib. VIII, tít. LI, 1. 10 y 12.
- 125 *Dig.*, lib. XLVII, tít. II, 1. 17.
- 126 *Dig.*, lib. XLI, tít. I, 1. 32; lib. XLV, tít. I, 1. 62. *Inst. Just.*, lib. II, tít. IX, § 3.
- 127 *Dig.*, lib. XXIX, tít. II, 1. 26. *Inst. Just.*, lib. II, tít. IX, § 3, y tít. XIV, § 1.
- 128 *Dig.*, lib. XXVIII, tít. V, 1. 31, § 1, y 1. 35. *Inst. Just.*, lib. III, tít. XVII, pr.
- 129 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 5, § 3 y 4.
- 130 Varr., *Re Rust.*, lib. I, § 17.
- 131 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 39.
- 132 Terenc., *For.*, act. I, esc. I, vers. 43. Sénec., *Epíst.* 80.
- 133 Virgi., *Églog.* III, vers. 16. Horac., lib. I, *epíst.* VI, vers. 45 y 46.
- 134 Sueton., *Calíg.*, § 39.
- 135 Varr., *Re Rust.*, lib. I, § 17. Plaut., *Asin.*, III, 1, vers. 521 a 524, y *Merca.*, III, I, 515.
- 136 Aten., lib. VI, p. 274.
- 137 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 7, § 4; 1. 11, § 4 y 5, y 1. 37, p. 1.
- 138 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 4, § 6, y 1. 7, § 4; lib. XXXIII, tít. VIII, 1. 6, § 2.
- 139 Plutarc., *Cat. Cens.*, § 33.
- 140 Plaut., *Rudens*, 1, II, 74. Fabretti, *Inscr.*, n° 38, p. 252.
- 141 Terenc., *For.*, act. I, esc. I.
- 142 Plin., lib. VIII, *epíst.* 16.
- 143 Sénec., *De Benef.*, VII, 4. *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 4, princip., y 1. 8 y 40.
- 144 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 16; lib. XVIII, tít. I, 1. 29, y lib. XXXIII, tít. VIII, 1. 24.
- 145 *Dig.*, lib. XV, tít. I, 1. 25.
- 146 Gaii *Inst. Coment.*, I, § 109-113.
- 147 Gaii, *Instit. Coment.*, I, § 111.
- 148 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. V, 1. 34. *Cód. Just.*, lib. VI, tít. LVII, 1. 5, al fin.
- 149 *Dig.*, lib. XXV, tít. VII, 1. 3, § 1.
- 150 *Dig.*, lib. XXXVIII, tít. X, § 5.

- 151 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. V, 1. 6. *Cód. Just.*, lib. IX, tít. IX, 1. 23 y 24.
- 152 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. II, 1. 5, *Cód. Just.*, lib. IX, tít. XI, 1. 26.
- 153 Paul., *Sent.*, III, vi, 38. *Dig.*, lib. XXXIII, tít. VII, 1. 12, § 7 y 33.
- 154 Gori, *Inscr.*, n° 231. Orelli, n° 2842 y 2843. Fabretti, p. 311, n° 347, y otros.
- 155 Varr., I, § 17.
- 156 Varr., lib. II, § 10.
- 157 Plutarco., *Cat. el Cens.*, § 32.
- 158 Plutarco., *Cat. el Cens.*, § 32.
- 159 Spon., *Miscell. Antiq.*, p. 235. Muratori, p. 1297, n° 7; p. 1034, n° 1; p. 1582, n° 5, y p. 1597, no. 1. Véase también la inscripción de una columna funeraria que existe en el Museo del Louvre en París, sala Iª, n° 109.
- 160 Plaut., *Mostellaria*, act. V, esc. I.
- 161 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 17, § 1.
- 162 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 17, § 4.
- 163 *Dig.*, lib. XXI, tít. I, 1. 17, § 8.
- 164 “*Tene me quia via fugi, et revoca me domino meo Bonifacio Linario*”. (Pignoris, *Tract. de Serv. Rom.*, p. 32.)
- 165 *Dig.*, lib. XI, tít. IV, 1. 1, pr.
- 166 *Cód. Just.*, lib. VI, tít. I, 1. 4.
- 167 *Dig.*, lib. XI, tít. IV, 1. 1, § 2.
- 168 *Dig.*, lib. XI, tít. IV, 1. 3.
- 169 *Cód. Teod.*, lib. XIV, tít. XVIII, 1. única.
- 170 *Just. Inst.*, lib. II, tít. VI, § 1.
- 171 *Cód. Just.*, lib. VI, tít. I, 1. 3.
- 172 Zósimo, V, 42.
- 173 Ammian. Marcel., lib. XXXI, cap. vi.
- 174 Zósimo, V, 22.
- 175 *Cód. Teod.*, lib. XIV, tít. X, 1. 4.
- 176 *Cód. Just.*, lib. IX, tít. XII, 1. 10.
- 177 Plaut., *Menæchm.*, act. I, esc. I.
- 178 Dió Casio, XLVIII, 34.
- 179 Sueton., *César.*, § 76.
- 180 Lamprid., *Alej. Sever.*, § 65.
- 181 *Dig.*, lib. XLIX, tít. XVI, 1. 11.
- 182 Plin., lib. X, epíst. 39.
- 183 Tit. Liv., tít. XXII, cap. LVII.
- 184 *Institut. Just.*, lib. IV, tít. IV, § 3.
- 185 *Institut. Just.*, lib. IV, tít. IV, § 4 y 5.
- 186 *Dig.*, lib. IX, tít. II, 1. 2.
- 187 *Inst.*, lib. IX, tít. I, § 5.
- 188 *Dig.*, lib. XI, tít. III, 1. 1, pr., y § 5.

- 189 *Dig.*, lib. IX, tít. IV, 1. 1. *Inst. Just.*, lib. IV, tít. VIII, princ.
- 190 *Inst. Just.*, lib. IV, tít. VIII, § 2.
- 191 *Dig.*, lib. IX, tít. II, 1. 44 y 46, y tít. IV, 1. 2.
- 192 *Dig.*, lib. XLIV, tít. VII, 1. 20, y lib. L, tít. XVII, 1. 157.
- 193 *Dig.*, lib. LXVII, tít. VI, 1. 1.
- 194 Terenc., *For.*, act. II, esc. I, vers. 292.
- 195 Terenc., *For.*, act. II, esc. I, vers. 292.
- 196 *Dig.*, lib. XXII, tít. V, 1. 21, § 2. Cicer., *Pro Dejotar.*, § 1.
- 197 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. XVIII, 1. 8.
- 198 Paul., *Sent.*, lib. V, tít. XVI, § 3. *Dig.*, lib. XLVIII, tít. XVIII, 1. 6.
- 199 Tácit., *An.*, III, 14.
- 200 Paul., *Sent.*, lib. V, tít. XVI, § 4, 5 y 6.
- 201 *Dig.*, lib. XL, tít. IX, 1. 12, § 6. *Cód. Just.*, lib. IX, tít. IX, 1. 3.
- 202 Cicer., *Pro Mil.*, § 22.
- 203 Tit. Liv., lib. VIII, § 15.
- 204 Cicer., *Pro Mil.*, § 22.
- 205 Cicer., *Pro Mil.*, § 21.
- 206 *Dig.*, lib. XL, tít. IX, 1. 12, § 6. *Cód. Just.*, lib. IX, tít. IX, 1. 3. Tit. Liv., lib. VIII, § 15.
- 207 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. V, 1. 27, § 11.
- 208 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. IV, 1. 7.
- 209 Ap., *B. Civil.*, IV, 26, 29, 39, 51.
- 210 Luc., *Farsal.*, II, 148.
- 211 Valer. Máxim., lib. VI, cap. v, *De Just. Roman.*, § 7. Plutarco., *Sila*, § 14.
- 212 Ap., *B. Civil.*, IV, 29.
- 213 Dió Casio, lib. XLI, cap. xxxviii, p. 287.
- 214 Tácit., *An.*, lib. II, § 30, y lib. III, § 67.
- 215 Tácit., *Hist.*, lib. I, § 2. Plin., *Paneg.*, § 42. *Dig.*, lib. XLVIII, tít. IV, 1. 7, § 2.
- 216 Dió Casio, lib. LVI, cap. xxvi, p. 826.
- 217 Dió Casio, lib. LIX, cap. viii, p. 911.
- 218 Sénec., *Ep.* IV.
- 219 Dió Casio, lib. LXVIII, cap. i.
- 220 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. XVIII, l. 1, § 16.
- 221 “*In eadem oratione cavit ut servi in dominorum capita non interrogarentur; ne in causa majestatis quidem*”. (Flavius Vopisc., Tácit., § 9).
- 222 *Cód. Teod.*, lib. IX, tít. V, 1. 1.
- 223 *Cód. Teod.*, lib. IX, tít. XXI, 1. 2, § 1.
- 224 Sénec., *Controv.*, lib. III, cap. ix.
- 225 Cicer., *Pro Cluent.*, § 13. Aul. Gel., lib. III, cap. iii.
- 226 Salust., *Catil.*, § 55.
- 227 *Dig.*, lib. XLVIII, tít. XIX, 1. 16, § 3, y 1. 28, § 16.
- 228 *Dig.*, lib. LXVIII, tít. XIX, 1. 28, § 11.

- 229 *Cód.*, lib. IX, tít. XI, 1. única.
- 230 Paul., *Sent.*, lib. V, tít. XXI, § 4.
- 231 *Dig.*, lib. XLIX, tít. I, 1. 15.
- 232 Tácit., *An.*, XI, 60.
- 233 Cicer., *In Verr.*, V, 59 y 60. Tit. Liv., XII, 19, y XXVI, 15.
- 234 Tit. Liv., lib. VI, § 20.
- 235 Salust., *Catil.*, 55. Cicer., *In Vatin.*, § 11.
- 236 Cicer., *Pro Rabir.*, § 5. *In Verr.*, V, 63 y 68. *Pro Dejotar.*, § 9. Valer. Máxim., lib. II, cap. VII, § 9.
- 237 Paul., *Sent.*, lib. III, tít. V (Ad senatus consult. Sila.), § 7. *Dig.*, lib. XXIX, tít. V, 1. 1, nº 18.
- 238 Paul., *Sent.*, ibídem, § 8.
- 239 *Dig.*, lib. XXIX, tít. V, 1. 1, § 22.
- 240 *Dig.*, lib. XXIX, tít. V, 1. 1, § 26.
- 241 Ibídem, 1. 1, pr.
- 242 *Dig.*, lib. XXIX, tít. V, 1. 3.
- 243 Tácit., *Anal.*, lib. XIV, cap. XLIII y XLIV.
- 244 Tácit., *Anal.*, lib. XIV, § 45.
- 245 Sueton., *De Claris Rhetoribus*, § 1.
- 246 Sueton., *De Claris Rhetoribus*, § 1. Aul. Gel., XV, 11. Cicer., *De Ora.*, III, 24.
- 247 Polib., lib. VI.
- 248 Plutarco., *Vida de Pirro*, § 24.
- 249 Varr., *De Re Rust.*, lib. I, § 17.
- 250 Cicer., *De Offic.*, lib. I, § 3.
- 251 Cicer., *Ad Diversos*, XVI, 4.
- 252 Cicer., *Ad Attic.*, I, 12.
- 253 “*Nam puer festivus, anagnostes noster; Sositheus decesserat, meque plus, quam servi mors debere videbatur, commoverat*”. (Cicer., *Ad. Attic.*, I, 12.)
- 254 Plin., lib. VIII, epíst. 16.
- 255 Diod. Sic., *Fragm.*, lib. XXXIV, § 35.
- 256 Plutarco., *Catón el Censor*, § 7.
- 257 Sénec., *De Ira*, III, 43.
- 258 Sénec., Epíst. 95.
- 259 Sénec., *De Clement.*, lib. IV, § 18.
- 260 Sénec., Epíst. 47.
- 261 Sénec., Epíst. 47.
- 262 Sénec., Epíst. 47.
- 263 Plat., *Leyes*, lib. VI.
- 264 Act. Apost., cap. XXVIII, vers. 30 y 31.
- 265 San Agustín, vol. II, epíst. 153.
- 266 Más de 70 millones de francos.
- 267 Tác., *Anal.*, lib. XIII, § 42.

- 268 Macrob., *Saturnal*, lib. I, cap. xi.
- 269 Plaut., *Captiv*, act. III, esc. V, vers. 616.
- 270 Valer. Máxim., lib. IV, cap. viii.
- 271 Diod. Sic., *Fragm.*, lib. XXXVIII, 15. Valer. Máxim., lib. VI, cap. viii.
- 272 Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. xi. Sénec., *De Benef.*, III, 23.
- 273 Plutarc., *Mario*, § 47.
- 274 Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. xi.
- 275 Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. xi. Sénec., *De Benef.*, III, 23.
- 276 Macrob., *Saturn.*, lib. I, § 11.
- 277 Valer. Máxim., lib. VI, cap. viii. Macrob., *Saturn.*, lib. I, cap. xi.
- 278 Véase a Sénec., *De Benef.*, III. § 23-36; a Valer. Máxim., VI, 8, y a Macrobio en las *Saturnales*, I, 11.

APÉNDICES



I

Lago Mœris

(Página 39)

“Como las crecidas del Nilo, dice Diodoro de Sicilia, no tenían siempre una medida regular; y que de la regularidad de este fenómeno depende la fertilidad del suelo egipcio, Mœris hizo un lago destinado a recibir el exceso de las aguas a fin que no inundasen por su abundancia el país sin oportunidad, formando pantanos y estanques, y que, por su falta, no se perdiesen las cosechas. Para que este lago se comunicase con el río, él construyó un canal de 80 estadios (8 000 m) de largo y sobre tres *plèthres* (unos 87 m) de ancho. De este modo, se retiraban las aguas y se podía, abriendo y cerrando la entrada por medio de máquinas dispendiosas, procurar a los agricultores bastante agua para fertilizar sus tierras. Para abrir y cerrar este sistema de esclusas gastábanse no menos de 50 talentos.¹ Este lago aún existe en nuestros días con las mismas ventajas que antes, y hoy se le llama por su constructor lago Mœris”. (Diod. Sic., lib. I, cap. LII.)

Esto dijo de aquel lago Diodoro de Sicilia, y de él hablan también Herodoto, Strabón y otros escritores de la Antigüedad. Según los dos primeros, su circunferencia era de 3 600 estadios (360 km), y su profundidad de 50 *orgias* (90 m). El rey que lo construyó dejó en el centro un espacio libre para erigir un sepulcro y dos pirámides de un estadio de altura; una para él, y otra para su mujer, colocando en su cúspide estatuas de piedra sentadas en un trono. Decíase que el lago encerraba 22 géneros de peces, cuya pesca era tan productiva, que en los seis meses que entraba el Nilo en el lago, rendía al real tesoro 20 minas (1 834 frs.) al día, y en los seis en que las aguas se retiraban, un talento diario (5 500 francos); renta que el rey señaló a su mujer para sus adornos. (Herodot., lib. II, cap. CXLIX. Diod. Sic., lib. I, cap. LI y LIII.)

Los griegos dieron equivocadamente a ese lago el nombre de Mœris, por haber creído que así se llamaba el rey que lo construyó. Tal nombre

no se encuentra en ningún monumento, ni en la lista de reyes que trae Manethon. Él fue obra de Amen-m hat III, que reinó al fin de la duodécima dinastía, según Manethon, y poco antes de la invasión de los hyksos. Los antiguos egipcios, en su lengua copta, llamaron aquel lago *Phiom en mere*, o sea: lago de la inundación del Nilo. La palabra *mere*, que significaba el agua que había formado el lago, fue transformada erróneamente por los griegos en el nombre imaginario de un rey Mœris. Andando el tiempo, la palabra *phiom* (lago) se aplicó a toda la provincia donde él estaba, y de ahí se derivó después el actual nombre de Faiûm (R. Lepsius, *Cartas sobre el Egipto, Etiopía, etc.*, carta XI.)

Hanse encontrado en nuestros días algunos restos que prueban la existencia de lago tan extraordinario. Linant, célebre ingeniero francés, al servicio del Egipto, descubrió algunas de las gigantescas esclusas, de millas de largo, que ponían en comunicación al dicho lago con el canal del Nilo. (*Mémoire sur le lac Mœris, présenté et lu à la Société Egyptienne, le 5 juillet 1842, par Linant de Bellefonds, Inspecteur général des ponts et chaussées, publié par la Société Egyptienne. Alexandrie, 1843, in-4º.*)

¿Pero cuántos trabajadores se emplearon en obra tan estupenda? La historia guarda silencio no sólo acerca de su número, sino también de su condición, e importante sería saberlo, porque así pudiéramos tal vez conocer si todos fueron libres, o si hubo esclavos entre ellos.

II Sobre el laberinto

(Página 39)

Fue el Laberinto, en concepto de Herodoto, el monumento más portentoso de todo el Egipto, ora se considere su trabajo, ora su costo. Hallábase cerca de la ciudad de Crocodilópolis, y componíase de 12 patios cubiertos, rodeados de muros, cuyas puertas estaban unas en frente de otras, seis al norte, seis al sur, todas contiguas. Encerrábalas un muro exterior; sus aposentos eran dobles, de los que estaban 1 500 bajo la tierra, y 1 500 encima. Herodoto visitó los segundos, lo que no se le permitió con los primeros, porque, según le dijeron, servían de sepultura a los cocodrilos sagrados y a los reyes que lo habían construido. Los pasajes al través de las cámaras, las salidas de éstas para entrar en los patios, y de éstos en aquéllas, causaban el mayor asombro. De piedra era el techo de todos estos edificios, lo mismo que los muros que estaban por todas partes adornados de figuras en relieve. Alrededor de cada

patio había una columnata de piedras blancas perfectamente unidas. Al remate del laberinto alzabase una pirámide de 50 brazas (90 m), en la cual estaban esculpidas grandes figuras de animales. (Herodoto, lib. II, cap. CXLVIII.)

Cuentan los antiguos griegos que Maros, Mendes o Imandes fue el rey que erigió el Laberinto, o más bien la pirámide levantada en él para su tumba. En la lista de reyes de Manethon, aquel monarca aparece hacia el fin de la duodécima dinastía, que fue la última de la antigua monarquía poco antes de la invasión de los hyksos o pastores. (Lepsius, *Cartas sobre el Egipto, Etiopía, etc.*, carta XI.) Del Laberinto hablan también Diodoro de Sicilia, lib. I, cap. LXI, y Strabón, lib. XVII, cap. 1, § 16. Y sensible es repetir, que aquí también guarda silencio la historia sobre el número y condición de tantos brazos como trabajaron en tan portentoso monumento.

III Sobre las tres grandes pirámides de Gizeh

(Página 39)

Pensó Herodoto que estas pirámides eran sepulcros de reyes: verdad que han confirmado los importantes descubrimientos hechos sobre el Egipto desde fines del pasado siglo. Ellas cuentan más de 5 000 años y violas el patriarca Abraham, cuando visitó aquel país. La más alta fue construida por el faraón Khufu; la segunda, por Khafra; y la tercera, por Menkaura. Herodoto llamó Cheops al primero, Chefrén al segundo, y Micerino al tercero.

La gran pirámide está asentada sobre una roca que se eleva a 32 metros sobre las aguas del Nilo, cuando están más hinchadas.

Los miembros de la comisión científica que llevó Napoleón a Egipto, dieron a la primera pirámide la altura vertical de más de 144 metros; a la segunda, 138 metros; y a la tercera, como 53.

La solidez de la gran pirámide es de 2 620 000 metros cúbicos; la de la segunda, de 1 880 000; y la de la tercera, de 193 000.

Napoleón escribió en Santa Elena una nota relativa a la más alta de las tres pirámides.

“La roca en que descansa esta pirámide está 130 pies sobre el Nilo, 134 sobre el capitel de la columna del Mekias, 143 sobre el mar Rojo (crecientes), 173 sobre el Mediterráneo. En la base superior de la pirámide truncada, nos hallamos a 551 pies sobre el valle del Nilo, 594 sobre el Mediterráneo, 564 sobre el mar Rojo. Esta pirámide tiene 1 128 000

toesas cúbicas, o lo que es lo mismo, piedra suficiente para hacer una muralla de 4 toesas de alto y una de ancho, por espacio de 563 leguas, o con que circunvalar el Egipto desde el Barathron, en Siene, hasta el mar Rojo, y desde Suez hasta Rafah, en Siria”.

Curioso es también el cálculo que otros han formado sobre las piedras de dichas pirámides. Si con las de la primera se quisiera construir un muro de 3 metros de altura y de un tercio de metro de ancho, se obtendría un muro de 262 miriámetros; con las de la segunda, uno de 188; y con las de la tercera, uno de 19: de manera, que todas las piedras de las tres pirámides formarían un muro de 469 miriámetros, o sea 1 054 leguas de longitud; es decir, un muro que podría atravesar el África, desde Alejandría hasta la costa de Guinea. (Nota a la traducción francesa de Strabón, puesta a un pasaje del lib. XVII, cap. I, § 14.)

De las tres grandes pirámides, la segunda llamada de Chefrén, es el monumento más interesante de la Antigüedad para la metrología. Su base, que es de 106 toesas y dos tercios, era el patrón del estadio egipcio, el cual representaba la quingentésima-cuadragésima parte del grado de la eclíptica, avaluado primitivamente por los egipcios en 57 600 toesas. Esta base contiene exactamente 400 codos de a 10 y 9 pulgadas, dos líneas y cuatro décimos; o sea, 520 milímetros. “Con estos solos datos, dice un esclarecido cubano,² y el conocimiento del codo nilométrico (tricentésima-sexagésima parte del estadio) se puede construir de nuevo todo el sistema métrico del antiguo Egipto y explicar su geografía comparativa”. Así aparece demostrado en la memoria sobre la “Constitución Física del Egipto”, escrita por De Rozière, miembro de la referida comisión.

IV Sobre el antiguo canal del Egipto

(Página 39)

La época en que se empezó y terminó este canal, asunto es de varias y encontradas opiniones entre los autores de la Antigüedad. Al decir de Herodoto, comenzolo Nekos, rey de Egipto, pero suspendiolo, por haberle un oráculo anunciado que trabajaba para los bárbaros, que así apellidaron los egipcios a los extranjeros; suspensión que Strabón atribuye a la temprana muerte de aquél. Bajo la dominación persa, continuolo Darío I, y dióle fin juntando las aguas del Nilo con el mar Rojo. Era su longitud de cuatro jornadas de navegación y de una anchura que podían vogar apareadas dos trirremes. Tal es el relato de Herodoto, lib. II, cap. CLVIII, y lib. IV, cap. XLII.

Cotejando este pasaje con otros de Aristóteles, Diodoro de Sicilia, Strabón y Plinio, surgen algunas dificultades y aun contradicciones. Aristóteles atribuye a Sesostris el comienzo de esta obra, y a Darío su continuación; pero asevera que la abandonó por haber sabido que estando la tierra más baja que el nivel del mar Rojo, la entrada de éste en el Nilo descompondría las aguas potables con gran daño de la población. De notar es, que Aristóteles no menciona a Nekos, ni tampoco habla de la existencia de un canal concluido como afirma Herodoto. (Aristóteles, *Meteorolog.*, I, 14.) Esto induce a creer que ese canal, por su poca anchura y profundidad, ya estaba obstruido en los días de Aristóteles, que vivió un siglo después de aquel historiador, pudiendo así conciliarse la aparente contradicción que se advierte entre los dos.

Diodoro concuerda con Herodoto en que hubo un canal desde la boca Pelusiaca hasta el mar Rojo; que Nekos lo empezó, y Darío lo continuó; pero que éste suspendió sus trabajos por haberse descubierto que siendo el nivel del mar Rojo más alto que las tierras de Egipto, éstas serían inundadas. Añade que más tarde lo concluyó Tolomeo II, haciendo construir en el lugar más conveniente una especie de barrera con mucho arte, que se abría a voluntad para que los buques pasasen, y se cerraba inmediatamente después. Por eso se llamó río de Tolomeo a la parte del canal hecha por él. (Diod. Sic., lib. I, cap. xxxiii.)

A unos oyó decir Strabón que su constructor fue Sesostris, y a otros que Nekos; mas, Plinio refiérese solamente al primero. Ambos admiten que Darío lo continuó, pero que lo interrumpió por temor de inundar el Egipto, o de corromper las aguas del Nilo. Los mismos afirman también que Tolomeo Filadelfo lo prosiguió, y Plinio expresa que lo llevó desde el mar Rojo hasta los lagos Amargos por espacio de 37 500 pies de largo, 100 de ancho, y 48 de profundidad. (Plin., lib VI, cap. xxxiii.)

En el conflicto de tantas opiniones, Lepsius, director de la expedición científica prusiana, de que ya he hablado en su lugar, piensa juiciosamente que en vez de un canal, hubo dos; y de esta manera, se puede fácilmente explicar la razón por qué unos atribuyen su comienzo a Sesostris o Ramsés II, y otros a Nekos, muchos siglos después.

El canal primitivo empezado por Sesostris arrancó del Nilo en Bubastis y dirigióse en línea exactamente oriental hasta Heroópolis, cerca de Seba-Biar, hoy Múkfár. En su apoyo, menciona haberse encontrado en las inmediatas ruinas de Abu-Kesheb un grupo de granito que representa a ese rey, y que debió de estar en el templo de aquel sitio. Ramsés fue gran monarca: abrió diversos canales con objetos varios; los egipcios, que desde tiempos muy remotos poseyeron, con la mayor perfección, el arte de nivelar, practicáronlo más que nunca en tiempo de Ramsés; y, por tanto, no es extraño que éste hubiese concebido el proyecto de que se comunicasen los dos mares.

En un mapa cuidadosamente levantado por de Rozière, ingeniero en jefe de la expedición científica que llevó Napoleón a Egipto, marcáronse distintamente los vestigios de dos cortaduras diferentes relativas al canal que juntaba el Nilo con el mar Rojo. La primera desde Heroópolis, término de la obra de Sesostris, hasta los lagos Amargos, era solamente de unos 7 000 metros; la segunda desde aquéllos hasta el mar Rojo medía casi 28 000. Es, pues, más que probable que la primera fuese obra de Nekos, y que llegando hasta los lagos Amargos, hubiese suspendido su obra, o por los motivos ya indicados, o por temor de inundaciones. La segunda cortadura representa la parte del canal, continuado por Darío I, rey persa. En una excursión militar que el referido De Rozière hizo desde Suez, descubrió un montón de ruinas en un distrito no determinado exactamente, pero que no podía estar lejos de la extremidad meridional de los lagos Amargos, en el cual estaban esparcidos los restos de la estatua de un rey persa, y varios fragmentos de inscripciones cuneiformes, todas en granito rojo. (*Description de l'Egypte, Antiquités*, col. VIII, p. 27, etc.) Además, la porción más grande de aquellas inscripciones contenía cabalmente el nombre del rey Darío. Y en verdad, que la existencia de ruinas e inscripciones persas, en esta parte del istmo, difícil es de explicar; si no se refiere a la apertura del canal situado en él; y esto fortalece el testimonio de Herodoto atribuyendo al rey Darío la terminación de aquella obra, no obstante lo que en contrario digan otros autores.

Para aumentar el declive del canal, transportáronse sus orígenes, en tiempo del emperador Trajano,³ de Bubastis hasta Babilonia, corriente arriba del Nilo. Pretenden algunos que ese canal nunca sirvió para la navegación; pero Luciano, empleado en Egipto por los años 160 de la era cristiana, y que debía saber lo que sobre este punto pasaba, dice en términos positivos que se iba por agua y en bote, desde Alejandría hasta Clisma, en el mar Rojo. (Lucian., *Pseudomant.*, § 44.) Según Letronne, este canal fue navegable hasta el tercer siglo de nuestra era, pero fue interrumpido después hasta que el califa Omar lo reabrió en el año 639. Con esta aseveración no concuerda un pasaje de Gregorio de Tours, tomado de la relación de un peregrino, y según la cual era todavía navegable hacia el año 500 de Jesucristo. Letronne dice también que desde su reapertura por Omar permaneció navegable hasta el año 762 o 767 en que fue de intento obstruido por el califa El-Mansur. Sin entrar en largas disertaciones sobre la historia de este canal, podemos establecer las conclusiones siguientes:

1º En el año 1350 antes de Cristo, Sesostris (Ramsés II) abrió un canal de Bubastis a Heroópolis, cerca de Seba-Biar.

2º En el año 600 antes de Cristo, Nekos parece que prolongó este canal hasta los lagos Amargos.

3° El año 500 antes de Cristo, Darío, continuando el canal desde los lagos Amargos hasta el mar Rojo, juntó por primera vez las aguas de éste con las del Nilo.

4° En el año 350 antes de Cristo, y en tiempo de Aristóteles, parece que el canal ya estaba obstruido.

5° En el año 250 antes de Cristo, Tolomeo Filadelfo abrió un ancho canal (río Tolomeo), desde el mar hasta los lagos Amargos, y levantó la ciudad de Arsinoe, orillas del mar Rojo.

6° En el año 100 de Jesucristo, Trajano abrió un nuevo canal (río Trajano), desde Babilonia hasta Heroópolis.

7° En 643 o 644 después de Cristo, el califa Omar restableció la interrumpida comunicación.

8° En 762 o 767 de Cristo, el canal fue obstruido por el califa El-Mansur.⁴

V

Sobre el embalsamamiento de los cadáveres humanos en Egipto

(Página 45)

Antiquísima fue la costumbre de embalsamar los cadáveres en Egipto. Cuando allí murió el patriarca Jacob, su hijo Joseph mandó a sus esclavos médicos que lo embalsamasen, no como novedad que se introducía, sino conforme a la usanza general del Egipto. Aquella operación duró 40 días. (Génesis, cap. 1, vers. 2 y 3), y no 70 como en siglos posteriores.

Para embalsamadores, nombró la ley egipcia ciertas personas que después de su muerte trasmitían a sus hijos el ejercicio de esta profesión.

Tres fueron las especies de embalsamamiento. La primera costaba 1 talento de plata; la segunda, 20 minas, y la tercera, mucho menos. Cuando moría alguna persona, los parientes llevaban el cadáver a los embalsamadores, quienes les presentaban tres modelos de muertos en madera, pintados al natural, para que escogiesen. Hecha la elección, y ajustado el precio, retirábanse los parientes, y aquéllos procedían a su obra.

Si el embalsamamiento era de primera clase, comenzábase por sacar el cerebro por la nariz, parte con un hierro encorvado, y parte por medio de drogas que se introducían en la cabeza. Después uno de ellos trazaba en el costado izquierdo el paraje por donde se debía hacer la incisión; otro en seguida practicaba ésta con una piedra cortante de Etiopía, el cual, según Diodoro de Sicilia, se escapaba a la carrera, per-

seguido de los asistentes que le arrojaban piedras, y proferían imprecaciones como para descargar sobre él la venganza de este crimen, pues los egipcios miraban con horror a quien violaba el cuerpo de uno de los suyos, hiriéndole o cometiendo otra violencia. Sin embargo, los embalsamadores gozaban de muchas consideraciones, porque estaban en relación con los sacerdotes, y tenían, como ellos, entrada en el santuario. Introducida la mano por la incisión, sacábanse las entrañas, excepto los riñones y el corazón; limpiábaselas, lavábaselas con vino de palma; frotábaselas en seguida con aromas majadas, y después se llenaba el vientre de mirra pura machacada, de canela y de otros perfumes, salvo el incienso. Hecho esto, cosíase la herida, y salábase el cadáver, cubriéndole de natrón durante 70 días. Transcurrido este plazo, que no era permitido prorrogar, lavábase el cadáver, y envolvíasele enteramente en bandas de tela de algodón, untadas de goma arábiga, que ordinariamente servía de cola a los egipcios. Retirábanlo entonces los parientes, y haciendo construir una caja de madera de forma humana, encerrábanlo en ella, y poníanla derecha contra el muro en una sala destinada al efecto, donde se conservaba mientras no se le erigía, fuera de ella, una tumba particular. Tal era el modo más costoso de embalsamar.

Cuando se escogía la segunda especie, no se hacía incisión alguna, ni se sacaban las entrañas con la mano. Un líquido aceitoso, extraído del cedro, inyectábase por el ano en el vientre del muerto; tapábase este conducto; cubríase el cadáver de natrón durante los 70 días mencionados; y en el último, quitábase el tapón del ano y entonces salía del vientre el líquido inyectado, cuya fuerza era tan grande que disolvía las entrañas arrastrándolas consigo. El natrón consumía las carnes, y del cuerpo sólo quedaban la piel y los huesos. Concluida esta operación entregábase el cadáver.

La tercera especie de embalsamamiento, que era para los pobres, consistía en inyectar el cadáver con un líquido llamado *surmaya*, y en cubrirlo de natrón durante los referidos 70 días. Después entregábase a los parientes. (Herodoto, lib. II, cap. LXXXVI-LXXXVIII. Diod. Sic., lib. I, cap. XCI.)

VI Sobre los animales sagrados

(Página 50)

En gran veneración tuvieron los egipcios a ciertos animales; y fueron el buey, la oveja, cabra, cabrón, perro, lobo, gato, león, cinocéfalo,

icneumón, musaraña, hipopótamo, nutria, águila, gavilán, ibis, *tadorne*, *oxyrynchus*, cocodrilo, lepidote, *latos*, anguila y una especie de serpiente. Pero de estos animales unos se veneraron como sagrados en toda o la mayor parte del Egipto, y otros, solamente en algunas comarcas o ciudades. A esta última clase pertenecía la oveja, que únicamente se veneró entre los saitas y tebaicos; la cabra y el cabrón, entre los mendecianos; el perro, en Cinópolis; el icneumón, en Heracleópolis; el *latos*, pez del Nilo, entre los latopolitas; el cinocéfalo, en Hermópolis; el lobo, en Licópolis; el águila, entre los tebanos; el león, entre los leontopolitas; la musaraña, en Attribis; el hipopótamo, en la comarca de Paprémite; y en las inmediaciones de Tebas, una especie de serpiente, inocua al hombre, y que después de muerta se enterraba en el templo de Júpiter. Acerca del origen del diferente culto que a estos animales se tributaba, poco acordes entre sí estuvieron los egipcios.

De entre todos los animales referidos, hubo algunos que solamente fueron tenidos por sagrados; mas, otros recibieron además el culto de dioses, ora en todo el Egipto, ora en ciertas partes de él. Cuéntanse en su número la vaca que se alimentaba en Momenfis, el buey Mnevis en el templo del Sol de Heliópolis, y el buey Apis en Menfis. En todos los demás parajes, así del Delta, como fuera de él, los demás animales de la misma especie, machos o hembras, eran simplemente considerados como sagrados. A estos tres animales, Diodoro de Sicilia agregó también como divinidades el cocodrilo, el icneumón, el cabrón y el león; y los habitantes de la ciudad de Oxyrynchus adoraron al animal de este nombre, erigiéndole un templo.

El buey Apis tenía la frente blanquecina, lo mismo que otras pequeñas partes del cuerpo, siendo negro lo demás. Luego que moría, buscábasele sucesor con todo el ceremonial de un luto público, y cuando reunía los signos indicados, llevábasele a Menfis, en donde 100 sacerdotes le introducían en el santuario, transformándose desde entonces en divinidad y ocupando el lugar del muerto. A éste embalsamábanle los sacerdotes para conservarle, sepultándole con extraordinaria magnificencia. Cuéntase que cuando Tolomeo, hijo de Lagos, fue, después de la muerte de Alejandro, a tomar posesión del Egipto, murió de vejez el buey Apis en Menfis, y su guardián gastó en sus funerales, no sólo toda su fortuna, que era grande, sino que también pidió prestados a Tolomeo 50 talentos de plata (unos 50 000 pesos), para los demás gastos. Todavía en tiempo de Diodoro de Sicilia, aquellos guardianes no gastaban menos de 100 talentos en los funerales de esos animales.

El origen de la divinidad que se atribuyó al buey, provino de los grandes servicios que prestaba a la agricultura, pues era compañero del hombre en sus labores.

En la ciudad de Crocodilópolis, asentada a orillas del lago Mœris, y así llamada porque era en ella muy venerado el cocodrilo, los habitantes mantenían en aquel lago uno domesticado por los sacerdotes.

Éstos lo alimentaban de pan, carne, vino y otros comestibles que le llevaban los extranjeros que querían verle. Strabón fue uno de ellos, y refiere que hallándose el animal en la orilla del lago, los sacerdotes le cogieron, abriéronle unos la boca, otro le puso en ella la comida, y que lanzándose entonces al lago el cocodrilo, pasó rápidamente a la margen opuesta. Cuando este animal moría, embalsamábasele y encerrábasele en una caja construida al efecto.

Extraño sin duda es que se hubiese tributado culto divino a tan feroz animal; mas, danse para esto dos razones: Una, que menos el Nilo que los cocodrilos que en él viven, eran la mejor defensa del país; que los salteadores de la Arabia y de la Libia, no se atrevían, por el gran número de estos animales, a cruzar el río a nado, y que habría lo contrario acaecido, si los cazadores los mataran. Otra, que perseguido por sus perros un antiguo rey de Egipto, llamado Menes, refugiose al lago Mœris, y transportado sobre el lomo de un cocodrilo hasta la margen opuesta, construyó en las inmediaciones, para recuerdo de este beneficio, una ciudad con el nombre de Crocodilópolis, ordenando a sus habitantes que adorasen como dioses a los cocodrilos. Pero si tal veneración merecieron en aquella ciudad, hubo otra, cual fue la de Heracleópolis, cuyos habitantes los tuvieron por el animal más pernicioso.

A los animales que merecían culto divino, consagrábaseles un pedazo de tierra, cuyo producto bastase para su alimento y conservación. En las enfermedades de sus hijos, los egipcios hacían votos a alguna de aquellas divinidades, y consistían en raparse la cabeza, pesar los cabellos por un peso igual de oro o plata, y dar su importe en moneda a los que cuidaban los animales sagrados. Estos guardianes, lejos de avergonzarse, envanecíanse en rendirles culto; mostrábanse con sus insignias en las ciudades y en los campos, y reconocidos que eran como tales guardianes, todos los saludaban respetuosamente. Muerto alguno de estos animales, envolvíanlo en una mortaja, y dándose golpes en el pecho, y lanzando gemidos, llevábanlo a los embalsamadores. Después del embalsamamiento, depositábanlo en una caja sagrada y sepultábanlo con una magnificencia que a veces sobrepujaba a sus recursos.

El matador voluntario de algún animal sagrado era condenado a muerte, pena que también sufría el que voluntaria o involuntariamente mataba un gato o un ibis. Cuando tales casos ocurrían, el pueblo, sin previo juicio, se precipitaba sobre el matador para despedazarlo. “Todo esto, dice Diodoro de Sicilia, inspira tanto temor, que quien encuentra uno de estos animales muertos no se acerca a él, prorrumpe en grandes lamentaciones y protesta de su inocencia. El respeto y el culto por

estos animales estaban tan arraigados, que en la época en que el rey Tolomeo no era todavía aliado de los romanos, y en que los habitantes recibían con el mayor agasajo a los viajeros de Italia, por temor de guerra, un romano que había matado un gato fue asaltado en su casa por el populacho arrojándolo la venganza de Roma, y no pudo sustraerse del castigo, bien que su acción había sido involuntaria, y que el rey envió magistrados para salvarlo. De este hecho, yo fui testigo ocular, durante mi viaje a Egipto". (Herodoto, lib. II, cap. LXV, LXIX, LXXI, LXXII, LXXIV y LXXV. Diod. Sic., lib. I, cap. XXI, XXXV y LXXXVIII-XC. Strabón, lib. XVII, cap. I, § 10, 14 y 17.)

VII

Sobre Tarsis

(Página 54)

En el libro I de los Reyes, cap. x, vers. 22, léese lo siguiente: "El rey [Salomón] tenía en el mar la flota de Tarsis con la de Hiram; y, cada tres años, la flota de Tarsis volvía, trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales".

En este pasaje no se habla de Ofir; pero mencionase expresamente en el versículo 11 del mismo capítulo y libro, en el versículo 28 del capítulo IX, y en el 19 del capítulo XXII. De estos diferentes pasajes puede inferirse que Salomón tenía dos flotas, una que iba a Tarsis, y otra a Ofir. Acerca de este último punto ya hemos discurrido en esta obra; pero en cuanto a Tarsis, veamos qué cosa es.

Registrando la antigua geografía, damos con un pueblo llamado Tarse o Tarso, asentado no lejos del embocadero del Cidnus, y capital de la provincia de Cilicia, en el Asia Menor; mas, no obstante la semejanza de nombres, imposible es que tal sea el punto a que se refiere el Viejo Testamento.

Para que las flotas de Salomón saliesen del puerto de Asiongaber en el mar Rojo, y llegasen al Asia Menor, necesario era que rodeasen toda el África y entrasen en el Mediterráneo. Pero tal navegación era entonces absolutamente desconocida, porque la primera vez que se habla de haberse navegado en derredor del África, partiendo del mar Rojo, es en tiempo de Nekos, rey de Egipto, seis siglos antes de la era cristiana, y Salomón vivió 1 000 años antes de ella. A tan insuperable dificultad júntase la no menor, de que los productos exportados de Tarsis no se encontraban en ninguna parte del Asia Menor.

Algunos autores, sin vacilar, situaron a Tarsis en el mediodía de España, fundándose en que había una ciudad, en la Bética, de nombre Tartesus; y por cierto, que entre éste y el de Tarsis no hay mucha semejanza. Describiendo Plinio la Bética coloca poco más allá de la entrada del estrecho de Gibraltar, la ciudad Carteya, a la que dice llamaron Tartesos los griegos. (Plin., *Hist. Natural*, lib. III, cap. III, § 1.) Piensan algunos que sus ruinas existen cerca de San Roque, en el embocadero del río Guadarranque; mas, hay quien opina que la célebre Tartesus se hallaba en el sitio ocupado hoy por Cartaya, lugar que, en otro tiempo, pudo llamarse Carteia (Chr.-Th. Reichard, *Thesaurus topog.*, Norimb., 1824, n° 7.) Strabón se expresa así: “Al salir del Mediterráneo, déjase a la derecha el monte Calpe [la montaña de Gibraltar]. A 40 estadios de esta montaña está Cartaia, ciudad antigua y considerable, donde tenían los iberos, en otro tiempo, un arsenal de marina”. (Strab., lib. III, cap. I, § 2.) Tratando el historiador Mariana del asiento y circunferencia de España, dice que después de Gibraltar se sigue Tarteso, o Tarifa, como vulgarmente la llaman los españoles. (Mariana, *Historia de España*, lib. I, cap. II.)

Sea lo que fuere de Tarteso, o Tartesus, de su derivación de Tarsis, y de su situación en España, no es creíble que las flotas de Salomón llegaran a ella desde el puerto de Asiongaber, en el mar Rojo. Yo convengo en que de allí, pudieron exportarse oro y plata en abundancia, pues de ambos metales hubo ricas minas en la antigua Iberia. Quizá también, hubieran podido sacarse monos, aunque lo dudo, porque, si bien existen aquellos cuadrumanos en la montaña de Gibraltar, y yo mismo los vi en 1838, la historia no hace mención de su existencia allí en aquellos tiempos remotos, y en mi concepto, su primera entrada sería bajo la dominación de los árabes, cuando éstos, pasando de África muchos siglos después, conquistaron a España.

Respecto del palo de sándalo, pavos reales y otros efectos que llevaron las flotas de Salomón, delirio sería pensar que de España los sacaron, porque en ella no existieron semejantes artículos de comercio. Pero surge todavía dificultad más grave, y es la imposibilidad que naves procedentes del mar Rojo acometiesen la navegación en torno del África, que como ya he dicho, era del todo ignorada. Si a España hubieran ido las flotas de Salomón, natural es que este monarca se hubiera valido de la muy fácil, breve y conocida ruta del Mediterráneo, cuyas aguas bañan las costas de Palestina; y tanto más, cuanto sus naves estaban en gran parte tripuladas por sus vecinos los fenicios, mareantes los más expertos de toda la Antigüedad, y que estaban muy familiarizados con la navegación de mar.

Un autor muy versado en la historia y letras hebraicas me parece que ha resuelto satisfactoriamente esta cuestión. Él dice que, en el lenguaje de los marinos fenicios, llamáronse generalmente buques de Tarsis

los buques destinados a largos viajes, y que el autor de las *Crónicas* (II. *Crónic.*, cap. IX, vers. 21), ignorando el significado de aquellas palabras, hizo viajar erróneamente las naves de Salomón desde el mar Rojo hasta el punto imaginario de Tarsis. (Munk, *Descript., etc., de la Palestine*, lib. III, IV período, p. 295, nota 2ª.)

VIII

Sobre el año Sabático

(Página 54)

Así como el sábado o día séptimo de la semana debía consagrarse al reposo, del mismo modo debía dejarse descansar la tierra un año en cada siete (Deuter., cap. xv, vers. 1); y he aquí, por qué a éste se le llamó año Sabático, o sábado de la tierra. Durante él, suspendíanse todos los trabajos de la agricultura; y el fruto de los árboles, y cuanto más producía la tierra espontáneamente, era para los pobres, esclavos, extranjeros, y aun animales. (Éxod., cap. xxiii, vers. 10 y 11. Levit., cap. xxv, vers. 2 a 7.) Tampoco podía el acreedor perseguir al deudor, y por eso se le llamó también año de descanso o abandono. Durante él y la fiesta anual de los Tabernáculos, debían leerse al pueblo los libros de la ley, lectura a que podían asistir los extranjeros. El año Sabático empezaba hacía el equinoccio de otoño, y según la tradición, parece que el primero se celebró a los 14 años de la entrada de los hebreos en la tierra de Canaán; pero en sentir de Michaelis (tom. II, § 74) es probable, que nunca se observó sino después de su vuelta del destierro de Babilonia. El objeto de Moisés, al establecer el año Sabático, fue inspirar a su pueblo sentimientos de humanidad; pero Tácito, con las preocupaciones de un pagano, y sin comprender el espíritu de las leyes mosaicas, atribuyó su institución a la pereza de los hebreos: "*Septimo die otium placuisse ferunt, quia is finem laborum tulerit; dein, blandiente inertia, septimum quoque annum ignaviae datum*". (Tácit., *Hist.*, lib. V, cap. IV.)

IX

Sobre el año del Jubileo

(Página 54)

El día de las expiaciones, que era el décimo del séptimo mes, se proclamaba el Jubileo, al son del jobel, que era quizá trompeta, y de aquí la

palabra Jubileo. Instituyose con el fin de restablecer el equilibrio de la sociedad hebrea, pues en él se perdonaban las deudas (Josefo, *Antigüed.*, lib. III, cap. XII y XIII); el esclavo hebreo adquiría su libertad; y las tierras vendidas volvían a sus antiguos poseedores. Parece que el Jubileo nunca se observó antes del destierro de Babilonia. (Michaelis, *Mosaiches Recht*, tom. II, § 73.)

X

Sobre la diversidad de enlaces entre los hebreos

(Página 55)

Conformándose los hebreos con las costumbres orientales, tuvieron tres especies de mujeres: las legítimas, o verdaderas madres de familia, como Sara, mujer de Abraham, y Rebeca, mujer de Isaac; las concubinas o mujeres de segunda clase, como Agar (Génes., cap. XVIII, vers. 3 y 4), y Cetura (Génes., cap. XXV, vers. 1 y 5. I. *Crónic.*, cap. I, vers. 32); y las mujeres de mala vida, cuya conducta fue reprobada. Las leyes de Moisés se inclinaron a la monogamia, esto es, a una sola mujer; y aunque permitieron la bigamia, o dos mujeres (Éxod., cap. II, vers. 9 y 10. Levít., cap. XVIII, vers. 18. Deuter., cap. XXI, vers. 15, 16 y 17), condenaron expresamente la poligamia (Deuter., cap. XVII, vers. 17). Fueron, pues, contrarios a las costumbres nacionales y a las instituciones mosaicas los ejemplos escandalosos de algunos reyes hebreos, que formaron harenes, tomando muchas concubinas. Es verdad que el patriarca Jacob tuvo a un tiempo cuatro mujeres; y acaso en esto se fundaron los rabinos para decir que todo hebreo podía casarse simultáneamente con igual número de ellas; pero, además de que en aquel patriarca influyeron circunstancias especiales que no pueden servir de regla general, la opinión de los rabinos no se apoya en ningún texto bíblico.

XI

Sobre el ciclo hebreo

(Página 55)

Del ciclo de plata sirviéronse los hebreos en sus relaciones mercantiles. Dividióse en semi-ciclo (Éxod., cap. XXX, vers. 13), en cuarto de

siclo (I Samuel, cap. ix, vers. 8) y en otras piezas más pequeñas (I Samuel, cap. ii, vers. 36). Lo que los hebreos pagaban a Dios por contribución, por inscribirse en el censo, por primicia, o por rescate, era en siclos del santuario. (Éxod., cap. xiii, vers. 13, y cap. xxx, vers. 12 y 13. Númer., cap. xviii, vers. 15 y 16. Levít., cap. xvii, vers. 3 y 4.) De aquí infirieron muchos intérpretes, que había dos especies de siclo: uno común o profano, y otro santo o del santuario. Según algunos, parece que aquél valía algo más de franco y medio, y éste más de 2 francos; pero las vastas investigaciones hechas por el alemán Böeckh sobre los antiguos pesos, monedas y medidas de los antiguos hebreos, fijan indistintamente el valor del siclo (*sékel*) en casi 3 francos 10 céntimos. (Böeckh, *Recherches métrologiques sur les poids, les titres des monnaies et les mesures de l'antiquité, dans leurs rapports mutuels. Metrologische Untersuchungen, etcétera*, Berlín, 1838.)

XII

Sobre la Pascua

(Página 61)

Tres grandes fiestas tuvieron los hebreos, con el objeto de recordar los acontecimientos más notables de su historia, enlazándolos al mismo tiempo con la agricultura, cimientó de la constitución de aquel pueblo. A estas fiestas debían concurrir todas las tribus, o a lo menos todos los hombres que pudieran emprender el viaje al santuario del Eterno; y tan grandes reuniones no sólo debieron reanimar el espíritu público, sino estrechar los vínculos de la unidad nacional.

La Pascua era una conmemoración de la salida de Egipto: empezaba el día 14 por la tarde del mes de Abib, y duraba siete días. La víspera de la fiesta, cada familia debía inmolar un cordero o un cabrón añojo, víctima que se llamaba cordero pascual, sin defecto alguno, cuya sangre recogida por los sacerdotes había de derramarse al pie del altar. Asábase la víctima, y era comida la noche misma con yerbas amargas y pan ácimo, dicho así por carecer de levadura, lo que indicaba que los hebreos salieron tan precipitadamente de Egipto, que aquél no tuvo tiempo de fermentar. Debía ser comida toda la víctima en el mismo día; cuando algo sobraba, quemábase al fuego; y si una familia no era bastante numerosa para consumirla, podía reunirse con otra. (Éxod., cap. xii.)

Ofrecíase, además, en cada uno de los siete días, un holocausto de dos toros jóvenes, un morueco, siete corderos, ofrendas y libaciones, y un cabrón, como sacrificio de pecado. En esos días, era permitido traba-

jar, excepto en el primero y el séptimo, que eran festivos. Enlazada la Pascua con la agricultura, representaba también el primer período de las cosechas, siendo la fiesta de la cebada, planta la más precoz de los cereales. Celebrábase, por tanto, el segundo día de Pascua por un rito particular, que consistía en presentar en el santuario un manojó de la nueva cosecha, inmolándose al mismo tiempo un cordero, acompañado igualmente de una ofrenda y de una libación. Concluida esta ceremonia, declarábase abierta la cosecha, y sólo entonces era lícito comer del nuevo grano. (Levít., cap. XXIII.)

XIII Sobre la Pentecostés

(Página 61)

A las siete semanas, o 49 días de la Pascua, celebrábase, en el quincuagésimo, otra gran fiesta llamada por Moisés Fiesta de las Semanas (Éxod., cap. XXXIV, vers. 22. Deuter., cap. XVI, vers. 10 y 16), a la que se dio después un nombre griego que significa 50, y de donde vino el de Pentecostés. Si la cosecha comenzaba por la cebada durante la Pascua, terminaba por la del trigo hacia la Pentecostés, que se denominaba también Fiesta de la Cosecha, y que estaba particularmente consagrada al trigo. (Éxod., cap. XXIII, vers. 16, y cap. XXXIV, vers. 22.) Su duración era de un solo día, en que se ofrecían dos panes fermentados hechos con candeal, como primicias de la nueva cosecha, y por eso se dijo también la Pentecostés día de las primicias. (Núm., cap. XXVIII, vers. 26.)

Inmolábanse, además, siete corderos, dos moruecos, un toro nuevo, acompañados de las ofrendas y libaciones de costumbre, y de un cabrón, como sacrificio de pecado; agregándose también un sacrificio pacífico de dos corderos. (Sobre la Pentecostés, véase a Munk, *Description, etc., de la Palestine*, lib. III, segunda parte, IV, B, b.)

XIV Sobre la fiesta de los Tabernáculos

(Página 61)

La fiesta de los Tabernáculos, la más grande y solemne entre los hebreos, fue la fiesta por excelencia. (I Reyes, cap. VIII, vers. 2 y 65. II.

Crónic., cap. v, vers. 3, y cap. vii, vers. 8 y 9.) Llamósela también fiesta de las tiendas o cabañas, porque mientras se celebraba, los hebreos habitaban en ellas, en conmemoración de la vida nómada que pasaron en el desierto. (Levít., cap. xxiii, vers. 42 y 43. Nehemías, cap. viii, vers. 14.) Levantábanlas en las plazas públicas, calles, patios y aun techos de las casas, y cubríanlas con hojas de palma, ramos de olivo y otras plantas. (Nehemías, cap. viii, vers. 15.)

Empezaba la fiesta el 15 del séptimo mes, y duraba siete días. En el primero, único en que se prohibía trabajar, hacíaase una procesión, llevando los hebreos en las manos un haz de ciertos vegetales (Levít., cap. xxiii, vers. 40), como símbolo que anunciaba el fin de las cosechas, y el tiempo de recoger todos los frutos de la tierra (Éxod., cap. xxiii, vers. 16. Levít., cap. xxiii, vers. 39. Deuter., cap. xvi, vers. 13). De aquí fue, que también se la llamó fiesta de la cosecha. (Éxod., cap. xxiii, vers. 16.) Además de las ofrendas y libaciones de costumbre, y del cabrón, que como sacrificio de pecado se inmolaba en todas las fiestas hebreas, sacrificábanse el primer día 13 becerros; 12 el segundo; 11 el tercero; diez el cuarto; nueve el quinto; ocho el sexto, y siete el séptimo. Hacíase igualmente en cada uno de estos días un holocausto de dos moruecos y 14 corderos. (Núm., cap. xxix, vers. 12 a 34.) Si los hebreos celebraron esta fiesta desde el tiempo de Moisés, punto es muy dudoso.

XV

Sobre el Digesto hindú

(Página 79)

El *Digesto* o Código de las Leyes de los hindúes es una de las adquisiciones más importantes que se han hecho para conocer las costumbres y policía de la antigua India. Warren Hastings, gobernador general de las posesiones británicas en aquella región, reunió en Calcuta en la segunda mitad del pasado siglo una asamblea de los brahmanes más instruidos en las leyes, quienes tomando de sus más antiguos y célebres autores las sentencias, una por una, sin mutilación ni adiciones, formaron en dos años un código completo de las leyes hindúes. Este código fue traducido de la lengua sánscrita en inglés por H. J. Colebrooke con el título de *Digest of Hindu Laws on contracts and successions, etc., translated from the original sanskrit*, London, 1801.

XVI

Sobre el mes y año indiano

(Página 81)

El mes indiano consta de 30 días. El año se divide en lunar y solar: aquél parece más antiguo que éste; pero entrambos tienen 12 meses y, por consiguiente, 360 días. El año indiano se divide también en seis estaciones. Los meses solares se llaman: *Madhu*, *Mâdhava*, *Sucra*, *Suclú*, *Nabhas*, *Nabhusyas*, *I'sa*, *Urja*, *Sahas*, *8ahasya*, *Tapas* y *Tapasya*. Los nombres de los meses lunares son: *A'swina*, *Ea'rtica*, *Ma'rgasi'sha*, *Pausha*, *Ma'gha*, *P'ha'lguna*, *Chaitra*, *Vaisa'c'ha*, *Iyaisht'ha*, *A'sha'd'ha*, *Sra'vana*, y *Bha'dra*. Aunque la mayor parte de los ayunos y fiestas de la India se arreglan por los días de la luna, sin embargo, las más notables y solemnes de esas fiestas se refieren al año solar. Véase la memoria de W. Jones, intitulada: "The lunar year of the Hindus", inserta en *Asiatic Researches*, volumen III, página 257.

XVII

Sobre el Chou-King

(Página 92)

El *Chou-King* o Libro por Excelencia es el segundo de los cinco libros canónicos de los chinos, y fue coordinado en la segunda mitad del siglo quinto, antes de la era cristiana, por Kong-Fu-Tseu (Confucio), que es el más grande y venerado filósofo de la China. El *Chou-King* es un libro histórico, cuyos primeros capítulos fueron escritos más de 22 y aun 23 siglos antes de Jesucristo. Contiene, no sólo gran número de documentos preciosos sobre los primeros tiempos de la China, sino de alocuciones de muchos emperadores de las primeras dinastías, dirigidas a los principales empleados de la nación. Tradújolo en francés el misionero Gaubil, que residió en Peking 36 años, y donde murió en 1759. Enriquecido de notas interesantes publicolo De Guignes en 1770; y en 1843 se hizo en París nueva edición corregida por G. Pauthier.

XVIII

Sobre las mujeres inferiores en China

(Página 93)

Permitida es en China la poligamia; mas, todas las mujeres que toma un hombre, no son iguales entre sí, pues una sola es la que lleva el título de mujer legítima o principal, llamándose inferiores las demás. El enlace de éstas y de aquélla se diferencia, así en el modo de contraerlo, como en sus efectos legales. El hombre que, teniendo una mujer principal, eleva otra a la misma condición, es castigado con 90 palos; y si al estado de mujer inferior hace descender a la principal, la pena es de 100 palos. (Leyes Fundamentales del Código Penal de la China, t. I, división 3ª, sección 103.) Este código fue traducido del chino en inglés por sir George Staunton, y del inglés en francés por Renouard de Saint-Croix, París, 1812.

XVIII BIS

Sobre la población de la China

(Página 96)

Es la China el país más populoso del mundo, y su población es el duplo, a lo menos, de la de toda Europa. Hanse hecho en este siglo dos censos de aquella nación, uno en 1812 por orden del emperador Kia-King, y otro en 1852 por la de Hieng-Foung. El primero fue traducido y publicado por Pauthier en 1842, bajo el título de “Documentos estadísticos oficiales sobre el imperio de la China”; el segundo vio la luz pública traducido en inglés por el Dr. Bowring, gobernador de la isla Hong-Kong, perteneciente a la Gran Bretaña.

La población del censo de 1812 ascendió a 360 279 597 habitantes, y la de 1852, a 530 595 937; pero debe advertirse que en estos dos censos no se comprendió la Mongolia, la Manchuria, etc., pues hechos en ellas los padrones por familias, y no por cabeza, como en las 18 provincias de la China propiamente dicha, su población no es bien conocida.

CENSO DE 1852

	<i>Provincias</i>	<i>Habitantes</i>
1	Tchi-li, o Pé-tchi-li	40 000 000
2	Chan-toung	41 700 621
3	Chan-si	20 166 072

4	Ho-nan	33 173 526
5	Kiang-soa	54 494 641
6	Nganhoeí	49 201 992
7	Kiang-si.....	43 814 866
8	Fo-kien	22 699 460
9	Tché-kiang	37 809 765
10	Hou-pé	39 412 940
11	Hou-nan	26 859 608
12	Chen-si	14 698 499
13	Kan-sou	21 878 190
14	Sse-tchouan	30 867 875
15	Kouang-toung	27 610 128
16	Kouang-si	10 584 429
17	Yun-nan	8 008 300
18	Kouci-tcheou	7 615 025

530 595 937

Si la población de las 18 provincias de la China propiamente dicha subió en 1812 a 360 279 597, y en 1852 a 530 595 937, resulta, que en los 40 años aumentó 170 316 340, o casi la mitad. Según esta proporción, la China doblaría su población en poco más de 80 años; y no necesito probar que muchas naciones adquieren ese aumento en un período más corto.

En cuanto a la exactitud de dichos censos, tengo muchas dudas, porque la misma numerosa población de la China es grave obstáculo para llegar a un resultado preciso. Agrégase a esto el mal gobierno de aquella nación, pues los mandarines y empleados desempeñan muy mal sus funciones, y no creo que, en punto a censos, sean más probos y puntuales que en los demás negocios.

XIX

Sobre el Libro de las Recompensas y de las Penas

(Página 97)

Entre las muchas obras compuestas por los sectarios de Lao-Tseu, y que se publicaron de 1567 a 1620 en la gran colección intitulada *Tao-tchang*, ninguna goza de tanta autoridad, ni se ha reimpresso tantas veces como el *Kan-ing-p'ien* o Libro de las Recompensas y de las Penas. Esta obra no es más que una compilación de sentencias sacadas o imita-

das de los *King* o libros canónicos, de los *Ssé-chou* o libros clásicos, y de los de los filósofos. Como he mencionado a los sectarios de Lao-Tseu, conviene advertir aquí, aunque sin entrar en consideraciones sobre la diferencia de las doctrinas religiosas establecidas en China, que hay en ella tres religiones principales: la de los letrados, cuyo origen sube a Confucio, que nació en 550 o 551 años antes de Cristo; la de Foë o el budismo, introducido de la India el año 65 de nuestra era; y la de los Tao-se o taoístas, que consideran como fundador de su doctrina al filósofo Lao-Tseu, el cual nació bajo el reinado de Ting Wang, de la dinastía de los Tcheou, en el año 604 antes de Cristo. Suponen sus sectarios, que hallándose su madre retirada en un lugar solitario, concibió repentinamente por la sola virtud vivificante del cielo y de la tierra; que llevó al hijo en su seno por espacio de 80 años, y que nació con los cabellos blancos, de donde le vino el nombre de Lao-Tseu, que quiere decir niño viejo. (Julien, *Advertencia a la traducción del Libro de las Recompensas y de las Penas*.)

Este libro fue traducido del chino en francés por Estanislao Julien, e impreso en París en 1835.

XX Sobre los honderos de las islas Baleares

(Página 133)

Los habitantes de estas islas fueron los honderos más diestros de la Antigüedad, y acerca de este punto Diodoro de Sicilia se expresa así:

“Tienen por arma tres hondas; llevan una en derredor de la cabeza, otra del vientre, y en sus manos la tercera. Durante el combate lanzan piedras enormes, y con tal fuerza, que parecen arrojadas por una catapulta. En los sitios de las plazas fuertes alcanzan a los que defienden las almenas, y en las batallas campales rompen los escudos, cascos y toda armadura defensiva del enemigo. Son tan certeros en el tiro, que rara vez yerran el golpe. Adquieren esta destreza, porque desde su primera juventud se entregan a este ejercicio, y las madres mismas obligan sus hijos a manejar continuamente la honda: danles por blanco un pan clavado a un palo; y los muchachos permanecen en ayunas hasta que lo hayan tocado, y obtenido de la madre el permiso de comerlo”. (Diod. Sic., lib. V, cap. XVIII.)

Piensa Strabón que los etolios fueron los inventores de la honda; mas, es probable que se equivoque, y que aquéllos no serían más sino los primeros griegos que de ella se sirvieron. (Strab., lib. VIII, cap. III, § 26.)

XXI

Sobre el valor de las monedas en Grecia

(Página 144)

Dividióse en Ática el valor de la moneda en óbolo, dracma, mina y talento. Seis óbolos equivalían a 1 dracma; 100 dracmas, a 1 mina, y 60 minas, a 1 talento. La dracma era la moneda corriente de Grecia, pues la mina y el talento sólo representaban un peso determinado. Los autores modernos no están acordes acerca del valor de la dracma, pues fluctúan de 80 a 92 céntimos de franco. De esta diferencia resulta que al talento ático no se le ha dado un valor fijo, y que mientras Dureau de la Malle, en su *Economía Política de los Romanos*, lo reduce a 5 216 francos y 16 céntimos, Miot, traductor y anotador de Diodoro de Sicilia, lo eleva a 5 500 francos. El mismo Dureau de la Malle gradúa la mina en 86 francos 94 céntimos, y el valor del óbolo en 14 a 15 céntimos. Estas observaciones deben tenerse presentes para evitar errores en el precio que se dio a los esclavos en Grecia.

XXII

Sobre la esclavitud de Diógenes

(Página 226)

Hubo tres filósofos griegos que llevaron este nombre. El primero nació en Creta y enseñó con brillo por los años 500 antes de Jesucristo; el segundo vio la luz primera en Sínope en el año 413 antes de la era cristiana; y el tercero en Cilicia en época muy posterior a las dos ya mencionadas. Yo no trato aquí ni del primero ni del último, sino solamente del segundo, llamado Diógenes, el Cínico, y que sufrió la esclavitud. Echado de su tierra junto con su padre por monederos falsos, vivió en Atenas en la mayor miseria, y cogido por piratas en un viaje que hizo, fue vendido como esclavo. En la introducción de esta obra dije que su esclavitud duró toda su vida; pero examinando después este punto, he tropezado con un pasaje de Aulo Gelio que me obliga a modificar mi primer aserto. Dice aquel historiador: “Proponiéndose Jeniade de Corinto comprar a Diógenes, preguntole qué sabía hacer, y éste le respondió orgullosamente: ‘Mandar a los hombres libres’”. Esta respuesta altanera hizo en Jeniade tan profunda impresión, que le compró, libértole después, y al confiarle sus hijos, le dijo: “Recibe mis hijos, a quienes mandarás”. (Aul. Gel., lib. II, cap. XVIII.) Si Aulo Gelio no se equivoca en su relato, cierto es que Diógenes no fue esclavo toda su vida, sino tan sólo parte de ella.

XXIII

Sobre las usuras de Marco Bruto

(Página 249)

En la página 249 del primer tomo de esta historia he hablado de las escandalosas usuras con que se manchó el famoso Marco Bruto, y allí ofrecí ampliar este asunto, presentando algunos trozos de la correspondencia que medió entre Cicerón y Ático, su amigo. Es el caso, que Bruto dio a Scapcio y a Matinio de Chipre, acreedores de la ciudad de Salamina, cartas de recomendación para Cicerón. Hallábase éste ya de procónsul en Cilicia, en donde recibió a Scapcio, y le prometió, que por consideración a Bruto, haría que se le pagase. Diole aquél las gracias y pidiole una plaza de prefecto; mas, Cicerón se la negó, fundándose en que no quería concederla a ningún negociante; que lo mismo había hecho con otros muchos; y que si quería ser prefecto para asegurar su crédito, él le prometía no necesitar de ello para que se le pagara. Diole de nuevo las gracias, y se retiró. Cicerón recuerda a su amigo Ático que Apio había nombrado de prefecto a Scapcio y dándole tropa de caballería para compeler a los salaminos. Como Scapcio abusaba de su autoridad, Cicerón retiró aquella tropa de la isla de Chipre; lo que disgustó mucho a Scapcio. Cicerón, en cumplimiento de su palabra, hizo que los diputados de Salamina se le presentasen con él en Tarso, capital de Cilicia. Quejáronse ellos largamente del crecido interés que éste les exigía y de sus vejaciones; mas, Cicerón mandoles que terminasen este asunto y pagasen, a lo que ellos se prestaron sin ninguna resistencia. Pero Scapcio, testaferro de Bruto, tenía pretensiones exorbitantes. “Yo había, dice Cicerón a su amigo Ático, yo había fijado en mi edicto, como otros gobernadores, el interés del dinero a 1 % al mes, agregando, al cabo del año, el interés al principal. Scapcio reclamaba el 4 %. —¿Qué pretensión es ésta?, le dije. ¿Puedo yo ir contra mi propio edicto? Él me presentó entonces un senadoconsulto de los cónsules Unitulo y Filipo, que mandaba:

” ‘Que los gobernadores de Cilicia atendiesen en justicia a esa obligación’. Esto me horrorizó porque era la ruina de la ciudad”.

Cicerón refiere a Ático que había Bruto obtenido aquel senadoconsulto por medios inmorales, y que ni él ni su testaferro Scapcio querían que Salamina les pagase, pues su objeto era mantener en pie la deuda para seguir cobrando el enorme interés del 4 % al mes. Y escandalizado de tanta impudencia, Cicerón le escribe a Ático: “Si Bruto me condena todavía, yo no sé por qué debemos estimarle. Estoy seguro a lo menos que su tío no me condenará, principalmente ahora, que un senadoconsulto, después de vuestra partida, según creo, ha fijado el interés del dinero a 1 % al mes, y prohibido añadir los intereses al capital”.

Quéjase Bruto a Ático de la carta de Cicerón. Ático vuelve a escribir a éste, quien le responde en los términos siguientes: “Vengamos a Bruto, cuya amistad yo había, por vuestras instancias, buscado con el mayor empeño, y a quien ya había empezado a amar. ¿Pero lo diré? No, no lo quiero, por temor de ofenderle. Estad cierto de que nada he preferido al deseo de servirle, y que tal fue mi primer cuidado. Él me presentó un papel, y como habíais recomendado sus intereses, nada he omitido... Pasemos ahora a Salamina. Veo claramente que ni vos ni yo sabíamos que este dinero fuese de Bruto, pues él nunca me había dicho nada sobre esto. Aún conservo su papel, que empieza así: ‘La ciudad de Salamina debe dinero a M. Scapcio y a P. Matinio, mis amigos particulares’. Después de habérmelos recomendado, añade, para interesarme más, que él les ha servido de fiador por una fuerte suma. Yo había conseguido que se les pagase a razón de 1 % al mes, agregando, al fin de cada seis años, los intereses al principal; pero Scapcio pedía 4 %, y yo temía perder vuestra amistad si me prestaba a su solicitud. Esto era ir contra mi edicto, y arruinar enteramente una ciudad que está bajo la protección de Catón y del mismo Bruto, y a la que había yo colmado de beneficios. Scapcio, ahora, me presenta una carta de Bruto, en la que dice que él es el más interesado en este negocio, cosa que jamás había él dicho ni a vos ni a mí. Pídeme también una plaza de prefecto para Scapcio; pero en los ofrecimientos que le hice por vuestro conducto, siempre exceptué a los negociantes, y aun cuando yo concediese alguna de estas plazas a alguno, siempre sería menester excluir a Scapcio. Él tuvo una bajo de Apio, que le había dado también alguna tropa de caballería, con la cual había sitiado al Senado de Salamina, hasta el punto que cinco senadores murieron de hambre. Así fue, que el mismo día en que llegué a mi provincia, y en que lo supe en Efeso por los diputados de Chipre, expedí órdenes para que inmediatamente saliese aquella tropa de la isla. Tal es, sin duda, el motivo de haberse Scapcio quejado injustamente de mí a Bruto. Pero mi partido está tomado. Si Bruto pretende que yo debía hacer pagar a Scapcio a razón de 4 % al mes, no obstante mis reglamentos y edictos, que fijaban el interés al uno, y cuando los usureros menos acomodadizos se contentaban con este interés; si él halla malo que yo le haya negado una plaza de prefecto para un negociante, cuando Torcuato y Pompeyo, a quienes las he rehusado, al primero para Lennio, vuestro amigo, y al segundo para Sexto Estacio, han aprobado mi conducta; si él me reprocha haber hecho retirar aquella caballería, siento mucho descontentarle, pero siento mucho más encontrarlo tan diferente de lo que yo lo había creído”.

Y en otra de sus cartas al mismo Ático, refiriéndose a lo que había escrito, en sus obras, contra la usura, le dice: “Si yo tal hiciera, ¿osaría jamás leer o tocar esos libros que tanto alabáis?” (Cicerón, *Ad. Atticum*, V, 21; VI, 1, y VI, 2.)

Tal fue el gran republicano Bruto que ha pasado a la posteridad con el renombre de virtuoso. Plutarco escribió su vida; pero, al paso que lo colma de grandes elogios, guarda profundo silencio sobre los hechos que se acaban de mencionar. ¿Sería porque los ignorase? ¿Sería por espíritu de partido, porque, siendo también republicano, deseaba ocultar los graves pecados que manchaban la conducta de Bruto? Esto es lo que yo creo, porque las pasiones políticas generalmente sacrifican la imparcialidad y la justicia.

XXIV Sobre los acueductos romanos

(Página 268)

Si en este apéndice hablo de los acueductos romanos, no es para trazar su historia, sino solamente para llamar la atención sobre un punto dudoso. Sabido es que aquéllos se llevaron por entre rocas y montañas, y que cuando se encontraba con algún valle, levantábanse arcos de piedra o de ladrillo, sobre los cuales construía un canal para que siguiesen su curso las aguas. Supónese por esto que los romanos ignoraron que el agua, conducida en tubos, se eleva a la altura de su fuente primitiva, a pesar de la distancia y de la desigualdad del terreno por donde pasa. Muy improbable es que, acostumbrados ellos a llevar de un punto a otro el agua en tubos, hubiesen desconocido la ley del nivel a que están sujetos todos los líquidos. Y en efecto, de un pasaje de Plinio, el Naturalista aparece que los romanos no la ignoraban completamente, y que si en los valles no se sirvieron de tubos, para conducir el agua de un punto a otro, provendría de que aquéllos no serían bastante fuertes para resistir la presión del agua. Prescindiendo de esta conjetura, que no es de Plinio, veamos lo que éste dice en el libro XXXI, capítulo xxxi (6):

“Quam surgere in sublime opus fuerit, e plumbo veniat. Subit altitudinem exortus sui”. (Cuando es necesario hacer subir el agua, empléanse tubos de plomo, y ella se eleva a la altura de su fuente.) Este pasaje me parece que remueve toda duda, a lo menos para el tiempo de Plinio, sobre la ignorancia que en este punto se atribuye a los romanos.

XXV Sobre los gladiadores

(Página 278)

De diversos modos y con diversas armas lidiaron los gladiadores. Como preludio del combate peleaban al principio con espadas de madera, las que dejaban al son de una trompeta y tomaban sus armas verdaderas. Las de los llamados *secutores* fueron un casco, un escudo y una espada o una maza emplomada. Éstos peleaban con los *retiarii*, cuyo vestido era una túnica corta, y sin nada en la cabeza. En la mano izquierda llevaban una lanza de tres puntas, llamada tridente o *fuscina*, y en la derecha una red, con la que procuraba el *retiarius* envolver a su contrario, arrojándola sobre su cabeza; y arrastrándolo prontamente, con ella, matábalo con su tridente; pero si no lograba su objeto, ya por haber tirado la red, o muy corto o muy largo, al instante echaba a huir y preparaba la red para el segundo tiro, mientras que su antagonista lo perseguía vivamente para matarle. Los gladiadores que llevaban en su casco la imagen de un pez, llamáronse *mirmillones*, de una palabra griega que significa: pez. Una espada encorvada o sable y un escudo eran las armas del *mirmillón*. Los que peleaban con dos espadas dijéronse *dimachærii*; y *laquearii* los que usaban de un lazo para enredar a sus contrarios. Había otros gladiadores con el nombre de *essedarii*, porque lidiaban en carros, a manera de los galos y bretones. Denomináronse *andabatae* los que combatían a caballo con los ojos vendados, y *fiscales* o *cæsarianii* los que, por su gran destreza y agilidad en el combate, eran mantenidos a expensas de los emperadores. Ellos también llamáronse *postulatii*, porque el pueblo a veces pedía que saliesen a la arena. No siempre pelearon a pares los gladiadores, pues en ciertos casos, combatieron muchos a un tiempo, y por eso se les dio el nombre de *catervarii*.

Antiguamente no pudieron las mujeres asistir al combate de los gladiadores sin permiso de las personas bajo cuya autoridad estaban; pero abolida después esta restricción, Augusto les señaló un puesto particular en los asientos más altos del anfiteatro.

Cuando un gladiador recibía una herida, inclinaba sus armas como señal de estar vencido; pero su suerte pendía de la voluntad del pueblo. Si éste volvía hacia abajo el dedo pulgar, era señal de que se le salvaba la vida; pero si lo levantaba, era signo de que continuara el combate, bien que, algunas veces, era perdonado por la entrada del emperador en el anfiteatro. Cuando esto no acontecía, empuñaba de nuevo la espada con admirable fortaleza. Una palma, que variaba en su naturaleza y adornos, según las circunstancias, era la recompensa del vencedor; pero los matados o heridos mortalmente, arrastrábanse con un gancho a un lugar, cerca del anfiteatro, llamado *spoliarium*.

XXVI

Sobre la bula, toga y estola

(Página 313)

Usaron los muchachos romanos una *bola* (bula) hueca que colgada del pescuezo caía al pecho. Pretenden algunos que la bula tenía la forma de un corazón, y otros que éste estaba grabado en ella. Las personas ricas y acomodadas lleváronla de oro; mas, los hijos de los libertos y ciudadanos pobres solamente de cuero. En cuanto a los esclavos, prohibídoles fue su uso.

La toga, distintivo principal del traje romano, fue una bata, ancha, flotante, que cubría todo el cuerpo, sin mangas, abierta por arriba hasta la cintura, y estrecha por debajo. El brazo derecho quedaba libre, y con el izquierdo se recogía la falda de la toga y se echaba sobre la espalda siniestra, a manera de la capa española, formando en el pecho una cavidad en la cual se podían llevar algunas cosas. La moda, que en nada es tan variable y caprichosa como en el vestido, alteró con el tiempo las formas de la toga. Ésta fue, al principio, estrecha; cubría los brazos, llegaba hasta los pies, y fue el único traje de los romanos; mas, no así después, porque debajo de ella se pusieron una túnica. El color de la toga era blanco, y oscuro o negro en las personas enlutadas. Ciertos presbíteros, los magistrados, augures, y aun los individuos privados que ofrecían juegos al pueblo romano, usaron de una toga con franjas de púrpura: ésta fue la toga *pretexta*. Los muchachos, hasta la edad de 17 años, llevaron una bata con franjas de púrpura, semejante a la toga *pretexta*, y cuando los cumplían, dejábanla, y poníanse la toga de los hombres (toga *virilis*). La ceremonia de este cambio se hacía con gran solemnidad delante de las imágenes de los dioses Lares. La toga solamente pudieron usarla los ciudadanos romanos, siendo, por consiguiente, excluidos de ella los esclavos.

En los primeros tiempos llevaron la toga, así los hombres como las mujeres; pero después las matronas usaron de un vestido diferente, llamado estola, con una franja ancha que llegaba hasta los pies, y que no pudieron usar las esclavas, cortesanas, ni mujeres condenadas por adulterio.

XXVII

Sobre un esclavo fugitivo y un león reunidos en una gruta

(Página 321)

Apión, con el dictado de Plistonices, fue hombre de vastos conocimientos, y formó una “Colección de las cosas más admirables del Egip-

to“ En el libro V de ella, refiere lo que él mismo vio un día en Roma, y que Aulo Gelio, en sus “Noches Áticas“ ha transmitido a la posteridad.

Dábase al pueblo romano un espectáculo de hombres condenados a lidiar con fieras. Entre éstas, salió a la arena un león, cuya talla monstruosa, rápidos saltos, rugido terrible y flotante melena, llenaban de asombro a los espectadores. Introdujéronse después los infelices que debían combatir con las bestias, habiendo entre ellos un esclavo llamado Androclo, que había servido a un procónsul. Al instante que el león lo percibió, detúvose como asombrado; dirigióse poco a poco, y con aire suave, hacia él, mirándole como si le reconociera. Acercádosele que hubo, frotó su cuerpo con el suyo, agitando la cola de una manera sumisa y afectuosa, como un perro que halaga a su amo; lame los pies y las manos del desgraciado, a quien el terror había casi quitado la sensibilidad. Mas, Androclo, sintiéndose acariciado por el feroz animal, reanímase, abre paulatinamente los ojos y mira al león. Entonces, como si mutuamente se hubieran reconocido, el hombre y el león muéstranse muy alegres. A tan extraño y conmovedor espectáculo, el pueblo prorrumpe en grandes clamores. El emperador manda al instante que Androclo se le presente, y le pregunta cómo es que tan feroz animal le ha perdonado. El esclavo cuéntale entonces la aventura más asombrosa:

“Yo era, le dice, esclavo del procónsul que gobernaba la provincia de África; la crueldad con que, sin motivo, me trataba diariamente, forzome a la fuga. Para escaparme con más seguridad de la persecución de un amo a quien obedecía todo el país, busqué un escondrijo en la soledad de los campos y arenas, resuelto a matarme, de cualquier manera, si llegaba a carecer de alimento. Marché entonces, bajo los rayos ardientes del sol a mediodía, y descubrí en el camino una caverna aislada y profunda; penetré en ella para ocultarme, y apenas hube entrado, cuando vi un león que tomaba el mismo camino. Una de sus patas estaba toda ensangrentada; andaba con pena, lanzando gemidos, ocasionados por un fuerte dolor. A semejante vista, quedé aterrado; mas, luego que el león entró en la caverna, su mansión acostumbrada, y que me vio ocultándome en el fondo, acercose a mí con aire suave y sumiso, levantó la pata y me la presentó, como si me pidiera socorro. Cogila con mi mano, arranquele una gruesa espina que tenía clavada, apretela, para que saliese la sangre corrompida, y en fin, ya sin gran temor y dedicándome con cuidado a esta operación, llegué a purificar y secar enteramente la llaga. Entonces el león, a quien yo había aliviado de sus dolores, se echó y se durmió, dejando la pata entre mis manos. Desde ese día, vivimos juntos y durante tres años habitamos los dos en la misma caverna, participando del mismo alimento. Cuando el león volvía de su caza, traíame los mejores pedazos de las presas que hacía. No teniendo fuego, asábalos a los rayos del sol, en punto de mediodía. Sin embargo, habiéndome cansado de

este género de vida, un día, mientras el león estaba fuera, me alejé de la caverna. Después de tres días de marcha, viéronme unos soldados y me prendieron. Llevado a Roma, comparecí delante de mi amo, quien, al instante, pronunció mi decreto de muerte, condenándome a lidiar con las fieras. Veo que este león ha sido cogido también después de nuestra separación y ahora, gozoso de encontrar a su bienhechor, me muestra su reconocimiento". Tal fue, según Apión, el relato de Androclo. Escribióse al punto su aventura en una tablilla que circuló entre los espectadores. A petición de todos, fuele concedida su gracia, y además, quiso el pueblo que se le regalase el león. "Yo lo vi después, añade el autor, teniendo a su león atado con una débil correa, pasearse por todas las calles de la ciudad. A él dábale plata, al león echábanse flores, y todos exclamaban: '¡He aquí el león que ha dado hospitalidad a un hombre: he aquí el hombre que ha curado a un león!' " (Aul. Gel., *Noch. Atic.*, lib. V, cap. xiv.)

Asombroso y singular es el caso mencionado. Muchedumbre de personas no le darán crédito alguno; pero yo confieso que estoy más inclinado a creerlo que a negarlo. Llamamos feroz al león porque se nutre de carne y a veces devora al hombre. Si los cuadrúpedos, aves y otros animales de que el hombre se alimenta, tuvieran bastante inteligencia y pudieran hablar, ¿qué juicio tan terrible no formarían de él? Tendríanle sin duda por el ser más cruel y feroz de la tierra. La zoología está muy adelantada en nuestros días, en la parte descriptiva y en la clasificación; mas, en punto a las costumbres de los animales, deja mucho que desear. Réaumur, en sus *Memorias para servir a la historia de los insectos*, hizo buenos trabajos sobre las costumbres de ellos; pero ¿existen otros semejantes acerca de las de los cuadrúpedos, aves, reptiles y otros muchos animales? Los naturalistas no emprenden viajes para este solo objeto, y los conocimientos que tienen sobre él, muy limitados son e imperfectos. Redúcense casi todos, a lo que han leído en algunos viajes, hechos por personas no siempre competentes en la materia, o a lo que han observado en los pocos animales que viven en lo que hoy llamamos jardines zoológicos o de aclimatación. Estos animales, encerrados en un corto espacio de terreno, o aprisionados en jaulas, carecen de libertad para entregarse a todos los instintos de su naturaleza, y con tal género de vida, sus costumbres forzosamente se alteran. Tomarase como paradoja; pero, en el particular a que me refiero, creo que los salvajes africanos y los indios montaraces del Nuevo Mundo saben más que nuestros sabios naturalistas, y que éstos aprenderían mucho, si aquéllos pudieran comunicarles sus conocimientos.

Notas

- 1 Unos 275 000 francos si al talento griego se le da el valor de 5 500 francos.
- 2 Este ilustre cubano, mi entrañable amigo, fue el ya difunto señor D. José de la Luz y Caballero, quien tradujo del francés en castellano el *Viaje por Egipto y Siria* que hizo Volney a fines del pasado siglo. Publicolo en París en 1830, enriquecido de apéndices interesantes; y del que corresponde a las pirámides he tomado las palabras que he transcrito.
- 3 Los anotadores de la traducción de Strabón que antes he mencionado dicen que fue en tiempo de Adriano. (Strab., lib. XVII, cap. I, § 12, nota 2^a.)
- 4 Sobre la historia del antiguo canal de Egipto, véase: Letronne, "l'Isthme de Suez" (*Revue des Deux-Mondes*, 15 de julio de 1841). Le Père, "Mémoire sur le canal des deux mers" (*Description de l'Égypte, État moderne*, tom. I). De Rozière, "Mémoire sus la géographie, etc., de la mer Rouge" (ibídem, *Antiquités*, tom. I). Gosselin, *Recherches sur Dicuil*, p. 12. Lucien., *De mercede conductis*, § 12. *Notices et extraits des manuscrits, etc.*, tom. VI. Dicuil, *De mens., orb. terrea*, VI 3, § 6. Langlés, *Eclairc., sur le voyage de Norden*, tom. III, p. 193. Mannert, *Geograph. von Africa*, I. Weil, *Gesch. der Chalifen*, I. Lepsius, *Cronología de los Egipcios*, Berlín, 1849.

ÍNDICE ONOMÁSTICO



—A—

Abraham: 36, 42, 47, 52, 53, 56, 60, 353, 364.

Abulfeda: 46.

Admeto: 142.

Adriano, Publio Elio: 244, 311, 380.

Agamenón: 143, 167.

Agar: 60, 364.

Agatachides: 46.

Agatocles: 136, 137.

Agesilao: 144.

Agis: 207, 208.

Agnias: 190.

Agripa, Marco Vepsanio: 268, 280.

Agustín, san: 53, 339.

Ahmed Bajá: 52.

Alarico: 327.

Albino: 276.

Alcibíades: 161.

Alcinoos: 152.

Alejandro Magno: 40, 43, 68, 126, 127, 129, 130, 166, 238, 239, 359.

Alejandro Severo: 244, 264, 328, 331.

Alexis: 157.

Amasis II: 42.

Ambracia: 179.

Amen-m-hat III: 352.

Amenofis I: 49.

Amilcar Barca: 132.

Amiot, misionero: 92, 116.

Ammiano Marcelino: 110, 122, 131.

Ampelisca: 288.

Anaitis: 190.

Anaxágora: 35.

Anco Marcio: 265.

Andramitis: 110.

Androclo: 378, 379.

Andrómaca: 143, 152, 167.

Anfiloco: 147.

Aníbal: 133, 134, 248, 252, 253, 254, 287, 328, 340.

Anniceris: 150.

Antemio: 327.

Antífanos: 171.

Antifón: 173, 174.

Antígene: 126, 127, 183.

Antígono de Macedonia: 162, 201, 213.

Antimene. Ver Antígene.

Antíoco III: 255, 260.

- Antío Restión: 341.
- Antipater: 249.
- Antístenes: 164.
- Antonino Pío: 268.
- Antonio: 132, 260.
- Antonio Gnifón: 245.
- Apiano: 330.
- Apio Claudio: 246, 250, 267, 268, 373, 374.
- Apión: 41, 377, 378.
- Apis: 359.
- Apolo: 142, 150, 173, 180, 198, 258.
- Apolodoro: 179.
- Aponio Saturnino: 290.
- Apries: 40.
- Apuleyo, Lucio: 265, 270, 283, 318.
- Aquiles: 143, 149, 152, 164, 167, 277.
- Arcadio: 259, 267.
- Aristeo: 40.
- Aristóbulo: 241.
- Aristófanes: 171, 174, 222, 223.
- Aristoginton: 162.
- Aristome: 204.
- Aristóteles: 155, 157, 162, 171, 174, 175, 177, 179, 203, 207, 208, 210, 211, 215, 222, 223, 224, 226, 227, 228, 230, 231, 232, 234, 235, 355, 557.
- Arquitas: 158.
- Arriano, Flavio: 68, 128.
- Artenis: 179.
- Artabace: 125.
- Artajerjes: 66, 128.
- Artevis: 179.
- Astarte: 56.

Atalé: 179.

Ateneo: 158, 159, 160, 174, 188, 199, 239, 259.

Ático, Tito Pomponio: 250, 279, 281, 373, 374.

Atila: 123.

Atilio: 262.

Augusto, César Octavio: 51, 78, 208, 256, 259, 266, 268, 272, 280, 285, 290, 308, 322, 330, 331, 336, 376.

Aulo Gelio: 226, 246, 250, 372, 378.

Aunaro: 130.

Aurelio: 327.

Ayax: 152.

—B—

Baal-Pheoc: 57.

Baco: 172, 180.

Ballión: 320.

Bathuel: 53.

Belino: 260.

Belona: 190.

Benjamín: 64.

Ben Ouziel: 61.

Beroso: 126.

Bias: 157, 175, 179.

Bihma: 80.

Bilha: 60.

Blair, W.: 264, 281, 307.

Bocchoris: 45.

Böeckh: 158, 180, 365.

Bonaparte, Napoleón: 353, 356.

Botta: 139.

Brahma: 78, 79, 82.

Brásidas: 206.

Briseis: 143.

Browning; doctor: 369.

Bruto, Lucio Junio: 267, 279.

Bruto, Marco Junio: 243, 250, 252, 279, 327, 373, 374, 375.

Buffon, Jorge Luis Leclere (conde de): 113.

Bunsen: 37.

—C—

Cahen: 59, 74.

Calieratidas: 146.

Calígula: 290, 318, 322, 324, 331.

Calino: 223.

Caliodoro: 289.

Calvisio Sabino: 277, 290.

Cam: 53, 55.

Cambises: 40, 50, 128.

Camilo: 252.

Cannán: 53, 55, 56.

Cang-hi: 110, 116.

Canopas: 290.

Canopus: 43.

Caracalla: 268.

Carbón: 331.

Carneades: 334.

Carlos V de Espaa: 35.

Casas, Bartolomé de las (fray): 35.

Casio Longino, Cayo: 249, 333, 334.

Castro, Juan de: 46.

Catilina, Lucio Sergio: 243, 282.

Catón de Útica: 276.

Catón, el Censor: 255, 256, 275, 276, 281, 287, 288, 312, 313, 314, 315, 320, 322, 324, 326, 334, 336, 343, 374.

Catyayana: 81.

Cecilio Claudio: 266.

Cecina: 257.

Celio: 285.

Cepión: 341.

Ceres: 172, 315.

César, Cayo Julio: 249, 250, 254, 255, 267, 276, 280, 282, 295, 304, 308, 320, 322, 328, 331.

Cetura: 36.

Ciaxara II: 64.

Cicerón, Marco Tulio: 208, 250, 256, 260, 268, 279, 282, 297, 301, 302, 309, 310, 313, 335, 373, 374.

Cimón: 220.

Cinadón: 200, 205.

Cincinato, Lucio Quinto: 262.

Cineas: 335.

Ciro: 64, 128, 130, 131.

Claudiano: 110.

Claudio: 251, 264, 268, 308, 314, 331.

Clearcho Solence: 110.

Cleomenes: 201, 212.

Cleistene: 158.

Cleolao: 142.

Cleopatra VI: 35.

Clodio, Publio Apio: 276, 330.

Colebrooke, H. J.: 86, 367.

Colón, Cristóbal: 49.

Columela, Lucio: 135, 245, 261, 270, 282, 289, 308, 313, 314, 315, 316, 317, 342.

Cómodo, Lucio: 28, 279, 280, 327.

Confucio: 119, 368, 371.

Constantino: 244, 280, 291, 292, 309, 310, 327, 332.

Cornelio Escipión: 276.
 Cornuto: 341.
 Craso, Lucio Licinio: 256, 265, 277, 320, 331.
 Crates Tebano. Ver Crates.
 Crates: 178.
 Creso: 127.
 Crisalo: 321.
 Cristo. Ver Jesucristo.
 Critolaus: 334.
 Cronos: 134, 136, 137, 172, 279, 322.
 Ctesías: 124.
 Ctésicles: 158.
 Culluca-Bhata: 78.
 Curio Dentato: 352.
 Curtius, Ernesto: 180, 191.

—CH—

Champollion, Juan Francisco: 38.
 Chandler: 191.
 Chang Pih Jin: 98, 99.
 Chao-Tsou: 94.
 Chaou, A.: 98, 99.
 Characxo: 43.
 Characxo de Metylene: 43.
 Chefrén: 353.
 Cheops: 353.
 Chezi: 82, 113.
 Chilón: 320.
 Chum: 110.
 Chun-Tchi: 109.
 Chun-ty: 111.

D'Anastasy: 38.

Darío: 129, 238, 354, 355, 356, 357.

D'Auville: 46.

David: 54, 55, 58.

De Guignes: 97, 107, 116, 368.

D'Herbelot: 116.

Demetrio de Falera: 149, 158, 160, 181, 226.

Demetrio Falerio. Ver Demetrio de Falera.

Demócrito de Abdera: 35.

Demóstenes: 145, 157, 160, 164, 165, 169, 172, 173, 179, 183, 197, 223.

Deslongchamps, A. Loiseleur: 78.

Deucalión: 213.

Diana: 258.

Dífilo: 168.

Diocleciano: 259, 268, 323.

Diodoro de Sicilia: 37, 38, 39, 46, 47, 48, 49, 68, 77, 78, 124, 125, 129, 131, 133, 136, 141, 163, 164, 178, 204, 209, 219, 254, 263, 264, 319, 336, 351, 355, 357, 358, 360, 361, 371.

Dioeo: 163.

Diofante: 155.

Diógenes, el Cínico: 31, 147, 226, 240, 334, 371, 372.

Diógenes Laercio: 235, 241.

Dión Casio: 183.

Dión Crisóstomo: 180.

Dionisia: 291.

Dionisio de Halicarnaso: 197, 243, 262.

Dionisio, el Anciano: 150, 166.

Dios: 30, 41, 47, 56, 59, 64, 108, 365.

Dolabela: 249.

Dom. Calmet: 58.

Domiciano, Tito Flavio: 268, 280, 290.

Domicio Enobardo: 335.

Doricha: 43.

Drimaco: 177.

Druso, Marco Livio: 331.

Du Halde: 116, 119, 120.

Dureau de la Malle: 263, 264, 307, 372.

Dusha-rutha: 77.

—E—

Edipo: 162.

Edrisi (El): 46, 71.

Eforo: 123, 198, 199, 200.

Elena: 42, 143, 152, 161.

El-Mansur, califa: 356, 357.

Epaminondas: 146, 202, 205, 208.

Epicuro: 157, 176, 179, 225, 226, 236, 237, 241, 335.

Eratostheno: 37.

Erinias: 172, 173.

Escílax: 134.

Escipión, el Africano: 254, 266, 279.

Escipión Emiliano: 276.

Escribonía: 272.

Esculapio: 180.

Esopo: 161.

Espartaco: 31.

Esquilo: 162.

Esquines: 162, 190.

Estacio: 307.

Estalino: 223.

Eterno. Ver Dios.

Eudoxo: 35.

Euménides. Ver Erinias.

Eumeo: 167.

Eupolias: 174.

Eurípides: 145, 173, 222, 223, 228.

Eurístenes: 199.

Eusebio, obispo: 41.

Evandro: 267.

Evemero: 132.

Evephne: 147.

Ezequiel: 66.

—F—

Fabio Máximo Ruliano, Quinto: 212, 253, 287.

Fabricio, Cayo: 335.

Faleas: 187.

Fannio: 291.

Fanodico: 179.

Faustino: 281.

Febo: 289.

Federico Guillermo IV de Prusia: 52.

Fedón de Elea: 226.

Fedro, esclavo: 179.

Feldria: 166.

Fenicia: 288.

Fereclo: 152.

Ferécrates: 228.

Fidias: 219.

Filemacia: 288.

Filemón: 175, 228, 304.

Filipo de Macedonia: 147, 166, 183, 238, 373.

Filipo: 238.

Filócrates. Ver Euporo.

Filomelo: 227.
 Filomonides: 156, 157.
 Filón: 65, 179.
 Filopolemo: 288.
 Flaminio Nepote, Cayo: 254.
 Floro, Lucio Anneo: 286.
 Formión: 179.
 Fou-Hi: 92.
 Friné: 162.
 Fulvio: 243.

—G—

Galba, Servio Sulpicio: 257, 267, 308.
 Galien: 73.
 Galo: 313.
 Ganimedes: 313.
 Gaubil, misionero: 109, 116, 368.
 Gayo: 243.
 Germánico: 38, 339.
 Gibbon, Eduardo: 264.
 Gordiano: 280.
 Gori: 272.
 Gosselin: 71, 121.
 Graco, Cayo: 340.
 Gregorio: 189.
 Gruter: 281.

—H—

Han, dinastía: 94, 95, 96, 97, 111.
 Hannón, el Grande: 134, 135.
 Han-wou-ty: 103.
 Hastings, Warren: 367.
 Haterio: 224.

Haughton: 78.

Hebe: 173.

Héctor: 143, 152.

Hécuba: 149.

Heeren: 221.

Hegión: 288.

Helénico: 124.

Heliogábalo: 290, 303.

Helio: 200.

Hee-Tsin: 111.

Heou-Tcheu, dinastía: 95.

Hércules: 42, 50, 134, 142, 197, 267, 276, 335.

Heriado: 149.

Hermiona: 167.

Hermoes: 180.

Hermodeo: 162.

Hermotino: 127, 128.

Herodoto: 37, 39, 40, 41, 42, 43, 76, 121, 122, 124, 126, 127, 131, 134, 135,
143, 153, 154, 159, 199, 207, 209, 351, 352, 354, 355, 356, 358, 361.

Hesíodo: 124, 152, 277, 290.

Hésychius: 216.

Heo-Tsin: 111.

Hevrieu, misionero: 116.

Hieng-Foung: 369.

Hien-ty: 111.

Hiparco: 162.

Hipócrates: 183.

Hipponico: 156, 157.

Hoang-Ty: 92.

Hoeng-lin: 111.

Homero: 65, 124, 143, 151, 152, 167, 200, 277, 290.

Honorio: 259, 267, 280.

Horacio: 286, 289.

Ho-ty: 111.

Huc, misionero: 108.

Hume: 158, 264.

—I—

Ifito: 142.

Imandes. Ver Maros.

Inen-Chao: 111.

Isaac: 364.

Isaías: 53.

Iseo: 185, 190.

Ismael: 60.

—J—

Jacob: 36, 47, 53, 59, 60, 110, 357, 364.

Jafet: 53.

Jahn: 59.

Jasón: 146, 197.

Jeniade de Corinto: 147, 372.

Jenócrates: 175.

Jenofonte: 128, 130, 131, 155, 157, 164, 169, 170, 171, 175, 202, 205, 223.

Jeremías: 64.

Jerjes I: 127.

Jesucristo: 35, 38, 41, 51, 56, 64, 77, 94, 95, 97, 103, 109, 110, 119, 120, 133,
145, 149, 158, 177, 204, 209, 212, 258, 339, 356, 357, 371, 372.

Joel: 66, 126.

Jones, William: 78, 368.

Jorge Sincello: 141.

Joseph. Ver José.

José: 36, 42, 47, 48, 51, 53, 357.

Josefo, Flavio: 39, 41, 53, 54, 59, 65, 70, 364.

Josué: 57.

Juan Crisóstomo, san: 259.

Judá: 64.

Julien, Estasnislao: 371.

Julio Africano, obispo: 41.

Julio Floro: 289.

Juno: 172.

Júpiter: 65, 142, 172, 190, 229, 325, 359.

Justiniano: 242, 267, 287, 292, 307, 310, 311.

Justino: 67, 76, 122, 136.

Juvenal, Décimo Junio: 275, 321.

—K—

Kedorlaomer: 52.

Khafra: 353.

Khufu: 353.

Kia-King: 369.

Kia-y: 97.

Kien-Loung: 92.

Kong-Fu-Tseu. Ver Confucio.

Kouang-wou: 97, 103, 109.

Kwang Wie Pang: 98, 99.

—L—

Laban: 53.

Laertes: 152, 164.

Lagus: 359.

Lais: 150.

Laius: 162.

Laomedonde: 142.

Lao-Tseu: 370, 371.

Lea: 60.

Lennio: 374.

Léntulo: 282.
 León, el Sabio: 259.
 Leonida: 225.
 Lépidio, Marco Emilio: 280.
 Lepsius, Ricardo: 37, 38, 52, 352, 353, 355.
 Letronne: 158, 171, 356.
 Levino: 280.
 Le Wan Foo: 98, 99.
 Libán: 225.
 Libón: 331.
 Licaón: 149, 164.
 Licias: 157, 223, 226.
 Licino: 280.
 Licón: 157, 160, 179.
 Licón, esclavo: 179.
 Licurgo: 35, 153, 161, 199, 201, 205, 207, 221.
 Lido: 240.
 Linant de Bellefonds: 352.
 Linario, Bonifacio: 327, 346.
 Lisandro: 144, 208.
 Lisias: 185.
 Livia: 272, 276.
 Livia, nieta: 290.
 Lot: 52.
 Lucano, Marco Anneo: 330.
 Luciano: 171, 277, 356.
 Lucilio, Cayo: 336.
 Lucio Aruncio: 272.
 Lucio Pasieno: 272.
 Lúculo: 249, 256.
 Lutacio Dafno: 290.

Lutorio Prisco: 290.

Luz y Caballero, José de la: 380.

—M—

Macrino: 321.

Magón: 135.

Mahmud de Ghazna: 86, 116.

Mahoma: 86.

Maimonide: 60, 141.

Manason: 228.

Manassé: 57.

Manes: 222.

Manethon: 37, 41, 70, 352, 353.

Mania: 262, 267.

Manu: 30, 78, 79, 81, 82, 83, 84, 85, 86.

Manio Curio: 262.

Marcelo, Marco Claudio: 163.

Marcial, Cayo Valerio: 274, 281, 289.

Marciano: 244, 285, 286.

Marco Antonio: 290, 340.

Marco Capitolino: 268.

Marco Pomponio: 334.

Mariana, Juan de: 133, 295, 362.

Mario, Cayo: 248, 255, 257, 340, 341.

Maros: 353.

Marte: 132, 267, 279.

P. Matinio: 373, 374.

Mecenas, Cayo Cilnio: 272.

Medea: 142.

Medio: 146.

Megasthene: 77, 78, 124.

Megila: 204.

- Melicho: 289.
- Menandro: 175, 222, 223, 228.
- Mendes. Ver Maros.
- Menelao: 42, 161.
- Menephtha: 37.
- Menephtha II: 50.
- Menes: 35, 36, 42, 360.
- Menipo: 226.
- Menkaura: 353.
- Menoecée: 241.
- Menu. Ver Manu.
- Mercurio: 172.
- M'Kensie, capitán: 85.
- Mnevis: 359.
- Metelo: 276.
- Metrodoro: 228.
- Micerino: 353.
- Michaelis Spicilogium: 75, 363, 364.
- Milne, William: 118.
- Milón: 276, 330.
- Minerva: 172, 173, 180.
- Ming, dinastía: 120.
- Minos: 146, 210, 211.
- Minucia: 330.
- Minucio Basilio: 321.
- Miot: 372.
- Mirón de Priene: 202.
- Mitrédates: 189, 249, 252, 256, 258, 260.
- Moeris: 42, 351, 352.
- Moisés: 35, 49, 53, 54, 56, 57, 58, 60, 61, 63, 141, 363, 364, 366, 367.
- Moloch: 56, 136, 141.

Mon-Koung: 109.

Montgomery Martin, R.: 90.

M. Scauro: 290.

Muller, Otfried: 191, 197, 199, 201, 202, 204, 211, 213.

Mummio, Lucio: 163.

Munk: 363, 366.

Mus: 176, 179, 226.

—N—

Nabis: 206, 213.

Nabucodonosor: 64, 67, 125.

Nahum: 125.

Near: 166.

Necos (Nekos): 39, 40, 44, 355, 356, 361.

Ngeou-Yang-Sieou: 120.

Neptuno: 142.

Nerón: 265, 268, 287, 308, 309, 331, 333, 334, 339.

Nerva: 331.

Néstor: 161.

Nicerate: 164.

Nicias: 145, 156, 157, 163, 164, 166.

Nicias, esclavo: 179.

Nicóbulo: 321.

Nicolás de Damasco: 78.

Nicomedes: 248.

Nicostrato: 147, 164.

Nino: 124.

Nitrocris: 125.

Noé: 53.

Numa Pompilio: 243, 244, 261, 265, 282, 284.

—O—

Ochus. Ver Artajerjes.

Oded: 58.
 Olennius: 250.
 Olimpio: 179.
 Omar, califa: 356, 357.
 Onesicrite: 77.
 Onesifon: 170.
 Onfala: 142.
 Orme's: 116.
 Osirtasen. Ver Sesórtesen I.
 Ovidio, Publio Ovidio Nasón: 321.

—P—

Pablo, san: 339.
 Pacuvio, Marco: 276.
 Pallas: 251.
 Panionio: 127, 128.
 Papiniano: 287.
 Papirio: 248.
 Paris: 43, 50, 152.
 Parmenión: 130.
 Pasión: 179, 183.
 Paterno: 336.
 Patroclo: 149, 152.
 Paulo, Julio: 325.
 Paulo Emilio: 255.
 Pausanias: 172, 200, 204, 209.
 Pauthier, G.: 92, 119, 368, 369.
 Pedanio Secundo: 265, 333, 334.
 Pelias: 142.
 Pelópidas: 146.
 Penélope: 152.
 Penículo: 327.

Pericles: 168, 219, 220.

Perseo: 200, 255, 258.

Perseo, esclavo: 226.

Petit, Samuel: 180.

Petronio, Cayo: 256.

Pezón: 290.

Pignorio, Lorenzo: 281, 327.

Píndaro: 290.

Pirra: 213.

Pirro: 252, 253, 335.

Pisón: 267, 313.

Pistoclere: 240.

Pitágoras: 35.

Planesia: 288.

Platón: 31, 35, 150, 154, 155, 157, 162, 163, 173, 174, 175, 177, 179, 208, 223, 226, 227, 228, 229, 230, 232, 234, 339.

Plauto, Tito Maccio: 168, 173, 180, 223, 257, 284, 288, 289, 317, 320, 326, 327, 340.

Plinio, el Joven: 245, 269, 279, 281, 282, 313, 324, 336.

Plinio, el Naturalista: 38, 44, 78, 199, 257, 263, 265, 283, 290, 291, 315, 317, 355, 362, 375.

Plistonices: 377.

Plutarco: 132, 145, 147, 174, 201, 202, 203, 204, 208, 220, 249, 255, 276, 287, 288, 336, 375.

Polemarco: 157.

Poliade: 181.

Polibio: 133, 206, 211, 213, 258, 335.

Policarte: 161.

Polichares: 147.

Polidamas de Farsalia: 197.

Pompeyo, Cneo Pompeyo Magno: 252, 256, 261, 266, 278, 340, 374.

Popilio: 254.

Popma: 281.
 Porus: 78.
 Posidonio: 235.
 Premare, misionero: 116.
 Pretor: 328.
 Príamo: 143, 149, 164, 277.
 Prisco: 123.
 Psammis: 40.
 Psammítico: 40, 43.
 Publilio: 248.
 Publio Escipión: 255, 340.
 Pudentilla: 265.
 Putifar: 36, 42, 48.

—Q—

Querilos: 161.
 Querón de Pelenne: 227.
 Quintiliano, Marco Aurelio: 245, 246.
 Quinto Cátulo: 291.
 Quinto Curcio: 68
 Quinto Roscio: 291.

—R—

Rameneses. Ver Ramses II.
 Ramses II: 37, 38, 39, 355, 356.
 Ramses III: 37, 38.
 Ramses IV: 38.
 Raquel: 60.
 Réaumer: 379
 Rebeca: 53.
 Régulo, Marco Alilio: 134.
 Reichard, Chr.-Th.: 362.
 Reitemcier: 191.

Remo: 265.

Rey. Ver Alejandro Magno.

Rhodopis. Ver Doricha.

Rollin: 158.

Rómulo: 243, 244, 262, 265, 326.

Rozière, de: 354, 356.

Ruben: 57.

Rufo Egnacio: 268.

—S—

Sabacon: 46.

Safo: 43.

Saint-Croix, Renouard de: 158, 369.

Salatis: 41.

Salomón: 39, 54, 55, 57, 58, 63, 361, 362, 363.

Salustio, Cayo Crispo: 312.

Samuel: 58.

Sara: 60, 364.

Sardanápalo: 125.

Saserna: 315.

Satiros: 179.

Saturno. Ver Cronos.

Scapcio: 250, 373, 374.

Seemak-oang: 107, 119.

Sedecías: 61.

Sejano: 290.

Sem: 53.

Semíramis: 39, 110, 124, 125.

Séneca, Lucio Anneo: 245, 270, 312, 313, 319, 322, 336, 337, 338, 339, 340.

Serapis: 180.

Sertorio, Quinto: 255.

Servilio Galba: 247, 255.

Servio Tulo: 267.
 Sesonchis. Ver Sheshonk I.
 Sesoosis: 37, 355, 356.
 Sesórtesen I: 37.
 Sesostris. Ver Sesoosis.
 Sheshonk I: 39.
 Sethos I: 37, 38.
 Sextilio: 260.
 Sexto Cecilio: 250.
 Sexto Estacio: 374.
 Sexto Gallo: 274.
 Sicigno: 174.
 Sila, Lucio Cornelio: 189, 249, 257, 331.
 Silano: 331.
 Sileno: 222.
 Silvano: 272.
 Simario: 165.
 Si-Mokar: 286.
 Siouen-wang: 110.
 Smindide de Sibarís: 158.
 Socilés: 179.
 Sócrates: 155, 162, 164, 179, 223, 226.
 Sófocles: 223.
 Solón: 35, 148, 153, 155, 161, 163, 168, 218, 219.
 Sosia: 225.
 Sositeo: 336.
 Soung, dinastía: 95, 97, 103, 111, 120.
 Sou-Tche: 119, 120.
 Spudias: 164.
 Sse-ma-thsin: 119.
 Statius Thebaidos: 173.

Staunton, George (sir): 369.

Sticho: 169.

Strabón: 36, 37, 38, 39, 42, 43, 76, 77, 78, 121, 123, 124, 131, 135, 141, 151, 164, 190, 200, 204, 209, 210, 238, 259, 269, 272, 285, 351, 354, 355, 360, 362, 371, 380.

Strabón, Cayo Fannio: 334.

Straton: 67, 68, 78, 151, 157, 179.

Strimodoro: 180.

Suetonio, Cayo: 245, 286, 324, 334.

Suidas: 178.

Suilio: 339.

Sulpicio: 331

Surena: 132.

—T—

Tácito, Cornelio: 38, 61, 63, 72, 250, 264, 266, 313, 331, 339, 363.

Tachon: 179.

Tales de Mileto: 35.

Tamerlán. Ver Timur.

Tang, dinastía: 95.

Tarquino, el Anciano: 252.

Tcheou, dinastía: 93, 97, 111, 371.

Tching-Ti: 94.

Telémaco: 161.

Temístocles: 174, 219.

Teodesio: 259.

Teodosio: 123.

Teofrasto: 157, 160, 179, 226.

Teopompo: 144, 158, 177, 197, 200, 227, 239.

Teou vou: 111.

Terencio: 166, 169, 289.

Terencio Lucano: 280.

Tesalo: 213.

- Teseo: 173, 174, 218.
- Thang, dinastía: 95, 97, 101, 109, 111, 118, 119.
- Thimaus: 41.
- Thsingche-hoang-ti: 94.
- Thsin-Chi-Hoang-ti: 96, 109.
- Tuhmosis III: 41.
- Tiberio: 250, 259, 266, 274, 308, 331.
- Tichio: 152.
- Timarcho: 160.
- Timodemo: 180.
- Timur: 86.
- Tíndaro: 319, 340.
- Ting Wang: 371.
- Tirón: 336.
- Tito Livio: 133, 248.
- Tito Minucio: 265, 290.
- Tolomeo Auletes: 46.
- Tolomeo Lagus Soter: 40, 41, 241, 359, 361.
- Tolomeo Filadelfo: 40, 47, 355, 357.
- Tolomeo IV: 46.
- Torcuato: 374.
- Toronio: 290.
- Tours, Gregorio de: 356.
- Trajano, Marco Ulpio: 244, 245, 269, 280, 356, 357.
- Tranión: 326.
- Trogo-Pompeyo: 67.
- Tsin, dinastía: 94, 95.
- Tsing-Ti: 94.
- Tucídides: 145, 147, 153, 154, 157, 158, 159, 160, 201, 203, 206, 219.
- Tulo Hostilio: 261, 265.

—U—

Ulises: 65, 152, 161, 167, 277.

Unitulo: 373.

Urbino Ponopio: 341.

—V—

Valente: 259.

Valentiniano: 259.

Valerio de Ancio: 212.

Valerio Máximo: 172, 173, 182, 251, 262, 276.

M. Valerio Messala: 247, 334.

Valmiki: 77.

Varrón, Marcos Terencio: 135, 226, 245, 281, 313, 314, 315, 324, 326, 335, 342.

Vedio Pollión: 322.

Venus: 151, 163, 164, 280, 282.

Vespasiano, Tito Flavio: 256, 268.

Vesta: 267.

Vettio, Cayo: 340.

Vincent: 71.

Vitelo: 257.

Vocula: 313.

Volney, Constantino (conde de): 380.

Volucio: 282.

—W—

Wallace: 264.

Wallon Henri A.: 82, 158, 159, 199.

Wellesley, Arturo: 90.

Wellington, duque de. Ver Wellesley, Arturo.

Wen-ti: 97.

Wowsung: 102.

—X—

Xampto: 43.

—Y—

Yeng-ho: 97.

—Z—

Zenón de Citium: 176, 226, 235, 335.

Zilpa: 60.

ÍNDICE



ENSAYO INTRODUCTORIO

LA ESCLAVITUD Y SU HISTORIA	1
-----------------------------------	---

LIBRO PRIMERO

INTRODUCCIÓN	29
ESCLAVITUD EN EL ANTIGUO EGIPTO	35
ESCLAVITUD EN LA ETIOPÍA	51
ESCLAVITUD ENTRE LOS HEBREOS	52
ESCLAVITUD EN FENICIA	65
Notas	68

LIBRO SEGUNDO

ESCLAVITUD EN LA INDIA	77
ESCLAVITUD EN CHINA	92
Notas	113

LIBRO TERCERO

ESCLAVITUD ENTRE LOS ESCITAS	121
ESCLAVITUD EN ASIRIA	124

ESCLAVITUD EN LA MEDIA Y EN LA BABILONIA	125
ESCLAVITUD EN LA LIDIA	127
ESCLAVITUD EN PERSIA	128
ESCLAVITUD EN LA PARTIA	131
ESCLAVITUD EN CARTAGO	132
Notas	138

LIBRO CUARTO

ORÍGENES DE LA ESCLAVITUD EN GRECIA. NÚMERO, OCUPACIONES, PRECIO, CON- DICIÓN Y MANUMISIÓN DE LOS ESCLAVOS	142
Notas	184

LIBRO QUINTO

SERVIDUMBRE EN GRECIA	196
DIFERENCIA ENTRE LA ESCLAVITUD Y LA SERVIDUMBRE	212
Notas	213

LIBRO SEXTO

INFLUJO DE LA ESCLAVITUD EN GRECIA	218
JUICIO QUE ACERCA DE LA ESCLAVITUD FORMARON LOS FILÓSOFOS MÁS EMINENTES DE LA GRECIA	227
ESCLAVITUD EN MACEDONIA	238
Notas	239

LIBRO SÉPTIMO

ESCLAVITUD Y SUS ORÍGENES EN ROMA. NÚMERO, OCUPACIONES YA LÍCITAS, YA INFAMES, VENTA Y PRECIO DE LOS ESCLAVOS	243
Notas	292

LIBRO OCTAVO

TRATAMIENTO DEL ESCLAVO EN ROMA POR EL AMO Y POR LA LEY	310
ENTRADA DE LA FILOSOFÍA GRIEGA EN ROMA, E IDEAS DE ALGUNOS ROMANOS ILUSTRES SOBRE EL BUEN TRATAMIENTO DE LOS ESCLAVOS	334
ACCIONES NOBLES Y AUN HEROICAS DE ALGUNOS ESCLAVOS ROMANOS	340
Notas	342

APÉNDICES

I. SOBRE EL LAGO MOERIS	351
II. SOBRE EL LABERINTO	352

III. SOBRE LAS TRES GRANDES PIRÁMIDES DE GIZEH	353
IV. SOBRE EL ANTIGUO CANAL DEL EGIPTO	354
V. SOBRE EL EMBALSAMIENTO DE LOS CADÁVERES HUMANOS EN EGIPTO	357
VI. SOBRE LOS ANIMALES SAGRADOS	358
VII. SOBRE TARSIS	361
VIII. SOBRE EL AÑO SABÁTICO	363
IX. SOBRE EL AÑO DEL JUBILEO	363
X. SOBRE LA DIVERSIDAD DE ENLACES ENTRE LOS HEBREOS	364
XI. SOBRE EL SICLO HEBREO	364
XII. SOBRE LA PASCUA	365
XIII. SOBRE LA PENTECOSTÉS	366
XIV. SOBRE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS	366
XV. SOBRE EL <i>DIGESTO</i> HINDÚ	367
XVI. SOBRE EL MES Y AÑO INDIANO	368
XVII. SOBRE EL CHOU-KING	368
XVIII. SOBRE LAS MUJERES INFERIORES EN CHINA	369
XVIII (BIS). SOBRE LA POBLACIÓN DE LA CHINA	369
XIX. SOBRE EL LIBRO DE LAS RECOMPENSAS Y DE LAS PENAS	370
XX. SOBRE LOS HONDEROS DE LAS ISLAS BALEARES	371
XXI. SOBRE EL VALOR DE LAS MONEDAS DE GRECIA	372
XXII. SOBRE LA ESCLAVITUD DE DIÓGENES	372
XXIII. SOBRE LAS USURAS DE MARCO BRUTO	373
XXIV. SOBRE LOS ACUEDUCTOS ROMANOS	375
XXV. SOBRE LOS GLADIADORES	376
XXVI. SOBRE LA BULA, TOGA Y ESTELA	377
XXVII. SOBRE UN ESCLAVO FUGITIVO Y UN LEÓN REUNIDOS EN UNA GRUTA	377
Notas	380
ÍNDICE ONOMÁSTICO	381